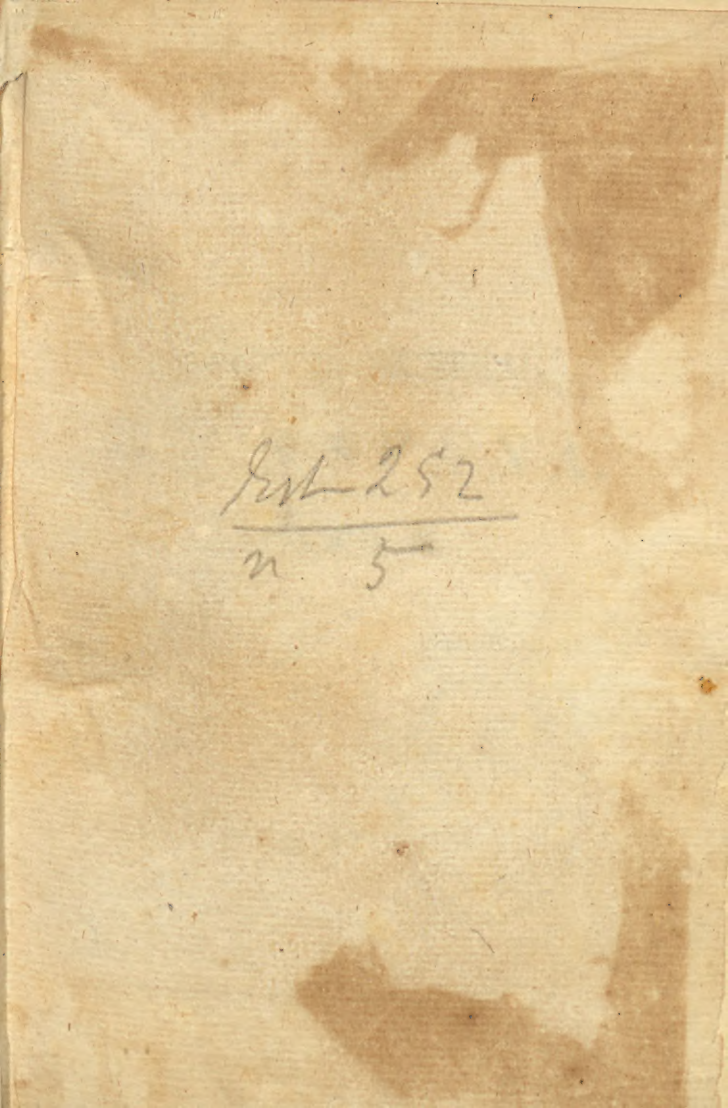




HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA.

TOMO V.



HISTORIA GENERAL

de España,

COMPUESTA,

EMENDADA Y AÑADIDA

por el P. Juan de Mariana

de la Compañía de Jesus.

NUEVA EDICION

Que contiene ademas el sumario y las tablas, escritos por el autor, la continuacion del P. Miñana traducida, y la narracion de los sucesos principales desde el año 1600, en que acaba dicha continuacion, hasta el de 1808.

TOMO QUINTO.

MADRID: 1828.

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,
calle del Amor de Dios, núm. 14.

TABLA

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO QUINTO.

LIBRO VIGÉSIMOPRIMO.

LIBRO XXII.

LIBRO XXIII.

LIBRO XXIV.

LIBRO XXV.

LIBRO XXVI.

HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA.

LIBRO VIGÉSIMOPRIMO.

CAPITULO PRIMERO.

De la guerra de Aragon.

En sosiego estuvo España los años pasados á causa de hallarse cansada de las muchas guerras que mucho la trabajaron, y porque los Reyes estaban emparentados entre sí, y trabados en muchas maneras con deudo y afinidad: con los moros de Granada tenian treguas, ó guerras y encuentros de poca consideracion y importancia, dado que no faltaba á los nuestros deseo de desarraygar y deshacer del todo aquella nacion malvada, para lo qual se ofrecia buena ocasion por estar á la sazon los moros divididos entre sí en parcialidades y bandos, y por el consiguiente alborotados y á punto de perderse; pero desbarató estos intentos una nueva guerra que por este tiempo se emprendió entre los tres Reyes de España, el de Aragon y el de Navarra de una parte, y de otra el de Castilla, de mayor ruido y porfia que de notable y señalado remate. Lo que aqui pretendemos, es poner

por escrito las causas y motivos desta guerra, el fin y suceso que tuvo, los juegos de la fortuna variable, y la caida con que don Alvaro de Luna de la cumbre de prosperidad en que estaba, comenzó la segunda vez á despeñarse sin saberse reparar, que fue justo castigo de Dios por ser el principal atizador y causa de todos estos males y discordias; porque pretendiendo él conservarse por qualquier camino en el poder y grandeza que con buenas ó malas mañas alcanzára, luego que volvió á la corte y fue restituido en su primer lugar y privanza, persuadió al Rey que á los grandes, que debiera antes grangear con servicios y cortesía, los hiciese salir de su casa real y de su corte, y los mandase retirar á sus casas y estados: consejo muy errado y muy perjudicial, principalmente al que le daba. Pedro Fernandez de Velasco y Pedro de Zúñiga, y don Rodrigo Alonso Pimentel conde de Benavente junto con los maestres de Calatrava y Alcántara, sabida la voluntad del Rey, sin dilacion se partieron para sus casas. Quedaban los infantes de Aragon señores de mayor autoridad que pudiesen fácilmente echallos y despedillos contra su voluntad; mas fue tan grande la temeridad de don Alvaro que se determinó tambien á embestir y chocar con ellos. Primeramente acometió al de Navarra, de quien no solo el pueblo, sino las personas principales decian en público y en secreto que era justo se fuese á su reyno: que cuidaba de las cosas agenas, y se descuidaba de las propias, en lo qual la culpa era doblada, y era igualmente digno de ser por lo uno y por lo otro reprehendido. Estas murmuraciones y dichos daban gusto á don Alvaro de Luna, y no menos al Rey de Castilla, porque conforme á la costumbre y inclinacion de los príncipes llevaba mal que en su reyno hobiese

ninguno que en honra y título se le igualase, y á quien debiese tener respeto. Fuéle intimado por personas que para esto le enviaron, lo que el Rey de Castilla pretendia. La Reyna doña Blanca su muger al tanto, como la que barruntaba la borrosca que se levantaba, y con el cuidado que el amor que á su marido tenia, le causaba, envió á Pedro de Peralta por su embaxador para que de su parte solicitase la partida, que asi lo pedian todos los estados del reyno de Navarra, y que esto sería saludable y á propósito asi para sus particulares intentos, como para el bien comun de sus vasallos. Llevaba mal el Navarro los embustes y mañas de don Alvaro de Luna: todavía visto que era forzoso sugetarse á la necesidad, habló con el Rey en Valladolid, do á la sazon se hacían las cortes de Castilla. Renovóse la confederacion en esta habla, puesta entre los tres Reyes el de Navarra, el de Aragon y el de Castilla. Pusiéronse por escrito las capitulaciones, que por el presente confirmaron con sus juramentos y firmas los dos Reyes. Al de Aragon que ausente estaba, para que hiciese lo mismo, enviaron un tanto de lo capitulado y de las condiciones por medio del doctor Diego Franco, hombre prudente, y docto en derechos, demas desto del consejo real. Asentadas las cosas en esta forma, el Rey de Navarra se partió á su reyno: el de Aragon despues de muchas dilaciones de que usó antes de responder á lo que Diego Franco le proponia y representaba, últimamente en Barcelona dió por respuesta que aquellas condiciones no le contentaban, que le parecia se debian reformar algunas dellas. Junto con esto, pareciéndole aquel embaxador persona á propósito para sus intentos, envió con él un recaudo secreto á don Alvaro, en que le avisaba que Pedro Manrique era el que atizaba todas aquellas di-

sensiones, y ponia discordia entre los infantes sus hermanos: que era hombre de dos, y aun de muchas caras, y á cada paso mudaba de color como mejor le venia, por ser de su condicion variable y amigo de novedades; por tanto si deseaba mirar por sí, por el bien y pro comun, y por el Rey, debia echalle de la corte y no permitir tuviese mano alguna en el gobierno. Desta ofension del Rey de Aragon contra Pedro Manrique no se sabe bien la causa, salvo que por el mismo tiempo fue puesto en prision el arzobispo de Zaragoza llamado don Alonso Argüello, en que murió. Del género de la muerte que le dieron, hobo diversos rumores: unos decian que en la prision le dieron garrote, otros que le echaron en el rio: lo mismo se executó en algunos ciudadanos de Zaragoza. Achacábanles tratos secretos con don Alvaro de Luna: la verdad era que el demasiado celo que mostraban de que se mantuviesen las paces asentadas antes con Castilla, les acarreó la muerte, y mas la libertad del hablar, ca decian era justo forzar al Rey á guardar lo concertado, y no quebrantar las paces, para que la república no lastase si se hacía lo contrario. Por la muerte del arzobispo fue puesto en su lugar don Francisco Clemente obispo que á la sazon era de Barcelona. Junto con esto tenian entre sí los Reyes hermanos tratos secretos en razon de vengar por las armas los agravios que don Alvaro de Luna les hacía, y juntar sus fuerzas para destruille. Llamó el Rey de Aragon al infante don Enrique su hermano al principio del mes
1429. de abril año del Señor de mil y quatrocientos y veinte y nueve. Tuvieron los dos hermanos vistas en la ciudad de Teruel: entendióse (por lo que se vió adelante) que concertaron de levantar gente y mover guerra á Castilla. El Navarro no se halló en esta jun-

ta por estar ocupado en diversos negocios de su reyno, y en coronarse por Rey, que hasta entonces se dilatára. Hízose la ceremonia en Pamplona á quince de mayo en esta manera: el Rey y la Reyna vestidos de sus paños reales, sus coronas en la cabeza á la manera que los godos usaban, fueron levantados en sendos paveses, y puestos sobre los hombros de los grandes. Alzaron por ellos los estandartes, y fueron en esta forma por un faraute pregonados por Reyes. Luego despues desto se hicieron de secreto levas de gentes en los dos reynos: la voz era para ayudar á las cosas de Francia, la verdad, que estaban resueltos de tomar las armas contra Castilla. No se le encubrió esto al Rey de Castilla: enviáronse de la una á la otra parte embaxadas sobre el caso; no aprovechó nada. Los dos Reyes movieron con sus gentes y llegaron hasta Hariza, villa situada á la raya de Aragon, y de los antiguos llamada Arci, en los pueblos dichos Arevacos: iban determinados de meterse por aquella parte y entrar por fuerza en las tierras de Castilla. Con este intento don Diego Gomez de Sandoval conde de Castro metió gente de guarnicion en Peñafiel, y el infante de Aragon don Pedro, avisado desto, de Medina del Campo donde estaba, acudió al mismo lugar. El Rey de Castilla para resistir á estos intentos hacía en todo su reyno grandes levantamientos de gentes: mandó en particular á los grandes que le acudiesen, y nombradamente llamó al infante de Aragon don Enrique, y á don Fadrique de Castro duque de Arjona, nieto que era de don Fadrique maestre que fue de Santiago y hermano del Rey don Pedro. Hizo otrosí que á todos los estados de nuevo se tomase juramento que en aquella guerra servirian con todas sus fuerzas y lealmente, y que darian aviso si algunos tratasen de

otra cosa y pretendiesen lo contrario, con pleyto homenage y voto que hacían si faltasen en lo que prometian, de ir á Jerusalem á pies descalzos, y que no pedirian en algun tiempo relaxacion del dicho juramento. En Palencia á los primeros de mayo se hizo esta diligencia. Juraron, el primero don Alvaro de Luna, y consiguientemente don Juan de Contreras arzobispo de Toledo, don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago, don Fadrique almirante del mar, don Luis de la Cerda conde de Medinaceli, los maestres de Calatrava y Alcántara, don Gutierre de Toledo obispo que fue adelante de Palencia, don Pedro de Zúñiga, Pedro Manrique, don Rodrigo Alonso Pimentel, Sarmiento, y con los demas Juan de Tovar señor de Berlanga con otros muchos señores que acompañáran al Rey, todos á porfia quién sería el primero para hacer muestra de su lealtad y obediencia; dentre los quales luego se nombraron quatro capitanes que guardasen las fronteras. Estos fueron el mismo don Alvaro, el almirante, Pedro Manrique y Pedro Fernandez de Velasco su yerno. Diéronles dos mil de á caballo, que eran mas nombre de exército que iguales fuerzas á las de Aragon. A Diego Lopez de Zúñiga encargaron fuese en seguimiento de los demas á pequeña distancia y de respeto con un nuevo esquadron de caballos. El mismo Rey con la mayor parte de sus gentes tomó cuidado de ir contra la villa de Peñafiel y sugetalla. Asentó sus reales cerca de las murallas, y á voz de pregonero mandó avisar á los moradores que se rindiesen, con apercibimiento que si se ponian en resistencia y usaban de dilaciones, serían dados por traydores. Obedecieron los moradores, con que don Pedro de Aragon y con él el conde de Castro don Diego Gomez de Sandoval se recogieron á la forta-

leza. Dióse á los moradores perdon de haber cerrado las puertas y no se rendir luego: no pareció por entonces combatir el castillo por no gastar mucho tiempo en el cerco. Los Reyes de Aragon y de Navarra entraron en las tierras de Castilla, y rompieron por la parte de Cogolludo, villa asentada en los confines de la antigua Carpetania y de los pueblos que llamaban Arevacos. Asentaron sus reales en lugar llano y descubierto. Los capitanes de Castilla en un collado legua y media distante. Eran los aragoneses y navarros en número de dos mil y quinientos caballos, mil infantes todos bien armados, soldados viejos y pláticos en muchas guerras. En los reales de Castilla se contaban mil y setecientos caballos, quatrocientos infantes. Los Reyes deseosos de pelear luego el dia siguiente un viernes primero de julio movieron ordenadas sus haces. Amonestaron con pocas palabras, conforme al tiempo, á cada qual de las esquadras y compañías que hiciesen el deber: que por culpa de pocos andaba el reyno de Castilla revuelto, quebrantadas las leyes, profanadas las cosas sagradas: ellos á quien mas que á nadie tocaba acudir al remedio y procuralle, desterrados, despojados de sus bienes, de sus hijos, mugeres y amigos, hasta el derecho comun de contratacion les quitaban: que ni aun les consentian hablar al Rey de Castilla para amonestalle lo que á él le convenia, y dar de sí razon, por lo qual eran forzados á tomar las armas y valerse dellas: que del suceso de aquella batalla dependia la paz pública, la salud y dignidad de la una nacion y de la otra: por tanto, dada la señal, estuviesen á punto y aparejados para acometer á los contrarios, que aunque fueran mas, no tendrian dificultad en desbaratallos por venir desarmados y ser gente poco exercitada, y al contrario ellos tan usa-

dos en las armas y en pelear: «tanto mas que en »número y en esfuerzo les haceis ventaja. Ni tienen »reales los enemigos, ni estan fortificados: el cielo »nos ofrece ocasion de grande gloria, el qual á nos »es favorable, á los contrarios ha quitado el entendimiento para que en nada acierten. Animaos pues, »y en este dia echad el sello á todas las victorias »pasadas, á los trabajos y honra ganada." Adelantáronse al son de los pífaros y atambores: llegaron á vista de los enemigos, quando don Alvaro de Luna, considerado el peligro, mandó rodear con los carros el lugar en que alojaban, determinado de no pelear sino con ventaja y buena ocasion, ó forzado. El infante don Enrique por una parte y por la otra el adelantado Pedro Manrique tuvieron habla: dixéronse denuestos y quemazones sin que otro efecto se siguiese. Acudieron los unos y los otros á las armas, trabáronse algunas escaramuzas. El cardenal de Fox legado del Papa en Aragon, que andaba entre las unas haces y las otras, amonestaba hora á estos, hora á aquellos que sosegasen: en fin les persuadió que pues era ya tarde, dexasen para el dia siguiente la batalla. La dilacion de aquella noche puso remedio á los males. La Reyna de Aragon hembra de ánimo varonil llegado que hobo adonde las gentes alojaban, hizo armar su tienda en medio de los dos campos y por su industria con buenos partidos se hicieron las paces, y luego que los capitanes de Castilla las hobieron jurado, se dexaron las armas. Y si bien las gentes de Castilla se quedaron en el mismo lugar, los Reyes de Aragon y Navarra sin hacer mal ni daño volvieron atrás. El infante don Enrique los dias pasados estuvo á punto (por tratado que tenia) de tomar con engaño y apoderarse de la ciudad de Toledo, y por no haber salido con este deseño poco

antes de la refriega se fuera á juntar con sus hermanos: al presente, confiado en las capitulaciones de la paz, por Sigüenza pasó á Uclés, resuelto, si no le guardaban lo asentado, de mover nuevos alborotos con ayuda de los de su valía. Sin embargo el Rey de Castilla con la fuerza de sus gentes y exército apresuraba su camino: llevaba mas de diez mil de á caballo y cincuenta mil infantes, todos número. Fuéronse para él la Reyna de Aragon su hermana y el cardenal de Fox: avisáronle de los conciertos y amonestáronle dexase las armas. El encendido en deseo de satisfacerse, y feroz por la esperanza que llevaba de la victoria, respondió que las capitulaciones no eran válidas por ser hechas sin su mandado, que era justo castigar la insolencia de los dos Reyes. Tenia sus estancias cerca de Belamazan, pueblo situado á la ribera de Duero. Llegó alli don Fadrique, duque de Arjona y conde de Trastamara. Llegado que hobo á la presencia del Rey, fue preso: lleváronle al castillo de Peñafiel, que en este comedio era venido en poder del Rey, donde falleció el año siguiente: notable lástima asi por su edad como por ser de sangre real, como tambien por venir sin esperar salvo conducto, creo confiado y asegurado de su buena conciencia contra el crímen de traycion que le cargaban, es á saber de sentir con los infantes de Aragon. La discordia civil es madre de sospechas, y contraria muchas veces á la inocencia. Los buenos suelen en tal ocasion ser tenidos por mas sospechosos que los malos, en especial si aman el sosiego. La sepultura deste príncipe se vee cerca de Carrion en tierra de Campos en un monasterio que se llama Beneviere, con su lucillo y letrero que le hizo poner Pero Ruyz Sarmiento su sobrino hijo de su hermana, y primer conde que fue

de Salinas. Entró el Rey de Castilla luego por las tierras de Aragon con grande espanto de aquella tierra. Los labradores con sus ganados y ropilla se recogian á lugares fuertes: los soldados ponian fuego á las aldeas que quedaban yermas, y talaban los campos. Llegaron con los reales hasta Hariza, villa fuerte por estar sentada en un alto: recogiéronse los moradores al castillo, y con esto saquearon el pueblo y en gran parte le quemaron. En el mismo tiempo como estaba acordado hacían tambien entradas por las tierras de Navarra gentes de Castilla debaxo la conducta de Pedro Velasco general de aquellas fronteras. Tomaron por fuerza á San Vicente villa de Navarra, y le pusieron fuego á causa que por quedar el castillo por los navarros no se podia conservar. Por otra parte el obispo de Calahorra y Diego de Zúñiga su sobrino se apoderaron de la villa de la Guardia y de su castillo. Fuera desto el conde de Benavente don Rodrigo Alonso Pimentel, como le era mandado, con parte del exército no cesaba de apoderarse de los pueblos y castillos que el infante de Aragon don Enrique poseía en Castilla: él desamparada la villa de Ocaña, que era cámara de su maestrazgo, se fue á Segura, castillo asentado á la raya de Portugal y á la ribera del rio Guadiana. Allí dexó la infanta su muger, y él se volvió á Truxillo por ver si ya que le tomaron los demas pueblos de su estado, pudiese entretenerse y hacer algun daño por aquella comarca en las tierras del Rey. Acudióle luego su hermano el infante don Pedro, que por miedo de aquella tempestad se retiró á aquellos lugares, mozo de gran corazon, y muy diestro en las armas por el uso que de ellas alcanzó en las guerras de Nápoles.

CAPITULO II.

Del fin desta guerra.

Mucho se adelantaron las cosas de Castilla quier para ganàr reputacion y mantenerse en su honra, quier para vengar y castigar el atrevimiento de los aragoneses y navarros, pues por tantas partes y en tantas maneras los apretaron. Poner sitio al castillo de Hariza era cosa larga, y poco lo que en tomalle se interesaba, que fue la causa porque el Rey de Castilla dió la vuelta con sus gentes y soldados á Medinaceli, mas alegres por la victoria que ricos con la presa. Con esto y con poner diversas guarniciones en aquellas fronteras deshizo el campo y dió licencia á los soldados para irse á invernar y volverse á sus casas. El mismo Rey al fin del otoño se partió para Medina del Campo á tener cortes de su reyno, que para alli tenia aplazadas. Con su partida los enemigos recobraron ánimo. El Navarro se era ido á defender su reyno: el de Aragon juntadas sus gentes se metió por las tierras de Castilla por la parte y comarca de la ciudad de Soria, por dondé antiguamente se tendian los pueblos llamados Celtíberos. Apoderóse de la villa de Deza, ganó los castillos de Ciria y Borovia, y con ellos á Bozmediano: el castillo se le entregó el alcayde por dineros. Fue grande la presa de ganados y trigo, tomaron muchos prisioneros: con esto las gentes y soldados sin recibir algun daño se volvieron á Calatayud de do salieron. A la raya de Portugal por la parte que corre Guadiana y baña las tierras de Estremadura, los infantes de Aragon con mayor libertad y ganancia hacían sus cabalgadas y presas de ganados, de que hay en aquellas comarcas gran muchedumbre por la abundancia de los pastos; los

quales enviaban á Portugal no obstante que el conde de Benavente quien esto tenia encomendado, les hacía resistencia, pero no era bastante para estorballos. Por esta causa don Alvaro de Luna acudió en persona á reparar aquel daño, y para el mismo efecto á su llamado Pero Ponce señor de Marchena, que era un caballero muy poderoso y rico en el Andalucía. Enviaron sus reyes de armas á pedir la presa, emienda y restitucion de los daños, y ninguna cosa alcanzaron fuera de buenas palabras, porque el Rey de Portugal de secreto les hacía espaldas, y holgaba de los trabajos y alteraciones de Castilla por serle muy á propósito para afirmarse él mas y arraygarse en aquel su reyno de que se apoderára. Sucedió á la misma sazon que los infantes de Aragon por no hallarse con fuerzas iguales á don Alvaro de Luna, quemados los arrabales de Truxillo, fortificaron aquella plaza que se tenia por ellos, y en la fortaleza pusieron buena guarnicion de soldados; demas desto por sí mesmos de sobresalto se apoderaron de Alburquerque, villa fuerte y de importancia á la raya de Portugal: por todo esto las voluntades de sus contrarios quedaron mas irritadas. Pareció grave daño, especial la pérdida de Alburquerque, porque se temia que los portugueses se fortificasen en aquel pueblo, puesto que entre Portugal y Castilla habia treguas, mas no estaban de todo punto concertadas las paces, y menos las voluntades conformes. Determinó el Rey acudir á aquel daño convidado por don Alvaro, y esto para que con mayor autoridad y fuerza se hiciese todo, y la honra de la victoria que esperaban, y de concluir aquella empresa quedase por el mesmo Rey. Sucedió al revés de lo que cuidaban, porque si bien tomaron la villa y fortaleza de Truxillo y á Montanges; no hobo orden de apoderarse de Alburquerque: así

con dexar alli por capitanes y fronteros al maestre de Alcántara y don Juan hijo de Pero Ponce, el Rey y don Alvaro dieron la vuelta, y se partieron para Medina del Campo. En la toma de Truxillo sucedió una cosa memorable. Estaba el condestable don Alvaro dentro de la villa: la fortaleza se tenia por el infante don Enrique. Tratóse con el alcayde que la rindiese: impedíalo un bachiller Garci Sanchez de Quincoces, que tenia gran parte en la guarda. Procuró don Alvaro haber habla con él, y aunque con dificultad, al fin alcanzó que por un postigo á la parte del campo que tiene una cuesta ágria, viniese á ella solo con un mozo de espuelas, que con la mula se quedó tambien á la mitad de la cuesta. Salió el bachiller; mas como ni por promesas, ni amenazas se dexase vencer, abrazóse el condestable con él, y ambos fueron rodando la cuesta abaxo de suerte que antes que de la fortaleza pudiese ser socorrido, le puso en lugar seguro entre cien hombres de armas que alli cerca tenia puestos en celada, con lo qual sin dilacion se rindió la fortaleza. Por este mismo tiempo recibieron los de Castilla una nueva rota en los campos de Arabiana, que estan á las haldas de Moncayo, harto conocidos y desgraciados de tiempo antiguo por la muerte desgraciada y desleal executada en las personas de los siete infantes de Lara. Ruy Diaz de Mendoza por sobrenombre el Calvo, aunque ciudadano de Sevilla, era capitan de quatrocientos caballos de Navarra. Este venció en un encuentro á Iñigo Lopez de Mendoza señor de Hita por arriscarse con menor número de gente á pelear con los contrarios: pocos fueron los muertos porque el capitan, como vió los suyos desbaratados, se recogió con algunos á un ribazo en que se hizo fuerte. Los mas se pusieron en huida y se salvaron á causa que los contrarios no te-

nian noticia de la tierra, y por la escuridad de la noche que cerró. Hacíanse las cortes de Castilla en
1430. Medina del Campo por principio del año mil y quatrocientos y treinta, y por el mismo tiempo las de los catalanes en Tortosa, presentes los dos Reyes cada qual en su parte. Era grande la falta de dinero para los gastos de la guerra, que pretendian sería muy larga; y era grande la dificultad que se ofrecia para allegallo. Las rentas de Aragon eran pequeñas, las riquezas de Castilla consumidas con los gastos y poco orden del Rey y de su casa, como quier que la templanza del príncipe sirva en lugar de muy gruesas rentas bastantes para el tiempo de la guerra y de la paz. En ambas partes se trató de la poca lealtad que algunos grandes guardaban á sus Reyes. Deseaba el de Aragon sosegar á don Fadrique conde de Luna, ca se entendia inclinaba á seguir el partido de Castilla, movido del dolor y sentimiento que causaba en él habelle quitado el reyno; demas que no faltaba gente liviana que despertaba su ánimo inconstante, y le ponia grandes esperanzas de vengarse y alcanzar mayores riquezas, si se arrimaba á Castilla. No pudo salir el de Aragon con lo que pretendia en esta parte, ni le pudo haber á las manos, pero confiscóle todo su estado, que le tenia muy grande. Lo mismo hizo el Rey de Castilla con los infantes de Aragon, y aun pasó mas adelante, que ó por ser de su condicion pródigo, ó con intento que á aquellos señores no les quedase esperanza de reconciliarse con él y ser restituidos en sus bienes, los pueblos que les quitó, los repartió entre otros caballeros principales. El maestrazgo de Santiago se dió en administracion á don Alvaro de Luna, á Pedro Fernandez de Velasco en propiedad la villa de Haro, Ledesma á Pedro de Zúñiga (al uno y al otro con título de condes) á Pedro

Manrique dió á Paredes, al conde de Benavente hizo merced de la villa de Mayorga, Madinilla fue dada á Pero Ponce. A Iñigo Lopez de Mendoza cupieron del repartimiento y del botin algunos lugares cerca de Guadalaxara, que eran de la infanta doña Cathalina: á don Gutierre Gomez de Toledo, obispo que fue adelante de Palencia, Alva de Tormes en tierra de Salamanca: á otros caballeros diferentes dió otros pueblos y lugares en gran número. Por este modo de la caida destos infantes como de un grande edificio se fundaron en Castilla nuevas casas y estados, que permanecen y se conservan hasta el dia de hoy, dado que algunos han hecho mudanza por diversas causas de apellidos y linages. A don Fadrique conde de Luna, que huido de Aragon, por el mismo tiempo llegó á Medina del Campo, despues de habelle honrado y festejado mucho dieron primero las villas de Cuellar y Villalon, despues tambien Arjona y otras rentas con que pudiese sustentar su casa y estado. Doña Leonor Reyna de Aragon fue llamada á Tordesillas, y alli puesta en el monasterio de Santa Clara. Quitáronle asi mismo tres castillos suyos que tenia con guarnicion, que ella entregó como le era mandado, todo á propósito que no pudiese ayudar á sus hijos ni con hacienda, ni de otra manera alguna; pero poco despues se revocó todo esto en Burgos. Despues del rigor suele seguirse la benignidad y compasion, demas que parecia cosa fea que la madre inocente pagase los deméritos de sus hijos. Fue puesta en libertad, y fuéronle restituidos sus castillos con condicion y promesa que hizo de no acudir á sus hijos en aquella guerra. Ayudó mucho para tomar esta resolucion una embaxada que vino sobre estas diferencias de Portugal, dado que lo que sobre todo con ella se pretendia, era que entre los Reyes de Castilla

y de Aragon se hiciesen treguas hasta tanto que jueces señalados por ambas partes tratasen entre sí, y asentasen las condiciones de la paz. No tuvo esto efecto por no estar aun sazonadas las cosas. En Peñíscola este año el domingo de Ramos, que fue á los nueve de abril, y el jueves adelante salió del sepulcro del Papa Benedicto tan grande y tan suave olor, que se hinchó dél todo el castillo: asi lo testifican algunos autores (1), como yo pienso, mas por aficion que con verdad. Esta fama por lo menos fue ocasion que Juan de Luna su sobrino le hiciese trasladar á Illueca, villa suya puesta entre Tarazona y Calatayud. La licencia para hacello alcanzó debaxo de condicion que ni le hiciesen honras, ni fuese enterrado en lugar sagrado en pena de su contumacia, y de haber por ella muerto descomulgado. Aprestábase el Rey de Castilla para la guerra, y con gran cuidado juntaba una hueste muy grande, como el que estaba determinado de hacer de nuevo con mayor fuerza y pujanza otra entrada en Aragon. Junto con esto tenia mandado á don Fadrique Enriquez almirante del mar que con su armada que tenia á punto, trabajase las riberas y mares de Aragon con todo género de daños. Hecho esto, movió con sus gentes y llegó á Osma. El Rey de Aragon en Tarazona se aparejaba para la guerra, el de Navarra en Tudela: ambos con mayor porfia y diligencia que recaudo, á causa que aquellas dos naciones aborrecian aquella guerra como mala y desgraciada. Fueron sobre el caso enviados embaxadores de Aragon, que llegaron á Osma á catorce dias de junio. Dióseles luego audiencia: don Domingo obispo de Lérida, que era el

(1) Zurit. lib. 13. cap. 70.

principal y cabeza en aquella embaxada, habida licencia de hablar, con un largo razonamiento que hizo, relató quán grandes beneficios tenian los aragoneses recebidos de los Reyes de Castilla. Que la memoria dellos sería perpétua, sin embargo que tomaron las armas no por voluntad sino forzados de los engaños de algunos señores, que se aprovechaban de la facilidad y nobleza de su Rey para echar sus deudos de la corte, sin dar lugar aun de hablalle como los que estaban con la privanza inchados y acostumbrados á malas mañas. Que de buena gana las dexarian, si con reputacion lo pudiesen hacer, y que los partidos fuesen honrosos y tolerables. Ninguno ignoraba quán grande sería el estrago y desventura de todos si se viniese á las manos de poder á poder. Las espadas que una vez se tiñen en sangre de parientes, con dificultad y tarde se limpian, no de otra manera que si los muertos y sus cenizas anduviesen por las familias y casas pegando fuego y furia á los vivos, todos se embravecen, sin tener fin ni término la locura y los males. Punzados por el razonamiento del obispo don Alvaro y el conde de Benavente respondieron por sí y por los demas: llegaron á malas palabras, y parece buscaban ocasion de pasar adelante. Ramon Perellos, uno de los embaxadores, con loco atrevimiento se ofreció á hacer campo y probar con las armas á qualquiera que quisiese salir á la causa, que tenian la razon de su parte: grande resolucion y brava; pero por estar el Rey presente no se pasó á mas que palabras. Con esto se acabó aquella junta: despues los embaxadores de Aragon hablaron de uno en uno á los grandes de Castilla, y hicieron con sus amonestaciones tanto que los inclinaron á la paz. Estaban los reales de Castilla á la puente de Garay, sitio en que se entiende estuvo asentada la antigua Numancia,

mas por las medidas y sitio de los lugares, que porque hay algun rastro cierto desta antigüedad. Pasó el Rey con su campo á Majano. Alli por gran diligencia que los dichos embaxadores hicieron, asentaron treguas por parte de Castilla don Alvaro de Luna y don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago, que nombraron para tratar dé las capitulaciones con los embaxadores de los dos Reyes. Concertaron finalmente que durasen las treguas por espacio de cinco años con estas condiciones: dexadas por ambas partes las armas, se abriese la contratacion como antes: los infantes de Aragon restituyesen á Alburquerque dentro de treinta dias, y que no pudiesen entrar en Castilla en todo el tiempo de las treguas, ni tampoco el Rey de Castilla les quitase los pueblos que por ellos se tenian: últimamente que don Fadrique conde de Luna, y don Jofre marques de Cortes hijo de don Carlos Rey de Navarra, que andaban foragidos en Castilla, no fuesen maltratados por los Reyes de Aragon y Navarra. Para las demas diferencias se nombrasen catorce jueces, siete de cada parte: y que hasta concluir estuviesen y residiesen en Tarazona y Agreda pueblos á la raya de Aragon. Luego que estas condiciones fueron aprobadas por los Reyes, se pregonaron las treguas en los reales la misma fiesta del apóstol Santiago: lo mismo se hizo en las ciudades y lugares de los tres reynos con grande alegria de todos, que se regocijaban no solo por el bien presente, sino mucho mas por la esperanza que cobraron de asentar una paz muy larga. Despacháronse correos á todas partes que llevasen nuevas tan alegres, y en particular al Rey de Portugal, el qual con su embaxada y grande instancia que hizo muchas veces, procurára se compusiesen estos debates de los Reyes; y en aquella sazon se mostraba alegre por los despo-

rios que festejaba de doña Isabel su hija con Philipe
duque de Borgoña viudo de su segunda muger. Deste
matrimonio nació Carlos llamado el Atrevido, duque
que fue adelante de Borgoña, conocido no mas por
la grandeza de sus hechos y valor, que por el triste
y desgraciado fin que tuvo. El Rey de Aragon des-
pachó una armada á Portugal para llamar á sus her-
manos. Pretendia él que dexando á Alburquerque, le
acompañasen, y emplealIos en la guerra de Italia,
que le tenia en mucho cuidado, y de dia y de noche
no pensaba sino en volver á ella; aunque la ida de los
infantes no se efectuó luego. Las gentes dè Castilla
fueron desde Osma despedidas con orden que á la
primavera no faltasen de acudir á sus banderas para
dar principio á la guerra de los moros de Granada.
Hecho esto, el Rey pasó lo demas del estío en Madri-
gal villa muy conocida, do á la sazon la Reyna se
hallaba.

CAPITULO III.

De la guerra de Granada.

El fin de la guerra de Aragon fue principio de otras
dos guerras: de la que á los moros se hizo, y de la
de Nápoles como quier que nunca los Reyes sosiegan,
en especial quando su imperio está muy estendido;
antes unas diferencias se traban de otras y se mueven
de nuevo cada dia, ademas de la ambicion, mal des-
apoderado y cruel, y que no tiene límite alguno: el
que mas tiene, mas desea, y de mas cosas está men-
guado: miserable y torpe condicion de la naturaleza
de los mortales, si bien á don Juan Rey de Castilla
puede escusar el deseo que tenia de ensanchar el nom-
bre christiano, y extirpar la nacion de los moros,
por lo menos en España. El Rey Mahomad llamado el

Izquierdo, restituido que fue en el reyno (como antes desto queda dicho) rehusaba sin embargo de pagar el tributo y parias que asi él como sus antepasados tenian costumbre de pagar; que fue la causa por que quando se hacian los aparejos para la guerra de Aragon, si bien pidió treguas, ni del todo se las negaron, ni claramente se las concedieron y otorgaron. Tomóse solamente por expediente de enviar por embaxador á Granada á Alonso de Lorca para entretener aquel Rey bárbaro, y dar tiempo al tiempo hasta que el juego estuviese bien entablado. Al presente como nuevos embaxadores para esto enviados hiciesen de nuevo instancia por las treguas, respondió el Rey que no se tomaria ningun asiento si no fuese que ante todas cosas pagasen el tributo que tenian antes concertado. Fue junto con esto Alonso de Lorca enviado por embaxador al Rey de Tunez con ricos presentes para dar razon á aquel Rey de la deslealtad y contumacia del Rey de Granada, que ni se movia por el peligro, ni correspondia al amor que le mostráran. Con esto obró tanto que persuadió á aquel Rey no enviase al de Granada para aquella guerra socorros desde Africa. Esto fue tanto mas facil que aquellos bárbaros ponen de ordinario la amistad y lealtad en venta, y mas les mueve su pro particular que el respeto de la religion y honestidad. Por ventura hacen esto solos los bárbaros, y no los mas de los príncipes que tienen el nombre y se precian de la profesion de christianos? Tuviéronse cortes en Salamanca, en que con gran voluntad de todos los estados se otorgó al Rey ayuda de dinero para aquella guerra en mayor cantidad que les pedian, porque era contra los enemigos de christianos. Por el fin deste año se hicieron diversas entradas en tierras de moros, en particular don Gonzalo obispo de Jaen y Diego de Ribera, adelantado que era del Andalucía, con

ochocientos caballos y tres mil de á pie entraron hasta llegar á la vega de Granada. Repartieron la gente desta manera: pusieron dos celadas en lugares á propósito: ochenta de á caballo llegaron á dar vista á la ciudad con intento de sacar los moros á la pelea, y metellos en las zalagardas, y enredallos. Salieron ellos, pero con recato al principio porque temian lo que era, que habia engaño: los que tenian en la primera celada (como les fuera mandado) á los primeros golpes volvieron las espaldas. Asegurados con esto los moros, como si no hobiera mas que temer, sin orden y sin concierto siguen á rienda suelta el alcance: llegaron con esto donde estaba la fuerza de los contrarios, que era la segunda celada. No pensaban los moros cosa semejante, ni hallar resistencia: asi ellos se atemorizaron, y á los nuestros creció el ánimo; hirieron en los enemigos, mataron docientos, prendieron ciento, los demas como pláticos de la tierra se salvaron por aquellas fraguras, á las quales los caballos de los moros estaban acostumbrados, y á los christianos fueron causa por su aspereza y no estar usados de detenerse. Por otra parte Fernan Alvarez de Toledo señor de Valdecorneja, á cuyo cargo quedó la guarnicion de Ecija, entró por los campos y tierra de Ronda: no le sucedió tan prósperamente, porque acudiendo los naturales, con igual daño suyo del que hizo en los contrarios, fue forzado á retirarse. Poco despues Rodrigo Perea adelantado de Cazorla entró por otra parte: acudieron al improviso los enemigos, y fue la carga que dieron tan grande, que con pérdida de casi todos los suyos apenas el adelantado se pudo salvar á uña de caballo; verdad es que García de Herrera que era mariscal, escaló de noche y ganó de los moros por fuerza el lugar de Ximena, que fue alguna recompensa de aquellos daños. Desta manera variaban las cosas

prósperas y adversas, fuera de que el tiempo no era á propósito, antes por las contínuas aguas hallaban los caminos empantanados, los rios iban crecidos: en particular en Navarra el rio Aragon salió de madre, y derribó gran parte de la villa de Sangüesa con gran pérdida y notable daño de los moradores de aquel lugar. El Rey llamó por sus cartas á don Diego Gomez de Sandoval conde de Castro, y al maestre de Alcántara don Juan de Sotomayor. No obedecieron, sea por miedo de sus enemigos, sea estimulados de su mala conciencia. Era cierto seguian la voz de los infantes de Aragon, y aun despues de hechas las treguas, perseveraban en lo mismo. A la sazon que se apercebian para esta guerra, falleció la primera muger de don Alvaro de Luna doña Elvira de Portocarrero. Por su muerte casó segunda vez con doña Juana hija del conde de Benavente: los regocijos de las bodas se celebraron en Palencia, no fueron grandes á causa que á la misma sazon falleció doña Juana de Mendoza abuela de la desposada, y muger que fue del almirante don Enrique; los padrinos de la boda fueron el Rey y la Reyna. Ninguna cosa por entonces parecia demasiada por ir en aumento y con viento próspero la privanza y autoridad de don Alvaro. Sucedian estas cosas
1431. al principio del año mil y quatrocientos y treinta y uno. El Papa Martino Quinto, ya mas amigo (á lo que mostraba) del Aragones, al tiempo mismo que ó por odio de los franceses, ó con una profunda disimulacion tenia llamado á Italia al dicho Rey don Alonso, falleció en mala sazon en Roma de apoplexía á veinte del mes de febrero: otros buenos autores señalan el año siguiente, que hace maravillar haya variedad en cosa tan fresca y tan notable. En lugar del Papa Martino fue puesto el cardenal Gabriel Condelmario, veneciano de nacion, con nombre pue tomó de

Eugenio Quarto: fue su eleccion á tres dias de marzo. Ayudóle en gran manera para subir á aquel grado el cardenal Jordan Ursino: por esto comenzó á favorecer mucho á los ursinos, bando muy poderoso en Roma, y á perseguir por el mismo caso á los coloneses sus contrarios; y á su exemplo Juana Reyna de Nápoles, muger mudable é inconstante, despojó á Antonio Colona de la ciudad de Salerno. Por respeto del nuevo Pontífice le quitó lo que el Pontífice pasado le hizo dar, ó por ventura hubo algun demérito suyo, de que resultaron nuevas alteraciones y diferentes esperanzas en otros de ser acrecentados. El Rey de Castilla, determinado de ir en persona á la guerra de los moros, nombró para el gobierno de Castilla en su ausencia á Pedro Manrique. Hecho esto, de Medina del Campo pasó á Toledo, en cuyo templo por devocion pasó toda una noche armado y en vela, costumbre de los que se armaban caballeros. Venida la mañana, hizo bendecir las banderas; y pasadas las fiestas (que se le hicieron grandes) hechos sus votos y plegarias, partió para la guerra. Está en medio del camino puesta Ciudadreal: alli como el Rey se detuviese por algunos dias, á los veinte y quatro de abril dos horas despues de medio dia tembló la tierra de tal manera que algunos edificios quedaron maltratados, y algunas almenas del castillo cayeron en tierra; el mismo Rey fue forzado por el miedo y por el peligro salir á raso y al descubierto: fue grande el espanto que en todos causó, y mayor por estar el Rey presente y correr peligro su persona; mas el daño fue pequeño, y ningun hombre pereció. En Aragon, Cataluña y en Ruysellon fue mayor el estrago por esta misma causa y á la misma sazon, tanto que algunos lugares quedaron destruidos, y algunos maltratados por los temblores de la tierra. En Granada otrosí poco adelante, y en los reales de

Castilla que cerca estaban y á punto de pelear y entrar en la batalla que se dieron, como se dirá poco adelante, tembló la tierra, pronóstico que cada uno podia pensar amenazaba á su parte ó á la contraria, ó á entrambas, y que dió bien que pensar y temer no menos á los moros que á los christianos. Asi mismo por toda España fueron grandes los temores y anuncios que hubo por esta causa; que el pueblo inconstante y supersticioso suele alterarse por cosas semejantes y pronosticar grandes males. Por este mismo tiempo en Barcelona falleció la Reyna doña Violante de mucha edad: fue casada con el Rey don Juan el Primero, y era abuela materna de Ludovico duque de Aujou, con quien traian guerra los aragoneses por el reyno de Nápoles. Llegó el Rey de Castilla por el mes de mayo á la ciudad de Córdova: desde alli envió á don Alvaro de Luna adelante con buen número de gente, taló la campaña de Illora, y llegó haciendo estrago hasta la misma vega de Granada, llanura que es de grande frescura y no de menor fertilidad. Puso fuego en los ojos de los mismos ciudadanos á sus huertas, sus cortijos y arboledas sin perdonar á una hermosa casa de campo que por alli tenia el Rey moro; pero no fueron parte estos daños, ni aun las cartas de desafio que les envió don Alvaro, para que saliesen á pelear. No se supo la causa: puédese congeturar que por estar la ciudad suspensa con el miedo que tenia de mayores males, ó no estar los ciudadanos asegurados unos de otros. Entretanto que esto pasaba, se consultaba en Córdova sobre la forma que se ternia en hacer la guerra. Los pareceres fueron diferentes: unos decian que talasen los campos, y no se detuviesen en poner sitio sobre algun particular pueblo: otros que sería mas á propósito cercar alguna ciudad fuerte para ganar mayor reputacion, y con su toma sacar mayor prove-

cho de tantos trabajos y tan grandes gastos. Prevaleció el parecer mas honroso y de mas autoridad, y conforme á él se acordó fuesen sobre Granada, y peleasen con los moros de poder á poder, que era lo que un moro por nombre Gilayro grandemente les aconsejaba; el qual en su tierna edad como hobiese sido preso por los moros y renegado nuestra fé, dado que no de corazon, en esta ocasion se vino á Córdova á los nuestros, y les daban este consejo. Prometia que luego que los fieles se presentasen á vista de la ciudad de Granada, Juzeph Benalmao, nieto que era de Mahomad el Rey Bermejo que fue muerto en Sevilla, se pasaria con un buen número de gente á sus reales. Tomada esta resolucion, la Reyna que hasta alli acompañára al Rey, se partió para Carmona: el exército marchó adelante. Por el mes de octubre se detuvo el Rey cerca de Alvendin algunos dias hasta tanto que todas las compañías se juntasen. Llegáronse hasta ochenta mil hombres, y entre ellos muchos que por su linage y hazañas eran personas de gran cuenta. Dióse cuidado de asentar los reales y de maestres de campo al adelantado Diego de Ribera, y á Juan de Guzman, cargo que antes solia ser (conforme á las costumbres de España) de los mariscales, á quien pertenecia señalar y repartir las estancias. Marcharon dende en buen orden, y el segundo dia llegaron á tierra de moros: entraron formados sus esquadrones y en ordenanza, no de otra manera que si tuvieran los enemigos delante. Don Alvaro de Luna llevaba el cargo de la avanguardia, en que iban dos mil y quinientos hombres de armas: el Rey iba en el cuerpo de la batalla con la fuerza del exército, acompañado de muchos grandes; el postrero esquadron hacian los cortesanos, y gran número de eclesiásticos, entre ellos don Juan de Cerezuela obispo de Osma, y don Gutier-

re de Toledo obispo de Palencia: á los costados marchaban con parte de la gente don Enrique conde de Niebla, Pero Fernandez de Velasco, Diego Lopez de Zúñiga, el conde de Benavente y el obispo de Jaen: delante de todos los esquadrones iban los dos maestres de campo con mil y quinientos caballos ligeros. Estos dieron principio á la batalla, que fue á veinte y nueve del mes de junio en esta guisa. Los moros salieron de la ciudad de Granada con grandes alaridos; los fieles fueron los primeros á pasar un ribazo que caía en medio: con esto se trabó la pelea. Era grande la muchedumbre de los bárbaros, y en lugar de los heridos y cansados venian de ordinario nuevas compañías de refresco de la ciudad que cerca tenian: lo mismo hacían los nuestros, que adelantaban sus compañías, y todos meneaban las manos. Adelantóse Pedro de Velasco cuya carga no sufrieron los moros: retiráronse poco á poco, cogidos y en ordenanza á la ciudad, de manera que aquel dia ninguno de los enemigos volvió las espaldas. Retirados que fueron los moros, los reales del Rey se asentaron á la halda del monte de Elvira, fortificados de foso y trincheas. Los moros eran cinco mil de á caballo, y como docientos mil infantes, todos número, parte alojada en la ciudad y parte en sus reales, que tenian cerca de las murallas á causa que dentro de la ciudad no cabia tanta muchedumbre. El domingo adelante ordenaron los moros sus haces en guisa de pelear. Allanaba el maestre de Calatrava con los gastadores el campo, que á causa de los valladares y acequias estaba desigual y embarazado. Acometiéronle los moros, y cargaron sobre él y sus gastadores que hacían las explanadas. Visto el peligro en que estaba, acudieron don Enrique conde de Niebla y Diego de Zúñiga, que mas cerca se hallaban, desde los reales á socorrelle: la pelea se en-

cendia, y el calor del sol por ser medio dia era muy grande. El Rey enojado porque no pensaba pelear aquel dia, y turbado por la locura y atrevimiento de los suyos, envió á don Alvaro de Luna para que hiciese retirar á los soldados y dexar la pelea. La escaramuza estaba tan adelante, y los moros tan mezclados por todas partes, que á los christianos, si no volvian las espaldas, no era posible obedecer. Lo qual como supiese el Rey, hizo con presteza poner en ordenanza su gente. Hablóles brevemente en esta sustancia: «Como aquellos mismos eran los que poco an»tes les pagaban parias, los mismos capitanes y co»razones. Que el Rey no salia á la batalla por no fiar»se de las voluntades de los ciudadanos, cuya mayor »parte favorecia á Benalmao, que se ha acogido á »nuestro amparo, y pasado á nuestros reales. Acome»ted pues con brio y gallardía á los enemigos que »teneis delante, flacos y desarmados. No os espante »la muchedumbre; que ella misma los embarazará en »la pelea. Con qué cara volverá qualquiera de vos á »su casa, si no fuere con la victoria ganada? A los »que temieron los aragoneses, los navarros, los fran»ceses, podrá por ventura espantar esta canalla y tro»pel de bárbaros, mal juntada y sin orden? afuera tan »gran mal, no permita Dios ni sus Santos cosa tan fea. »Este dia echará el sello á todos los trabajos y victo»rias ganadas, ó (lo que tiemblo en pensallo) acar»reará á nuestro nombre y nacion vergüenza, afren»ta y perpétua infamia.» Dicho esto, mandó tocar las trompetas en señal de pelear. Acometieron á los moros, que los recibieron con mucho ánimo: fue el alarido grande de ambas partes, estuvieron algun espacio las haces mezcladas sin reconocerse ventaja. La manera de la pelea era brava, dudosa, fea, miserable: unos huían, otros los seguían, todo andaba mezclado,

armas, caballos y hombres; no habia lugar de tomar consejo, ni atender á lo que les mandaban. Andaba el Rey mismo entre los primeros como testigo del esfuerzo de cada qual, y para animallos á todos. Su presencia los avivó tanto que vueltos á ponerse en ordenanza, les parecia que entonces comenzaban á pelear. Con este esfuerzo los enemigos, vueltas las espaldas, á toda furia se recogieron parte á la ciudad, parte por el conocimiento que tenian de los lugares, y confiados en su aspereza, se retiraron por aquellos montes cercanos, sin que los nuestros cesasen de herir en ellos y matar hasta tanto que sobrevino y cerró la noche. El número de los muertos no se puede saber al justo, entendióse que sería como de diez mil. Los reales de los moros que tenian asentados entre las viñas y los olivares, ganó y entró don Juan de Cerezuela. Los demas eclesiásticos con cruces y ornamentos, y mucha muestra de alegria salieron á recebir al Rey que acabada la pelea, volvia á sus reales. Daban todos gracias á Dios por merced y victoria tan señalada. Detuviéronse en los mismos lugares por espacio de diez dias. Los moros dado que ni aun á las viñas se atrevian á salir, pero ninguna mencion hicieron de concertarse y hacer confederacion, sea por confiar demasiado en sus fuerzas, sea por tener perdída la esperanza de ser perdonados. Por ventura tambien un extraordinario pasmo tenia embarazados los entendimientos del pueblo y de los principales para que no atendiesen á lo que les estaba bien. Dióse el gasto á los campos sin que alguno fuese á la mano. Hecho esto, el Rey de Castilla con su gente dió la vuelta. Quedó el cargo de la frontera al maestre de Calatrava y al adelantado Diego de Ribera y con ellos Benalmao con título y nombre de Rey para efecto (si se ofreciese ocasion) de apoderarse con el ayuda de su

parcialidad del reyno de Granada. Este fue el suceso desta empresa tan memorable, y de la batalla muy nombrada, que vulgarmente se llamó de la Higuera, por una puesta y plantada en el mismo lugar en que pelearon. Pocos de los fieles fueron muertos ni en la batalla ni en toda la guerra, y ninguna persona notable y de cuenta: con que el alegria de todo el reyno fue mas pura y mas colmada.

CAPITULO IV.

De las paces que se hicieron entre los Reyes de Castilla y de Portugal.

Estaba desde los años pasados retirado don Nuño Alvarez Pereyra condestable que era de Portugal, conde de Barcelos y de Oren, no solo de la guerra, sino de las cosas del gobierno, y por su mucha edad se recogió en el monasterio de los Carmelitas que á su costa de los despojos de la guerra edificó en Lisboa. Recelábase de la inconstancia de las cosas, temia que la larga vida no le fuese ocasion (como á muchos) de tropezar y caer; junto con esto pretendia con mucho cuidado alcanzar perdon de los pecados de su vida pasada, y aplacar á Dios con limosnas que hacía á los pobres, y templos que edificaba en honra de los Santos, como hoy en Portugal se veen no pocos fundados por él, y entre ellos uno en Aljubarrota de San Jorge, y otro de Santa María en Villaviciosa: muestras claras de su piedad, y tropheos señalados de las victorias que ganó de los enemigos. En estas buenas obras se ocupaba quando le sobrevino la muerte en edad de setenta y un años, y cuarenta y seis años despues que fue hecho condestable. Su fama y autoridad y memoria durará siempre en

España: su cuerpo enterraron en el mismo monasterio en que estaba retirado. Hallóse el Rey mismo á su enterramiento muy solemne, á que concurrieron toda suerte de gentes. Esta prenda y muestra de amor dió el Rey á los merecimientos del difunto, al qual debia lo que era. Tuvo una sola hija por nombre doña Beatriz, que casó con don Alonso duque de Berganza, hijo bastardo del mismo Rey de Portugal. Entre los nietos que deste matrimonio le nacieron, antes de su muerte dividió todo su estado. El Rey de Portugal avisado por la muerte de su amigo que era de la misma edad, que su fin no podia estar lexos, lo que una y otra vez tenia intentado, se determinó con mayor fuerza y con una nueva embaxada de tratar y concluir con el Rey de Castilla que se hiciesen las paces. Partióse el Rey don Juan arrebatadamente del reyno de Granada, con que parecia á muchos que se perdió muy buena coyuntura de adelantar las cosas. Vulgarmente se murmuraba que don Alvaro fue sobornado para hacer esto con cantidad de oro que de Granada le enviaron en un presente que le hicieron de higos pasados: creíase esto fácilmente á causa que ninguna cosa, ni grande ni pequeña, se hacía sino por su parecer, demas que el pueblo ordinariamente se inclina á creer lo peor. Llegaron á Córdova á veinte de julio: partidos de alli, en Toledo cumplieron sus promesas y dieron gracias á Dios por la victoria que les otorgára. De Toledo muy presto pasados los puertos se fueron á Medina del Campo para donde tenian convocadas cortes generales del reyno, que en ninguna cosa fueron mas señaladas que en mudar como se mudaron las treguas que tenian con Portugal, en paces perpétuas. La confederacion se hizo con honrosas capitulaciones para las dos naciones, y á treinta de octubre se pregonaron

en las cortes de Castilla y en Lisboa. Para este efecto de Castilla fue por embaxador el doctor Diego Franco. Por otra parte á la misma sazon el conde de Castro fue condenado de crímen contra la magestad real. Confiscaron otrosí los pueblos del maestre de Alcántara, y pusieron guarniciones en ellos en nombre del Rey. Prendieron al tanto á Pedro Fernandez de Velasco conde de Haro, á Fernan Alvarez de Toledo, y al obispo de Palencia su tio don Gutierre de Toledo. Cargábanlos de estar hermanados con los infantes de Aragon, y que con deseo de novedades trataban de dar la muerte á don Alvaro. Estas sentencias y prisiones fueron causa de alterarse mucho los ánimos, por tener entendido los grandes que contra el poder de don Alvaro y sus engaños ninguna seguridad era bastante, y que les era fuerza acudir á las armas; en particular Iñigo Lopez de Mendoza se determinó (para lo que podia suceder) de fortificar la su villa de Hita con soldados y armas. Tratóse en las cortes de juntar dinero (como se hizo) para el gasto de la guerra contra los moros, que parecia estar en buenos términos á causa que el adelantado y el maestre de Calatrava ganaron á la sazon muchos pueblos de moros, Ronda, Cambil, Illora, Archidona, Setenil, sin otros de menos cuenta. La misma ciudad de Loxa rindieron, que era muy fuerte: pusieron cerco á la fortaleza, do parte de la gente se fortificára, en cuyo favor vino de Granada Juzeph Abencerrage; pero fue vencido en batalla, y muerto por los nuestros que acudieron á estorballe el paso. La lealtad y constancia le fue perjudicial, y querer continuar en servir al Rey Mahomad su señor, sin embargo que los naturales en gran parte por el odio que tenian al gobierno presente, se inclinaban á dar el reyno á Benalmao. Por esto el Rey Mahomad el Izquier-

do, visto que no tenia fuerzas iguales á sus contrarios asi por ser ellos muchos, como porque los nuestros con diversas mañas los atizaban y animaban contra él, dexada la ciudad de Granada en que prevalecia aquella parcialidad, se resolvió de irse á Málaga y allí esperar mejores temporales. Con su partida Benalmao fue recebido en la ciudad el primer dia del
1432. año de mil y quatrocientos y treinta y dos, que se contára de los moros ochocientos y treinta y cinco años, el mes Iamad el primero; en el qual mes al infante de Portugal don Duarte nació de su muger doña Leonor un hijo que se llamó don Alonso, y fue adelante muy conocido por muchas desgracias que le acontecieron. Los ciudadanos de Granada á porfia se adelantaban á servir al nuevo Rey, la mayor parte con voluntades llanas, otros acomodándose al tiempo, y por el mismo caso con mayor diligencia y rostro mas alegre, que en gran manera sirve á representaciones y ficciones semejantes. El mismo Rey hizo juramento que estaria á devocion de Castilla, y sin engaño pagaria cada año de tributo cierta suma de dineros, segun que lo tenian concertado, de lo qual se hicieron escrituras públicas. Las cosas estaban desta manera asentadas, quando la fortuna, ó fuerza mas alta poderosa en todas las cosas humanas, y mas en dar y quitar principados, las desbarató en breve con la muerte que sobrevino á Benalmao. Era ya de mucha edad, y asi falleció el sexto mes de su reynado á veinte y quatro de junio en el mes que los moros llaman Iavel. Con esto Mahomad el Izquierdo de Málaga, do se entretenia con poca esperanza de mejorar sus cosas, sabida la muerte de su contrario, fue de nuevo llamado al reyno, y recebido en la ciudad no con menor muestra de aficion que el odio con que antes le echaron: tanto puede muchas veces un

poco de tiempo para trocar las cosas y los corazones: muchos despues de desterrado y ido se movian á tenelle compasion. Vuelto al reyno, en lugar del Abencerrage nombró por gobernador de Granada á un hombre poderoso llamado Andilbar. Puso treguas con el Rey de Castilla, que le fueron (bien que por breve tiempo) otorgadas. A la raya de Portugal los infantes de Aragon no cesaban de alborotar la tierra. Los tesoros del Rey consumidos con gastos tan contínuos no bastaban para acudir á tantas partes. Esta fue la causa de asentar con los moros aquellas treguas. Demas desto en parte pareció condescender con los ruegos del Rey de Tunez, el qual con una embaxada que envió á Castilla, trabajaba de ayudar aquel Rey por ser su amigo y aliado. Para reducir al maestre de Alcántara, y apartalle de los aragoneses, fue por órden del Rey don Alvaro de Isorna obispo de Cuenca, por si con la autoridad de Perlado y el deudo que tenian los dos, pudiese detener al que se despeñaba en su perdicion, y reducille á mejor partido. Toda esta diligencia fue de ningun efecto: no se pudo con él acabar cosa alguna, si bien no mucho despues entendiendo que el maestre estaba arrepentido, se dió cuidado al doctor Franco de aplacalle y traelle á lo que era razon. El como hombre de ingenio mudable y deseoso de novedades, al qual desagradaba lo que era seguro, y tenia puesta su esperanza en mostrarse temerario, de repente como alterado el juicio entregó el castillo de Alcántara al infante de Aragon don Pedro, y al dicho Franco puso en poder de don Enrique su hermano: exceso tan señalado, que cerró del todo la puerta para volver en gracia del Rey: la gente eso mismo comenzó á aborrecelle como á hombre aleve, y que con engaño quebrantára el derecho de las gentes en maltratar al que para su remedio le bus-

caba. Al almirante don Fadrique y al adelantado Pedro Manrique con buen número de soldados dieron cargo de cercar á Alburquerque, y de hacer la guerra á los hermanos infantes de Aragon. Gutierre de Sotomayor comendador mayor de Alcántara préndió de noche en la cama al infante don Pedro primer dia de julio, no se sabe si con parecer del maestre su tio que temia no le maltratasen los aragoneses, si porque él mismo aborrecia el parecer del tio en seguir el partido de los aragoneses, y pretendia con tan señalado servicio ganar la voluntad del Rey: la suma es que por premio de lo que hizo, fue puesto en el lugar de su tio. A instancia del Rey los comendadores de Alcántara se juntaron á capítulo: alli don Juan de Sotomayor fue acusado de muchos excesos, y absuelto de la dignidad; hecho esto, eligieron para aquel maestrazgo á don Gutierre su sobrino. El paradero de cada uno suele ser conforme al partido que toma, y el remate semejable á sus pasos y méritos. Los señores de Castilla que tenian presos, fueron puestos en libertad sea por no probárseles lo que les achacaban, sea porque muchas veces es forzoso que los grandes príncipes disimulen, especial quando el delito ha cundido mucho.

CAPITULO V.

De la guerra de Nápoles.

Con la vuelta que dió á España don Alonso Rey de Aragon (como arriba queda demostrado) hobo en Nápoles gran mudanza de las cosas y mayor de los corazones. Muy gran parte de aquel reyno estaba en poder y señorío de los enemigos: los mas de los señores favorecian á los angevinos: pocos, y estos de

secreto, seguian el partido de Aragon, cuyas fuerzas como apenas fuesen bastantes para una guerra, en un mismo tiempo se dividieron en muchas; y sin mirar que tenian tan grande guerra dentro de su casa y entre las manos, buscaron guerras estrañas. Fue asi que los fregosos, una muy poderosa parcialidad entre los ciudadanos de Génova, echados que fueron de su patria y despojados del principado que en ella tenian, por Philipo duque de Milán, acudieron con humildad á buscar socorros estraños. Llamaron en su ayuda á don Pedro infante de Aragon, que á la sazon en Nápoles con pequeñas esperanzas sustentaba el partido del Rey su hermano. Fue él de buena gana con su armada, por la esperanza que le dieron de hacelle señor de aquella ciudad; á lo menos pretendia con aquel socorro que daba á los fregosos, vengar las injurias que en la guerra pasada les hizo el duque de Milán. No fue vana esta empresa, ca juntadas sus fuerzas con los fregosos y con los fliscos, quitó al duque de Milán muchos pueblos y castillos por todas aquellas marinas de Génova. Despertóse por toda la provincia un miedo de mayor guerra: los naturales entraron con aquella ayuda en esperanza de librarse del señorío del duque por el deseo que tenian de novedades. El duque de Milán cuidadoso que si perdia á Génova, podia correr peligro lo demas de su estado, se determinó de hacer paces con los aragoneses. Para esto por sus embaxadores que envió á España, prometió al Rey sin sabello los ginoveses que le entregaria la ciudad de Bonifacio cabeza de Córcega, sobre la qual isla por tanto tiempo los aragoneses tenian diferencia con los de Génova. Pareció no se debia desechar la amistad que el duque ofrecia con partido tan aventajado: por esto el Rey de Aragon envió á Italia sus embaxadores con poder de tratar y

caba. Al almirante don Fadrique y al adelantado Pedro Manrique con buen número de soldados dieron cargo de cercar á Alburquerque, y de hacer la guerra á los hermanos infantes de Aragon. Gutierre de Sotomayor comendador mayor de Alcántara prendió de noche en la cama al infante don Pedro primer dia de julio, no se sabe si con parecer del maestre su tio que temia no le maltratasen los aragoneses, si porque él mismo aborrecia el parecer del tio en seguir el partido de los aragoneses, y pretendia con tan señalado servicio ganar la voluntad del Rey: la suma es que por premio de lo que hizo, fue puesto en el lugar de su tio. A instancia del Rey los comendadores de Alcántara se juntaron á capítulo: alli don Juan de Sotomayor fue acusado de muchos excesos, y absuelto de la dignidad; hecho esto, eligieron para aquel maestrazgo á don Gutierre su sobrino. El paradero de cada uno suele ser conforme al partido que toma, y el remate semejable á sus pasos y méritos. Los señores de Castilla que tenian presos, fueron puestos en libertad sea por no probárseles lo que les achacaban, sea porque muchas veces es forzoso que los grandes príncipes disimulen, especial quando el delito ha cundido mucho.

CAPITULO V.

De la guerra de Nápoles.

Con la vuelta que dió á España don Alonso Rey de Aragon (como arriba queda demostrado) hobo en Nápoles gran mudanza de las cosas y mayor de los corazones. Muy gran parte de aquel reyno estaba en poder y señorío de los enemigos: los mas de los señores favorecian á los angevinos: pocos, y estos de

secreto, seguian el partido de Aragon, cuyas fuerzas como apenas fuesen bastantes para una guerra, en un mismo tiempo se dividieron en muchas; y sin mirar que tenian tan grande guerra dentro de su casa y entre las manos, buscaron guerras estrañas. Fue asi que los fregosos, una muy poderosa parcialidad entre los ciudadanos de Génova, echados que fueron de su patria y despojados del principado que en ella tenian, por Philipo duque de Milán, acudieron con humildad á buscar socorros estraños. Llamaron en su ayuda á don Pedro infante de Aragon, que á la sazon en Nápoles con pequeñas esperanzas sustentaba el partido del Rey su hermano. Fue él de buena gana con su armada, por la esperanza que le dieron de hacelle señor de aquella ciudad; á lo menos pretendia con aquel socorro que daba á los fregosos, vengar las injurias que en la guerra pasada les hizo el duque de Milán. No fue vana esta empresa, ca juntadas sus fuerzas con los fregosos y con los fliscos, quitó al duque de Milán muchos pueblos y castillos por todas aquellas marinas de Génova. Despertóse por toda la provincia un miedo de mayor guerra: los naturales entraron con aquella ayuda en esperanza de librarse del señorío del duque por el deseo que tenian de novedades. El duque de Milán cuidadoso que si perdia á Génova, podia correr peligro lo demas de su estado, se determinó de hacer paces con los aragoneses. Para esto por sus embaxadores que envió á España, prometió al Rey sin sabello los ginoveses que le entregaria la ciudad de Bonifacio cabeza de Córcega, sobre la qual isla por tanto tiempo los aragoneses tenian diferencia con los de Génova. Pareció no se debia desechar la amistad que el duque ofrecia con partido tan aventajado: por esto el Rey de Aragon envió á Italia sus embaxadores con poder de tratar y

concluir las paces. No se pudo entregar Bonifacio por la resistencia que hizo el senado de Génova, pero dieron en su lugar los castillos y plazas de Portuveneris y Lerici. Tomada esta resolucion, el infante don Pedro llamado desde Sicilia donde se habia vuelto, puso guarnicion en aquellos castillos, y dexando seis galeras al sueldo del duque Philipo para guarda de aquellas marinas, se partió con la demas armada. En conclusion talado que hobo y saqueado una isla de Africa llamada Cercina, hoy Charcana, y del número de los cautivos por tener grandes fuerzas suplido los remeros que faltaban, compuestas las cosas en Sicilia y en Nápoles como sufria el estado presente de las cosas, se hizo á la vela para España (como arriba queda dicho) en socorro de sus hermanos, y para ayudallos en la guerra que hacían contra Castilla, ni con gran esperanza, ni con ninguna de poderse en algun tiempo recobrar el reyno de Nápoles: las fuerzas de la parcialidad contraria le hacían dudar por ser mayores que las de Aragon: poníale esperanza la condicion de aquella nacion, acostumbrada muchas veces á ganar mas fácilmente estados de fuera con las armas que sabellos conservar, como de ordinario á los grandes príncipes antes les falta industria para mantener en paz los pueblos y vasallos que para vencer con las armas á los enemigos. Representábasele que las costumbres de las dos naciones francesa y neapolitana eran diferentes, los deseños contrarios: por donde en breve se alborotarian, y entraria la discordia entre ellos, que es lo postrero de los males. De la Reyna y de los cortesanos, como de la cabeza, la corrupcion y males se derramaban en los demas miembros de la república. Juzgaba por ende que en breve pereceria aquel estado forzosamente, y se despeñaria en su perdicion, aunque ninguno lo

contrastase. No fue vana esta consideracion, porque el de Anjou fue enviado por la Reyna á Calabria con orden que desde alli cuidase solo de la guerra, sin embarazarse en alguna otra parte del gobierno ni poner en él mano. El que dió este consejo, fue Caracciolo senescal de Nápoles: pretendia, alexado su competidor, reynar él solo en nombre ageno: cosa que le acarreó odio, y al reyno mucho mal. Deste principio como quier que se aumentasen los odios, pasó el negocio tan adelante que el Aragones fue por Caracciolo llamado al reyno. Prometíale que todo le sería fácil por haberse envegecido y enflaquecido con el tiempo el poder de los franceses: que él y los de su valía se conservarian en su fé, y seguirian su partido. No se sabe si prometía esto de corazon, ó por ser hombre de ingenio recatado y sagaz queria tener aquel arrimo y ayuda, para todo lo que pudiese suceder. Con mas llaneza Antonio Ursino príncipe de Taranto seguía la amistad del Rey, hombre noble, diligente, parcial, deseoso de poder y de riquezas, y por esto con mas cuidado solicitaba la vuelta del Rey de Aragon. Avisaba que ya los tenia cansados la liviandad francesa (como él hablaba) y su arrogancia: que la aficion de los aragoneses y su bando estaba en pie: de los otros muchos de secreto le favorecian: que luego que llegase, toda la nobleza y aun el pueblo por odio de la torpeza y soltura de la Reyna se juntaria con él, y todavia si se detenia, no dexaria de buscar otras ayudas de fuera. Despertó el Aragones con estas letras y fama; pero ni se fiaba mucho de aquellas promesas magníficas, ni tampoco menospreciaba lo que le ofrecian. Tenia por cosa grave y peligrosa, si no fuese con voluntad de la Reyna, contrastar de nuevo con las armas sobre el reyno de Nápoles. Sin embargo, dexados sus hermanos en España, él aper-

cebida una armada en que se contaban veinte y seis galeras y nueve naves gruesas, se determinó acometer las marinas de Africa, por parecelle esto á propósito para ganar reputacion, y entretener de mas cerca en Italia la aficion de su parcialidad. Hízose con este intento á la vela desde la ribera de Valencia, y despues de tocar á Cerdeña llegó á Sicilia. Tenian los franceses cercado en Calabria un castillo muy fuerte llamado Trupia. Apretábanle de tal manera que los de dentro concertaron de rendirse, si dentro de veinte dias no les viniese socorro. Deseaba el Rey de Aragon acudir desde Sicilia, do fue avisado de lo que pasaba. No pudo llegar á tiempo por las tempestades que se levantaron, que fue la causa de rendirse el castillo al mismo tiempo que él llegaba. En Mecina se juntaron con la armada aragonesa otros setenta baxeles, y todos juntos fueron la vuelta de los Gelves, una isla en la ribera de Africa, que se entiende por los antiguos fue llamada Lotophagite ó Meninge. Está cercana á la sirte menor, y llena de muchos y peligrosos baxíos, que se mudan con la tempestad del mar por pasarse el cieno y la arena de una parte á otra: apartada de tierra firme obra de quatro millas, llena de moradores, y de mucha frescura. Por la parte de Poniente se junta mas con la tierra por una puente que tiene para pasar á ella, de una milla de largo. Era dificultosa la empresa y el acometer la isla por su fortaleza y los muchos moros que guardaban la ribera; porque Bofferriz Rey de Tunez, avisado del intento del Rey don Alonso, acudió sin dilacion á la defensa. Tomaron los de Aragon la puente luego que llegaron, dieron otrosí la batalla á aquel Rey bárbaro, fueron vencidos los moros y forzados á retirarse dentro de sus reales. Entraron en ellos los aragoneses, y por algun espacio se peleó cerca de la

tienda del Rey con muerte de los mas valientes moros. El mismo Bofferriz perdída la esperanza escapó á uña de caballo, los demas se pusieron al tanto en huida. La matanza no fue muy grande, ni los despojos que se ganaron, dado que les tomaron veinte tiros: con todo esto no se pudieron apoderar de la isla. Detuviéronse de propósito los isleños con engaño mucho tiempo en asentar las condiciones, con que mostraban quererse rendir. Por esto la armada (como ellos lo pretendian) fue forzada por falta de vituallas de volverse á Mecina. Alli se trató de la manera que se podria tener para recobrar á Nápoles. Ofrecíase nueva ocasion, y fue que Juan Caracciolo por conjuracion de sus enemigos, que engañosamente le dixeron que la Reyna le llamaba, al ir á palacio fue muerto á diez y ocho de agosto. La principal movedora deste trato fue Cobella Rufa muger de Antonio Marsano duque de Sessa, que tenia el primer lugar de privanza y autoridad con la Reyna y aborrecia á Caracciolo con un odio mortal. Todo era abrir camino para que recobrase aquel reyno el Rey don Alonso que no faltaba á la ocasion, antes solicitaba para que le acudiesen, á los señores de Nápoles. Envió una embaxada á la Reyna, y él se pasó á la isla de Ischia, que antiguamente llamaron Enaria, para de mas cerca entender lo que pasaba. Decia la Reyna estar arrepentida del concierto que tenia hecho con el de Anjou, que deseaba en ocasion volver á sus primeros intentos, como se pudiese hacer sin venir á las armas. En tratar y asentar las condiciones se pasó lo demas del estío. Llevaron tan adelante estas práticas, que la Reyna revocada la adopcion con que probijó á Ludovico duque de Anjou, renovó la que hiciera antes en la persona de don Alonso Rey de Aragon: decia que la primera confe-

deracion era de mayor fuerza que el asiento que en contrario della tomára con los franceses. Dió sus provisiones desto en secreto, y solo firmadas de su mano, para que el negocio no se divulgase, todo por consejo y amonestacion de Cobella, por cuyos consejos la Reyna en todo se gobernaba, como muger sugeta al parecer ageno, y lo que era peor, al presente de otra muger, en tanto grado que ella sola gobernaba todas las cosas asi de la paz como de la guerra: afrenta vergonzosa y mengua de todos. Pero la ciudad inclinada á sus deleytes (por la gran abundancia que dellos tiene) y con los entretenimientos y pasatiempos de todas maneras, á trueco de sus comodidades ningun cuidado tenia de lo que era honesto, en especial el pueblo que ordinariamente suele tener poco cuidado de cosas semejantes, y mas en aquel tiempo en que comunmente prevalecia en los hombres este descuido. Entretanto que esto pasaba en Nápoles, los infantes de Aragon se hallaban en riesgo, el uno preso, y á don Enrique tenian los de Castilla cercado dentro de Alburquerque. Teníanse sospechas de mayor guerra, por no haber guardado la fé de lo que quedó concertado: desorden de que los embaxadores de Castilla se quexaron como les fue mandado en presencia del Rey de Navarra por ser hermano de los infantes; y que quedaba por lugarteniente del Rey de Aragon para gobernar aquel reyno. Concertaron finalmente que entregando á Alburquerque, y todos los demas pueblos y castillos de que estaban apoderados los dos hermanos infantes, saliesen de toda Castilla. Tomado que se hobo este asiento, con intervencion y por industria del Rey de Portugal los dos hermanos, y la infanta doña Cathalina muger de don Enrique, y el maestre que era antes de Alcántara, y con ellos el obispo de Coria se em-

barcaron en Lisbona, y desde alli fueron á Valencia con intento de acometer nuevas esperanzas y pretensiones en España; donde esto no les saliese á su propósito, por lo menos pasar en Italia, que era lo que el Rey su hermano ahincadamente les exhortaba, por el deseo que tenia de recobrar por las armas el reyno de Nápoles, como el que tenia por muy cierto que la Reyna solo le entretenia con buenas palabras, y que con el corazon se inclinaba á su competidor y contrario; que la discordia doméstica no sufre que alguna cosa esté encubierta, todos los intentos asi buenos como malos echa en la plaza. Don Fadrique conde de Luna con diversas inteligencias que tenia, y diversos tratos, pretendia entregar en poder del Rey de Castilla á Tarazona y Calatayud, pueblos asentados á la raya de Aragon. Queria que este fuese el fruto de su huida, como hombre desapoderado que era, de ingenio mudable, atrevido y temerario. Daba ocasion para salir con esto la contienda que muy fuera de tiempo en aquella comarca se levantó sobre el primado de Toledo con esta ocasion. Don Juan de Contreras arzobispo de Toledo, con otros seis nombrado por el Rey de Castilla como juez árbitro para componer las contiendas y diferencias con el Aragones, primero en Agreda, despues en Tarazona donde los jueces residian, llevaba delante la cruz ó guion, divisa de su dignidad. El obispo de Tarazona se quexaba, y alegaba ser esto contra la costumbre de sus antepasados y contra lo que estaba en Aragon establecido; en especial se agraviaba Dalmao arzobispo de Zaragoza, cuyo sufragáneo es el de Tarazona. Decian que se hacía perjuicio á la iglesia de Tarragona y á su autoridad, y que pues otras veces reprimieron los de Toledo, no era razon que con aquel

nuevo exemplo se quebrantasen sus costumbres y derechos antiguos. El de Toledo se defendia con los privilegios y bulas antiguas de los Sumos Pontífices; sin embargo se entretenia en Agreda, y no entraba en Aragon por recelo que de la contienda de las palabras no se viniese y pasase á las manos. Este debate tan fuera de sazon era causa que no se atendia al negocio comun de la paz, y por la contienda particular se dexaba lo mas importante y que tocaba á todos. Por donde se tenia y corria peligro que pasado que fuese el tiempo de las treguas, de nuevo volverian á las armas: por este recelo los unos y los otros se apercebian para la guerra, dado que tenian gran falta de dinero, y mas los de Aragon por estar gastados con guerras de tantos años.

CAPITULO VI.

Del concilio de Basilea.

Los ánimos de los españoles suspensos con las sospechas de una nueva guerra nuevas señales que se vieron en el cielo los pusieron mayor espanto. En especial en Ciudadrodrigo, do á la sazon se hallaba el Rey de Castilla por causa de acudir á la guerra que se hacía contra los infantes de Aragon, se vió una grande llama que discurrió por buen espacio, y se remató en un trueno descomunal que mas de treinta millas de allí le oyeron muchos. Al principio del año mil y
1433. quatrocientos y treinta y tres en Navarra y Aragon nevó quarenta dias continuos con grande estrago de ganados y de aves que perecieron; las mismas fieras forzadas de la hambre concurrian á los pueblos para matar ó ser muertas. De Ciudadrodrigo se fue el Rey á Madrid á tener cortes: acudió tanta gente, que la

villa con ser bien grande como quier que no fuese bastante para tantos, gran parte de la gente alojaba por las aldeas de allí cerca. Tratóse en las cortes de la guerra de Granada, y por haber espirado el tiempo de las treguas Fernan Alvarez de Toledo señor de Valdecorneja fue enviado para dar principio á la guerra, y ganó algunos castillos de moros. Por lo demas este año hobo sosiego en España. Los grandes en Madrid á porfía hacían gastos y sacaban galas y libreas, exercitábanse en hacer justas y torneos, todo á propósito de hacer muestra de grandeza y de la magestad del reyno, y para regocijar al pueblo, de que tenian mas cuidado de apercebirse para la guerra. En Lisboa hobo este año peste, en que murieron gran número de gente; el mismo Rey don Juan falleció á catorce de agosto. Era ya de grande edad, vivió setenta y seis años, quatro meses y tres dias, reynó quarenta y ocho años, quatro meses y nueve dias. Fue muy esclarecido y de gran nombre por dexar fundada para sus descendientes la posesion de aquel reyno en tiempos tan revueltos y de tan grande alteracion. Sucedióle su hijo don Duarte, que sin tardanza en una grande junta de fidalgos fue alzado por Rey de Portugal. Era de edad de quarenta y un años y nueve meses y catorce dias. Fuera de las otras prosperidades tuvo este Rey muchos hijos habidos de un matrimonio: el mayor se llamó don Alonso, que entre los portugueses fue el primero que tuvo nombre de príncipe, el segundo don Fernando, que nació este mismo año, doña Philipa que murió niña, doña Leonor, doña Cathalina y doña Juana, que adelante casaron con diversos príncipes. El mismo dia que coronaron al nuevo Rey, dicen que un cierto médico judío llamado Gudiala le amonestó se hiciese la ceremonia y solemnidad despues de medio dia, porque

si se apresuraba, las estrellas amenazaban algun revés y desastre; y que con todo eso pasó adelante en coronarse por la mañana segun lo tenian ordenado, por menospreciar semejantes agüeros como sin propósito y desvariados. Tomado que hobo el cuidado del reyno, y sosegada la peste de Lisbona, lo primero que hizo, fue las honras y exèquias de su padre con aparato muy solemne: el cuerpo con pompa y acompañamiento el mayor que hasta entonces se vió, llevaron á Aljubarrota, y enterraron en el monasterio de la Batalla, que él mismo (como de suso queda dicho) fundó en memoria de la victoria que ganó de los castellanos. Acompañaron el cuerpo el mismo Rey y sus hermanos, los grandes, personas eclesiásticas en gran número, todos cubiertos de luto y con muy verdaderas lágrimas. Conforme á este principio y reverencia que tuvo este Rey á su padre, fueron los medios y remate de su reynado. Esto en España. Habia Martino Pontífice romano convocado el postrer año de su pontificado los obispos para tener concilio en la ciudad de Basilea en razon de reformar las costumbres de la gente que se apartaban mucho de la antigua santidad, y para reducir los bohemos á la fé que andaban con heregías alterados. Fue desde Roma por legado para abrir el concilio y presidir en él el cardenal Julian Cesarino, persona en aquella sazon muy señalada. Eugenio sucesor de Martino procuraba trasladar los obispos á Italia por parecelle que estando mas cerca, tendrian menos ocasion de hacer algunas novedades que se sospechaban: oponíase á esto el Emperador Sigismundo por favorecer mas á Alemania que á Italia; los demas príncipes fueron por la una y por la otra parte solicitados, en particular el de Aragon con el deseo que tenia de apoderarse del reyno de Nápoles, acordó llegarse al parecer de Sigismundo

de quien tenia mas esperanza que le ayudaria. Por esta causa mandó que de Aragon fuesen por sus embaxadores á Basilea don Alonso de Borgia obispo de Valencia, y otros dos en su compañía, el uno theólogo, y el otro de la nobleza: lo mismo por su exemplo hicieron los demas Reyes de España, el de Portugal envió á don Diego conde de Oren por su embaxador, y en su compañía los obispos y otras personas eclesiásticas. Al principio del año mil y quatro- 1434
cientos y treinta y quatro falleció en Basilea el cardenal don Alonso Carrillo, varon de gran crédito por su doctrina y prudencia, amparo y protector de nuestra nacion. Sucedióle en el obispado de Sigüenza que tenia, don Alonso Carrillo el mas mozo, que era su sobrino hijo de su hermana: era protonotario y andaba en corte romana, y aun á la sazon se halló á la muerte de su tio; por estos grados llegó finalmente á ser arzobispo de Toledo. La falta del cardenal fue ocasion que el Rey de Castilla pusiese mas diligencia en enviar sus embaxadores al concilio, que fueron don Alvaro de Isorna obispo de Cuenca, y Juan de Silva señor de Cifuentes y alferez del Rey, y Alonso de Cartagena hijo del obispo Pablo Burgense, persona que ni en la erudicion ni en las demas virtudes reconocia á su padre ventaja: á la sazon era dean de Santiago y de Segovia, y adelante por promocion que de su padre se hizo en patriarchâ de Aquileya, fue él en su lugar nombrado por obispo de Burgos; premio debido á los méritos de su padre y á sus propias virtudes, y en particular porque defendió en Basilea con valor delante los prelados y el concilio la dignidad de Castilla contra los embaxadores ingleses que pretendian ser preferidos y tener mejor asiento que Castilla. Hizo una informacion sobre el caso, y púsola por escrito, la qual presentada que fue á los prelados,

quebrantó y abaxó el orgullo de los ingleses. Deste dicen que como en cierto tiempo fuese á Roma, dixo el Pontífice Eugenio: Si don Alonso viniere, con qué cara nosotros nos asentarémos en la silla de San Pedro? cosa semejante á milagro, que hobiese en España quien sobrepujase con la virtud la infamia y odio de aquel linage y nacion: á la verdad honraban en él mas sus méritos y aventajadas partes que la nobleza de sus antepasados. En lo que tocaba al Rey de Aragon y sus intentos, el Emperador Sigismundo no le correspondió como él esperaba, antes luego que se coronó en Roma el año pasado, como si con la corona del imperio se hobiera de repente trocado, procuró y hizo liga con los venecianos, florentines, y con Philipe duque de Milán para con las fuerzas de todos lanzar á los aragoneses de toda Italia: asiento en que el Emperador quiso mas condescender con los ruegos del Pontífice que porque tuviese dello entera voluntad; pero sucedió muy al revés, y todos aquellos intentos y práticas fueron en vano, segun que se entenderá por lo que dirémos adelante.

CAPITULO VII.

Que Ludovico duque de Anjou falleció.

A los demas desórdenes y excesos, muchos y grandes, que don Fadrique conde de Luna continuaba acometer despues que se pasó á Castilla, añadió en esta sazon uno muy feo con que echó el sello y acabó de despeñarse. Era mozo atrevido y desasosegado: en Aragon dexó un estado principal; los pueblos que en Castilla le dieron, tenia vendidos á dinero, Arjona al condestable don Alvaro de Luna, y Villalon al conde de Benavente. Era pródigo de lo suyo, y codicioso

de lo ageno, condicion de gente desbaratada. Asi por entender que no le quedaba esperanza alguna de remediar su pobreza si no fuese con hacer algun gran desaguisado, se determinó de saquear la muy rica ciudad de Sevilla, apoderarse de las atarazanas y del arrabal llamado Triana, desde donde pensaba echarse sobre los bienes y haciendas de los ciudadanos. En especial estaba mal enojado con el conde de Niebla su cuñado que en aquella ciudad tenia grande autoridad, y dél pretendia estar agraviado y tomar venganza. Cosa tan grande no se podia executar sin compañeros. Juntó consigo otros, á los quales aguijonaba semejante pobreza, y sus malas costumbres los poniau en necesidad de despeñarse, por tener gastados sus patrimonios muy grandes en comidas, juegos y deshonestidades sin quedalles cosa alguna; en particular dos regidores de Sevilla fueron participantes de aquel intento malvado, de cuyos nombres no hay para qué hacer memoria en este lugar. Este deseño no podia entre tantos estar secreto. Asi don Fadrique fue preso en Medina del Campo, donde el Rey fue al principio deste año. De alli le llevaron primero á Ureña, despues á un castillo que está cerca de Olmedo: su prision y carcel se acabaron con la vida, con tanto menor compasion de todos, que el nombre de fugitivo le hacía aborrecible á los suyos y sospechoso á los de Castilla, como ordinariamente lo son todos los que en semejantes pasos andan. Sus cómplices y compañeros pagaron con las cabezas. La condesa de Niebla doña Violante su hermana, que quiso interceder por él, sin dalle lugar que pudiese hablar al Rey, fue enviada á Cuellar con expreso mandato que no saliese de alli sin tener orden, y esto por la sospecha que resultaba de que el conde confiado en la ayuda y riquezas de su hermana intentó aquella maldad. Este fue el fin

que tuvieron las esperanzas y intentos de don Fadrique, conforme á sus obras y á su inconstancia. En el cabildo de la iglesia mayor de Córdova se muestra su sepulcro, aunque de madera, de obra prima, con el nombre del duque de Arjona, el qual (como se tiene vulgarmente) le mandó hacer su madre que se fue tras él á Castilla. Algunos entienden que Arjona es la que antiguamente se llamó Aurigi, otros porfian que se llamó municipio Urgavonense, y lo comprueban por el letrero de una piedra que se lee en la iglesia de San Martin de aquel pueblo, que fue antiguamente basa de una estátua del Emperador Adriano, y dice asi:

IMP. CÆSARI DIVI TRAIANI PARTHICI FILIO, DIVI NERVÆ NEPOTI, TRAIANO, HADRIANO, AUGUSTO, PONTIFICI MAXIMO, TRIB. POT. XIIII. CONS. III. P. P. MUNICIPIUM ALBENSE URGAVONENSE DD.

Quiere decir: Al Emperador César hijo de Trajano Parthico, nieto de Nerva, Adriano Augusto, Pontífice Máximo, tribuno la vez décimaquarta, cónsul la tercera vez, padre de la patria el municipio Albense Urgavonense la dedicaron. No espantó la desgracia y castigo de don Fadrique á los infantes de Aragon para que no siguiesen aquel mal camino, antes echados que fueron de Castilla y despojados de sus estados que eran muy grandes, trataban de nuevo de revolver el reyno con diferentes tratos que traian. Quexábase el Rey de Castilla que quebrantaban las condiciones de la confederacion y asiento que se tomó con ellos poco antes: que si deseaban durasen las treguas, era forzoso hacer salir á los infantes de toda España. El Rey de Navarra, oido lo que en este propósito le decian los embaxadores de Castilla, persuadió á sus hermanos se embarcasen para Italia, con intento de seguillos

él mismo en breve. Decíales que ganado el reyno de Nápoles, de que se mostraba alguna esperanza, nó faltaria ocasion para recobrar los estados que en Castilla les quitaron, pues todo lo demas sería facil á los vencedores de Italia: llegaron por mar á Sicilia. El Rey don Alonso su hermano estaba alli á la mira, esperando ocasion de apoderarse del reyno de Nápoles, y para este efecto pretendia ganar las voluntades de los señores de aquel reyno, y de poner amistad con los demas príncipes de Italia, sobre todos con el Pontífice Eugenio, de quien tenia experiencia le era muy contrario y deseaba desbaratar sus intentos. Ofrecíase buena ocasion para salir con esto por la larga indisposicion de la Reyna, y por la diferencia que los grandes de aquel reyno tenian entre sí: item por una desgracia que sucedió al Pontífice, alborotóse tanto el pueblo de Roma, que á él fue forzado huirse de aquella ciudad. La venida á Roma de Antonio Colona príncipe de Salerno hizo que el pueblo fácilmente tomase las armas, y se alborotase contra el Papa. La causa deste odio era que perseguía á los señores de la casa Colona, y que por culpa suya aquellos dias la gente de Philipe duque de Milán debaxo la conducta de Francisco Esforcia talaron y saquearon la campaña de Roma. Huyó el Pontífice por el Tibre en una barca; y si bien para mayor disimulacion iba vestido de frayle Francisco, desde la una ribera y desde la otra le tiraron piedras y dardos: grande atrevimiento, pero tanto puede la indignacion del pueblo y su ira quando está irritado. En las galeras que halló apercebidas en Ostia, pasó á Toscana. Esta afrenta del Pontífice como se divulgase por todas las provincias, causó diferentes movimientos en los ánimos de los príncipes conforme á la aficion y pretensiones de cada qual. Algunos le juzgaban por digno de aquella desgracia por tener irrita-

dos sin propósito los suyos, los de cerca y los de lexos: los mas se ofendian que se opusiese á los intentos santísimos de los padres de Basilea, y decian que por su mala conciencia temia no le fuesen contrarios. La ofension era tan grande, que estaban aparejados á tomar las armas sobre el caso. El Rey de Aragon supo esta desgracia en Palermo á los nueve de julio: dolióse como era justo de la afrenta del nombre christiano y magestad pontifical; pero de tal manera se dolia que se alegraba se ofreciese ocasion de mostrar la piedad de su ánimo y de ganar al Pontífice. Envióle sus embaxadores que le diesen el pésame, y le ofreciesen su ayuda para castigar sus enemigos y sosegar el pueblo. Alegróse el Pontífice con esta embaxada, mas no aceptó lo que le ofrecia, porque sosegada aquella tempestad dentro del quinto mes, los alborotos de Roma cesaron, y los ciudadanos reducidos á lo que era razon, se sugetaron á la voluntad del Pontífice, y recibieron en el capitolio guarnicion de soldados; con que fueron absueltos de las censuras en que por injuriar al Pontífice incurrieran. En España falleció en Alcalá de Henares á diez y seis de setiembre don Juan de Contreras arzobispo de Toledo: su cuerpo sepultáron en la iglesia mayor de Toledo en la capilla de San Ilefonso con enterramiento muy solemne, y las honras muy señaladas. Juntáronse los canónigos á nombrar sucesor; y divididos los votos, unos querian al arcediano de Toledo Vasco Ramirez de Guzman, otros al dean Ruy García de Villaquiran. Esta division dió lugar á que el Rey entrase de por medio, y á instancia suya fue nombrado por arzobispo de Toledo don Juan de Cerezuela hermano de parte de madre del condestable don Alvaro, y que de obispo de Osma poco antes pasára á ser arzobispo de Sevilla. A este mismo tiempo que el Rey estaba en

Madrid, falleció en aquella villa don Enrique de Villena, el qual hasta lo postrero de su vejez sufrió con paciencia y con el entretenimiento que tenia en sus estudios, la injuria de la fortuna y verse privado de sus dignidades y estados. Fue dado á las letras en tanto grado que se díce aprendió arte mágica: sus libros por mandado del Rey fueron entregados para que los exâminase á Lope de Barrientos frayle de Santo Domingo, maestro que era del príncipe don Enrique. El hizo quemar parte dellos, de que muchos le cargaban, ca juzgaban se debian aquellos libros que tanto costaron, conservar sin peligro y sin daño para que se aprovechasen dellos los hombres eruditos. Respondió él por escrito en su defensa escusándose con la voluntad y orden que tenia del Rey, a que él no podia faltar. Los señores de Nápoles por el aborrecimiento que tenian al estado presente de aquel reyno, y por estar causados del gobierno de muger y sus desórdenes, se inclinaban á favorecer al Rey de Aragon. El con grandes promesas que hizo á Nicolao Picinino, un gran capitan en aquella sazon en Italia, pariente de Braccio que fue otro gran caudillo, le atraxo para que siguiese su partido. En Palermo otrosí hizo confederacion con el príncipe de Taranto y con sus parientes y aliados, que por ser maltratados del duque de Anjou, y de Jacobo Caldora y de sus gentes, acudieron á pedir socorro al Rey de Aragon. El concierto fue que seguirían el partido de Aragon á tal que les enviase tanta gente de socorro quanta fuese necesaria para defenderse en la guerra que á la sazon les hacían, es á saber dos mil caballos y mil infantes al sueldo del Rey de Aragon: número que aunque parecia bastante, no lo era comparado con las fuerzas de los contrarios: asi en breve el príncipe de Taranto fue despojado de su estado que era muy grande, de

manera que apenas le quedaron pocos castillos y pueblos por ser muy fuertes por su asiento ó por sus murallas. Casi estaba esta guerra concluida; y dexadas las armas, esperaban gozar de larga paz, quando en Cosencia ciudad de Calabria el duque de Anjou quebrantado con los grandes trabajos de la guerra, y por ser aquel cielo mal sano cayó enfermo: dolencia y mal que mediado el mes de noviembre le acabó en la flor de su edad y en medio de su prosperidad, y que estaba para apoderarse del reyno, y apenas acabadas las alegrias de las bodas y casamiento que hizo con Margarita hija de Amedeo primer duque de Saboya: estos son los juegos de la que llaman fortuna, esta la suerte de los mortales, desta manera nos trocamos nos y nuestras cosas. El cielo á la verdad abria el camino á su contrario para apoderarse de aquel reyno, y Dios lo disponia, al qual ninguna cosa es dificultosa; en especial que la misma Reyna pasó en Nápoles desta vida á dos de febrero, principio del año mil y
1435. quatrocientos y treinta y cinco. Acarreóle la muerte una larga dolencia, á que ayudó mucho la pesadumbre que recibió muy grande por la muerte del duque su hijo, en tanto grado que se quexaba de sí misma, y se reprehendia de que á tan grandes y tan continuos servicios del duque, no hobiese correspondido en el amor, antes como cruel y desagradecida acarreó la muerte con sus desvíos á aquel príncipe tan bueno. El cuerpo de la Reyna sepultáron en el templo de la Anunciada con pequeña solemnidad y arrebatadamente. Con la muerte del duque de Anjou y de la Reyna las cosas de aquel reyno se trocaron, el partido de Aragon se mejoró, y el de Francia comenzó á desfallecer, dado que el pueblo de Nápoles, sin que se hiciese llamamiento de señores y sin orden, declararon por Rey en lugar del duque difunto á Renato

su hermano, conforme á lo que la Reyna dexó en su testamento mandado; mas qué ayuda les podia dar, estando preso y sin libertad? Casó los años pasados con Isabel hija de Carlos duque de Lorena: muerto su suegro, por no dexar hijo varon se apoderó de aquel estado. Hízole contradiccion Antonio conde de Vaudemont, hermano que era del difunto: venidos que fueron á las manos Renato fue preso y entregado en poder del duque de Borgoña, con quien el dicho Antonio tenia hecha liga y alianza. Quanto haya sido el dolor y pena que por el un desastre y por el otro recibió la Reyna doña Violante madre de los dos duques de Anjou, no hay para que encarecello en este lugar, pues por sí mismo se entiende. Las cosas sin duda grandemente por estos tiempos fueron contrarias á aquella familia y casa, y el cielo no les favoreció nada quier por estar enojado contra los franceses, ó por mostrarse á los aragoneses favorable: la verdad es que como las demas cosas, asi bien la prosperidad tiene su periodo y rueda con que anda vagueando y variando por diversas naciones y casas, sin detenerse en ninguna parte por largo tiempo. En Nápoles fueron por el pueblo elegidos y nombrados por gobernadores Otin Caracciolo, Jorge Alemani y Balthasar Rata, que eran los mas señalados entre los que seguían la parte de Francia, y tenian grande mano y maña para mover á la muchedumbre y atraella á su voluntad. Fallecieron al tanto en España grandes personages, uno fue don Rodrigo de Velasco obispo de Palencia. Matóle su mismo cocinero por nombre Juan: desastre miserable. Este perdido el seso, como traxese en la mano una porra, y los de casa le preguntasen qué era lo que pretendia hacer, respondia él que matar al Bispe: los criados por no entender lo qué queria decir, ca era estrangero, se burlaban, risa que presto

mudaron en lágrimas. Estando el obispo descuidado, le hirió en la cabeza, y achocó con aquella porra, de suerte que murió del golpe: de tan delgado hilo está colgada la vida y la salud de los hombres. Sucedióle don Gutierre de Toledo arcediano de Guadalaxara.

CAPITULO VIII.

De la guerra de los moros.

Fue este invierno muy áspero en España por las muchas aguas, atolladeros y pantános. Los caminos tan rompidos, que apenas se podia caminar de una parte á otra: con las crecientes muchas casas y edificios se derribaron; en Valladolid y en Médina del Campo fue mayor el estrago. En quarenta dias no hobo moliendas á causa de las muchas aguas, tanto que la gente se sustentaba con trigo cocido por la falta de pan. El rio Guadalquivir en Sevilla llegó con su creciente hasta lo mas alto de los adarves, menos solamente dos codos: los moradores parte se embarcaron por miedo de ser anegados, otros de dia y de noche andaban velando, y calafeteando los muros y las puertas para que el agua no entrase. A los veinte y ocho de octubre comenzaron estas tempestades y torbellinos, y continuaron sin cesar hasta los veinte y cinco de marzo que se sosegaron. Fue grande la carestía y falta de vituallas, y el cuidado de proveerse cada uno de lo necesario. Con todo esto no afloxaban en el que tenian de la guerra contra los moros, en que á las veces sucedia prósperamente y á las veces al contrario; en particular el adelantado Diego de Ribera como estuviese sobre Alora y la batiese, fue muerto con una saeta que del muro le tiraron: en otra parte en un rebate mataron

los moros á Juan Faxardo hijo del adelantado de Murcia Alonso Faxardo. Sucedió á Diego de Ribera en el oficio su hijo Perafan, que era de solos quince años; mas el Rey quiso con esto gratificar en el hijo los servicios de su padre muy grandes, mayormente que el mozo daba muestra de muy buen natural. La congoxa que por estos desastres concibieron los de Castilla, alivió en gran parte una buena nueva que vino, y fue que Rodrigo Manrique hijo del adelantado Pero Manrique tomó por fuerza y á escala vista á Huescar, que es una villa muy fuerte en la parte en que antiguamente se tendian y moraban los pueblos llamados Bastetanos: demas desto que un grueso esquadron de moros que venia á socorrella, fue rompido y desbaratado por el adelantado de Cazorla y el señor de Valdecorneja que le salieron al encuentro: con la huida de los moros el castillo de aquella villa que quedaba por ganar, se rindió; la alegria empero de esta victoria en breve se desvaneció por otro revés y daño que recibieron los fieles, no menor que el que sucediera á los enemigos. Don Gutierre de Sotomayor maestre de Alcántara entró en tierra de moros con ochocientos caballos y quatrocientos infantes para combatir á Archidona. Descubriéronlos las atalayas, avisaron con ahumadas, como suelen: juntáronse los comarcanos y apellidáronse hasta número de quinientos armados con saetas y con hondas, con que en algunos pasos angostos y fragosos mataron gran número de los que seguian al maestre, de suerte que apenas él con algunos pocos se pudo salvar. La venida de los bárbaros tan improvisa atemorizó á los del maestre, y con el miedo del peligro un tal pasmo cayó sobre todos que quedaron sin fuerza y sin ánimo. Avisado con este peligro y daño Fernan Alvarez señor de Valdecorneja alzó

el cerco que tenia sobre Huelma, aunque la tenia á punto de rendilla, por entender que gran número de moros con la avilenteza que ganáran, venia á socorrella: no menos esfuerzo algunas veces es menester para retirarse que para acometer los peligros, porque aunque es de mayor ánimo y gloria vencer al enemigo, de mas prudencia y seso suele ser conservarse á sí y á los suyos para sazon mas á propósito, segun que aconteció entonces, que luego se rehizo de fuerzas, y junto con el obispo de Jaen dió la tala á los campos de Guadix con mil y quinientos caballos y seis mil de á pie, quemó las mieses que estaban para segarse, y hizo otros grandes daños á los naturales. Acudieron de Granada mayor número de gente de á caballo, y como quarenta mil hombres de á pie: con esta morisma no dudó de pelear, resolucion, cuyo suceso (por donde comunmente calificamos los acometimientos arriscados) mostró no haber sido temeraria. La victoria quedó por los christianos con muerte de quatrocientos moros, y huida de los demas: para escapar les ayudó la noche que sobrevino. Señalóse aquel dia de buen caballero el adelantado Perea, porque como le hobiesen muerto el caballo, y herido á él en una pierna, á pie con grande ánimo resistió á los enemigos que por todas partes le cercaban, y los hizo retirar: el menosprecio de la muerte le hacía mas valiente y le animaba; todavia la victoria no fue sin sangre de christianos, muchos quedaron heridos y algunos murieron. En el reyno de Murcia, no muy lexos de Huescar, hay dos pueblos poco distantes entre sí, el uno se llama Velez el Roxo y el otro Velez el Blanco. Sobre estos pueblos puso cerco el adelantado Faxardo, y los apretó de manera que los moradores fueron forzados á rendirse á partido. Sacaron por condicion

que se gobernasen por las mesmas leyes que antes, y que no les impusiesen mayores tributos que acostumbraban pagar. En tres años continuados sucedieron todas estas cosas en tierra de moros, que las juntamos aqui porque no se confundiese la memoria, si se relatasen en muchas partes. El año (de que tratábamos) fue muy señalado, por las paces que en él despues de tantas guerras se hicieron entre los franceses y borgoñones. Parecia que los odios que entre sí tenian, con la mucha sangre derramada de ambas partes amansaban. Carlos Rey de Francia hablaba amigablemente y con mucho respeto del Borgoñon, muestra de estar arrepentido de la muerte del duque Juan de Borgoña hecha á lo que decia contra su voluntad. Allegóse la autoridad y diligencia de tres cardenales que desde Roma vinieron por legados sobre el caso á las tres partes, Francia, Flandes y Inglaterra. Por la gran instancia que hicieron, alcanzaron que los tres príncipes interesados enviasen sus embaxadores cada qual por su parte á la ciudad de Arrás. Juntos que fueron, se comenzó á tratar de las capitulaciones de la paz. Partiéronse de la junta los ingleses por la enemistad antigua y competencia que tenian sobre el reyno de Francia. El Borgoñon se mostró mas inclinado á remediar los males tan graves y tan continuados. Concertáronse que en memoria de la muerte que se dió al duque Juan de Borgoña, el Rey de Francia para honralle en el mismo lugar en que se cometió el caso, edificase un templo á su costa con cierto número de canónigos que tuviesen cuidado de asistir al oficio divino. Las ciudades de Macon y de Auxerre quedaron para siempre por el de Borgoña: otros pueblos á la ribera del rio Soma le fueron dados en prendas hasta tanto que le contasen quatrocientos mil es-

cudos, en que por aquella muerte penaban al Frances. Ninguna cosa parecia demasiada á aquel Rey, por el deseo que tenia de reconciliarse con el Borgoñon, y apartalle de la amistad de los ingleses, ca estaba cierto que con esta nueva confederacion las fuerzas de Francia, á la sazon muy acabadas, en breve volverian en sí, como á la verdad sucedió. En particular los de París despertados con la nueva desta alianza tomaron las armas contra los ingleses, y aquella ciudad real volvió al antiguo señorío de Francia. Juntamente las demas cosas comenzaron á mejorarse, que hasta entonces se hallaban en muy mal estado. Nuestras historias afirman que para concertar estas paces de Arrás fue mucha parte doña Isabel hermana del Rey de Portugal, que estaba casada con el duque Philipo de Borgoña. Dicen otrosí que tuvo habla con el Rey de Francia para tratar de las condiciones de la paz: si esto fue asi, ó si se dice en gracia de Portugal, no lo sabria averiguar. En España las Reynas de Aragon y de Navarra en sazon que los Reyes sus maridos tenian con cerco apretada la ciudad de Gaeta, como se dirá luego, alcanzaron del Rey de Castilla (el qual desde Madrid iba á Buitrago á instancia de Iñigo Lopez de Mendoza que pretendia alli festejalle) que el tiempo de las treguas se alargase hasta primero de noviembre. Tuvo en esto gran parte Juan de Luna señor de Illueca, que fue enviado por embaxador sobre el caso, y lo persuadió á don Alvaro de Luna pariente suyo, que era el que lo podia todo, y sobre toda su prosperidad se hallaba á la sazon alegre por un hijo que su muger parió en Madrid, que llamaron don Juan. Fue grande la alegria por esta causa del Rey: los grandes asi mismo quanto mas fingidamente, tanto con mayores muestras de amor procuraban ganar su gracia.

CAPITULO IX.

Como el Rey de Aragon y sus hermanos fueron presos.

Con las muertes del senescal Juan Caracciolo, y de Ludovico duque de Anjou y de la Reyna doña Juana parecia que al Rey de Aragon se le allanaba del todo el camino para apoderarse del reyno de Nápoles por estar sin cabeza, sin fuerzas, sin conformidad de los naturales, y sin ayudas de fuera, y como dado en presa á quien quiera que le quisiese echar la mano. Muchos de los señores sea por entender lo que se imaginaba era forzoso, sea por el odio que tenian al gobierno del pueblo que en ninguna cosa sabe templarse, comunicado entre sí el negocio, se apoderaron de Cápua con su castillo: ciudad muy á propósito para hacer la guerra. Desde alli por medio de Raynaldo de Aquino, que enviaron sobre el caso á Sicilia, ofrecieron sus fuerzas y todo lo que podian al Rey de Aragon con tal que se apresurase, y no los entretuviese con esperanzas, pues era forzoso usar de presteza antes que la parcialidad contraria se apercibiese de fuerzas. Hallábanse con el Rey de Aragon tres hermanos suyos, todos de edad muy á propósito y de naturales excelentes. Don Pedro quedó en Sicilia para recoger y juntar toda la demas armada: el Rey con el de Navarra y don Enrique solamente con siete galeras del puerto de Mecina se hizo á la vela. Tomó primero la isla de Ponza, despues la de Ischia, y finalmente llegó á Sessa, do gran número de señores eran idos desde Cápua á esperar su venida; el mas principal de todos era Antonio Marsano duque de Sessa. Tratóse en aquella ciudad de la manera como debian hacer la

guerra: acordaron de comun parecer en primer lugar poner cerco sobre la ciudad de Gaeta. A siete de mayo se juntaron sobre ella la armada de Aragon y la gente de tierra que seguía á los señores neapolitanos, con que la sitiaron por mar y por tierra. Vino eso mesmo con sus gentes el príncipe de Taranto. El Rey de Aragon se apoderó del monte de Orlando que está sobre la ciudad, con que tenia gran esperanza de tomalla por hallarse á la sazon los cercados no menos faltos de vituallas que llenos de miedo. Inclinábanse ellos á entregarse; mas los ginoveses que eran en gran número, á causa de sus mercadurías y tratos de que aquella nacion saca grandes intereses, se resolvieron con gran determinacion de defender la ciudad. Tomaron por su cabeza á Francisco Espinula hombre principal, y que en gran manera atizaba á los demas: con este acuerdo hicieron salir de la ciudad toda la gente flaca, á los quales el de Aragon recibió muy bien. Hízoles dar de comer y enviólos salvos á los lugares comarcanos: humanidad con que ganó grandemente las voluntades asi de los cercados como de toda aquella provincia y nacion. Avisado el senado de Génova del aprieto en que los suyos estaban, y porque asi lo mandaba Philipo duque de Milán, acordaron enviar de socorro una armada guarnecida de gente y bastecida de trigo y de municiones. Señalaron por general de la armada á Blas Assareto, hombre á quien la destreza en las armas, y conocimiento de las cosas del mar, de lugar muy baxo, y de muy pobre que era en su mocedad, levantó á aquel cargo: llevaba doce naves gruesas, dos galeras y una galeota. El Rey de Aragon, avisado de la venida desta armada de Génova, le salió al encuentro con catorce naves gruesas y once galeras. Embarcáronse con él y por su

exemplo casi todos los señores con cierta esperanza que llevaban de la victoria. Los aragoneses llegaron á la isla de Ponza, la armada de los enemigos surgió á la ribera de Terracina. Avisaron los ginoveses con un rey de armas que enviaron al Rey de Aragon, que su venida no era para pelear, sino para dar socorro á sus ciudadanos y proveellos de vituallas; que si esto les otorgaba y les daban lugar para hacello, no sería necesario venir á las manos. Fue grande la risa de los aragoneses, oida esta embaxada, y no pocos los denuestos que sobre el caso dixeron. Con esto tomaron las armas y ordenaron los unos y los otros sus baxeles. Antes de comenzar la pelea tres naves de los ginoveses apartadas de las demas se hicieron al mar, con orden que se alargasen, y quando la batalla estuviese trabada, acometiesen á los contrarios por las espaldas. Los aragoneses por pensar que huían, sin ningun orden acometieron á las demas naves enemigas no de otra suerte que si la presa y la victoria tuvieran en las manos; solamente temian no se les escapasen por la ligereza. El Rey de Aragon con su nave embistió la capitana contraria. El general ginoves con gran presteza dió vuelta con su nave, y con la misma cargó por popa la real con saetas, dardos y piedras en gran número, que por su gran peso y por el lastre estaba trastornada. Con el mismo denuedo se acometieron entre sí las demas naves y se abordaron: trabadas con garfios peleaban no de otra manera que si estuvieran en tierra. Sobrepujaban en número de gente y de naves los aragoneses, pero su muchedumbre los embarazaba, y muchos por estar mareados mas eran estorbo que de provecho; los ginoveses por estar acostumbrados al mar asi marineros como soldados en destreza y pelear se aventajaban. Las galeras no hicieron efecto

alguno por estar las naves entre sí trabadas, y ser de muy mas alto borde. La pelea se continuaba hasta muy tarde, quando las tres naves de los ginóveses, que al principio parecia que huían, dando la vuelta acometieron de través las reales, causa de ganar la victoria. Entraron los enemigos y saltaron en la real: amonestaban á los que en ella peleaban, se rindiesen. Era cosa miserable ver lo que pàsaba, la vocería y alaridos de los que mataban, y de los que morian: ninguna cosa se hacía con orden ni concierto, todo procedia acaso. La nave del Rey con los golpes del mar hacía agua: avisado del peligro en que estaba, dixo que se rendia á Philipo duque de Milán, bien que ausente. En la mesma nave prendieron al príncipe de Taranto y al duque de Sessa; en otras doce naves que vinieron en poder de los enemigos, otro gran número de cautivos, entre ellos el Rey de Navarra, al qual al principio de la pelea libró de la muerte Rodrigo Rebolledo que tenia á su lado. Fue preso asi mismo don Enrique de Aragon: de don Pedro no concuerdan los autores, unos dicen que se halló en la batalla, y que escapó con tres galeras cubierto de la escuridad de la noche; otros que con la demas armada que traía de Sicilia, llegó á la isla de Ischia al mismo tiempo que se dió la batalla. Fueron demas de los dichos presos Ramon Boil virrey que era de Nápoles, don Diego Gomez de Sandoval conde de Castro con dos hijos suyos Fernando y Diego, don Juan de Sotomayor, Iñigo Dávalos hijo del condestable don Ruy Lopez Dávalos, junto con un nieto del mismo, hijo de Beltran su hijo, que se decia Iñigo de Guevara, y desde España acompañaron á los Reyes para esta guerra de Nápoles. Despues de la victoria, que fue tan señalada y memorable, los de Gaeta con una salida que

hicieron, ganaron los reales de los aragoneses, y saquearon el bagage, que era muy rico por estar alli las recámaras de príncipes tan grandes: las compañías que quedáran alli de guarnicion, y los soldados parte fueron presos de los enemigos, otros huyeron por los despoblados y por sendas desusadas. Quién no pensára que con esto el partido de Aragon y sus cosas quedaban acabadas, perdída aquella jornada y la victoria que parecia tenian entre las manos? entendimientos ciegos de los hombres, consejos impróvidos, y varias mudanzas y truecos de las cosas! Todo fue muy al contrario, que este revés sirvió á los vencidos de escalon para recobrar mas fácilmente el reyno, y perder la libertad les fue ocasion de mayor gloria: quién tal creyera? quién lo pensára? Desta manera los pensamientos de los hombres muchas veces se mudan en contrario, gobernados y encaminados no por la loca fortuna, sino por mas alto y mas secreto consejo. Dia viernes á cinco de agosto se dió esta batalla cerca de la isla de Ponza, que fue de las mas señaladas del mundo.

CAPITULO X.

Como el Rey de Aragon y sus hermanos fueron puestos en libertad.

Dada que fue la batalla, los vencedores dieron la vuelta á Génova: alli quedó la mayor parte de los cautivos que se tomaron, como por premio del trabajo y del gasto. Los Reyes y muchos de los nobles presos que llegaban á trecientos, llevaron á Milán: el mismo general ginoves con ellos hizo su entrada á manera de triumpho nobilísimo, y qual de mucho tiempo atrás no se vió en parte alguna. Toda Italia estaba sus-

pensa y á la mira cómo usaria aquel duque de aquella nobilísima victoria; y sus fuerzas que antes eran temidas de los de cërca, comenzaron á poner espanto á los que caían mas lexos. Temian quisiese aquel príncipe de condicion orgulloso acometer á hacerse señor de toda Italia con la codicia que tenia de mandar, y por estar exercitado en guerras contínuas. El mismo se hallaba muy dudoso de lo que en aquel caso se debia hacer, y qué resolucion sería bien tomar; revolvia en su pensamiento muchas trazas: si forzaria á los Reyes que tenia en su poder, á recebir algunas condiciones pesadas: si haria que se rescatasen á dinero, cosa que de presente traxera provecho y contento; pero era de temer que no vengasen adelante aquella injuria con sus armas y las de sus amigos, y despues de vencidos (como tenian de costumbre) volviesen á las armas y á la guerra con mayor brio. Pensaba si los recibiria y trataria con mucha honra, y con ponellos en libertad sin rescate haria le quedasen mas obligados: honroso acuerdo fuera este, y que pondria admiracion á todo el mundo. Consideraba por otra parte que no era consejo prudente por ganar renombre y fama perder tan buena ocasion de ensanchar su señorío y aventajarse, y jugar á resto abierto por esperanza que pocas veces sale cierta y verdadera, en especial que los hombres tienen costumbre, quando los beneficios son tan grandes que no los pueden pagar, recompensallos con alguna grave injuria y ingratitud señalada. En fin prevaleció el deseo de loa y de fama: trató á aquellos príncipes en su casa con mucha honra y regalo como si fueran sus compañeros y amigos. Hecho esto, se resolvió de soltallos y enviallos cargados de muy grandes presentes. Con esta resolucion dió muy grata audiencia al Rey de Aragon, que un dia en su presencia trató muy á la larga, y probó con muchos exemplos

que los franceses de su natural eran desapoderados sin poner término al deseo de ensanchar su señorío: que muchas veces tratáran de derribar y deshacer á los duques de Milán, y no tenian mudados los corazones: si se acostumbrasen á las riberas de Italia, luego que se apoderasen del reyno de Nápoles, fácilmente se concertarian con los ginoveses que les eran amigos y vecinos, sin reparar ni desistir de intentar nuevas empresas hasta tanto que se viesen apoderados de toda Italia: que su padre Juan Galeazo y sus antepasados nunca se aseguraron de los intentos de franceses. Estas cosas se trataban en el castillo de Milán, y estas práticas andaban quando madama Isabel por mandado de su marido Renato duque de Anjou, que como queda dicho estaba preso, pasó por mar primero a Génova, despues á Gaeta, y últimamente con su llegada á Nápoles, que fue á los diez y ocho de octubre, reforzó grandemente y animó á los que seguían su partido. Ayudóla con gentes que le envió, el Papa Eugenio, y ella por sí ganaba las voluntades del pueblo por su gran nobleza, excelente ingenio, condicion y trato muy apacible. España cuidadosa y triste por el trabajo de los Reyes revolvia varias práticas de guerra y de paz. Juntáronse cortes de Aragon en Zaragoza, en que á peticion de la Reyna se trató de apercebir una armada para conservar las islas de Cerdeña y de Sicilia que sospechaban serían acometidas por los vencedores; que ya nadie se acordaba ni tenia esperanza del reyno de Nápoles. En Soria á los confines de Aragon y de Castilla hobo habla entre el Rey de Castilla y la Reyna de Aragon su hermana. Allí se concluyó que las treguas asentadas entre los dos reynos durasen y se prolongasen por otros cinco meses. Parecia cosa injusta aprovecharse del desastre ageno; y los ánimos de los grandes de Castilla por la desgracia de aquellos Reyes se

movian á compasion. Partiéronse de Soria: en el camino se supo que la Reyna doña Leonor madre de los dos Reyes falleció en Medina del Campo mediado el mes de diciembre: la fuerza del dolor que recibió por el desastre de sus hijos, súbitamente le arrancó el alma; la muerte repentina hizo se creyese era esta la causa. Fue una señora muy principal y madre de príncipes tan grandes. Hiciéronle honras en muchos lugares; y en especial el Rey don Juan se las hizo en Alcalá de Henares y la Reyna su muger en Madrigal. Fue sepultada en San Juan de las Dueñas, un monasterio de monjas que ella levantó á su costa fuera de aquella villa, en que pasaba su vida con mucha santidad. En Milán últimamente se hizo confederacion y avenencia entre aquel duque y los príncipes sus prisioneros, cuyas capitulaciones eran: que sin exceptuar á ninguno tuviesen los mismos por amigos y por enemigos: el duque para recobrar el reyno de Nápoles prometió de ayudar con sus fuerzas y gentes: lo mismo hizo el Rey de Aragon, que prometió toda su ayuda para hacer la guerra á los enemigos del duque de Milán. En gran cuidado puso este asiento asi á los italianos como á las demas naciones. El Rey de Navarra fue enviado en España con poderes muy bastantes para gobernar el reyno de Aragon. Era necesario allegar dinero, hacer nuevas levas de soldados, y apercebir una gruesa armada. El príncipe de Taranto y el duque de Sessa fueron á Nápoles para animar y esforzar á los de su parcialidad, y para que avisasen al infante don Pedro en nombre del Rey su hermano que les acudiese con la armada que tenia aprestada en Sicilia. Executóse con gran presteza lo que el Rey mandaba: llegada que fue la armada de Sicilia á la isla de Ischîa, se apoderó de la ciudad de Gaeta por entrega que della hizo Lanciloto su gobernador, natural que era de Ná-

poles, á veinte y cinco de diciembre dia de Navidad, y principio del año mil y quatrocientos y treinta y seis. Pocos dias despues el Rey de Aragon, puesto en libertad por el duque como está dicho, llegó á Portovenere, el qual castillo y el de Lerice entre tan grandes tempestades, dado que estan en las marinas de Génova, se conservaron en la fé del Rey de Aragon, y se tenian por él mas por miedo de la guarnicion aragonesa que tenian, que por voluntad de los naturales. Algunos dicen que del desastre y libertad del Rey de Aragon se dieron diversas señales y se vieron milagros: cada qual les dará el crédito por sí mismo que la cosa merece; á mí no me pareció pasar en silencio cosas tan públicas y tan recebidas comunmente. El mismo dia que se dió la batalla cerca de la isla de Ponza, en la puente que en Zaragoza se edificaba sobre Ebro de obra muy prima y muy ancha, como á medio dia sin bastante ocasion para ello se cayó el arco principal, y con su caida mató cinco hombres. Dirá alguno que las cosas casuales suele el vulgo muchas veces, quando son pasadas, publicallas por milagros y sacar dellas mysterios: sea asi, pero qué dirémos de lo que se sigue? Nueve leguas mas abaxo de Zaragoza á la ribera del mismo rio Ebro está un pueblo llamado Vililla, edificado de una colonia de los romanos que en los pueblos Ilergetes se llamaba Celsa. En este tiempo y en el de nuestros abuelos por ninguna cosa es el dicho pueblo mas conocido que por una campana que alli hay, la qual aquellos hombres estan persuadidos que diversas veces por sí misma con una manera extraordinaria se toca, sin que ninguno la mueva, para anunciar cosas grandes que han de venir, buenas, ó malas. Yo no trato de la verdad que esto tiene, ni lo tomo á mi cargo. Consta por lo menos que autores graves lo refieren, y citan testigos de vis-

1436.

ta de aquel milagro. Dicen pues que aquella campana un dia antes que los Reyes fuesen presos, se tañó por sí misma, y otra vez á treinta de octubre, y la tercera á cinco del mes de enero próximo siguiente, dia en que hecha la alianza en Milán, el Rey de Aragon fue puesto en libertad. Muchas plegarias se hicieron, y muchas missas se dixeron para aplacar la ira de Dios que por estas señales entendian les amenazaba: congoxa y cuidado de que se libraron los naturales con la buena nueva que vino de la libertad dada á sus príncipes; y la tristeza que recibieran por aquel grave desman, y el miedo de algun nuevo mal que sospechaban se daba á entender por aquellas señales, se trocó en pública alegria de toda aquella nacion, y aun de lo demas de España.

CAPITULO XI.

De las paces que se hicieron entre los Reyes de Castilla y de Aragon.

De las paces que se hicieron en Milán, resultó una nueva y pesada guerra: los ginoveses tomaron las armas, y públicamente se revolvieron contra el duque de Milán. Tenian aquellos ciudadanos por cosa pesada que el fruto de la victoria ganada con su peligro y esfuerzo otros se lo quitasen, y que Philipo duque de Milán se llevase las gracias de las paces hechas con los Reyes, y de ponellos en libertad con presentes que les dió: liberalidad con que quedaban cargados del odio que por fuerza les tendrian los aragoneses y catalanes, naciones con las quales antiguamente tuvieron grande enemiga. Querellábanse demas desto que el amparo de los duques de Milán, á que forzados acudieron el tiempo pasado, le muda-

sen en señorío y en una dura servidumbre. Alterados con esta indignacion, hecha liga en puridad con el Pontífice Eugenio y con Renato, duque de Anjou, tomaron las armas. Gobernaba aquella ciudad en nombre del duque Philipo Paccino Alciato, que fue muerto en aquella revuelta y alboroto del pueblo: á otros que estaban por el duque, pusieron las espadas á los pechos, y algunos quedaron heridos, algunos muertos; mirábanles las palabras, los meneos que hacían y visages, por ver si daban alguna muestra de aborrecer lo que de presente se hacía, y favorecer á los de Milán. Con esto (lo que acontece en los alborotos del pueblo) en breve á lo que acudió la mayor parte, se allegaron todos los demas: si algunos sentian lo contrario, en lo público aprobaban y adulaban los intentos de los alborotados. El principal movedor deste motin fue Francisco Espínula, que ganó nombre de valiente por la defensa de Gaeta que hizo poco antes, de que cobrára gran soberbia: sobre todo se movia por ser enemigo de los Fliscos y de los Fregosos, linages que se arrimaban á los aragoneses. Muchos pueblos por aquella comarca á exemplo de Génova y por su autoridad, despertados con la dulzura y esperanza que se prometian de la libertad, se levantaron, y echaron de sí la guarnicion que tenian por el duque de Milán. Detuvieron los españoles que tenian cautivos, por los quales y para librallos el Rey de Aragon les hobo de pagar setenta mil escudos. Con los sicilianos se hobieron mas mansamente por causa de la antigua amistad, buen acogimiento y contratacion que con aquella isla tenian: asi los soltaron sin rescate; solo tres hijos de Juan de Veintemilla quedaron por largo tiempo en Génova, no se sabe si por aborrecimiento que les tuviesen, si por pretender dellos alguna grande cantidad. El Rey de Aragon á

instancia del duque Philipo procuraba sosegar las alteraciones de Génova con la armada que don Pedro su hermano le envió desde Gaeta, pero desistió de la empresa por parecelle cosa larga esperar hasta tanto que sosegase aquella gente tan alborotada: para la priesa que él tenia de acudir á las cosas y reyno de Nápoles, qualquiera tardanza le era muy pesada: sabía muy bien que en las guerras civiles un dia y una hora, sino se acude con tiempo suele causar grandes mudanzas, y ser causa que grandes ocasiones se desbaraten; ninguna cosa es mas saludable que la presteza. Con esta resolucion de Portovenere envió á don Enrique su hermano á España. Hízole merced del estado de Ampurias, y mandóle que ayudase en la guerra, si el Rey de Castilla se la hiciese por aquella parte, de que se recelaban á causa que el tiempo de las treguas espiraba. El mismo Rey con la armada se hizo á la vela, y llegó á Gaeta á dos de febrero: en este medio don Pedro su hermano se apoderára de Terracina con gran sentimiento del Pontífice Eugenio, cuya era aquella ciudad, por pensar que los aragoneses eran tan arrogantes que no contentos con el reyno de Nápoles pretendian apoderarse de toda Italia sin tener respeto á la magestad sacrosanta, ni moverse por algun escrúpulo por ser feroces, ralea de hombres fiera y mala, como él decia. Con la venida del Rey los señores neapolitanos y los soldados acudieron á Gaeta. Nombró por general del exército á Francisco Picinino (en que tuvo consideracion á hacer placer al duque Philipo, acerca del qual Nicolao padre de Francisco tenia en todas las cosas el principal lugar de autoridad y mando) en aquella sazon capitan muy señalado, de grande exercicio en las armas, y que se podia comparar con los caudillos antiguos. Ardia Italia en ruidos y asonadas de guerra:

unas ciudades suspensas con las sospechas que tenian de una nueva guerra; otras hacian ligas y confederaciones entre sí para echar los aragoneses de Italia. En particular los venecianos, florentines, y ginoveses á persuasion y con ayuda del Pontífice Eugenio quien por odio de nuestra nacion, quien por amor de la francesa se ligaban para este efecto, y juntaban sus fuerzas. En España por el mismo tiempo se hacía la guerra á los moros. Entre los demas Reyes estaban para concluirse las paces por la gran instancia y diligencia que en ello puso el Rey de Navarra. Su intento era volver las fuerzas de aquella nacion contra Italia sin cuidar de las cosas de España. Dos castillos llamados el uno Galea y el otro Castilleja se rindieron en tierra de moros á Rodrigo Manrique, que andaba con gente por aquellas partes. El alegria que resultó desta buena nueva, en breve se mudó en mayor cuita por el desastre muy triste del conde de Niebla don Enrique de Guzman, el qual por hacer muestra de su esfuerzo y ganar la gracia de su Rey tenia puesto cerco sobre Gibraltar, pueblo asentado sobre el estrecho. Alli como despues de cierta escaramuza se recogiese á su armada, se ahogó con otros quarenta compañeros por dar lado y hundirse el batel á causa de los muchos que acudieron, y estar el mar con la ordinaria creciente alterado. Don Juan de Guzman con el dolor que recibió del desastre de su padre, y desconfiado de salir con la empresa, alzado sin tardar el cerco, se retiró á Sevilla. Este caballero fue el primer duque de Medina Sidonia por merced que poco adelante le hizo el Rey don Juan deste título. Quiso ablandar aquel dolor, y gratificar aquel servicio y voluntad con esta honra hecha á la familia nobilísima, y de las mas poderosas de España, de los Guzmanes. Hallábase el Rey en Toledo, do era

vuelto despues que visitó á Alcalá y á Madrid. La corte se ocupaba en juegos y regocijos con poco ó ningun cuidado de la guerra. En aquella ciudad á dos de setiembre se concluyeron las paces entre Castilla, Aragon y Navarra: ocasion y materia para todos de gran alegria. Entendieron en hacer el asiento don Alonso de Borgia obispo de Valencia, y don Juan de Luna y otras personas principales que vinieron de Aragon, y con ellos el arzobispo de Toledo, el maestre de Calatrava y don Rodrigo conde de Benavente, que despues de muchas porfias se acordaron en estas condiciones: doña Blanca hija mayor del Rey de Navarra case con don Enrique príncipe de Castilla: en dote á la doncella se den Medina del Campo, Olmedo, Roa y el estado de Villena: si deste matrimonio no quedáre sucesion, estos pueblos vuelvan al señorio de Castilla, y en tal caso se dé cierta cantidad de dineros (en que se concertaron) al Rey de Navarra en recompensa de aquellos lugares: á don Enrique de Aragon se den cada un año cinco mil florines y á su muger tres mil: los pueblos y castillos que de una y otra parte se tomaron durante la guerra á la raya de aquellos reynos, se vuelvan á los señores antiguos: á los que de una y otra parte se pasaron, sea otorgado perdon, fuera del conde de Castro y el maestre de Alcántara; demas destos sacó el de Navarra por su parte á Jofre marques de Cortes por ser hombre inquieto, deseoso de novedades, y que por ser de sangre real pretendia apoderarse del reyno. Con estas capitulaciones las treguas se mudaron en paces, y concertaron de hacer liga contra todas las naciones y príncipes. Solamente el Rey de Castilla sacó al de Portugal y al Frances. Y de parte de los aragoneses exceptuaron al duque de Milán y Gaston conde de Fox, cuyo padre llamado Juan falleció

poco antes desto, y él heredó aquel estado en edad de quince años, y era yerno del Rey de Navarra concertado con doña Leonor su hija menor. Divulgado este concierto, en todas partes se hicieron procesiones, alegrias y regocijos: gozábanse que quitado el miedo de la guerra cesaban los males, y parecia que en España las cosas irian grandemente en mejoría. El conde de Castro en breve alcanzó perdon, y volvió á Castilla, y hostigado con destierro tan largo en lo de adelante se mostró mas recatado que antes. Lo que aqui se dice y en otras partes del conde de Castro se sacó de las coronicas destos reynos: los de su casa muestran cédulas reales en aprobacion del conde, y en que le prometen recompensa jurada por lo que en estas revueltas le quitaron: muchas alegaciones y procesos que se causaron en defensa de su lealtad, en que holgáramos se procediera á sentencia para que todos nos conformáramos. Lo que se puede decir con verdad, es que fue un gran caballero, y en todas sus obras de los mas señalados de aquel tiempo. La nota á mi ver es de poca consideracion por correr la misma fortuna muchas de las mejores casas de Castilla, como del almirante, conde de Benavente y conde de Alba, con otro gran número de nobleza que entraron á la parte, sin que por ello hayan perdido punto de su reputacion, y en el conde fue mas escusable lo que hizo, por la obligacion que le corria de seguir y acompañar á los hijos dél con quien se crió desde su niñez, que fue el infante don Fernando que despues fue Rey de Aragon, demas que los temporales corrieron tan turbios y ásperos que apenas se puede deslindar de qué parte de las dos estuviese la razon y la justicia, y es ordinario que en tiempos semejantes los mejores padezcan mas: razones todas de momento para no reparar en este pun-

to ni hacer desto mucho caso. En el entretanto el Rey de Aragon no dexaba de atraer y ganar los corazones de los neapolitanos, y ayudar con industria sus fuerzas. Juntósele Balthasar Rata, conde de Caserta, que era uno de los gobernadores nombrados por el pueblo: lo mesmo Ramon Ursino conde de Nola. Para ganalle y obligalle le prometieron por muger á doña Leonor, doncella de sangre real, hija del conde de Urgel que poco antes desto falleció en Xátiva. Con tanto el Rey, de la ciudad de Cápua en que se hacía la masa de la gente, salió en campaña con intento en ocasion de combatir á los enemigos, y apoderarse (como en breve se apoderó) del valle de San Severino, de la ciudad de Salerno, y de las marinas de Amalfi. Puso guarniciones en todos estos lugares, con que las fuerzas de Aragon se afirmaron, y enflaquecieron las de los angevinos. Quedaba entre otras la ciudad de Nápoles cabeza del reyno. Tenian no pequeña esperanza de ganalla por estar los ánimos muy inclinados al Aragones, y por ser grandes las fuerzas de su parcialidad. Lo que sobre todo les ponia buen corazon y animaba, eran los dos castillos que en aquella ciudad en medio de tan grandes tempestades todavia se tenian por Aragon: cosa que parecia milagro, y era como buen agüero para la guerra que restaba.

CAPITULO XII.

Que los portugueses fueron maltratados en Africa.

Fue este invierno áspero por las heladas grandes y por las muchas nieves que cayeron en España: nadie se acordaba de frios tan recios; en particular estando el Rey en Guadalaxara, siete leñadores que salieron por leña á los montes comarcanos, perecieron

y se quedaron helados por la gran fuerza del frio el mismo dia de año nuevo de mil y quatrocientos y treinta y siete. Sobre las nieves cayeron heladas, y sobre lo uno y lo otro corrieron cierzos, con que mucha gente pereció. Queria el Rey en tan recio tiempo pasar á Castilla la vieja, y por estar los puertos muy cubiertos de nieve fue necesario enviar delante trecientos peones, que abrieron el camino, y apartaron la nieve á la una y á la otra parte con montones que hacían á manera de valladar de la altura de un hombre á caballo. Con esta diligencia se pasaron los montes con que parten término las dos Castillas, la nueva y la vieja; y el Rey acudió á cosas que le forzaron á ponerse en aquel trabajo. De Roa por el mes de marzo pasó á Osma, desde alli envió al príncipe don Enrique su hijo á Alfaro villa principal á la raya de Navarra. Fueron en su compañía los mas de los grandes, entre todos el que mas se señalaba era don Alvaro de Luna, que poco antes sacó á la Reyna por pura importunidad el castillo de Montalvan, y le juntó con Escalona que ya posecía cerca de Toledo, sin acordarse que quanto crecia en poder tanto era la envidia mayor, contra la qual ningunas fuerzas bastan á contrastar. Dos dias despues que el príncipe llegó á Alfaro, vino al mismo lugar la Reyna de Navarra acompañada de sus hijos, y de mucha gente de los suyos, en especial del obispo de Pamplona y de Pedro Peralta mayordomo mayor de la casa real, y de otros señores. Hiciéronse con grande solemnidad los desposorios del príncipe y de doña Blanca en edad que tenian de cada doce años. Desposólos el obispo de Osma don Pedro de Castilla, persona muy noble, y de sangre real. Gastáronse en regocijos quatro dias, los quales pasados, la Reyna de Navarra y la desposada su hija se volvieron á su tierra. El Rey

1437.

de Castilla y su hijo el príncipe don Enrique fueron á Medina del Campo. En aquella villa por consejo de don Alvaro de Luna y del conde de Benavente fue preso el adelantado Pedro Manrique por mandado del Rey, y enviado al castillo de Fuentidueña para que alli le guardasen. Sucedió esta prision por el mes de agosto, que fue un nuevo principio de alborotarse el reyno, de que grandes males resultaron. Las causas que hobo para hacer aquella prision no se saben; lo que con el tiempo y por el suceso de las cosas se entendió, fue que con otros señores tenian comunicado en qué forma podrian derribar á don Alvaro de Luna, cosa que en aquella sazon se tenia por crímen contra la magestad, y aleve. Fue este año memorable y desgraciado á los portugueses por el estrago muy grande que en ellos hicieron los moros en Africa. Ardian los cinco hermanos del Rey de Portugal en deseo de ganar nombre y ensanchar su señorío: en España cómo podian por ser aquel reyno tan pequeño, y tener hechas poco antes paces con los comarcanos? Cuidaron seria mas honrosa empresa la de Africa como contra gente enemiga de christianos. Deteníalos la falta de dinero para la paga y socorro de los soldados. Para remedio desta dificultad por medio del conde de Oren embaxador de Portugal en corte romana alcanzaron del Pontífice Eugenio indulgencia para todos aquellos que tomasen la señal de la Cruz por divisa y se alistasen para aquella jornada. Fue grande la muchedumbre y canalla de gente que sabido esto acudió á tomar las armas. Don Fernando maestre de Avis, como el mas ferviente que era de sus hermanos, se ofreció para ser general en aquella empresa. Tratóse de la manera que se debia hacer la guerra, en una junta del reyno que para esto tuvieron. Don Juan maestre de Santiago en Por-

tugal, uno de los hermanos, era de ingenio mas sosegado y mas prudente: como tal fue de parecer (el qual puso por escrito) que no debian acometer á Africa si no fuese con todas las fuerzas del reyno, por ser aquella provincia poderosa en armas, gente y caballos. Decia que muchas veces con gran daño fuera acometida, y al presente sería su perdicion, si no se medían con sus fuerzas, y si no sabían enfrenar aquel orgullo, ó celo desapoderado. «Oxalá yo salga »mentiroso; pero si no sosegais esta gana de pelear, »y la gobernais con la razon, los campos de Africa »quedarán cubiertos con nuestra sangre. En esta gen»te y soldados confiais? antes de la pelea se muestran »bravos, y venidos á las manos, en el peligro y tran»ce cobardes; pues no tienen uso de las armas, ni »fortaleza, ni vigor en sus corazones, solo número »y no mas. Por ventura menospreciais á los moros? »temo que este menosprecio ha de acarrear algun »gran mal. Mirad que irritais una gente muy deter»minada, sin número y sin cuento, y que por su »ley, por sus casas, por sus hijos, y mugeres pelea»rán con mayor ánimo. Direis que vais confiados en »el ayuda de Dios: eso sería, si las vidas y costum»bres fueran á propósito para aplacalle mejores de lo »que vemos en esta gente, y si con madureza y con »prudencia se tomáren las armas; que los Santos no »favorecen los locos atrevimientos y sandíos, antes »será por demas cansallos con plegarias y rogativas no »limpias. Alguna experiencia que tengo de las cosas, »y el amor ferviente de la patria y de la salud comun »me hacen hablar asi, y temer no cueste á todos muy »caro esta resolucion que teneis en vuestros ánimos »concebida." Aprobaban este parecer todas las personas mas recatadas, en especial los infantes don Pedro y don Alonso; solo don Enrique era el que fo-

mentaba los intentos de don Fernandó: tenia grande autoridad por ser el que era, y por sus riquezas y estudios de letras con que acreditaba todo lo demas. Sucedió lo que es ordinario, que los más y su parecer, aunque peor, prevaleció contra lo que sentia la mejor parte: de suerte que por comun acuerdo se resolvieron en pasar adelante. Apercibieron una armada, y en ella embarcaron hasta seis mil soldados: sonaba la fama que el número de la gente era doblado, es á saber doce mil combatientes, que fue otro nuevo daño. A doce de agosto se hicieron á la vela, y dentro de quince dias llegaron á Africa. En Ceuta donde surgieron, hicieron consulta en qué manera se haria la guerra. Tomaron resolucion de cercar á Tanger, ciudad de romanos antiguamente muy noble, á la sazon pequeña. Está puesta al estrecho enfrente de Tarifa: al derredor tiene grandes arenales, por donde el campo no se puede sembrar y estéril, fuera de algunos baxos y valles que hay, que por regarse con las aguas de cierta fuente que cerca tienen, son de gran frescura y fertilidad. Los cercados, puesto que por espacio de treinta y siete dias fueron combatidos gallardamente, nunca perdieron el ánimo, antes por la esperanza que tenian de ser presto socorridos, se animaban á defender la ciudad. Acudieron á socorrella los Reyes de Fez y de Marruecos y otros señores africanos con seiscientos mil hombres que traían de á pie, y setenta mil de á caballo, maravilloso número, si verdadero: la fama y el ruido suele ser mas que la verdad. A tanta gente cómo podian resistir los portugueses? Pelearon al principio fuertemente, despues cercados por todas partes de muchedumbre tan grande, se hicieron fuertes en sus reales, pero tristes, fixados los ojos en tierra, ni respondian, ni preguntaban, antes todo el tiempo que podian se

estaban dentro de las tiendas: la misma luz y trato por la aflicion les era pesada. Trataron de huir; pero á dónde, ó por qué parte, estando todo el campo cubierto de sus contrarios? mayormente que las piedras se levantan contra el que huye. Forzados de necesidad enviaron mensageros de paz. Los bárbaros respondieron que se despidiesen de ningun concierto, si no fuese que, entregada Ceuta, saliesen de toda Africa. Era cosa muy pesada lo que pedian, y que no estaba en su mano prometello: todavia por el deseo que tenian de salvarse, otorgaron, y por rehenes el general don Fernando y otras personas principales: los demas rotos, sucios y maltratados se fueron primero á Ceuta, y de allí pasaron á Portugal al cabo del año. Tratóse en Ebora en una junta de señores del asiento que tomaron, y del cumplimiento dél. De comun acuerdo salió decretado que aquellas condiciones, como otorgadas sin voluntad del Rey, eran en sí ningunas, y que no se debian cumplir: que la fé dada y la jura se cumplia bastantemente con dexalles los rehenes que en Africa quedáran, para que con sus cabezas pagasen lo que necia y locamente asentaron. Por ventura si con la misma soberbia los necesitáran los bárbaros á prometer que entregarian todo Portugal, era de cumplir la tal promesa, y sufrir que de nuevo los moros pusiesen el pie y el yugo de su imperio y señorío en España? Que si prometieran otras muchas cosas muy indignas, como pudiera ser, estuvieran por ventura obligados los portugueses á pasar por ellas? El cautiverio pues de don Fernando fue perpétuo, padeció menguas y prisiones muy graves. Su sepulcro se muestra en la ciudad de Fez puesto en un lugar alto como tropheo que levantaron de nuestra nacion y por memoria de la victoria que ganaron: asi el que fue principal en la cul-

pa, acaso, ó por voluntad de Dios fue mas gravemente que los demas castigado.

CAPITULO XIII.

Como el infante don Pedro fue muerto en el cerco de Nápoles.

En España revolvian sospechas de nuevos alborotos por estar gran parte de los grandes aversos de su Rey por la prision injusta (como ellos decian) que se hizo en la persona de Pedro Manrique. Asi mismo se veian por todas partes entre las personas eclesiásticas grandes contiendas y debates, á causa que el Pontífice Eugenio, por tener desde el principio de su pontificado por sospechoso el concilio de Basilea, procuraba disolvelle; que era un camino inventado á propósito para hacer burla y enflaquecer las fuerzas de los concilios, que enfrenaban y ponian algun espanto á los Pontífices romanos; pero desistió deste intento por entonces por cartas que en esta razon le vinieron muy graves del Emperador Sigismundo, y del cardenal Cesarino su legado. Los padres de Basilea tomando mas autoridad y mano de lo que por ventura fuera justo, y irritados por lo que el Papa intentára, le hicieron intimar que si no venia en persona al concilio, pronunciarian contra él lo que se acostumbra contra los que desamparan su oficio, y no cumplen con lo que son obligados y con el deber en caso semejante. No quiso obedecer: amenazaban de deponelle y quitalle la autoridad pontifical que tenia. Este era el intento de los obispos: los príncipes christianos no se conformaban en un parecer, algunos resistian á aquel intento como arrojado y temerario, por la memoria que tenian de las llagas que en el scisma pasado recibió

la iglesia christiana, que apenas se habian encorado y sanado; en particular hizo resistencia el Emperador Sigismundo, dado que no era nada amigo del Pontífice. Poco prestó su autoridad á causa que en el mismo tiempo que estas pláticas se comenzaron, pasó desta vida á nueve de diciembre, mas señalado por la paz de la iglesia que fundó, y por habella ahora defendido, que por los muchos años que imperó. Sucedió en su lugar su yerno Alberto duque de Austria, que ya era Rey de romanos. Coronóse primer dia de enero principio del año mil y quatrocientos y treinta 1438.
y ocho, en tiempo que en un lugar que tenia don Alvaro de Luna en Castilla la vieja llamado Maderuelo, cayeron piedras tan grandes como almohadas pequeñas, que no hacían daño por ser la materia liviana. Para averiguar el caso y informarse de todo enviaron á Juan de Ágreda adalid del Rey que traxo á Roa do halló al Rey de Castilla, algunas de aquellas piedras. Dudábase si era buen agüero ó malo, pero ni aun del suceso de la guerra de los moros se entendió bastantemente qué era lo que aquellas piedras pronosticaban ca por una parte Huelma (pueblo que los antiguos llamaron Onova) dado que estaba fortificado con número de soldados y con murallas bien fuertes, fue ganada de los moros por la buena industria y esfuerzo de Iñigo Lopez de Mendoza señor de Hita, á cuyo cuidado estaba la frontera de Jaen: por otra parte el alegria no duró mucho á causa que Rodrigo Perea adelantado de Cazorla en una entrada que hizo en tierra de moros, fue muerto por mucho mayor número de enemigos que cargó sobre él, y de mil y quatrocientos soldados que llevaba, solos veinte escaparon por los pies. Tampoco los moros ganaron la victoria sin sangre, que el mismo capitan que era de los Bencerrajes, y gobernador de Granada, pereció en el en-

cuentro con otros muchos, que fue algun alivio del desastre. El Rey de Aragon por estar agraviado y sentido del Pontífice Eugenio parecia ayudar los intentos de los de Basilea, en especial que demas de los desaguisados pasados al presente Juan Vitelesco patriarchâ de Alexandría con gente del Pontífice y por su orden hizo entrada por las fronteras del reyno de Nápoles, y con su venida se alteraron y trocaron mucho los ánimos de los naturales, tanto que el príncipe de Taranto y el conde de Caserta se pasaron á la parte del Papa, como personas que eran poco constantes en la fé, de ingenio mudable y vario. Al contrario Antonio Colona se reconcilió con el Rey de Aragon con esperanza que se le dió de recobrar el principado de Salerno que antes le quitáran. El patriarchâ fue en breve desbaratado por los de Aragon, y forzado á salirse del reyno de Nápoles, si bien venia armado de censuras y con valientes soldados. Los otros señores se reduxeron al deber en el mismo tiempo que Renato duque de Anjou, rescatado de la prision en que le tenian, con su armada llegó á Nápoles á diez y nueve de mayo. Su venida fue de poco momento por no traer dinero alguno para los gastos de la guerra, solo los ánimos de muchos se despertaron á la esperanza y deseo de novedades. En muchas partes se emprendió la llama de la guerra. La mayor fuerza della andaba en las tierras del Abruzo: Jacobo Caldora, capitan muy experimentado, sustentaba en aquella comarca el partido de Renato: él mismo desque supo su venida, le acudió luego en persona, magüer que no muy confiado de la victoria á causa que el partido de Aragon de cada dia mas se adelantaba, y muchos pueblos y castillos por aquella comarca venian en poder de los aragoneses. Renato para ganar reputacion y entretener acordó desafiar al enemigo á

hacer campo, y en señal del riepto le envió una manopla, si de corazon no se sabe. Lo que consta es que el Aragones aceptó, y todo aquel acometimiento se fue en humo, por las diferencias que resultaron, como era forzoso, sobre el dia y el lugar y otras circunstancias del combate. En Burgos el Rey de Francia en una junta que hizo de todos los estados de su reyno, aprobó los decretos de Basilea por una ley que vulgarmente se llama Pragmática Sancion, por la qual mandó se sentenciasen los pleytos. Dió gran pesadumbre al Papa Eugenio aquella ley, porque con ella parecia se quitaba casi toda la autoridad al Sumo Pontificado en Francia sea en conferir los beneficios, sea en sentenciar los pleytos. Asi con mayor resolucion se determinó de disolver el concilio de Basilea, de do procedian tales efectos, demas de otros nuevos miedos que se mostraban. Hizo pues un nuevo edicto, en que pronunció trasladaba el concilio á Ferrara ciudad de la Italia. El legado Cesarino, sabida la voluntad del Pontífice, y con él de siete cardenales que eran, los cinco se pasaron á Ferrara: los otros dos se quedaron en Basilea. La causa que se alegaba para mudar el lugar, era la venida del Emperador Juan Paleologo, y del patriarchâ de Constantinopla, que pasaron á Italia con intento de unir las iglesias de Oriente con las de Occidente, y hacer la paz que todos tanto deseaban. Llegados que fueron á Ferrara, les hicieron mucha honra. Sobrevino peste, que forzó de nuevo á pasar el concilio á Florencia cabeza de Toscana. En aquella ciudad con trabajo de muchos dias se disputaron las controversias que entre los latinos y los griegos hay, con mayor ruido y esperanza de presente que provecho para adelante. Los padres de Basilea al principio pretendieron y trataron que los griegos fuesen allá:

no salieron con ello. Por esto y por la disolucion del concilio mas irritados contra el Pontífice Eugenio que amedrentados, nombraron por presidente en lugar de Cesarino á Ludovico cardenal Arelatense. Demas desto trataban de cosas á la república y á la iglesia perjudiciales y malas. Amenazaban que quitarian á Eugenio el pontificado, y él depuesto, nombrarian otro Papa en su lugar. En Italia á la sazon que Renato duque de Anjou se ocupaba en combatir los castillos que en el Abruzo se tenian por sus enemigos, el Rey de Aragon animado con la prosperidad de sus cosas se determinó marchar la vuelta de Nápoles, ciudad que era cabeza de la guerra y del reyno, y por seguir la gente moza á Renato se hallaba sin bastante guarnicion, ni aun tenia vituallas para muchos dias. En el campo aragones pasaron alarde hasta quince mil hombres, y en la armada se contaban quatro galeras, siete naves gruesas, y otro mayor número de baxeles pequeños á propósito que por la mar no entrasen en la ciudad bastimentos. Con este aparejo cercaron por mar y por tierra á veinte y dos de setiembre aquella ciudad, que es de las mas señaladas que tiene Italia, en número de ciudadanos y arreo, magestad de edificios, y en todo lo al. Hallábanse presentes con el Rey y en su exército y campo Matheo Aquaviva duque de Atri, el conde de Nola, Juan Veintemilla, Pedro Cardona. Luego que hobieron barreado y fortificado los reales, comenzaron á aparejar escalas y otros ingenios para la batería. Repartiéronse los esquadrones por lugares á propósito para apretar los cercados. Estaban ya para dar el asalto, quando la fortuna, que tiene por costumbre de jugar y burlarse en las cosas humanas, y mezclar las cosas adversas con las prósperas, trastornó todos los intentos del Rey de Aragon

con un muy triste desastre. Fue asi que el infante don Pedro de Aragon á veinte y tres de octubre, por la mañana salido de los reales, se adelantó un poco para atalayar la ciudad. En esto dispararon una pelota de un tiro de artillería desde la iglesia de Nuestra Señora de los Carmelitas, con que le hirieron y mataron. Tres veces saltó la bala, y con el quarto salto que dió, le quebró la cabeza: el cuerpo muerto fue llevado á la Madalena. Acudió á la triste nueva el Rey don Alonso su hermano, y besado el pecho del difunto: «Diferente alegria (dice) esperaba de tí, »ó hermano, eterna honra de nuestra patria y partí»cipe de nuestra gloria. Dios haya tu alma." Junto con esto con sollozos y lágrimas á los que presentes se hallaron: «Este dia (dixo) soldados, hemos per»dido la flor de la caballería y de toda la gala: con »quánto dolor digo estas palabras!" Murió en lo mas florído de su mocedad, en edad de veinte y siete años, sin casarse. Hallóse en muchas guerras, y en ellas ganó prez y honra de valeroso: depositáronle en el castillo del Ovo. Los soldados vulgarmente y tambien la muchedumbre del pueblo tuvo por mal agüero la muerte de don Pedro, en especial que con las muchas aguas no se podia batir la ciudad, ni dar el asalto: por esto alzado el cerco, se retiraron á Cápua. El marques de Girachi Juan Veintemilla en este medio enviado al encuentro contra Renato, que acudia con gentes para socorrer á los cercados, se encontró con él en el valle de Gardano. Prendió con su llegada al improviso algunos de los enemigos, con que los demas fueron forzados á doblar el camino, y por otra parte pasar á tierra de Nola. Esto hecho, el Veintemilla con su esquadron en ordenanza se volvió al cerço de Nápoles. El Rey don Alonso con intento que tenia de volver á la guerra luego que el tiempo

no salieron con ello. Por esto y por la disolucion del concilio mas irritados contra el Pontífice Eugenio que amedrentados, nombraron por presidente en lugar de Cesarino á Ludovico cardenal Arelátense. Demas desto trataban de cosas á la república y á la iglesia perjudiciales y malas. Amenazaban que quitarian á Eugenio el pontificado, y él depuesto, nombrarian otro Papa en su lugar. En Italia á la sazon que Renato duque de Anjou se ocupaba en combatir los castillos que en el Abruzo se tenian por sus enemigos, el Rey de Aragon animado con la prosperidad de sus cosas se determinó marchar la vuelta de Nápoles, ciudad que era cabeza de la guerra y del reyno, y por seguir la gente moza á Renato se hallaba sin bastante guarnicion, ni aun tenia vituallas para muchos dias. En el campo aragones pasaron alarde hasta quince mil hombres, y en la armada se contaban quatro galeras, siete naves gruesas, y otro mayor número de baxeles pequeños á propósito que por la mar no entrasen en la ciudad bastimentos. Con este aparejo cercaron por mar y por tierra á veinte y dos de setiembre aquella ciudad, que es de las mas señaladas que tiene Italia, en número de ciudadanos y arreo, magestad de edificios, y en todo lo al. Hallábanse presentes con el Rey y en su exército y campo Matheo Aquaviva duque de Atri, el conde de Nola, Juan Veintemilla, Pedro Cardona. Luego que hobieron barreado y fortificado los reales, comenzaron á aparejar escalas y otros ingenios para la batería. Repartiéronse los esquadrones por lugares á propósito para apretar los cercados. Estaban ya para dar el asalto, quando la fortuna, que tiene por costumbre de jugar y burlarse en las cosas humanas, y mezclar las cosas adversas con las prósperas, trastornó todos los intentos del Rey de Aragon

con un muy triste desastre. Fue asi que el infante don Pedro de Aragon á veinte y tres de octubre, por la mañana salido de los reales, se adelantó un poco para atalayar la ciudad. En esto dispararon una pelota de un tiro de artillería desde la iglesia de Nuestra Señora de los Carmelitas, con que le hirieron y mataron. Tres veces saltó la bala, y con el quarto salto que dió, le quebró la cabeza: el cuerpo muerto fue llevado á la Madalena. Acudió á la triste nueva el Rey don Alonso su hermano, y besado el pecho del difunto: «Diferente alegria (dice) esperaba de tí, »ó hermano, eterna honra de nuestra patria y partí»cipe de nuestra gloria. Dios haya tu alma." Junto con esto con sollozos y lágrimas á los que presentes se hallaron: «Este dia (dixo) soldados, hemos per»dido la flor de la caballería y de toda la gala: con »quánto dolor digo estas palabras!" Murió en lo mas florido de su mocedad, en edad de veinte y siete años, sin casarse. Hallóse en muchas guerras, y en ellas ganó prez y honra de valeroso: depositáronle en el castillo del Ovo. Los soldados vulgarmente y tambien la muchedumbre del pueblo tuvo por mal agüero la muerte de don Pedro, en especial que con las muchas aguas no se podia batir la ciudad, ni dar el asalto: por esto alzado el cerco, se retiraron á Cápua. El marques de Girachi Juan Veintemilla en este medio enviado al encuentro contra Renato, que acudia con gentes para socorrer á los cercados, se encontró con él en el valle de Gardano. Prendió con su llegada al improviso algunos de los enemigos, con que los demas fueron forzados á doblar el camino, y por otra parte pasar á tierra de Nola. Esto hecho, el Veintemilla con su esquadron en ordenanza se volvió al cerco de Nápoles. El Rey don Alonso con intento que tenia de volver á la guerra luego que el tiempo

diese lugar y se abriese, se determinó de llamar desde España los otros dos sus hermanos. El deseo que tenia de ganar el reyno de Nápoles, era tal que mostraba no hacer caso de los reynos que su padre le dexó, si bien comenzaban á ser trabajados por un buen número de gente francesa, que por estar acostumbrada á robar, debaxo de la conducta de Alexandro Borbon hijo bastardo de Juan duque de Borbon rompió por aquellas partes. Llevaban otrosí por capitan á Rodrigo Villandrando, persona que aunque era español y natural de Valladolid, sirvió muy bien al Rey de Francia en las guerras contra los ingleses, y de soldado particular llegó á ser capitan, y alguna vez tuvo debaxo de su regimiento diez mil hombres. Era robusto de cuerpo, muy colérico. Estaba aquella gente acostumbrada debaxo de aquellos capitanes á vivir de rapiña, talar y saquear pueblos y campos como los que tenian el robo por sueldo, y la codicia por gobernalle: hicieron entrada por el condado de Ruysellon. Fue grande el cuidado en que pusieron á los naturales, á la Reyna de Aragon y al Rey de Navarra. Mas fue el miedo que el daño: en breve aquella tempestad se sosegó á causa que los franceses por la aspereza del tiempo dieron la vuelta ácia otra parte, y se retiraron sin hacer en aquel estado algun daño notable. Aciago año y desgraciado fue este para Portugal asi bien por la pérdida tan grande que hicieron en Africa, como por la peste que se derramó casi por todo aquel reyno con muerte de gran número de gente. El mismo Rey don Duarte en el convento de Tomar en que por miedo se retiró, de una fiebre que le sobrevino, finó á los nueve de setiembre martes. Asi lo hallo en las coronicas; mas por quanto añaden que hobo aquel dia un grande eclipse del sol, es forzoso digamos que finó viernes

á los diez y nueve de aquel mes en que fue la conjuncion, y por consiguiente el eclipse. Príncipe que en su reynado no hizo cosas muy notables á causa del poco tiempo que le duró, ca reynó solos cinco años y treinta y siete dias. Fue aficionado á las letras. Dexó escrito un libro de la forma como se debe gobernar un reyno. Ordenó que el hijo mayor de aquellos Reyes en adelante se llamase príncipe, como se hacía en Castilla. Sus hijos fueron don Alonso el mayor, que le sucedió en el reyno, bien que no pasaba de seis años: don Fernando duque de Viseo, maestre de Christus y de Santiago, y condestable de Portugal, cuyos hijos fueron doña Leonor Reyna de Portugal, y doña Isabel duquesa de Berganza, y fuera de otros hijos que tuvo muchos, don Diego á quien dió la muerte el Rey don Juan su cuñado, y don Manuel, que llegó finalmente á ser Rey de Portugal. Fue asi mismo hija del Rey don Duarte la Emperatriz doña Leonor muger de Federico Tercero, y madre de Maxîmiliano: doña Cathalina, que estuvo concertada con diversos príncipes y con ninguno casó; finalmente doña Juana muger de don Enrique el Quarto Rey de Castilla. El gobierno del reyno por la poca edad del nuevo Rey quedó encomendado á la Reyna doña Leonor su madre: asi lo dexó dispuesto el Rey difunto en su testamento, cláusula de que resultaron grandes debates por estrañar los naturales ser gobernados de muger, en especial estrangera. Bien es verdad que algunos tenian por ella, obligados por algunas mercedes recebidas antes, ó movidos de algun particular interés. Corrian peligro de venir á las manos y ensangrentarse: finalmente prevalecieron los que eran mas en número y mas fuertes. Juntáronse para tomar acuerdo sobre el caso. Salió nombrado por gobernador el infante don Pedro

duque de Coimbra, y tio del nuevo Rey. El sentimiento de la Reyna por esta causa fue qual se puede pensar. Despachó sus cartas y embaxadores para querellarse del agravio á sus hermanos, y tambien al Rey de Castilla su cuñado y primo, diligencias que poco prestaron.

CAPITULO XIV.

De las alteraciones de Castilla.

Por el mes de agosto pasado huyó el adelantado Pedro Manrique, su muger y dos hijas que con él estaban, del castillo de Fuentidueña en que le tenian preso: descolgóse con cuerdas que echaron por una ventana; fueron participantes y le ayudaron algunos criados del alcayde Gomez Carrillo, de que resultaron nuevas alteraciones. El almirante don Fadrique y don Pedro de Zúñiga conde de Ledesma se aliaron con el adelantado, y se concertaron para abatir á don Alvaro de Luna. Juntáronse con ellos para el mismo efecto Juan Ramirez de Arellano señor de los Cameros, y Pedro de Mendoza señor de Almazan, y don Luis de la Cerda conde de Medinaceli: allegáronseles poco despues el de Benavente, Juan de Tovar señor de Berlanga, y los dos hermanos Pedro y Suero Quiñones, fuera destos el obispo de Osma don Pedro de Castilla, que en aquella revuelta de los tiempos estaba apoderado de muchos castillos, cosa que era de grande importancia para llevar adelante estos intentos. No era facil executar lo que pretendian, por la gran privanza, poder y autoridad de don Alvaro. Juntaron en Medina de Ruyseco caballos, armas, soldados y todo lo al que era á propósito para la guerra. El Rey de Castilla para prevenir estos intentos y práticas con presteza desde Madrigal por el mes de fe-

brero, principio del año mil y quatrocientos y treinta 1439
y nueve, se partió para Roa. Iban en su compañía el príncipe don Enrique su hijo, el mismo don Alvaro, los condes de Haro y de Castro, el maestre de Calatrava, los prelados, el de Toledo y el de Palencia: demas destos fray Lope de Barrientos, que poco antes subió á ser obispo de Segovia en premio de las primeras letras que enseñó al príncipe don Enrique. Enviaron los conjurados sus cartas al Rey con mucha muestra de humildad: contenian en suma que ellos estaban aparejados para hacer lo que les fuese mandado como vasallos leales, hijos de tales y tan nobles padres, con tal que él mismo ó su hijo el príncipe los mandasen: que no sufrian que el reyno fuese gobernado á voluntad de ningun particular, ni que qualquiera que fuese, estuviese apoderado del Rey, cosa que ni las leyes de la provincia lo permitian, ni ellos debian disimular afrenta y mengua tan grande. Si por ventura era justo que ni la autoridad de los magistrados, ni la nobleza, ni las leyes se pudiesen defender de un hombre solo, ni enfrenalle? Que si en esto se pusiese remedio, y se diese traza, á la hora dexarian las armas que forzados por su defensa tomáran. A esta carta no dió el Rey alguna respuesta: á la sazon habia llegado Rodrigo de Villandrando de Francia con quatro mil caballos que traía para servir al Rey, con promesa que le darian en premio de su trabajo el condado de Ribadeo. El de Navarra y su hermano el infante don Enrique determinados de ayudarse de la ocasion que las revueltas de Castilla les presentaban, y con deseo de recobrar los estados que los años pasados les quitáran, con quinientos de á caballo se metieron por las tierras de Castilla. No se sabía al principio lo que pretendian: por esto en un mismo tiempo los convidaron á seguir su partido por una parte el Rey, y por otra los con-

jurados. Ellos tomado su acuerdo, se resolvieron que el de Navarra fuese á Cuellar, do se hallaba el Rey de Castilla, y don Enrique á Peñafiel, pueblo que fue suyo antes. Era su intento estar á la mira, y aguardar cómo se disponian aquellas alteraciones, y en qué paraban, y seguir el partido que pareciese mejor y mas á propósito para recobrar sus estados. Entretanto que esto pasaba, Iñigo de Zúñiga hermano del conde de Ledesma con quinientos de á caballo que traía, se apoderó de Valladolid, villa grande y rica de muchas vituallas. Luego que esto vino á noticia de los conjurados, acudieron alli gran número dellos. El Rey de Castilla alterado con esta nueva, y por miedo que aquella rebelion de los suyos no fuese causa de algun grande inconveniente y daño, pasó á Olmedo para desde cerca sosegar aquellas alteraciones, sobre todo para traer á su servicio al infante don Enrique. Con este intento en diversas partes hobo hablas del Rey y del infante, primero en Renedo, despues en Tudela, y últimamente en Tordesillas: pláticas todas por demas, porque el infante despues que hobo entretenido la una y la otra parte, al fin se llegó á aquellos señores conjurados; entendióse que con acuerdo del Rey de Navarra: que pretendia para todo lo que pudiese suceder en aquella revuelta, dexar entrada y tenella para reconciliarse con la una y con la otra parte. Ademas que muchos de los señores que seguían al Rey, y poseían los pueblos que quitaron á los infantes, con diferentes mañas entretenian el efectuarse las paces, por tener entendido que no podrian quaxar, si no se restituían en primer lugar aquellos pueblos. Andaba la gente congoxada y suspensa con sospechas de nueva guerra. Personas religiosas y muy graves, por su santa vida ó por sus letras y erudicion venerables, se pusieron de por medio. Hablaron con aquellos seño-

res; y representáronles el peligro que todos corrian si inquietaban el reyno con aquellas diferencias fuera de tiempo; aunque fiasen de sus fuerzas, que no era cordura trocar lo cierto con lo dudoso, y aventurallo: el comenzar la guerra era cosa muy facil, el remate sin duda sería perjudicial, por lo menos á la una de las partes: por tanto que mirasen por sí y por el reyno, y con su porfia sin propósito no echasen á perder las cosas que tan floridas estaban: que todavia se podrian hacer las paces y amistades, pues aun no se habian ensangrentado entre sí; mas si las espadas se teñian una vez en sangre de hermanos y deudos, con dificultad se podrian limpiar ni venir á ningun buen medio. La instancia que hicieron fue tal, que los príncipes acordaron de juntarse en Castro Nuño con los del Rey para tratar allí de las condiciones y medios de paz. Por el mismo tiempo vino aviso de Italia que Castelnovo en Nápoles sin embargo de la guarnicion que tenia de aragoneses, y que el Rey de Aragon con todo cuidado procuró dalle socorro, apretado con un largo cerco por falta de vituallas se entregó á los enemigos á veinte y quatro de agosto; todavia que aquel daño bastantemente recompensó el de Aragon con recobrar como recobró la ciudad de Salerno y ganar otros muchos lugares y plazas. Entre los grandes de Castilla y el Rey se hizo confederacion en Castro Nuño con estas condiciones: don Alvaro de Luna se ausente de la corte por espacio de seis meses, sin que pueda escribir ninguna carta al Rey: á los hermanos Rey de Navarra y el infante les vuelvan sus estados y lugares y dignidades, por lo menos cada año tanta renta quanto los jueces árbitros determináren: las compañías de soldados y las gentes y campos se derramen: los conjurados quiten las guarniciones de los castillos, y pueblos que tomaron; ninguno sea casti-

gado por haber seguido antes el partido de Aragon y al presente á los conjurados. Con esto al infante de Aragon don Enrique fue restituido el maestrazgo de Santiago, al de Navarra la villa de Cúellar, á don Alvaro de Luna en recompensa della dieron á Sepúlveda. El Rey de Castilla, hecho esto, se fue á la ciudad de Toro: alli le vino nueva que la infanta doña Cathalina muger del infante de Aragon don Enrique falleció de parto en Zaragoza á diez y nueve de octubre sin dexar sucesion alguna. Fueron á dar el pésame al infante de parte del Rey de Castilla el obispo de Segovia y don Juan de Luna prior de San Juan. Don Alvaro de Luna en cumplimiento de lo concertado se partió á los veinte y nueve de octubre á Sepúlveda con mayor sentimiento de lo que fuera razon, tanto que con ser persona de tanto valor, ni podia enfrenar la saña ni templar la lengua; solo le entretenia la esperanza que presto se mudarian las cosas y se trocarian. Hiciéronle compañía á su partida Juan de Silva alferez mayor del Rey, Pedro de Acuña y Gomez Carrillo con otros caballeros nobles que se fueron con él, quien por haber recebido dél mercedes, quien por esperanza que sus cosas se mejorarian. Esto en España. En el concilio Basileense últimamente condenaron al Papa Eugenio, y en su lugar nombraron y adoraron á Amadeo á cinco de noviembre con nombre de Felix Quinto. Por espacio de quarenta años fue primero conde de Saboya y despues duque, últimamente renunciado el estado y los regalos de su corte, vivia retirado en una soledad con deseo ardiente de vida mas perfecta, acompañado de otros seis viejos que llevó consigo, escogidos de entre sus nobles caballeros. Sucedió muy á cuenta del Papa Eugenio que los príncipes christianos hicieron muy poco caso de aquella nueva eleccion, hasta el mismo Philipo duque de

Milán, bien que éra yerno de Amadeo; y enemigo de venecianos y del Papa Eugenio, no se movió á honrar, acatar y dar la obediencia al nuevo Pontífice: lo mismo el Rey de Aragon, no obstante que se tenia por ofendido del mismo Papa Eugenio á causa que favorecia con todas sus fuerzas á Renato su enemigo. Todos creo yo se entretenian por la fresca memoria del scisma pasado y de los graves daños que dél resultaron; ademas que la autoridad de los padres de Basilea iba de caida, y sus decretos que al principio fueron estimados, ya tenian poca fuerza, dado que no se partieron del concilio hasta el año quarenta y siete desta centuria y siglo, en el qual tiempo amedrentados por las armas de Ludovico delphin de Francia que acudió á desbaratallos, y forzados del mandato del Emperador Federico que sucedió á Alberto, despedido arrebatadamente el concilio, volvieron á sus tierras. El mismo Felix, nuevo Pontífice, poco despues con mejor seso dexadas las insignias de Pontífice, fue por el Papa Nicolao sucesor de Eugenio hecho cardenal y legado de Saboya. Este fin, aunque no en un mismo tiempo, tuvieron las diferencias de Castilla y las revueltas de la iglesia: principio de otras nuevas reyertas, como se declarará en el capítulo siguiente.

CAPITULO XV.

De otras nuevas alteraciones que hobo en Castilla.

Parecia estar sosegada Castilla y las guerras civiles no de otra suerte que si todo el reyno con el destierro de don Alvaro de Luna quedára libre y descargado de malos humores, quando repentinamente y contra lo que todos pensaban, se despertaron nuevos alborotos. La causa fue la ambicion, enfermedad incurable, que cunde mucho y con nada se contenta:

siempre pretende pasar adelante sin hacer diferencia entre lo que es lícito, y lo que no lo es. El Rey era de entendimiento poco capaz, y no bastante para los cuidados del gobierno, si no era ayúdado de consejo y prudencia de otro. Por entender los grandes esto, con varias y diversas mañas y por diferentes caminos cada qual pretendia para sí el primer lugar acerca dél en privanza y autoridad: sobre todos se señalaba el almirante don Fadrique, hombre de ingenio sagaz, vario, atrevido, al qual don Alvaro pretendió con todo cuidado dexar en su lugar, y para esto hizo todo buen oficio con el Rey antes de su partida. Los infantes de Aragon llevaban mal ver burlados sus intentos, y que el fruto de su industria en echar á don Alvaro se le llevase el que menos que nadie quisieran: poca lealtad hay entre los que siguen la corte y acompañan á los Reyes. Sucedió que sobre repartir en Toro los aposentos riñeron los criados y allegados de la una parte y de la otra, y parecia que de las palabras pretendian llegar á las manos y á las puñadas. El Rey tenia poca traza para reprimir á los grandes: asi por consejo de los que á don Alvaro favorecian, se salió de Medina del Campo, y con muestra que queria ir á caza, arrebatadamente se fue á meter en Salamanca, ciudad grande y bien conocida, por principio del año
1840. mil y quatrocientos y quarenta. Fueron en pos dél los infantes de Aragon, los condes de Benavente, de Ledesma, de Haro, de Castañeda y de Valencia, demas destos Iñigo Lopez de Mendoza. Todos salieron de Madrigal acompañados de seiscientos de á caballo con intento si les hacían resistencia, de usar de fuerza y de violencia, que era todo un miserable y vergonzoso estado del reyno. Apenas se hobo el Rey de Castilla recogido en Salamanca, quando avisado como venian los grandes, á toda priesa partió para Bonilla,

pueblo fuerte en aquellas comarcas asi por la lealtad de los moradores, como por sus buenas murallas. Desde alli envió el Rey embaxadores á los infantes de Aragon: ellos con seguridad que les dieron, fueron primero á Salamanca, y poco despues á Avila, do eran idos los grandes conjurados con intento de apoderarse de aquella ciudad. El principal que andaba de por medio entre los unos y los otros, fue don Gutierre de Toledo arzobispo á la sazon de Sevilla, que en aquel tiempo se señaló tanto como el que mas en la lealtad y constancia que guardó para con el Rey; escalon para subir á mayor dignidad. De poco momento fue aquella diligencia. Solamente los grandes, con la buena ocasion de hombre tan principal, y tan á propósito, escribieron al Rey una carta aunque comedida, pero llena de consejos muy graves sacados de la philosophía moral y política. Lo principal á que se enderezaba, era cargar á don Alvaro de Luna: decian estar acostumbrado á tyranizar el reyno, apoderarse de los bienes públicos y particulares, corromper los jueces, sin tener respeto ni reverencia alguna ni á los hombres, ni á Dios. El Rey no ignoraba que parte destas cosas eran verdaderas, parte levantadas por el odio que le tenian; pero como si con bebedizos tuviera el juicio perdido, se hacía sordo á los que le amonestaban lo que le convenia. No dió respuesta á la carta. Los grandes enviaron de nuevo por sus embaxadores á los condes de Haro y de Benavente: ellos hicieron tanto que el Rey vino en que se tuviesen cortes del reyno en Valladolid. Querian se tratase en ellas entre el Rey y los grandes de todo el estado de la república; y en lo que hobiese diferencias, acordaron se estuviese por lo que los dichos condes como jueces árbitros determinasen. Sucedió que ni se restituyeron las ciudades de que los señores antes desto

se apoderáran, y de nuevo se apoderaron de otras, cuyos nombres son estos: Leon, Segovia, Zamora, Salamanca, Valladolid, Avila, Burgos, Plasencia, Guadalaxara; fuera desto poco antes se enseñoreó el infante don Enrique de Toledo por entrega que della le hizo Pero Lopez de Ayala, que por el Rey era alcayde del alcázar y gobernador de la ciudad, y como tal tenia en ella el primer lugar en poder y autoridad. En las cortes de Valladolid que se comenzaron por el mes de abril, lo primero que se trató, fue dar seguridad á don Alvaro de Luna y hacelle volver á la corte. Estaba este deseo fixado en el pecho del Rey, á cuya voluntad era cosa no menos peligrosa hacer resistencia, que torpe condescender con ella: tuvo mas fuerzas el miedo que el deber, y asi por consentimiento de todos los estados se escribieron cartas en aquella sustancia. Cada qual procuraba adelantarse en ganar la gracia de don Alvaro, y pocos cuidaban de la razon; la vuelta de don Alvaro sin embargo no se efectuó luego. Despues desto las ciudades levantadas volvieron á poder del Rey, en particular Toledo. Tratóse que se hiciese justicia á todos, y dar traza para que los jueces tuviesen fuerza y autoridad. A la verdad era tan grande la libertad y soltura de aquellos tiempos, que ninguna seguridad tenia la inocencia; la fuerza y robos prevalecian por la flaqueza de los magistrados. Toda esta diligencia fue por demas, antes resultaron nuevas dificultades á causa que el príncipe de Castilla don Enrique se alteró contra su padre y apartó de su obediencia. Tenia mala voluntad á don Alvaro, y pesábale que volviese á palacio: sospecho que por la fuerza de alguna maligna constelacion sucedió por estos tiempos que los privados de los príncipes tuviesen la principal autoridad y mando en todas las cosas, de que dan bastante muestra estos dos

príncipes padre y hijo, ca por la flaqueza de su entendimiento, y no mucha prudencia, se dexaron siempre gobernar por sus criados. Juan Pacheco hijo de Alonso Giron señor de Belmonte se crió desde sus primeros años con el príncipe don Enrique, y por la semejanza de las costumbres, ó por la sagacidad de su ingenio acerca dél alcanzó gran privanza y cabida. Parecia que con derribar á don Alvaro de Luna que le asentó con el príncipe, pretendia (como lo hizo) alcanzar el mas alto lugar en poder y riquezas. Este fue el pago que dió al que debia lo que era: poca lealtad se usa en las cortes, y menos agradecimiento. Las sospechas que nacieron entre el Rey y su hijo en esta sazon, llegaron á que el príncipe don Enrique un dia se salió de palacio: decia que no volveria, si no se despedian ciertos consejeros del Rey, de quien él se tenia por ofendido; verdad es que ya muy noche á instancia del Rey de Navarra su suegro volvió á palacio y á su padre. Para mas sosegalle dieron orden de celebrar sus bodas con mayor presteza que pensaban. A doña Blanca su esposa traxo la Reyna su madre á la raya de Navarra, dende don Alonso de Cartagena obispo de Burgos, el conde de Haro y el señor de Hita, que enviaron para este efecto, la acompañaron hasta Valladolid. Alli á veinte y cinco de setiembre se celebraron las bodas con grandes fiestas. En una justa ó torneo fue mantenedor Rodrigo de Mendoza mayordomo de la casa real: regocijo muy pesado; murieron en él algunos nobles á causa que pelearon con lanzas de hierros acerados á punta de diamante, como se hace en la guerra. Sacaron todos los señores ricas libreas y trages á porfia, hicieron grandes convites y saraos, ca á la sazon los nobles no menos se daban á estas cosas que á las de la guerra y á las armas. Aguó la fiesta que la nueva casada se quedó doncella, cosa

que al principio estuvo secreto: despues como por la fama se divulgase, destempló grandemente la alegria pública de toda la gente. Por el mismo tiempo en Francia se trató de hacer las paces entre los ingleses y franceses. Púsose de por medio el duque de Borgoña, que encomendó este cuidado á doña Isabel su muger persona de sangre real, tia del Rey de Portugal, conforme á la costumbre recebida entre los franceses que por medio de las mugeres se concluyan negocios muy graves. A la raya de Flandes fue doña Isabel, y vinieron los embaxadores ingleses: comenzóse á tratar de las paces, empresa de gran dificultad, y que no se podia acabar en breve. Dióse libertad á Carlos duque de Orliens: vinieron en ello el Rey de Inglaterra, en cuyo poder estaba, y el duque de Borgoña, tambien interesado á causa de la muerte de su padre, que los años pasados se cometió en París. Para concluir esta querella el Borgoñon por su rescate pagó al Ingles quatrocientos mil ducados, y se puso por condicion que entre los borgoñónes y los de Orliens hobiese perpétuo olvido de los disgustos pasados, y que por estar aquel príncipe cautivo sin muger para mas seguridad casase con Margarita hija del duque de Cleves, y de hermana del duque de Borgoña. Desta manera veinte y cinco años despues que el duque de Orliens en las guerras pasadas fue preso cerca de un pueblo llamado Blangio, volvió á su patria y á su estado, y en lo de adelante guardó lo que puso con sus contrarios con mucha lealtad: el casamiento asi mismo, que concertaron como prendas de la amistad, se efectuó.

CAPITULO XVI.

Como el Rey de Castilla fue preso.

En el mismo tiempo que se hacían los regocijos por las bodas del príncipe don Enrique con doña Blanca, falleció el adelantado Pedro Manrique, persona de pequeño cuerpo, de gran ánimo, astuto, atrevido, pero buen christiano, y de gran industria en qualquier negocio que tomaba en las manos. Sucedióle en el adelantamiento y estado su hijo Diego Manrique, que fue tambien conde de Treviño. Don Alvaro dado que ausente, y residia de ordinario en Escalona, todavia por sus consejos gobernaba el reyno: cosa que llevaban mal los alterados, y mas que todos el príncipe don Enrique, tanto que al fin deste año dexado su padre se partió para Segovia, mostrándose aficionado al partido de los infantes de Aragon. Ayudaba para esto Juan Pacheco como su mayor privado que era, soplaba el fuego de su ánimo apasionado. La ciudad de Toledo tornó otra vez á poder de don Enrique de Aragon, ca Pero Lopez de Ayala le dió en ella entrada contra el orden expreso que tenia del Rey: añadieron á esto los de Toledo un nuevo desacato, que prendieron los mensageros que el Rey enviaba á quexarse de su poca lealtad. Alterado pues el Rey, como era razon, á grandes jornadas se partió para allanalla: iba acompañado de pocos, asegurado que no perderian respeto á su magestad real; pero como quier que no le diesen entrada en la ciudad, reparó en el hospital de San Lázaro, que está en el mismo camino real por donde se va á Madrid. Salió don Enrique de Aragon fuera de la puerta de la ciudad acompañado de docientos de á caballo: los del Rey en aquel peligro bien que te-

nian alguna esperanza de prevalecer, el miedo era mayor, por ser en pequeño número para hacer rostro á gente armada; con todo esto tomaron las armas, y fortificáronse como de repente pudieron con trincheas y con reparos. Fuera muy grande la desventura aquel dia, si el infante don Enrique por no hacerse mas odioso si hacía algun desacato á la magestad real, sin llegar á las manos no se volviera á meter en la ciudad. Esto fue dia de la Circuncision,
1441. entrante el año mil y quatrocientos y quarenta y uno. Mostróse muy valeroso en defender al Rey, y fortificar el hospital en que estaba, el capitan Rodrigo de Villandrando: en premio y para memoria de lo que hizo aquel dia, le fue dado un privilegio plomado, en que se concedió para siempre á los condes de Ribadeo que todos los primeros dias del año comiesen á la mesa del Rey, y les diesen el vestido que vistiesen aquel dia. El Rey partió para Torrijos: dexó para guarda de aquel lugar á Pelayo de Ribera señor de Malpica con ciento de á caballo: desde alli pasó á Avila; acudió don Alvaro á la misma ciudad para tratar sobre la guerra que tenian entre las manos. Con su venida se irritaron y desabrieron mas las voluntades de los príncipes conjurados; la mayor parte dellos alojaba en Arévalo: hasta la misma Reyna de Castilla daba orejas á las cosas que se decian contra el Rey por estar mas inclinada y tener mas amor á su hijo y á sus hermanos. Fueron de parte del Rey á aquel lugar los obispos de Burgos y de Avila para ver si se podria hallar algun camino de concordar aquellas diferencias. Hizo poco fruto aquella embaxada. Diego de Valera, un hidalgo que andaba en servicio del príncipe don Enrique, escribió al Rey una carta desta sustancia: «La debida lealtad »de súbdito no me consiente callar, como quiera que

»bien conozco no ser pequeña osadía hacer esto. »Quantos trabajos haya padecido el reyno por la dis»cordia de los grandes, no hay para que relatallo: »sería cosa pesada y por demas tocar con la pluma »las menguas de nuestra nacion y nuestras llagas. »Las cosas pasadas fácilmente se pueden reprehender »y tachar, lo que hace al caso es poner en ellas al»gun remedio para adelante. Tratar de las causas y »movedores destos males, qué presta? sea de quien »se fuere la culpa, pues estais puesto por Dios por »gobernador del género humano, debeis principal»mente imitar la clemencia divina y su benignidad »en perdonar las ofensas de vuestros vasallos: en»tonces la clemencia merece mayor loa quando la »causa del enojo es mas justificada. Llamamos á vues»tra alteza Padre de la patria: nombre que debe ser»vir de aviso, y traeros á la memoria el amor de Pa»dre, que es presto para perdonar y tardío para cas»tigar. Dirá alguno cómo se podrán disimular sin cas»tigo desacatos tan grandes? Por ventura no será me»jor forzar por mal aquellos que no se dexaron ven»cer por buenas obras? Verdad es esto, todavia »quando en lo que se hace, hay buena voluntad, nó »deseo de ofender, el yerro nó se debe llamar inju»ria. En ninguna cosa se conoce mas la grandeza de »ánimo (virtud propia de los grandes príncipes) que »en perdonar las injurias de los hombres; y es justo »huir los trances varios y dudosos de la guerra, y »anteponer la paz cierta á la victoria dudosa, la qual »si bien estuviese muy cierta, la desgracia de qual»quiera de las partes que sea vencida, redundará en »vuestro daño; que por vuestros debeis contar se»ñor los desastres de vuestros vasallos. Ruego á Dios »que dé perpetuidad á las mercedes que nos ha he»cho, conserve y aumente la prosperidad de nuestra

»nacion, incline sus orejas á nuestras plegarias, y »las vuestras á los que os amonestan cosas saluda»bles. El sea de vos muy servido, y vos de los vues»tros amado y temido." Leida esta carta delante del Rey y despues en consejo, diversamente fue recebida conforme al humor de cada qual. Todos los demas callaban, solo el arzobispo don Gutierre de Toledo con soberbia y arrogancia: Dénos (dice) Valera ayuda, que consejo no nos falta. Fue este Valera persona de gran ingenio, dado á las letras, diestro en las armas, demas de otras gracias de que ninguna persona (conforme á su poca hacienda) fue mas dotado. En dos embaxadas en que fue enviado á Alemenia, se señaló mucho: compuso una breve historia de las cosas de España, que de su nombre se llama la historia Valeriana; bien que hay otra Valeriana de un arcipreste de Murcia qual se cita en estos papeles. El príncipe don Enrique llamado por su padre fue á Avila para tratar de algun acuerdo de paz: en estas vistas no se hizo nada. El príncipe vuelto á Segovia, suplicó á las dos Reynas su madre y su suegra (la qual á la sazon se hallaba en Castilla) se llegasen á Santa María de Nieva para ver si por medio suyo se pudiesen sosegar aquellas parcialidades. En aquella villa falleció la Reyna de Navarra doña Blanca primer dia de abril: sepultáronla en el muy devoto y muy afamado templo de aquella villa: así se tiene comunmente, y grandes autores lo dicen, dado que ningun rastro hoy se halla de su sepultura, ni allí ni en Santa María de Uxue, donde mandó en su testamento que la llevasen; que hace maravillar haberse perdido la memoria de cosa tan fresca. Los frayles de Santo Domingo de aquel monasterio de Nieva afirman que los huesos fueron de allí trasladados, mas no declaran quándo ni á qué lugar. Su-

cedió en el reyno don Carlos príncipe de Viana su hijo como heredero de su madre: no se llamó Rey sea por contemplacion de su padre, sea por conformarse con la voluntad de su madre, y que asi lo tenian antes concertado. Este príncipe don Carlos fue dado á los estudios y á las letras, en que se exercitó no para vivir en ocio, sino para que ayudado de los consejos y avisos de la sabiduría, se hiciese mas idóneo para gobernar. Andan algunas obras suyas, como son las Ethicas de Aristóteles que traduxo en lengua castellana, una breve historia de los Reyes de Navarra; demas desto elegantes versos, trovas y composiciones, que él mismo solia cantar á la vihuela, mozo dignísimo de mejor fortuna y de padre mas manso: era de edad de veinte y un años quando su madre finó. Con la muerte desta señora cesaron las práticas de la paz, y la Reyna de Castilla se volvió á Arévalo, do antes se tenia. La llama de la guerra se emprendió en muchos lugares. Los principales capitanes y cabezas de los alterados eran don Enrique de Aragon, y el almirante del mar y el conde de Benavente. Haciase la guerra en particular en las comarcas de Toledo: don Alvaro de Luna desde Escalona con sus fuerzas y las de su hermano el arzobispo de Toledo defendia su partido con gran esfuerzo: los sucesos eran diferentes, quando prósperos, quando desgraciados. Iñigo Lopez de Mendoza cerca de Alcalá, villa de que se apoderára, y se la habia quitado al arzobispo de Toledo, en una zalagarda que le paró Juan Carrillo adelantado de Cazorla, se vió en gran peligro de ser muerto, tanto que degollados los que con él iban, él mismo herido escapó con algunos pocos. Por el mismo tiempo junto á un lugar llamado Gresmonda un esquadron de los mal contentos fue desbaratado por la gente de don

Alvaro. Pereció en la refriega Lorenzo Dávalos, nieto del condestable don Ruy Lopez Dávalos, cuyo desastre desgraciado cantó el poeta cordoves Juan de Mena con versos llorosos y elegantes; persona en este tiempo de mucha erudicion, y muy famoso por sus poesías y rimas que compuso en lengua vulgar: el metro es grosero como de aquella era, el ingenio elegante, apacible y acomodado á las orejas y gusto de aquella edad. Su sepulcro se vee hoy en Tordelaguna villa del reyno de Toledo: su memoria dura y durará en España. Por el mismo tiempo el Rey de Navarra pasó con buen número de gente á Castilla la nueva en ayuda de los desabridos á causa que los enemigos eran mas fuertes, y llevaban lo mejor: los unos y los otros derramados por los campos y pueblos hacían robos, estragos, fuerza á las doncellas y á las casadas: estado miserable. En Castilla la vieja el Rey se apoderó de Medina del Campo y de Arévalo, villas que quitó al Rey de Navarra, cuyas eran. En aquella comarca en una aldea llamada Ñaharro tuvo el Rey habla con la Reyna viuda doña Leonor, que venia de Portugal. Tuvieron diversas pláticas secretas: no se pudo concluir nada en lo que tocaba á la paz con los alterados, por estar el Rey muy ofendido de tantos desacatos como le hacían cada dia; solo resultó que para componer las diferencias de Portugal se enviaron embaxadores que amonestasen y requiriesen á don Pedro duque de Coimbra hiciese lo que era razon. Lo mismo hizo el Rey don Alonso de Aragon, que despachó sobre el caso una embaxada desde Italia hasta Portugal. Todas estas diligencias salieron en vano á causa que don Pedro gustaba de la dulzura del mandar, y los portugueses persistian en no querer recebir ni sufrir gobierno estrangero. Las guerras que el uno y el otro princi-

pe tenian entre las manos, no daban lugar á valerse de las armas y de la fuerza. Visto esto, la Reyna doña Leonor perdido el marido, apartada de sus hijos, despojada del gobierno, hasta el fin de la vida se quedó en Castilla. Los infantes de Aragon movidos del peligro que corrian, del reyno de Toledo se fueron apriesa á Castilla la vieja para volver por lo que les tocaba: Arévalo por la aficion que los moradores les tenian, sin tardanza les abrió las puertas; pasaron á Medina del Campo do el Rey estaba, pusieron sobre ellas sus estancias, hiciéronse algunas escaramuzas ligeras, mas sin que sucediese alguna cosa memorable. No duró mucho el cerco á causa que algunos de la villa dieron de noche entrada en ella á los conjurados, con que la tomaron sin sangre. El Rey de Castilla, sabido el peligro, tenia puesta gente de á caballo en las plazas y á las bocas de las calles. Los del pueblo estábanse quedos en sus casas, sin querer acudir á las armas por miedo del peligro, ó por aborrecimiento de aquella guerra civil. Don Alvaro de Luna y su hermano el arzobispo, y con ellos el maestre de Alcántara por la puerta contraria sin ser conocidos, bien que pasaron por medio de los esquadrones de los contrarios, se salieron disfrazados: el Rey les avisó corrian peligro sus vidas, si con diligencia no se ausentaban, por estar contra ellos los alterados mal enojados. Llegaron los conjurados á besar la mano al Rey así como le hallaron armado, y con muestra de humildad y comedimiento poco agradable le acompañaron hasta palacio. Entonces los vencidos y los vencedores se saludaron, y abrazaron entre sí, alegria mezclada con tristeza: maldecian todos aquella guerra, en que ninguna cosa se interesaba, y las muertes y lloros eran ciertos por qualquiera parte que la victoria que-

dase. Acudieron las Reynas y el príncipe don Enrique con la nueva deste caso, y despues de largas y secretas pláticas que con el Rey tuvieron, mudaron en odio de don Alvaro los oficiales y criados de la casa real. Juntamente hicieron salir de la villa á don Gutierre Gomez de Toledo arzobispo de Sevilla, y á don Fernando de Toledo conde de Alba, y á don Lope de Barrientos obispo de Segovia. La mayor culpa que todos tenian, era la lealtad que con el Rey guardaron, dado que les achacaban que tenian amistad con don Alvaro, y que podian ser impedimento para sosegar aquellas alteraciones. Tratóse de hacer conciertos, sin que nadie contrastase: el Rey estaba detenido como en prision y en poder de sus contrarios. Nombráronse jueces árbitros con poderes muy bastantes: estos fueron la Reyna de Castilla y su hijo el príncipe don Enrique, el almirante don Fadrique y el conde de Alba, que por este respeto le hicieron volver á la corte. En la sentencia que pronunciaron, condenaron á don Alvaro que por espacio de seis años no saliese de los lugares de su estado que le señalasen; en especial le mandaron no escribiese al Rey si no fuese mostradas primero las copias de las cartas á la Reyna y al príncipe don Enrique: demas de esto que no hiciese nuevas ligas, ni tuviese soldados á sus gages; finalmente que para cumplimiento de todo esto diese en rehenes y por prenda á su hijo don Juan, y pusiese en tercería nueve castillos suyos dentro de treinta dias. Sabidas estas cosas por don Alvaro, fue grande su sentimiento, tanto que no podia reprimir las lágrimas, ni se sabía medir en las palabras ni templarse; lo qual unos echaban á ambicion, otros lo escusaban: decian que por su nobleza y gran corazon no podia sufrir afrenta tan grande. Sin embargo des-

te su sentimiento y caida, no dexaba de pensar nuevas trazas para tornar á levantarse; mas al caido pocos guardan lealtad, y todas las puertas le tenian cerradas, en especial que los alterados se fortalecian con nuevos parentescos y matrimonios. Concertaron á doña Juana hija del almirante don Fadrique con el Rey de Navarra: con don Enrique su hermano á doña Beatriz hermana del conde de Benavente. El que movió y concluyó estos desposorios, fue don Diego Gomez de Sandoval conde de Castro, que en aquella sazon andaba en la corte del príncipe don Enrique y le acompañaba, persona de grandes inteligencias y trazas; y en este particular pretendia que unidos entre sí estos príncipes, y asegurados unos de otros, con mayor cuidado tratasen como lo hicieron, y procurasen la caida del condestable don Alvaro de Luna.

CAPITULO XVII.

Que el Rey de Aragon se apoderó de Nápoles.

Concluida la guerra civil, parece comenzaba en España algun sosiego: por todas partes hacían fiestas y se regocijaba el pueblo; al contrario Italia se abrasaba con la guerra de Nápoles. Las fuerzas de Renato con la tardanza y dilacion se enflaquecian: su muger y hijos eran idos á Marsella, muestra de tener muy poca esperanza de salir con aquella empresa; asi lo entendia el vulgo, que á nadie perdona, y suele siempre echar las cosas á la peor parte. Es de gran momento la opinion y fama en la guerra: asi desde aquel tiempo hobo gran mudanza en los ánimos, mayormente por la falta que les hizo Jacobo Caldora, en quien estaba el amparo muy grande de aquella parcialidad, ca era grande la experiencia que tenia de la

guerra y exercicio de las armas. Su muerte fue de repente. Queria saquear el lugar de Circello que es de la jurisdiccion del Papa, cuando cayó sin sentido en tierra, y llevado á su alojamiento, en breve rindió el alma; los demas de su linage, que era muy poderoso y grande, se pasaron por su muerte á la parte aragonesa que cada dia se mejoraba. Ganaron la ciudad de Aversa, rindieron lo de Calabria, desbarataron la gente de Francisco Esforcia cerca de Troya, ciudad de la Pulla: todos efectos de importancia. Sin embargo el Pontífice Eugenio hizo luego liga con los venecianos y florentines y ginoveses con intento de echar los aragoneses de toda Italia. Con este acuerdo el cardenal de Trento con diez mil soldados se metió por las tierras de Nápoles: hizo poco efecto toda aquella gente como levantada apriesa, y que tenia diversas costumbres, voluntades y deseos, antes por el mismo tiempo la gente aragonesa marchó la vuelta de Nápoles: dentro de la ciudad se estuvo Renato con pretension que tenia de defendella, visto que perdida aquella ciudad se arriscaba todo lo demas. No salió á dar la batalla, creo por no asegurarse de la constancia de los naturales, ó desconfiado de sus fuerzas si se viniese á las manos. Los de Génova traxeron algunas pocas vituallas á los cercados, y algun socorro de soldados: pequeño alivio por la gran muchedumbre que se hallaba en la ciudad, que fue causa de encarecerse los mantenimientos, y que el moyo de trigo costase mucho dinero. Hobo personas que en junta pública con el atrevimiento que la hambre les daba, persuadieron á Renato que de qualquiera manera se concertase con los contrarios. El cerco iba adelante, y juntamente crecia la falta de lo necesario: por esto uno por nombre Apello con otro su hermano de profesion albañires, huidos de la ciudad, dieron aviso

se podria tomar sin gran peligro, si les gratificasen su trabajo y industria. La entrada era por un aqüeducto ó caños debaxo de tierra, por donde para comodidad de la ciudad el agua de una fuente que cerca caía, se encaminaba á los pozos. Pretendian meter gente secretamente por estos caños. Escogieron docientos soldados, hombres valientes, con orden que todos obedeciesen á los dos hermanos. La subida era dificil, la entrada y paso estrecho, los mas se quedaron atrás, espantados del peligro, ó por ser pesados de cuerpo, solos quarenta pasaron adelante. Arrancaban piedras con palancas y picos do impedian el paso, y á los que temian por ser el camino tan extraordinario, animaban los dos hermanos con palabras y con exemplo, y algunas veces les ayudaban á subir con dalles la mano. La porfía y esfuerzo fue tal, que llegaron al pozo de una casa particular: una mugercilla (cuya era la casa) vistos los soldados, dió luego gritos, con que se descubriera la celada, si prestamente no le tapáran la boca. Gastóse tiempo en la entrada, era salido el sol, y ninguna cosa avisaban, ni daban muestra de ser entrados, no se sabe si por miedo ó por descuido. Sospechaban que todos eran degollados, y todavia las compañías que tenian apercebidas acometieron á escalar la muralla: afloxaba la pelea por no sentirse en la ciudad ruido ninguno. Los quarenta soldados, movidos y animados por la vocería de los que peleaban, ó forzados de la necesidad y darse por perdidos si los sentian, se apoderaron de una torre del adarve que cerca caía, y no tenia guarda, llamada Sophía. Acudió el Rey de Aragon para socorrellos: acudió al tanto Renato al peligro. Fuera facil recobrar la torre, y lanzar della á los aragoneses, mas los de fuera acudieron muy de priesa y pusieron temor á los contrarios: lo que á los de dentro causó espanto, á los ara-

goneses que estaban en la torre, hizo cobrar ánimo. Dióse el asalto por muchas partes, finalmente quebrantadas algunas puertas entraron los de Aragon en la ciudad. Renato sin saber á qué parte debia acudir (bien que se mostró no solo prudente capitan, sino valiente soldado, tanto que por su mano mató muchos de los contrarios) perdída al fin la esperanza de prevalecer, se recogió al castillo: algunas casas fueron saqueadas, pero no mataron á nadie. Luego que entró el Rey se puso tambien fin al saco: desta manera los aragoneses se apoderaron de Nápoles dia sábado á dos de junio año del Señor de mil y quatrocien-
1442. tos y quarenta y dos. Los soldados fueron por el Rey en público alabados y premiados magníficamente conforme á como cada uno se señalára: don Ximeno de Urrea, don Ramon Boyl y don Pedro de Cardona, que eran los principales capitanes en el exército; fue tambien premiado Pedro Martinez capitan de los soldados que entraron por los caños. Con los dos hermanos albañires se cumplió lo prometido bastantemente, promesas y paga mayores que llevaba su estado: con la cual fiucia tuvieron ánimo para acometer aquella hazaña. Notaban los hombres curiosos que casi por la misma forma ganó aquella ciudad de los godos el capitan Belisario. Renato por no quedalle alguna esperanza de repararse, perdída aquella noble ciudad, poco despues se concertó con el contrario que le dexase ir libre á él y á los suyos, y entregaria lo que le quedaba. Tomado este asiento partió para Florencia á verse con el Papa Eugenio, desde alli pasó á Francia: su partida allanó todo lo demas. El Abruzo y la Pulla con todos los demas pueblos que hasta entonces rehusáran el señorío de Aragon, y se tenian por Francia, pretendian recompensar las culpas pasadas con mayores servicios, y se

daban priesa á rendirse, ca no querian con la tardanza irritar la saña del vencedor. Por este orden quedó apaciguada Italia en gran parte. España dado que se hallaba cansada de males tan largos, y que entre los príncipes se habian concertado las paces, aun no sosegaba de todo punto: los caballeros antes desavenidos entre sí, al presente menos se enfrenaban por el poco caso que hacían de los que gobernaban. Sería cosa larga relatallo todo por menudo. Las principales diferencias y alteraciones fueron estas: estaba don Luis de Guzman maestre de Calatrava enfermo y sin esperanza de salud: dos caballeros de aquella orden, los mas principales entre los demas, con ambicion fuera de tiempo pretendian aquella dignidad; estos eran Juan Ramirez de Guzman comendador mayor de aquella orden, y el clavero Fernando de Padilla. Este tenia ganadas y negociadas las voluntades de los comendadores: don Juan por entender que ninguna esperanza le quedaba de alcanzar aquella dignidad si no se arriscaba con atrevimiento y temeridad, se determinó con mano armada apoderarse de los pueblos de aquella orden de Calatrava. El clavero sabido este intento, fue á verse con él acompañado de quatrocientos de á caballo: vinieron á las manos en el campo de Barajas; quedó el comendador mayor vencido y preso, y juntamente Ramiro y Fernando sus hermanos, y Juan su hijo; murieron otros muchos caballeros, y entre ellos quatro sobrinos del mismo comendador mayor. En premio desta victoria que ganó de su contrario, fue dado á Padilla lo que pretendia, que sucediese en lugar del maestre, honra de que gozó poco tiempo. La ocasion fue que el Rey hacía resistencia á aquella eleccion, y pretendia aquella dignidad para don Alonso hijo bastardo del Rey de Navarra: pasóse tan adelante en esta preten-

sion, que vinieron á las manos. Puso don Alonso cerco con su gente sobre Calatrava: el nuevo maestre fue herido con una piedra que uno de los suyos inadvertidamente queria tirar á los contrarios. Con su muerte quedó su competidor don Alonso por maestre. Por otra parte los vizcainos, gente valiente y indómita, se alteraron por dos causas: tenian entre sí hechas ciertas hermandades confirmadas por el Rey; estas acometieron á los castillos de los nobles, y sus haciendas. Entre los demas Pedro de Ayala merino mayor de Guipúzcoa, como le tuviesen cercado en una su villa llamada Salvatierra, fue librado por el conde de Haro su primo, que usó en esto de una señalada grandeza de ánimo: esto fue, que leida la carta en que le pedia socorro y avisaba del peligro, en el campo do acaso se la dieron, mandó armar una tienda con juramento que hizo de no entrar debaxo de texado hasta tanto que Pedro de Ayala fuese libre de aquella afrenta. Esta era la primera ocasion de las alteraciones de Vizcaya: la segunda, que se levantó cierta heregía de los Fratricellos deshonesta y mala, y se despertó de nuevo en Durango. Hízose inquisicion de los que hallaron inficionados con aquel error: muchos fueron puestos á qüestion de tormento y los mas quemados vivos. Era el capitan de todos un frayle de San Francisco por nombre fray Alonso Mela: este por miedo del castigo se huyó á Granada con muchas mozuelas que llevó consigo, que pasaron la vida torpemente entre los bárbaros: él mismo no se sabe por qué causa, pero fue acañavereado por los moros, muerte conforme á la vida y secta que siguió. Este tuvo un hermano que se llamó Juan Mela, que á la sazon era obispo de Zamora su patria y natural, y adelante fue cardenal. En Portugal por fin del mes de octubre falleció don Juan tio del Rey de

Portugal en Alcázar de Sal, en edad de quarenta y tres años. Era condestable en aquel reyno, y juntamente maestre de Santiago: de doña Isabel su muger, hija de don Alonso su hermano duque de Berganza, dexó un hijo llamado don Diego, que sucedió en los cargos y honras de su padre: tres hijas doña Isabel, doña Beatriz y doña Philipa, y dellas adelante procedieron príncipes muy grandes.

CAPITULO XVIII.

De los varones señalados que hobo en España.

La residencia de don Alvaro despues que se vió desgraduado, era en Escalona: la esperanza de recobrar la autoridad que le quitaron, ni del todo la tenia perdída, ni tampoco era grande; no le faltaba ingenio y diligencia, mas desbarataba sus trazas la fortuna, ó fuerza mas alta. Su hermano el arzobispo de Toledo falleció en Talavera á quatro de febrero: gran desgracia, faltalle de repente ayuda tan grande. Quedábale don Rodrigo de Luna, á quien por ser hijo de un primo suyo en el tiempo adelante, vuelto á su prosperidad, hizo proveer el arzobispado de Santiago en lugar de don Alvaro de Isorna, como en otra parte se dirá, magüer que no tenia edad bastante para dignidad tan grande; mas poco le podia prestar en aquel trabajo, en especial que era mozo de mal natural y de costumbres estragadas. Por otra parte los grandes y caballeros por entender que aquella revuelta de tiempos era á propósito para quedarse con todo lo que apañasen, cada qual se apoderaba de lo que podia. Pedro Xuarez hijo de Fernan Alvarez de Toledo señor de Oropesa por muerte del arzobispo se apoderó de Talavera: llegó su osadía á que apenas

dió entrada en ella al mismo Rey de Castilla que acudió á aquella villa para atajar aquellos bullicios. El cuerpo del arzobispo fue enterrado en la capilla de la iglesia mayor de Toledo, que á su costa don Alvaro edificó muy sumptuosa. Sobre nombrar sucesor no se concertaban los votos. Pretendian don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago, y don Pedro de Castilla obispo de Palencia: dos competidores tenian mayor negocio y favor que los demas, el uno era don García Osorio obispo de Oviedo, dábale la mano su tio el almirante; el otro don Gutierre de Toledo arzobispo de Sevilla, al qual favorecian los infantes de Aragon, que comenzaban á tener en todo gran mano. Con esta ayuda don Gutierre sobrepujó á su contrario, y salió con el arzobispado de Toledo. Era persona de gran ánimo, de estatura mediana, de buen rostro, blanco y rubio, dotado de letras, de ánimo sencillo y sin doblez, algo mas severo en el gobierno que podian llevar las costumbres de aquella era, que fue causa que algunos le aborreciesen: poco tiempo tuvo el arzobispado de Toledo, y como solos tres años. Su padre Fernan Alvarez de Toledo señor de Valdecorneja y mariscal de Castilla, su madre doña María de Ayala, su hermano Garci Alvarez de Toledo (1). Nombró por adelantado de Cazorla á su sobrino, hijo de su hermano don Fernando Alvarez de Toledo conde de Alba. Don García competidor de don Gutierre fue hecho arzobispo de Sevilla, don Diego obispo de Orense pasó al obispado de Oviedo; en conclusion la iglesia de Orense dieron en encomienda á Juan de Torquemada, de frayle Dominico cardenal de San Sixto, persona de mucha erudicion, como se entien-

(1) Garib. lib. 15. cap. 21 y 53.

de por los muchos libros que sacó á luz, digno de inmortal alabanza por la defensa que puso por escrito en tiempos tan estragados y revueltos de la magestad de la iglesia romana. Contemporáneo de Turrecremata, aunque de menor edad, fue Alonso Tostado natural de la villa de Madrigal, persona esclarecida por lo mucho que dexó escrito, y por el conocimiento de la antigüedad, y su varia erudicion que parecia milagro. Faltóle el estilo elegante, alguna mengua para que no se compare con qualquiera de los padres antiguos. Los años adelante fue obispo de Avila; y mas mozo en Sena de Toscana, do á la sazon estaba el Papa Eugenio, propuso gran número de conclusiones tomadas de lo mas secreto de la theología para defendellas públicamente á la manera escolástica. Entre ellas le calificaron algunas como de mala sonada, y sobre ello expidió una bula el Pontífice Eugenio. Atizaba el negocio el cardenal Turrecremata, que escribió contra él en el mismo propósito cierto opúsculo. Respondió á todo el Tostado en un libro que llamó el Defensorio: obra docta, si bien á la misma autoridad de los Pontífices no perdona por el deseo que tenia de defender su partido. Las proposiciones que le calificaron fueron estas: la primera, Christo nuestro Señor fue muerto al principio del año treinta y tres de su edad, y no á veinte y cinco de marzo (como ordinariamente sienten los antiguos) sino á tres de abril: la segunda, puesto que á ningun pecado se niega el perdon por grave que sea, todavia de la pena y de la culpa Dios no absuelve, y mucho menos los sacerdotes por el poder de las llaves: palabra que él explicaba con cierta sutilidad: nueva y extravagante manera de hablar, que á los indoctos alteraba, y á los sabios no agradaba. Falleció á tres de setiembre año mil y quatrocientos y cincuenta y cinco.

*

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Del estado en que las cosas estaban.

Mejor se encaminaban las cosas y partido de los españoles en Italia, que en España. Las condiciones y naturales de la gente eran casi los mismos, de aragoneses y castellanos: los sucesos y la fortuna conforme á la calidad, ingenio y valor de lo que gobernaban. El Rey de Aragon tenia el ánimo muy levantado, mayor deseo de honra que de deleytes: velaba, trabajaba, hallábase en todos los lugares y negocios, no se cansaba con ningun trabajo, y era igualmente sufridor de calor y de frio: con las quales virtudes, y con la clemencia y liberalidad, y condicion facil y humana en que no tenia par, no cesaba de grangear las voluntades de la una y de la otra nacion española y italiana, como el que no ignoraba, que en la benevolencia de los vasallos consiste la seguridad de los señores y del estado, en el miedo el peligro, y en el odio su perdicion. En Castilla los desafueros y mando de don Alvaro con su ausencia no cesaban, antes mudado solo el sugeto, continuaban los males. El Rey de Navarra no pretendió quitar los descontentos y reformar los desórdenes, sino en lugar de don Alvaro apoderarse del Rey de Castilla, que nunca salia de pupilage, y siempre se gobernaba por otro: grande desgracia y causa de nuevas revueltas. Tenia el Rey de Castilla algunas buenas partes, mas sobrepujaban en él las faltas. El cuerpo alto y blanco, pero metido de hombros y las facciones del rostro desgraciadas.

Exercitábase en estudios de poesía y de música, y para ello tenia ingenio bastante. Era dado á la caza, y deleytábase en hacer justas y torneos: por lo demas era de corazon pequeño, menguado, y no á propósito para sufrir y llevar los cuidados del gobierno, antes le eran intolerables. Con pocas palabras que oía, concluía qualquier negocio por grave que fuese, y parece que tenia por el principal fruto de su reynado darse al ocio, floxedad y deportes. Sus cortesanos, en especial aquel á quien él daba la mano en las cosas, oían las embaxadas de los príncipes, hacían las confederaciones, daban las honras y cargos, y por decillo en una palabra, reynaban en nombre de su amo, pues eran los que gobernaban, en el tiempo de la paz y de la guerra daban leyes, y hacían ordenanzas: vergonzosa floxedad del príncipe y torpeza muy fea. El buen natural, las virtudes y valor que los antiguos Reyes de Castilla tenian, descaecia de todo punto: no de otra manera que los sembrados y animales, la raza de los hombres y casta con la propiedad del cielo y de la tierra, sobre todo con el tiempo, se muda y se embastarda, en especial quando mudan lugar y cielo: asi el ingenio ardiente de los príncipes muchas veces con la abundancia de los regalos se apaga en sus descendientes y desfallece, si los vicios no se corrigen con la buena enseñanza, y la sangre floxa y muelle no se recuece, y se reforma, y vuelve en su antiguo estado con dalles por mugeres doncellas escogidas de alguna nacion y linage mas robusto y varonil, con que en los hijos se repare la molicie y blandura de sus padres. En los grandes imperios ninguna cosa se debe menospreciar; y el atrevimiento de los cortesanos antes que se arraygue y eche hondas raices, en el mismo principio se ha de reprimir, porque si se envegece, cobra fuerzas grandemente, y no

se remédia siño á grande costa de muchos, y á las veces toma debaxo á los que le quieren derribar. Cosa supérflua fuera tachar las faltas pasadas, si de las menguas agenas no se tomasen avisos para ordenar y reformar la vida de los príncipes, y es justo que por exemplo de dos poderosísimos Reyes de España, comparando el uno con el otro, se entienda quánto se aventaje la fuerza del ánimo á la floxedad. El Rey de Aragon despues de tomada Nápoles, y sugetadas á su señorío las demas ciudades y castillos que se tenian por los angevinos, concluida la guerra, entró en Nápoles á veinte y seis dias del mes de febrero del año
1443. mil quatrocientos y quarenta y tres con triumpho á la manera y traza de los antiguos romanos, asentado en un carro dorado que tiraban quatro caballos muy blancos, con otro que iba adelante asi mismo blanco. Acompañaban el carro á pie los señores y grandes de todo el reyno: los eclesiásticos delante con sus cruces y pendones cantaban alabanzas á Dios y á los Santos: el pueblo derramado por todas partes á voces pedia para su Rey un largo, feliz y dichoso imperio y vida. No se puso corona ni guirnalda en la cabeza: decia que aquella honra era debida á los Santos, con cuyo favor él ganára la victoria: las calles sembradas de flores, las paredes colgadas de ricas tapicerías, todas las partes llenas de suavidad de olores, de perfúmes y de fragrancia. Ningun dia amaneció mas alegre y mas claro asi para los vencidos como para los vencedores. Restaba solo un cuidado de ganar al Pontífice Eugenio que á la sazon no estaba muy inclinado á los franceses. Tratóse de hacer con él asiento en la ciudad de Sena, do el Pontífice se hallaba; concluyóse á quince de julio con estas condiciones: que el reyno de Nápoles quedase por el Rey de Aragon, y despues dél le heredase su hijo don Fernando, el qual aunque habi-

do fuera de matrimonio, en una junta de grandes señaló su padre por su heredero, solo en aquel estado: el Rey de Aragon pechase cada un año ocho mil onzas (que es cierto género de moneda) al Pontífice romano, y pusiese diligencia en reprimir á Francisco Esforcia, que ensoberbecido y orgulloso por estar casado con hija del duque de Milán, se habia apoderado en gran parte de la Marca de Ancona. Hecha esta avenencia en lo que tocaba á la guerra, cumplió el Rey, y pasó mas adelante de lo que se obligó, porque él mismo se encargó della, y en la Marca quitó muchos pueblos y castillos á los esforcianos, que restituyó al Pontífice; cuyos nombres y el suceso de toda la guerra no es de nuestro propósito referirlo en este lugar. Tambien á instancia de los ginoveses se asentó la paz con ellos, con condicion que cada un año presentasen al Rey don Alonso mientras que viviese, una fuente de oro bien grande; la qual como acostumbrase á recebir delante del pueblo como tropheo de la victoria ganada contra aquella ciudad, por parecelles á los ginoveses cosa pesada no duró la confederacion mucho tiempo, ni pagaron las parias adelante de quatro años. En Castilla otrosí el Rey de Navarra usaba del poder que tenia usurpado, con alguna aspereza, por donde su mando no duró mucho tiempo, como quier que las cosas templadas se conservan, y las demasías presto se acaban. Tenia como preso al Rey de Castilla, que fue un señalado atrevimiento y resolucion extraordinaria: en reyno ageno, en tiempo de paz, á tan gran príncipe quitalle la libertad de hablar con quien quisiese. Púsole por guardas á don Enrique hermano del almirante, y á Rodrigo de Mendoza mayordomo de la casa real para que notasen las palabras y aun los meneos de los que entraban á hablalle. Estaban metidos en el mismo enredo el almirante y el conde de Bena-

se remedia sino á grande costa de muchos, y á las veces toma debaxo á los que le quieren derribar. Cosa supérflua fuera tachar las faltas pasadas, si de las menguas agenas no se tomasen avisos para ordenar y reformar la vida de los príncipes, y es justo que por exemplo de dos poderosísimos Reyes de España, comparando el uno con el otro, se entienda quánto se aventaje la fuerza del ánimo á la floxedad. El Rey de Aragon despues de tomada Nápoles, y sugetadas á su señorio las demas ciudades y castillos que se tenian por los angevinos, concluida la guerra, entró en Nápoles á veinte y seis dias del mes de febrero del año
1443. mil quatrocientos y quarenta y tres con triumpho á la manera y traza de los antiguos romanos, asentado en un carro dorado que tiraban quatro caballos muy blancos, con otro que iba adelante asi mismo blanco. Acompañaban el carro á pie los señores y grandes de todo el reyno: los eclesiásticos delante con sus cruces y pendones cantaban alabanzas á Dios y á los Santos: el pueblo derramado por todas partes á voces pedia para su Rey un largo, feliz y dichoso imperio y vida. No se puso corona ni guirnalda en la cabeza: decia que aquella honra era debida á los Santos, con cuyo favor él ganára la victoria: las calles sembradas de flores, las paredes colgadas de ricas tapicerías, todas las partes llenas de suavidad de olores, de perfumes y de fragrancia. Ningun dia amaneció mas alegre y mas claro asi para los vencidos como para los vencedores. Restaba solo un cuidado de ganar al Pontífice Eugenio que á la sazon no estaba muy inclinado á los franceses. Tratóse de hacer con él asiento en la ciudad de Sena, do el Pontífice se hallaba; concluyóse á quince de julio con estas condiciones: que el reyno de Nápoles quedase por el Rey de Aragon, y despues dél le heredase su hijo don Fernando, el qual aunque habi-

do fuera de matrimonio, en una junta de grandes señaló su padre por su heredero, solo en aquel estado: el Rey de Aragon pechase cada un año ocho mil onzas (que es cierto género de moneda) al Pontífice romano, y pusiese diligencia en reprimir á Francisco Esforcia, que ensoberbecido y orgulloso por estar casado con hija del duque de Milán, se habia apoderado en gran parte de la Marca de Ancona. Hecha esta avenencia en lo que tocaba á la guerra, cumplió el Rey, y pasó mas adelante de lo que se obligó, porque él mismo se encargó della, y en la Marca quitó muchos pueblos y castillos á los esforcianos, que restituyó al Pontífice; cuyos nombres y el suceso de toda la guerra no es de nuestro propósito referirlo en este lugar. Tambien á instancia de los ginoveses se asentó la paz con ellos, con condicion que cada un año presentasen al Rey don Alonso mientras que viviese, una fuente de oro bien grande; la qual como acostumbrase á recebir delante del pueblo como tropheo de la victoria ganada contra aquella ciudad, por parecelles á los ginoveses cosa pesada no duró la confederacion mucho tiempo, ni pagaron las parias adelante de quatro años. En Castilla otrosí el Rey de Navarra usaba del poder que tenia usurpado, con alguna aspereza, por donde su mando no duró mucho tiempo, como quier que las cosas templadas se conservan, y las demasías presto se acaban. Tenia como preso al Rey de Castilla, que fue un señalado atrevimiento y resolucion extraordinaria: en reyno ageno, en tiempo de paz, á tan gran príncipe quitalle la libertad de hablar con quien quisiese. Púsole por guardas á don Enrique hermano del almirante, y á Rodrigo de Mendoza mayordomo de la casa real para que notasen las palabras y aun los meneos de los que entraban á hablalle. Estaban metidos en el mismo enredo el almirante y el conde de Bena-

vente como personas obligadas por la afinidad contraida con los infantes; y aun el príncipe de Castilla y la Reyna andaban en los mismos tratos. Visitaba el Rey de Castilla á Ramaga, á Madrigal y á Tordesillas, pueblos de Castilla la vieja. Fray Lope de Barrientos, ya obispo de Avila movido por la indignidad del caso, y porque de secreto favorecia á don Alvaro, pensó era buena ocasion aquella para volvelle en su privanza. Resolvióse sobre el caso de hablar con Juan Pacheco: lloró con él el estado en que las cosas andaban, maldecia la locura de los aragoneses. Decia que todo el desacato que se hiciese al Rey, era mengua del príncipe don Enrique, que en fin tal que fuese, era su padre: si no era bastante para el gobierno, que no era razon, echado don Alvaro, que sucediesen en su lugar hombres estraños, sino que el mismo príncipe supliese la floxedad y mengua de su padre, y comenzase á gobernar. «Qué presta alegrarnos de la »caida de don Alvaro, si quitado él todavia nos tratan »como á esclavos, y nos hacen sufrir gobierno mas »pesado, por la mayor aspereza de los que mandan y »por su ambicion mas desenfrenada? Por ventura pen»sais que los aragoneses se han de contentar con tener »solo el gobierno como lugartenientes? segun el co»razon de los hombres es insaciable, creedme que pasa»rán adelante. Ganado el reyno de Nápoles, es tanta »su soberbia que tratan de adquirir nuevos reynos en »España. Cuidais que estan olvidados de don Enrique »el Segundo? tienen muy asentado en sus ánimos que »se apoderó de Castilla contra razon. Pretenden abatir »la familia real de Castilla, y estan determinados de »aventurar las vidas en la demanda." Movíase Juan Pacheco con el razonamiento del obispo: sabía muy bien que decia verdad, y que su amonestacion era saludable, pero espantábale la dificultad de la empresa;

y recelábase que sus fuerzas no se podrian igualar á las de los aragoneses: todavia se resolvieron de acometer á dar un tiento á los grandes, y entender si tenian ánimo bastante para abatir la tiranía de los aragoneses y chocar con ellos. A fin que estas práticas anduviesen mas secretas, persuadieron al príncipe don Enrique que partido de Tordesillas, se fuese á Segovia con muestra de quererse recrear en la caza. Desde alli escribieron sus cartas á don Alvaro para comunicar con él lo que trataban. Acaso los condes de Haro y el de Ledesma, que por merced del Rey ya se intitulaba conde de Plasencia: juntándose en Curiel, trataban de poner en libertad al Rey: esto fue causa que el príncipe don Enrique volviese á Tordesillas para ver lo que se podria hacer. Verdad es que los intentos de aquellos señores fueron por los aragoneses desbaratados, y ellos forzados á huir: principios todos y zanjas que se abrian de nuevas alteraciones. Las bodas del Rey de Navarra con su esposa se hicieron en Lobaton primero de setiembre del año del Señor de mil y quatrocientos y quarenta y quatro: 1444.
asistieron casi todos los príncipes y las dos Reynas, es á saber la de Castilla y la de Portugal. El infante don Enrique por el mismo tiempo, celebrado que hobo sus bodas en la ciudad de Córdova, con diligencia afirmaba en el Andalucía las fuerzas de su parcialidad. Diego Valera fue por embaxador al Rey de Francia con intento de alcanzar diese libertad al conde de Armeñaque, al qual poco antes prendió el delphin, y don Martin hijo de don Alonso conde de Gijon. Achacábanle que tenia tratos con los ingleses. Diéronle libertad con condicion que si en algun tiempo faltase en la fidelidad debida, fuese despojado de los pueblos de Ribadeo y de Cangas que poseía en las Asturias por merced de los Reyes de Castilla, ó por habellos here-

dado. Fuera desto se obligó el Rey de Castilla en tal caso de le hacer guerra con las fuerzas de Vizcaya cercana á su estado. Con el príncipe don Enrique á un mismo tiempo unos trataban de destruir á don Alvaro de Luna, otros de volvelle y restituille en su autoridad. El Rey de Navarra persuadia que le destruyesen, y que para este efecto juntasen sus fuerzas: el obispo Barrientos y Juan Pacheco juzgaban era bien restituille en su lugar, y darse priesa antes que se descubriesen estas práticas; con este intento para entretener al Rey de Navarra y engañalle se comenzó á tratar de hacer confederacion y liga con él. En el entretanto el príncipe don Enrique se volvió á Segovia: dende solicitó á los condes, el de Haro, el de Plasencia y el de Castañeda, para que juntasen con él sus fuerzas; llegáronseles otrosí el conde de Alba don Fernan Alvarez de Toledo con su tio el arzobispo de Toledo, y Iñigo Lopez de Mendoza señor de Hita y Buitrago. Hecho esto, como les pareciese tener bastantes fuerzas para contrastar á los aragoneses, los confederados se juntaron en Avila por mandado del príncipe que se fue á aquella ciudad. Tenian mil y quinientos caballos, mas nombre de exército y número que fuerzas bastantes: vino eso mismo don Alvaro de Luna. La mayor dificultad para hacer la guerra era la falta del dinero para pagar y socorrer á los soldados. Partiéronse desde alli para Burgos donde estaban los otros grandes sus cómplices. Los contrarios enviaron al Rey de Castilla á la villa de Portillo, y al conde de Castro para que le guardase. Comenzó el de Navarra á hacer arrebatadamente levas de gente, juntó dos mil de á caballo: con esta gente marchó contra los grandes, que de cada dia se hacian mas fuertes con nuevas gentes que ordinariamente les acudian. Junto á Pampliega en tierra de Burgos se dieron vista los

unos á los otros: asentaron á poca distancia cada qual de las partes sus reales; pusieron otrosí sus haces en campo raso en ordenanza con muestra de querer pelear. Acudieron personas religiosas y eclesiásticas movidos del peligro: comenzaron á tratar de concertallos: tenian el negocio para concluirse, quando una escaramuza ligera al principio desbarató estos intentos, que por acudir y cargar soldados de la una y de la otra parte paró en batalla campal. Era muy tarde, sobrevino y cerró la noche, con que dexaron de pelear. El Rey de Navarra por entender que no tenia fuerzas bastantes, ayudado de la escuridad dió la vuelta á Palencia, ciudad fuerte. Sucedióle otra desgracia, que el Rey de Castilla se salió de Portillo en son de ir á caza, comió en el lugar de Mojados con el cardenal de San Pedro: hecho esto, despidió al conde de Castro que le guardaba, y él se fue á los reales en que su hijo estaba. La libertad del Rey fue causa de gran mudanza: cayéronse los brazos y las fuerzas á los contrarios. El de Navarra se fue á su reyno para recoger fuerzas y las demas cosas necesarias, con intento de llevar adelante lo comenzado: los señores aliados cada qual por su parte se fueron á sus estados. Con esto los pueblos de los infantes, que tenian en Castilla la vieja, vinieron en poder de los confederados y del Rey, en particular Medina del Campo, Arévalo, Olmedo, Roa y Aranda. Don Enrique de Aragon dió la vuelta del Andalucía á la su villa de Ocaña: el príncipe don Enrique y el condestable don Alvaro salieron contra él, mas por estar falto de fuerzas se huyó al reyno de Murcia; alli Alonso Faxardo adelantado de Murcia, que seguía aquella parcialidad, le dió entrada en Lorca, ciudad muy fuerte en aquella comarca. Por esta via entonces escapó del peligro, y pudo comenzar nuevas práticas para recobrar la autoridad y poder que tenia

antes. Sucedieron estas cosas al fin del año. En el mismo año á cinco de julio don Fernando tio del Rey de Portugal falleció en Africa: sepultáronle en la ciudad de Fez; de alli los años adelante le trasladaron á Aljubarrota entierro de sus padres. Fue hombre de costumbres santas y esclarecido por milagros: asi lo dicen los portugueses, nacion que es muy pia y muy devota, y aficionada grandemente á sus príncipes, si bien no está canonizado. Entre otras virtudes se señaló en ser muy honesto, jamás se ensució con tocamiento de muger, ninguna mentira dixo en su vida, túvo muy ardiente piedad para con Dios. Estas virtudes tenian puesto en admiracion á Lazeracho, un moro que le tenia en su poder. Este sabida su muerte, primero quedó pasmado, despues: digno (dice) era de loa inmortal, si no fuera tan contrario á nuestro profeta Mahoma: maravillosa es la hermosura de la virtud, su estima es muy grande y sus prendas, pues á sus mismos enemigos fuerza que la estimen y alaben.

CAPITULO II.

De la batalla de Olmedo.

Parecia que las cosas de Castilla se hallaban en mejor estado, y que alguna luz de nuevo se mostraba despues de echados del gobierno y de la corte los infantes de Aragon: mas las sospechas de la guerra y los temores todavia continuaban. Tuviéronse cortes en Medina del Campo, y mandaron de nuevo recoger dinero para la guerra, no tanto como era menester, pero quanto podian llevar los pueblos cansados con tantos gobiernos y mudanzas, y que aborrecian aquella guerra tan cruel. Acudieron al mismo lugar el príncipe don Enrique y el condestable don Alvaro, despues

que tomaron á don Enrique de Aragon muchos pueblos del maestrazgo de Santiago. Tratóse de apercebirse para la guerra que veían sería muy pesada. En particular el de Navarra por tierra de Atienza, en el qual pueblo tenia puesta guarnicion, hizo entrada por el reyno de Toledo con quatrocientos de á caballo, y seiscientos de á pie: pequeño número, pero que ponia grande espanto por do quiera que pasaba, á causa que los naturales parte dellos eran parciales, los mas sin poner á peligro sus cosas querian mas estar á la mira que hacerse parte: asi el de Navarra se apoderó de Torija y de Alcalá de Henares con otros lugares y villas por aquella comarca. El Rey de Castilla, puesto que tenia pocas fuerzas para alteraciones tan grandes, todavia porque de pequeños principios como suele no se aumentase el mal, juntadas arrebatadamente sus gentes, pasó al Espinar para esperar le acudiesen de todas partes nuevas banderas y compañías de soldados. Poco despues desto á diez y ocho de febrero del año que se contó mil y quatrocientos y quarenta 1445.
y cinco, falleció la Reyna de Portugal doña Leonor en Toledo: siguióla pocos dias despues doña María Reyna de Castilla, que murió en Villacastin tierra de Segovia. Sospechóse les dieron yerbas, por morir en un mismo tiempo y ambas de muerte súpita, demas que el cuerpo de la Reyna doña María (1) despues de muerta se halló lleno de manchas. Dióse crédito en esta parte á la opinion del vulgo, porque comunmente se decia dellas que no vivian muy honestamente. La Reyna de Portugal enterraron en Santo Domingo el Real monasterio de monjas en que moraba, desde alli fue trasladada á Aljubarrota: el enterramiento de la

(1) Zorit. lib. 15. cap. 34.

Reyna de Castilla se hizo en Nuestra Señora de Guadalupe. Por el mismo tiempo falleció don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago, en cuyo lugar fué puesto don Alvaro de Isorna á la sazon obispo de Cuenca, y á don Lope Barrientos en remuneraçion de los servicios que hiciera, trasladaron de Avila á Cuenca: á don Alonso de Fonseca dieron la iglesia de Avila, escalon para subir á mayores dignidades; era este prelado persona de ingenio y natural muy vivo y de mucha nobleza. Don Alvaro de Isorna gozó poco de la nueva dignidad, en que le sucedió don Rodrigo de Luna sobrino del condestable. Desde el Espinar pasó el Rey á Madrid, y poco despues á Alcalá llamado por los moradores de aquella villa. Tenia el de Navarrá por alli cerca alojada su gente, que con la venida de su hermano don Enrique creció en número, de manera que tenia mil y quinientos de á caballo: con esta gente se fortificó en las cuestas de Alcalá la vieja, que son de subida agria y dificultosa, con determinacion de no venir á las manos si no fuese con ventaja de lugar, por saber muy bien que no tenia fuerzas bastantes para dar batalla en campo raso. Desde alli envió á Ferrer de Lanuza justicia de Aragon por embaxador á su hermano el Rey de Aragon para suplicalle, pues era concluida la guerra de Nápoles, se determinase de volver á España quier para ayudalles en aquella guerra, quier para componer y asentar todos aquellos debates. El Rey de Castilla hiciera otrosí lo mismo, que le despachó sus embaxadores personas de cuenta á quexarse de los agravios que le hacian sus hermanos. No hobo encuentro alguno cerca de Alcalá, ni los del Rey acometieron á combatir, ó desalojar los contrarios: asi los aragoneses por el puerto de Tablada se dieron priesa para llegar á Arévalo. Siguiólos el Rey de Castilla por las mismas pisadas resuelto

en ocasion de combatillos: marchaban á poca distancia los unos esquadrones y los otros, tanto que en un mismo dia llegaron todos á Arévalo. El de Navarra se apoderó por fuerza de la villa de Olmedo, que por entender que el socorro de Castilla venia cerca, le habia cerrado las puertas. Los principales en aquel acuerdo fueron justiciados: su grande lealtad les hizo daño, y el amor demasiado y fuera de sazon de la patria. El Rey de Castilla pasó á media legua de Olmedo, y barreó sus estancias junto á los molinos que llaman de los Abades. Eran sus gentes por todas dos mil caballos y otros tantos infantes. Acudieron con los demas el príncipe don Enrique, don Alvaro de Luna, Juan Pacheco, Iñigo Lopez de Mendoza, el conde de Alba y el obispo Lope de Barrientos. Por otra parte con los aragoneses se juntaron el Almirante, el conde de Benavente, los hermanos Pedro, Fernando y Diego de Quiñones, el conde de Castro y Juan de Tovar, con que se les llegaron otros mil caballos. Habláronse los príncipes de la una parte y de la otra para ver si se podian concertar: todo maña del obispo Barrientos para entretener á los contrarios hasta tanto que llegase el maestre de Alcántara, con cuya venida reforzados de gente los del Rey se pusieron en orden de pelea. Los aragoneses ni podian mucho tiempo sufrir el cerco por falta de vituallas, y no se atrevian á dar la batalla por no tener fuerzas competentes. Resolviéronse en lo que les pareció necesario, de enviar á los reales del Rey á Lope de Angulo y al licenciado Cuellar chânciller del de Navarra. Y como les fuese dada audiencia, declararon las razones por qué los infantes lícitamente tomáran las armas. Que no era por voluntad que tuviesen de hacer mal á nadie, sino de defender sus personas y estados, y de poner el reyno en libertad, que veían estar puesto en una miserable ser-

vidumbre: «Si echado don Alvaro, como tenia acor»dado vuestra alteza, quisiere por su voluntad gober»nar el reyno, no pondrémos dificultad ninguna, ni »dilacion en hacer las paces con tal que las condicio»nes sean tolerables: que si no dais oido á tan justa »demanda, la provincia y vuestros vasallos padecerán »robos, talas, sacos y violencias; males que se pon»drán á cuenta del que no los escusáre, y que pro»testamos delante de Dios y de los hombres con to»da verdad deseamos por nuestra parte y procuramos »atajar: avisamos otrosí que esta embaxada no se en»via por miedo, sino con el deseo que tenemos de que »haya sosiego y paz." Dichas con grande fervor estas palabras, presentaron un memorial en que llevaban por escrito lo mismo en sustancia: respondió el Rey que lo miraria mas de espacio. En el entretanto que andaban los tratos de paz, acaso, un dia miércoles que se contaban diez y nueve de mayo, vinieron por un accidente á las manos y se dió la batalla. Pasó asi, que el príncipe don Enrique con el brio de mozo se acercó al muro con cincuenta de á caballo para escaramuzar con el enemigo. Salieron del pueblo otros tantos, pero con espaldas de los hombres de armas. Espantáronse los del príncipe con ver tanta gente, y vueltas las espaldas, se pusieron en huida. Siguiéronles los aragoneses hasta las mismas trincheas de los reales. Pareció grande desacato y atrevimiento: salen las gentes del Rey en guisa de pelear. En la avanguardia iba el condestable don Alvaro por frente, y á los costados los hombres de armas, y por sus capitanes don Alonso Carrillo obispo de Sigüenza, y su hermano Pedro de Acuña, Iñigo Lopez de Mendoza y el conde de Alba. En el cuerpo de la batalla iba el príncipe don Enrique con quinientos y cincuenta hombres de armas, que debaxo del gobierno de don Gutierre

de Sotomayor maestre de Alcántara cerraban el esquadron. El Rey y en su compañía don Gutierre arzobispo de Toledo y conde de Haro guiaban y regían la retaguardia, cuyos costados forticaban de una parte el prior de San Juan y don Diego de Zúñiga, de otra Rodrigo Diaz de Mendoza mayordomo de la casa real y Pedro de Mendoza señor de Almazan. Estuvieron en esta forma gran parte del dia sin que de la villa saliese ni se moviese nadie. Apenas quedaban dos horas de sol quando mandaron que la gente se recogiese á los reales. Entonces los aragoneses salieron con grande alarido á cargar en los contrarios. Pensaban que la escuridad de la noche que estaba cercana, si fuesen vencidos, los cubriria, y si venciesen, no los estorbaria por ser pláticos de la tierra y por sus muchos caballos. Cerraron los primeros los caballos ligeros. Acudieron los demas, con que la pelea se avivó. Las gentes de Aragon iban en dos esquadrones, el uno que llevaba por caudillo al infante don Enrique, acometió á los del condestable don Alvaro: el de Navarra cargó contra el príncipe don Enrique su yerno. Pelearon valientemente por ambas partes. Adelantáronse el maestre de Alcántara y Iñigo Lopez de Mendoza para ayudar á los suyos que andaban apretados: muchos de ambas partes huían, en quien el miedo podia mas que la vergüenza. En especial los aragoneses eran en menor número, y por la muchedumbre de los contrarios comenzaban á ciar. Cerraba la noche: el de Navarra, y don Enrique su hermano cada qual con su banda particular discurrian por las batallas, socorrian á los suyos, cargaban á los contrarios donde quiera que los veían mas apiñados, acudian á todas partes; mas no podian por estar alterados los suyos ponellos á todos en razon y en ordenanza, ni ser parte para que con la escuridad de la noche que todo lo

cubre y lo iguala, no se pusiesen en huida. Los infantes, desbaratados y huidos los suyos, se retiraron á Olmedo: el de Benavente y el almirante se acogieron á otros lugares; el conde de Castro y don Enrique hermano del almirante, y Hernando de Quiñones fueron presos en la batalla y con ellos otros docientos: los muertos fueron pocos, treinta y siete murieron en la pelea y de los heridos mas. Los infantes de Aragon por no fiarse en la fortaleza del lugar la misma noche se partieron á Aragon, sin entrar en poblado porque no los detuviesen. El de Navarra sin lesion, don Enrique en breve murió en Calatayud de una herida que le dieron en la mano izquierda: entendióse le atosigaron la llaga, con que se le pasmó el brazo. Fue hombre de grande ánimo, pero bullicioso y que no podia estar sosegado: su cuerpo sepultaron en aquella ciudad. Del segundo matrimonio dexó un hijo de su mismo nombre, que no dará en lo de adelante mucho menos en que entender que su padre. Los vencedores recogieron los despojos, y luego escribieron cartas á todas partes, con que avisaban como ganáran la jornada. Demas desto en el lugar que se dió la batalla por voto del Rey y por su mandado levantaron una ermita con advocacion del Espíritu Santo de la Batalla para memoria perpétua desta pelea muy memorable.

CAPITULO III.

De las bodas de don Fernando hijo del Rey de Aragon y de Nápoles.

Mejor y mas prósperamente procedian las cosas de Aragon en el reyno de Nápoles en Italia. El Rey don Alonso en gracia del Padre Santo quitó la Marca de Ancona á la gente de Francisco Esforcia. Ellos

aunque despojados de las ciudades y pueblos de que contra razon estaban apoderados, partido el Rey, no se sosegaban por estar ensoberbecidos con la memoria de las cosas que hicieran, muchas y grandes en Italia. Revolvió el Rey de Aragon á instancia del Pontífice Eugenio, y llegado con sus gentes á la Fontana del Pópulo, pueblo no lexos de la ciudad de Theano, mandó que acudiesen allí los señores. Vino con los demas Antonio Centellas marques de Girachi con trecientos de á caballo. Era de parte de padre de los Centellas de Aragon, de parte de madre de los Veintemillas de Nápoles, y en la guerra pasada sirvió muy bien, y ayudó á sugetarlo de Calabria, Basilicata y Cosencia con su buena maña, y con gran suma de dineros que vendidas sus particulares posesiones juntó para pagar á los soldados. Queria el Rey que Enricota Rufa hija del marques de Croton, y heredera de aquel estado, casase con Iñigo Dávalos: casamiento con que pretendia premialle sus servicios. Cometió este negocio á Antonio Centellas para que le efectuase: ganó él por la mano, y quiso mas para sí aquel estado, y casó con la doncella. Aumentó con esto el poder, y creció tambien en atrevimiento. Disimulóse por entonces aquel desacato; pero poco despues en esta sazon fue castigado por todo. Achacábanle que trató de dar la muerte á un cortesano muy poderoso y muy querido del Rey: él por miedo del castigo se partió de los reales que tenian cerca de la Fontana del Pópulo, y no paró hasta llegar á Catanzaro pueblo de su jurisdiccion. Alterado el Rey (como era razon) por este caso, envió á la Marca á Lope de Urrea y otros capitanes, y él mismo porque con disimular aquellos principios no cundiese el mal (ca temia si pasaba por aquel desacato, no le menospreciasen los naturales en el principio de su reynado,

y con la esperanza de no ser castigados creciese el atrevimiento) dió la vuelta á Nápoles, desde donde para justificar mas su causa envió personas que reduxesen á Antonio Centellas; pero él hacíase sordo á los que le amonestaban lo que le convenia. Vinieron á las armas: el mismo Rey pasó á Calabria, y de su primera llegada tomó á Rocabernarda, y á Bellicastro. Croton sufrió el cerco algunos dias: despues por miedo de mayor mal abrió las puertas y se rindió. Desde alli marchó el Rey la vuelta de Catanzaro, do Antonio Centellas se hallaba con su muger y hijos y todo el menage y repuesto de su casa. No se vino á las manos á causa que perdída la esperanza de defenderse; y por ver que los otros grandes no se movian en su ayuda, bien que en prometer liberales, mas mostrábanse recatados en el peligro, trató de pedir perdon y alcanzóle con condicion que se rindiese á sí y á sus cosas á voluntad del Rey. Hízose asi: mandó el Rey le entregase aquella ciudad y el castillo de Turpia, y él fue enviado á Nápoles con su muger y hijos y toda su recámara; que fue un grande aviso para entender que en la obediencia consiste la seguridad, y en la contumacia la total perdicion. El principal movedor desta alteracion fue un milanes por nombre Juan Muceo, que á la sazon residia en Cosencia. Tuvo el Rey orden para habelle á las manos: perdonóle al tanto; si bien poco despues pagó con la cabeza sus malas mañas, ca el duque de Milán, do se acogió, le hizo dar la muerte por otra semejante deslealtad. Por esta manera se conoció la providencia y poder de Dios en castigar los delitos; y aquellas grandes alteraciones que tenian suspensa y á la mira toda Italia, tuvieron remate breve y facil. Festejóse y aumentóse la alegria de haber sosegado todo aquel reyno con las bodas de don Fernando hijo del Rey, que casó en Nápoles

á treinta de mayo dia domingo con Isabel de Claramonte, con la qual antes estaba desposado. Pretendíase con aquellas bodas ganar de todo punto al príncipe de Taranto, tio de parte de madre de aquella doncella, porque hasta entonces parecia andar en balanzas. En medio destos regocijos vinieron nuevas tristes y de mucha pesadumbre, esto es que las dos Reynas hermanas del Rey, y don Enrique de Aragon fallecieron, como queda dicho. Demas desto que vencido el de Navarra, le echáran de toda Castilla; tal es la condicion de nuestra naturaleza, que ordinariamente las alegrias se destemplan con desastres. Al embaxador que envió el Rey de Navarra para avisar desto, y de su parte hacía instancia que el de Aragon volviese á España, dió por respuesta que la guerra de la Marca estaba en pie, por tanto que ni su fé ni su devocion sufria desamparar al Pontífice y faltar en su palabra: acabada la guerra, que él iria á España, pero avisaba que de tal manera se asegurasen de su ida, que no dexasen por tanto de apercebirse de todo lo necesario: que nombraba en lugar de la Reyna para el gobierno al Rey de Navarra, y por sus consejeros á los obispos de Zaragoza y de Lérida y otras personas principales que no sería dificultoso con las fuerzas de Navarra y de Aragon resistir á las de Castilla; en conclusion otorgaba que con los moros de Granada (lo qual pedia asi mismo el Rey de Navarra) se concertasen treguas y confederacion por un año: ciudad y nacion en que por el mismo tiempo hobo mudanza de Reyes. Dado que Mahomad por sobrenombre el Izquierdo con las guerras civiles de Castilla tuvo sosiego algunos años , de la paz como es ordinario resultaron entre los moros grandes discordias. Los tiempos eran tan estragados, que no podian sosegar por largo espacio: si faltaban enemigos de fuera nacian dentro de casa.

Fue asi que dos primos hermanos, hijos que eran de dos hermanos del Rey moro, el uno llamado Ismael, ó por miedo de la tempestad que amenazaba, ó temiendo la ira de su tio, se fue al Rey de Castilla para servirle en la guerra, con cuya ayuda esperaba podria recobrar su patria, sus riquezas y la autoridad que antes tenia. El otro que se llamaba Mahomad el Coxo, porque renqueaba de una pierna, en la ciudad de Almería, do era su residencia, se hermanó con algunos moros principales. Con esta ayuda se apoderó del castillo de Granada que se llama el Alhambra: hobo otrosí á las manos al Rey su tio y le puso en prision. Hecho esto, se alzó con todo el reyno y se quedó por Rey. Esto fue por el mes de setiembre: mes que aquel año conforme á la cuenta de los árabes fue el que llama aquella gente Iamad el Segundo. Dividiéronse con esto los moros en bandos. Andilbar gobernador que era de Granada, con sus deudos y aliados se apoderó de Montefrio, que era un castillo muy fuerte no lexos de Alcalá la Real, y por tener poca esperanza de restituir y librar al Rey viejo que preso estaba, convidó con el reyno á Ismael: apresuróse él para tomalle, con ayuda que le dió el Rey de Castilla de dinero y de gente. La esperanza que tenia de salir con su intento, era alguna: el miedo era mayor á causa de sus pocas fuerzas, y que le convenia contrastar con la mayor parte de aquella nacion, que los mas quien de voluntad, quien por contemporizar procuraban ganar la gracia del Rey Mahomad, y por este camino entretenerse y mirar por sus particulares. Mas esto sucedió al fin deste año: volvamos á contar lo que se nos queda atrás.

CAPITULO IV.

Que don Alvaro de Luna fue hecho maestre de Santiago.

Ganada la batalla de Olmedo, sobre lo que debian hacer, se tuvo consejo en la tienda de don Alvaro de Luna, que salió herido de la refriega en la pierna izquierda. Alli determinaron por comun acuerdo de todos que los bienes y estados de los conjurados fuesen confiscados: tomaron la villa de Cuellar, y pusieron cerco sobre Simancas. El príncipe don Enrique queria que el almirante don Fadrique fuese exceptuado de aquella sentencia, y que se le diese perdon; los demas eran de parecer contrario. Decian que su causa no se podia apartar de la de los demas, antes juzgaban de comun consentimiento y tenian su delito por mas grave y calificado por ser el primero y principal, y que movió á los demas á tomar las armas. Por esta causa el príncipe se fue á Segovia: El Rey su padre alterado por su partida, y por recelo no fuese este principio de nuevos alborotos dexó á Pedro Sarmiento el cuidado de apoderarse de los demas pueblos de los alborotados, y él mismo se fue á Nuestra Señora de Nieva con deseo de sosegar á su hijo. Para obedecer pidió el príncipe que para sí le diesen á Jaen, á Logroño y á Cáceres, y á Juan Pacheco á Barcarrota, Salvatierra y Salvaleon, pueblo á la raya de Portugal: condescendió el Rey con él; mas qué se podia hacer? desta manera por lo que era razon fueran castigados, les dieron premio: tales eran los tiempos. Fuera desto en Medina de Rioseco se dió perdon al almirante con tal que dentro de quatro meses se reduxese al deber, y en el entretanto doña Juana Reyna de Navarra su

hija estuviese detenida en Castilla como en rehenes. Tomado este asiento, el castillo de aquella villa que se tenia por el almirante, se entregó al Rey: los demas pueblos de Castilla la vieja que eran de los alterados, en breve tambien vinieron á su poder. Al principio desta guerra por consejo de don Alvaro, dado que al conde de Haro y otros grandes no les parecia bien, envió el Rey de Castilla por gente de socorro á Portugal: acordó con esta demanda el gobernador don Pedro duque de Coimbra. Juntó dos mil de á pie y mil y seiscientos caballos, y por general á su hijo don Pedro, que si bien no pasaba de diez y seis años, por muerte del infante don Juan su tio poco antes le habian nombrado por condestable de Portugal. Llegó esta gente á Mayorga, do el Rey estaba: su venida no fue de efecto alguno por estar ya la guerra concluida; sin embargo festejaron al general, regalaron á los capitanes, y les presentaron magníficamente segun que cada qual era. No resultó algun otro provecho desta venida y deste ruido; solamente don Alvaro secretamente y sin que el mismo Rey lo supiese, segun se dixo, concertó de casalle segunda vez con doña Isabel hija de don Juan maestre de Santiago en Portugal, con el qual don Alvaro tenia grande alianza y muchas prendas de amor: tan grande era la autoridad y mano que don Alvaro se tomaba, tan rendido tenia al Rey. Decia que aquel parentesco sería de mucho provecho por el socorro de gente que les vendria de aquel reyno, fuera de que hacían suelta por este respeto de gran suma de dineros que se gastaron en la paga de los soldados ya dichos. Despedido el socorro de Portugal, pasó la corte á Burgos: alli muy fuera de lo que se pensaba, á los condes de Benavente y de Castro se dió perdon á tal que por espacio de dos años ni el de Castro sa-

liese de Lobaton, ni el de Benavente se partiese de aquella su villa de Benavente. A otros grandes hicieron crecidas mercedes, mayores al cierto que sus servicios: don Iñigo Lopez de Mendoza fue hecho marques de Santillana y conde de Manzanares: Villena se dió á don Juan Pacheco con nombre tambien de marques: demas desto en Avila don Alvaro de Luna fue elegido por voto de los caballeros de aquella orden en maestre de Santiago: parece que la fortuna le subía tan alto para con mayor caida despeñalle. A don Pedro Giron mas por respeto de don Juan Pacheco su hermano que por sus méritos, pues antes siguiera el partido de Aragon, dieron el maestrazgo de Calatrava: para este efecto depusieron á don Alonso de Aragon; cargábanle que siguió á su padre en la guerra pasada. No faltó quien tachase aquellas dos elecciones como no legítimas, de que resultaron debates y competencias. Contra don Alvaro pretendia don Rodrigo Manrique, ayudado (como se dirá luego) del favor del príncipe don Enrique: contra don Pedro Giron se oponia don Juan Ramirez de Guzman comendador mayor de Calatrava, que desde la eleccion pasada pretendia algun derecho, y en la presente tuvo algunos votos por su parte, de que resultaron grandes alteraciones y discordias. Alburquerque se tenia todavia por los aragoneses: acudió el Rey en persona á rendir la villa y la fortaleza, que finalmente le entregó su alcayde Fernando Dávalos. Dió el Rey la vuelta á Toledo, y alli removió á peticion de la ciudad de la tenencia del alcázar y del gobierno del pueblo á Pero Lopez de Ayala, y puso en su lugar á Pero Sarmiento: acuerdo poco acertado, por lo que avino adelante, y aun de presente se disgustó asaz el príncipe don Enrique por el mucho favor que hacía al depuesto Pero

Lopez de Ayala. Al fin deste año á los quatro de diciembre, finó en la su villa de Talavera don Gutierre arzobispo de Toledo (1): su cuerpo sepultaron en el sagrario al cierto de aquella iglesia colegial. Sobre si le trasladaron á la villa de Alba, como él mismo lo dexó dispuesto en su testamento, hay opiniones diferentes: quien dice que nunca le trasladaron, y que yace en el mismo lugar sin lucillo y sin letra, solo un capelo verde, que cuelga de la bóveda en señal de aquel entierro; otros porfian que los de su casa le pasaron á Alba, sin señalar quándo, ni cómo: solo consta que en San Leonardo convento de Gerónimos de aquella villa hay un sepulcro de mármol blanco suyo, que de en medio de la capilla mayor en que estaba, le pasaron al lado del Evangelio; pero sin alguna letra que declarase si estan dentro los huesos. En suma en lugar de don Gutierre alcanzó aquella dignidad don Alonso Carrillo, obispo á la sa-
1446. zon de Sigüenza, por principio del año mil y quatrocientos y quarenta y seis. Su padre Lope Vazquez de Acuña, que de Portugal se vino á Castilla: sus hermanos Pedro de Acuña señor de Dueñas y Tariego, y otro Lope Vazquez de Acuña; demas desto era tio de don Juan Pacheco, y hombre de gran corazon, pero bullicioso y desasosegado, de que son bastante prueba las alteraciones largas y graves que en el reyno se levantaron, y él las fomentó. Hízose consulta sobre lo que quedaba por concluir de la guerra. Atienza y Torija solamente se tenian por el de Navarra en toda Castilla, pero fortificadas para todo lo que podia suceder, guarnecidas de buen nú-

---

(1) Hernan Perez de Guzm. en sus Clar. varon. c. 29. dice que murio el año 1444, y que yace en Alba.

mero de soldados, que salian á correr los campos comarcanos, hacer presas de ganados y de hombres. Demas desto crecía la fama de cada dia, y venian avisos que el de Navarra se aprestaba para volver de nuevo á la guerra: cosa que ponia en cuidado á los de Castilla, tanto mas que el Rey moro con intento de ganar reputacion, y á instancia de los aragoneses, con una entrada que hizo por las fronteras del Andalucía, tomára por fuerza á Benamaruel y Benzalema pueblos fuertes en aquella comarca: afrenta mayor que el miedo y que el daño. No se podia acudir á ambas partes: marcharon las gentes del Rey contra los aragoneses por el mes de mayo, y despues que tuvieron cercada á Atienza por espacio de tres meses, se trató de hacer paces. Concertaron que aquellos dos pueblos se pusiesen en tercería, y estuviesen en poder de la Reyna de Aragon doña María hasta tanto que los jueces nombrados de comun consentimiento determinasen á quién se debian entregar. Hecha esta avenencia, el Rey de Castilla fue recebido dentro del pueblo á doce de agosto. Hizo abatir ciertas partes de la muralla y poner fuego á algunos edificios. Los vecinos pretendian se quebrantáran las condiciones del concierto y asiento tomado, y asi no le quisieron recebir en el castillo. Por esto sin acabar nada fue forzado volver atrás, y irse á Valladolid; solamente dexó ordenado que el nuevo arzobispo de Toledo y don Carlos de Arellano quedasen con gente para reprimir los insultos de los aragoneses por aquella parte, y en ocasion se apoderasen de aquellos pueblos. No por esto los aragoneses quedaron amedrentados, antes desde aquellos lugares hacían de ordinario correrías y cabalgadas por todos aquellos campos hasta Guadalaxara, do el de Toledo y Arellano residian. Algunos de los parciales andaban al tanto por toda la

provincia esparcidos y mezclados con los demas que á la sorda alteraban la gente, y eran causa que resultasen nuevas sospechas entre los grandes de Castilla: maña en que el de Navarra tenia mayor fiucia que en las armas. Demas desto don Alvaro y don Juan Pacheco cada qual por su parte con intento de aprovecharse del daño ageno sembraban con chismes y reportes semilla de discordias entre el Rey y su hijo el príncipe, que debieran con todas sus fuerzas atajar: cruel codicia de mandar y ciego ímpetu de ambicion, quán grandes estragos haces! en un delito quán gran número de maldades se encerraban! Pasaron tan adelante en estas discordias, que por ambas partes hicieron levas de soldados. En cierto asiento que se hizo entre el Rey y el príncipe su hijo, hallo que el Rey perdona al conde de Castro; y á sus hijos manda se les vuelvan sus estados y bienes. Don Rodrigo Manrique confiado en estas revueltas mas que en su justicia, por nombramiento del Pontífice Eugenio, y á persuasion del Rey de Aragon, sin tener el voto de los caballeros se llamó maestre de Santiago. Pretendia él por las armas apoderarse de los lugares del maestrazgo, don Alvaro le resistia; de que resultaron daños de una parte y de otra muertes y robos por todas aquellas partes. Estas alteraciones y revueltas fueron causa que pocos cuidasen de lo que mas importaba: asi los moros por principio del año
1447. mil y quatrocientos y quarenta y siete hicieron entrada en nuestras tierras; llevaron presas de hombres y de ganados, quemaron aldeas, talaron los campos, las rozas y las labranzas, y en particular ganaron de los nuestros los pueblos de Arenas, Huesca, y los dos Velez, el Blanco y el Roxo, que estan en el reyno de Murcia poco distantes entre sí. No tenian bastante número de soldados, ni estaban bastecidos de

vituallas ni de almacen: asi no pudieron mucho tiempo sufrir el ímpetu de los enemigos. Esto y las sospechas que todos tenian de mayores males, eran los frutos que de las discordias que andaban entre los grandes, resultaron.

CAPITULO V.

De la guerra de Florencia.

No será fuera de propósito (como yo pienso) declarar en breve las causas y el suceso de la guerra de Florencia que por el mismo tiempo se emprendió en Italia. Blanca hija de Philipo duque de Milán casó con Francisco Esforcia: el dote sesenta mil escudos, y entretanto que se la pagaban, en prendas á Cremona ciudad rica de aquel ducado; la qual el yerno con esperanza que tenia de suceder en aquel estado, aunque le ofrecia el dinero, no quiso restituir á su suegro, confiado en la ayuda de venecianos, en aquella sazon por sí mismos, y por la liga que tenian con florentines y ginoveses, poderosos por mar y por tierra. Envió Philipo por su embaxador al obispo de Novara para que tratase con el Rey don Alonso moviese guerra á los florentines, para con esto recobrar él á Cremona sin embargo del favor que daban á su yerno los venecianos. El Pontífice Eugenio era contrario á los venecianos y á sus aliados y intentos, y por el contrario amigo del duque Philipo. Por esta causa atizaba y persuadia al Rey hiciese esta guerra, dado que no era menester por lo mucho que él mismo debia al duque: asi hizo mas de lo que le pedian. Envió por una parte al estado de Milán á Ramon Buil, excelente capitan y de fama en aquella era; él mismo por otra sin mirar que era invierno,

pasó á Tibur cerca de Roma. Entretanto que alli se entretuvo para ver como las cosas se encaminaban, y que los florentines hacían buenas ofertas por divertir la guerra de su casa, los venecianos con las armas se apoderaron de gran parte del ducado de Milán. Por esta causa fue forzado el duque de recebir á su yerno en su gracia: lo mismo hizo el Rey don Alonso á su instancia y aun envió al duque dinero prestado. Hallábanse las cosas en este estado, cuando súbitamente mudado el duque de voluntad convidó al Rey de Aragon y le llamó para entregalle el estado de Milán. Resistió el Rey á esto, y no aceptó la oferta por juzgar era cosa indigna que príncipe tan grande se reduxese á vida particular y dexase el mando. Estas demandas y respuestas andaban, quando el Papa Eugenio que era tanta parte para todo, falleció en Roma á veinte y dos de febrero: apresuróse el cónclave, y salió por Pontífice dentro de diez dias el cardenal Thomás Sarzana natural de Luca en Toscana, con nombre en el pontificado de Nicolao Quinto: buen Pontífice, y que la baxeza de su linage, que fue grande, ennobleció con grandes virtudes; y por haber sido el que puso en pie y hizo se estimasen las letras humanas en Italia, es justo que los doctos le amen y alaben. Fue admirable en aquella edad no solo en la virtud, sino en la buena dicha con que subió á tan alto estado, tan amigo de paz quanto su predecesor de guerra. En el estado de Milán se hacía la guerra con diferentes sucesos. El duque Philipo pasado que hobo con su exército el rio Abdua, congoxado de cuidados y desconfiado de sus fuerzas, trató de veras con Ludovico Dezpuch embaxador del Rey don Alonso de renunciar aquel estado y entregalle á su señor, ca estaba determinado de trocar la vida de príncipe, llena de tantos cuidados y congoxas, con la de particu-

iar mucho mas aventurada: sobre todo deseaba castigar los desacatos de su yerno. Decia que á causa de su vegez ni el cuerpo podia sufrir los trabajos ni el corazon los cuidados y molestias: que sería mas á propósito persona de mas entera edad y mas brio, para que con su esfuerzo y buena dicha reprimiese la lozanía y avilenteza de los venecianos. En el entretanto que Ludovico con este recado va y vuelve, el duque Philipo falleció en el castillo de Milán á los trece de agosto de calenturas y cámaras, y principalmente de la pesadumbre que le sobrevino con aquellos cuidados que le apretaron en lo postrero de su edad: aviso que la vida larga no siempre es merced de Dios. Mas qué otra cosa sugetó á aquel príncipe poco antes tan grande á tantas desgracias sino los muchos años? de manera que no siempre se debe desear vivir mucho, que los años sugetan á las veces los hombres á muchos afanes, y el fallecer en buena sazon se debe tener por gran felicidad. Aquel mismo mes se celebraron las bodas del Rey de Castilla y doña Isabel en Madrigal: las fiestas no fueron grandes por las alteraciones que andaban todavia entre los grandes. La suma es que entre el Rey y la Reyna sin dilacion se trató de la manera que podrian destruir á don Alvaro de Luna, negocio que aun no estaba sazonado, dado que él mismo por no templarse en el poder caminaba á grandes jornadas á su perdicion: este fue el galardon de ser casamentero en aquel matrimonio. El Rey don Alonso, como lo tenian tratado, fue por el duque Philipo nombrado en su testamento por heredero de aquel estado. En esta conformidad Ramon Buyl, uno de los comisarios del Rey en Lombardía, en cuyo poder quedó el un castillo de aquella ciudad, hizo que los capitanes hiciesen los homenages y juramento al Rey don Alonso como du-

que de Milán: la muchedumbre del pueblo con deseo de la libertad acudió á las armas con tan grande brio que se apoderaron de los dos castillos que tenia Milán, y sin dilacion los echaron por tierra y los arrasaron. Don Alonso no podia acudir por estar ocupado en la guerra de Florencia que ya tenia comenzada, en que se apoderó por las armas de Ripa, Marancia, y de Castellon de Pescara en tierra de Volterra. Los florentines alterados por esta causa llamaron en su ayuda á Federico señor de Urbino, y á Malatesta señor de Arimino. El Rey puso cerco sobre Piombino, y se apoderó de una isla que le está cercana, y se llama del Lillo. Los de Piombino asentaron que pagarian por parias cada un año una taza de oro de quinientos escudos de peso, los florentines otrosí se concertaron con el Rey debaxo de ciertas condiciones con que dexadas las armas se partió para Sulmona. Quedaron por él en lo de Toscana la isla del Lillo y Castellon de Pescara. Erale forzoso acudir á lo de Milán, y aquella guerra. Hobo diversos trances: venció finalmente Francisco Esforcia, mozo de grande ánimo, pues pudo por su esfuerzo y con ayuda de venecianos quitar la libertad á los milaneses y al Rey don Alonso el estado que le dexára su suegro: cepa de do procedió una nueva línea de príncipes en aquel ducado de Milán, y ocasion de nuevas alteraciones y grandes, en que Francia con Italia, y con ambas España se revolvieron con guerras que duraron hasta nuestro tiempo, variables muchas veces en la fortuna y en los sucesos, como se irá señalando en sus propios lugares.

CAPITULO VI.

Que muchos señores fueron presos en Castilla.

Las cosas de Castilla aun no sosegaban: de una parte apretaba el Rey moro, ordinario y ferviente enemigo del nombre de Christo; de otra estaba á la mira el de Navarra, que tenia mas confianza que en sus fuerzas, en la discordia que andaba entre los grandes de Castilla. Este era el mayor daño. El de Toledo, y Iñigo Lopez de Mendoza que fue puesto en lugar de Arellano, con un largo cerco con que apretaron á Torija, la forzaron á rendirse á partido que dexasen ir libres á los soldados que tenia de guarnicion. Este daño que recibió el partido de Aragon, recompensaron los soldados de Atienza con apoderarse en tierra de Soria de un castillo que se llama Peña de Alcázar. El Rey de Castilla irritado con esta nueva pérdida, desde Madrigal do estaba, partió por el mes de setiembre para Soria: seguíanle tres mil de á caballo, número bastante para hacer entrada por la frontera y tierras de Aragon. Por el mismo tiempo en Zaragoza se tenian cortes de Aragon para proveer con cuidado en lo de la guerra que les amenazaba. Entendian que tantos apercebimientos como en Castilla se hacían, no serían en vano. Hiciéronse diligencias extraordinarias para juntar gente: mandaron y echaron bando que todos los naturales de diez uno, sacados por suertes, fuesen obligados á tomar las armas y alistarse: resolucion que si no es en estremo peligro, no se suele usar ni tomar. No obstante esta diligencia, enviaron por sus embaxadores á Soria á Iñigo Bolea y Ramon de Palomares para que preguntasen quál fuese el intento del Rey, y lo que con aquel ruido y gente pretendia, y le

advirtiesen se acordase de la amistad y liga que entre los dos reynos tenian jurada: si confiaba en sus fuerzas, que tomadas las armas, lo que era cierto, se hacía dudoso y se aventuraba: que comenzar la guerra era cosa facil, pero el remate no estaria en la mano del que le diese principio, y fuese el primero á tomar las armas. A esta embaxada respondió el Rey á veinte de setiembre en una junta mansamente y con disimulacion, es á saber que él tenia costumbre de caminar acompañado de los grandes y de su gente; que los aragoneses hicieron lo que no era razon, en ayudar al de Navarra con consejo y con fuerzas; si no lo emendaban, lo castigaria con las armas. Envió junto con esto sus reyes de armas, llamados Zurban y Carabeo, para que en las cortes de Zaragoza se quexasen destos desaguisados; los aragoneses asi mismo tornaron á enviar al Rey otra embaxada. Entretanto que estas demandas y respuestas andaban, los soldados de Castilla de sobresalto se apoderaron del castillo de Verdejo que está en tierra y en el distrito de Calatayud: con esto desistieron de tratar de las paces, y luego vinieran á las manos, si un nuevo aviso que vino de que los grandes en lo interior y en el riñon de Castilla se conjuraban y ligaban entre sí, no forzára al Rey de Castilla á dar la vuelta á Valladolid. En aquella villa tuvo las pas-
1448. cuas de Navidad, principio del año de mil y quatrocientos y quarenta y ocho. En el mismo tiempo un esquadron de gente de Navarra tomó la villa de Campezo, y el gobernador de Albarracin se apoderó de Huelamo, pueblo de Castilla á la raya de Aragon, y que está asentado en la antigua Celtiberia no lexos de la ciudad de Cuenca. Desta manera variaban las cosas de la guerra: asi es ordinario. El mayor cuidado era de apaciguar á los grandes, y reconciliar

con el Rey al príncipe su hijo, ca por su natural liviano nunca sosegaba del todo, ni era en una cosa constante. La ambicion de don Alvaro y de Juan Pacheco era impedimento para que no se pudiese efectuar cosa alguna en esta parte. Menudeaban las quexas; cada qual de los dos pretendia derribar al otro, y por este medio subir él al mas alto grado. Entendió esto don Alonso de Fonseca obispo de Avila, persona de ingenio sagaz: procuró concordallos y hacellos amigos; decíales que si se aliaban, tendrian mano en todo el gobierno, la discordia sería causa de su perdicion. Tomóse por expediente para atajar las conjuraciones de los grandes prender muchos dellos en un dia señalado. Para poner esto en execucion tuvieron habla el Rey y el príncipe su hijo entre Medina del Campo y Tordesillas á once de mayo, sábado víspera de pascua de Espíritu Santo. Como se concertó, asi se hizo, que don Alonso Pimentel conde de Benavente, y don Fernan Alvarez de Toledo conde de Alba, don Enrique hermano del almirante, los dos hermanos Pedro y Suero de Quiñones fueron presos. Al de Benavente, don Enrique y á Suero llevaron á Portillo; al de Alba y Pedro de Quiñones á Roa para que alli los guardasen. Achacábanles que trataban de hacer volver al Rey de Navarra á Castilla: como los hombres naturalmente se inclinan á creer lo peor, decia el vulgo que á nadie perdona, era todo invencion para aplacar el odio del pueblo concebido por aquellas prisiones. El almirante y el conde de Castro como no les hobiesen podido persuadir que viniesen á la corte, avisados de lo que pasaba, se retiraron á Navarra: lo que era consiguiente, tomáronles los estados sin dificultad por no tener quien los defendiese, ni estar los pueblos apercebidos de vituallas; estos fueron Medi-

na de Ruyseco, Lobaton, Aguilar, Benavente, Mayorga con otro gran número de pueblos y castillos. Diego Manrique de su voluntad entregó los castillos de Navarrete y de Treviño como en rehenes y para seguridad que guardaria lealtad á su Rey. Todas estas trazas á los malos dieron gusto, los buenos las aborrecian; y no se sanaron las voluntades, sino antes se exâsperaron mas, y comenzaron nuevas sospechas de mayor guerra. Continuábanse todavia las cortes de Zaragoza, en que por el mes de abril entre Aragon y Castilla se concertaron treguas por seis meses; que las paces ó no pudieron, ó no quisieron concluillas. De los dos señores que se huyeron de Castilla, el conde de Castro se quedó en Navarra, el almirante llegó á Zaragoza á veinte y nueve de mayo: en aquella ciudad trató con el Rey de Navarra de lo que debian hacer; acordóse que el almirante pasase en Italia para informar de todo lo que pasaba como testigo de vista. Estaba el Rey don Alonso á la sazon sobre Piombino (como queda dicho antes) quando en un mismo tiempo el almirante y don Garci Alvarez de Toledo hijo del de Alba por diversos caminos llegaron allí. El de Aragon los recibió muy bien, y les dió muy grata audiencia: demas de esto prometió de les acudir y ayudallos; dióles cartas que escribió á los grandes, desta sustancia: «Amigos y »deudos: de vuestro desastre nos ha informado nues»tro primo el almirante: quanta pena nos haya dado, »no hay para que decillo; el tiempo en breve decla»rará quánto cuidamos de vos y de vuestras cosas, »y que no escusarémos por el bien de Castilla nin»gun gasto ni peligro que se ofrezca. Dios os guar»de. De los reales de Piombino á diez de agosto." En este comedio en Castilla se gastaron algunos meses en apoderarse de los estados y lugares de los

grandes. El Rey y el príncipe su hijo, comunicados los negocios entre sí, acordaron se pusiesen guarniciones en las fronteras del reyno en lugares convenientes, en especial contra los moros. Resuelto esto, Alonso Giron primo de Juan Pacheco fue nombrado para que estuviese en Hellin y en Humilla por frontero con docientos de á caballo y quatrocientos infantes, con que acometió cierto número de moros que entraron por aquella parte, y los desbarató. Mostró en este caso mayor ánimo que prudencia, ca los enemigos se recogieron en un collado que cerca caía: dende de repente con grande alarido cargaron sobre los christianos que con gran seguridad y descuido recogian los despojos, y por estar esparcidos por todo el campo los destrozaron, sin poder huir, ni tomar las armas, ni hacer ni proveer nada. Los mas fueron muertos, algunos pocos con el capitan se salvaron por los pies, perdidas las armas y los estandartes. Sobre las demas desgracias de Castilla este nuevo revés alteró el ánimo del Rey, tanto mas que por el mismo tiempo el príncipe don Enrique, ofendido de nuevo contra don Alvaro de Luna, desde Madrid do estaba con su padre, se retiró á Segovia: causa de nuevo sentimiento para el Rey. Determinóse para remedio de tantos males, y buscar algun camino para atajallos, de juntar cortes en Valladolid. El príncipe don Enrique por orden de su padre se llegó á Tordesillas: antes que el Rey tambien fuese á verse con él, como estaba acordado, en una junta que tuvo, declaró ser su voluntad reconciliarse con su hijo y perdonalle; á los caballeros conforme á los méritos de cada qual premiallos ó castigallos, en particular dixo que queria hacer merced y repartir los pueblos y estados de los parciales entre los leales. Los procuradores de las ciudades, cada qual á porfia

loaba el acuerdo del Rey: quien mas podia, mas le adulaba; que es una mala manera de servicio y de agrado tanto mas perjudicial quanto mas á los príncipes gustoso. Solo Diego Valera procurador de la ciudad de Cuenca á instancia de su compañero, y por mandado del Rey tomó la mano; y aunque con cierto rodeo, claramente amonestó al Rey no permitiese que los grandes, personas de tanta nobleza y de tan grandes méritos suyos y de sus antepasados, fuesen condenados sin oirlos primero: dixo que de otra manera sería injusto el juicio, dado que sentenciasen lo que era razon. Hernando de Ribadeneyra, hombre suelto de lengua y arrojado amenazó á Valera: dixo que le costaria caro lo que habló. El Rey mostró mal rostro contra aquel atrevimiento: salióse luego de la junta, con que dió á entender quánto le desagradaron las palabras de Ribadeneyra. Ocho dias despues Valera escribió al Rey una carta en esta sustancia: «Dad »paz, señor, en nuestros dias. Quantos males hayan »traido á la república las discordias domésticas, no »hay para que declarallo: nuestras desventuras dan »bastante testimonio de todo, las mas graves que los »hombres se acuerdan: todo está destruido, asolado, »desierto, y la miserable España la tercera vez se »va á tierra, si con tiempo no es socorrida. Quiero »con los profetas antiguos llorar el daño y destrui»cion de la patria; pero quexarse y sospirar solamen»te, y no poner otro remedio á los males fuera de »las lágrimas téngolo por cosa vana. Esto es lo que »me ha forzado á escribir. En vuestra prudencia, se»ñor, despues de Dios estan puestas todas nuestras »esperanzas: si no os mueve nuestra miseria, á lo »menos la desventura de vuestro reyno os punce: si »en alguna cosa se erráre, el daño será comun de »todos, la afrenta solo vuestra; que la fama y la for-

»tuna de los hombres corren á las parejas. Este es »el peligro de los que reynan: las prosperidades per»tenecen á todos, las cosas adversas y reveses á solo »el príncipe se imputan. Con premio y con castigo, »severidad y clemencia se gobiernan los reynos: asi »lo enseña la experiencia y grandes varones lo dexa»ron escrito. Cierto término debe haber en esto y »guardar cierta medida, bien asi como en lo demas. »No es mi intento de disputar en este lugar de cosa »tan grande: traer exemplos asi antiguos como mo»dernos por la una y por la otra parte, qué presta? »á muchos levantó la clemencia, la severidad á po»cos, por ventura á ninguno: poned los ojos en »Alexandro, César, Salomon, Roboam, en los Ne»rones. Las partes que la aspereza y el rigor por »ventura necesario, pero usado fuera de tiempo, tie»nen enconadas, con la blandura se han de sanar, y »con echar por diverso camino que el que hasta aqui »se ha tomado. En conclusion quatro cosas conviene »hacer; este es mi parecer, oxalá tan acertado como »es el deseo que de acertar tengo. Conviene apaci»guar al príncipe, llamar á los desterrados, soltar á »los que estan presos, y establecer un perpétuo olvi»do de las enemigas pasadas. La facilidad en el per»donar dirá alguno sería causa de desprecio: verdad »es, si el príncipe pudiese ser despreciado que tiene »valor y ánimo; cosa peligrosa es quererse autorizar »con la sangre de sus vasallos. La falta de castigo dirá »otro hará los hombres atrevidos, y las leyes man»dan sea castigado el desacato y la deslealtad: es »asi, pero la propia loa de los Reyes es la clemen»cia, y toda grande hazaña es forzoso tenga algo que »se pueda tachar; que si en algo se quebrantáren las »leyes, el bien y la salud pública lo recompensarán »y soldarán todo. Quiero últimamente hacer mis ple-

loaba el acuerdo del Rey: quien mas podia, mas le adulaba; que es una mala manera de servicio y de agrado tanto mas perjudicial quanto mas á los príncipes gustoso. Solo Diego Valera procurador de la ciudad de Cuenca á instancia de su compañero y por mandado del Rey tomó la mano; y aunque con cierto rodeo, claramente amonestó al Rey no permitiese que los grandes, personas de tanta nobleza y de tan grandes méritos suyos y de sus antepasados, fuesen condenados sin oirlos primero: dixo que de otra manera sería injusto el juicio, dado que sentenciasen lo que era razon. Hernando de Ribadeneyra, hombre suelto de lengua y arrojado amenazó á Valera: dixo que le costaria caro lo que habló. El Rey mostró mal rostro contra aquel atrevimiento: salióse luego de la junta, con que dió á entender quánto le desagradaron las palabras de Ribadeneyra. Ocho dias despues Valera escribió al Rey una carta en esta sustancia: «Dad »paz, señor, en nuestros dias. Quantos males hayan »traido á la república las discordias domésticas, no »hay para que declarallo: nuestras desventuras dan »bastante testimonio de todo, las mas graves que los »hombres se acuerdan: todo está destruido, asolado, »desierto, y la miserable España la tercera vez se »va á tierra, si con tiempo no es socorrida. Quiero »con los profetas antiguos llorar el daño y destrui»cion de la patria; pero quexarse y sospirar solamen»te, y no poner otro remedio á los males fuera de »las lágrimas téngolo por cosa vana. Esto es lo que »me ha forzado á escribir. En vuestra prudencia, se»ñor, despues de Dios estan puestas todas nuestras »esperanzas: si no os mueve nuestra miseria, á lo »menos la desventura de vuestro reyno os punce: si »en alguna cosa se erráre, el daño será comun de »todos, la afrenta solo vuestra; que la fama y la for-

»tuna de los hombres corren á las parejas. Este es »el peligro de los que reynan: las prosperidades per- »tenecen á todos, las cosas adversas y reveses á solo »el príncipe se imputan. Con premio y con castigo, »severidad y clemencia se gobiernan los reynos: asi »lo enseña la experiencia y grandes varones lo dexa- »ron escrito. Cierto término debe haber en esto y »guardar cierta medida, bien asi como en lo demas. »No es mi intento de disputar en este lugar de cosa »tan grande: traer exemplos asi antiguos como mo- »dernos por la una y por la otra parte, qué presta? »á muchos levantó la clemencia, la severidad á po- »cos, por ventura á ninguno: poned los ojos en »Alexandro, César, Salomon, Roboam, en los Ne- »rones. Las partes que la aspereza y el rigor por »ventura necesario, pero usado fuera de tiempo, tie- »nen enconadas, con la blandura se han de sanar, y »con echar por diverso camino que el que hasta aqui »se ha tomado. En conclusion quatro cosas conviene »hacer; este es mi parecer, oxalá tan acertado como »es el deseo que de acertar tengo. Conviene apaci- »guar al príncipe, llamar á los desterrados, soltar á »los que estan presos, y establecer un perpétuo olvi- »do de las enemigas pasadas. La facilidad en el per- »donar dirá alguno sería causa de desprecio: verdad »es, si el príncipe pudiese ser despreciado que tiene »valor y ánimo; cosa peligrosa es quererse autorizar »con la sangre de sus vasallos. La falta de castigo dirá »otro hará los hombres atrevidos, y las leyes man- »dan sea castigado el desacato y la deslealtad: es »asi, pero la propia loa de los Reyes es la clemen- »cia, y toda grande hazaña es forzoso tenga algo que »se pueda tachar; que si en algo se quebrantáren las »leyes, el bien y la salud pública lo recompensarán »y soldarán todo. Quiero últimamente hacer mis ple-

»garias. Ruego á Dios que de mis palabras, salidas »de corazon muy llano, esté lexos toda sospecha »de arrogancia, y que vuestro entendimiento para »determinar cosas tan grandes sea alumbrado con luz »celestial que os enseñe lo que convendrá hacer." Esta carta dió pesadumbre á don Alvaro de Luna; al Rey y á todos los buenos fue muy agradable. El conde de Plasencia, leida esta carta, gustó tanto del ingenio de Valera y de su libertad, que le recibió en su servicio, y le entregó su hijo mayor para que le criase y amaestrase.

CAPITULO VII.

De las bodas del Rey de Portugal.

La prision de tan grandes señores y la huida de otros que fueron forzados á salir de toda Castilla, alteró mucho la gente y acarreó graves daños. Tratábase dentro y fuera del reyno de poner á los presos en libertad, y hacer que los huidos volviesen á su tierra. El temor los entretenia y enfrenaba, maestro no duradero ni bueno de lo que conviene, ca mudadas las cosas algun tanto, se atrevieron los que esto pensaban, á procurallo y ponello por obra. El conde de Benavente huyó de la prision: dióle lugar para ello Alonso de Leon por grandes dádivas de presente, y mayores promesas que le hizo para adelante; del qual Diego de Ribera alcayde del castillo hacía grande confianza. Este dió entrada á treinta soldados en el castillo, que acompañaron al conde en caballos que para esto tenian apercebidos en un pinar alli cerca, y le llevaron á Benavente. Con su venida los moradores de aquella villa echaron la guarnicion de soldados que tenian puestos por el Rey: lue-

go despues acudieron á Alba de Liste que estaba cercada por los del Rey, y los forzaron á alzar el cerco; junto con esto se apoderaron de otros pueblos de menos cuenta. Esta nueva fue de mucha alegria para los buenos, y comunmente para el pueblo. El Rey alterado con ella, dexó á don Alvaro en Ocaña con orden de apercebir lo necesario para la guerra de Aragon, y él á grandes jornadas se fue á Benavente; desde donde por hallar aquel pueblo apercebido pasó á Portugal, que halló alegre por las bodas de su Rey que poco antes celebró con doña Isabel, hija de don Pedro su tio y gobernador del reyno, con quien siete años antes estaba desposado. Fue esta señora de costumbres muy santas, y de apostura muy grande. Deste casamiento nacieron don Juan que murió niño, y doña Juana su hermana que murió sin casar, y otro don Juan que vivió largos años, y heredó el reyno de su padre. Era el Rey todavia de tierna edad, y no bastante para los cuidados del reyno. Don Pedro su suegro estaba muy apoderado del gobierno de mucho tiempo atrás, cosa que los demas grandes la tenian por pesada, y la comenzaban á llevar mal. La muchedumbre del pueblo como quier que sea amiga de novedades, huelga con la mudanza de los señores por pensar siempre que lo venidero será mejor que lo presente y pasado. El que mas se señalaba en tratar de derribar á don Pedro, era don Alonso conde de Barcelos, sin tener ningun respeto á que era su hermano, ni tener memoria de la merced que poco antes le hiciera, que por muerte de don Gonzalo señor de Berganza, que falleció sin hijos poco antes, le nombró y dió título de duque de Berganza: asi suelen los hombres muchas veces pagar grandes beneficios con alguna grave injuria; la ambicion y la envidia quebrantan las leyes de la natura-

leza. Tenia poca esperanza de salir con su intento, si no era con maldad y engaño: persuadió al Rey, que era mozo y de poca experiencia, tomase él mismo el gobierno, y que el agravio y injuria que su suegro hizo á su madre en echalla primero del reyno, despues acaballa con yerbas (como él decia que lo hizo) la vengase con dalle la muerte: que hasta entonces siempre gobernó soberbia y avaramente, y robó la república; que segun el corazon humano es insaciable, se podia temer que sin contentarse de lo que es lícito, pretenderia pasar adelante, y de dia y de noche pensaria cómo hacerse Rey, para lo qual solo el nombre le faltaba. Alterado el Rey con estos chismes y murmuraciones trató de vengarse de don Pedro: él avisado de lo que pasaba, porque en aquella mudanza tan súbita de las cosas no le hiciesen algun desaguisado á él ó á los suyos, y tambien para esperar en qué paraban, y qué término tomaban aquellas alteraciones, se fortificó dentro de Coimbra. Sufren mal los grandes ánimos qualquiera injuria, y mas quando no tienen culpa: asi con intento de apoderarse de Lisboa se concertó con los ciudadanos de aquella ciudad que se la entregasen; pero como quier que cosa tan grande no pudiese estar secreta, en el camino en que iba para allá con número de soldados, le pararon una celada, con que le fue forzoso venir á las manos. Dióse esta batalla año de nuestra
1449. salvacion de mil y quatrocientos y quarenta y nueve: sobre el mes no concuerdan los autores, y hay diversas opiniones; la suma es que en ella murió el mismo don Pedro con muchos de los suyos. Sus émulos y gente curiosa de cosas semejantes decian fue castigo del cielo, ca le hirieron el corazon con una saeta enerbolada; de la herida murió: persona digna de mejor suerte y de mas larga vida, si bien vivió

cincuenta y siete años. Fue de grande ánimo, de aventajada prudencia por la grande experiencia que tuvo de las cosas. Díxose que el Rey sintió mucho la muerte de su tio y suegro: la fama mas ordinaria y el suceso de las cosas convence ser esto engaño, pues por mucho tiempo le fue negada la sepultura; verdad es que adelante le enterraron en Aljubarrota entierro de los Reyes, y le hicieron sus honras y exêquias. Su hijo don Diego fue preso en la batalla, y adelante se fue á Flandes: desde alli su tia la duquesa doña Isabel le envió á Roma para que fuese cardenal; doña Beatriz su hermana pasó otrosí á Flandes, y casó con Adolpho duque de Cleves. Despues desto en Portugal gozaron de una larga paz: el Rey entrado en edad gobernó el reyno sábiamente, si bien fue mas afortunado en la guerra que hizo contra los moros mas mozo, que en la que tuvo contra Castilla en lo postrero de su edad. Mostróse muy señalado en la piedad: en el rescate de los cautivos que tenian los moros presos en Africa, gastó y derramó grande parte de sus rentas y tesoros, si se puede decir que la derramó, y no mas aina que la empleó santísimamente en provecho de muchos. Táchanle solamente que se entregó á sí y á sus cosas al gobierno de sus criados y cortesanos: creo que fue mas por llevallo asi aquellos tiempos, y por alguna fuerza secreta de las estrellas que por falta particular suya: daño que fue causa de grandes desgustos y desastres asi bien en las otras provincias como en la de Portugal.

CAPITULO VIII.

Del alboroto de Toledo.

Quedóse don Alvaro de Luna en Ocaña, segun

se ha tocado, para apercebir lo necesario para la guerra de Aragon. Trataba con gran cuidado de juntar dineros, de que tenian la mayor falta. Ordenó que Toledo ciudad grande y rica acudiese con un cuento de maravedís por via de empréstido repartido entre los vecinos: cantía y imposicion moderada asaz, sino que cosas pequeñas muchas veces son ocasion de otras muy grandes. Dió cuidado y cargo de recoger este dinero á Alonso Cota hombre rico, vecino de aquella ciudad. Opusiéronse los ciudadanos: decian no permitirian que con aquel principio las franquezas y privilegios de aquella ciudad fuesen quebrantados. Avisaron á don Alvaro: mandó que sin embargo se pasase adelante en la cobranza. Alborotóse el pueblo, y con una campana de la iglesia mayor tocaron al arma. Los primeros atizadores fueron dos canónigos llamados el uno Juan Alonso, y el otro Pedro Galvez; el capitan del populazo alborotado fue un odrero, cuyo nombre no se sabe: el caso es muy averiguado. Cargaron sobre las casas de Alonso Cota, y pegáronles fuego, con que por pasar muy adelante se quemó el barrio de la Madalena, morada en gran parte de los mercaderes ricos de la ciudad: saqueáronles las casas, y no contentos con esto, echaron en prision á los que alli hallaron, gente miserable, sin tener respeto ni perdonar á mugeres, viejos y niños. Sucedió este feo y cruel caso á veinte y seis de enero. Unos ciudadanos maltrataban á otros no de otra manera que si fueran enemigos, que fue un cruel espectáculo y daño de aquella noble ciudad; en especial se enderezó el alboroto contra los que por ser de raza de judíos el pueblo los llama christianos nuevos. El odio de sus antepasados pagaron sin otra causa los descendientes. El alcalde Pero Sarmiento, y su teniente el bachiller Marcos García, á quien por desprecio llama el vulgo

hasta hoy Marquillos de Mazarambroz, que debieran sosegar la gente alborotada, antes los atizaban y soplaban la llama. Tras la revuelta se siguió el miedo de ser castigados: por entender les harian guerra cerraron las puertas de la ciudad, que fue lo que solo restaba para despeñarse del todo y remediar un delito con otro mayor: asi en breve la alegria que tenian por lo hecho, se les trocó en pesadumbre y les acarreó muchos daños. Don Alvaro no tenia bastantes fuerzas ni autoridad para sosegar aquellas alteraciones tan grandes, y castigar á los culpados, especial que el dicho Pero Sarmiento le era contrario. Dió aviso al Rey de lo que pasaba, el qual á instancia suya y habiéndose en este medio tiempo apoderado de Benavente, acudió á apagar aquel fuego por temor que tenia de aquellos principios no resultasen mayores daños. Por negalle la entrada se alojó en el hospital de San Lázaro. Tiráronle algunas balas desde aquella parte de la ciudad que llaman la granja, con un tiro de artillería que alli pusieron. Quando disparaban decian: Tomad esa naranja que os envian desde la granja: desacato notable. Con la venida del Rey tomó Pero Sarmiento ocasion de hacer nuevas crueldades y desafueros: prendió muchos ciudadanos con color que trataban de entregar al Rey la ciudad. Púsolos á qüestion de tormento, en que algunos por la fuerza del dolor confesaron mas de lo que les preguntaban. Robáronles sus bienes, y á muchos de ellos quitaron las vidas: cruel carnicería, hacer delito y castigar como á tal la lealtad y el deseo de quietud y reposo, cosa que entre amotinados de ordinario se suele tener y contar por alevosía y gravísima maldad. El Rey se fue á Torrijos. Alli fueron algunos caballeros enviados por la ciudad (cuyos nombres aqui se callan) para que le dixesen en nombre de Toledo y de las demas

ciudades que si no apartaba de sí á don Alvaro de Luna, y mandaba que á las ciudades se guardasen sus franquezas, darian la obediencia y alzarian por señor al príncipe don Enrique su hijo. Fue grande este desacato, y el sentimiento que causó en el Rey no menor: asi sin dar alguna respuesta despidió aquellos caballeros. Mandó poner sitio sobre la ciudad: los naturales llamaron en su ayuda al príncipe, con cuya llegada se alzó el cerco; pero sin embargo de habellos librado del peligro, y habelle acogido en la ciudad, no le entregaron las llaves de las puertas ni del alcázar. La muchedumbre del pueblo alborotado nunca se sabe templar; ó temen, ó espantan, y proceden en sus cosas desapoderadamente. Hicieron á los seis de junio un estatuto en que vedaban á los christianos nuevos tener oficiós y cargos públicos, en particular mandaban que no pudiesen ser escribanos ni abogados ni procuradores, conforme á una ley ó privilegio del Rey don Alonso el Sabio, en que decian y pretendian otorgó á la ciudad de Toledo que ninguno de casta de judíos en aquella ciudad ó en su tierra pudiese tener ni oficio público ni beneficio eclesiástico. En todo se procedia sin tiento y arrebatadamente, no daban lugar las armas y fuerza para mirar qué era lo que por las leyes y costumbres estaba establecido y guardado: sola una grave tyranía se exercitaba, y atroces agravios. Un cierto dean de Toledo natural de aquella ciudad, cuyo nombre y linage no es necesario declarar aqui, confiado en sus riquezas y en sus letras, en especial en la cabida que tenia en Roma, ca fue datario y adelante obispo de Coria (como algunos dicen habello oido á sus antepasados, y es asi) se retiró á la villa de Santolalla: alli puso por escrito con mayor corage que aplauso, un tratado en que pretendia que aquel estatuto era temerario y erróneo,

Ofrecióse demas desto de disputar públicamente, y defender siete conclusiones que en aquel propósito envió á la ciudad. No contento con esto sobre el mismo caso enderezó una disputa mas larga á don Lope de Barrientos obispo de Cuenca, en que señala por sus nombres muchas familias nobilísimas con parientes del mismo y otros de semejante ralea emparentadas; si de verdad, si fingidamente por hacer mejor su pleyto, no me parece conviene escudriñallo curiosamente. Basta que no paró en esto su desgusto y alteracion, antes fue causa (como yo pienso) que el Pontífice Nicolao expidiese una bula en que reprueba todas las cláusulas y capítulos de aquel estatuto el tercero año de su pontificado, es á saber el mismo en que sucedió el alboroto de Toledo de que vamos tratando, cuya copia no me pareció sería conveniente poner en este lugar; solo diré que comienza por estas palabras traducidas de latin en castellano: «El ene»migo del género humano luego que vió caer en bue»na tierra la palabra de Dios, procuró sembrar zizaña »para que ahogada la semilla, no llevase fruto al»guno." La data desta bula fue en Fabriano año de la Encarnacion de mil y quatrocientos y quarenta y nueve á veinte y quatro de setiembre. Otra bula que expidió el mismo Pontífice Nicolao dos años adelante á veinte y nueve de noviembre, tampoco será necesario engerilla aqui por ser sobre el mismo negocio y conforme á la pasada. Tampoco quiero poner los decretos que consecutivamente hicieron en esta razon los arzobispos de Toledo don Alonso Carrillo en un synodo de Alcalá, y el cardenal don Pero Gonzalez de Mendoza en la ciudad de Victoria algunos años despues deste tiempo de la misma sustancia. Casi todo esto que aqui se ha dicho de la revuelta y estatuto de Toledo, dexaron los coronistas de contar, creo con

intento de no hacerse odiosos; pareció empero se debia referir aqui por ser cosa tan notable, tomado de ciertos memoriales y papeles de una persona muy grave. Quál de las partes tuviese razon y justicia, y quál no, no hay para que disputallo: quede al lector el juicio libre para seguir lo que mas le agradáre, que podrá por lo que aqui queda dicho, y por otros tratados que sobre este negocio por la una y por la otra parte se han escrito, sentenciar este pleyto á tal que sea con ánimo sosegado y sin afición demasiada á ninguna de las partes.

CAPITULO IX.

De otras nuevas revueltas de los grandes de Castilla.

No cesaba el de Navarra de solicitar á los grandes de Castilla para que se alborotasen. Las ciudades de Murcia y de Cuenca no se mostraban bien afectas para con su Rey, de que alguna esperanza tenian el de Navarra y los otros sus parciales de recobrar sus antiguos estados. Hacian los de Aragon diversas correrías en tierras de Castilla, y en la comarca de Requena robaron gran copia de ganados. Demas desto los moradores de aquella villa como saliesen á buscar los enemigos con mayor ánimo que prudencia, fueron vencidos en una pelea que trabaron; sin embargo la esperanza que tenian los contrarios de apoderarse de Murcia, les salió vana. Acometieron los aragoneses á entrar en Cuenca debaxo de la conducta de don Alonso de Aragon hijo del Rey de Navarra. Llamólos Diego de Mendoza alcayde de la fortaleza que en aquel tiempo se veía en lo mas alto de la ciudad: al presente hay solamente piedras y paredones, muestra y rastros de edificio muy grande y muy fuerte. Estos intentos

salieron tambien en vacío en esta parte á causa que el obispo Barrientos defendió con grande esfuerzo la ciudad. Pasado este peligro, en Aragon se movieron nuevos tratos con ocasion de la vuelta del almirante de Castilla, de quien se dixo que pasó en Italia. Convocaron los procuradores de las ciudades y los demas brazos para que se juntasen en Zaragoza: leyéronse los órdenes é instrucciones y mandatos que el Rey de Aragon enviaba, y conforme á ellos pretendian que se juntasen las fuerzas del reyno, y se abriese la guerra con Castilla. Esquivaban los procuradores el rompimiento: decian no estaba bien al reyno trocar fuera de sazon la paz que tenian con Castilla, con la guerra, especial ausente el Rey, y los tesoros del reyno acabados; por esto intentaron otros medios y ayudas: tratóse de casar al príncipe de Viana con hija del conde de Haro; procuraron otrosí que los grandes de Castilla tuviesen entre sí habla, y sobre todo y lo mas principal convidaron al príncipe de Castilla don Enrique para ligarse con los que fuera del reyno y dentro andaban descontentos. Atreviéronse á intentar esta prática por no haberse aun el príncipe reconciliado con su padre, antes en su deservicio estaba apoderado de Toledo. La muchedumbre del pueblo le entregó la ciudad: los movedores del alboroto pasado querian darse al Rey; por esto y por sus deméritos grandes fueron presos dentro de la iglesia mayor donde se retraxeron. A los principales alborotadores, que eran los dos canónigos de Toledo, enviaron presos á Santorcaz para que en aquella estrecha carcel (que lo es mucho la que en aquel castillo hay) pagasen su pecado: no les quitaron las vidas como merecian, por respeto que eran eclesiásticos. Marcos García, y Hernando de Avila uno de los principales delinqüentes, fueron arrastrados por las calles, y de

muchas maneras maltratados hasta dalles la muerte: agradable espectáculo para los ciudadanos, cuyas casas y bienes ellos robaron, castigo muy debido á sus maldades. La soltura de los moros á la sazon era grande: con ordinarias cabalgadas que hacían, trabajaban, quemaban y robaban los campos del Andálucía á su reyno comarcanos; hicieron grandes presas, llegaron hasta los mismos arrabales de Jaen y de Sevilla, que fue grande befa, afrenta de los nuestros y mengua del reyno. Su orgullo era tal que el Rey moro prometió al de Navarra, el qual hacía gente en Aragon, que si por otra parte acometia á las tierras de Castilla, no dudaria de asentar sus reales y ponerse sobre Córdova, sin cesar de combatilla hasta della apoderarse. Dió el Navarro las gracias á los embaxadores por aquella voluntad, pero dilatóse por entonces la execucion, sea por no ser buena sazon, sea por no hacer mas odiosa aquella su parcialidad, si pasaba tan adelante. En Coruña cerca de Soria se juntaron muchos grandes de Castilla á veinte y seis de julio: halláronse presentes los marqueses de Villena y de Santillana, el conde de Haro, el almirante de Castilla y don Rodrigo Manrique que se intitulaba maestre de Santiago; no falta otrosí quien diga que se halló en esta junta el príncipe de Castilla don Enrique. Quexáronse del mal gobierno de don Alvaro: que por su causa la nobleza de Castilla andaba unos desterrados, otros en prisiones despojados de sus estados: que en ningun tiempo tuvo con el Rey tanta cabida y privanza como al presente tenia: si no se ligaban entre sí, ninguna esperanza les quedaba ni á los afligidos, ni á los demas, para que no viniesen á perecer todos por el atrevimiento de don Alvaro, que de cada dia se aumentaba. Acordaron que hasta mediado el mes de agosto cada qual por su parte con las mas

gentes que pudiese juntar, acudiese á los reales del príncipe don Enrique; pero aunque al tiempo señalado estuvieron puestos cerca de Peñafiel villa de Castilla la vieja, los grandes se iban poco á poco sin hacer mucha diligencia para acudir á lo que tenian concertado. Detenia á cada uno su particular temor, acordábanse de tantas veces que semejantes deseños les salieron vanos: demas que no se fiaban bastantemente del príncipe don Enrique, por ser poco constante en un parecer; y aun el Rey de Navarra que acaudillaba á los demas descontentos, sabían estar por el mismo tiempo embarazado en sus cosas propias y en las de Francia. Poseía este príncipe en la Guiena un castillo llamado Maulison, que le entregó el Rey de Inglaterra, y tenia puesto en su lugar para guardalle su mismo condestable. Este castillo acometió á tomar el conde de Fox con un grueso exército, en que se contaban doce mil hombres de á pie y tres mil de á caballo. Fortificó sus estancias en lugares á propósito con sus fosos y trincheas: comenzó luego despues desto á batir las murallas. El de Navarra con las gentes que arrebatadamente pudo juntar, acudió al peligro. Puso sus reales en un llano poco distante de los del contrario. Hobo habla entre el yerno y el suegro, pero por mucho que supo decir el de Navarra, no persuadió al de Fox que levantase el cerco: escusábase que tenia dada palabra y prometido al Rey de Francia de servílle en aquella empresa: que no podia alzar el cerco antes de salir con su intento y tomar el castillo. Por esta manera como quier que el de Navarra se volviese á España, los cercados fueron forzados á rendirse á partido que dexasé ir á los soldados de guarnicion libres á sus casas. La tardanza del Rey de Navarra y poco brio de los grandes dió en Castilla lugar á tratar de reconciliar al príncipe don

Enrique con su padre. Con la esperanza que se concluiria la paz, derramaron las gentes que por una y otra parte tenian levantadas: tras esto concertaron las diferencias entre los dos príncipes padre y hijo. Hecho esto, el Rey se quedó en Castilla la vieja, el príncipe don Enrique volvió á Toledo, do fue recebidó con grande aplauso del pueblo con danzas y regocijos á la manera de España: alli finalmente Pero Sarmiento porque trataba de dar aquella ciudad al Rey, y por no poner fin y término á los robos y agravios que hacía, fue privado de la alcaydía del alcázar, y del
1450. gobierno de la ciudad por principio del año mil y quatrocientos y cincuenta. Quexábase él mucho de su desgracia, imploraba la fé y palabra que el príncipe le diera: no le valió para que no se executase la sentencia y saliese de la ciudad. Llevaba consigo en docientas acémilas cargados los despojos que robára, tapices, alhombras, paños ricos, baxilla de oro y de plata; hurto vergonzosísimo, demasías y cohechos exôrbitantes: bramaba el pueblo y decia era justo le quitasen por fuerza lo que á tuerto robó. No pasaron de las palabras y quexas á las manos: nadie se atrevió á dalle pesadumbre por llevar seguridad del príncipe; verdad es que parte de la presa le robaron en el camino: lo mas dello en Gumiel, do su muger y hijos estaban, poco despues por mandado del Rey fue confiscado. El mismo Sarmiento se retiró á Navarra, y adelante alcanzado que hobo perdon de sus desórdenes, en la Bastida pueblo de la Rioja cerca de la villa de Haro, el qual solo de muchos que tenia, le dexaron, pasó la vida sugeto á graves enfermedades y miedos, torpe por las fealdades que cometió, despojado de sus bienes y tierras por mandado del Padre Santo, con quien este negocio se comunicó. Los compañeros que tuvo en los robos, fueron mas grave-

mente castigados: en diversas ciudades los prendieron y con extraordinarios tormentos justiciaron: castigo cruel; pero con la muerte de pocos pretendieron apaciguar el pueblo alterado, aplacar la ira de Dios, y reprimir tan graves maldades y excesos; juntamente se dió aviso á los demas puestos en gobierno, que en semejantes cargos no usen de violencia, ni empleen su poder en cometer desafueros y desaguisados.

CAPITULO X.

De las cosas de Aragon.

Apenas se habia sosegado la ciudad de Toledo, quando en Segovia, donde el príncipe don Enrique era ido, se levantó un nuevo alboroto por esta ocasion: á don Juan Pacheco marques de Villena achacó un delito y exceso por el qual merecia ser preso, Pedro Portocarrero que comenzaba á tener cabida con el príncipe: ayudábanle y deponian lo mismo el obispo de Cuenca y Juan de Silva alferez del Rey y el mariscal Pelayo de Ribera. Avisaron al príncipe que usase de toda diligencia, y que mirase por sí: el castigo dado á don Juan Pacheco sería á los demas aviso para que no recompensasen con deslealtad mercedes tan grandes como tenia recebidas. Aprobado este consejo, se acordó fuese preso: era tan grande su poder que no era cosa facil executallo; y él mismo, avisado del enojo del príncipe, se apoderó de cierta parte de la ciudad y en ella se barreó para hacer resistencia á los que le acometiesen (1). Receló-

(1) Que Medellin se dio a don Juan Pacheco, dícelo la Cronic. del Rey don Juan el Segundo, año 45, cap. 86. Que él le dió en dote á su hija, dícenlo Garib. lib. 16, cap. 41: Ra-

banse que el negoció no pasase adelante, y no fuese necesario venir á las armas, con que se ensangrentasen todos: permitiéronle se fuese á Turuégano, pueblo de su jurisdiccion. Desde alli procuró ganar á Pedro Portocarrero: para esto le dió una hija suya bastarda por nombre doña Beatriz por muger, y en dote á Medellin, villa grande en Estremadura y cerca de Guadiana; con esta maña enflaqueció el poder de sus enemigos, y la ira del príncipe comenzó á amansar. La guerra con los aragoneses se continuaba, bien que no con mucho calor y cuidado, ni con mucha gente por estar todos cansados de tan largas diferencias. El castillo de Bordalua en la frontera de Aragon tomaron á los aragoneses, que ellos de nuevo y en breve recobraron. El enojo que se tenia contra el Rey de Navarra, era mayor por ser causa y movedor de todos estos males: ofreciase coyuntura para tomar dél emienda con ocasion de algunas diferencias que resultaron en aquel reyno. Fue asi que muchos inducian al príncipe de Viana se apoderase del reyno: decian que era de su madre; y su padre hacía agravio á él pues tenia ya bastante edad para gobernar, y á toda la nacion pues siendo estrangero, sin ningun derecho ni razon queria ser y llamarse Rey de Navarra: estas eran las zanjas que se abrian de grandes alteraciones que adelante se siguieron. Estaba el Rey de Navarra en Zaragoza, donde se tuvieron cortes de Aragon, entrado bien el verano: tratóse de los pesquisidores, que solian ser como tenientes del justicia de Aragon, y fue acordado que el oficio destos se templase y limitase con ciertas leyes que ordenaron para

---

des en la vida de don Juan Pacheco: Gud. en sus Girones, arbol 25, y otros. Los privilegios se sacan en nombre del que quiere al que se hace la gracia.

que no abusasen en agravio de nadie del poder que para bien comun se les daba. Determinóse otrosí que los bienes sobre que hobiese pleyto se pusiesen en tercería en poder de un depositario general, á propósito que los jueces por tenellos en su poder no dilatasen las sentencias y alargasen los pleytos. El Rey don Alonso de Aragon, dado que ocupado y entretenido en Nápoles, todavia cuidaba de las cosas de España. Despachó embaxadores á los príncipes con que los exhortaba á la paz, resuelto (si hobiese guerra) de acudir con fuerzas y consejo á su hermano y á sus vasallos. Por lo demas parecia estar olvidado de su patria, en tanto grado que nunca le pudieron persuadir volviese á España, puesto que muchas veces lo procuraron. Las grandes comodidades de que asi por mar como por tierra goza aquella provincia y ciudad de Nápoles, le detenian en Italia, donde queria mas ser el primero en poder y autoridad, que en España ser contado como era forzoso por segundo. El fruto de sus trabajos era una grande paz de que gozaba, y renombre del mas afamado entre los príncipes de su tiempo: los de cerca y los de lexos á porfia pretendian su amistad con embaxadas que para este efecto le enviaban. En especial los Emperadores griegos se señalaban en esto por estar trabajados de los turcos, que ensoberbecidos con tantas victorias por todas partes los rodeaban y apretaban ordinariamente, y aun se recelaban que ya se acercaba el fin de aquel imperio nobilísimo. La poca esperanza que quedaba á los griegos de sustentarse estribaba en la fortaleza y grandeza de sola la ciudad de Constantinopla, cabeza y asiento de aquel imperio; pero era esta ayuda muy flaca. Asi se determinaron buscar socorros de fuera, y en particular Demetrio Paleologo, príncipe de la Atica y del Peloponeso, que hoy se llama la

Morea, y hermano del Emperador Constantino (que asi se llamaba) con una embaxada que envió al Rey de Aragon, le ofreció si le ayudaba, que concluida la guerra de los turcos, le daria en premio provincias muy grandes: lo mismo hizo Aranito conde de Epiro, que vulgarmente se llama Albania. Peró entre las demas embaxadas no es razon dexar de referir la que le envió Georgio Castrioto, por las grandes virtudes y esfuerzo deste varon, y por sus hazañas y proezas contra los turcos muy señaladas; antes será bien decir de aquel príncipe en este lugar algunas cosas que podrán dar luz para lo que adelante se ha de contar. En su tierna edad le entregó á Amurates Emperador de los turcos su padre Juan Castrioto, que tenia su estado en aquella parte de Epiro en que antiguamente estaba Emathia, y se le dió en rehenes: asi desde mozo fue enseñado en la ley de Mahoma, y llamado Scanderberchio, que es lo mismo en lengua turquesca que Alexandro. Llegado á mayor edad dió tal muestra de sí, que parecia sería un muy valiente capitan, porque en todas las contiendas y pruebas se aventajaba á sus iguales y se la ganaba. Era alto de cuerpo, membrudo, de buen rostro, de grande ánimo, mas deseoso de gloria que de deleytes: de manera tal que por su valor en breve muchas veces se acabaron empresas muy grandes. En medio desta prosperidad solo le afligia el amor que tenia á la religion christiana, y el deseo de recobrar el estado de su padre, que á sinrazon le quitáran: deseaba pasarse á los nuestros con ocasion de alguna hazaña señalada que hiciese en favor de los christianos. Ofreciósele acaso buena coyuntura para executar lo que pensaba. Juan Huniades en una batalla que se dió memorable á la ribera del rio Morava, desbarató un exército de turcos. Georgio como quier que

hobiese escapado de la rota y huido, acordó fingir ciertas letras en nombre del Emperador en que mandaba al gobernador le entregase la ciudad de Croia cabeza del estado de su padre: obedeció el gobernador al engaño; con que Georgio se apoderó de aquella ciudad, y lo mismo hizo de las ciudades y pueblos comarcanos. Avisado el Gran Turco de lo que pasaba, sintió mucho aquel caso: anduvieron cartas de la una á la otra parte. Perdída la esperanza que de voluntad se hobiese de reportar, acudieron los turcos á las armas. Diéronse muchas batallas, en que muchas veces grandes huestes de enemigos fueron por pocos christianos desbaratadas: tanto importa el esfuerzo de un solo varon, y la determinacion á los que tienen la razon de su parte: sobre todo que los Santos patrones de aquella tierra favorecian aquella empresa; que de otra manera, cómo pudieran por fuerzas humanas y por consejo defenderse tanto tiempo, y desbaratar tantas veces huestes invencibles de enemigos? Sería cosa muy larga referir todos los particulares; basta que con la gloria de su nombre pareció igualarse á los antiguos capitanes: su esfuerzo respondia bien al nombre de Scanderberchio, pues no tuvo menos ánimo ni mucho menor felicidad que Alexandro. Las fuerzas eran pequeñas, y no bastantes para empresas tan grandes: por esto se determinó buscar socorros de fuera. Hizo liga con los venecianos: pidió ayuda á los Papas, en particular enderezó una embaxada al Rey de Aragon, que llegó á Gaeta, do el Rey estaba, al principio del año mil y quatro- 1451.
cientos y cincuenta y uno, en que le ofrecia (si le ayudaba para aquella guerra con soldados y dineros) que aquella provincia le estaria sugeta, y le pagaria cada un año el tributo y parias que acostumbraban pechar al Gran Turco. Respondió el Rey á esta de-

manda benignamente, y con obras ca envió gente de socorro; pero quán poco era todo esto para contrastar con el gran poder de los enemigos, que bramaban por ver que en aquella parte durase tanto la guerra. Fue este año muy dichoso para España por nacer en él la infanta doña Isabel, á la qual el cielo por muerte de sus hermanos aparejaba el reyno de Castilla. Princesa sin par, y que con la grandeza de su ánimo y perpétua felicidad sanó las llagas de que la floxedad de sus antecesores fueran causa: honra perpétua y gloria de España. Nació en Madrigal, donde sus padres estaban, á veinte y tres del mes de abril: asi mismo don Enrique hermano del almirante, de quien se dixo fue preso tres años antes deste junto con otros grandes, huyó de la torre de Langa, en que le tenian preso, cerca de Santistevan de Gormaz. Para librarse se valió de la astucia que aqui se dirá. Avisó á los suyos secretamente lo que pretendia hacer, y que para ello le enviasen entre cierta ropa un ovillo de hilo de apuntar: hecho esto, una noche compuso su vestidura en la cama de manera que parecia hombre dormido, con su bonete de acostar, que puso tambien sobre la ropa. Despues desto salióse secretamente del aposento, y subióse á lo mas alto de una torre. El alcayde (como lo tenia de costumbre) visitó el aposento, y por entender que el preso dormia, cerró la puerta sin ruido y fuese á reposar. Don Enrique como vió que todos dormian y reposaban, con el hilo de aquel ovillo que tenia, subió una cuerda con ñudos á cierta distancia, que su gente le tenia apercebida, con que se guindó y descolgó poco á poco, y ayudándose de los pies y de las manos, hizo tanto que con extraordinaria fortaleza de ánimo escapó por este medio, muy alegre y regocijado no menos por el buen suceso de aquel riesgo á que se

puso, que por la libertad que cobró. En Portugal se concertó doña Leonor hermana de aquel Rey con el Emperador Federico que por sus embaxadores la pedia: hiciéronse los desposorios en Lisboa á nueve de agosto dia lunes; poco despues la doncella por mar con una larga y dificultosa navegacion llegó á Pisa, y desde allí á Sena, ciudades de Toscana la una y la otra bien conocidas en Italia.

CAPITULO XI.

De la guerra civil de Navarra.

Con nuevas alianzas que algunos grandes de Castilla hicieron, se desbarató la avenencia que entre algunos dellos se tramára poco antes. Por esta causa y por la alteracion del príncipe de Viana el Rey de Navarra se hallaba sin fuerzas asi de los suyos como de los estraños. Lo uno y lo otro se encaminó por industria y sagacidad de don Alvaro de Luna, á cuya cabeza amenazaban todas aquellas tempestades y borrascas. Valíase para prevalecer en todos los peligros de sus mañas, como siempre lo acostumbraba; pero lo que otras veces le sucedió prósperamente, al presente le acarreó su perdicion, ca los engaños y invenciones no duran, y es justo juicio de Dios que se atajen con el castigo del que dellos se vale. Fue asi que á su instancia se hizo cierta apariencia de confederacion entre los Reyes de Castilla y de Navarra, con que se concertó otrosí que el almirante y el conde de Castro y otros señores fuesen perdonados, y les volviesen sus estados: demas desto acordaron que á don Alonso hijo del Rey de Navarra se restituiria el maestrazgo de Calatrava; mas esto no tuvo efecto á causa que don Pedro Giron se apercibió de soldados

y vituallas, y se hizo fuerte en la villa de Almagro para hacer resistencia á quien le pretendiese enojar: asi á don Alonso de Aragon que acudio á su pretension, sin efectuar cosa alguna fue forzoso dar la vuelta á Aragon. Llevó muy mal esto el de Navarra, que con engaño le hobiesen burlado, y que les pareciese de tan poco entendimiento que no calaria aquellas tramas. Allegóse otro nuevo desgusto, y fue que por consejo de don Alvaro el príncipe don Enrique se reconcilió del todo finalmente con su padre, y se apartó de la alianza que tenia puesta con su suegro el de Navarra. Lo que fue sobre todo pesado, que en Navarra se despertó una guerra larga, civil y muy cruel por esta causa: estaba aquella gente de tiempo antiguo dividida en dos bandos, los biamonteses y los agramonteses, nombres desgraciados y dañosos para Navarra traidos de Francia, en que se envolvieron familias y casas muy nobles, y aun de sangre real, como fueron los condes de Lerin y los marqueses de Cortes cabezas destas dos parcialidades. Los agramonteses seguían al Rey de Navarra, los biamonteses atizaban al príncipe de Viana, que sabian estar descontento de su padre, para que tomase las armas: decian que le hacía agravio en tenelle ocupado el reyno, y quebrantaba en ello las leyes divinas y humanas, y era razon que se acudiese á este agravio; que si las fuerzas humanas le faltasen, Dios favorecia una causa y querella tan justa. Lo primero hicieron confederacion con los Reyes de Castilla y de Francia: el de Castilla prometió de acudir con tal que el príncipe de Viana públicamente se declarase y tomase las armas; lo mismo prometió el Frances, que por haber quitado la Guiena á los ingleses podia desde cerca con mucha facilidad ayudar aquellos intentos, especial que por el mismo tiempo se apoderó de Bayona, y venció á los

ingleses en una batalla muy señalada. Al tiempo que se daba, dicen que una cruz blanca apareció en el cielo quier fuese verdadera figura y apariencia que en las nubes se puede formar, quier se les antojase: de su vista sin duda se tomó pronóstico que las cosas adelante les sucederian mejor, y ocasion de trocar los franceses la banda roxa de que solian usar en las guerras, en una cruz blanca, divisa que traen hasta el dia de hoy. Ganada esta jornada, ninguna cosa quedó por los ingleses en tierra firme, fuera de Calés y su territorio que no es muy grande. Luego que la guerra civil se comenzó entre los navarros, los biamonteses se apoderaron de diversas ciudades y pueblos, entre los demas de Pamplona cabeza del reyno, y de Olite y de la villa de Ayvar; todavia la mayor parte quedó por el Rey á causa que con recelo desta tempestad encomendára el gobierno y las guarniciones á los que tenia por mas leales, y con grande diligencia estaba apercebido para todo lo que podia resultar, tanto que el mismo principado de Viana le tenia en su poder. Acudió don Enrique príncipe de Castilla (como tenian concertado) puso cerco sobre Estella, pueblo muy fuerte: acudió asimismo el Rey su padre. Hallóse dentro la Reyna de Navarra: el Rey su marido movido del peligro que sus cosas corrian, desde Zaragoza se apresuró para dar socorro á los cercados: llegó á diez y nueve de agosto, pero con poca gente: por donde y porque ni aun tampoco los agramonteses tenian bastantes fuerzas para sosegar aquellas alteraciones, le fue necesario dar la vuelta á Zaragoza con intento de levantar mas número de gente de Aragon. Con su vuelta el Rey de Castilla y su hijo á instancia del príncipe don Carlos, como si la guerra quedára acabada, se volvieron á Burgos sin dexar hecho efecto de importancia. Hízole daño á don Carlos su buena, senci-

lla y mansa condicion. Su padre como artero con soldados y número de gente que juntó, mas fuerte y experimentado en la guerra que mucha en número, puso sus reales sobre la villa de Ayvar que se tenia por los contrarios, fortificada con buen número de soldados y baluartes: acudió el hijo á dar socorro á los cercados, asentó los reales á vista de los de su padre. A tres de octubre sacaron los unos y los otros sus gentes y ordenaron sus batallas en forma de pelear. Pretendian personas religiosas y eclesiásticas, á quien parecia cosa grave y abominable que parientes y aliados viniesen entre sí á las manos; en especial el hijo contra su padre, ponellos en paz y hacellos dexar las armas. El príncipe don Carlos daba de buena gana oido á lo que le proponian, á tal que su padre perdonase á todos sus sequaces y al mismo don Luis de Biamonte, que era conde de Lerin y condestable, y que á él le restituyese el principado de Viana, y le dexase la mitad de las rentas reales con que sustentase su vida y el estado de su casa; en conclusion que el Rey de Castilla aprobase esta confederacion, ca tenia jurado el príncipe don Carlos que no se haria concierto sin su voluntad. El Rey de Navarra pasaba por algunas condiciones, otras no le contentaban: el príncipe feroz con la esperanza de la victoria, ca tenia mas gente que su padre dió señal de pelear; lo mismo hicieron los contrarios. Encontráronse las haces con tanto denuedo de los biamonteses que hicieron retirar el primer esquadron del Rey de Navarra; solo Rodrigo Rebolledo que era su camarero mayor, huidos los demas, detuvo y sufrió el ímpetu de los enemigos que ferozmente se iban mejorando, con cuyo esfuerzo animados los demas esquadrones se adelantaron á pelear. Los mismos que al principio volvieron las espaldas, procuraban con el esfuerzo y corage recompensar la falta y

mengua pasada: fue tan grande la carga que no los pudieron sufrir los contrarios, y se pusieron en huida los primeros los caballos del Andalucía que tenian de su parte. Eran los del príncipe gente allegadiza, mas número que fuerzas; los soldados de su padre viejos y experimentados. Los muertos no fueron muchos, los cautivos en gran número: el mismo príncipe de Viana, rodeado por todas partes de los enemigos, y puesto en peligro que le matasen, entregó la espada y la manopla á don Alonso su hermano en señal de rendirse. Fue esta batalla de las mas señaladas y famosas de aquel tiempo: los principios tuvo malos, los medios peores, y el remate fue miserable. No escriben el número de los que pelearon, ni de los que fueron muertos; ni aun concuerdan los escritores en contar y señalar el orden con que se dió la batalla, ni tampoco en qué tiempo: vergonzoso descuido de nuestros coronistas. El príncipe don Carlos por mandado de su padre fue llevado primero á Tafalla, y despues á Monroy. Dícese que por todo el tiempo de su prision tuvo grande recelo que le querian dar yerbas, y que despues de la batalla no se atrevió á gustar la colacion que truxeron hasta tanto que su mismo hermano le hizo la salva. El de Navarra alegre con esta victoria dió la vuelta á Zaragoza, y con él la Reyna su muger, que en breve se hizo preñada. Los biamonteses no dexaron porende las armas, ni perdieron el ánimo, en especial que el príncipe don Enrique en odio de su suegro acudió luego á les ayudar. Demas desto los señores de Aragon favorecian al príncipe don Carlos, y comenzaban á mover tratos para ponelle en libertad. Era miserable el estado de las cosas en Navarra: por los campos andaban sueltos los soldados á manera de salteadores, dentro de los pueblos ardian en discordias y bandos, de que resultaban riñas, muer-

tes y andar todos alborotados. En el Andalucía las cosas mejoraban, en particular cerca de Arcos reprimieron los fieles cierto atrevimiento de los moros: fue asi que seiscientos moros de á caballo y ochocientos de á pie hicieron entrada por aquella parte. Acudió menor número de los nuestros, que los desbarataron y pusieron en huida á nueve de febrero del año que se contaba de nuestra salvacion mil y quatrocientos y cin-
1452. cuenta y dos: el capitan desta empresa, y que apellidó la gente y la acaudilló, don Juan Ponce conde de Arcos y señor de Marchena. Mayor estrago recibieron el mes luego siguiente en el reyno de Murcia seiscientos moros de á caballo y mil y quinientos peones que entraron á robar: en un encuentro que tuvieron cerca de Lorca, los desbarataron y quitaron la presa que era muy grande, de quarenta mil cabezas de ganado mayor y menor, trecientos de á caballo de los christianos y dos mil infantes: los caudillos Alonso Faxardo adelantado de Murcia, y su yerno García Manrique, y con ellos Diego Ribera á la sazon corregidor de Murcia. Desta manera por algun tiempo quedaron reprimidos los brios y orgullo de los moros, y se trocó la suerte de la guerra: ademas que los moros cansados del gobierno del Rey Mahomad el Coxo, comenzaban á tratar de hacer mudanza en el estado y en el reyno y revolverse entre sí. No aconteció en España en este año alguna otra cosa memorable fuera de que al Rey don Juan de Navarra nació un hijo á diez dias del mes de marzo en un pueblo llamado Sos, que está á la raya de Navarra y de Aragon. Iba la Reyna de Sangüesa adonde el Rey su marido estaba, quando de repente le dieron los dolores de parto. Parió un hijo que se llamó don Fernando, al qual el cielo encaminaba grandísimos reynos y renombre inmortal por las cosas señaladas y excelentes que obró adelante en

guerra y en paz. En Sena ciudad de Toscana se vieron y juntaron el Emperador Federico que venia de Alemania, y doña Leonor su esposa enviada por mar desde Portugal. Allí se ratificaron los desposorios: hizo la ceremonia Eneas Sylvio, persona á la sazon señalada por la cabida que con aquel príncipe alcanzó y su mucha erudicion. En Roma los veló y coronó de su mano el Pontífice, en Nápoles consumaron el matrimonio: las fiestas fueron grandes, y los regocijos tales que los vivos no se acordaban de cosa semejante.

CAPITULO XII.

Como don Alvaro de Luna fue preso.

Sin razon se quejan los hombres de la inconstancia de las cosas humanas, que son flacas, perecederas, inciertas, y con pequeña ocasion se truecan y revuelven en contrario, y que se gobiernan mas por la temeridad de la fortuna que por consejo y prudencia, como á la verdad los vicios y las costumbres no concertadas son los que muchas veces despeñan á los hombres en su perdicion. Qué maravilla si á la mocedad perezosa se sigue pobre vejez? si la luxuria y la gula derraman y desperdician las riquezas que juntaron los antepasados? si se quita el poder á quien usa dél mal? si á la soberbia acompaña la envidia y la caida muy cierta? La verdad es que los nombres de las cosas de ordinario andan trocados: dar lo ageno y derramar lo suyo, se llama liberalidad: la temeridad y atrevimiento se alaba, mayormente si tiene buen remate: la ambicion se cuenta por virtud y grandeza de ánimo: el mando desapoderado y violento se viste de nombre de justicia y de severidad. Pocas veces la fortuna discrepa de las costumbres: nosotros

como imprudentes jueces de las cosas escudriñamos y buscamos causas sin propósito de la infelicidad que sucede á los hombres, las quales si bien muchas veces estan ocultas y no se entienden, pero no faltan. Esto me pareció advertir antes de escribir el desastrado fin que tuvo el condestable y maestre don Alvaro de Luna. De baxos principios subió á la cumbre de la buena andanza: della le despeñó la ambicion. Tenia buenas partes naturales, condicion y costumbres no malas: si las faltas, si los vicios sobrepujasen, el suceso y el remate lo muestra. Era de ingenio vivo y de juicio agudo, sus palabras concertadas y graciosas, usaba de donayres con que picaba, aunque era naturalmente algo impedido en la habla: su astucia y disimulacion grande, el atrevimiento, soberbia y ambicion no menores: el cuerpo tenia pequeño, pero recio y á propósito para los trabajos de la guerra; las facciones del rostro menudas y graciosas con cierta magestad. Todas estas cosas comenzaron desde sus primeros años, con la edad se fueron aumentando. Allegóse el menosprecio que tenia de los hombres: comun enfermedad de poderosos. Dexábase visitar con dificultad, mostrábase áspero, en especial de media edad adelante fue en la cólera muy desenfrenado: exâsperado con el odio de sus enemigos, y desapoderado por los trabajos en que se vió, á manera de fiera que agarrochean en la leonera y despues la sueltan, no cesaba de hacer riza: qué estragos no hizo con el deseo ardiente que tenia de vengarse? con estas costumbres no es maravilla que cayese, sino cosa vergonzosa que por tanto tiempo se conservase. Muchas veces le acusaron de secreto y achacaron delitos cometidos contra la magestad real. Decian que tenia mas riquezas que sufria su fortuna y calidad, sin cesar de acrecentallas; en particular que

derribada la nobleza, estaba asi mismo apoderado del Rey y lo mandaba todo: finalmente que ninguna cosa le faltaba para reynar fuera del nombre, pues tenia ganadas las voluntades de los naturales, poseía castillos muy fuertes, y gran copia de oro y de plata, con que tenia consumidos y gastados los tesoros reales. No ignoraba el Rey ser verdad en parte lo que le achacaban, y aun muchas veces con la Reyna se quexaba de aquella afrenta, ca no se atrevia á comunicallo con otros, parecia como en lo demas estaba tambien privado de la libertad de quexarse. Ofrecióse una buena ocasion y qual se deseaba para derriballe: esta fue que don Pedro de Zúñiga conde de Plasencia se habia retirado en Bejar pueblo de su estado por no atreverse á estar en la corte en tiempos tan estragados; don Alvaro persuadido que se ausentaba por su causa, se resolvió de hacelle todo el mal y daño que pudiese. Está cerca de Bejar un castillo llamado Piedrahita, desde donde don García hijo del conde de Alba nunca cesaba de hacer correrías y robos en venganza de su padre que preso le tenian: don Alvaro fue de parecer que le sitiasen con intento de prender tambien al improviso con la gente que juntasen, al conde de Plasencia. Esto pensaba él; Dios el mal que aparejaba para los otros, volvió sobre su cabeza, y un engaño se venció con otro: fue asi que el conde de Haro y el marques de Santillana á instancia del conde de Plasencia trataron entre sí y se hermanaron para dar la muerte al autor de tantos males. El Rey de Burgos era venido á Valladolid para proveer á la guerra que se hacia entre los navarros. Enviaron los grandes quinientos de á caballo á aquella villa con orden que les dieron de matar á don Alvaro de Luna, que estaba descuidado desta trama. Para que el trato no se enten-

diese, echaron fama que iban en ayuda del conde de Benavente contra don Pedro de Osorio conde de Trastamara, con quien tenia diferencias. Súpose por cierto aviso lo que pretendian aquellos grandes; por esto la corte á persuasion de don Alvaro dió la vuelta á Burgos, que fue acelerar su perdicion por el camino que pensaba librarse del peligro, y de aquella zalagarda. Era Iñigo de Zúñiga alcayde del castillo de aquella ciudad, con esta comodidad el Rey que cansado estaba de don Alvaro, acordó llamar al conde de Plasencia su hermano del alcayde, con orden que viniese con gente bastante para atropellar á don Alvaro su enemigo declarado. Importaba que el negocio fuese secreto: por esto envió la Reyna á la condesa de Ribadeo señora principal y prudente, y sobrina que era del mismo conde de parte de madre, para que mas le animase y le hiciese apresurar. Hizo ella lo que le mandaron: avisó á su tio que don Alvaro quedaba metido en la red y en el lazo; que como á bestia fiera era justo que cada qual acudiese con sus dardos, y vengasen con su muerte las injurias comunes y daños de tantos buenos. El conde no pudo ir por estar enfermo de la gota: envió en su lugar á su hijo mayor don Alvaro, que paró en Curiel pueblo no lexos de Burgos para juntar gente de á caballo. Avisó el Rey á don Alvaro de Luna que se fuese á su estado, pues no ignoraba quánto era el odio que le tenian: que él pretendia gobernar el reyno por consejo de los grandes. Debia el Rey estar arrepentido del acuerdo que tomára de hacer morir á don Alvaro, ó temia lo que de aquel negocio podia resultar. Escusábase don Alvaro, y no venia en salir de la corte si no fuese que en su lugar quedase el arzobispo de Toledo: lo peor fue que por sospechar de las palabras del Rey (que entendia no

las dixera sin causa) le tenian puestas algunas asechanzas, hizo una nueva maldad con que parecia quitalle Dios el entendimiento, y fue que mató en su posada á Alonso de Vivero, y desde la ventana de su aposento le hizo echar en el rio que corria por debaxo de su posada, sin tener respeto á que era ministro del Rey y su contador mayor, ni al tiempo, que era viernes de la semana Santa á treinta de marzo año de mil y quatrocientos y cincuenta 1453.
y tres. Este exceso hizo apresurar su perdicion, y que el Rey enviase á toda priesa un mensage para acuciar á don Alvaro de Zúñiga. Llegó á la ciudad arrebozado: seguíanle de trecho en trecho hasta ochenta de á caballo. Como fue de noche, llamaron algunos ciudadanos al castillo, y los avisaron que con las armas se apoderasen de las calles de la ciudad. No pudó todo esto hacerse tan secretamente que no corriese la fama de cosa tan grande y se dixese que el dia siguiente querian prender á don Alvaro; ninguno empero le avisaba del peligro en que se hallaba, que parece todos estaban atónitos y espantados. Solo un criado suyo llamado Diego de Gotor le avisó de lo que se decia, y le amonestaba que pues era de noche se saliese á un meson del arrabal. No recibió él este saludable consejo; que por estar alterado con diversos pensamientos no hallaba traza que le contentase. A la verdad dónde se podia recoger? dónde estar escondido? de quién se podia fiar? en la ciudad no tenia parte segura, muy lexos sus castillos en que se pudiera salvar por ser muy fuertes. Despedido Gotor, se resolvió á esperar lo que sucediese: fiaba en sí mismo, y menospreciaba sus enemigos: lo uno y lo otro quando alguno está en peligro, demasiado y muy perjudicial. Ya que todo estaba á punto, á cinco de abril, que era jueves, al amanecer cerca-

ron con gente armada las casas de Pedro de Cartagena en que don Alvaro de Luna posaba. No pareció usar de fuerza, bien que algunos soldados fueron heridos por los criados de don Alvaro, que les tiraban con ballestas desde las ventanas de la casa. Anduvieron recados de una parte á otra: por conclusion don Alvaro de Luna, visto que no se podia hacer al, y que le era forzoso, demas que el Rey por una cédula firmada de su mano que le envió, le prometia no le sería hecho agravio, que era todo dalle buenas palabras, finalmente se rindió. En las mismas casas de su posada fue puesto en prision, á las quales vino el Rey á comer despues de oida missa. El obispo de Avila don Alonso de Fonseca venia al lado del Rey. Don Alvaro como le viese desde una ventana, puesta la mano en la barba dixo: Para estas cleriguillo que me la habeis de pagar. Respondió el obispo: Pongo señor á Dios por testigo, que no he tenido parte alguna en este consejo y acuerdo que se ha tomado, no mas que el Rey de Granada: aun no tenia sus brios amansados con los males. Acabada la comida, y quitadas las mesas, pidió licencia para hablar al Rey: no se la dieron; envióle un billete en esta sustancia: «Quarenta y cinco años há que os comencé, »señor, á servir; no me quexo de las mercedes, que »antes han sido mayores que mis méritos, y mayo»res que yo esperaba, no lo negaré. Una cosa ha »faltado para mi felicidad, que es retirarme con tiem»po. Pudiera bien recogerme á mi casa y descanso, »en que imitára el exemplo de grandes varones que »asi lo hicieron. Escogí mas aina servir como era »obligado, y como entendí que las cosas lo pedian: »engañéme, que ha sido la causa de caer en este des»man. Siento mucho verme privado de la libertad; »que por darla á vuestra alteza no una vez he arrisca-

»do vida y estado. Bien sé que por mis grandes pe-
»cados tengo enojado á Dios, y tendré por grande
»dicha que con estos mis trabajos se aplaque su saña.
»No puedo llevar adelante la carga de las riquezas,
»que por ser tantas me han traido á este término. Re-
»nunciáralas de buena gana, si todas no estuviesen en
»vuestras manos. Pésame de haberme quitado el po-
»der de mostrar á los hombres que como para adqui-
»rir las riquezas, asi tenia pecho para menosprecia-
»llas y volvellas á quien me las dió. Solo suplico que
»por tener cargada la conciencia á causa de la mucha
»falta de los tesoros reales en diez ó doce mil escu-
»dos que se hallarán en mi recámara y en mis co-
»fres, se dé orden como se restituyan enteramente
»á quien yo los tomé; lo qual si no alcanzo por
»mis servicios tales, quales ellos han sido, es jus-
»to que lo alcance por ser la peticion tan justa y ra-
»zonable." A estas cosas respondió el Rey: «Quan-
»to á lo que decia de sus servicios y de las mercedes
»recebidas, que era verdad que eran mayores que
»ningun Rey ó Emperador en tiempo alguno hobiese
»hecho á alguna persona particular. Que si le ayudó
»á recobrar la libertad que por su respeto le quitáran,
»no merecia por esta causa menos reprehension que
»alabanza. A la pobreza y falta de dinero, pues él fue
»della la principal causa, fuera mas justo que ayudá-
»ra con sus riquezas que con agraviar á nadie; pero
»que sin embargo se tendria cuenta con que de sus
»bienes se hiciese la satisfaccion que decia, en que
»se tendria mas cuenta con la conciencia que con los
»enojos y desacatos pasados." Es cosa maravillosa y
digna de considerar que entre tantos como tenia
obligados don Alvaro con grandes beneficios y fa-
vores, ninguno le acudió en este trabajo: la verdad
es que todos desamparan á los miserables, y per-

dída la gracia del Rey, luego todo se les muda en contrario. Lleváronle preso á Portillo, y por su guarda Diego de Zúñiga hijo del mariscal Iñigo de Zúñiga. Este año tan señalado para los españoles por la justicia que se executó en un tan gran personage, fue en comun á los christianos muy desgraciado, y en que se derramaron muchas lágrimas por la pérdida de la ciudad de Constantinopla de que los turcos se apoderaron. Fue asi que el Gran Turco Mahomad ensoberbecido por las muchas victorias que de los nuestros ganára, despues que se apoderó de las demas ciudades y pueblos de la Thracia (que hoy se llama Romanía) asentó sus reales junto á Constantinopla, nobilísima ciudad, que fue por espacio de cincuenta y quatro dias batida por mar y tierra con toda manera de ingenios y de trabucos hasta tanto que un dia á veinte y nueve de mayo un ginoves por nombre Longo Justiniano dió entrada á los turcos en la ciudad (1). Algunos señalan el año pasado, y dicen fue el lunes de pascua de Espíritu Santo, si bien en el dia del mes concuerdan con los demas: sospecho se engañan. La suma es que en los miserables ciudadanos se executó todo género de crueldad y fiereza bárbara, sin hacer diferencia de mugeres, niños y viejos. Pone grima traer á la memoria las desventuras de aquella nacion, y nuestra afrenta; en qué manera las riquezas y poder de aquel imperio que antiguamente fue muy florido, en un momento de tiempo se asolaron. Bien que tenian asaz merecido este castigo por la fé que en el concilio Florentino dieron de ser cathólicos junto con su Emperador Juan Pa-

(1) Gerar. Merc. En su chronologia.

leologo, y poco despues la quebrantaron. Muerto él los dias pasados, sucedió en el imperio su hermano Constantino. Este príncipe como viese entrada la ciudad, por no ser escarnecido, si le prendian, dexada la sobreveste imperial, se metió en la mayor carga y priesa de los enemigos y alli fue muerto: antepuso la muerte honrosa á la servidumbre torpe; muestra que dió de su esfuerzo en aquel trance. Sus hermanos Demetrio y Thomás escaparon con la vida, pero para ser mas afrentados con trabajos y desastres que les avinieron adelante. Alteró como era razon esta nueva los ánimos de todos los christianos: derramaban lágrimas, afligíanse fuera de sazon y tarde despues de tan grande y tan irreparable daño. Desde aquel tiempo aquella ciudad ha sido silla y asiento del imperio de los turcos, conocida asaz y señalada por nuestros males. Don Carlos príncipe de Viana fue llevado á Zaragoza, y á instancia de los aragoneses le perdonó su padre y le puso en libertad á veinte y dos de junio. La suma del concierto fue que el príncipe obedeciese á su padre, y que de las ciudades y castillos que por él se tenian, quitase la guarnicion de soldados. Para cumplir esto dió en rehenes á don Luis de Biamonte conde que era de Lerin y condestable de Navarra, y con él á sus hijos y otros hombres principales de aquel reyno. La alegria que hobo por este concierto, duró poco, ca en breve se levantaron nuevos alborotos. La codicia del padre y poco sufrimiento del hijo fueron causa que el reyno de Navarra por largo tiempo padeciese trabajos y daños, segun que adelante se apuntará en sus lugares.

CAPITULO XIII.

Como se hizo justicia de don Alvaro de Luna.

En un mismo tiempo el Rey de Castilla sé apoderaba del estado y tesoros de don Alvaro de Luna, y él mismo desde la carcel en que le tenian, trataba de descargarse de los delitos que le achacaban, por tela de juicio, del qual no podía salir bien pues tenia por contrario al Rey, y mas irritado contra él por tantas causas. Los jueces señalados para negocio tan grave, sustanciado el proceso y cerrado, pronunciaron contra él sentencia de muerte. Para executalla, desde Portillo do le llevaron en prision le traxeron á Valladolid. Hiciéronle confesar y comulgar: concluido esto, le sacaron en una mula al lugar en que fue executado, con un pregon que decia: «Esta es la justicia que manda hacer nuestro señor el Rey á este cruel tyrano por »quanto él con grande orgullo é soberbia, y loca »osadia, y injuria de la real magestad, la qual tie»ne lugar de Dios en la tierra, se apoderó de la »casa y corte y palacio del Rey nuestro señor, usur»pando el lugar que no era suyo, ni le pertenecia: »é hizo é cometió en deservicio de nuestro Señor »Dios é del dicho señor Rey, é menguamiento y »abaxamiento de su persona y dignidad, y del es»tado y corona real, y en gran daño y deservicio »de su corona y patrimonio, y perturbacion y men»gua de la justicia, muchos y diversos crímenes y »excesos, delitos, maleficios, tyranías, cohechos: »en pena de lo qual le mandan degollar porque la »justicia de Dios y del Rey sea executada, y á to»dos sea exemplo que no se atrevan á hacer ni co»meter tales ni semejantes cosas. Quien tal hace,

»que así lo pague." En medio de la plaza de aquella villa tenian levantado un cadahalso, y puesta en él una Cruz con dos antorchas á los lados y debaxo una alhombra. Como subió en el tablado, hizo reverencia á la Cruz, y dados algunos pasos, entregó á un page suyo que alli estaba, el anillo de sellar y el sombrero con estas palabras: Esto es lo postrero que te puedo dar. Alzó el mozo el grito con grandes sollozos y llanto, ocasion que hizo saltar á muchos las lágrimas, causadas de los varios pensamientos que con aquel espectáculo se les representaban. Comparaban la felicidad pasada con la presente fortuna y desgracia, cosa que aun á sus enemigos hacía plañir y llorar. Hallóse presente Barraza caballerizo del príncipe don Enrique: llamóle don Alvaro y díxole: Id y decid al príncipe de mi parte que en gratificar á sus criados no siga este exemplo del Rey su padre. Vió un garfio de hierro clavado en un madero bien alto: preguntó al verdugo para qué le habian puesto alli, y á qué propósito. Respondió él que para poner alli su cabeza luego que se la cortase. Añadió don Alvaro: despues de yo muerto, del cuerpo haz á tu voluntad, que al varon fuerte ni la muerte puede ser afrentosa, ni antes de tiempo y sazon al que tantas honras ha alcanzado. Esto dixo, y juntamente desabrochado el vestido, sin muestra de temor abaxó la cabeza para que se la cortasen á cinco del mes de julio. Varon verdaderamente grande, y por la misma variedad de la fortuna maravilloso. Por espacio de treinta años poco mas ó menos estuvo apoderado de tal manera de la casa real, que ninguna cosa grande ni pequeña se hacía sino por su voluntad, en tanto grado que ni el Rey mudaba vestido ni manjar ni recebia criado si no era por orden de don Alvaro y por su mano. Pero

con el exemplo deste desastre quedarán avisados los cortesanos que quieran mas ser amados de sus príncipes que temidos, porque el miedo del señor es la perdicion del criado, y los hados, cierto Dios apenas permite que los criados soberbios mueran en paz. Acompañó á don Alvaro por el camino y hasta el lugar en que le justiciaron, Alonso de Espina frayle de San Francisco, aquel que compuso un libro llamado Fortalitium fidei, magnífico título, bien que poco elegante: la obra erudita y excelente por el conocimiento que dá y muestra de las cosas divinas y de la Escritura sagrada. Quedó el cuerpo cortada la cabeza por espacio de tres dias en el cadahalso, con una bacía puesta alli junto para recoger limosna con que enterrasen un hombre que poco antes se podia igualar con los Reyes: asi se truecan las cosas. Enterráronle en San Andres, enterramiento de los justiciados: de alli le trasladaron á San Francisco, monasterio de la misma villa, y los años adelante en la iglesia mayor de Toledo en su capilla de Santiago sus amigos por permision de los Reyes le hicieron enterrar. Dícese comunmente que don Alvaro consultó á cierto astrólogo que le dixo su muerte sería en cadahalso: entendió él no que habia de ser justiciado, sino que su fin sería en un pueblo suyo que tenia de aquel nombre en el reyno de Toledo, por lo qual en toda su vida no quiso entrar en él: nos destas cosas (como sin fundamento y vanas) no hacemos caso alguno. Estaban á la sazon los reales del Rey sobre Escalona, pueblo que despues de la muerte de don Alvaro le rindió su muger á partido que los tesoros de su marido se partiesen entre ella y el Rey por partes iguales. Todo lo demas fue confiscado; solo don Juan de Luna hijo de don Alvaro se quedó con la villa de Santistevan que su padre le diera, cu-

ya hija casó con don Diego hijo de don Juan Pacheco, y por medio deste casamiento se juntó el condado de Santistevan que ella heredó de su padre, con el marquesado de Villena. Tuvo don Alvaro otra hija legítima por nombre doña María, que casó con Iñigo Lopez de Mendoza duque del Infantado. Fuera de matrimonio á Pedro de Luna señor de Fuentidueña, y otra hija que fue muger de Juan de Luna su pariente, gobernador que era de Soria. Esto baste de la caida y muerte de don Alvaro. En Granada el moro Ismael (que los años pasados fue de nuevo enviado por el Rey á su tierra) ayudado de sus parciales que tenia entre los moros, y con el favor que los christianos le dieron, despojó del reyno á su primo Mahomad el Coxo. No se señala el tiempo en que esto sucedió, del caso no se duda. Las desgracias que el año pasado sucedieron á los moros, habian hecho odioso al Rey Mahomad para con aquella nacion, de suyo muy inclinada á mudanza de príncipes. Ismael apoderado del reyno no guardó mucho tiempo con los christianos la fé y lealtad que debiera: quando era pobre, se mostraba afable y amigo, despues de la victoria olvidóse de los beneficios recebidos. En Portugal se acuñaron de nuevo escudos de buena ley que llamaron Cruzados: la causa del nombre fue que por el mismo tiempo se concedió jubileo á todos los portugueses que con la divisa de la Cruz fuesen á hacer la guerra contra los moros de Berbería. El que alcanzó esta cruzada del Sumo Pontífice Nicolao Quinto, fue don Alvaro Gonzalez obispo de Lamego, varon en aquel reyno esclarecido por su prudencia y por la doctrina y letras de que era dotado.

CAPITULO XIV.

Como falleció el Rey don Juan de Castilla.

Con la muerte de don Alvaro de Luna poco se mejoraron las cosas, mas aina se quedaron en el mismo estado que antes, dado que el Rey estaba resuelto (si la vida le durára mas años) de gobernar por sí mismo el reyno, y ayudarse del consejo del obispo de Cuenca y del prior de Guadalupe fray Gonzalo de Illescas, varones en aquella sazon de mucha entereza y santidad, con cuya ayuda pensaba recompensar con mayores bienes los daños, y soldar las quiebras pasadas; á la diligencia muy grande de que cuidaba usar, ayuntar la severidad en el mandar y castigar, virtud muchas veces mas saludable que la vana muestra de clemencia: con esta resolucion los llamó á los dos para que viniesen á Avila, á donde él se fue desde Escalona. Pensaba otrosí entretener á sueldo ordinario ocho mil de á caballo para conservar en paz la provincia y resistir á los de fuera: demas desto dar el cuidado á las ciudades de cobrar las rentas reales, para que no hobiese arrendadores ni alcabaleros, ralea de gente que saben todos los caminos de allegar dinero, y por el dinero hacen muy grandes engaños y agravios. Por otra parte los portugueses comenzaban á descubrir con las navegaciones de cada un año las riberas exteriores de Africa en grandísima distancia, sin parar hasta el cabo de Buena Esperanza, que (adelgazándose las riberas de la una parte y de la otra en forma de pyrámide) se tiende de la otra parte de la equinoccial por espacio de treinta y cinco grados. Con estas navegaciones destos principios llegó aquella nacion á ganar adelante grandes riquezas, y renombre no menor. El primero que

acometió esto, fue el infante don Enrique tio del Rey de Portugal por el conocimiento que tenia de las estrellas, y por arder en deseo de ensanchar la religion christiana: celo por el qual merece inmortales alabanzas. El Rey de Castilla pretendia que aquellas riberas de Africa eran de su conquista, y que no debia permitir que los portugueses pasasen adelante en aquella demanda: envió por su embaxador sobre el caso á Juan de Guzman; amenazaba que si no mudaban propósito, les haria guerra muy brava. Respondió el Rey de Portugal mansamente que entendia no hacerse cosa alguna contra razon, y que tenia confianza que el Rey de Castilla antes que aquel pleyto se determinase por juicio, no tomaria las armas. Habíase ido el Rey de Castilla á Medina del Campo y á Valladolid para ver si con la mudanza del ayre mejoraba de la indisposicion de quartanas que padecia, que aunque lenta, pero por ser larga le trabajaba. Por el mismo tiempo Juan de Guzman volvió con aquella respuesta de Portugal, y la Reyna de Aragon con intento de hacer las paces entre los príncipes de España llegó á Valladolid. No fue su venida en balde, porque con el cuidado que puso en aquel negocio y su buena maña, demas que casi todas las provincias de España se hallaban cansadas y gastadas con guerras tan largas, se efectuó lo que deseaba, sin embargo de la nueva ocasion de ofension y desabrimiento que se ofrecia á causa del repudio que el príncipe don Enrique dió á doña Blanca su muger, que envió á su padre con achaque que por algun hechizo no podia tener parte con ella. Este era el color: la verdad y la culpa era de su marido, que aficionado a tratos ilícitos y malos (vicio que su padre muchas veces procuró quitalle) no tenia apetito, ni aun fuerza para lo que le era lícito; especial con doncellas: así

se tuvo por cosa averiguada, por muchas congeturas y señales que para ello se representaban. El que pronunció la sentencia del divorcio la primera vez, fue Luis de Acuña administrador de la iglesia de Segovia por el cardenal don Juan de Cervantes: confirmó despues esta sentencia el arzobispo de Toledo por particular comision del Pontífice Nicolao, que le envió su breve sobre el caso, con grande maravilla del mundo que sin embargo del repudio de doña Blanca el príncipe don Enrique se tornase á casar, que parece era contra razon y derecho. A trece de noviembre nació al Rey de Castilla en Tordesillas un hijo que se llamó don Alonso, el qual si bien murió de poca edad, fue á los naturales ocasion de una grave y larga guerra, como se verá adelante. A instancia pues de la Reyna de Aragon se trató de hacer las paces entre Castilla y Aragon: lo mismo procuraba se hiciese en Navarra entre los príncipes padre y hijo. Para resolver las condiciones que se debian capitular, concertaron treguas por todo el año siguiente. Estaba todo esto para concluirse quando la dolencia del Rey de Castilla se le agravó de tal suerte que recebidos todos los Sacramentos finó en Valla-
1454. dolid á veinte de julio año de mil y quatrocientos y cincuenta y quatro. Mandóse enterrar en el monasterio de la Cartuxa de Burgos fundacion de su padre, y que él le dió á los frayles Cartuxos: alli se hizo adelante su entierro; por entonces le depositaron en San Pablo de Valladolid. Fue el enterramiento muy solemne, y en las ciudades y pueblos se le hicieron las honras y exêquias como era justo. Hasta en la misma ciudad de Nápoles el mes luego siguiente se hizo el oficio funeral y honras, en que entre los demas enlutados el embaxador de Venecia pareció vestido de grana y carmesí: espectáculo, que por ser

tan extraordinario fue ocasion que las lágrimas se mudaron en risa. Sucedió otra cosa notable, que con las muchas hachas y luminarias se quemó gran parte del túmulo que para la solemnidad tenian de madera en medio del templo levantado. Mandó el Rey en su testamento que al infante don Alonso su hijo que poco antes le nació, se diese en administracion el mastrazgo de Santiago: nombróle otrosí por condestable de Castilla: dignidades la una y la otra que vacaron por muerte de don Alvaro de Luna. Señaló por sus tutores al obispo de Cuenca y al prior de Guadalupe, y á Juan de Padilla su camarero mayor. Si no fuera por su poca edad, y por miedo de mayores alborotos, le nombrára por sucesor en el reyno, por lo menos trató de hacello: tan grande era el desabrimiento que con el príncipe tenia cobrado. A la infanta doña Isabel mandó la villa de Cuellar y gran suma de dineros: á la Reyna su muger á Soria, Arévalo, Madrigal, con cuyas rentas sustentase su estado y llevase las incomodidades de la viudez y soledad.

CAPITULO XV.

Como el príncipe don Enrique fue alzado por Rey de Castilla.

Con la muerte del Rey don Juan de Castilla el reyno, como era justo, se dió á don Enrique su hijo. Hizose la ceremonia acostumbrada en una junta de grandes, parte de los quales se hallaban á la sazon presentes en Valladolid, parte acudieron de nuevo, sabida la muerte del Rey. Quatro dias adelante tomó las insignias reales, y levantaron por él los estandartes de Castilla. Luego pusieron en libertad á los con-

des de Alba y de Treviño, con que se hizo la fiesta de la coronacion muy mas regocijada; los demas grandes que fueron con ellos presos por diversas ocasiones y accidentes, estaban ya libres: contiñuaron en sus oficios todos los ministros de la casa real de su padre. Comenzóse asi mismo de nuevo á tratar de la paz por parte de la Reyna de Aragon, que para ello tenia poderes bastantes de su marido y cuñado los Reyes de Aragon y de Navarra; concluyóse finalmente con estas condiciones: El Rey de Navarra, don Alonso su hijo, don Enrique hijo del infante de Aragon don Enrique dexen la pretension de los estados y dignidades que en Castilla pretenden; en recompensa el Rey de Castilla cada un año les señale y pague enteramente ciertas pensiones, en que se concertaron: el almirante de Castilla y don Enrique su hermano, y Juan de Tovar señor de Berlanga con los demas que siguieron el partido y voz de Navarra, puedan volver á su patria y á sus estados. Era ya fallecido el conde de Castro don Diego Gomez de Sandoval en la mayor calor de la pretension que traía sobre la restitucion que pedia se le hiciese de los estados que por causa de las revueltas pasadas le quitaron á tuerto, como sus letrados alegaban: su cuerpo enterraron en Borgia. Antes que falleciese, en premio de la lealtad que guardó á los aragoneses, le dieron á Denia en el reyno de Valencia, y á Lerma en Castilla la vieja. Estos pueblos dexó á don Fernando su hijo, el qual con algunos otros de los foragidos quedó excluido del perdon para que no volviese á Castilla sin particular licencia del nuevo Rey. Demas desto acordaron que los castillos que se tomaron de una parte y de otra durante la guerra en las fronteras de Castilla y de Aragon, se restituyesen enteramente á sus dueños; por Atienza en particular die-

ron al Rey de Navarra quince mil florines á cuenta de lo que en defender aquella plaza gastára. Concluida en esta forma la paz entre Castilla y Aragon, se intentó de sosegar los bullicios de Navarra: negocio mas dificultoso, y que en fin no tuvo efectó por ser entre padre y hijo, ca ordinariamente quanto el deudo y obligacion es mayor, tanto la enemiga quando se enciende, es mas grave. Entretantó que los príncipes interesados en la confederacion de que se ha tratado, firmaban las condiciones y acuerdo tomado, se concertó alargasen las treguas por otro año. Asentado esto, la Reyna de Aragon se volvió á su reyno. Don Juan Pacheco marques de Villena sin competidor quedó en Castilla el mas poderóso de todos los grandes por sus riquezas y privanza que alcanzaba con el nuevo Rey de Castilla; el qual y don Ferrer de Lanuza que vino en compañía de la Reyna de Aragon, y don Juan de Biamonte hermano del condestable de Navarra (estos tres señores con poderes de los tres príncipes sus amos el Rey don Enrique y el Rey de Navarra, y el príncipe don Carlos de Viana) se juntaron en Agreda por principio del año mil y quatrocientos y cincuenta y cinco, lugar 1455.
que está en Castilla y á la raya de Navarra y de Aragon, en lo qual fuera de la comodidad que era para todos, tambien se tuvo consideracion á dar ventaja y reconocer mayoría al Rey de Castilla don Enrique. Llevaban comision de concertar al Rey de Navarra con su hijo. Junta que fue de poco efecto. El de Navarra y su parcialidad no aprobaban las condiciones que por la otra parte se pedian. Entendíase que don Juan Pacheco de secreto procuraba impedir la paz de Navarra entre el padre y el hijo, por miedo que si las cosas del todo se sosegaban, él no tendria tanto poder y autoridad. Solo se concertaron treguas

que durasen hasta todo el mes de abril. Esto en lo que toca á Navarra. En Castilla las esperanzas que los naturales tenian que las cosas con la mudanza del gobierno mejorarian, salieron del todo vanas. El reyno á guisa de una nave trabajada con las olas, vientos y tempestad tenia necesidad de hombre y de piloto sábio, que era lo que hasta alli principalmente les faltára. El nuevo Rey salió en el descuido semejable á su padre, y en cosas peor. No echaba de ver los males que se aparejaban, ni se apercebia bastantemente para las tempestades que le amenazaban, si bien era de vivo ingenio y ferviente, pero de corazon flaco, y todo él lleno de torpezas, en particular el cuidado del gobierno y de la república le era muy pesado. Don Juan Pacheco lo gobernaba todo con mas recato que don Alvaro de Luna y mas templanza, ó por ventura fue mas dichoso, pues se pudo conservar por toda la vida. Tenia el Rey don Enrique la cabeza grande, áncha la frente, los ojos zarcos, las narices no por naturaleza sino por cierto accidente romas, el cabello castaño, el color roxo y algo moreno, todo el aspecto fiero y poco agradable, la estatura alta, las piernas largas, las facciones del rostro no muy feas, los miembros fuertes y á propósito para la guerra: era aficionado asaz á la caza y á la música, en el arreo de su persona templado: bebia agua, comia mucho, sus costumbres eran disolutas, y la vida estragada en todas maneras de torpeza y deshonestidad; por esta causa se le enflaqueció el cuerpo, y fue sugeto á enfermedades: muy inconstante y vario en lo que intentaba. Llamáronle vulgarmente el Liberal y el Impotente: el un sobrenombre le vino por la falta que tenia natural, el otro nació de la estrema prodigalidad de que usaba, en tanto grado que en hacer mercedes de pueblos y derramar sin juicio,

y por tanto sin que se lo agradeciesen, los tesoros que con codicia demasiada juntaba, parecia aventajarse á todos sus antepasados. Disminuyó sin duda por esta via y menoscabó la magestad de su reyno y las fuerzas. Era codicioso de lo ageno y pródigo de lo suyo, vicios que de ordinario se acompañan: olvidábase de las mercedes que hacía, y tenia memoria de los servicios y buenas obras de sus vasallos, que solia pagar con mas presteza que si fuera dinero prestado. Sus palabras eran mansas y corteses, á todos hablaba benigna y dulcemente, en la clemencia fue demasiado: virtud que sino se templa con la severidad, muchas veces no acarrea menores daños que la crueldad, ca el menosprecio de las leyes, y la esperanza de no ser castigados los delitos, hacen atrevidos á los malos. Esta variedad de costumbres que tuvo este Rey, fue causa que en ningun tiempo las revueltas fuesen mayores que en el suyo: reynó por espacio de veinte años, quatro meses, dos dias. Faltóle en conclusion la prudencia y la maña bien asi para gobernar á sus vasallos en paz, como para sosegar los alborotos que dentro de su reyno se levantaron.

CAPITULO XVI.

De la paz que se hizo en Italia.

Emprendióse una brava guerra en Italia tres años antes deste con esta ocasion: Francisco Esforcia despues que se apoderó del estado de Milán, requirió á los venecianos le entregasen ciertos pueblos que dél tenian en su poder por la parte que corre el rio Abdua; y porque no lo hacían, acordó valerse de las armas: convidó á los florentines para que le ayudasen; vinieron en ello, y hicieron entre sí una liga secreta.

Llevaron esto mal los venecianos, y lo primero mandaron que todos los florentines saliesen de aquella señoría, y no pudiesen tener en ella contratacion. Tras esto por medio de Leonello marques de Ferrara trataron de hacer alianza con el Rey de Aragon: representáronle que si él movia guerra á los florentines en sus tierras, Esforcia quedaria para contra ellos sin fuerzas bastantes. Hecha esta nueva liga, Guillermo marques de Monferrat con quatro mil caballos y dos mil infantes al sueldo de Aragon fue enviado para que hiciese entrada, y comenzase la guerra contra el duque por la parte de Alexandría de la Palla. A don Fernando hijo del Rey de Aragon, duque de Calabria, que ya tenia tres hijos, cuyos nombres eran don Alonso, don Fadrique y doña Leonor, dió su padre cargo de acometer á los florentines, todo á propósito que se hiciese la guerra con mas autoridad, y se pusiese mayor espanto á los contrarios. Dióle seis mil de á caballo y dos mil infantes, acompañado otrosí de dos muy señalados capitanes Neapoleon Ursino y el conde de Urbino. Entraron por la comarca de Cortona y Arezo: talaron los campos, saquearon y quemaron las aldeas, y ganaron por fuerza á Foyano pueblo principal. Demas desto vencieron en batalla á Astor de Faenza, que á instancia de los florentines el primero de todos les acudió, con que de nuevo algunos otros castillos se ganaron. Por otra parte Antonio Olcina en la comarca de Volterra, apoderado de otro pueblo llamado Vado, desde alli no cesaba de hacer correrías por los campos comarcanos de la jurisdiccion de florentines, y robar todo lo que hallaba: en el estado de Milán se hacía la guerra no con menor corage. Por el contrario Francisco Esforcia convidó á Renato duque de Anjou á pasar en Italia desde Francia: prometíale que acabada la guerra de Lombardía,

juntaria con él sus fuerzas para que echados los aragoneses recobrase el reyno de Nápoles. Halló Renato tomados los pasos de los Alpes por el de Saboya y el marques de Monferrat, ca á instancia de venecianos ponian en esto cuidado. Por esta causa fue forzado á pasar á Génova en dos naves: llevaba poco acompañamiento, y su casa y criados de poco lustre; comenzaron por esto á tenellè en poco: muchas veces cosas pequeñas son ocasion de muy grandes, y mas en materia de estado. Verdad es que el delphin de Francia Ludovico, que fue despues Rey de Francia el Onceno de aquel nombre, por tierra llegó con sus gentes y entró en favor del duque de Milán y de Renato hasta Asta: alegria y esperanza que en breve se escureció porque pasados tres meses, no se sabe con que ocasion de repente aquellas gentes dieron la vuelta y se tornaron para Francia. Murmuraban todos de Renato, y juzgábanle por persona poco á propósito para reynar. Hallábanse en grande riesgo los negocios, porque desamparados los milaneses y florentines de sus confederados no parecia tendrian fuerzas bastantes para contrastar á enemigos tan bravos como tenian. El desastre ageno fue para ellos saludable. La triste nueva que vino de la pérdida de Constantinopla, comenzó á poner voluntad en aquellas gentes de acordarse y hacer paces, mayormente que se rugía que aquel bárbaro Emperador de los turcos, ensoberbecido con victoria tan grande, trataba de pasar en Italia, y parecíales con el miedo que ya llegaba. Simon de Camerino frayle de San Agustin, persona mas de negocios que docta, andaba de unas partes á otras, y no perdonaba ningun trabajo por llevar al cabo este intento: su diligencia fue tan grande que el año próximo pasado á nueve de abril se concertó la paz en la ciudad de Lodi entre los venecianos, milaneses y flo-

rentines con condiciones que á todos venian muy bien: poco adelante se asentó entre los mismos liga en Venecía á treinta de agosto. Llevó mal el Rey de Aragon todo esto, que sin dalle á él parte se hobiese concluído la liga y confederacion: quexábase de la inconstancia y deslealtad (como él decia) de los venecianos: asi mandó á su hijo don Fernando que dexada la guerra que á florentines hacía, se volviese al reyno de Nápoles. Para aplacar á un Rey tan poderoso, y que para todo podia su desgusto y su ayuda ser de grande importancia, le despacharon los venecianos, milaneses y florentines embaxadores, personas principales, que desculpasen la presteza de que usaron en confederarse entre sí sin dalle parte por el peligro que pudiera acarrear la tardanza: que sin embargo le quedó lugar para entrar en la liga, ó por mejor decir ser en ella cabeza y principal; por conclusion le suplicaban perdonase la ofensa, qualquiera qué fuese, y que en su real pecho prevaleciese como lo tenia de costumbre el comun bien de Italia contra el desabrimiento particular. Para dar mas calor á negocio tan importante el Pontífice juntó con los demas embaxadores su legado, que fue el cardenal de Fermo, por nombre Dominico Capránico, persona de grande autoridad por sus partes muy aventajadas de prudencia, bondad y letras. Fuése el Rey á la ciudad de Gaeta para allí dar audiencia á los embaxadores. Tenia el primer lugar entre los demas el cardenal, como era razon y su dignidad lo pedia: asi el dia señalado tomó la mano, y á solas sin otros testigos habló al Rey en esta sustancia: «Una »cosa facil, antes muy digna de ser deseada, venimos, »señor, á suplicaros: esto es que entreis en la paz »y liga que está concertada entre las potencias de Ita»lia, negocio de mucha honra, y para el tiempo que

»corre necesario, en que nos vemos rodeados de un »gran llanto por la pérdida pasada, y de otro mayor »miedo por las que nos amenazan. Nuestra floxedad »ó por mejor decir nuestra locura ha sido causa desta »llaga y afrenta miserable. Basten los yerros pasados: »sirvan de escarmiento los males que padecemos. Los »desórdenes de antes mas se pueden tachar que tro»car: esto es lo peor que ellos tienen. Pero si va á »decir verdad, mientras que anteponemos nuestros »particulares al bien público, en tanto que nuestras di»ferencias nos hacen olvidar de lo que debiamos á la »piedad y á la religion, el un ojo del pueblo chris»tiano y una de las dos lumbreras nos han apagado: »grave dolor y quebranto; mas forzosa cosa es repri»mir las lágrimas y la alteracion que siento en el áni»mo, para declarar lo que pretendo en este razona»miento. Cosa averiguada es que la concordia pública »ha de remediar los males que las diferencias pasadas »acarrearon: esta sola medicina queda para sanar nues»tras cuitas, y remediar estos daños que á todos tocan »en comun y á cada uno en particular. El cruel ene»migo de christianos con nuestras pérdidas se enso»berbece y se hace mas insolente: las provincias de »Levante estan puestas á fuego y á sangre; la ciudad »de Constantinopla, luz del mundo y alcázar del pue»blo christiano, súbitamente asolada. Póneseme de»lante los ojos y represéntaseme la imágen de aquel »triste dia, el furor y rabia de aquella gente cebada »en la sangre de aquel miserable pueblo, el cautive»rio de las matronas, la huida de los mozos, los de»nuestos y afrentas de las vírgenes consagradas, los »templos profanados. Tiembla el corazon con la me»moria de estrago tan miserable, mayormente que no »paran en estos los daños: los mares tienen quaxa»dos de sus armadas; no podemos navegar por el mar

»Egeo, ni continuar la contratacion de Levante. To- »do esto si es muy pesado de llevar, debe despertar »nuestros ánimos para acudir al remedio y á la venganza. »Mas á qué propósito tratamos de daños agenos los »que á la verdad corremos peligro de perder la vida »y libertad? el furor de los enemigos no se contenta »con lo hecho, antes pretende pasar á Italia, y apo- »derarse de Roma, cabeza y silla de la religion chris- »tiana: osadía intolerable. Si no me engaño, y no se »acude con tiempo, no solo este mal cundirá por to- »da Italia, sino pasados los Alpes, amenaza las pro- »vincias del Poniente. Es tan grande su soberbia y »sus pensamientos tan hinchados que en comparacion »de lo mucho que se prometen, tienen ya en poco »ser señores del imperio de los griegos. Lo que pre- »tenden, es oprimir de tal suerte la nacion de los »christianos que ninguno quede aun para llorar y ende- »char el comun estrago. Hácenles compañía gentes »de la Scythia, de la Suria, de Africa en gran núme- »ro y muy exercitadas en las armas. Por ventura no »será razon despertar, ayudar á la iglesia en peligro »semejante, socorrer á la patria y á los deudos y fi- »nalmente á todo el género humano? Si suplicáramos »solo por la paz de Italia, era justo que benignamen- »te nos concediérades esta gracia, pues ninguna cosa »se puede pensar ni mas honrosa, si pretendemos ser »alabados, y si provecho, mas saludable, que con la »paz pública sobrellevar esta nobilísima provincia afli- »gida con guerras tan largas; mas al presente no se »trata del sosiego de una provincia, sino del bien y »remedio de toda la christiandad. Esto es lo que todo »el mundo espera, y por mi boca os suplica. Y por »quanto es necesario que haya en la guerra cabeza, »todas las potencias de Italia os nombran por general »del mar, que es por donde amenaza mas brava guer-

»ra, honra y cargo antes de agora nunca concedido »á persona alguna. En vuestra persona concurre todo »lo necesario, la prudencia, el esfuerzo, la autoridad, »el uso de las armas, la gloria adquirida por tantas »victorias habidas por vuestro valor en Italia, Fran»cia y Africa. Solo resta con este noble remate y esta »empresa dar lustre á todo lo demas, la qual será tan»to mas gloriosa quanto por ser contra los enemigos »de Christo será sin envidia y sin ofension de nadie. »Poned, señor, los ojos en Carlos llamado Magno »por sus grandes hazañas, en Jofre de Bullon, en »Sigismundo, en Huniades, cuyos nombres y memo»ria hasta el dia de hoy son muy agradables. Por qué »otro camino subieron con su fama al cielo, sino por »las guerras ságradas que hicieron? No por otra cau»sa tantas ciudades y príncipes, de comun consenti»miento dexadas las armas, juntan sus fuerzas, sino »para acudir debaxo de vuestras banderas á esta san»tísima guerra, para mirar por la salud comun y ven»gar las injurias de nuestra religion. Esto en su nom»bre os suplican estos nobilísimos embaxadores, y yo »en particular por cuya boca todos ellos hablan. Es»to os ruega el Pontífice Nicolao (el qual lo podia »mandar) viejo santísimo, con las lágrimas que todo »el rostro le bañan. Acuérdome del llanto en que le »dexé. Sed cierto que su dolor es tan grande que me »maravillo pueda vivir en medio de tan grandes tra»bajos y penas. Solo le entretiene la confianza que »fundada la paz de Italia, por vuestra mano se reme»diarán y vengarán estos daños: esperanza que si (lo »que Dios no quiera) le faltase, sin duda moriria de »pesar: no os tengo por tan duro que no os dexeis »vencer de voces, ruegos y sollozos semejantes." A estas razones el Rey respondió que ni él fue causa de la guerra pasada, ni pondria impedimento para que

no se hiciese la paz: que su costumbre era buscar en la guerra la paz y no al contrario: «No quiero, dice, »faltar al comun consentimiento de Italia. El agravio »que se me hizo en tomar asiento sin darme parte, »qualquiera que él sea, de buena gana le perdono »por respeto del bien comun. La autoridad del Padre »Santo, la voluntad de los pueblos y de los prínci»pes estimo en lo que es razon, y no rehuso de ir á »esta jornada sea por capitan, sea por soldado." Despues de la respuesta del Rey se leyeron las condiciones de la confederacion hecha por los venecianos con Francisco Esforcia y con los florentines deste tenor y sustancia: Los venecianos, Francisco Esforcia y florentines y sus aliados guarden inviolablemente por espacio de veinte y cinco años, y mas si mas pareciere á todos los confederados, la amistad que se asienta, la alianza, y liga con el Rey don Alonso para el reposo comun de Italia, en especial para reprimir los intentos de los turcos que amenazan de hacer grave guerra á christianos. Las condiciones desta confedecoracion serán estas: el Rey don Alonso defienda (como si suyo fuese y le perteneciese) el estado de venecianos, de Francisco Esforcia y de florentines y sus aliados contra qualquiera que les hiciere guerra, hora sea italiano, hora estrangero. En tiempo de paz para socorrerse entre sí si alguna guerra acaso repentinamente se levantare, el Rey, los venecianos y Francisco Esforcia cada qual tengan á su sueldo cada ocho mil de á caballo y quatro mil infantes, los florentines cinco mil de á caballo y dos mil de á pie, todos á punto y armados. Si aconteciere que de alguna parte se levantare guerra, á ninguna de las partes sea lícito hacer paz si no fuere con comun acuerdo de los demas: ni tampoco pueda el Rey ó alguno de los confederados asentar liga ó hacer avenencia con

alguna nacion de Italia, si no fuere con el dicho comun consentimiento. Quando á alguna de las partes se hiciere guerra, cada qual de los ligados le acuda sin tardanza con la mitad de su caballería y infantería, que no hará volver hasta tanto que la guerra quede acabada. Si aconteciere que por causa de alguna guerra se enviaren socorros á alguno de los nombrados, el que los recibiere, sea obligado á señalalles lugares en que se alojen, y dalles vituallas y todo lo necesario al mismo precio que á sus naturales. Si alguno de los susodichos moviere guerra á qualquiera de los otros, no por eso se tenga por quebrantada la liga quanto á los demas antes se quede en su vigor y fuerza que darán socorro al que fuere acometido, no con menor diligencia que si el que mueve la guerra no estuviese comprehendido en la dicha confederacion. Si se hiciere guerra á alguno de los nombrados, á ninguno de los otros sea lícito dar por sus tierras paso á los contrarios ó proveellos de vituallas, antes con todo su poder resistan á los intentos del acometedor. Estas condiciones, reformadas algunas pocas cosas, fueron aprobadas por el Rey. Comprehendian en este asiento todas las ciudades y potentados de Italia, excepto los ginoveses, Sigismundo Malatesta y Astor de Faenza, que los exceptuó el Rey: los ginoveses porque no guardaron las condiciones de la paz que con ellos tenia asentada los años pasados, Sigismundo y Astor porque sin embargo de los dineros que recibieron, y les contó el Rey de Aragon para el sueldo de la gente de su cargo en tiempo de las guerras pasadas, se pasaron á sus contrarios.

CAPITULO XVII.

Del Pontífice Calixto.

Toda Italia y las demas provincias entraron en una grande esperanza que las cosas mejorarian, luego que vieron asentadas las paces generales, quando el Pontífice Nicolao, sobre cuyos hombros cargaba principalmente el peso de cosas y práticas tan grandes, apesgado de los años y de los cuidados, falleció á veinte y quatro de marzo, y con su muerte todas estas trazas comenzadas se estorbaron y de todo punto se desbarataron. Juntáronse luego los cardenales para nombrar sucesor, y porque los negocios no sufrian tardanza, dentro de catorce dias en lugar del difunto nombraron y salió por Papa el cardenal don Alonso de Borgia, que tenia hecho antes voto por escrito, si saliese nombrado por Papa, de hacer la guerra á los turcos. Llamábase en la misma cédula Calixto, tanta era la confianza que tenia de subir á aquel grado, concebida desde su primera edad (como se decia vulgarmente) por una profecía y palabras que siendo él niño, le dixo en este propósito fray Vicente Ferrer, al qual quiso pagar aquel aviso con ponelle en el número de los Santos: lo mismo hizo con San Emundo de nacion ingles. Fue este Pontífice natural de Xátiva ciudad en el reyno de Valencia: en su menor edad se dió á las letras, en que exercitó su ingenio, que era excelente y levantado, y capaz de cosas mayores. Los años adelante corrió y subió por todos los grados y dignidades: al fin de su edad alcanzó el pontificado romano: sus principios fueron humildes, en él ninguna cosa se vió baxa, ninguna poquedad; mostróse en especial contrario al Rey de Aragon por celo de defender su dignidad, ó por el vicio natural de los

hombres, que á los que mucho debemos, los aborrecemos y miramos como acreedores: asi aunque le suplicaron expidiese nueva bula sobre la investidura del reyno de Nápoles en favor del Rey don Alonso y de su hijo, no se lo pudieron persuadir. Tuvo mas cuenta con acrecentar sus parientes, que sufria aquella edad y la dignidad de la persona sacrosanta que representaba; que es lo que mas se tacha en sus costumbres. Nombró por cardenales en un mismo dia (que fue cosa muy nueva) dos sobrinos suyos hijos de sus hermanas, de doña Cathalina á Juan Mila, y de doña Isabel á Rodrigo de Borgia. A Pedro de Borgia hermano que era de Rodrigo, nombró por su vicario general en todo el estado de la iglesia. El Pontífice Alexandro y el duque Valentin, personas muy aborrecibles en las edades adelante por la memoria de sus malos tratos, procedieron como frutos deste árbol y deste pontificado. Entre Castilla y Aragon se confirmaron las paces, y conforme á lo capitulado el Rey de Navarra desistió de pretender los pueblos que en Castilla le quitaron. En recompensa segun que lo tenian concertado, le señalaron cierta pension para cada un año. Los alborotos de Navarra aun no se apaciguaban, por estar la provincia dividida en parcialidades: gran parte de la gente se inclinaba á don Carlos príncipe de Viana por ser su derecho mejor, como juzgaban los mas. Favoreciale otrosí con todas sus fuerzas su hermana doña Blanca, con tanta ofension del Rey de Navarra por esta causa que trató con el conde de Fox su yerno de traspasalle el reyno de Navarra, y desheredar á don Carlos y á doña Blanca: pareciale era causa bastante haberse rebelado contra su padre; y fuera asi, si él primero no los hobiera agraviado. Para mayor seguridad convidaron al Rey de Francia que entrase en esta pretension, y les ayudase á llevar adelante

esta resolucion tan estraña. El Rey de Castilla don Enrique hacía las partes del príncipe don Carlos: corria peligro no se revolviese por esta causa Francia con España, puesto que el Rey don Enrique por el mismo tiempo se hallaba embarazado en apercebirse para la guerra de Granada, y para efectuar su casamiento que de nuevo se trataba. Tuviéronse cortes en Cuellar, en que todos los estados del reyno, los mayores, medianos y menores, se animaron á tomar las armas, y cada uno por su parte procuraba mostrar su lealtad y diligencia para con el nuevo Rey. Quedaron en Valladolid por gobernadores del reyno en tanto que el Rey estuviese ausente, el arzobispo de Toledo y el conde de Haro. Hecho esto, y juntado un grueso exército en que se contaban cinco mil hombres de á caballo, sin dilacion hicieron entrada por tierra de moros: llegaron hasta la vega de Granada. Asi mismo poco despues con otra nueva entrada pusieron á fuego y á sangre la comarca de Málaga con tanta presteza que apenas en tiempo de paz pudiera un hombre á caballo pasar por tan grande espacio. Estaba desposada por procurador con el Rey de Castilla doña Juana hermana de don Alonso Rey de Portugal: celebráronse las bodas en la ciudad de Córdova á veinte y uno de mayo: fueron grandes los regocijos del pueblo y de los grandes, que de toda la provincia en gran número concurrieron para aquella guerra. Hiciéronse justas y torneos entre los soldados, y otros juegos y espectáculos: algunos tenian por mal agüero que aquellas bodas y casamiento se efectuasen en medio del ruido de las armas; sospechaban que dél resultarian grandes inconvenientes, y que la presente alegria se trocaria en tristeza y llanto. Veló los novios el arzobispo de Turon que era venido por embaxador á Castilla de parte de Carlos Rey de Francia, con quien

tenian los nuestros amistad, con los ingleses discordias por ser como eran mortales enemigos de la corona de Francia. A la fama que volaba de la guerra que se emprendia contra moros, acudian nuevas compañías de soldados, tanto que llegaron á ser por todos catorce mil de á caballo, y cincuenta mil de á pie: exército bastante para qualquiera grande empresa. Con estas gentes hicieron por tres veces entradas en tierras de moros hasta llegar á poner fuego en la misma vega de Granada á vista de la ciudad. Mostrábanse por todas partes los enemigos, pero no pareció al Rey venir con ellos á batalla, por tener acordado de quemar por espacio de tres años los sembrados y los campos de los moros, con que los pensaba reducir á estrema necesidad y falta de mantenimiento. Los soldados como los que tienen el robo por sueldo, la codicia por madre, llevaban esto muy mal: gente arrebatada en sus cosas y suelta de lengua. Echábanlo á cobardía, y amenazaban que pues tan buenas ocasiones se dexaban pasar, quando sus capitanes quisiesen y lo mandasen, ellos no querrian pelear. Los grandes otrosí se comunicaban entre sí de prender al Rey, y hacer la guerra de otra suerte: la cabeza desta conjuracion, y el principal movedor era don Pedro Giron maestre de Calatrava. Iñigo de Mendoza hijo tercero del marques de Santillana dió aviso al Rey, y le aconsejó que desde Alcaudete, donde le querian prender, con otro achaque se volviese á la ciudad de Córdova, sin declaralle por entonces lo que pasaba. Llegado el Rey á Córdova, fue avisado de lo que trataban: por esto y estar ya el tiempo adelante despidió la gente para que se fuesen á invernar á sus casas, con orden de volver á las banderas y á la guerra luego que los frios fuesen pasados, y el tiempo diese lugar. Los señores al tanto fueron enviados á sus casas,

y los cargos que tenian en aquella guerra, se dieron á otros; que fue castigo de su deslealtad, y muestra que eran descubiertos sus tratos. El mismo Rey se partió para Avila: desde alli pasó á Segovia para recrearse y exercitarse en la caza, si bien tenia determinacion de dar en breve la vuelta y tornar al Andalucía: en señal de lo qual tomó por divisa y hizo pintar por orlo de su escudo y de sus armas dos ramos de granado trabados entre sí, por ser estas las armas de los Reyes de Granada. Queria con esto todos entendiesen su voluntad, que era de no dexar la demanda antes de concluir aquella guerra contra moros, y desarraygar de todo punto la morisma de España. En Ná-poles al principio del año siguiente que se contó de
1456. mil y quatrocientos y cincuenta y seis, don Alonso de Aragon príncipe de Cápua, y doña Leonor su hermana, nietos que eran del Rey de Aragon casaron á trueco con otros dos hermanos hijos de Francisco Esforcia, don Alonso con Hipólita y doña Leonor con Esforcia María, parentesco con que parecia grandemente se afirmaban aquellas dos casas. El Pontífice Calixto se alteró por esta alianza que era muy contraria á sus intentos, mayormente que todo se enderezaba para asegurarse dél. El Rey de Castilla volvió con nuevo brio á la guerra de los moros, pero sin los grandes: siguió la traza y acuerdo de antes, y asi solo dió la tala á los campos, y se hicieron presas y robos sin pasar adelante, por la qual causa los soldados estaban desgustados, y porque no les dexaban pelear, á punto de amotinarse. El Rey para prevenir mandó juntar la gente, y les habló en esta manera: «Justo »fuera, soldados, que os dexárades regir de vuestro »capitan, y no que le quisiérades gobernar; esperar »la señal de la pelea, y no forzar á que os la den. Las »cosas de la guerra mas consisten en obedecer que en

»exâminar lo que se manda; y el mas valiente en la »pelea, ese antes della se muestra mas modesto y tem»plado. A vos pertenecen las armas y el esfuerzo, á »nos debeis dexar el consejo y gobierno de vuestra »valentía; que los enemigos mas con maña que con »fuerzas se han de vencer, género de victoria mas se»ñalada y mas noble. Por todas partes estais rodeados »de enemigos poderosos y bravos. Quán grande gloria »será conservar el exército sin afrenta, sin muertes y »sin sangre, y juntamente poner fin y acabar guerra »tan grande? mucho mayor que pasar á cuchillo in»numerables huestes de enemigos. Ninguna cosa, sol»dados, estimamos en mas que vuestra salud: en mas »tengo la vida de qualquiera de vos, que dar la muerte »á mil moros." Con este razonamiento los soldados mas reprimidos que sosegados, fueron llevados á Córdova, y despedidos, cada qual por su parte se partieron para sus casas, otros repartieron por los invernaderos; el Rey otrosí por fin deste año se fue para la villa de Madrid. En este tiempo el Rey de Portugal envió una gruesa armada la vuelta de Italia para que se juntase con la de la liga. Llegó en sazon que el fervor de las potencias de Italia se halló entibiado, y que nuevas alteraciones en Génova y en Sena ciudades de Italia se levantaron muy fuera de tiempo: asi la armada de Portugal dió la vuelta á su casa sin hacer efecto alguno; cuya Reyna doña Isabel falleció en Ebora á los doce de diciembre: sospechóse y averiguóse que la ayudaron con yerbas. Hizo dar crédito á esta sospecha el grande amor que en vida la tuvieron sus vasallos, de que dió muestra el lloro universal de la gente por su muerte. El Rey dado que quedaba en el vigor y verdor de su edad, por muchos años no se quiso casar. Fue este año no menos desgraciado para la ciudad de Nápoles y todo aquel reyno por los tem-

blores de tierra con que muchos pueblos y castillos cayeron por tierra ó quedaron maltratados. El estrago mas señalado en Isernia y en Brindez: en lo postrero de Italia algunos edificios desde sus cimientos se allanaron por tierra, otros quedaron desplomados, hundióse un pueblo llamado Boiano, y quedó alli hecho un lago (1) para memoria perpétua de daño tan grande. Muchos hombres perecieron, dícese que llegaron á sesenta mil almas: el Papa Pio Segundo y San Antonino quitan deste cuento la mitad, ca dicen que fueron treinta mil personas; de qualquier manera, número y estrago descomunal.

CAPITULO XVIII.

Como el Rey de Aragon falleció.

No podia España sosegar, ni se acababa de poner fin en alteraciones tan largas. Los navarros andaban alborotados con mayores pasiones que nunca: los vizcainos sus vecinos por la libertad de los tiempos tomaron entre sí las armas, y se ensangrentaban de cada dia con las muertes que de una y otra parte se cometian; los nobles y hidalgos robaban el pueblo, confiados en las casas que por toda aquella provincia á manera de castillos poseen las cabezas de los linages, gran número de las quales abatió el Rey don Enrique, que de presto desde Segovia acudió al peligro y á sosegar aquella tierra con gente bastante. Esto sucedió por el mes de febrero del año de mil y quatro-
1457. cientos y cincuenta y siete. Desta manera con el castigo de algunos pocos se apaciguaron aquellos albo-

(1) En la descripcion de Europa cap. 56, part. 3. tit. 22. cap. 14. §. 3.

rotos, y los demas quedaron avisados y escarmentados para no agraviar á nadie. En esta jornada y camino recibió el Rey en su casa un mozo natural de Durango, que se llamó Perucho Munzar, adelante muy privado suyo. Deseaba el Rey, por hallarse cerca de Navarra, ayudar al príncipe don Carlos su amigo y confederado: dexólo de hacer á causa que por el mismo tiempo el príncipe huyó y desamparó la tierra por no tener bastantes fuerzas para contrastar con las de Aragon y del conde de Fox, en especial que se decia tenia el Rey de Francia parte en aquella liga, causa de mayor miedo. Esto le movió á pasar á Francia para reconciliarse con aquel Rey tan poderoso; pero mudado de repente parecer por su natural facilidad, ó por fiarse poco de aquella nacion, ca estaba ya prevenida de sus contrarios que ganáran por la mano, se determinó pasar á Nápoles para verse con su tio el Rey de Aragon que por sus cartas le llamaba, y con determinacion que si movido de su justicia y razon no le ayudaba, de pasar su vida en destierro. De camino visitó al Pontífice, al qual se quexó de la aspereza de su padre y de su ambicion: ofrecia que de buena gana pondria en manos de su Santidad todas aquellas diferencias y pasaría por lo que determinase; no se hizo algun efecto. Partió de Roma por la via Apia, y en Nápoles fue recebido bien, y tratado muy regaladamente. Solo le reprehendió el Rey su tio amorosamente por haber tomado las armas contra su padre; que si bien la razon y justicia estuviese claramente de su parte, debia obedecer y sugetarse al que le engendró, y disimular el dolor que tenia, conforme á las leyes divinas, que no discrepan de las humanas. A todo esto se escusó el príncipe en pocas palabras de lo hecho, y en lo demas dixo se ponia en sus manos, presto de hacer lo que fuese su voluntad y merced.

«Cortad, señor, por donde os diere contento: sola»mente os acordad que todos los hombres cometemos »yerros, hacemos y tenemos faltas: este peca en una »cosa y aquel en otra. Por ventura los viejos no co»metísteis en la mocedad cosas que podian reprehen»der vuestros padres? piense pues mi padre que yo »soy mozo, y que él mismo en algun tiempo lo fue.» Despues desto un hombre principal llamado Rodrigo Vidal, enviado de Nápoles sobre el caso á España, trataba muy de veras de concertar aquellas diferencias. Desbarató estos tratados un nuevo caso, y fue que los parciales del príncipe sin embargo que estaba ausente, le alzaron por Rey en Pamplona, que fue causa luego que se supo, de dexar por entonces de tratar de la paz. El Rey de Castilla á instancia del de Navarra, que para el efecto entregó en rehenes á su hijo don Fernando, se partió de la ciudad de Victoria por el mes de marzo, y tuvo habla con él en la villa de Alfaro. Halláronse presentes las Reynas de Castilla y de Aragon. Los regocijos y fiestas en estas vistas fueron grandes. Asentáronse paces entre los dos Reyes. Demas desto por diligencia de don Luis Dezpuch maestre de Montesa, que de nuevo venia por embaxador del Rey de Aragon, y á su persuasion se revocó la liga que tenian asentada entre el de Fox y el Navarro, y todas las diferencias de aquel reyno de Navarra por consentimiento de las partes y por su voluntad se comprometieron en el Rey de Aragon como juez árbitro. La esperanza que todos destos principios concibieron de una paz duradera despues de tantas alteraciones, y que con tanto cuidado se encaminaba, salió vana y fue de poco efecto, como se verá adelante. En el Andalucía los reales de Castilla y la gente estaban cerca de la frontera de los moros. El Rey don Enrique, despedidas las vistas, llegó allá por el mes

de abril. Con su venida se hizo entrada por tierra de moros no con menor ímpetu que antes, ni con menor exército. Llegaron hasta dar vista á la misma ciudad de Granada. Talaban los campos, y ponian fuego á los sembrados. Sin esto cierto número de los nuestros se adelantó sin orden de sus capitanes para pelear con los enemigos, que por todas partes se mostraban. Eran pocos, y cargó mucha gente de los contrarios: asi fueron desbaratados con muerte de algunos, y entre ellos de Garci Lasso, que era un caballero de Santiago de grande valor y esfuerzo. Este revés y la pérdida de persona tan noble irritó al Rey de suerte que no solo quemó las mieses (como lo tenia antes de costumbre) sino que puso fuego á las viñas y arboledas á que no solian antes tocar. Demas desto en un pueblo que tomaron por fuerza, llamado Mena, pasaron todos los moradores á cuchillo sin perdonar á chicos ni á grandes, ni aun á las mismas mugeres; que fue grande crueldad, pero con que se vengaron del atrevimiento y daño pasado. Con estos daños quedaron tan humillados los moros que pidieron y alcanzaron perdon. Concertaron treguas por algunos años, con que pagasen cada un año de tributo doce mil ducados, y pusiesen en libertad seiscientos cautivos christianos, y si no los tuviesen, supliesen el número con dar otros tantos moros. Erales afrentosa esta condición; pero el espanto que les entró, era tan grande que les hizo allanarse y pasar por todo. Añadióse en el concierto que sin embargo quedase abierta la guerra por las fronteras de Jaen, do quedó por general don García Manrique conde de Castañeda con dos mil hombres de á caballo. Para ayuda á esta guerra envió el Papa Calixto al principio deste año (1) una bula de la Cruzada

(1) Alonso de Palenc. año 4 del Rey don Enrique cap. 3.

para vivos y muertos, cosa nueva en España. Predicóla fray Alonso de Espina, que avisó al Rey en Palencia do estaba, que el dinero que se llegase, no se podia gastar sino en la guerra contra moros. Traía facultad para que en el artículo de la muerte pudiese el que fuese á la guerra, ó acudiese para ella con docientos maravedís, ser absuelto por qualquier sacerdote de sus pecados, puesto que perdída la habla, no pudiese mas que dar señales de alguna contricion; item que los muertos fuesen libres de purgatorio: concedióse por espacio de quatro años. Juntáronse con ella casi trecientos mil ducados: quán poco de todo esto se gastó contra los moros! Concluida la guerra, vino de Roma á Madrid un embaxador que traía al Rey de parte del Papa un estoque y un sombrero, que se acostumbra de bendecir la noche de Navidad, y enviar en presente á los grandes príncipes qual se entendia por la fama era don Enrique: traía tambien cartas muy honoríficas para el Rey. No hay alegria entera en este mundo: á la sazon vino nueva que el conde de Castañeda como fuese en busca de cierto esquadron de moros, cayó en una celada, y él quedó preso y gran número de los suyos destrozados. Pusieron en su lugar otro general de mas ánimo, mas prudencia y entereza. El conde fue rescatado por gran suma de dinero, y las treguas mudaron en paces, que fue el remate desta guerra de los moros y principio de cosas nuevas. En Italia estaba la ciudad de Génova puesta en armas, dividida en parcialidades: el Rey de Aragon favorecia á los Adornos; Juan duque de Lorena hijo de Renato duque de Anjou, que se llamaba duque de Calabria, era venido para acudir á los Fregosos bando contrario. El cuidado en que estos movimientos pusieron, fue tanto mayor porque el Rey de Aragon adoleció á ocho de mayo del año

mil y quatrocientos y cincuenta y ocho de una enfermedad que de repente le sobrevino en Nápoles. 1458.
Della estuvo trabajado en Castelnovo hasta los trece de junio: agravábasele el mal, mandóse llevar á Castel del Ovo; las bascas de la muerte hacen que todo se pruebe: no prestó nada la mudanza del lugar, rindió el alma á veinte y siete de junio al quebrar del alba: príncipe en su tiempo muy esclarecido, y que ninguno de los antiguos le hizo ventaja, lumbre y honra perpétua de la nacion española. Entre otras virtudes hizo estima de las letras, y tuvo tanta aficion á las personas señaladas en erudicion, que aunque era de gran edad, se holgaba de aprehender dellos y que le enseñasen. Tuvo familiaridad con Laurencio Valla, con Antonio Panhormita y con Georgio Trapezuncio, varones dignos de inmortal renombre por sus letras muy aventajadas. Sintió mucho la muerte de Bartholomé Faccio, cuya historia anda de las cosas deste Rey, que falleció por el mes de noviembre próximo pasado. Como una vez oyese que un Rey de España era de parecer que el príncipe no se debe dar á las letras, replicó que aquella palabra no era de Rey, sino de buey. Cuéntanse muchas gracias, donayres y dichos agudos deste príncipe para muestra de su grande ingenio, elegante, presto y levantado, mas no me pareció referillos aqui. Poco antes de su muerte se vió un cometa entre Cancro y Leon con la cola que tenia la largura de dos signos, ó de sesenta grados: cosa prodigiosa, y que segun se tiene comunmente, amenaza á las cabezas de grandes príncipes. Otorgó su testamento un dia antes de su muerte. En él nombró á don Juan su hermano Rey que era de Navarra, por su sucesor en el reyno de Aragon: el de Nápoles como ganado por la espada mandó á su hijo don Fernando, ocasion en lo de adelante de grandes altera-

ciones y guerras. De la Reyna su muger no hizo mencion alguna. Hobo fama, y asi lo atestiguan graves autores, que trató de repudialla y de casarse con una su combleza llamada Lucrecia Alania. Hállase una carta del Pontífice Calixto toda de su mano pára la Reyna, en que dice que le debia mas que á su madre, pero que no conviene se sepa cosa tan grande. Que Lucrecia vino á Roma con acompañamiento real, pero que no alcanzó lo que principalmente deseaba y esperaba, porque no quiso ser juntamente con ellos castigado por tan grave maldad. El mayor vicio que se puede tachar en el Rey don Alonso, fue este de la incontinencia y poca honestidad. Verdad es que dió muestras de penitencia en que á la muerte confesó sus pecados con grande humildad, y recibió los demas Sacramentos á fuer de buen christiano. Mandó otrosí que su cuerpo sin túmulo alguno, sino en lo llano y á la misma puerta de la iglesia, fuese enterrado en Poblete, entierro de sus antepasados, que fue señal de modestia y humildad. Falleció por el mismo tiempo don Alonso de Cartagena obispo de Burgos, cuyas andan algunas obras, como de suso se dixo: una breve historia en latin de los Reyes de España, que intituló Anacephaleosis, sin los demas libros suyos, que la Valeriana refiere por menudo, y aquí no se cuentan. Por su muerte en su lugar fue puesto don Luis de Acuña.

CAPITULO XIX.

Del Pontífice Pio Segundo.

Con la muerte del Rey don Alonso se acabó la paz y sosiego de Italia, las fuerzas otrosí del reyno de Nápoles fueron trabajadas, que parecia estar for-

tificadas contra todos los vayvenes de la fortuna. Una nueva y cruelísima guerra que se emprendió en aquella parte, lo puso todo en condicion de perderse; con cuyo suceso mas verdaderamente se ganó de nuevo, que se conservó lo ganado. Tenia el Rey don Fernando de Nápoles ingenio levantado, cultivado con los estudios de derechos, y era no menos exercitado en las armas: dos ayudas muy á propósito para gobernar su reyno en guerra y en paz. No reconocia ventaja á ninguno en luchar, saltar, tirar, ni en hacer mal á un caballo: sabía sufrir los calores, el frio, la hambre, el trabajo; era muy cortés y modesto, á todos recogia muy bien, á ninguno desabría, y á todos hablaba con benignidad. Todas estas grandes virtudes no fueron parte para que no fuese aborrecido de los barones del reyno, que conforme á la costumbre natural de los hombres deseaban mudanza en el estado. Quanto á lo primero don Carlos príncipe de Viana fue inducido por muchos á pretender aquel reyno como á él debido por las leyes: decian que don Fernando era hijo bastardo, que no fue nombrado y jurado por votos libres del reyno, antes por fuerza y miedo fueron los naturales forzados á dar consentimiento. Daba él de buena gana oido á estas invenciones, y mas le faltaban las fuerzas que la voluntad, para intentar de apoderarse de aquel reyno: algunos se le ofrecian, pero no se fiaba, por ver que es cosa mas facil prometer que cumplir, especial en semejantes materias. No pudieron estos tratos estar secretos. Recelóse del nuevo Rey, y asi determinó en ciertas naves de pasar á Sicilia para esperar alli qué término aquellos negocios tomarian. En el tiempo que anduvo desterrado por aquellas partes, tuvo en una muger baxa llamada Capa dos hijos que se dixeron el uno don Phelipe, y el otro

don Juan: demas destos en María Armendaria muger que fue de Francisco de Barbastro, una hija que se llamó doña Ana, y casó con don Luis de la Cerda primer duque de Medinaceli. Sin embargo de los tratos dichos, doce mil ducados de pension que el Rey don Alonso dexó en su testamento cada un año á este príncipe desterrado, su hijo el Rey don Fernando mandó se le pagasen. Con la ida del príncipe don Carlos á Sicilia no se sosegaron los señores de Nápoles, antes el príncipe de Taranto y el marques de Cotron enviaron á solicitar á don Juan, el nuevo Rey de Aragon, para que viniese á tomar aquel reyno. El fue mas recatado; que contento con lo seguro, y con las riquezas de España, no hizo mucho caso de las que tan lexos le caían. Partió de Tudela, y sabida la muerte de su hermano, llegado á Zaragoza por el mes de julio, tomó posesion del reyno de Aragon, no como vicario y teniente, que ya lo era, sino como propietario y señor. La tempestad que de parte del Pontífice Calixto (de quien menos se temia) se levantó, fue mayor. Decia que no se debia dar aquel reyno feudatario de la iglesia romana á un bastardo, y pretendia que por el mismo caso recayó en su poder y de la silla apostólica. Sospechábase que eran colores, y que buscaba nuevos estados para don Pedro de Borgia que habia nombrado por duque de Espoleto ciudad en la Umbría: ambicion fuera de propósito, y poco decente á un viejo que estaba en lo postrero de su edad olvidado del lugar de que Dios le levantó: parecia con esto que Italia se abrasaria en guerra; temian todos no se renovasen los males pasados. Deseaba el Rey don Fernando aplacar el ánimo apasionado del Pontífice, y ganalle; con este intento le escribió una carta deste tenor y sustancia: « Estos dias en lo mas recio del dolor, y de mi tra-

»bajo, avisé á vuestra Santidad la muerte de mi pa-
»dre: fue breve la carta como escrita entre las lágri-
»mas. Al presente, sosegado algun tanto el lloro, me
»pareció avisar que mi padre un dia antes de su muer-
»te me encargó y mandó ninguna cosa en la tierra
»estimase en mas que vuestra gracia y autoridad: con
»la santa iglesia no tuviese debates: aun quando yo
»fuese el agraviado, que pocas veces suceden bien
»semejantes desacatos. A estos consejos muy saluda-
»bles, para sentirme mas obligado se allegan los be-
»neficios y regalos que tengo recebidos, ca no me
»puedo olvidar que desde los primeros años tuve á
»vuestra Santidad por maestro y guia: que nos em-
»barcamos juntos en España, y en la misma nave
»llegamos á las riberas de Italia, no sin providencia
»de Dios que tenia determinado para el uno el Sumo
»Pontificado, y para mí un nuevo reyno, y muestra
»muy clara de nuestra felicidad y de la concordia
»muy firme de nuestros ánimos. Asi pues deseo ser
»hasta la muerte de á quien desde niño me entre-
»gué, y que me reciba por hijo, ó mas aina que
»pues me tiene ya recebido por tal, me trate con
»amor y regalo de padre; que yo confio en Dios en
»mí no habrá falta de agradecimiento, ni de respeto
»debido á obligaciones tan grandes. De Nápoles pri-
»mero de julio" No se movió el Pontífice en alguna
manera por esta carta y promesas, antes comenzó á
solicitar los príncipes y ciudades de Italia para que
tomasen las armas: grandes alteraciones y práticas,
que todas se deshicieron con su muerte. Falleció á
seis de agosto, muy á propósito y buena sazon para
las cosas de Nápoles. Fue puesto en su lugar Eneas
Silvio natural de Sena, del linage de los Picolominis,
que cumplió muy bien con el nombre de Pio Segun-
do que tomó, en restituir la paz de Italia, y en la

diligencia que usó para renovar la guerra contra los turcos. Nombró por Rey de Nápoles á don Fernando; solamente añadió esta cortapisa, que no fuese visto por tanto perjudicar á ninguna otra persona. Convocó concilio general de obispos y príncipes de todo el orbe christiano para la ciudad de Mántua con intento de tratar de la empresa contra los turcos. No se sosegaron por esto las voluntades de los neapolitanos ya una vez alterados. Los calabreses tomaron las armas, y Juan duque de Lorena con una armada de veinte y tres galeras, llamado de Génova do á la sazon se hallaba, aportó á la ribera de Nápoles. El principal atizador deste fuego era Antonio Centellas marques de Girachi y Cotron, que pretendia con aquella nueva rebelion vengar en el hijo los agravios recebidos del Rey don Alonso su padre, sin reparar por satisfacerse de anteponer el señorío de franceses al de España, si bien su descendencia y alcuña de su casa era de Aragon: tanto pudo en su ánimo la indignacion y la rabia que le hacía despeñar. Fueron estas alteraciones grandes y de mucho tiempo, y sería cosa muy larga declarar por menudo todo lo que en ellas pasó. Dexadas pues estas cosas, volverémos á España con el orden y brevedad que llevamos. En Castilla el Rey don Enrique levantaba hombres baxos á lugares altos y dignidades: á Miguel Lucas de Iranzu natural de Belmonte villa de la Mancha, muy privado suyo, nombró por condestable, y le hizo demas desto merced de la villa de Agreda y de los castillos de Veraton y Bozmediano. A Gomez de Solís su mayordomo, que se llamó Cáceres del nombre de su patria, los caballeros de Alcántara á contemplacion del Rey le nombraron por maestre de aquella orden en lugar de don Gutierre de Sotomayor. A los hermanos destos dos dió el Rey nuevos

estados: á Juan de Valenzuela el priorado de San Juan. Pretendia con esto de oponer asi estos hombres como otros de la misma estofa á los grandes que tenia ofendidos, y con subir unos abaxar á los demas: artificio errado, y cuyo suceso no fue bueno. El mismo Rey en Madrid (do era su ordinaria residencia) no atendia á otra cosa sino á darse á placeres, sin cuidado alguno del gobierno, para el qual no era bastante. Su descuido demasiado le hizo despeñarse en todos los males, de que da clara muestra la costumbre que tenia de firmar las provisiones que le traian, sin saber ni mirar lo que contenian. Estaba siempre sugeto al gobierno de otro, que fue gravísima mengua y daño, y lo será siempre. Las rentas reales no bastaban para los grandes gastos de su casa y para lo que derramaba. Avisóle desto en cierta ocasion Diego Arias su tesorero mayor. Díxole parecia debia reformar el número de los criados, pues muchos consumian sus rentas con salarios que llevaban, sin ser de provecho alguno, ni servir los oficios á que eran nombrados. Este consejo no agradó al Rey: asi luego que acabó de hablar, le respondió desta manera: «Yo tambien si fuese Arias, tendria mas »cuenta con el dinero que con la benignidad. Vos »hablais como quien sois, yo haré lo que á Rey con»viene, sin tener algun miedo de la pobreza, ni po»nerme en necesidad de inventar nuevas imposicio»nes. El oficio de los Reyes es dar y derramar, y »medir su señorío no con su particular, sino ende»rezar su poder al bien comun de muchos, que es »el verdadero fruto de las riquezas: á unos damos »porque son provechosos, á otros porque no sean »malos." Palabras y razones dignas de un gran príncipe, si lo demas conformára, y no desdixera tanto de la razon. Verdad es que con aquella su condicion

popular ganó las voluntades del pueblo de tal manera que en ningun tiempo estuvo mas obediente á su príncipe, por el contrario se desabrió la mayor parte de los nobles. Quitaron á Juan de Luna el gobierno de la ciudad de Soria, y le echaron preso: todo esto por maña de don Juan Pacheco, que pretendia por este camino para su hijo don Diego una nieta de don Alvaro de Luna que dexó don Juan de Luna su hijo ya difunto, y al presente estaba en poder de aquel gobernador de Soria por ser pariente y su muger tia de la doncella. Pretendia con aquel casamiento, por ser aquella señora heredera del condado de Santistevan, juntar aquel estado como lo hizo con el suyo. Asi mismo con la revuelta de los tiempos el adelantado de Murcia Alonso Faxardo se apoderó de Cartagena y de Lorca, y de otros castillos en aquella comarca. Envió el Rey contra él á Gonzalo de Saavedra, que no solo le echó de aquellas plazas, sino aun le despojó de los pueblos paternos, y tuvo por grande dicha quedar con la vida. Falleció á la misma sazon el marques de Santillana. Dexó estos hijos: don Diego que le sucedió, don Pedro que era entonces obispo de Calahorra, don Iñigo, don Lorenzo y don Juan y otros de quien decienden linages y casas en Castilla muy nobles. Tambien la Reyna viuda de Aragon falleció en Valencia á quatro de setiembre: su cuerpo enterraron en la Trinidad monasterio de monjas de aquella ciudad. El entierro ni fue muy ordinario, ni muy solemne: el premio de sus merecimientos en el cielo y la fama de sus virtudes en la tierra durará para siempre. Poco adelante el Rey de Portugal con una gruesa armada que apercibió, ganó en Africa de los moros á diez y ocho de octubre dia miércoles, fiesta de San Lucas, un pueblo llamado Alcázar cerca de Ceuta. Acompañáronle en esta

jornada don Fernando su hermano duque de Viseo, y don Enrique su tio. Duarte de Meneses quedó para el gobierno y defensa de aquella plaza, el qual con grande ánimo sufrió por tres veces grande morisma que despues de partido el Rey acudieron, y con encuentros que con ellos tuvo, quebrantó su avilenteza y atrevimiento: caudillo en aquel tiempo señalado, y guerrero sin par. De Sicilia envió don Carlos príncipe de Viana embaxadores á su padre para ofrecer, si le recebia en su gracia, se pondria en sus manos, y le sería hijo obediente; que le suplicaba, perdonase los yerros de su mocedad como Rey y como padre. No eran llanas estas ofertas; en el mismo tiempo solicitaba al Rey de Francia y á Francisco duque de Bretaña hiciesen con él liga: liviandad de mozo, y muestra del intento que tenia de cobrar por las armas lo que su padre no le diese. Esto junto con recelarse de los sicilianos que le mostraban grande aficion, no le alzasen por su Rey, hizo que su padre le otorgó el perdon que pedia; con que á su llamado llegó á las riberas de España por principio del año mil y quatrocientos y cincuenta y nueve. 1459.
Desde alli pasó á Mallorca para entretenerse y esperar lo que su padre le ordenaba: no tenia ni mucha esperanza ni ninguna que le entregaria el reyno de su madre. La muerte que le estaba muy cerca, como suele, desbarató todas sus trazas. Los trabajos continuados hacen despeñar á los que los padecen, y á veces los sacan de juicio. Pedia por sus embaxadores, que eran personas principales, que su padre le perdonase á él y á los suyos, y pusiese en libertad al condestable de Navarra don Luis de Biamonte con los demas que le dió los años pasados en rehenes: que le hiciese jurar por príncipe y heredero, y le diese libertad y licencia para residir en qualquier lugar y

ciudad que quisiese fuera de la corte: que sus estados de Viana y de Gandía acudiesen á él con las rentas, y no se las tuviese embargadas; debaxo desto ofrecia de quitar las guarniciones de las ciudades y castillos que por él se tenian en Navarra; llevabá muy mal que su hermana doña Leonor muger del conde de Fox estuviese puesta y encargada del gobierno de aquel reyno, y asi pedia tambien se mudase esto. Gastóse mucho tiempo en consultar: al fin ni todo lo que pedia le otorgaron, ni aun lo que le prometieron, se lo cumplieron con llaneza. Decíase y creía el pueblo que todo procedia de la Reyna, que como madrasta aborrecia al príncipe y procuraba su muerte, por temer y recelarse no le iria bien á ella ni á sus hijos, si el príncipe don Carlos llegase á suceder en los reynos de su padre.

CAPITULO XX.

De ciertos pronósticos que se vieron en Castilla.

La semilla de grandes alteraciones que en Castilla todavia duraba, en breve brotó y llegó á rompimiento. El Rey demas de su poco orden se daba á locos amores sin tiento, y sin tener cuidado del gobierno: primero estuvo aficionado á Cathalina de Sandoval, la qual dexó porque consintió que otro caballero la sirviese; sin embargo poco despues la hizo abadesa en Toledo del monasterio de monjas de San Pedro de las Dueñas, que estuvo en el sitio que hoy es el hospital de Santa Cruz. El color era que tenian necesidad de ser reformadas: buen título, pero mala traza, pues no era para esto á propósito la amiga del Rey; á su enamorado Alonso de Córdova hizo cortar la cabeza en Medina del Campo. En lugar de Ca-

thalina de Sandoval entró doña Guiomar, con quien ninguna fuera de la Reyna se igualaba en apostura, de que entre las dos resultaron competencias: á la dama favorecia don Alonso de Fonseca, que ya era arzobispo de Sevilla; á la Reyna el marques de Villena. Con esto toda la gente de palacio se dividió en dos bandos, y la criada se ensoberbecia y engreía contra su ama. Llegaron, á malas palabras y riñas: dixéronse baldones y afrentas, sin que ninguna dellas pusiese nada de su casa; llegó el negocio á que la Reyna un dia puso las manos con cierta ocasion en la dama, y la mesó malamente, cosa que el Rey sintió mucho, y hizo demonstracion dello. Añadióse otra torpeza nueva, y fue que don Beltran de la Cueva mayordomo de la casa real y muy querido del Rey, á quien el Rey diera riquezas y estado, halló entrada á la familiaridad de la Reyna sin tener ningun respeto á la magestad ni á la fama. El pueblo que de ordinario se inclina á creer lo peor, y á nadie perdona, echaba á mala parte esta conversacion y trato: algunos tambien se persuadian que el Rey lo sabía y consentia para encubrir la falta que tenia de ser impotente: torpeza increible y afrenta. Puédese sospechar que gran parte desta fábula se forjó en gracia de los Reyes don Fernando y doña Isabel quando el tiempo adelante reynaron; y que le dió probabilidad la floxedad grande y descuido deste príncipe don Enrique, junto con el poco recato de la Reyna y su soltura. Los años adelante creció esta fama quando por la venida de un embaxador de Bretaña don Beltran en un torneo que se hizo entre Madrid y el Pardo, fue mantenedor, y acabado el torneo, hizo un banquete mas esplendido y abundante que ningun particular le pudiera dar: de que recibió tanto contento el Rey don Enrique, que en el mismo lu-

gar en que hicieron el torneo, mandó para memoria edificar un monasterio de frayles Gerónimos; del qual sitio por ser mal sano, se pasó al en que de presente está cerca de Madrid. A exemplo de los príncipes el pueblo y gente menuda se ocupaba en deshonestidades sin poner tasa ni á los deleytes, ni á las galas. Los nobles sin ningun temor del Rey se hermanaban entre sí, quien por sus particulares intereses, quien con deseo de poner remedio á males y afrentas tan grandes. Hobo en un mismo tiempo muchas señales que pronosticaban, como se entendia, los males que por estas causas amenazaban. Estas fueron una grande llama que se vió en el cielo, que dividiéndose en dos partes, la una discurrió ácia Levante y se deshizo, la otra duró por un espacio. Item en el distrito de Burgos y de Valladolid cayeron piedras muy grandes, que hicieron grande estrago en los ganados. En Peñalver pueblo del Alcarria en el reyno de Toledo se dice que un infante de tres años anunció los males y trabajos que se aparejaban, si no hacian penitencia y se enmendaban. Entre los leones del Rey en Segovia hobo una grande carnicería, en que los leones menores mataron al mayor, y comieron alguna parte dél: cosa extraordinaria asaz. No faltó gente que pensase y aun dixese, por ser aquella bestia rey de los otros animales, que en aquello se pronosticaba que el Rey sería trabajado de sus grandes. El pueblo atemorizado con todas estas señales y pronósticos hacia procesiones y votos para aplacar la saña de Dios. Lo que importa mas, las costumbres no se mejoraron en nada, en especial era grande la disolucion de los eclesiásticos: á la verdad se halla que por este tiempo don Rodrigo de Luna arzobispo de Santiago de las mismas bodas y fiestas arrebató una moza que se velaba, para usar

della mal: grande maldad, y causa de alborotarse los naturales debaxo de la conducta de don Luis Osorio hijo del conde de Trastamara: en enmienda de caso tan atroz despojaron aquel hombre facinoroso y malvado de su silla y de todos sus bienes. Su fin fue conforme á su vida y á sus pasos: lo que le quedó de la vida pasó en pobreza y torpezas, aborrecido de todos por sus vicios, y infame por aquel exceso tan feo. Desta forma en breve penó el breve gusto que tomó de aquella maldad, con gravísimos y perpétuos males, con que por justo juicio de Dios fue como lo tenia bien merecido rigurosamente castigado.

LIBRO VIGÉSIMOTERCIO.

CAPITULO PRIMERO.

Del concilio de Mántua.

Las cosas ya dichas pasaban en España en sazon que el Pontífice Pio enderezaba su camino para la ciudad de Mántua, do á su llamado de cada dia acudian prelados y príncipes en gran número. De España enviaron por embaxadores para asistir en el concilio el Rey de Castilla á Iñigo Lopez de Mendoza señor de Tendilla, el Rey de Aragon á don Juan Melguerite obispo de Elna en el condado de Ruysellon, y á su mayordomo Pedro Peralta. Solicitaba el Pontífice los de cerca y los de lexos para juntar sus fuerzas contra el comun enemigo. David Emperador de Trapisonda ciudad muy antigua, y que está asentada á la ribera del mar mayor que llaman Ponto Euxîno, y Ussumcassam Rey de Armenia, y Georgio que se intitulaba Rey de Persia, prometian (por ser ellos los que estaban los

mas cerca del peligro) de ayudar á esta empresa con grandes huestes de á caballo y de á pie, y por mar con una gruesa armada. El Padre Santo no se aseguraba mucho que tendrian efecto estas promesas. De las naciones y provincias del Occidente se podia esperar poca ayuda, por las diferencias domésticas y civiles que en Italia, Francia y España prevalecian, por cuyo respeto y en su comparacion no hacían mucho caso de la causa comun del nombre christiano. Es asi que el desacato de la religion y daño público causa poco sentimiento, si punza el deseo de vengar los particulares agravios. Sin embargo de todas estas dificultades no desmayó el Pontífice, antes determinado de proballo todo y hacer lo que en su mano fuese, en una junta muy grande de los que concurrieron al concilio de todo el mundo, hizo un razonamiento muy á propósito del tiempo, cosa á él facil por ser persona muy eloqüente, y que desde su primera edad profesó la rethórica y arte del bien hablar. Declaró con lágrimas la caida de aquel nobilísimo imperio de Grecia, tantos reynos oprimidos, tantas provincias quitadas á los christianos: donde Christo Hijo de Dios por tantos siglos fue santísimamente acatado, de donde gran número de varones santísimos y eruditísimos salieron, allí prevalecia la impiedad y supersticion de Mahoma: «Si va á decir verdad, no por otra causa sino por »habellos nosotros desamparado, se ha recebido este »daño y esta llaga tan grande; á lo menos ahora con»servad estas reliquias medio muertas de christianos. »Si la afrenta pública no basta á moveros, el peligro »que cada uno corre, le debe despertar á tomar las »armas. Conviene que todos nos juntemos en uno para »que cada qual por sí, si nos descuidamos, no seamos »robados, escarnidos y muertos. Tenemos un enemi»go espantable, y que por tantas victorias se ha hecho

»mas insolente: si vence, sabe executar la victoria, y
»sigue su fortuna con gran ferocidad: si es vencido,
»renueva la guerra contra los vencedores no con me-
»nos brio que antes: tanto mas nos debemos desper-
»tar. No podrá ser bastante contra las fuerzas de los
»nuestros, si se juntan en uno; mayormente que Dios,
»al qual tenemos airado por nuestras ordinarias dife-
»rencias, á los que fueren concordes, será favorable.
»Poned los ojos en los antiguos caudillos, y en las
»grandes victorias que en la Suria los nuestros unidos
»y conformes ganaron contra los bárbaros. Los que
»somos fuertes y diestros para las diferencias civiles
»y domésticas, por ventura serémos cobardes y des-
»cuidados para no acudir al peligro comun y ven-
»gar la afrenta de la religion christiana? hay algu-
»no que se ofrezca por caudillo para esta guerra sa-
»grada? hay quien lleve delante en sus hombros el
»estandarte de la Cruz de Christo Hijo de Dios para
»que le sigan los demas? hay quien quiera ser soldado
»de Christo? Ofrezcámonos por capitanes, que no fal-
»tarán varones fuertes y diestros, y soldados muy no-
»bles que se conformen en su valor y esfuerzo, y pa-
»rezcan á sus antepasados. Determinado estoy, si todos
»faltaren, ofrecerme por alferez y caudillo en esta
»tan santa guerra. Yo con la Cruz entraré y romperé
»por medio de las haces y huestes de los enemigos,
»y con nuestra sangre, si no se ganáre la victoria, por
»lo menos aplacaré la ira de Dios, y inflamaré con
»mi exemplo vuestros ánimos para hacer lo mismo;
»que resuelto estoy de hacer este postrero esfuerzo
»y servicio á Christo y á la iglesia, á quien debo
»todo lo que soy y lo que puedo." Movíanse los que
se hallaron presentes con el razonamiento del Pontí-
fice; mas los embaxadores de los príncipes gastaban
el tiempo en sus particulares contiendas y controver-

sias, y asi todo este esfuerzo salió vano; en especial Juan duque de Lorena, hijo de Renato duque de Anjou, se quexaba mucho que el Papa hobiese confirmado el reyno de Nápoles, y dado la investidura de aquel estado á don Fernando su enemigo: á causa destos debates no se pudo en la principal empresa pasar adelante, de palabra solamente se decretó la guerra sagrada. El Papa asi mismo publicó una bula en que al contrario de lo que sintió en conformidad de los padres de Basilea antes que fuese Papa, proveyó que ninguno pudiese apelar de la sentencia del romano Pontífice para el concilio general: con esto se disolvió el concilio el octavo mes despues que se abrió. Los embaxadores de Aragon, despedido el concilio, fueron á Nápoles á dar el parabien del nuevo reyno al Rey don Fernando. Iñigo Lopez de Mendoza alcanzó del Pontífice un jubileo para los que acudiesen con cierta limosna: del dinero edificó en su villa de Tendilla un principal monasterio de frayles Isidros con advocacion de Santa Ana. En este comedio á su hermano don Diego de Mendoza quitaron la ciudad de Guadalaxara, de que sin bastante título se apoderára: el comendador Juan Fernandez Galindo caudillo de fama con seiscientos caballos que el Rey le dió, la tomó de sobresalto. Agraviáronse desto los demas grandes: ocasion de nuevos desabrimientos, y de que se ligasen entre sí de nuevo en deservicio de su Rey. El almirante don Fadrique atizaba los desgustos: convidó á su yerno el Rey de Aragon para se juntar con los grandes desgustados y alterados, y mover guerra á Castilla. Entraban en este acuerdo el arzobispo de Toledo y don Pedro Giron maestre de Calatrava, y los Manriques, linage poderoso en riquezas y aliados; y ahora de nuevo se les ayuntaron los Mendozas por estar irritados con este nuevo (que llamaban) agravio. El color y voz que

tomaron, era honesto, es á saber reformar el estado de las cosas, estragado sin duda en muchas maneras. Estos intentos y tratos no podian estar secretos: don Alonso de Fonseca arzobispo de Sevilla dió aviso de lo que pasaba al Rey don Enrique; el premio que le dieron por este aviso, fue la iglesia de Santiago, que á la sazon vacó por muerte de don Rodrigo de Luna, y se dió á un pariente suyo llamado tambien don Alonso de Fonseca dean que era de Sevilla. Estaba apoderado de los derechos de aquella iglesia (como poco antes queda dicho) don Luis Osorio, confiado en el poder de don Pedro su padre conde de Trastamara: era menester para reprimille persona de autoridad; por esto los dos arzobispos permutaron sus iglesias, y con consentimiento del Rey don Alonso de Fonseca el mas viejo pasó de Sevilla á ser arzobispo de Santiago. La iglesia de Pamplona por muerte de don Martin de Peralta se encomendó al cardenal Besarion, griego de nacion, persona de grande erudicion y de vida muy santa, para que sin embargo de estar ausente la gobernase, y gozase de la renta de aquella dignidad y obispado.

CAPITULO II.

Como Scanderberchío pasó en Italia.

Las alteraciones de Nápoles eran las que principalmente entretenian los intentos del Pontífice Pio, que de noche y de dia no pensaba sino en cómo daria principio á la guerra sagrada contra los turcos. El fuego se emprendia de nuevo entre Juan hijo de Renato, y el nuevo Rey don Fernando: las voluntades de Italia estaban divididas entre los dos, y la mayor parte de la nobleza neapolitana cansada del señorío de Aragon

se inclinaba á los angevinos: con qué esperanza? con qué fuerzas? el ciego ímpetu de sus corazones hizo que antepusiesen lo dudoso á lo cierto. El primero que tomó las armas, fue Antonio Centellas marques de Croton: con la mudanza de los tiempos alcanzára la libertad, y ardia en deseo de vengarse; mas el Rey ganó por la mano, desbarató sus intentos, y púsole de nuevo en prision con gran presteza. Quedaba Martin Marciano duque de Sessa, que sin respeto del deudo que tenia con el Rey (ca estaba casado con doña Leonor su hermana) se hizo caudillo de los rebeldes. Fue grande este daño: muchos movidos por su exemplo se juntaron con esta parcialidad, y entre ellos el príncipe de Taranto, primero de secreto y despues descubiertamente, y con él Antonio Caldora y Juan Paulo duque de Sora: el número de los nobles de menor quantía no se puede contar. Francisco Esforcia duque de Milán en el tiempo que se celebraba el concilio de Mántua do vino en persona, aconsejó al Pontífice hiciese liga con el Rey don Fernando; que echados los franceses de Italia, se allanaria todo lo demas que impedia el poner en execucion la guerra contra los turcos. Al Pontífice pareció bien este consejo; mas no era facil executalle á causa que el Rey don Fernando, cercado dentro de Barleta ciudad de la Pulla, se hallaba sin fuerzas bastantes para defenderse en aquel trance y peligro que de repente le sobrevino. Estaba muy lexos, y el enemigo apoderado de los pasos: por esto no podia el Pontífice envialle socorro por tierra. Determinó despachar sus embaxadores al Epiro ó Albania para llamar en ayuda del Rey á Georgio Scanderberchio, que era en aquel tiempo por las muchas victorias que ganára de los turcos, capitan muy esclarecido. El sabida la voluntad del Pontífice, y movido por los ruegos del Rey de Nápoles que envió por

su parte á pedir le asistiese, no le pareció dexar pasar ocasion tan buena de servir á la religion christiana y mostrar su buen deseo. Envió delante á Coyco Strofio, pariente suyo, acompañado de quinientos caballos albaneses. El mismo se aprestaba con intento de ir en persona á aquella empresa: para hacello le daban lugar las treguas que tenia asentadas con los turcos por tiempo de un año. Juntada pues una armada, pasó á Ragusa, ciudad que se entiende llamaron los antiguos Epidauro: desde alli aportó á Barleta, por ser la travesía del mar muy breve. Fue su venida tan á propósito que los enemigos no se atrevieron á aguardar, antes sin dilacion alzado el cerco se fueron de alli bien lexos. Con este socorro don Fernando, y con gentes que todavia le vinieron de parte del Pontífice y del duque de Milán, despues de algunas escaramuzas y encuentros que tuvo con los enemigos, asentó sus reales cerca de Troya, ciudad de la Pulla, que se tenia por los rebeldes. Tenian los contrarios hechas sus estancias en Nucera, ciudad distante ocho millas. En medio desta distancia y espacio se levanta el monte Segiano: quien dél primero se apoderase, parecia se aventajaria á sus contrarios; asi en un mismo tiempo Scanderberchio por una parte, y Jacobo Picinino, un principal caudillo de los angevinos, por otra parte partieron para tomalle. Adelantáronse los albaneses por ser mas ligeros y haberse puesto en camino antes que amaneciese; que la diligencia es importante y mas en la guerra. Luego que llegó el dia, cada qual de las partes ordenó sus haces para pelear: dióse la señal de acometer: cerraron los unos y los otros con igual denuedo, duró la pelea hasta la tarde sin reconocerse ventaja; mas en fin vencidos, desbaratados y puestos en huida los angevinos, el campo y la victoria quedaron por los aragoneses, y juntamente el

reyno, corona y ceptro: en breve las ciudades y pueblos que se tenian por los enemigos, se recobraron. Hecho esto, Scanderberchìo un año despues que vino, con grandes dones que el Rey le dió, y volvió á su tierra con sus soldados alegres y contentos por el buen tratamiento y los despojos que tomaron á los enemigos. En particular dió el Rey á Scanderberchìo por juro de heredad la ciudad de Trani, y los castillos de San Juan el Redondo y el de Siponto, en que está el famoso templo de San Miguel Archângel, todo en el reyno de Nápoles. Despues desto vuelto á su tierra ganó nuevas victorias de los turcos, con que se hizo mas esclarecido y sin par por la perpétua felicidad que tuvo. Falleció siete años adelante, agravado de una dolencia que le sobrevino en Alesio pueblo de su estado. Dexó un hijo llamado Juan debaxo de la tutela de venecianos. Sin embargo le dexó mandado que hasta tanto que fuese de edad bastante para recobrar aquel estado y gobernalle se entretuviese en el reyno de Nápoles con los pueblos y estado que el Rey don Fernando le dió en premio de lo que le sirvió y ayudó. Desta cepa procedió la familia y alcuña nobilísima en Italia de los Castriotos, marqueses que fueron de Civita de Santangelo, puesta en aquella parte del reyno de Nápoles que se llama el Abruzo. Uno destos señores bisnieto del grande Scanderberchìo, y á él muy semejante en el rostro y en el valor de su ánimo, Fernando Castrioto marques de Civita de Santangel, murió en la famosa batalla de Pavía que se dió el año de mil y quinientos y veinte y cinco. Descuidóse de llevar cadenas en las riendas que le cortaron, y el caballo le metió entre los enemigos sin poderse reparar. Las cosas de Albania luego que Scanderberchìo murió, fueron de caida: tan grande es el reparo que muchas veces hace el esfuerzo y pruden-

cia de un solo capitan, y en tanto grado es verdad que un hombre presta mas que muchos. En España don Carlos príncipe de Viana, alcanzado de su padre perdon para sí y para los suyos, y con pacto que le darian cada un año cierta renta con que se sustentase, de Mallorca llegó á Barcelona á los veinte y dos de marzo año de mil y quatrocientos y sesenta: no entendia el 1460.
pobre príncipe que se le apresuraba su perdicion. Tratábase por medio de embaxadores que de ambas partes se enviaron, de casalle con doña Cathalina hermana del Rey de Portugal: ya que el negocio estaba para concluirse, don Enrique Rey de Castilla le desbarató con una embaxada que le despachó, en que iban el electo obispo de Ciudadrodrigo frayle de profesion, cuyo nombre no hallo, y Diego de Ribera su aposentador mayor. Estos persuadieron á don Carlos antepusiese al casamiento de Portugal el de doña Isabel hermana del Rey don Enrique, especial que le ofrecian por medio de las fuerzas de Castilla alcanzaria de su padre, que tan duro se mostraba, todo lo que desease. Daba él de buena gana oidos á estas práticas, y parecíale que este partido le venia mas á cuento: por tanto cesó y se dexó de tratar del casamiento de Portugal. La infanta doña Cathalina, perdída aquella esperanza, ó lo mas cierto por su mucha santidad, se entró en el monasterio de Santa Clara de Lisboa, y en él estuvo hasta que murió á tiempo que de nuevo se trataba de casalla con el Rey de Inglaterra Eduardo Quarto deste nombre: el cuerpo desta señora fue enterrado en la misma ciudad en San Eulogio. Dexó por su albacea á Jorge de Acosta que fue su ayo desde su primera edad, principio para subir á grandes dignidades, en particular de cardenal: falleció en Roma los años adelante. Al Rey de Aragon avisó el almirante don Fadrique de lo que su hijo el príncipe don Carlos

pretendia, y los tratos que con el de Castilla traía: llamóle á Lérida, do á la sazon se tenian las cortes de Cataluña, y las de Aragon en Fraga: algunos le persuadian que no fuese, que se recelase de alguna zalagarda; pero él se determinó obedecer. Su padre le recibió con semblante alegre y rostro ledo, y le dió paz en el rostro; mas luego le mandó llevar preso, que fue á dos de diciembre. Sintió esto mucho el príncipe, tanto mas que le sucedió muy fuera de lo que pensaba. Suelen las últimas miserias dar ánimo para hablar libremente: «Dónde (dice) está la fé real, y la seguri»dad dada en particularidad á mí, y concedida en co»mun á todos los que vienen á las cortes generales? »qué quiere decir darme paz por una parte, y por otra »ponerme en hierros y prisiones? Las ofensas pasadas, »qualesquiera que hayan sido, ya me han sido perdo»nadas: qué delito he cometido de nuevo? qué cosa he »hecho para tratarme así? por ventura es justo que el »padre se vengue del hijo, y con nuestra sangre en»sucie sus manos? Afuera tan gran maldad: afuera tan »gran deshonra y afrenta de nuestra casa." Decia estas cosas con ojos encendidos, grandes gritos y descomunales para que le oyesen todos, y mover á los circunstantes; pero sin dexalle pasar adelante le llevaron á la prision. Bramaba el pueblo, murmuraba y decia que eran embustes de su madrastra: los señores se hermanaban entre sí, y prometian de no desistir hasta ver á su príncipe puesto en libertad.

CAPITULO III.

De la muerte de don Carlos príncipe de Viana.

Las paces que se asentaron con los moros y duraron al pie de tres años, al presente se quebrantaron

con esta ocasion. Tenia Ismael Rey de Granada dos hijos principales sobre los demas: el uno se llamaba Albohacen, y el otro Boabdelin. El Albohacen por no sufrir el ocio, y con deseo de dar muestra de su esfuerzo, juntado que hobo un exército de dos mil y quinientos de á caballo y quince mil infantes, entró por las tierras del Andalucía: en todo el distrito de Estepa hizo grandes talas y daños, y robó gran número de ganado. Avisado del daño don Rodrigo Ponce, hijo del conde de Arcos, acudió al peligro junto con Luis de Pernia capitan de la guarnicion que tenia Osuna. Recogieron hasta docientos y sesenta de á caballo y seiscientos de á pie: con tanto fueron á verse con el enemigo, que iba cargado con la presa, y sin cuidado ninguno como quien tal cosa no temia, resueltos de quitársela y aun en ocasion combatille. Las fuerzas de los nuestros eran pequeñas, y parecia locura pelear con tán grande morisma: ofrecióse una buena ocasion, que parte de los moros con la presa habia pasado el rio de las yeguas, y en el postrer esquadron quedaba sola la caballería: advirtió esto don Rodrigo desde un ribazo cercano; y dado que los suyos temian la pelea, mandó tocar las trompetas y dar seña de pelear: arremetieron con gran vocería los christianos; los contrarios, divididos en tres partes, los recibieron no con menor constancia: duró mucho la pelea; pero en fin los moros fueron desbaratados con muerte de mil y quatrocientos de los suyos: de los nuestros perecieron treinta de á caballo, ciento y cincuenta de á pie. Alojáronse los vencedores aquella noche en un lugar llamado Fuente de Piedra: el dia siguiente á tiempo que recogian los despojos, ven volver los ganados á manadas: cuidaron al principio que fuese algun engaño, y por la polvareda que se levantaba, sospechaban eran los enemi-

gos que revolvian sobre ellos; mas luego se entendió que huidas las guardas por el miedo, los ganados por cierto instinto de la naturaleza se volvian á las dehesas y pastos acostumbrados: tanto fue mas alegre la victoria y la presa mas rica. En las ciudades y pueblos hicieron procesiones en accion de gracias, y regocijos por el buen suceso. Quebrantada por esta manera la confederacion y las paces, de una y de otra parte se hicieron correrías sin que sucediese cosa notable. Solamente Juan de Guzman, primer duque de Medina Sidonia y conde de Niebla, trataba y se apercebia para cercar á Gibraltar, pueblo que está puesto á la boca del estrecho: el desastre pasado de su padre y grande desgracia, que murió en aquella demanda, antes le animaba que espantaba. La guerra que se levantó contra el Rey de Aragon en su mismo estado, era mas grave: los catalanes enviaron embaxadores á su Rey para le suplicar que el príncipe de Viana fuese puesto en libertad: no quiso otorgar con esta demanda; de las palabras acudieron á las armas, salieron gran número dellos de Barcelona, apoderáronse de Fraga pueblo puesto en la raya de Aragon. Dió grande ánimo á la muchedumbre alterada Gonzalo de Saavedra, que le envió el Rey de Castilla en ayuda de los catalanes á su instancia con mil y quinientos de á caballo. El general de todo el exército catalan era don Juan de Cabrera conde de Módica, ciudad de Sicilia: por otra parte don Luis de Biamonte se mostraba á la frontera de Navarra con gente armada á punto de entrar en Aragon, si á peticion tan justa el Rey no quisiese condescender. Forzado pues de la necesidad dió li-
1461. bertad á su hijo á primero de marzo del año mil y quatrocientos y sesenta y uno, con orden que desde Morella, do estaba detenido, la Reyna su madrastra le llevase á Villafranca. Alli le entregó á los catalanes,

que sin embargo no quisieron consentir que la Reyna entrase en Barcelona, porque puesto que con la libertad del príncipe dexaron las armas, los ánimos no quedaban del todo sosegados; antes llegaron á tanto que contra voluntad de su padre acordaron de jurar al príncipe por heredero de aquel principado: demas desto alcanzaron que de voluntad ó por fuerza le nombrase por vicario y gobernador de todos sus estados, cargo que se acostumbraba dar á los hijos mayores de los Reyes. En particular sacaron por condicion que en el principado de Cataluña fuese señor absoluto, sin que dél se pudiese apelar. Su padre llevaba muy mal que le quedase á él solamente el nombre de príncipe, y diesen á su hijo una parte tan principal de sus estados; que era despojalle en vida, quitalle las fuerzas, y juntamente afrentalle. Pero fuéle forzoso venir en todo esto porque los catalanes, como gente feroz y de ingenios determinados, si no se les concedia, nunca acabáran de sosegarse; que fue causa de que en asentar estas condiciones y capitular se gastó mucho tiempo. En este comedio se tornó á tratar de nuevo con mas veras y diligencia del casamiento entre el príncipe don Carlos y la infanta doña Isabel: llegaron á término que se tuvo el negocio por concluido, tanto que el príncipe envió á Castilla por sus embaxadores para que de su parte visitasen á la infanta y á su madre, á don Juan de Cabrera y á Martin Cruilles personas principales, que fueron hasta Arévalo á hacer aquel oficio. Emprendióse á la misma sazon guerra en Navarra con esta ocasion: Carlos Artieda luego que vino el aviso de la libertad del príncipe don Carlos, se apoderó en su nombre de Lumbier pueblo de Navarra: acudió don Alonso (el que fue duque de Villahermosa) por mandado del Rey su padre, y cercó aquel pueblo, y comenzó á

batalle con todos los ingenios y pertrechos que pudo. La parcialidad del príncipe no tenia muchas fuerzas: el Rey de Castilla envió á Rodrigo Ponce y Gonzalo de Saavedra con gente en su ayuda para que hiciesen alzar el cerco: hízose asi. Todavia se hacían máyores aparejos para continuar aquella guerra, quando vino nueva, y se divulgó, que la Reyna de Castilla que á la sazon se hallaba en Aranda de Duero, quedaba preñada. Esta nueva agradó asaz, tanto mas que era fuera de lo que comunmente se esperaba: y aun por ser naturalmente los hombres inclinados á creer lo peor, no faltaba quien dixese que aquel preñado era de don Beltran de la Cueva: habla que por entonces se rugía, y despues se confirmó esta opinion al tiempo que don Fernando de Aragon reynaba en Castilla; si con verdad ó en gracia suya, aun quando el negocio estaba fresco, no se pudo averiguar. En Valladolid don Pedro de Castilla antes obispo de Osma, y á la sazon de Palencia falleció por ocasion de una caida que dió de la escalera de su casa. En su lugar fue puesto don Gutierre de la Cueva por contemplacion de su hermano don Beltran, que en aquel tiempo alcanzaba mas privanza que todos con el Rey y mas mano en la casa real. El arzobispo don Alonso de Fonseca fue enviado de la corte con muestra de honralle para que estuviese en Valladolid por gobernador en tanto que el Rey se ocupaba en la guerra que pensaba hacer en Navarra. Atizó este consejo su mismo competidor el marques de Villena: pretendia con esto quedar solo, y enseñorearse del Rey como lo tenia comenzado. Para salir con su intento con mas facilidad prometia su diligencia, si don Alonso de Fonseca se ausentaba, para ganar á los grandes que andaban apartados de su servicio, en especial el arzobispo de Toledo y el almirante; que el maestre de

Calatrava ya estaba apartado del número de los desabridos, y alistaba gente para acudir á lo de Navarra. Luego pues que don Alonso de Fonseca partió á Valladolid, el marques de Villena fue al reyno de Toledo, y á la misma sazon el maestre de Calatrava llegó á Aranda de Duero acompañado de dos mil y quinientos de á caballo. Con estas gentes el Rey de Castilla marchó la vuelta de Almázan: el espanto de los aragoneses fue grande, mas el ímpetu de la guerra y el exército revolvió contra Navarra, y por el mes de mayo llegó á Logroño pueblo principal en la Rioja. Desde alli engrosado el campo con las gentes que de todas partes acudian, entraron por las tierras de Navarra: entregáronse las villas de San Vicente y de la Guardia. Pusieron cerco sobre Viana, que despues de combatilla muchos dias al fin la rindió Pedro Peralta á cuyo cargo estaba, y á la sazon era condestable de Navarra; la villa de Lerin no se pudo tomar por ser muy fuerte: de esta manera se hacía la guerra en Navarra, quándo prósperamente, quándo al contrario. Don Alonso hijo del Rey de Aragon por otra parte tomó por fuerza la villa de Abarzuza, con muerte y prision de la guarnicion de Castilla que en ella tenian. Todo este ruido y aparato se desbarató con una enfermedad mortal que sobrevino en Barcelona á don Carlos príncipe de Viana, ocasionada de las pesadumbres y cuidados y congoxas que continuamente le trabajaron; asi lo entendieron, y asi debió ser: entre los biamonteses se tuvo por cosa cierta y averiguada que murió de yerbas que le dieron en la prision, que lentamente le acabasen y á la larga. Falleció á veinte y tres de setiembre miércoles fiesta de Santa Tecla (1). Al tiempo de su muerte pidió perdon

(1) Garib. lib. 28. cap. 29, dice jueves.

á su padre. Fue sepultado en Poblete. Vivió quarenta años, tres meses y veinte y seis dias. Príncipe mas señalado por sus contínuas desgracias que por otra cosa alguna: no alcanzó tanta ventura quanta era su erudicion, y otras buenas partes merecian. Tuvo por familiar á Osías Marco, poeta en aquella era muy señalado y de fama en la lengua limosina ó de Limoges: su estilo y palabras groseras, la agudeza grande, el lustre de las sentencias y de la invencion aventajado. Traía el príncipe don Carlos por divisa dos sabuesos muy bravos pintados en su escudo, que sobre un hueso peleaban entre sí, representacion y figura de los Reyes de Francia y de Castilla, por cuya porfía y codicia le tenian casi consumido el reyno de Navarra. Murieron asi mismo otros príncipes: Carlos Seteno Rey de Francia, al qual sucedió Luis Onceno su hijo. El infante don Enrique tio del Rey de Portugal finó por este mismo tiempo sin haberse jamás casado, y sin llegar á muger: vivió setenta y siete años; su muerte fue á trece de noviembre en el Algarve en un pueblo de su estado que se llama Sagra. Depositáronle en Lagos entonces: desde alli adelante le trasladaron á Aljubarrota. Quedaba de todos sus hermanos don Alonso el bastardo duque de Berganza, que falleció tambien el año siguiente: de doña Beatriz su muger hija del condestable Nuño Pereyra, dexó un hijo llamado don Fernando, de quien sin que haya faltado la línea, descienden los duques de Berganza señores los mas principales y ricos en el reyno de Portugal.

CAPITULO IV.

De las alteraciones que hobo en Cataluña.

Con la muerte del príncipe don Carlos, si bien cesó la causa de las diferencias y debates, no quedaron las discordias apaciguadas. Don Fernando hermano del muerto fue luego jurado por príncipe y heredero de los estados de su padre primero en Calatayud en las cortes de Aragon que alli se juntaron, despues en Barcelona donde la Reyna su madre le llevó; pero toda la esperanza que por esta causa tenian de que todo se apaciguaría, salió vana á causa que la gente catalana de repente tomó las armas, y los nobles por estar desabridos con el Rey de Aragon pretendian, y aun decian en secreto y en público que por engaños de su madrastra el príncipe su antenado fue muerto: maldad muy indigna y impiedad intolerable. El que mas encendia el pueblo, era fray Juan Gualves de la orden de Santo Domingo: persuadíales en sus sermones sediciosos que con las armas se satisficiesen de aquel exceso tan grave y feo: que quando ellos disimulasen, el cielo en la sangre del pueblo tomaria sin duda venganza: que debian aplacar á Dios con castigar ellos primero delito tan atroz. Alterada la muchedumbre y el pueblo, la Reyna se salió de Barcelona: el color era sosegar ciertos alborotos de Ampurias, la verdad que no se atrevia á salir en público, ca temia no le perdiesen el respeto los que tan alterados andaban; acordó de reparar en la ciudad de Girona, que está en lo postrero de Cataluña, hasta ver qué término tomaban las cosas. El Rey de Aragon por otra parte, vista la tempestad que se levantaba, convidaba á los príncipes estraños que se confederasen con él, en particular

pedia al Rey de Francia le ayudase, y al de Castilla que á lo menos no le hiciese daño; que pues don Carlos en cuyo favor tomó las armas, era muerto, sacase las guarniciones de soldados que tenia puestos en Navarra. Hallábase á la sazon el Rey don Enrique en Madrid, desecho su campo, y alegre por la preñez de la Reyna su muger, que hizo traer alli en hombros porque con el movimiento no recibiese qual
1462. que daño. Al principio pues del año mil y quatrocientos y sesenta y dos, le nació una hija que se llamó doña Juana; luego todos los estados del reyno la juraron por princesa y heredera de Castilla; gran mengua, engerir en la sucesion real la que el vulgo estaba persuadido fuese habida de mala parte, tanto mas que para honrar á don Beltran y gratificalle sus servicios le hizo á la sazon el Rey conde de Ledesma, que fue nueva ofension y ocasion de mas murmurar. En su lugar fue puesto por mayordomo en la casa real Andres de Cabrera, grande amigo suyo y aliado: principio de do como de escalon vino á alcanzar adelante grandes riquezas, no sin ofension de muchos y sin envidia de los que llevaban mal que un hombre poco antes particular subiese en breve tan alto. Estaba á la sazon en la corte el conde de Armeñaque, que vino por embaxador del Rey de Francia para tratar de hacer paces y confederacion entre los dos Reyes. El arzobispo de Toledo reconciliado á la sazon con el Rey era el que todo lo mandaba, tanto que cada semana se tenia en su casa consejo y audiencia de los oydores para determinar los pleytos y negocios. Los embaxadores de Aragon por la mucha instancia que hicieron, en fin concertaron se hiciese confederacion á veinte y tres de marzo con las capitulaciones infrascritas: Que entre Castilla y Aragon hobiese paz: el Rey de Castilla retuviese como

en rehenes y por resguardo los castillos de la Guardia y de San Vicente, Arcos, Raga y Viana, y volviese todo lo demas que tenia en Navarra: demas desto que en la raya de Aragon y de Navarra pusiese en tercería á Jubera y á Cornago, y en el reyno de Murcia á Lorca: los depositarios fuesen el arzobispo de Toledo y el maestre de Calatrava y Juan Fernandez Galindo para efecto que si el Rey de Castilla quebrantase la alianza, entregasen estos pueblos al Rey de Aragon; el qual en Olite donde se hallaba para desde alli acudir á todas partes, puso su confederacion con el Rey de Francia á doce de abril. Asentaron que el Rey de Francia enviase al Aragones de socorro setecientos hombres de armas, y docientos mil ducados para pagar el sueldo á su gente; y que el Rey de Aragon entre tanto que no pagase esta suma, diese en prendas lo de Cerdania y Ruysellon, y todavia por las rentas de aquellos estados no se desfalcase parte alguna del principal. Para que esta avenencia tuviese mas fuerza, se concertó habla entre los Reyes de Francia y Aragon en Salvatierra pueblo de Bearne. Juntamente al conde de Fox por la instancia que sobre ello hacía, concedió que doña Blanca hermana del príncipe don Carlos (á quien pertenecia el reyno de Navarra) fuese puesta en su poder: notable agravio, quitalle el reyno y despojalla de la libertad; pero qué no hace la codicia desenfrenada de reynar? Luego que tomaron este acuerdo, desde Olite con grande desgusto suyo la llevaron á Bearne. Quexábase mucho á los Santos y á los hombres de un desafuero tan grande. Escribió al Rey don Enrique una carta en la qual le pedia tuviese compasion de su suerte; que sobre las otras desgracias le quitaban la libertad, y en breve le quitarian la vida, si él no le daba alguna ayuda y la mano:

suplicábale á lo menos vengase la muerte de su hermano y sus desventuras como era justo, que se membrase del amor antiguo, que aunque desgraciado, al fin era de marido y muger. Pusiéronla en el castillo de Ortes del estado de Fox: alli no mucho despues fue muerta con yerbas que le dieron, sin que ninguno saliese á la venganza; la fama de su muerte tan injusta y cruel por mucho tiempo estuvo secreta. En fin los desastres de su vida tuvieron aquel desgraciado remate; que quando la miseria persigue á uno, ó fuerza mas alta, no para hasta acaballe: su cuerpo enterraron en la ciudad de Lescar. Estaba el Rey de Aragon en Tudela, y el Rey don Enrique por Segovia y Aranda pasó á Alfaro, pueblo no muy lexos de Tudela. Alli con intervencion del marques de Villena los dos Reyes firmaron las capitulaciones del concierto que en Madrid tenian acordadas, á la misma sazon que los catalanes á treinta del mes de mayo cercaron á la Reyna de Aragon dentro de Girona, mas congoxada por el riesgo que corria su hijo el príncipe, que por su mismo peligro. El caudillo de la comunidad era Hugo Roger conde de Pallas: el principal que defendia la ciudad por el Rey, Luis Dezpuch maestre de Montesa. Entraron la ciudad los comuneros: acometieron el castillo viejo que se llamaba Gironela, do la Reyna se recogió. Salieran los catalanes con su intento, sino sobreviniera la caballería francesa, con cuya ayuda no solo cesó el peligro, pero aun echaron de la ciudad á los levantados. Acudió al tanto el Rey de Aragon con presteza, como al que el cuidado que tenia de su muger y hijo le punzaba: hobo muchos encuentros y refriegas, en que los levantados, como gente recogida de todas partes, no se igualaban á los soldados viejos. El Rey despues de haber reducido á su obediencia muchas

ciudades y pueblos llegó á poner sus estancias junto á Barcelona. La Reyna de Castilla malparió en esta sazon en Aranda con gran riesgo de su vida. Por la vidriera de cierta ventana el rayo del sol que entraba, le comenzó á quemar el cabello, y le ocasionó aquel sobresalto y daño. La tristeza que causó esta desgracia en la corte, en breve se trocó en alegria á causa que don Beltran conde de Ledesma casó con la hija menor del marques de Santillana: las bodas se celebraron en Guadalaxara con grandes fiestas; halláronse á ellas presentes el Rey y la Reyna. Acabadas las fiestas, la Reyna se fue á Segovia, y el Rey se partió para Atienza con intento de darse á la caza por ser aquella comarca muy á propósito para ella. Alli vino un caballero llamado Copones en nombre y como embaxador de Barcelona: ofrecíanle aquel estado de Cataluña, si les enviase gente de socorro y los recibiese debaxo de su amparo. Era este negocio muy grave: habido su acuerdo y aceptada la oferta, les envió el Rey de socorro dos mil y quinientos caballos, que por caminos extraordinarios llegaron á Cataluña: con este socorro aquella muchedumbre levantada se animó, confiada que por aquel camino se podria defender y sustentar. En cumplimiento de lo asentado levantaron los pendones por el Rey don Enrique: apellidáronle conde de Barcelona, y batieron con su cuño y armas la moneda de aquel estado; por esta manera se despeñaban loca y temerariamente en su perdicion. Alegróse con esta nueva el Rey de Castilla don Enrique, pero mucho mas con saber que don Juan de Guzman duque de Medina Sidonia quitó á Gibraltar á los moros, y el maestre de Calatrava á Archidona. Mandóse poner entre los otros títulos reales al principio de las provisiones el de Gibraltar á exemplo de Abomelique,

el qual era de linage de los Merines, y como arriba queda dicho se llamó Rey de Gibraltar.

CAPITULO V.

De una habla que tuvieron los Reyes, el de Castilla y el de Francia.

Entraron otras bandas de soldados de Castilla por tierras del reyno de Valencia y Aragon: el miedo y el espanto fue grande, si bien aquel Rey acudió luego al peligro. Pudiéranle quitar el reyno por estar gastado y sin sustancia él y sus vasallos, si quan grandes eran las fuerzas de Castilla, tan grande brio y ánimo tuviera el Rey don Enrique: por esto el de Aragon ponia gran cuidado en reconciliarse con él. Para este efecto vino por embaxador del Rey de Francia Juan de Rohan señor de Montalvan y almirante de Francia: llegó á Almazan, donde el Rey don Enrique se hallaba, por principio del año mil y quatrocientos y
1463. sesenta y tres: fue muy bien recebido y festejado con convites muy espléndidos, con bayles y con saraos. Danzaban entre sí los cortesanos, y sacaban á danzar á las damas de palacio; en particular la Reyna, presente el Rey y por su mandado, salió á baylar con el embaxador frances: él acabado el bayle, juró de no danzar mas en su vida con muger alguna en memoria de aquella honra tan señalada como en Castilla se le hizo. Acordóse por medio desta embaxada que los Reyes de Castilla y de Francia se viesen y hablasen para tratar en presencia de todas las diferencias que tenian, y componer sus haciendas. Como se concertó, asi se hizo, que aquellos príncipes tuvieron su habla por el fin del mes de abril cerca de la villa de Fuente-Rabía. Vinieron con el Frances los dos Gastones padre

y hijo, condes que eran de Fox, el duque de Borbon, el arzobispo de Turon y el almirante de Francia. Al de Castilla acompañaban el arzobispo de Toledo, y los obispos de Burgos, Leon, Segovia y Calahorra, el marques de Villena, el maestre de Alcántara y el gran prior de San Juan, todos y cada qual arreados muy ricamente, y con libreas y mucha representacion de magestad. Entre todos se señalaba el conde de Ledesma, gran competidor del de Villena: salió arreado de vestidos muy ricos, recamados de oro y sembrados de perlas. El vestido y trage de los franceses era muy ordinario, especial el del Rey, que era causa á los castellanos de burlarse de ellos, y de motejallos con palabras agudas y motes. Pasaron los nuestros en muchas barcas el rio Vedaso ó Vidasoa. Puédese sospechar se hizo esto por reconocer ventaja á la magestad de Francia: nuestros historiadores dicen otra causa, que todo aquel rio pertenece al señorío de España; y consta por escrituras públicas, acordadas en diferentes tiempos entre los Reyes de Castilla y Francia, y de lo procesado en esta razon, en que se declara que pasando el Rey don Enrique el rio Vidasoa en un barco, llegó hasta donde llegaba el agua, y alli puso el pie, y al tiempo que quiso hablar con el Rey Luis, tenia un baston en la mano: desembarcado en la orilla y arenal donde el agua podia llegar en la mayor creciente, dixo que alli estaba en lo suyo, y que aquella era la raya dentre Castilla y Francia, y poniendo el pie mas adelante, dixo ahora estoy en España y Francia; y el Rey Luis respondió en su lengua: Il est vrai, decis la verdad. En estas vistas y habla se leyó de nuevo la sentencia que poco antes pronunció en Bayona el Rey de Francia elegido por juez árbitro entre Castilla y Aragon, en que se contenian estas principales cabezas: que las gentes de Castilla saliesen

de Cataluña, y se quitasen las guarniciones que tenian en Navarra: la ciudad de Estella con toda su merindad quedase en Navarra por el Rey don Enrique: la Reyna de Aragon y su hija estuviesen en Raga en poder del arzobispo de Toledo para seguridad que se guardaria lo concertado. Esta sentencia ofendia mucho á la una nacion y á la otra, á los de Castilla y de Aragon, sobre todo á los de Navarra; quexábanse que aquel asiento y sentencia era en gran perjuicio suyo: ningun otro provecho se sacó de juntarse estos príncipes. Pero de todo esto, y aun de toda esta manera de juntas y hablas entre los príncipes será á propósito referir aqui lo que siente Philipe de Comines historiador muy señalado de las cosas de Francia que pasaron en esta era, y que se puede comparar con qualquiera de los antiguos. Sus palabras traducidas de frances en castellano dicen asi: «Néciamente lo hacen los príncipes de igual poder quando por sí mismos se juntan á habla, en especial pasados los años de la mocedad, quando en lugar de los juegos y burlas (á que aquella edad es aficionada) entra la envidia y emulacion: ni carecen de peligro juntas semejantes; y si esto no, ninguno otro provecho resulta dellas sino encenderse mas la ira y el odio, de manera que tengo por mas acertado concertar las diferencias entre los Reyes, y qualquier otro negocio que haya, por sus embaxadores que sean personas prudentes. Muchas cosas me ha enseñado la experiencia, de las quales tengo por conveniente poner aqui algunos exemplos. Ningunas provincias entre christianos estan entre sí trabadas con mayor confederacion que Castilla con Francia, por estar asentada con grandes sacramentos amistad de Reyes con Reyes, y de nacion con nacion. Fiados de esta amistad el Rey Luis Onceno de Francia poco despues que se coronó por Rey, y don Enrique

»Rey de Castilla se juntaron á la raya de los dos rey-
»nos. Don Enrique llegó á Fuente-Rabía rodeado de
»grande acompañamiento, seguíanle el gran maestre
»de Santiago y el arzobispo de Toledo y el conde de
»Ledesma, que entre todos se señalaba por ser su
»gran privado. El Rey de Francia paró en San Juan
»de Angelin, acompañado como es de costumbre de
»muchos grandes. Gran número de la una nacion y
»de la otra alojaba en Bayona, los quales luego que
»llegaron, se barajaron malamente. Hallóse presente
»la Reyna de Aragon, que tenia diferencias con el
»Rey don Enrique sobre Estella y otros pueblos de
»Navarra que dexáran en manos del Rey. Una ó dos
»veces se hablaron, y vieron á la ribera del rio que
»divide á Francia de España; pero brevísimamente
»quanto pareció al maestre de Santiago y al arzobispo
»de Toledo que lo gobernaban todo, y por esto fueron
»por el Rey de Francia festejados grandemente en
»San Juan de Angelin quando allí le visitaron. El con-
»de de Ledesma pasó el rio en una barca que llevaba
»la vela de brocado, el arreo de su persona era con-
»forme á esto, en particular llevaba unos hermosos
»borceguíes sembrados de pedrería. Don Enrique era
»feo de rostro: la forma del vestido sin primor, y que
»descontentaba á los franceses. Nuestro Rey se seña-
»laba por el hábito muy ordinario: el vestido corto,
»sombrero comun, con una imágen de plomo en él
»cosida, ocasion de mofa y remoquetes: los españo-
»les echaban aquel trage á poquedad y avaricia. Desta
»manera se acabó la junta, sin que della resultase otro
»provecho mas de conjuraciones y monipodios que
»entre los unos y otros grandes se forjaron, por las
»quales yo mismo ví al Rey don Enrique envuelto en
»grandes trabajos y afanes que se continuaron hasta
»su muerte, desamparado de sus vasallos, y puesto

»en un estado miserable." Hasta aquí son palabras de Philipe de Comines; lo demas que dice se dexa por abreviar. Este año, á los doce de noviembre, pasó desta vida á la eterna el Santo fray Diego en el su monasterio de Franciscos de Alcalá de Henares que fundó don Alonso Carrillo arzobispo de Toledo (1). Fue natural de San Nicolás diócesi de Sevilla. Su vida tal, y los milagros que Dios por él hizo tantos, que el Papa Sixto Quinto le canonizó á los dos de julio año del Señor de mil y quinientos y ochenta y ocho.

CAPITULO VI.

Los catalanes llamaron en su ayuda á don Pedro condestable de Portugal.

Halláronse presentes á la junta destos príncipes dos embaxadores de Barcelona, llamados el uno Cardona y el otro Copones: quexáronse al de Castilla que se hacía agravio á su nacion en desamparallos contra lo que tenian capitulado. Estas quexas no fueron de efecto alguno; las orejas destos príncipes estaban cerradas á sus ruegos por respetos que mas á ellos les importaban. En Tolosa pueblo de Guipúzcoa el comun del pueblo mató á seis de mayo á un judío llamado Gaon: fue la ocasion que por estar el Rey cerca, entretanto que se entretenia en Fuente-Rabía, comenzó el judío á cobrar cierta imposicion que se llamaba el Pedido, sobre que antiguamente hobo grandes alteraciones entre los de aquella nacion, y al presente llevaban mal que se les quebrantasen sus privilegios y libertades. No se castigó este delito, y esta muerte,

(1) Garib. lib. 17. c. 7. dice que finó el año de 1461.

antes poco despues en Segovia, do se fue el Rey don Enrique, hobo entre dos frayles y se encendió una grave reyerta. El uno afirmaba en sus sermones que muchos christianos se volvian judíos, en que pretendia tachar el libre trato que con los de aquella nacion y los moros se tenia; y era asi que muchos de aquellas naciones enemigos de Christo libremente andaban en la casa real y por toda la provincia: el otro frayle lo negaba todo mas en gracia de los príncipes, como yo creo, que por ser asi verdad. Nunca sin duda en España se vió mayor estrago de costumbres, ni corrieron tiempos mas miserables; en particular el pueblo en Sevilla andaba muy alborotado en gran manera, á causa que don Alonso de Fonseca el mas viejo pedia que le fuese restituida aquella iglesia, que diera los años pasados en confianza á su pariente llamado tambien don Alonso Fonseca: alegaba que asi estaba establecido por los derechos y recebido por la costumbre, y que asi lo mandaba el Padre Santo. El pueblo, y la nobleza, divididos en parcialidades, unos favorecian al pretensor, otros al contrario; de que resultaban alteraciones y corria riesgo no viniesen á las manos. Acudió á grandes jornadas el Rey don Enrique, y con su venida entregó la iglesia á don Alonso de Fonseca el mas viejo, y pagaron con las cabezas y con la vida seis personas que fueron los principales movedores de aquel motin y alboroto. El Rey de Portugal á la sazon con una gruesa armada volvió á Africa: iban en su compañía don Fernando su hermano, y don Pedro su primo que era condestable de Portugal. Los catalanes desamparados de la ayuda de Castilla, y visto que los franceses é italianos los tenian prevenidos por el Rey de Aragon, acordaron (lo que solo les faltaba y quedaba) llamar socorros de mas lexos: con este acuerdo enviaron á convidar á don

Pedro condestable de Portugal para que desde Ceuta viniese á tomar posesion de aquel principado, que decian le pertenecia por su madre, que era la hija mayor del conde de Urgel: en mal pleyto ninguna cosa se dexa de intentar. Parecíale al condestable buena ocasion esta: hízose á la vela, llegó á la playa de Barcelona, y surgió en ella á veinte y uno de enero principio del año mil y quatrocientos y sesenta y qua-
1464. tro. Allí sin dilacion fue llamado conde de Barcelona y Rey de Aragon: acometimiento que por falta de fuerzas salió en vano, y la honra le acarreó la muerte demas de otros daños que resultaron: lo primero con la partida de don Pedro las fuerzas de Portugal se enflaquecieron en Africa, por donde de Tanger que pretendian tomar, fueron con daño rechazados los fieles por los moros, y algunas entradas que se hicieron en los campos comarcanos, no fueron de consideracion ni de algun efecto notable; solo junto al monte Benasa en un encuentro que tuvieron con los enemigos, el mismo Rey de Portugal estuvo á gran riesgo de perderse con toda su gente. Duarte de Meneses como quier que por defender á su Rey se metiese con grande ánimo entre los enemigos, fue muerto en la pelea y otros con él. El conde de Villarreal defendió aquel dia la retaguardia, por lo qual mereció mucha loa por testimonio del mismo Rey que despues de la pelea le dixo: «Hoy en vos solo ha quedado la fé." El Rey don Enrique desde Sevilla fue á Gibraltar: allí á su instancia y por sus ruegos aportó el Rey de Portugal á la vuelta de Africa y de Ceuta. Estuvieron en aquel pueblo por espacio de ocho dias: despues dellos el de Portugal se volvió á su reyno. El Rey don Enrique por la parte de Ecija rompió por el reyno de Granada, sin desistir de la empresa hasta tanto que le pagaron el tributo que tenian antes concertado, y le

hicieron otros presentes de grande estima: con esto por Jaen, do residia Miguel Iranzu su condestable por frontero, pasó el Rey de priesa á Madrid. Queria recebir y festejar otra vez al de Portugal que por voto que tenia hecho, se encaminaba para visitar á Guadalupe, casa de mucha devocion: viéronse los dos Reyes y habláronse en la puente del Arzobispo raya del reyno de Toledo: hallóse presente la Reyna de Castilla que en compañía de su marido iba para verse con su hermano el Rey de Portugal. En esta junta se concertaron dos casamientos, uno del Rey de Portugal con doña Isabel hermana del Rey don Enrique, y otro de doña Juana su hija con el príncipe y heredero de Portugal: dilatáronse para otro tiempo las bodas: y al fin la tardanza hizo que no surtiesen efecto. Estaba del cielo determinado que los aragoneses, reyno mas á propósito que el de Portugal, viniesen á la corona de Castilla, bien que no sin grandes y largas alteraciones de España: males que parece pronosticó un torbellino de vientos que en Sevilla se levantó, el mayor que la gente se acordaba, tanto que llevó por el ayre un par de bueyes con su arado, y de la torre de San Agustin derribó y arrojó muy lexos una campana; arrancó otrosí de quaxo muchos árboles muy viejos, y los edificios en muchas partes quedaron maltratados. Viéronse en el cielo como huestes de hombres armados que peleaban entre sí, quier fuese verdadera representacion, quier engaño como se puede pensar, pues refieren que solamente las vieron los niños de poca edad: finalmente tres águilas con los picos y uñas en el ayre combatieron por largo espacio; el fin de aquella sangrienta pelea fue que cayeron todas en tierra muertas. Los hombres movidos destos prodigios y señales hacian rogativas, plegarias y votos para aplacar, si pudiesen, la ira del

cielo que amenazaba, y alcanzar el favor de Dios y de los Santos.

CAPITULO VII.

De una conjuracion que hicieron los grandes de Castilla.

El Rey don Enrique comenzaba á mirar con mala cara al arzobispo de Toledo y al marques de Villena por entender que en las diferencias de Aragon no le sirvieron con toda lealtad: por esto ni le hicieron compañía quando fue al Andalucía, ni se hallaron en la junta que tuvieron los Reyes en la puente del Arzobispo, antes por temer que se les hiciese alguna fuerza, ó dallo asi á entender, desde Madrid se fueron á Alcalá; luego se juntaron con ellos el almirante de Castilla y el linage de los Manriques, y don Pedro Giron maestre de Calatrava. Allegáronseles poco despues los condes de Alba y de Plasencia por persuasion del marques de Villena, que fue secretamente para esto á verse con ellos: el Rey de Aragon asi mismo por grandes promesas que le hicieron, se arrimó á este partido. Estos fueron los principios y cimientos de una cruel tempestad que tuvo á toda España por mucho tiempo muy gravemente trabajada. Era necesario buscar algun buen color para hacer esta conjuracion: pareció sería el mas á propósito pretender que la princesa doña Juana era habida de adulterio, y por tanto no podia ser heredera del reyno. Procuraron para salir con este intento apoderarse de los infantes don Alonso y doña Isabel hermanos del Rey; que residian en Maqueda con su madre, por parecelles á propósito para con este color revolvello todo, verdad es que á instancia del Rey y con rehenes que

le dieron para seguridad, el marques de Villena don Juan Pacheco volvió á Madrid. Todo era fingido, y él iba apercebido de mentiras y engaños con que apartar á los demas grandes del Rey y de su servicio. Para este efecto le dió por consejo hiciese prender á don Alonso de Fonseca arzobispo de Sevilla, que á menos desto él no podria andar en la corte seguramente. Despues que tuvo persuadido al Rey, con trato doble avisó á la parte del peligro en que estaba: dió él crédito á sus palabras, huyóse y ausentóse; traza con que forzosamente se hobo de pasar á los alterados. Con esto quedó mas soberbio don Juan Pacheco, en tanta manera que estando la corte en Segovia al tiempo de los calores, cierto dia entró con hombres armados en el palacio real para apoderarse del Rey y de sus hermanos. Pasó tan adelante este atrevimiento, que quebrantó las puertas del aposento real, y por no poder salir con su intento á causa que el Rey y don Beltran de la Cueva con aquel sobresalto se retiraron mas adentro en el palacio y en parte que era mas fuerte, determinó de noche (que fue nueva insolencia) llevar adelante su maldad. Ya era llegada la hora, y los sediciosos se aparejaban con sus armas para executar lo que tenian acordado; mas el Rey y los suyos fueron avisados: con que las asechanzas no pasaron adelante. Estaba don Juan Pacheco autor de todo esto á la sazon en palacio: los mas persuadian al Rey y eran de parecer que le debian echar la mano y prenderle. Era tan grande el descuido del Rey, que antepuso una vana muestra de clemencia á su salud y vida: decia que no era justo quebrantalle la seguridad que le diera; con que escapó entonces de aquel peligro, y las cosas se empeoraron de cada dia mas, mayormente que por el mismo tiempo por bula del sumo Pontífice don Beltran

de la Cueva fue nombrado por maestre de Santiago, cosa que al pueblo dió mucha pesadumbre por el agravio que se hacía al infante don Alonso en quitalle aquella dignidad. Las demasías de don Juan Pacheco no parecia se podian castigar mejor que con levantar por este medio á su contrario y competidor don Beltran. Intentó de nuevo el dicho marques de Villena si podia salir con su pretension, y con asechanzas y tratos apoderarse del Rey: con este deseño le hizo fuese á Villacastin para tener alli habla; descubrióse tambien el engaño, y con esto se previno y remedió el daño. Desde Burgos los conjurados, juntados al descubierto y quitada la máscara, escribieron al Rey de comun acuerdo una carta muy desacatada; las principales cabezas y capítulos eran: Que los moros andaban libres en su corte sin ser castigados por maldad alguna que cometiesen: que los cargos y magistrados se vendian: que el maestrazgo de Santiago injustamente y contra derecho se habia dado á don Beltran: la princesa doña Juana como habida de adulterio no debia ser jurada por heredera; que si estas cosas se reformasen, de buena gana dexarian las armas, prestos de hacer lo que su merced fuese. Recibió el Rey y leyó esta carta en Valladolid, sin que por ella mucho se alterase: ciega sin duda el entendimiento la divina venganza quando no quiere que se emboten los filos de su espada. A la verdad este príncipe tenia con los deleytes feos y malos enflaquecidas las fuerzas del cuerpo y del alma. Hallóse presente don Lope de Barrientos obispo de Cuenca, que pretendia con grande instancia se debia con las armas castigar aquel desacato; pero no aprovechó nada, dado que le protestaba, pues no queria seguir el consejo saludable que le daba, que vendria á ser el mas miserable y abatido Rey que hobiese tenido España:

que se arrepentiria tarde y sin provecho de la floxedad que de presente mostraba. Tratóse de nuevo de concierto, pues lo de la guerra no contentaba: para esto entre Cabezon y Cigales pueblos de Castilla la vieja don Juan Pacheco, con qué cara? con qué vergüenza? en fin en un campo abierto y raso habló por grande espacio con el Rey don Enrique. Resultó de la habla que se concertaron y hicieron estas capitulaciones: el infante don Alonso heredase el reyno á tal que se casase con la pretensa princesa doña Juana: don Beltran renunciase el maestrazgo de Santiago: que se nombrasen quatro jueces, dos por cada una de las partes, y por quinto fray Alonso de Oropesa general que era de los Gerónimos; lo que sobre las demas diferencias determinase la mayor parte destos jueces, aquello se ejecutase. Tomada esta resolucion, el infante don Alonso que era de edad de once años, de Segovia fue traido á los reales del Rey: alli le juraron todos por príncipe y heredero del reyno; quedó en poder de los grandes, de que resultaron nuevos daños. A don Beltran de la Cueva dió el Rey la villa de Alburquerque con título de duque, y juntamente le hicieron merced de Cuellar, Roa, Molina y Atienza demas de ciertos juros que en el Andalucía le señalaron para cada un año en recompensa de la dignidad y maestrazgo que le quitaban. Los alterados señalaron por jueces árbitros á don Juan Pacheco y al conde de Plasencia; el Rey á Pero Hernandez de Velasco y Gonzalo de Saavedra, enemigos declarados de don Juan Pacheco. El arzobispo de Toledo y el almirante se reconciliaron con el Rey: la amistad duró poco, ó como decia el vulgo, fue invencion y querer temporizar. Andaban los quatro jueces árbitros alterados y entendíase que si llegaban á pronunciar sentencia, dexarian á don Enrique solo el nombre de Rey

y le quitarian todo lo demas: por esto mandó él de secreto al maestre de Alcántara y al conde de Medellin, personas de quien mucho se fiaba, que con las mas gentes que pudiesen, se viniesen á él, y desbaratasen aquellos intentos. Gonzalo de Saavedra, que era uno de los jueces, y Alvar Gomez secretario del Rey, al qual hiciera merced en la comarca de Toledo de Maqueda y de Torrejon de Velasco y de San Silvestre, fueron por el Rey llamados. Pusiéronles algunos grandes temores asi á ellos como al maestre de Alcántara don Gomez de Solís y al conde de Medellin: avisáronlos que los querian prender, y que sus malos tratos eran descubiertos; con esto les persuadieron se declarasen y públicamente con sus gentes se pasasen á los conjurados. El Rey avisado de todo esto, puso tachas á los jueces árbitros, y alegó que los tenia por sospechosos: mandó otrosí á Pedro Arias ciudadano de Segovia (cuyo padre fue su contador mayor) que por fuerza se apoderase de Torrejon: asi lo hizo, y dexó aquella villa á los condes de Puñonrostro sus descendientes. Pedro de Velasco se juntó tambien con los conjurados, dado que su padre el conde de Haro se quexaba mucho desta su liviandad, tanto que ni con soldados ni con dineros le ayudaba, y le era forzoso andar entre los otros grandes muy desacompañado y desautorizado. Por este mismo tiempo á catorce de agosto falleció en Ancona ciudad de la Marca el Papa Pio Segundo: pretendia, despues de convocados los príncipes de todo el mundo para tomar las armas contra los turcos, pasar el mar Adriático y ser caudillo en aquella guerra sagrada, que fue una grande determinacion; y con este intento, bien que doliente, se hizo llevar á aquella ciudad: atajóle la muerte y cortóle sus pasos. Duróle poco tiempo el pontificado, solo espacio de seis

años: su renombre por sus virtudes y pensamientos altos, y por sus letras será inmortal: con su muerte todos aquellos apercebimientos se deshicieron. Pusieron en su lugar con grande presteza al cardenal Pedro Barbo de nacion veneciano á treinta del mismo mes de agosto: llamóse Paulo Segundo; era de quarenta y siete años quando fue electo en lo mejor de su edad. Mostróse muy aficionado á las cosas de España, y asi ayudó con su autoridad y diligencia al Rey don Enrique en sus grandes trabajos.

CAPITULO VIII.

De las guerras de Aragon.

Con la venida á Barcelona de don Pedro condestable de Portugal los catalanes cobraron mas ánimo que conforme á las fuerzas que alcanzaban: mayor era el miedo todavia que la esperanza, como de gente vencida contra los que muchas veces los maltrataron: la obstinacion de sus corazones era muy grande, que mas que todo los sustentaba. La ciudad de Lérida despues que por el Rey estuvo cercada largo tiempo, y despues que le talaron y robaron los campos al derredor, finalmente fue forzada á entregarse. En muchas partes en un mismo tiempo la llama de la guerra se emprendia con daño de los pueblos y de los campos, rozas y labranzas: miserable estado de toda aquella provincia. El principal caudillo en esta guerra era don Juan arzobispo de Zaragoza, que fue otro hijo bastardo del Rey de Aragon, mas á propósito para las armas que para la mitra y roquete. Philipo duque de Borgoña por el contrario envió á don Pedro una banda de borgoñones, ayuda de poco momento para negocio tan grande. Con su venida la

gente y compañías de catalanes se juntaron en la villa de Manresa hasta en número de dos mil infantes y sobre seiscientos de á caballo. Estaba el conde de Prades por parte del Rey de Aragon puesto sobre Cervera: el cerco se apretaba, y los cercados forzados de la hambre y falta de otras cosas trataban de rendirse; para prevenir este daño y por la defensa determinó don Pedro de ir en persona á socorrellos. La gente del Rey de Aragon, lo principal de su exército y la fuerza, se tenia á la raya de Navarra á propósito de sosegar las alteraciones de aquella nacion: mandó el Rey á su hijo el principe don Fernando que con parte del exército marchase á toda priesa para juntarse con el conde de Prades. Era don Fernando de muy tierna edad, tenia solos trece años: la necesidad forzó á que en aquella guerra comenzase su padre á valerse dél, y él á exercitarse en las armas; por esto no tuvo tiempo para aprender las primeras letras bastantemente: sus mismas firmas muestran ser esto verdad. Llegaron los del condestable de Portugal á un lugar llamado los Prados del Rey con determinacion de dar la batalla: asi lo avisaban las espías. El príncipe don Fernando que cerca se hallaba, apercebidas todas las cosas y aparejadas, fue en busca del enemigo. Hizo alto en un ribazo, de do se veían los reales de los catalanes. El Portugues hizo al tanto, que se mejoró de lugar y trincheó los reales en un collado cercano. Parecia queria escusar la batalla, bien que ordenó sus haces en forma de pelear. En la avanguardia iba Pedro de Deza con espaldas de los borgoñones, que cerraban aquel esquadron: en el segundo esquadron iban por capitanes de los soldados navarros y castellanos Beltran y Juan Armendarios; el cuidado de la retaguardia llevaba el mismo don Pedro de Portugal. Las gentes de don Fernando eran menos en nú-

mero, que no pasaban de setecientos caballos y mil infantes: ordenáronlas desta manera: la avanguardia se encomendó al conde de Prades: Hugon de Rocaberti Castellan de Amposta y Matheo Moncada fortificaban los costados; don Enrique hijo del infante de Aragon don Enrique quedó de respeto para socorrer donde fuese necesario: en el postrer esquadron iba el príncipe don Fernando acompañado de muchos nobles; Bernardo Gascon natural de Navarra con la infantería de su cargo llevó orden de tomar la parte de la montaña para que no les pudiesen acometer por aquel lado. Antes que se diese la señal de pelear, el príncipe don Fernando armó caballeros algunas personas nobles. Comenzaron á pelear los adalides, que iban delante, con grande vocería que levantaron: cargaron los demas, y en breve espacio el primero y segundo esquadron de los portugueses fueron forzados á retirarse, y en fin todos se desbarataron por el esfuerzo de los aragoneses. Con tanto atemorizados los demas que pusieron en la retaguardia, en que se hallaba el mismo don Pedro de Portugal y la fuerza del exército, poca resistencia pudieron hacer. Volvieron las espaldas, y huyeron desapoderadamente la gente de á pie por los montes cercanos, los de á caballo por los llanos. Don Pedro de Portugal se valió de maña para escapar: quitóse la sobreveste, y mezclado con los vencedores, el dia siguiente sin ser conocido se puso en salvo. Los borgoñones á los quales se dió la primera carga, casi todos quedaron en el campo: peleaban entre los primeros, y conforme á su costumbre tienen por cosa muy fea volver el pie atrás. De los demas muchos fueron presos, y entre ellos el conde de Pallas, principal atizador de toda esta guerra. Dióse esta batalla postrero dia de febrero del año mil y 1465.
quatrocientos y sesenta y cinco. La victoria fue tanto

mas alegre que de los aragoneses pocos quedaron heridos, ninguno muerto. Don Pedro de Portugal se volvió á Manresa; Beltran Armendario sin embargo fortificó con gente el lugar de Cervera, en que metió parte del exército, bien que desbaratado, no con menor ánimo que si ganára la victoria. De alli pasó la fuerza de la guerra á la comarca de Ampurias, en que llevaban siempre lo mejor los aragoneses, y los portugueses lo peor. Parecia que todas las cosas eran fáciles á los vencedores, tanto mas que los alborotos de Navarra estaban casi acabados, y los biamonteses reducidos á la obediencia del Rey con el perdon que otorgó á don Luis y á don Carlos hijos de don Luis ya difunto conde de Lerin y condestable de Navarra, y juntamente les fueron restituidos sus bienes, cargos y dignidades que solian tener: lo mismo se hizo con don Juan de Biamonte hermano del dicho condestable, prior que era de San Juan en Navarra. Declararon otrosí por herederos de aquel reyno á Gaston conde de Fox y doña Leonor su muger, que ya se intitulaban príncipes de Viana. Ismael Rey de Granada gozaba de tiempo atrás de una paz muy sosegada, quando le sobrevino la muerte á siete de abril, que fue domingo, año de los árabes ochocientos y sesenta y nueve á diez dias del mes de xavan. Sucedióle Albohacen su hijo, varon de grande ánimo y de grande esfuerzo en las armas. Tuvo este Rey dos mugeres, la una mora de nacion, cuyo hijo fue Boabdil que adelante se llamó el Rey Chiquito, la otra era christiana renegada, por nombre Zoroyra: della tuvo dos hijos llamados el uno Cado y el otro Nacre, los quales en tiempo del Rey don Fernando el Cathólico, quando se ganó Granada, se volvieron christianos: el mayor se llamó don Fernando, y el menor don Juan; su madre al tanto mo-

vida del exemplo de sus hijos se reduxo á nuestra fé, y se llamó doña Isabel. En tiempo deste Rey Albohacen hobo por algun tiempo paz con los moros: por frontero á la parte de Jaen estaba Iranzu el condestable, por la parte de Ecija don Martin de Córdova. Por el mismo tiempo don Fernando Rey de Nápoles, vencidos y desbaratados sus enemigos asi los de dentro como los de fuera, afirmaba su imperio en Italia. Despues que en una batalla muy señalada que se dió cerca de Sarno en Tierra de Labor, quedó vencido, se rehizo de fuerzas, y ayudado de nuevos socorros del Papa y duque de Milán y de Scanderberchìo (como arrriba queda dicho) el año siguiente despues que perdió aquella jornada, humilló al enemigo que soberbio quedaba, en una batalla que le ganó cerca de Troya ciudad de la Pulla. No paró hasta tanto que forzó á Juan duque de Lorena á retirarse á la isla de Ischìa; de donde sosegadas las alteraciones de los barones y apaciguada la provincia, perdída toda esperanza, fue forzado con poca honra á dar vuelta á Francia: era este príncipe igual en esfuerzo á sus antepasados, y dexó gran fama de su mucha bondad; la fortuna y el cielo no le fueron mas que á ellos favorables. Desta manera el Rey don Fernando, puesto fin á la guerra de los barones de Nápoles, que fue muy dudosa y muy larga, entró en Nápoles como en triumpho de sus enemigos á catorce del mes de setiembre: grande magnificencia y aparato, concurso del pueblo y de los nobles extraordinario, que le honraron á porfia con todas sus fuerzas, regocijos y alegrias que se hicieron muy grandes. La Reyna doña Isabel su muger como quier que atribuía la victoria á Dios y á los Santos visitaba las iglesias con sus hijos pequeños que llevaba delante de sí, arrodillábase delante los altares, cumplia sus votos,

hacía sus plegarias: hembra que era muy señalada en religion y bondad, y que merecia gozar de mas larga vida para que el fruto de la victoria fuera mas colmado. Todo lo atajó la muerte: falleció casi al mismo tiempo que el reyno quedaba apaciguado. El Rey don Fernando su marido, fundada la paz y ordenadas las demas cosas á su voluntad, tuvo el reyno mas de treinta años. Emprendió en lo de adelante y acabó muchas guerras felizmente en ayuda de sus amigos y confederados. Fuera desto á los turcos, que se apoderaron pasados algunos años de Otranto y de buena parte de aquella comarca, desbarató y echó de Italia por su mandado don Alonso su hijo duque de Calabria: en conclusion si este Rey en el tiempo de la paz continuára las virtudes con que alcanzó y se mantuvo en el reyno, como fue tenido por muy dichoso, asi se pudiera contar entre los buenos príncipes y en virtud señalados; mas hay pocos que en la prosperidad y abundancia no se dexen vencer de sus pasiones, y sepan con la razon enfrenar la libertad.

CAPITULO IX.

Que el infante don Alonso fue alzado por Rey de Castilla.

No sosegaron las alteraciones de Castilla por quedar el infante don Alonso en poder de los grandes, antes fue para mayor daño lo que se pensó sería para remediar los males: como fueron los intentos y consejos errados, asi tuvieron los remates no buenos. El Rey de Cabezon, cerca de donde fue la junta y la habla que tuvo con don Juan Pacheco, se partió para el reyno de Toledo; los grandes se fueron á Plasencia. El maestre de Calatrava don Pedro Giron,

que en Castilla la vieja era señor de Ureña, se partió para el Andalucía, do tenia tambien la villa de Osuna, con intento de mover los andaluces y persuadilles que tomasen las armas contra su Rey. Era el maestre hombre vario, y no de mucha constancia, ni muy firme en la amistad, y que tenia mas cuenta con llevar adelante sus pretensiones y salir con lo que deseaba, que con lo que era honesto y santo. Quitaron el priorado de San Juan á don Juan de Valenzuela, y al obispo de Jaen despojaron de sus bienes y rentas no por otra causa sino porque eran leales al Rey: delito que se tiene por muy grave entre los que estan alborotados y amotinados. Por toda aquella provincia trató de levantar la gente, en especial de meter en la misma culpa á los señores y nobles: prometia á cada qual conforme á lo que era y á su calidad, cosas muy grandes, con que muchos se alentaron y resolvieron de juntarse con los alborotados, en particular las comunidades y regimientos de Sevilla y de Córdova, y el duque de Medina Sidonia y conde de Arcos y don Alonso de Aguilar. El Rey don Enrique vista la tempestad que se aparejaba y armaba, en Madrid hizo una junta para tratar del remedio. Preguntó á los congregados lo que les parecia se debia hacer, si acudir á las armas, ó pues las cosas no se encaminaban como se pensó, si sería bien tornar á mover tratos de paz. Callaron los demas: el arzobispo de Toledo dixo que su parecer era debian procurar que el infante don Alonso volviese á poder del Rey, porque quien sería mas á propósito para guardalle como prenda de la paz, y para seguridad del casamiento poco antes concertado, que su mismo hermano, y que poco despues sería su suegro? que si no obedeciesen, en tal caso se podria acudir á las armas y á la fuerza, y casti-

gar la contumacia de los que se desmandasen; para lo qual debia la corte con brevedad pasarse á Salamanca, por estar aquella ciudad cerca de donde los conjurados se hallaban, y por esta causa ser muy á propósito para asentar la paz ó hacer la guerra. Parecia á algunos que estas cosas las decia con llaneza: asi vinieron los demas en el mismo parecer, sin que ninguno de los que mejor sentian, se atreviese á chistar; todo procedia no por razon y justicia sino por fuerza y violencia. Envióse pues por una parte embaxada á los grandes, y por otra mandaron que las compañías de soldados acudiesen á Salamanca: pasó el Rey á Castilla la vieja y á Salamanca, y con las gentes que llevaba y alli halló, puso cerco sobre Arévalo que se tenia por los alborotados. Desde alli el arzobispo de Toledo quitada la máscara se fue á Avila, ciudad que tenia en su poder; que poco antes le dió el Rey asi aquella tenencia como la de la Mota de Medina: á Avila acudieron los conjurados, llamados por el arzobispo; asi mismo el almirante (como lo tenia acordado) se apoderó de Valladolid, do estos señores pensaban hacer la masa de la gente. Con estas malas nuevas, y por el peligro que corria de mayores males, despertado el Rey de su grave sueño, á solas y las rodillas por tierra, las manos tendidas al cielo habló con Dios segun se dice desta manera: «Con humildad, Señor, Christo hijo de Dios, y Rey »por quien los Reyes reynan, y los imperios se man»tienen, imploro tu ayuda, á tí encomiendo mi es»tado y mi vida: solamente te suplico que el casti»go (que confieso ser menor que mis maldades) me »sea á mí en particular saludable. Dame, Señor, »constancia para sufrille, y haz que la gente en co»mun no reciba por mi causa algun grave daño." Dicho esto, muy de priesa se volvió á Salamanca.

Los alborotados en Avila acordaron de acometer una cosa memorable: tiemblan las carnes en pensar una afrenta tan grande de nuestra nacion, pero bien será se relate para que los Reyes por este exemplo aprendan á gobernar primero á sí mismos, y despues á sus vasallos, y adviertan quantas sean las fuerzas de la muchedumbre alterada, y que el resplandor del nombre real y su grandeza mas consiste en el respeto que se le tiene, que en fuerzas: ni el Rey (si le miramos de cerca) es otra cosa que un hombre con los deleytes flaco: sus arreos y la escarlata de qué sirve sino de cubrir como parche las grandes llagas y graves congoxas que le atormentan? si le quitan los criados, tanto mas miserable; que con la ociosidad y deleytes mas sabe mandar que hacer, ni remediarse en sus necesidades. La cosa pasó desta manera. Fuera de los muros de Avila levantaron un cadahalso de madera en que pusieron la estátua del Rey don Enrique con su vestidura real y las demas insignias de Rey, trono, cetro, corona: juntáronse los señores, acudió una infinidad de pueblo. En esto un pregonero á grandes voces publicó una sentencia que contra él pronunciaban, en que relataron maldades y casos abominables que decian tenia cometidos. Leíase la sentencia, y desnudaban la estátua poco á poco, y á ciertos pasos, de todas las insignias reales: últimamente con grandes baldones la echaron del tablado abaxo. Hízose este auto un miércoles á cinco de junio. Con esto el infante don Alonso que se halló presente á todo, fue puesto en el cadahalso, y levantado en los hombros de los nobles, le pregonaron por Rey de Castilla, alzando por él como es de costumbre los estandartes reales. Toda la muchedumbre apellidaba como suele: Castilla, Castilla por el Rey don Alonso; que fue meter en

el caso todas las prendas posibles y jugar á resto abierto. Como se divulgase tan grande resolucion, no fueron todos de un parecer: unos alababan aquel hecho, los mas le reprehendian. Decian, y es asi, que los Reyes nunca se mudan sin que sucedan grandes daños: que ni en el mundo hay dos soles, ni una provincia puede sufrir dos cabezas que la gobiernen: llegó la disputa á los púlpitos y á las cáthedras. Quien pretendia que fuera de heregía, por ningun caso podrian los vasallos deponer al Rey; quien iba por camino contrario. Hizo el nuevo Rey mercedes asaz de lo que poco le costaba, en particular á Gutierre de Solís por contemplacion del maestre de Alcántara su hermano, dió la ciudad de Coria con título de conde. Las ciudades de Burgos y de Toledo aprobaron sin dilacion lo que hicieron los grandes; al contrario no pocos señores comenzaron á mostrarse con mas fervor por el Rey don Enrique: teníanle muchos compasion, y parecíales muy mal á todos que le hobiesen afrentado por tal manera; pensaban otrosí que en lo de adelante daria mejor orden en sus costumbres y eso mismo en el gobierno. Don García de Toledo conde de Alba, ya reconciliado con el Rey, acudió luego con quinientas lanzas y mil de á pie. La Reyna y la infanta doña Isabel fueron enviadas al Rey de Portugal para alcanzar por su medio le enviase gentes de socorro. Habláronle en la ciudad de la Guardia á la raya de Portugal; pero fuera del buen acogimiento que les hizo, y buenas palabras que les dió, no alcanzaron cosa alguna. Las gentes de los señores acudieron á Valladolid; las del Rey á Toro, mas en número que fuertes. Los rebeldes muy obstinados en su propósito cargaron sobre Peñaflor: defendiéronse los de dentro animosamente; que fue causa de que tomada la villa,

le allanasen los muros: querian con este rigor espantar á los demas. Acudieron á Simancas: el Rey para su defensa despachó al capitan Juan Fernandez Galindo desde Toro con tres mil caballos. Con su llegada cobraron los cercados tanto brio y pasaron tan adelante que como por escarnio y en menosprecio de los contrarios los mochilleros se atrevieron á pronunciar sentencia contra el arzobispo de Toledo, y arrastrar por las calles su estátua, que últimamente quemaron: pequeño alivio de la afrenta hecha al Rey en Avila, y satisfaccion muy desigual asi por la calidad de los que hicieron la befa, como del á quien se hacía. Alzaron los conjurados el cerco por la resistencia que hallaron, especial que se sabía haberse juntado en Toro un grueso exército de gentes que acudian al Rey de todas partes, hasta ochenta mil de á pie, y catorce mil de á caballo. Con estas gentes marcharon la vuelta de Simancas: en el camino cerca de Tordesillas fue en una escaramuza y encuentro herido y preso el capitan Juan Carrillo que seguía la parte de los grandes. Ya que estaba para espirar, llamó al Rey y le avisó de cierto tratado para matalle: declaróle otrosí en particular y en secreto los nombres de los conjurados; mas el Rey don Enrique los encubrió con perpétuo silencio por sospechar, como se puede creer, que aquel capitan aunque á punto de muerte, fingia aquel aviso ó por odio que tenia contra los que nombraba, ó para congraciarse con el mismo Rey. Llegó pues á poner sus reales junto á Valladolid: no pudo ganar aquella villa por estar fortificada con muchos soldados, demas que en la gente del Rey se veía poca gana de pelear, y á exemplo del que los gobernaba, una increible y vergonzosa floxedad y descuido. Tornaron en aquel campo á mover tratos de concierto: acordaron de nuevo

de hablarse el Rey don Enrique y el marques de Villena. Fue mucho lo que se prometió, ninguna cosa se cumplió: solamente persuadieron al Rey que pues sus tesoros no eran bastantes para tan grandes gastos, deshiciese el campo; que en breve el infante don Alonso, dexado el nombre de Rey, con los demas grandes se reduciria á su servicio. Desta manera derramaron los soldados por ambas partes; y á los grandes que estaban con el Rey, aunque no sirvieron, ó poco, se dieron en Medina del Campo premios muy grandes. Particularmente á don Pedro Gonzalez de Mendoza obispo de Calahorra hizo el Rey merced de las tercias de Guadalaxara y toda su tierra: al marques de Santillana su hermano dió la villa de Santander en las Asturias, al conde de Medinaceli dió á Agreda, al de Alba el Carpio, al de Trastamara la ciudad de Astorga en Galicia con nombre de marques, sin otras muchas mercedes que á la misma sazon se hicieron á otros señores y caballeros. Los alborotados se partieron para Arévalo: con su ida Valladolid volvió al servicio del Rey. Tenian al infante don Alonso como preso, y porque trataba de pasarse á su hermano, le amenazaron de matalle: miserable condicion de su reynado! dél estaban apoderados sus súbditos, y él en lugar de mandar forzado á obedecellos. Con todo se tornó á tratar de hacer paces: prometian los alterados que si la infanta doña Isabel casase con el maestre de Calatrava, se rendirian asi el maestre como su hermano el de Villena, en cuyas manos y voluntad estaba la guerra y la paz. Daba este consejo el arzobispo de Sevilla don Alonso de Fonseca. El Rey vino en ello, y con esta determinacion despidieron de la corte al duque de Alburquerque y al obispo de Calahorra por ser muy contrarios al dicho maestre, que

para el dicho efecto hicieron llamar. La infanta sentia esta resolucion lo que se puede pensar: su pesadumbre grande, sus lágrimas contínuas: consideraba y temia una cosa tan indigna. Su camarera mayor llamada doña Beatriz de Bovadilla con la mucha privanza que con ella tenia, le preguntó quál fuese la causa de tantas lágrimas y sollozos. «No veis (dice »ella) mi desventura tan grande; que siendo hija y »nieta de Reyes, criada con esperanza de suerte mas »alta y aventajada, al presente (vergüenza es deci»llo) me pretenden casar con un hombre de prendas »en mi comparacion tan baxas? ó grande afrenta y »deshonra! no me dexa el dolor pasar adelante. No »permitirá Dios, señora, tan grande maldad (respon»dió doña Beatriz) no en mi vida, no lo sufriré. Con »este puñal (que le mostró desenvainado) luego que »llegare, os juro y aseguro de quitalle la vida quan»do esté mas descuidado." Doncella de ánimo varonil! mejor lo hizo Dios. Desde su villa de Almagro se apresuraba el maestre para efectuar aquel casamiento quando en el camino súbitamente adolesció de una enfermedad que le acabó en Villarrubia por principio del año de nuestra salvacion de mil y qua- 1466.
trocientos y sesenta y seis: su cuerpo sepultaron en Calatrava en capilla particular. Díxose vulgarmente que las plegarias muy devotas de la infanta, que aborrecia este casamiento, alcanzaron de Dios que por este medio la librase: estábale aparejado del cielo casamiento mas aventajado y muy mayores estados. En los bienes y dignidades del difunto sucedieron dos hijos suyos: don Alonso Tellez Giron el mayor conforme al testamento de su padre quedó por conde de Ureña; don Rodrigo Tellez Giron el segundo hobo el maestrazgo de Calatrava por bula del Papa que para ello tenia alcanzada; sin estos tuvo otro

tercer hijo llamado don Juan Pacheco, todos habidos fuera de matrimonio. Poco antes de la muerte del maestre se vió en tierra de Jaen tanta muchedumbre de langostas que quitaba el sol: los hombres atemorizados, cada uno tomaba estas cosas y señales como se le antojaba conforme á la costumbre que ordinariamente tienen de hacer en casos semejantes pronósticos diferentes, movidos unos por la experiencia de casos semejantes, otros por liviandad mas que por razones que para ello haya. En este tiempo Rodrigo Sanchez de Arévalo castellano que era en Roma del castillo de Santangel, escribia en latin una historia de España mas pia que elegante, que se llama Palentina, por su autor que fue adelante obispo de Palencia. Dióle aquella iglesia á instancia del Rey don Enrique al qual intituló aquella historia, el Pontífice Paulo Segundo, con quien puesto que era español, el dicho Rodrigo Sanchez tuvo mucho trato y familiaridad.

CAPITULO X.

De la batalla de Olmedo.

Muy revueltas andaban las cosas en Castilla, y todo estaba muy confuso y alterado: no la modestia y la razon prevalecian, sino la soberbia y antojo lo mandaban todo; veíanse robos, agravios y muertes sin temor alguno del castigo, por estar muy enflaquecida la autoridad y fuerza de los magistrados. Forzadas por esto las ciudades y pueblos se hermanaron para efecto que las insolencias y maldades fuesen castigadas: á las hermandades (con consentimiento y autoridad del Rey) se pusieron muy buenas leyes para que no usasen mal del poder que se les daba y se estragasen. Comunmente la gente avisada temia no se

volviese á perder España, y los males antiguos se renovasen por estar cerca los moros de Africa, como en tiempo del Rey don Rodrigo aconteció. La ocasion no era menor que entonces, ni menos el peligro á causa de la grande discordia que reynaba en el pueblo, y la deshonestidad y cobardía de la gente principal. Pasaron en esto tan adelante que vulgarmente llamaban por baldon al arzobispo de Toledo don Oppas; en que daban á entender le era semejable, y que sería causa á su patria de otro tal estrago qual acarreó aquel prelado. Estas discordias dieron avilenteza al conde de Fox, que con las armas pretendia apoderarse del reyno de Navarra como dote de su muger, y que se le hacía de mal aguardar hasta que su suegro muriese. Conforme al comun vicio y falta natural de los hombres hacía él lo que en su cuñado culpaba, el príncipe don Carlos; y aun pasaba adelante con su pensamiento, ca queria hacer guerra á Castilla y forzar al Rey don Enrique le entregase los pueblos de Navarra en que tenia puestas guarniciones castellanas. De primera entrada se apoderó de la ciudad de Calahorra y puso cerco sobre Alfaro. Para acudir á este daño despachó el de Castilla á Diego Enriquez del Castillo su capellan y su coronista, cuya coronica anda de los hechos deste Rey. Llegado acometió con buenas razones á reportar al conde; mas como por bien no acabase cosa alguna, juntadas que hobo arrebatadamente las gentes que pudo, le forzó á que alzádo el cerco de priesa, se volviese y retirase: asi mismo la ciudad de Calahorra volvió á la obediencia del Rey, ca los ciudadanos echaron della la guarnicion que el de Fox alli dexó. Desta manera pasaban las cosas de Navarra con poco sosiego. En Cataluña se mejoraba notablemente el partido aragones: los contrarios en diversas partes y encuentros

fueron vencidos, y muchos pueblos se recobraron por todo aquel estado. Lo que hacía mas al caso, don Pedro el competidor yendo de Manresa á Barcelona, falleció de su enfermedad en Granolla un domingo á veinte y nueve de junio: su cuerpo enterraron en Barcelona en nuestra Señora de la Mar con solemne enterramiento y exêquias. El pueblo tuvo entendido que le mataron con yerbas, cosa muy usada en aquellos tiempos para quitar la vida á los príncipes: yo mas sospecho que le vino su fin por tener el cuerpo quebrantado con los trabajos, y el ánimo aquexado con los cuidados y penas que le acarreó aquella desgraciada empresa. Este fue solo el fruto que sacó de aquel principado que le dieron y él aceptó poco acertadamente, como lo daba á entender un alcotan con su capirote que traía pintado como divisa en su escudo y blason en sus armas, y debaxo estas palabras: molestia por alegria. Dexó en su testamento á don Juan príncipe de Portugal su sobrino hijo de su hermana aquel condado en que tan poca parte tenia; ademas que los aragoneses con la ocasion de faltar á los catalanes cabeza se apoderaron de la ciudad de Tortosa y de otros pueblos. Para remedio deste daño los catalanes en una gran junta que tuvieron en Barcelona, nombraron por Rey á Renato duque de Anjou, perpétuo enemigo del nombre aragones; resolucion en que siguieron mas la ira y pasion que el consejo y la razon: á la verdad poca ayuda podian esperar de Portugal; y llamado el duque de Anjou, era caso forzoso que los socorros de Francia desamparasen al Rey de Aragon, y por andar el conde de Fox alterado en Navarra entendian no tendria fuerzas bastantes para la una y la otra guerra. Por el contrario por miedo desta tempestad el Rey de Aragon convidó al duque de Saboya y á Galeazo en lugar de su padre Fran-

cisco Esforcia, ya difunto, duque de Milán para que se aliasen con él. Representábales que Renato con aquel nuevo principado que se le juntaba, si no se proveía, era de temer se quisiese aprovechar de Saboya que cerca le caía, y de los milaneses por la memoria de los debates pasados. Acometió asi mismo á valerse por una parte de los ingleses, por otra al principio del año de nuestra salvacion de mil y quatrocientos y sesenta y siete envió á Pedro Peralta su 1467.
condestable á Castilla para que procurase atraer á su partido, y hacer asiento con los señores confederados y conjurados contra su Rey. Y para mejor expedicion le dió comision de concertar dos casamientos de sus hijos doña Juana y don Fernando con el infante don Alonso hermano del Rey don Enrique, y con doña Beatriz hija del marques de Villena: tan grande era la autoridad de aquel caballero poco antes particular, que pretendia ya segunda vez mezclar su sangre y emparentar con casa real: ayudábale para ello el arzobispo de Toledo, clara muestra de la grande flaqueza y poquedad del Rey don Enrique; verdad es que ninguno destos casamientos tuvo efecto. Al infante don Alonso asi mismo poco antes le sacaron de poder del arzobispo de Toledo con esta ocasion: el conde de Benavente don Rodrigo Alonso Pimentel, reconciliado que se hobo con el Rey don Enrique, alcanzó dél le hiciese merced de la villa de Portillo, de que en aquella revuelta de tiempos estaba ya él apoderado; deseaba servir este beneficio y merced con alguna hazaña señalada. El infante don Alonso y el arzobispo de Toledo, donde algun tiempo estuvieron, pasaban á Castilla la vieja. Hospedólos el conde en aquel pueblo: el aposento del infante se hizo en el castillo, á los demas dieron posadas en la villa. Como el dia siguiente tratasen de seguir su camino, dixo

no daria lugar para que el infante estuviese mas en poder del arzobispo. Usar de fuerza no era posible por el pequeño acompañamiento que llevaban, y ningunos tiros ni ingenios de batir: sugetáronse á la necesidad. El Rey don Enrique alegre por esta nueva en pago deste servicio le dió intencion de dalle el maestrazgo de Santiago que el Rey tenia en administracion por el infante su hermano: merced grande, pero que no surtió efecto por la astucia del marques de Villena, con quien el de Benavente comunicó este negocio y puridad. Pensaba por estar casado con hija del marques que no le pondria ningun impedimento: engañóle su pensamiento, ca el marques quiso mas aquella dignidad y rentas para sí que para su yerno; y no hay leyes de parentesco que basten para reprimir el corazon ambicioso. De aqui resultaron entre aquellos dos señores odios inmortales, y asechanzas que el uno al otro se pusieron. El marques era mañoso: hizo tanto con el conde que restituyó el infante don Alonso á los parciales; con esto la esperanza de la paz se perdió, y volvieron á las armas. El Rey don Enrique sintió mucho esto por ser muy deseoso de la paz, en tanto grado que sin tener cuenta con su autoridad de nuevo tornó á tener habla con el marques de Villena primero en Coca villa de Castilla la vieja, y despues en Madrid; y aun para mayor seguridad del marques puso aquella villa como en tercería en poder del arzobispo de Sevilla. No fueron de efecto alguno estas diligencias, dado que doña Leonor Pimentel muger del conde de Plasencia acudió alli, llamada de consentimiento de las partes por ser hembra de grande ánimo, y muy aficionada al servicio del Rey; por este respeto juzgaban sería á propósito para reducir á su marido y á los demas alterados, y concertar los debates. Tenia el marques de Villena

mas maña para valerse que el Rey don Enrique recato para guardarse de sus trazas. Concertaron nueva habla para la ciudad de Plasencia. Los grandes que andaban en compañía del Rey, llevaban mal estos tratos: temian algun engaño, y decian no era de sufrir que aquel hombre astuto se burlase tantas veces de la magestad real. De Madrid pasó el Rey á Segovia al principio del estío, los rebeldes se apoderaron de Olmedo: entrególes aquella villa Pedro de Silva capitan de la guarnicion que alli tenia. La Mota de Medina se tenia por el arzobispo de Toledo: los moradores de aquella villa por el mismo caso eran molestados, y corria peligro de que los señores no se apoderasen della. El Rey don Enrique movido por el un desacato y por el otro mandó hacer grandes levas de gente: llamó en particular á los grandes; acudió el conde de Medinaceli, el obispo de Calahorra y el duque de Alburquerque don Beltran, que hasta entonces estuvo fuera de la corte. Asi mismo Pero Hernandez de Velasco, alcanzado perdon de su yerro pasado, fue enviado por su padre con setecientos de á caballo, y un fuerte esquadron de gente de á pie. Por este servicio alcanzó se le hiciese merced de los diezmos del mar: asi se dice comunmente, y es cierto que se los dió (1). Era tanto el miedo del Rey, y el deseo que tenia de ganar á los grandes, que para asegurar en su servicio al marques de Santillana puso en su poder á su hija la princesa doña Juana, y asi la llevaron á su villa de Buytrago: grande mengua. Todos los grandes vendian lo mas caro que podian, su servicio á aquel príncipe cobarde: persuadíanse que con aquello se quedarian que alcanzasen y apañasen en aquellas revueltas. Despues que el Rey tuvo junto

(1) Garib. lib. 17, cap. 16.

un buen exército, enderezó su camino la vuelta de Medina: llegó por sus jornadas á Olmedo: los conjurados con intento de impedir el paso á la gente del Rey salieron de aquella villa puestos en ordenanza. El Rey don Enrique deseaba escusar la batalla: su autoridad era tan poca y los suyos tan deseosos de pelear que no les pudo ir á la mano; la batalla, que fue una de las mas señaladas de aquel tiempo, se dió á veinte de agosto dia de San Bernardo. Encontráronse los dos exércitos, pelearon por grande espacio, y despartiéronse sin que la victoria del todo se declarase, dado que cada qual de las dos partes pretendia ser suya: la escuridad de la noche hizo que se retirasen. Los parciales se volvieron á Olmedo con el infante don Alonso: las gentes del Rey que eran dos mil infantes, y mil y setecientos caballos, prosiguieron su camino y pasaron á Medina del Campo. El Rey don Enrique no se halló en la batalla; Pedro Peralta le aconsejó, ya que estaban para cerrar las haces, se saliese del peligro; algunos cuidaron fue engaño y trato doble á causa que de secreto favorecia á los conjurados, á los quales habia venido por embaxador; en particular era amigo del arzobispo de Toledo, á cuyo hijo llamado Troylo dió poco antes por muger á doña Juana su hija y heredera de su estado. Tampoco se halló presente el marques de Villena por estar embarazado en el reyno de Toledo á causa de la junta y capítulo que tenian los Treces de Santiago, que por el mismo tiempo le nombraron por maestre de aquella orden; debió ser con beneplácito del Rey: tal fue su diligencia, su autoridad y su maña. Con esto él creció grandemente en poder, y el recelo y temor de los demas grandes, pues con ser él el principal autor de toda aquella tragedia, al tiempo que otro fuera castigado, de nuevo acumulaba nuevas dig-

nidades y juntaba mayores riquezas. En Navarra tenia el gobierno por su padre doña Leonor condesa de Fox en el tiempo que por diligencia de don Nicolas Echevarri obispo de Pamplona recobraron los navarros á Viana, que hasta entonces quedó en poder de castellanos. Un hijo desta señora llamado Gaston como su padre, de madama Madalena su muger hermana que era de Luis Rey de Francia, hobo á esta sazon un hijo llamado Francisco, al qual por su grande hermosura le dieron sobrenombre de Phebo: otra hija del mismo, que se llamó doña Cathalina, por muerte de su hermano juntó por casamiento el reyno de Navarra con el estado de Labrit, que era una nobilísima casa y linage de Francia, como se declara en su lugar. Hacía de ordinario su residencia el Rey de Aragon en Tarragona para proveer desde alli á la guerra de Cataluña; y dado que era de grande edad, y tenia perdída la vista de ambos ojos, todavia el espíritu era muy vivo y el brio grande. En aquella ciudad concertó de casar una hija suya bastarda llamada doña Leonor con don Luis de Biamonte conde de Lerin: desposólos á veinte y dos de enero del año mil 1468.
y quatrocientos y sesenta y ocho don Pedro de Urrea arzobispo de aquella ciudad, y patriarchâ de Alexandría. Señaláronle en dote quince mil florines, todo á propósito de ganar aquella familia poderosa y rica en el reyno de Navarra: buen medio, si la deslealtad se dexase vencer con algunos beneficios. Hacíanse las cortes de Aragon en la ciudad de Zaragoza: presidía en ellas la Reyna en lugar de su marido; alli de enfermedad que le sobrevino, falleció á trece de febrero con grande y largo sentimiento del Rey. Dolíase que siendo él viejo, y su hijo de poca edad, les hobiese faltado el reparo de una hembra tan señalada. A la verdad ella era de grande y constante ánimo,

no menos bastante para las cosas de la guerra que para las del gobierno. Poco antes de su muerte tuvo habla con doña Leonor su antenada condesa de Fox en Exea á la raya de Aragon, do pusieron alianza en que expresaron que los mismos tuviesen las dos por amigos y por enemigos: palabras de ánimo varonil, y mas de soldados que de mugeres; su cuerpo fue sepultado en Poblete. De sola una cosa la tachan comunmente, que fue la muerte del príncipe don Carlos su antenado: asi lo hablaba el vulgo. Añaden que la memoria deste caso la aquexó mucho á la hora de su muerte, sin que ninguna cosa fuese bastante para asegurалla y sosegar su conciencia muy alterada: las revoluciones y parcialidades dan lugar á hablillas y patrañas.

CAPITULO XI.

Como falleció el infante don Alonso.

Llegó la fama de las alteraciones de Castilla á Roma; en especial el Rey don Enrique por sus cartas hacía instancia con el Pontífice Paulo Segundo para que privase á los obispos sediciosos de sus dignidades, y pusiese pena de descomunion á los grandes, si no sosegaban en su servicio. Por esta causa Antonio Venerio obispo de Leon enviado á Castilla por nuncio con poderes bastantes, despues de la batalla de Olmedo en que se halló presente, primero fue á hablar al Rey don Enrique en Medina del Campo teniendo en esto consideracion á su autoridad real; despues como procurase hablar con los conjurados, apenas pudo alcanzar que para ello le diesen lugar, antes le despidieron primera y segunda vez con palabras afrentosas, y pusieran en él las manos si no fuera por tener respeto á su dignidad. Como amenazase de descomulgallos, respondieron que no pertenecia al Pon-

tífice entremeterse en las cosas del reyno. Juntamente interpusieron apelacion de aquella descomunion para el concilio próxîmo: condicion muy propia de ánimos endurecidos y obstinados en la maldad, que siempre se adelante en el mal hasta despeñarse, y quiera remediar un daño con otro mayor sin moverse por algun escrúpulo de conciencia. Sucedió un nuevo inconveniente para el Rey que mucho le alteró, y fue que don Juan Arias obispo de Segovia por satisfacerse de la prision que se hizo en la persona de Pedro Arias su hermano contador mayor sin alguna culpa suya, solo por engaño del arzobispo de Sevilla, olvidado de las mercedes recebidas y que su hermano ya estaba puesto en libertad, se determinó entregar aquella ciudad de Segovia á los parciales. Ayudáronle para ello Prexano su vicario, y Mesa prior de San Gerónimo con quien se comunicó. Es aquella ciudad fuerte y grande, puesta sobre los montes con que Castilla la vieja parte término con la nueva, que es el reyno de Toledo. Acudieron todos los grandes como tenian concertado. Fue tan grande el sobresalto, que la Reyna que allí se halló, y la duquesa de Alburquerque apenas pudieron alcanzar les diesen entrada en el castillo á causa que Pedro Munzares el alcayde de secreto era tambien uno de los parciales. La infanta doña Isabel como sabidora de aquella revuelta y trato se quedó en el palacio real, y tomada la ciudad, se fue para el infante don Alonso su hermano con intento de seguir su partido. Estas nuevas y fama llegaron presto á Medina del Campo, do el Rey don Enrique se hallaba, con que recibió mas pena que de cosa en toda su vida, por haber perdido aquella ciudad, ca la tenia como por su patria, y en ella sus tesoros y los instrumentos y aparejos de sus deportes. Desde este tiempo por hallarse no

menos falto de consejo que de socorro, comenzó á andar como fuera de sí: no hacía confianza de nadie: recelábase igualmente de los suyos y de los enemigos, de todos se recataba, y de repente se trocaba en contrarios pareceres; ya le parecia bien la guerra, poco despues queria mover tratos de paz: cosa que por su natural descuido y floxedad siempre prevalecía. Señaló la villa de Coca para tener habla de nuevo con el marques de Villena magüer que los suyos se lo disuadian, y como no fuesen oidos, los mas le desampararon: en Coca no se efectuó cosa alguna; pareció se tornasen á ver en el castillo de Segovia: alli se hizo concierto con estas capitulaciones, que no fue mas firme y durable que los pasados; las condiciones eran: El castillo de Segovia se entregue al infante don Alonso: el Rey don Enrique tenga libertad de sacar los tesoros que alli estan, mas que se guarden en el alcázar de Madrid, y por alcayde Pedro Munzares: la Reyna para seguridad que se cumplirá esto, esté en poder del arzobispo de Sevilla: cumplidas estas cosas, dentro de seis meses próximos los grandes restituyan al Rey el gobierno y se pongan en sus manos. Vergonzosas condiciones, y miserable estado del reyno: quán torpe cosa que los vasallos para allanarse pusiesen leyes á su príncipe, y tantas veces hiciesen burla de su magestad! la mayor afrenta de todas fue que la Reyna en el castillo de Alahejos, do la hizo llevar el arzobispo conforme á lo concertado, puso los ojos en un cierto mancebo, y con la conversacion que tuvieron, se hizo preñada; que fue grave maldad y deshonra de toda España, y ocasion muy bastante para que el poco crédito que se tenia de su honestidad, pasase muy adelante, y la causa de los rebeldes ya pareciese mejor que antes. El Rey cercado de trabajos y menguas

tan grandes, desamparado casi de todos, y como fuera de sí, andaba por diversas partes casi como particular, acompañado de solos diez de á caballo. Acordó por postrer remedio de hacer prueba de la lealtad del conde de Plasencia, y entrarse por sus puertas y ponerse en sus manos. Fue alli muy bien recebido, y entretúvose en el alcázar de aquella ciudad por espacio de quatro meses. En este tiempo por muerte del cardenal Juan de Mela, que despues de don Pedro Luxen tuvo encomendada la iglesia de Sigüenza, aquel obispado se dió á don Pedro Gonzalez de Mendoza sin embargo que don Pero Lopez dean de Sigüenza desde los años pasados, como elegido por votos del cabildo, pretendia y traía pleyto contra el dicho cardenal Mela. Envió el Papa un nuevo nuncio para convidar á los grandes que se reduxesen al servicio de su Rey, y porque no obedecian, últimamente los descomulgó. No se espantaron ellos por esto, ni se emendaron, bien que lo sintieron mucho, tanto que enviaron á Roma sus embaxadores; mas no les fue dado lugar para hablar con el Pontífice, ni aun para entrar en la ciudad antes que hiciesen juramento de no dar título de Rey al infante don Alonso. Ultimamente en consistorio el Papa con palabras muy graves los reprehendió y amonestó que avisasen en su nombre á los rebeldes procederia con todo rigor contra ellos, si no se emendaban: que semejantes atrevimientos no pasarian sin castigo; si los hombres se descuidasen, debian temer la venganza de Dios. Añadió que sentia mucho que aquel principe mozo por pecados agenos sería castigado con muerte antes de tiempo: no fue vana esta profecía, ni falsa. Con esta demonstracion del Pontífice las cosas del Rey don Enrique se mejoraron algun tanto, en especial que por el mismo tiempo se

reduxo á su obediencia la ciudad de Toledo con esta ocasion. Era Pero Lopez de Ayala alcalde de aquella ciudad: su cuñado fray Pedro de Silva de la orden de Santo Domingo, obispo de Badajoz, á la sazon estaba en Toledo; el qual comunicado su intento con doña María de Silva su hermana muger del alcalde, dió al Rey aviso de lo que pensaba hacer, que era entregalle la ciudad. Acudió él sin dilacion, y en dos dias llegó desde Plasencia á Toledo para prevenir con su presteza no hiciese el pueblo alguna alteracion: entró muy de noche, hospedóse en el monasterio de los Dominicos que está en medio y en lo mas alto de la ciudad. Luego que se supo su llegada, tocaron al arma con una campana: acudió el pueblo alborotado. Pero Lopez de Ayala, como supo lo que pasaba, pretendia que el Rey don Enrique no saliese en público, ni se pasase adelante en aquella traza: alegaba que le perderian el respeto; asi pasada la media noche, quando el aboroto estaba sosegado, se salió de la ciudad. Partióse el Rey muy triste y en su compañía Perafan de Ribera hijo de Pelayo de Ribera, y dos hijos de Pero Lopez de Ayala, Pedro y Alonso. Al salir de la ciudad reconoció el Rey el cansancio de su caballo, que habia caminado aquel dia diez y ocho leguas: pidió á uno de los que le acompañaban, le diese el suyo; no quiso. Vista esta cortedad los dos hijos de Pero Lopez de Ayala á priesa se arrojaron de sus caballos, y de rodillas suplicaron al Rey se sirviese dellos, del uno para su persona, del otro para su page de lanza: el Rey los tomó y partió de la ciudad acompañándole á pie aquellos caballeros que le dieron los caballos. Llegados á Olías, hizo el Rey merced á Pero Lopez de Ayala de setenta mil maravedís de juro perpétuo cada un año: el obispo asi mismo fue forzado á dexar la

ciudad. Todo lo qual se trocó en breve, los ruegos, importunaciones y lágrimas de su muger pudieron tanto con el alcalde, que arrepentido de lo hecho; dentro de quatro dias tornó á llamar al Rey: volvió pues, y halló las cosas en mejor estado que pensaba; solo por la instancia que hizo el pueblo y por su importunidad les confirmó sus antiguos privilegios y les otorgó otros de nuevo. A Pero Lopez de Ayala en remuneracion de aquel servicio dió título de conde de Fuensalida, y de nuevo le encomendó el gobierno de aquella ciudad; con que el Rey se partió para Madrid. Alli hizo prender al alcayde Pedro Munzares por no estar enterado de su lealtad: contentóse de quitalle la alcaydía, y con tanto poco despues le soltó de la prision. Alteró grandemente la pérdida de Toledo á los parciales, tanto que salieron de Arévalo, do tenian la masa de su gente, con intento de poner cerco á aquella ciudad. Marchaba la gente la vuelta de Avila, quando un desastre y revés no pensado desbarató sus pensamientos: esto fue que en Cardeñosa, lugar que está en el mismo camino dos leguas de Avila, sobrevino de repente al infante don Alonso una tan grave dolencia que en breve le acabó. Falleció á cinco de julio: su cuerpo vuelto á Arévalo le sepultaron en San Francisco: dende los años adelante le trasladaron al monasterio de Miraflores de Cartuxos de la ciudad de Burgos. De la manera y causa de su muerte hobo pareceres diferentes: unos dixeron que murió de la peste que por aquella comarca andaba muy brava; los mas sentian que le mataron con yerbas en una trucha, y que se vieron desto señales en su cuerpo despues de muerto (1).

(1) Al fin de la primera parte de su coronica. Zorita lib. 18. cap. 16.

Alonso de Palencia en la historia deste tiempo, y en sus décadas que compuso como coronista del mismo infante, con la libertad que suele, no dudó de contar esto por cierto, hasta señalar por autor de aquella maldad y parricidio al marques de Villena maestre de Santiago; lo que yo no creo. Porque á qué propósito un señor tan principal habia de mancillar su sangre y casa con hecho tan afrentoso? ó qué ocasion le pudo dar para ello un mozo que apenas era de diez y seis años? Sospecho que las grandes alteraciones y la corrupcion de los tiempos dieron ocasion á que la historia en alabar á unos y murmurar de otros conforme á las afioiones de cada qual, ande por este tiempo estragada.

CAPITULO XII.

Que el príncipe de Aragon don Fernando fue nombrado por Rey de Sicilia.

Renato duque de Anjou sin dilacion aceptó el principado que de su voluntad los catalanes le ofrecian. Movíale á aceptar la ambicion sin propósito, enfermedad ordinaria, y el deseo que tenia de vengar en España los agravios que los aragoneses le hicieron en Italia. Verdad es que él por su larga edad no pudo ir allá: envió á su hijo llamado Juan, duque que era de Lorena, de quien arriba se dixo fue echado de Italia para apoderarse de aquel estado: pretendia ayudarse de sus fuerzas y de los socorros de Francia. El Rey frances, pospuesta la confederacion que tenia con Aragon asentada, le envió alguna ayuda despues que hobo puesto fin á la guerra civil y muy áspera que tuvo con su hermano el duque de Berri y con Carlos duque de Borgoña: parte poco adelante le traxo Juan conde de Armeñac, con quien

el de Lorena no solo tenia puesta confederacion, sino tambien asentada hermandad para acudirse el uno al otro en las cosas de la guerra. Con tantas ayudas como tuvo, el de Lorena dió alegre principio á esta empresa: el remate fue diferente. La ciudad de Barcelona luego que vino, le abrió las puertas. Tratóse de la guerra, y acordaron hacer el mayor esfuerzo por la parte de Ampurias. Acudió el Rey de Aragon á la defensa, aunque viejo y ciego: cerca de Rosas en un encuentro fue desbaratada cierta banda de aragoneses. La fuerza del exército frances marchó la vuelta de Girona con intento, si Pedro de Rocaberti que tenia el cargo de la guarnicion, y los demas capitanes saliesen de la ciudad, presentalles la batalla; si se defendiesen dentro de los muros, tenian esperanza con cerco de apoderarse de aquella ciudad fuerte y rica. Sacaron los aragoneses su gente con grande ánimo: hobo algunos encuentros, siempre con mayor daño de los de fuera que de los de dentro: acudió el príncipe don Fernando, metió todas sus gentes dentro de la ciudad; con tanto hizo que se alzase el cerco. En breve aquella alegria se destempló y trocó en grave pesadumbre: salió don Fernando de la ciudad, y en una batalla que se dió cerca de un pueblo llamado Villademar le desbarató cierta parte del exército frances; y muertos muchos de los aragoneses, el príncipe se salvó por los pies: quedó preso y en poder de los enemigos Rodrigo Rebolledo capitan de gran nombre, cuya diligencia que hizo, y esfuerzo de que usó en la defensa del príncipe, fue grande. Los primeros ímpetus de los franceses mas fuertes que de varones, con maña y dilacion mas que con fuerzas se han de rebatir: tomaron este acuerdo, y por estar cerca el invierno pusieron guarniciones en lugares á propósito, y dexaron á don

Alonso de Aragon para que tuviese cuidado de aquella guerra. Hecho esto, el príncipe don Fernando se partió para Zaragoza, do se tenian cortes á los aragones, y se halló presente á la enfermedad de su madre la Reyna y á su muerte, de que queda hecha mencion. Difunta su madre, y por estar su padre ciego y en edad de setenta años, fue necesario que las cosas de la paz y de la guerra cargasen sobre los hombros del príncipe don Fernando, que aunque de poca edad, daba grandes muestras de virtudes y de un natural excelente. Era menester que tuviese autoridad para gobernar cosas tan grandes: por esto en aquella ciudad fue nombrado por Rey de Sicilia como compañero de su padre en aquella parte. Esto sucedió casi á los mismos dias y tiempo en que el infante don Alonso de Castilla pasó desta vida, como queda dicho. El cielo le aparejaba mayor imperio en Italia y en España, y la gloria de deshacer el reyno de los moros de Granada. Sabida que fue en Zaragoza la muerte del infante don Alonso, luego fue Pedro Peralta con muy bastantes poderes enderezados á los grandes parciales de Castilla para pedilles diesen á la infanta doña Isabel por muger á don Fernando. Su padre el Rey de Aragon se quedó en Zaragoza, y él se volvió á Cataluña á continuar la guerra, que se hacía por mar y por tierra con gran riesgo del partido de Aragon. Lo que mas deseaba el de Lorena, era apoderarse de Girona, por entender, tomada aquella ciudad, en todo lo demas no hallaria resistencia. Con esta resolucion se volvió á Francia para hacer nuevas juntas de gentes, como lo hizo con tanta diligencia que solo en lo de Ruysellon y lo de Cerdania levantó quince mil hombres: fuerzas contra las quales juntas con las gentes que antes tenia, los aragoneses no eran bastantes, tanto que no pudieron

meter en Girona, que de nuevo la tenian cercada y con gran porfía la batian, ni vituallas ni socorros. Verdad es que por el esfuerzo y diligencia de don Juan Melguerite obispo de aquella ciudad y de los otros capitanes que dentro estaban, magüer que el peligro fue grande, la ciudad se defendió. Entretanto que combatian á Girona, el Rey don Fernando volvió sus fuerzas á otra parte, y se apoderó de un pueblo llamado Verga por entrega de los de dentro que le hicieron á diez y siete de setiembre: con esta toma, aunque no de mucha importancia, se comenzaron á mejorar las cosas, mayormente que el Rey de Aragon á la misma sazon recobró la vista, cosa de milagro. Fue asi que un judío natural de Lérida llamado Abiabar, gran médico y astrólogo, se encargó de la cura, y mirado el aspecto de las estrellas, á once de setiembre con una aguja le derribó la catarata del ojo derecho con que de repente comenzó á ver. Rehusaba el judío volver á probar cosa tan peligrosa como aquella: decia que el aspecto de las estrellas ni era ni sería en mucho tiempo favorable, y que bastaba servirse del un ojo: á qué propósito intentar con peligro lo que excedia las fuerzas humanas? Parecia bien lo que decia á los mas prudentes; pero como quier que el Rey hiciese instancia, á doce de octubre se volvió á la misma cura, con que quedó tambien sano el ojo izquierdo. Esta alegria que por la salud del Rey fue como era razon muy grande, se aumentó mucho y en breve por alzarse el cerco de Girona que tenia á todos puestos en mucho miedo. Fue la causa sobrevenir el invierno, y la falta que los enemigos tenian de cosas necesarias: asi la prontitud y alegria con que los franceses vinieron, parecia haberse caido, y que cada dia la empresa se hacía mas dificultosa. En Portugal se desposó el

príncipe don Juan con doña Leonor su prima, olvidado del concierto hecho con Castilla de casar con doña Juana. La poca honestidad y poco recato de aquella Reyna confirmaban mucho la opinion de los que decian que su hija era habida de mala parte. El padre de la desposada doña Leonor, que era don Fernando duque de Viseo, apercebida una armada en que pasó á Africa, ganó alli algunas victorias de los moros, y vuelto á su tierra, de su muger doña Beatriz hija de don Juan, maestre que fue de Santiago en Portugal, le nació un hijo llamado don Emanuel, que los años adelante por voluntad de Dios vino á heredar el reyno de Portugal. Cuentan los portugueses que en su nacimiento se vieron señales en el cielo que pronosticaban la gloria de aquel infante y su magestad, como gente muy aficionada á sus Reyes, y que gusta de hallar qualquier camino y motivo para honrallos.

CAPITULO XIII.

Que ofrecieron el reyno de Castilla á la infanta doña Isabel.

La muerte del infante don Alonso fue ocasion que muchos se reduxesen al servicio del Rey don Enrique; pero la paz duró poco, y la guerra que luego resultó, fue larga y grave, con que las fuerzas de España quedaron quebrantadas. La ciudad de Burgos volvió á la obediencia del Rey don Enrique á exemplo de Toledo y á persuasion de Pero Fernandez de Velasco: juntamente en Madrid el arzobispo de Sevilla, el conde de Benavente y otros grandes le hicieron de nuevo sus homenages. Los parciales por verse de repente despojados de la ayuda y arrimo del mal logrado infante, para tener persona en cuyo nombre

ellos reynasen, traxeron á la infanta doña Isabel desde Arévalo á la ciudad de Avila: allí se resolvieron de ofrecelle el nombre de Reyna y las insignias reales. Tomó el arzobispo de Toledo la mano y cuidado de persuadille acetase el reyno que de derecho y razon decia era suyo: relató por menudo la afrenta de la casa real, la cobardía, el descuido, la deshonestidad, los partos adulterinos, con peligro que los que no debian, heredasen el reyno ageno, las infamias perpétuas de toda la nacion; para cuyo remedio era menester su autoridad, su sombra y su amparo: que no era justo rehusase ponerse á qualquier trabajo y peligro por el bien comun de la patria. A todo esto respondió ella: «Yo os agradezco mucho esta voluntad »y aficion que mostrais á mi servicio, y deseo poder »en algun tiempo gratificalla; pero aunque la volun»tad es buena, que estos vuestros intentos no agradan »á Dios da bien á entender la muerte de mi hermano »mal logrado. Los que desean cosas nuevas y mu»danza de estado, qué otra cosa acarrean al mundo »sino males mas graves, parcialidades, discordias, »guerras? Por los evitar no será mejor disimular qual»quier otro daño? Ni la naturaleza de las cosas, ni la »razon de mandar sufre que haya dos Reyes. Ningun »fruto hay temprano y sin sazon que dure mucho: yo »deseo que el reyno me venga muy tarde para que la »vida del Rey sea mas larga, y su magestad mas du»rable. Primero es menester que él sea quitado de los »ojos de los hombres que yo acometa á tomar el nom»bre de Reyna. Volved pues el reyno á don Enrique »mi hermano, y con esto restituireis á la patria la paz. »Este tengo yo por el mayor servicio que me podeis »hacer, y este será el fruto mas colmado y gustoso »que desta vuestra aficion podrá resultar." Forzó aquella modestia á que no solo aprobasen su determi-

nacion, sino que la alabasen, maravillados todos los que presentes estaban, de la grandeza de su corazon, que menospreciaba lo que por alcanzar otros se meten por el fuego y por las espadas: por el mismo caso la juzgaban por mas digna del nombre real que le ofrecian. Pero era pesada á todos tan larga tempestad de discordias, y asi se comenzaron á inclinar á la paz; mayormente que el Rey don Enrique por sus embaxadores les ofreció perdon si se reducian á su servicio. Con este intento el arzobispo de Sevilla á ruegos de los grandes y por permision del Rey fue á Avila; por cuyo medio, é ayudado tambien por su parte de Andres de Cabrera mayordomo de la casa real, se asentó la paz con estas capitulaciones: La infanta doña Isabel sea declarada y jurada por heredera del reyno y por princesa: para su acostamiento le entreguen las ciudades de Avila y Ubeda, las villas de Medina del Campo, Olmedo y Escalona, que son pueblos muy apartados entre sí, con tal condicion que jure de no casarse sin consentimiento del Rey: con la Reyna se hará divorcio con beneplácito del Papa: hecho esto, ella y su hija sean enviadas á Portugal: á los conjurados sea dado perdon, y restituidos todos sus bienes y oficios y cargos que en tiempo de las revueltas les quitaron; para que todas estas cosas se efectuasen, señalaron tiempo de quatro meses. Estas capitulaciones no contentaron al marques de Santillana y á sus hermanos que por el mismo tiempo eran venidos á Madrid, y juzgaban les era mas á propósito tener en su poder á la pretensa princesa doña Juana, tanto mas que por el mismo tiempo la Reyna con ayuda de Luis de Mendoza del castillo en que la tenian, se fue una noche á Buytrago á verse y estar con su hija: el sentimiento del arzobispo de Sevilla, que la tenia encomendada, por esta causa fue grande. En

el tiempo que estuvo detenida, parió dos hijos á don Fernando y á don Apóstol: tiénese por averiguado que secretamente los criaron en Santo Domingo el Real monasterio de monjas de Toledo. Tomó la prelada de aquel convento este cuidado por ser parienta de don Pedro padre de aquellas criaturas, y el mismo don Pedro muy cercano deudo del arzobispo de Sevilla. Sin embargo se señaló el monasterio de Guisando, que está entre Cadahalso y Cebreros y á la mitad del camino que hay desde Madrid á la ciudad de Avila, para que alli los grandes alterados tuviesen habla con el Rey. En aquella habla se hicieron muchos conciertos, y sacaron grandes condiciones y partidos: todos se persuadian se quedarian con todo lo que en aquella sazon cada qual alcanzase, y que el Rey y su hermana vendrian en qualquier partido por estar muy cansados de la guerra, y deseosos grandemente de la paz. Refieren otrosí que el Rey y marques de Villena tuvieron habla en secreto sin que se sepa lo que en ella acordaron; solo por lo que adelante sucedió, entendieron se enderezó todo á asegurar sus cosas el de Villena y aumentar su casa y estados. El obispo Antonio Venerio nuncio del Papa absolvió á los grandes del homenage hecho al infante don Alonso, demas que pretendian por su muerte, alteradas las cosas, cesar la obligacion que le tenian. Con esto hicieron de nuevo sus homenages al Rey don Enrique; y la infanta doña Isabel de comun consentimiento fue jurada tambien por princesa heredera del reyno: lo uno y lo otro se hizo á los diez y nueve de setiembre dia lunes. A los demas conjurados se dió perdon. El enojo que el Rey tenia muy mayor contra los dos hermanos Arias que estaban apoderados de la ciudad de Segovia, executó con aquella ocasion de haber concertado las paces y restituídole las ciudades, en que al momento les quitó

el alcázar de Segovia que tenian á su cargo, y el gobierno de aquella ciudad, y le entregó á Andres de Cabrera: ocasion y escalon para alcanzar adelante gran poder y muchas riquezas. Por este tiempo en tierra de Toledo en un lugar que se llama Peromoro, corrió de los haces que ciertos hombres segaban, gran copia de sangre: cosa que al presente causó gran maravilla, y adelante se entendió era anuncio y pronóstico de los grandes males que sobre los pasados avinieron á España. El marques de Villena, vuelto á la privanza de antes, se comenzó de nuevo á apoderar de todo con disgusto de los demas grandes (gran descuido y poquedad del Rey don Enrique) tanto mas que á persuasion del marques, y en su compañía su hermana la infanta doña Isabel se fue á Ocaña casi al
1469. principio del año mil y quatrocientos y sesenta y nueve. Tenia el de Villena intento de casar la infanta con el Rey de Portugal, y á su persuasion vino por embaxador sobre el caso don Alonso de Noguera arzobispo de Lisboa, acompañado de otras personas principales. Por el contrario el arzobispo de Toledo pretendia casarla con don Fernando Rey de Sicilia; y despues de partido Pedro Peralta embaxador de Aragon no cesaba de hablarla en este propósito, á que ella de suyo se inclinaba; y aun como la hablasen en el casamiento de Portugal, respondió llanamente que no era su voluntad, ni le queria. Aconsejaba el de Villena que le hiciesen fuerza, y por mal la constriñesen á conformarse. El Rey don Enrique dudoso de lo que haria, en fin se resolvió en lo que le pareció ser mas seguro, de despedir por entonces los embaxadores de Portugal con color que el negocio no estaba sazonado, y que adelante se podria tratar dél; en especial que se ofrecia un nuevo partido asaz considerable. El cardenal Atrebatense vino por embaxador de Luis

Onceno Rey de Francia á pedir que la infanta doña Isabel casase con su hermano Carlos duque de Berri: nueva ocasion para que los grandes se dividiesen y tuviesen sobre este negocio diversos pareceres. Todo era sementera de nuevas discordias, sin estar apenas sosegadas las pasadas; en particular el Andalucía no se quietaba, ni queria dexar las armas. Por muerte de don Juan duque de Medina Sidonia sucedió en aquel rico estado don Enrique su hijo bastardo, como heredero no solo de sus bienes sino tambien de sus parcialidades y enemistades. Seguíanle el conde de Arcos y don Alonso de Aguilar, que todos en nombre de la infanta doña Isabel alborotaban aquella tierra. Pareció convenia acudir el Rey en persona á sosegar estos bullicios en sazon que el marques de Villena renunció en su hijo don Diego Lopez Pacheco el marquesado de Villena con intento que el Rey y el Papa le confirmasen á él el maestrazgo de Santiago y gozar sin contraste de aquella rica dignidad. Quedóse la infanta en Ocaña: hiciéronla jurar de nuevo no casaria, ni trataria dello sin que el Rey su hermano lo supiese y sin su voluntad. El conde de Benavente y Pero Hernandez de Velasco fueron á Valladolid para gobernar el reyno durante la ausencia del Rey.

CAPITULO XIV.

Del casamiento y bodas de los príncipes doña Isabel y don Fernando.

Asentadas las cosas en la manera que dicho es, el Rey don Enrique enderezó su camino para el Andalucía. Iban en su compañía el maestre de Santiago y los prelados de Sevilla y de Sigüenza: llegaron á pequeñas jornadas á Ciudad-real: alli se quedó enfermo

el de Sevilla. En Jaen fue el Rey muy bien recebido y festejado por su condestable Iranzu: luego despues desto reduxo á su servicio la ciudad de Córdova por entrega que della le hizo con ciertas condiciónes don Alonso de Aguilar: sosegados los alborotos que alli andaban entre este caballero y el conde de Cabra don Pedro de Córdova, venido el estío, pasó á Sevilla. Sucedió lo mismo alli, que por autoridad del Rey y con su presencia se sosegaron las alteraciones de los señores que moraban en aquella ciudad, y se compusieron sus diferencias. Los moros estaban quietos, cosa que hacía maravillar, por andar los nuestros tan revueltos y alterados, que no se aprovechasen de la ocasion que se les presentaba. Estaban los fronteros que eran capitanes de grande esfuerzo, mayormente el condestable ya dicho, alerta y en vela, y no les daban lugar para hacer algun insulto. Las discordias asi mismo que entre los moros se levantáran de nuevo, los embarazaban para no acudir á la guerra de fuera. Fue asi que Alquirzote gobernador de Málaga, hombre muy experimentado en la guerra, y de gran renombre y fama, como se viese apoderado de aquella ciudad, se rebeló contra el Rey Albohacen, ayudado de muchos que se tenian por agraviados del Rey, demas que de ordinario aquella gente por ser de ingenio mudable gusta que haya mudanza en el estado. Vinieron á las armas, y dióse la batalla: llevó Alquirzote lo peor por ser sus fuerzas mas flacas; trató de confederarse con el Rey don Enrique. Señalaron para tener habla á Archidona, que está á la raya del reyno de Granada: vino alli el moro muy alegre con grandes presentes que traía; partióse con no menor confianza por la palabra que el Rey le dió de envialle socorros y ayuda, que fue ocasion para que Albohacen con las armas hiciese este año y el siguiente mu-

chas veces entradas, y rompiese por tierra de christianos: llevaron los moros grandes cabalgadas de hombres y de ganados, quemaron campos y poblados: era tan grande su indignacion y su avilenteza tal que hacían lo último de poder, y pasaron muy mas adelante de lo que antes solian en las talas, quemas y robos. Pero aunque fue grande el estrago, y que se podia comparar con los antiguos, ningun pueblo señalado tomaron á los nuestros; solo diversos esquadrones de soldados moros por toda el Andalucía y por el reyno de Murcia hacían correrías mas á manera de salteadores que de guerra concertada. Volvamos con nuestro cuento á la infanta doña Isabel, que se quedó en Ocaña: muchos y grandes príncipes la pedian aun mismo tiempo por muger. Tenia grandes partes de virtudes, honestidad, hermosura, edad á propósito, sobre todo el dote que era grandísimo, no menos que el reyno de su hermano. A los demas pretensores, es á saber al de Portugal que era viudo, y al duque de Berri, mozo estrangero, se la ganó finalmente el Rey don Fernando no sin voluntad y providencia del cielo. Ayudó mucho la diligencia del Rey de Aragon su padre: con muchos presentes que dió, y mayores promesas para adelante (manera la mas segura de negociar y la mas eficaz) grangeó los criados de la infanta. El que mas podia con ella y mas privaba era Gutierre de Cárdenas su maestresala, y con él Gonzalo Chacon tio del mismo de parte de madre, mayordomo que era y contador de la princesa: á este prometieron la villa de Casarruvios y Arroyomolinos; á Gutierre de Cárdenas la villa de Maqueda, fuera de otras grandes dádivas de presente, y promesas de oficios, encomiendas y juros para adelante. Por medio de los dos y del arzobispo de Toledo, que entraba á la parte, se concertó el casamiento con ciertas condiciones que todas

se enderezaban á que en tanto que viviese el Rey don Enrique, se le guardase todo respeto: que despues de su muerte la infanta doña Isabel tuviese todo el gobierno de Castilla, sin que el Rey don Fernando pudiese hacer alguna merced por su propia autoridad, ni tampoco diese los cargos á estraños, ni quebrantase en alguna manera las franquezas, derechos y leyes del reyno; en conclusion que si no fuese con voluntad de su muger, no se entremetiese en ninguna parte del gobierno. Todas estas capitulaciones y el casamiento se concertaron secretamente; don Fernando sin embargo se detuvo á causa de la guerra de Cataluña, en que los enemigos de nuevo tenian puesto sitio sobre Girona, y al fin la forzaron á rendirse. Demas desto en Navarra se levantó otra tempestad. El obispo de Pamplona don Nicolas en el camino de Tafalla (que iba á verse con la infanta doña Leonor y á su llamado) fue muerto por orden de Pedro Peralta. Enviáronse personas que pidiesen justicia al Rey de Aragon, y le hiciesen instancia para que mandase castigar tan grave maldad. Recelábanse no creciese el atrevimiento por falta de castigo, y aquel sacrilegio, si no se castigaba, fuese causa que todo el pueblo lo pagase con alguna plaga que les viniese del cielo. Quexábanse que el matador por engaño se apoderó de Tudela: demas desto estrañaban que el mismo Rey concediese franquezas á muchos lugares con mucha liberalidad como de hacienda agena; pedian fuese servido de recobrar á Estella con todo su distrito, de que todavia estaban apoderados los de Castilla. El conde de Fox con el deseo de mandar andaba otrosí inquieto, y parecia que todo esto pararia en alguna guerra, por lo qual no menos era aborrecido del Rey de Aragon su suegro que poco antes lo fue el príncipe don Carlos. El Rey respondió á los embaxadores

blandamente y conforme á lo que el tiempo pedia, que era temporizar y entretener: á Pedro de Peralta no se dió porende castigo ninguno por el delito tan atroz como cometió. La infanta doña Isabel se hallaba congoxada y suspensa: temia no la hiciesen fuerza, si se detenia en Ocaña mas tiempo. Partióse para Castilla la vieja, y por no darle entrada en Olmedo, que la tenia en su poder el conde de Plasencia, se fue para Madrigal do residia su madre. Cosas tan grandes no podian estar secretas: escribió el maestre de Santiago sobre el caso al arzobispo de Sevilla, que despues de convalecido de la dolencia ya dicha se entretenia en Coca; encargábale grandemente se apoderase de la persona de la infanta: intentos que desbarató la presteza con que el de Toledo y el almirante la acudieron con buen número de caballos. Leváronla á Valladolid para que estuviese alli mas segura, por ser el pueblo tan grande y estar de su parte el arzobispo de Toledo y en su compañía. No era menor la congoxa con que don Fernando se hallaba, y recelo que tenia no le burlasen sus esperanzas. Asi en lo mas recio de la guerra de Cataluña se partió para Valencia con intento de recoger el dinero que conforme á lo asentado se obligó de contar á su esposa para el gasto de su casa y corte. Desde alli dado que hobo la vuelta á Zaragoza, porque el negocio no sufria tardanza, en hábito disfrazado y solo con quatro personas que le acompañaban, pasó á Castilla. En Osma encontró con el conde de Treviño don Diego Manrique que tenia parte en aquel trato de su casamiento. Dende acompañado del mismo conde y de docientos de á caballo pasó á Dueñas, villa que era de don Pedro de Acuña conde de Buendia, hermano del arzobispo de Toledo. Alli se vió con su esposa, y apercebidas todas las cosas, en Valladolid en las casas de Juan de Bivero, en

que al presente está la audiencia real, se desposaron un miércoles á diez y ocho de octubre: luego el dia siguiente se velaron con dispensacion del Papa Pio Segundo en el parentesco que tenian; asi hállo que el arzobispo de Toledo dixo estaban dispensados, creo por conformarse con el tiempo para que no se reparase en aquel impedimento: invencion suya, como se dexa entender por la bula que los años adelante sobre esta dispensacion expidió el Papa Sixto Quarto. Era don Fernando de poca edad, que apenas tenia diez y seis años, pero de buen parecer y de cuerpo grande y robusto. Escribieron los nuevos casados sus cartas al Papa y al Rey don Enrique, y á los demas príncipes y grandes: la suma era escusarse de haber apresurado sus bodas. El aparato no fue grande, la falta de dinero tal que les fue necesario buscalle para el gasto prestado. Por el mismo tiempo don Enrique hijo del infante don Enrique de Aragon fue hecho duque de Segorve por merced del Rey de Aragon su tio, que dió tambien á don Alonso su hijo bastardo con título de conde á Ribagorza, ciudad de Cerdania á los confines y á la raya de Francia. A los seis de diciembre finó en Roma don Juan de Carvajal, cardenal y obispo de Plasencia su natural (1): yace en San Marcello de Roma. Fue auditor de Rota, despues legado de tres Papas á diversas partes, hombre de negocios, de vida y casa exemplar. En la Estremadura labró sobre Tajo una famosa puente que hoy se llama del Cardenal.

(1) Gerón. Garimb. en las vidas de los card.

CAPITULO XV.

Que doña Juana se desposó con el duque de Berri.

Ocupábase el Rey en Sevilla en asentar las diferencias que traían alterada aquella ciudad, quando el maestre de Santiago desde Cantillana donde se quedó cerca de aquella ciudad, le envió aviso del casamiento de su hermana: el desabrimiento que dello recibió, fue en demasía grande; sin dilacion mandó aprestar lo necesario para ir á Truxillo. Pretendia entregar aquel pueblo, que está á los confines del Andalucía, y hacer dél merced á don Alonso de Zúñiga conde de Plasencia en remuneracion de lo mucho que en el tiempo de sus trabajos le sirvió. Cosa tan grande no pudo estar secreta: los moradores, hombres que son animosos y esforzados, comunicado el negocio con Gracian Sesse alcayde del castillo, se determinaron á contradecillo. Su resolucion era tal que se resolvieron de defender con las armas la libertad que sus antepasados les dexaron. No era cosa segura usar con ellos de fuerza: asi el Rey se resolvió en dar al conde en trueco la villa de Arévalo, que está en Castilla la vieja no lexos de Avila, á la ribera del rio Adaxa, la qual villa tenia el conde empeñada, que se la dió en prendas el infante don Alonso hasta que le hiciesen pagado de cierta suma de dineros que le prestára, y porque el trueco era desigual, y Arévalo no valia tanto, diósele por alguna recompensa título y armas de duque de aquella villa. En aquella ciudad de Truxillo se otorgó perdon al maestre de Alcántara, ca siguió la voz del infante don Alonso, y á Gutierre de Cáceres y Solís su hermano hizo el Rey merced de la ciudad de Coria, ó se la restituyó como la tenia del infante su hermano: tal era la condicion del Rey don

Enrique, que muchos por lo que merecian ser castigados, eran remunerados con grande liberalidad y demasía. Demas desto le vinieron cartas de la infanta doña Isabel su hermana comedidas, pero graves. En ellas despues de contar como no quiso admitir el reyno que le ofrecian por la muerte de don Alonso su hermano, se escusaba por su edad y por el olvido del Rey de haber apresurado sus bodas: que por grandes razones debió anteponer el casamiento de Aragon á los demas que le traían: decia asi mismo que no queria hacer mencion, antes poner en olvido los agravios que ella y su madre muchos y graves recibieran: ofrecia que ella y su marido le servirian como hijos, si fuese servido de tratallos con amor y obras de padre. Leidas estas cartas en una junta, no se les dió otra respuesta sino que llegado que el Rey fuese á Segovia, para donde caminaba, tendria cuenta con lo que se le presentaba: desta manera fue despedido el mensagero. Tornaron de nuevo á enviar otros embaxadores á Segovia al principio del año mil y qua-
1470. trocientos y setenta para que hiciesen instancia con el Rey don Enrique diese licencia á los nuevos casados para podelle hacer reverencia: prometian de recompensar el disgusto pasado con señalados servicios, y ayudar con todas sus fuerzas á remediar los daños del reyno el tiempo pasado trabajado y afligido. Tampoco á estos embaxadores se dió otra respuesta sino que negocio tan grave se debia comunicar con los grandes. Este era el color que tomó, como quier que en hecho de verdad por tenerse por ofendido de doña Isabel tenia vuelta su aficion á doña Juana su hija (como él la nombraba) la qual con una nueva embaxada que el Rey Luis de Francia le envió, pedia por muger para Carlos su hermano, que poco antes en lugar de los estados que tenia de Bria y de Campaña, hizo duque

de Guiena. Las cabezas desta embaxada eran el cardenal Albigense, que primero se llamaba Atrebatense, y el conde de Boloña. Demas desto pedia al Rey don Enrique juntase con él sus fuerzas para hacer un concilio de obispos de todo el orbe christiano contra el Papa Paulo con quien andaba encontrado. En esto llanamente no quiso venir el Rey de Castilla por ser muy cierto principio y seminario de discordias, y fuente de algun scisma desgraciado, de que los años pasados se vieron muchos exemplos; á lo del casamiento dió por respuesta le parecia se difiriese para otro tiempo, creo por miedo de nuevas alteraciones. Los grandes y el pueblo por las pasadas tan graves se hallaban muy cansados, en especial que no estaban del todo apaciguadas: á la verdad en el mismo tiempo que estos tratos andaban en Segovia, don Alonso de Aguilar en Córdova puso las manos en el mariscal don Diego de Córdova que venia descuidado al regimiento; y esto sin tener cuenta con la amistad que á instancia del Rey pusiera poco antes con el conde de Cabra padre del agraviado. Mariscal conforme á lo antiguo era lo que hoy es maestre de campo. Llevóle pues preso: él despues que á instancia del Rey fue puesto en libertad, por pensar que á causa de su poca autoridad y su natural descuido no haria castigar aquel exceso tan grave, se retiró á Granada. Alli con consentimiento del Rey moro retó á su contrario á hacer campo con él, confiado en su mocedad y deseoso de vengarse: señaló para el combate la vega de Granada, y aplazó el dia en que le esperaria en el palenque. El dia señalado como don Diego hasta puesta de sol hobiese esperado con las armas, y el contrario no compareciese, arrastró á la cola de su caballo por afrenta su estátua: tras esto envió cartas á todas partes afrentosas contra don Alonso, y un retrato que por

ultrage representaba todo lo que pasó. Por otra parte los caballeros de Alcántara no querian obedecer á su maestre: llegó el negocio al rompimiento y á las armas. El maestre no tenia bastantes fuerzas para contrastar él solo con tantos: hizo recurso á la ayuda de Gutierre de Solís su hermano. Faltábales dinero para el sueldo: prestóles don Garci Alvarez de Toledo conde de Alba, con quien emparentáran, cierta suma, y en prendas hasta que se la contasen la ciudad de Coria. Con esta ocasion los condes de Alba (que despues se llamaron duques) adquirieron el señorío de aquella ciudad, que con aprobacion de los Reyes hasta este tiempo se ha conservado en su casa. En aquella guerra no sucedió cosa alguna memorable fuera de que las gentes del maestre no pudieron pasar el rio Tajo por la resistencia que les hicieron los contrarios: con esto poco despues sin hacer algun efecto se desbandaron. El maestre despojado de su estado, y afligido de una enfermedad que le ocasionó aquella congoxa y desabrimiento, en breve falleció los años siguientes. En su lugar por voto de los caballeros, cuya mayor parte grangearon con dádivas ó con amenazas, fue puesto don Juan de Zúñiga hijo del duque de Arévalo, que fue el postrero en la cuenta de los maestres de Alcántara por la cesion que hizo adelante de aquella dignidad en la persona del Rey don Fernando. El maestre de Santiago don Juan Pacheco por el mismo tiempo se entretenia en Ocaña á causa de una dolencia de quartanas que le aquexaba: la privanza y autoridad era mayor que jamás, tanto que se decia tenia enhechizado al Rey, cosa que aunque era mentira, se hacia probable por causa que despues de tantos deservicios y agravios como le hizo, se ponia á sí y á sus cosas en sus manos para que él lo gobernase todo: y aun se rugia y murmuraba pasó la corte á Madrid

solo para tenelle mas cerca, por lo menos el mismo Rey salió á recebir al maestre quando volvia á la corte despues de su enfermedad. Hízole otrosí de nuevo merced de la villa de Escalona; y como los moradores no le quisiesen recebir por señor, sin tener cuenta con la autoridad de su persona él mismo fue hasta allá para entregársela de su mano, muestra de mayor amor. El conde de Armeñac vino á Madrid huido de Francia por miedo que tenia no le matasen por casarse como se casó por amores con hija del conde de Fox sin dar dello parte á su padre. Recibióle el Rey muy bien, é hízole mucha honra. Volvió á su tierra poco despues con seguridad que en nombre del Rey de Francia le dió el cardenal Albigense: sus pecados le llevaban para que pagase en breve con la vida, segun que adelante se verá. Los vizcainos de tiempo muy antiguo divididos en dos parcialidades, Oñez y Gamboas, por este tiempo gravemente se alborotaron. Para sosegarlos envió el Rey á Pero Fernandez de Velasco, el qual por muerte de su padre (que tenia el mismo nombre y fue enterrado en Medina de Pomar) poco antes sucedió en el condado de Haro. Este caballero luego que partido de Madrid llegó á Vizcaya, apaciguó aquella provincia que de mucho tiempo atrás andaba alborotada. Acordó para sosegallo todo desterrar de toda la tierra las cabezas de los dos bandos, que se llamaban el uno Pedro de Avendaño y el otro Juan de Moxica. Concedió el Papa Paulo Segundo en esta sazon jubileo y perdon de los pecados á los que acudiesen con cierta limosna, los ricos de quatro reales, los medianos de tres, y los mas pobres de dos: del dinero que se juntase, las dos partes queria fuesen para el edificio de la iglesia mayor de Segovia, la tercera parte se reservaba para el mismo Papa. Publicóse el jubileo en Segovia: acudió desde Madrid el

Rey don Enrique para ganalle, que fue devocion señalada. En Portugal en la villa de Setubal falleció el duque de Viseo á ocho de setiembre en edad de treinta y siete años. Dexó por heredero á su hijo don Diego. Su cuerpo del monasterio de San Francisco de aquella villa en que le depositaron, trasladaron á Beja, ciudad puesta á la raya de Portugal: alli le sepultaron en la iglesia de la Concepcion, la qual con un monasterio de monjas que tenia pegado, á su costa fundó la duquesa doña Beatriz su muger. En Valladolid á la misma sazon un grande alboroto se levantó: el pueblo tomó las armas contra los que venian de raza de judíos, dado que fuesen bautizados. Acudieron desde la villa de Dueñas el Rey don Fernando y doña Isabel para enfrenar los alborotados: poco faltó que no les perdiesen el respeto los amotinados, y les hiciesen algun desaguisado. La parte mas flaca, y que era mas aborrecida por ser de linage de judíos, llamó en su favor al Rey don Enrique, que fue medio para reducir á su servicio aquel pueblo. Para su gobierno y seguridad nombró al conde de Benavente: hízole otrosí merced de las casas de Juan de Bivero, persona que por favorecer grandemente á la otra parcialidad, y seguir con grande aficion el partido de doña Isabel y de don Fernando, tenia muy ofendido al Rey don Enrique. Volviéronse los príncipes á Dueñas: en aquella villa doña Isabel á dos de octubre parió una hija que tuvo su mismo nombre. Los embaxadores que tornaron de Francia, volvieron á hacer instancia sobre el casamiento de que se trató antes: vino el Rey en que se hiciese; el marques de Santillana ya que lo tenian todo á punto, traxo consigo á la princesa doña Juana. Por este servicio, y habella guardado, le hizo el Rey la merced de Alcocer, Valdolivas y Salmeron, villas muy principales del infantado. Pertenecian al marques

de Villena como dote que eran de la condesa de Santistevan su muger: en recompensa le dieron y en trueque la villa de Requena con los derechos del puerto, que son de mucho interés por estar aquel pueblo á la raya del reyno de Valencia. Para concluir los desposorios señalaron el valle de Lozoya, que está entre Segovia y Buytrago, y en él el monasterio muy señalado y muy rico de Cartuxos, que se llama el Paular. Acudieron alli (como lo tenian concertado) el Rey y la Reyna con su hija: demas desto el maestre de Santiago, el arzobispo de Sevilla, el duque de Arévalo, el obispo de Sigüenza y sus hermanos; el acompañamiento y libreas muy lucidas y costosas. Como estuvieron juntos, en un público auto que para esto se hizo, renunciaron todos los presentes los homenages hechos á la infanta doña Isabel. Tras esto se celebraron los desposorios de la princesa doña Juana un dia viernes á veinte y seis de octubre: el Rey y la Reyna juraron que era su hija legítima; los grandes otrosí le hicieron pleyto homenage, con que quedó jurada por princesa y por heredera del reyno. Desposóse como procurador y en nombre del duque Carlos con la doncella y pretensa princesa el conde de Boloña. Hizo la ceremonia y desposólos el cardenal Albigense. Concluida toda la solemnidad, y despedida la junta, se levantó un torbellino al volver á Segovia de vientos, de agua y de nieves tan grande que los embaxadores de Francia se vieron en peligro de perder la vida y murieron algunos de sus criados. Algunos pronosticaban por esto que aquel desposorio sería desgraciado, gente curiosa y dada á semejantes vanidades. Desde Segovia los embaxadores alegres por dexar concluido lo que pretendian, se volvieron á Francia: para mas honrallos los acompañó hasta Burgos el obispo de Sigüenza don Pero Gonzalez de Mendoza por orden del

Rey. Todo era abrir las zanjas para una nueva y gravísima guerra que resultára entre España y Francia, si los Santos desde el cielo con ojos piadosos no desbaratáran aquella tempestad. Fue asi que al Rey de Francia poco antes desto nació un hijo que se llamó Carlos, con que el duque de Guiena perdió la esperanza que tenia de suceder en el reyno de su hermano; y aun poco adelante, que no pasaron dos años, perdió él mismo tambien la vida: con que se desbarataron estas tramas, segun que se tornará á referir en su propio lugar.

CAPITULO XVI.

De la muerte de tres príncipes.

En un mismo tiempo las fuerzas de Aragon se aumentaron con el casamiento de Castilla, y en otras partes andaban trabajadas porque la guerra de Cataluña continuaba en su mayor fuerza, la isla de Cerdeña y el reyno de Navarra se alborotaron de nuevo: la ocasion fue diferente, la porfia y rabia semejante. Los sardos se movian á contemplacion, y debaxo de la conducta de Leonardo de Alagon, hijo que era de Artal de Alagon señor de Pina y de Sástago, y de parte de su madre Benedicta Arborea venia de los Arboreas, casa antigua y poderosa en aquella isla. Fundado pues en este derecho, por muerte del marques de Oristan Salvador Arborea que falleció sin hijos, tomó las armas para apoderarse de aquel estado, por no asegurarse de podelle alcanzar por las leyes y en juicio. Hobo en la prosecucion desto encuentros en diversos lugares, con que ganó al Rey y á otros señores muchos pueblos y castillos. Era virrey Nicolás Carroz, persona de mas autoridad que

de fuerzas y poder para sosegar aquellos movimientos, que fue causa de alargarse la guerra. En Navarra el conde de Fox con codicia de reynar acudió á las armas, y ayudado de los biamonteses se apoderó de gran parte de la tierra, y tenia sus estancias puestas sobre Tudela con tan gran determinacion, que perdida la esperanza de que por su voluntad hobiese de desistir, el Rey envió delante con gentes al arzobispo de Zaragoza. No pareció bastante esta prevencion para allanar al conde: el mismo Rey de Aragon, sin embargo de su edad, acompañado de buen número de soldados, acudió al peligro, y forzó al yerno á levantar el cerco. Tratóse de concertarse por medio de embaxadores que de ambas partes se enviaron; en fin en Olite se hizo la avenencia, y se dexaron las armas. Quedó el de Aragon conforme á lo que concertaron, con el nombre y título solo de Rey de Navarra, el gobierno se encargó para siempre al conde de Fox y á su muger, quando una muy triste nueva que vino de Francia, alteró grandemente á la una y á la otra parte, como desgracia que á todos tocaba. Esto fue que entre los demas regocijos que Carlos duque de Guiena hacía por sus desposorios concertados con la princesa doña Juana, banquetes, juegos y saraos, en una justa que se tuvo, hirió grave y mortalmente á Gaston hijo del conde de Fox una astilla que de su misma lanza, que quebró en los pechos del contrario, se le entró por la visera: sucedió este desastre á veinte y tres de noviembre dia viernes. Murió en edad de veinte y seis años: su cuerpo de Liburna, donde falleció, por mandado de su cuñado el duque de Guiena fue llevado á Burdeos, y sepultado en San Andres, que es la iglesià mayor de aquella ciudad. Dexó dos hijos de su muger madama Madalena, el uno se llamó Francisco

Phebo y la hija madama Catharina, entonces de poca edad, y adelante consecutivamente Reyes de Navarra. Todo esto ponia en gran cuidado, y aquexaba el corazon del Rey de Aragon: sobre todo le átormentaba el peligro en que via puesto á su hijo don Fernando, porque ni era seguro dexalle en Castilla, do tenia muchos contrarios y al Rey por enemigo, ni era á propósito llamalle por no estar asegurado el derecho de su sucesion, ni saberse en qué pararian aquellos debates, en especial que se rugía que el arzobispo de Toledo, persona de tanta importancia para todo, andaba desabrido. Por su mucha ambicion y deseo que tenia de mandallo todo llevaba mal que don Fernando se aconsejase y comunicase sus puridades con Gutierre de Cárdenas y con el almirante don Alonso Enriquez su tio: ademas que en cierta ocasion como mozo se dexó una vez decir que estaba determinado no sufrir que nadie se le calzase y le gobernase, cosa que á otros príncipes acarreó mucho daño y afrenta. Esta palabra penetró mas hondo en el pecho del arzobispo de lo que fuera razon: estaba con resolucion de ausentarse. El Rey de Aragon avisado del desgusto, con maña procuró apartalle de aquel propósito y voluntad con una carta que escribió á su hijo, en que le reprehendia, y mandaba que en todas las cosas hiciese mas caso del consejo y parecer del arzobispo que de todos los demas, á quien decia debia respetar y regalar como á padre: no fue de mucho efecto esta diligencia por estar muy irritado el arzobispo, sin querer de todo punto recebir satisfaccion alguna. Por otra parte las cosas de Aragon en Cataluña mejoraban, y parecia que en breve se acabaria la guerra, por la muerte que sobrevino á Juan duque de Lorena, que finó (muy á propósito) de una enfermedad á diez y seis de diciembre

en Barcelona, do habia ido á invernar: su cuerpo sepultaron en la iglesia mayor con enterramiento y honras muy moderadas. Verdad es que los alterados no por faltalles aquella cabeza y ayuda perdieron el ánimo, antes acordaron llamar en su socorro al Rey frances, que entendian no dexaria de aceptar el partido para juntar con lo de Ruysellon y Cerdania todo aquel principado. Con este intento publicaron un decreto y echaron bando en que mandaban que ninguno en los castillos y ciudades que se hallaban sin cabeza, fuese recebido por gobernador, ó alcayde, si no viniese en persona ó el mismo Renato duque de Anjou, ó Nicolas su nieto hijo del difunto, que ya se intitulaba príncipe de Aragon y duque de Calabria, apellidos vanos y sin provecho. Buscaban ocasion de descompadrar para con buen color quitalles la obediencia y el mando, y ayudarse de brazo mas fuerte, por ser la edad del uno y del otro poco á propósito para la guerra, y las fuerzas no muy grandes. En Castilla tenia el Rey de Aragon diversas práticas para grangear los grandes: á don Juan Pacheco prometian muy mayor estado, de que era muy codicioso: al arzobispo de Toledo, que parecia y se mostraba muy inclinado á mudar partido, aseguraban que á sus hijos Troylo y Lope se darian rentas y lugares, y se les harian otras ventajas: lo mismo hacían con los demas, que conforme á como los sentian aficionados, á unos conquistaban con promesas de dineros, á otros de diversas mercedes; mas ni don Juan Pacheco ni el arzobispo se cebaron de esperanzas semejantes para dexarse engañar. Trataba de lo mismo el Rey don Enrique, en especial pugnaba de traer á su servicio al de Toledo. No se podia entender de su condicion le vencerian con benignidad: pareció sería acertado usar de alguna fuerza; asi Vasco de Con-

treras por orden del Rey, ó con intento de servirle, le tomó un su pueblo llamado Perales. El arzobispo como era de gran corage con gentes que llegó en su arzobispado, acudió á valer sus vasallos: púsose sobre aquella villa, y en su compañía don Juan Arias obispo de Segovia. Acordó el Rey atajar aquellos bullicios, porque de aquel principio no se emprendiese alguna llama: partió luego para Madrid por año nue-
1471. vo de mil quatrocientos y setenta y uno. Dende acudió al cerco acompañado de ochocientos de á caballo: por esto el arzobispo dió la vuelta, alzado el cerco, á Alcalá, el Rey á Madrid. Buscóse una nueva traza para sosegar los prelados alborotados, en particular al de Toledo y al de Segovia. Ganó el Rey dos bulas del Padre Santo: en la una citaba al de Segovia para que dentro de noventa dias despues de la notificacion de aquellas letras pareciese personalmente en Roma; por el otro breve mandaba al arzobispo que se emendase, y obedeciese al Rey don Enrique, y en caso que no cumpliese lo que le mandaba, cometia sus veces á quatro canónigos de Toledo para que sustanciasen el proceso y cerrado se lo enviasen á Roma. Fueron estos quatro jueces nombrados y señalados, como en el breve se contenia, por el cabildo de la Santa iglesia de Toledo; pero el maestre de Santiago con sus mañas hizo tanto que no pasaron adelante; y era cosa maravillosa que en aquella sazon no se tenia por afrenta jugar á dos hitos y usar de tratos dobles, especial entre los grandes, para cuyo acrecentamiento era provechoso que las cosas anduviesen revueltas, sin respeto alguno á lo que era honesto: tan grande era su codicia, y tal su ambicion. Asi todo el reyno parecia estar dado en presa, y cada qual de los señores se apoderaba de todo lo que podia. El Rey hizo merced al maestre de Santia-

go de la ciudad de Alcaráz, á don Rodrigo Ponce conde de Arcos dió la isla de Cádiz con nombre de marques á instancia del mismo maestre de Santiago, y como por dote del público porque en aquella sazon, muerto el conde su padre, casó con doña Beatriz hija del maestre: parentesco enderezado y á propósito para hacer rostro al duque de Medina Sidonia, con quien el maestre y el conde tenian grande enemiga. Vizcaya se volvió á alborotar por causa que las dos cabezas de los bandos, Avendaño y Moxica, tornaron del destierro á la patria por el favor que el conde de Treviño les dió. Hizo él de mejor gana este oficio por estar encontrado con el conde de Haro Pero Fernandez de Velasco que los desterró. Acudieron estos dos señores cada qual con sus gentes, y entraron en Vizcaya movidos de aquellos alborotos: vinieron á las manos cerca de un pueblo llamado Monguia á veinte y siete de abril; fue la pelea muy reñida. El de Treviño tenia mas infantería, gente mas á propósito que la caballería, por la aspereza de la tierra que es fragosa y doblada: los naturales otrosí tenian de su parte gente valiente, y conforme á la calidad y aspereza de los lugares sufridora de trabajos: asi los contrarios fueron desbaratados y puestos en huida con muerte de algunos, mayormente de los hidalgos y gente noble y prision de muchos mas. El Rey don Enrique avisado del peligro y de lo que pasaba, sin dilacion se partió para Burgos, de alli pasó á Orduña á grandes jornadas. Con su venida todo se apaciguó: mandó á los unos y á los otros desembarazasen la tierra, y pusiesen entre sí treguas entretanto que se trataba de concertar todos aquellos debates; y en particular hizo que á los que prendieron en el encuentro pasado, los pusiesen en libertad. Tras esto en todo el reyno de Castilla se hicieron

grandes levas de gentes, en especial fueron llamados los grandes: todo se enderezaba á forzar á don Fernando y á doña Isabel á que saliesen de todo el reyno. Verdad es que por consejo del maestre de Santiago se dexó este intento: decia sería mas á propósito vencellos por maña que con fuerza: que aquel género de victoria era mas excelente, y necesario para la república trabajada con tantos males. Este parecer prevaleció, que ninguno se atrevió á contradecille, ni aun el mismo Rey, dado que entendia lo contrario. Toledo y Sevilla á un mismo tiempo se alborotaron por estar de tiempo antiguo divididas en parcialidades: los de Toledo en Ayalas y Silvas; cabeza de los Silvas era el conde de Cifuentes, y de los Ayalas el de Fuensalida. Para remedio deste daño á instancia del obispo fray Pedro de Silva casó el conde de Cifuentes con doña Leonor hija del conde de Fuensalida: lo que pensaban sería para sosegarse, fue ocasion de mayor revuelta por haber dado entrada contra la voluntad del Rey en aquella ciudad no solo al conde de Cifuentes, sino á don Juan de Ribera su tio de parte de madre, que venian el uno á desposarse, y el otro á hallarse en los regocijos y honrar la fiesta. Los Silvas por hallarse con su cabeza tomaron las armas contra sus contrarios con tanta rabia que el Rey don Enrique fue forzado á acudir con toda presteza, y pacificado el alboroto, quitó al conde de Fuensalida el gobierno de la ciudad en que por muchos años continuára, y puso en su lugar á Garci Lopez con nombre de asistente para que la gobernase. En Sevilla el marques de Cadiz fue echado por el duque de Medina Sidonia de aquella ciudad. El marques en venganza en cierto encuentro mató dos hermanos bastardos de su contrario, y junto con esto tomó por fuerza á Medina Sidonia. Resultó desta

reverta una guerra formada, la qual don Iñigo Lopez de Mendoza conde de Tendilla enviado para este efecto sosegó mas por maña que por fuerza y severidad. Medina Sidonia al tanto se restituyó á cuya era. Hizo grande falta para todo lo de Castilla la muerte del Papa Paulo Segundo: falleció á veinte y cinco de julio. En el tiempo de su pontificado concedió grandes bienes y favores á toda nuestra nacion. Sucedió en su lugar á nueve del mes de agosto el cardenal Francisco de la Ruvere frayle de la orden de los Menores: llamóse Sixto Quarto; persona de no menor bondad que el pasado, ni menos aficionado á nuestra España. A la misma sazon un esquadron de moros rompió por la parte del Andalucía la tierra adentro, y hizo grandes estragos en la comarca de Alcántara: fue tan grande la presa y los despojos, que apenas los moros por ir tan cargados podian marchar en ordenanza. Para satisfacerse deste daño, y para divertir al enemigo, por mandado del Rey el marques de Cadiz con sus gentes tomó en el reyno de Granada por fuerza de armas la villa de Cardella: dexó en ella poca gente de guarnicion, y asi en breve tornó á perderse y á poder de moros.

CAPITULO XVII.

Como falleció Carlos duque de Guiena.

Fue este año dichoso para los portugueses, y no menos para el reyno de Aragon. En Portugal el Rey don Alonso con una gruesa armada que juntó de no menos que trecientos baxeles entre mayores y menores, desde Lisboa se hizo á la vela mediado el mes de agosto con intento de volver á la guerra de Africa. Llevaba en su compañía al príncipe don Juan su

hijo para que en aquella guerra sagrada diese principio al exercicio de las armas, y con él de todo el reyno lo mas granado y mas noble: todo el exército era como de treinta mil hombres. Con estas gentes de su primera llegada tomó por fuerza á los moros la villa de Arcilla: murieron dos mil enemigos demas de cinco mil que vendieron por esclavos, con que se juntó buena suma de dineros. Costó la victoria sangre á los portugueses, ca murió mucha gente noble, en particular los condes, el de Montesanto llamado don Alvaro de Castro, y el de Marialva por nombre don Juan Coutiño cuyo cuerpo muerto como el Rey le viese, vuelto á su hijo: «Oxalá (dixo) Dios te haga »tal y tan grande soldado." Con el aviso de lo que pasó en Arcilla, espantados los moros de Tanger á la hora desamparada la ciudad se huyeron: encomendóla el Rey á Rodrigo Merlo para que la guardase. En Arcilla y en Alcázar dexó á don Enrique de Meneses conde de Valencia, y concluidas en breve tiempo cosas tan grandes, volvió triumphante con su armada entera á su tierra. Hizo en esta jornada á don Alonso Basconcelo conde de Penella en recompensa de muchos servicios que le hizo. En Cataluña la ciudad de Girona despues de la muerte del duque de Lorena volvió á poder del Rey de Aragon por entrega de los ciudadanos. Los enemigos que restaban, cuyos principales capitanes eran Reyner hijo bastardo del duque de Lorena, y Jacobo Galeoto, fueron parte apretados con cerco que los de Aragon pusieron sobre un pueblo llamado San Adrian á la ribera del rio Bese, otra parte yendo desde Barcelona que cae cerca, á dar socorro á los cercados, fue en una pelea muy brava vencida y desbaratada por don Alonso de Aragon, que era general en aquella guerra por su padre. El Rey aunque se hallaba en tan larga edad, no

cesaba de perseguir á los enemigos con gran diligencia en la comarca de Ampurias. Tenia sus reales cerca de Toroella: vió en sueños segun dicen la imágen de un valiente soldado que murió en aquella guerra; amonestábale no moviese de alli sus reales, que de otra manera corria peligro. El Rey por no hacer caso de cosas semejantes, como casuales, partió de alli con sus gentes, y ganado que hobo á Roses, en el cerco que tenia sobre la villa de Peralada, de noche en una encamisada con que dió sobre él el conde de Campobasso capitan de los contrarios, estuvo á punto de perecer. La priesa y sobresalto fue tal que muertas las centinelas, desarmado y medio desnudo fue forzado á recogerse para salvarse dentro de la villa de Figueras: sin embargo el dia siguiente volvió al cerco, y dió la tala á los campos, con que últimamente los cercados fueron forzados á rendirse. Allanada toda aquella comarca, pasó con sus reales sobre Barcelona: fue este cerco de la ciudad de Barcelona muy largo. El de Aragon estaba determinado de no usar de fuerza y antes ganar aquella gente con maña; mas qué le prestára destruir, saquear y quemar aquella nobilísima ciudad? á qué propósito darla en prenda á los soldados, y no mas aina con la clemencia, y conservar la vida y riqueza de sus ciudadanos, ganar para sí gloria inmortal y provecho muy colmado? En Castilla la vieja los Reyes don Fernando y doña Isabel procuraban atraer á sí muchos pueblos: algunos se les entregaron, y entre ellos Sepúlveda. Determinaron con esto de llamar al arzobispo de Toledo que se entretenia en Castilla la nueva; y conforme á lo que mandó su padre el Rey de Aragon, le prometian de poner á sí y á sus cosas en sus manos, y para mas obligalle luego que le tuvieron aplacado, en su compañía con buen número de caballos que les seguian, se fueron á Tordelaguna vi-

lla del mismo arzobispo en el reyno de Toledo, de sitio y tierra apacible. Carlos duque de Guiena en esta sazon sin hacer caso del casamiento de doña Juana por no saberse cuya hija era, y andar el dote en balanzas, trataba de casarse con hija del duque de Borgoña á instancia del padre de la doncella y tambien por su voluntad. Asi luego que esto vino á noticia del Rey don Enrique, desde Segovia, do estaba, al prin-
1472. cipio del año mil y quatrocientos y setenta y dos enderezó su camino á Badajoz para verse con el Rey de Portugal. El conde de Feria en cuyo poder estaba aquella ciudad, por odio del maestre no quiso dar en ella entrada al Rey; que fue una grande mengua y desacato. El suceso de todo el viaje no tuvo mejor efecto. La habla con el Rey de Portugal fue entre aquella ciudad y la de Yelves: trataron en ella que el Rey de Portugal casase con la princesa doña Juana, que era la principal causa de aquella jornada. No quedó asentada cosa alguna. El Portugues no se aseguraba ni del Rey por su condicion facil, ni del maestre de Santiago por estar acostumbrado á fácilmente seguir el partido que á él en particular mejor le venia, mayormente que de cada dia crecia la aficion que la gente tenia á los príncipes don Fernando y doña Isabel, á que ayudaban mucho asi sus virtudes y ser de suyo muy amables, como la industria del arzobispo de Toledo que no cesaba de grangear todas las ciudades que podia. Disimulóse por entonces con el conde de Feria y con su desacato, pero no mucho despues el Rey don Enrique desde Madrid, do volvió despues de la habla que tuvo con el Rey de Portugal, enderezó de nuevo su camino para el Andalucía con intento de reprimir los señores de aquella tierra y castigar á quien lo mereciese. Llegó á Córdova: á Sevilla no quiso pasar á causa que el duque de Medina Sidonia estaba

apoderado de aquella ciudad con buen número de gente de á caballo por miedo, como él decia, del maestre que en muchas ocasiones se le mostrára contrario. Por esta causa, y porque la ciudad de Toledo de nuevo andaba alborotada, se volvió el Rey sin hacer en el Andalucía cosa de momento. La revuelta de Toledo fue por esta ocasion: el conde de Cifuentes se apoderó del alcázar de San Martin que á la sazon era muy fuerte y juntamente prendió al asistente. Apenas se sosegaron estas alteraciones de Toledo (que fueron grandes) con la presencia del Rey y por el esfuerzo y armas de los canónigos de Toledo, quando vino aviso que Segovia asi mismo ardia en llamas de discordias: nueva que puso al Rey en mucho cuidado, y le forzó á acudir luego allá por causa de sus tesoros y recámara que volviera á aquella ciudad. Ningun género de mal se puede pensar que no padeciese aquel reyno en aquellos tiempos tan miserables: robos, muertes, agravios; la disolucion en todas maneras de deshonestidades, y libertad para todo género de maldades andaban sueltas y volaban por todas partes: las cosas sagradas eran menospreciadas no menos que las profanas; la moneda ó era falsa, ó baxa de ley, cosa de gran perjuicio para los mercaderes y para la contratacion. Muchas veces se daban al Rey memoriales para suplicalle atendiese al remedio destos daños; pero qualquier diligencia era en vano. Llegó esto á tanto que Hernando del Pulgar, hombre conocido en aquel tiempo por su ingenio, y por lo que escribió, trovó unas coplas muy artificiosas, que se llaman de Mingo Revulgo, en que callado su nombre por el peligro que le corriera, en persona de dos pastores en lengua castellana á manera de égloga, y con libertad y agudeza de sátira se lamenta del descuido y floxedad de don Enrique, de las mañas de los grandes,

y de los trabajos que todo el reyno padecia. Los nombres de los pastores, Domingo y Gil, debaxo de cuya semejanza y de que hablan entre sí de sus ganados y haciendas, con aquella parábola dan razon del estado miserable de la república y males que padecia. Este mismo año falleció á doce de mayo Carlos duque de Guiena en Burdeos en coyuntura que se apercebia para emprender una nueva guerra junto con los duques de Borgoña y Bretaña, hecha liga entre sí contra el Rey de Francia. Con la muerte deste príncipe se desbarataron grandes tramas, los casamientos, las guerras, las alianzas: asi mismo la Guiena volvió á poder del Frances y se puso en su sugecion, dado que el de Borgoña por hacelle odioso le achacaba mató con yerbas á su hermano por medio de sus mismos criados que tenia para este efecto negociados. Llegó el desgusto á que el Rey y el Borgoñon volvieron de nuevo á las armas, y de una y de otra parte se tomaron algunas plazas de poca importancia, y acometieron, aunque en vano, otros mayores lugares. El Borgoñon se mostraba mas enojado, el Rey de Francia tenia mas fuerzas y mas maña: muchas veces asentaron treguas, y muchas las quebrantaron antes del dia señalado, mas el suceso de toda esta guerra, y cómo destos principios el duque de Borgoña se despeñó en su perdicion, y últimamente cinco años adelante fue desbaratado y muerto en una batalla que trabó con los Esguízaros en Lorena junto á la ciudad de Nanci, dexarémos para que se entienda de los historiadores franceses como cosa propia de su nacion. Gaston conde de Fox pertenece á la historia de España por la pretension que tenia á ser Rey de Navarra por parte de doña Leonor su muger, si viviera mas tiempo; atajóle empero la muerte, y falleció este año en Roncesvalles al pasar de

Francia á Navarra: príncipe que fue de los muy señalados en esta era por las muchas guerras en que se halló en Francia, y por aumentar mucho su estado. Tuvo un hermano que se llamó Pedro, vizconde de Lautreque, de igual esfuerzo y renombre, que le acompañó y ayudó en todas las guerras, y fue principio y cabeza de la casa y linage nobilísimo de Lautreque. Falleció en Miranda pueblo de Francia los años pasados, y dexó su muger preñada de un hijo que se llamó Juan. Este tuvo dos hijos, el uno llamado Odeto y el otro Andres Esparroso, ambos capitanes señalados y de fama. El postrero se señaló en la guerra de Navarra al tiempo que despues de la muerte del Rey don Fernando el Cathólico se levantaron las comunidades en Castilla; el primero se aventajó mucho en las guerras que los franceses hicieron en Italia. Fuera destos dos tuvo el dicho Juan otro tercero hijo llamado Thomás Lescuño, que no menos se señaló en las guerras de Francia. Odeto tuvo un hijo llamado Enrique, que vivió mas tiempo que otros sus hermanos y llegó hasta cerca de nuestra edad.

CAPITULO XVIII.

Como el cardenal don Rodrigo de Borgia vino por legado á España.

El obispo de Sigüenza pretendia por medio del Rey alcanzar del Papa le hiciese cardenal, honra debida á su nobleza y á sus servicios notables: la tardanza que en esto hobo, le desgustó de suerte que comenzó á mostrarse muy desabrido. Llegó á tanto que aunque de ordinario hacía su residencia en la corte, no quiso acompañar al Rey ni en la jornada de Portugal, ni en la del Andalucía. Trataron de

su capitan el hijo del duque de Lorena dexarón ir libremente: otorgóse perdon general á todos los que en aquella guerra tomaron las armas contra el Rey; solo quedó excluido deste perdon el conde de Pallas, el qual desde ciertos lugares que tenia en las cumbres de los Pyrineos, y con ayuda de Francia dió por largo tiempo en que entender, y se conservó en aquella parte. Todas las cosas que los ciudadanos hicieron por espacio de diez años, y todo lo decretado por ellos despues que se dió principio á aquella guerra, las ratificó el Rey y las aprobó. Desta manera y con estas condiciones se rindió aquella ciudad. El perdon se dió á los postreros de octubre: señalado exemplo de clemencia y de templanza que este Rey dexó á sus descendientes en conservar aquella ciudad que le hizo tantos deservicios: tropheo y blason mas esclarecido que todos los demas que ganó; á la verdad arrepentido de la muerte de su hijo el príncipe don Carlos consideraba que si tomaron las armas, fue con buen ánimo, primero por la defensa, despues en venganza de su hijo y no en favor de gente estraña. En Nápoles se concertaron dos casamientos, de don Fadrique hijo de don Fernando Rey de Nápoles con doña Juana hija del Rey de Aragon, que adelante no tuvo efecto: asentóse otrosí que doña Leonor, de quien diximos la tenian concertada con Galeazo María Esforcia, casase sin embargo con Hércules de este duque de Ferrara. Esto en Nápoles. En Navarra la princesa doña Leonor residia en Sangüessa pueblo de Navarra. Allí despues de la muerte de su marido, que sucedió como poco antes queda dicho; á persuasion del Rey de Francia le entregó los castillos de Navarra por entender era esto muy á propósito para asegurar en aquel estado la sucesion de sus nietos, que tambien á él le tocaban por ser sus sobrinos, hijos de su her-

mana. Esta negociacion dió mucho desabrimiento al Rey de Aragon. Por esto, y por los demas agravios que por todo el tiempo de la guerra de Cataluña recibió de Francia, determinó tomar las armas para efecto de recobrar lo de Ruysellon y de Cerdania. Partió con esta resolucion de Barcelona á los veinte y nueve de diciembre, fin deste año en que vamos, y principio del siguiente mil y quatrocientos y setenta y 1473
tres. Elna y Perpiñan luego que llegó, le abrieron las puertas. Estaba comunmente aquella gente cansada del gobierno y mando de Francia, y por las victorias desganadas casi todos favorecian al Rey de Aragon. Deste principio entendian que los demas pueblos harian lo mismo y se le rendirian sin dificultad. El cardenal legado partió de aquellos estados para Castilla. En Madrid le recibieron con grande acompañamiento y solemnidad debaxo de un pálio: los grandes y prelados iban delante, y el Rey le llevaba á su mano derecha; cortesía conforme á la costumbre de España de mucha honra. Tratóse de cierta suma de dineros que el Pontífice queria se recogiese de las rentas eclesiásticas para gastalla en la guerra contra los turcos. Ofrecíanse en esto graves dificultades, y la principal que con la revuelta de los tiempos todos se hallaban gastados y pobres; todavia el legado salió con lo que pretendia, por su buena diligencia y maña, y porque el Rey le ayudaba. Decretóse pues el subsidio que pedia el Pontífice, si bien algunos murmuraban ser aquella concesion en perjuicio de la libertad de las iglesias, y principio para llevar las riquezas de España fuera della. La ignorancia se apoderára de los eclesiásticos en España en tanto grado que muy pocos se hallaban que supiesen latin, dados de ordinario á la gula y deshonestidad, y lo menos mal á las armas. La avaricia se apoderára de la iglesia, y con sus manos robadoras

lo tenia todo estragado: comprar los beneficios en otro tiempo se tenia por simonía, en este por granjería; no entendian los príncipes ciegos y los prelados que esta sacrílega manera de contratacion mucho enoja y ofende á Dios, asi bien el disimulallo, como el hacello. En la junta que se hizo de los eclesiásticos para acudir á lo que el legado pedia, se trató de poner remedio á estos daños. Entre otras cosas acordaron de hacer instancia con el Papa para que en las iglesias cathedrales se proveyesen por voto del obispo y del cabildo dos canonicatos, el uno á un jurista y el otro á un theólogo. La demanda era tan justificada que el Padre Santo otorgó con ella; sobre que expidió una bula suya, que ingiriéramos aqui de buena gana, si la primera que se ganó se hallára, y si un pedazo que della está en otra segunda que dos años adelante se expidió sobre el mismo caso, y le pusimos en nuestra historia latina, se pudiera cómodamente trasladar en lengua castellana con todos los requisitos y condiciones que en los proveidos y provision manda miren y guarden.

CAPITULO XIX.

Del cerco de Perpiñan.

La diligencia de que el cardenal legado usó para apaciguar y sosegar las alteraciones y diferencias de Castilla, muy grande, fue toda de poco efecto por estar las voluntades enconadas, y él mismo como era cosa natural de secreto mas aficionado al partido de don Fernando, que con todas sus fuerzas pretendia adelantar. Con este intento partió para Alcalá, do estaban el Rey don Fernando y doña Isabel su muger con el arzobispo de Toledo. Desde alli pasó á Guadalaxa-

ra no con otro deseño sino de grangear la casa de los Mendozas, y apartallos del Rey don Enrique y del maestre de Santiago. Iba confiado de salir con esto por su grande ingenio acostumbrado á fingir y disimular, propio término de cortesanos. A un mismo tiempo en las ciudades y pueblos se levantaron alborotos contra los que descendian de judíos, hombres que eran dados á la codicia y acostumbrados á engaños y embustes. Comenzóse esta tempestad en Córdova. El pueblo furioso se embraveció contra aquella miserable gente sin miedo alguno del castigo. Hiciéronse robos y muertes sin número y sin cuento. Las personas prudentes echaban esto y decian era castigo de Dios por causa que muchos dellos de secreto desampararon y apostataron de la religion christiana que antes mostraron abrazar. A Córdova imitaron otros pueblos y ciudades del Andalucía: lo mas recio desta tempestad cargó sobre Jaen. El condestable Iranzu pretendió amparar aquella gente miserable para que no se les hiciese allí agravio, y hacer rostro al pueblo furioso: esto fue causa que el odio y envidia de la muchedumbre revolviese contra él de tal guisa que con cierta conjuracion que hicieron, un dia le mataron en una iglesia en que oía missa: la rabia y furia fue tan arrebatada y tal el sobresalto que apenas dieron lugar para que doña Teresa de Torres su muger y sus hijos se recogiesen al alcázar. Por su muerte se repartieron sus oficios: el de chânciller mayor que tenia, se dió al obispo de Sigüenza: el conde de Haro Pero Fernandez de Velasco fue nombrado por condestable, dignidad que como antes se acostumbrase á dar á diferentes casas y linages, en lo de adelante siempre se ha continuado en los succesores de aquel su estado y en su linage. Fue esta una gran lástima, y el Rey don Enrique perdió una gran

de ayuda para sus cosas por la señalada y muy constante lealtad de Iranzu y su valor. Por la industria del maestre de Santiago don Juan Pacheco, se buscaron otros reparos: uno fue concluir que don Enrique duque de Segorve viniese desde Aragon, como lo hizo, por tierras del reyno de Valencia á Castilla con intencion cierta que le dieron de casalle con la princesa doña Juana: venia en su compañía su madre doña Beatriz Pimentel. Salióle al encuentro hasta Requena el mismo maestre para recebille y acompañalle: no respondió la prueba á lo que de su persona pensaban. Esto fue causa que al que por la fama estimaban, luego que le vieron, le menospreciasen, en especial le notaron de asaz arrogante, pues á los grandes que llegaban á hacerle mesura, estendía la mano para que se la besasen, sin estar efectuado lo que pretendia, y sin recelarse él de que las cosas podrian trocarse. De aqui procedió que por industria del mismo maestre se impidió aquel casamiento, junto con que de secreto no estaba nada aficionado á don Enrique por entender que si venia á ser Rey recobraria los pueblos que fueron de su padre, recelábase asimismo del conde de Benavente tio de don Enrique, el qual se tenia por muy agraviado á causa del maestrazgo que le quitó. Estas eran las verdaderas causas, dado que usaba de otros colores, como era decir tenian necesidad de algun gran príncipe, y de mayores fuerzas para sosegar las alteraciones del reyno. Al Rey parecia cosa recia faltar en su palabra y hacer burla de aquel príncipe: á esto replicaba el maestre que por lo menos para hacer la guerra sería necesario apercebirse de mucho dinero; esto se enderezaba á armar otro lazo á Andres de Cabrera, que tenia á su cargo en el alcázar de Segovia los tesoros reales. En aquella ciudad antes desto por industria del maestre,

y á exemplo del Andalucía se levantó un alboroto contra los que descendian de judíos. Procuró Andres de Cabrera atajalle; y apenas con su buena maña pudo sosegar la canalla, no sin riesgo de su persona y grande ofension del pueblo encarnizado. Al obispo de Sigüenza traxo el capelo un embaxador particular que para este efecto envió el Papa: dióselo en Madrid, y para que la merced fuese mas cumplida, vino el Rey en que se llamase cardenal de España. Al duque de Segorve don Enrique no dexaron entrar en Madrid, antes se le dió orden que en Xetafe, una aldea muy larga alli cerca, puesta en el camino por do se va á Toledo, se entretuviese. En el campo de aquel lugar habló con el Rey: acordóse en la habla que de Xetafe se pasase á Odon, que es otra aldea no lexos de alli. Estaban mudados de parecer: tomaron por achaque y por color para dilatar el casamiento que era menester que el Padre Santo dispensase en el parentesco, por ser los casamientos que se hacen entre deudos, no solo inválidos sino desgraciados. Desta manera quedó burlada la esperanza de aquel príncipe, llamado vulgarmente por esta desgracia don Enrique Fortuna. El Rey don Enrique se partió para Segovia. Pretendia proveerse de dinero á causa que Andres de Cabrera acudia con escaseza por dar en esto desgusto al maestre de Santiago, de quien sabía muy bien pretendia para sí el alcázar de Segovia, como poco antes le quitára el de Madrid con color de asegurarse; ademas que de secreto se inclinaba á don Fernando asi de su voluntad, como por estar casado con doña Beatriz de Bobadilla, que se crió en servicio de la infanta doña Isabel. El nuevo cardenal asi mismo creció en renta y autoridad por la muerte de don Alonso de Fonseca prelado de grande ingenio y de ánimo ardiente: falleció en Coca,

villa en que dexó fundado el mayorazgo asaz rico de los Fonsecas, y á instancia y por suplicacion del Rey el cardenal fue nombrado en su lugar por arzobispo de Sevilla con retencion de la iglesia de Sigüenza, que fue cosa nueva y exemplo no de alabar, la soltura de aquel tiempo y el estrago era tal, que lo que á cada qual se le antojaba, eso le parecia ser lícito, y si podia lo executaba. En el condado de Ruysellon sobre la villa de Perpiñan á nueve de abril se puso un exército frances, en que se contaban como veinte mil infantes y mil hombres de armas debaxo de la conducta de Philipo de Saboya. El Rey de Aragon se metió dentro, determinado de ponerse á qualquier riesgo antes que desamparar aquella plaza, que es muy fuerte y está á la entrada de Francia. Para animar mas á los cercados los juntó en la iglesia, y allí les hizo juramento de no partirse ni dexallos antes que el cerco se alzase, grande resolucion y demasiada confianza para aquella su edad, y hecho que no sé yo si se debe aprobar, pues en el riesgo de su persona le corria todo aquel estado si fuera preso por el enemigo dentro de aquel pueblo: el favor del cielo ayudó para escusar aquel daño, y los moradores se señalaron en esfuerzo: todos por estar á vista del Rey hacían con todas sus fuerzas lo que podian. La lealtad de Pedro de Peralta condestable de Navarra en este caso se señaló mucho, que en hábito de frayle Francisco, y ayudado de la lengua francesa que sabía muy bien, por medio del exército y reales de los enemigos pasó y entró en aquella villa para hacer compañía al Rey en aquel peligro y trance: era justo, de quien tenia todo lo que era y valía, por su servicio lo aventurase. De los tres hijos del Rey de Aragon don Alonso acompañaba á su padre, el arzobispo de Zaragoza se puso en la ciudad de Elna que está

alli cerca, con buen número de soldados á propósito de hacer lo que le fuese mandado. El Rey don Fernando avisado de lo que pasaba, partió de Talamanca con quatrocientos de á caballo que de Castilla llevó de socorro: por el camino se le juntaron otros ciento. Con esta gente por el mes de junio llegó á ponerse sobre Ampúrias: el miedo que con esto puso á los enemigos, fue tal que alzado el cerco, y poco despues hechas treguas que durasen hasta el mes de octubre, desembarazaron la tierra. Por esta manera concluida esta guerra, el Rey de Aragon hizo finalmente su entrada en Barcelona á manera de triumpho debaxo de un pálio, en un carro cubierto de brocado morado tirado de cuatro caballos blancos: acompañábanle al uno y al otro lado la nobleza y magistrados con grande muchedumbre del pueblo que salió á este espectáculo, y se derramó por aquellos caminos y campos. Entró por la puerta de San Daniel: su aspecto muy venerable por sus canas, y por la vista recobrada, y por sus grandes hazañas; el cuerpo sin fuerzas sustentaba el brio y valor de su ánimo. Su hijo el Rey don Fernando era partido para Tortosa con intento de tener cortes á los aragoneses y presidir en lugar de su padre, pero desistió de este intento por una dolencia que le sobrevino, y porque de Castilla en que resultaban muchas novedades, le hacían grande instancia que apresurase la vuelta. Por el mismo tiempo los huesos de don Fernando maestre de Avis, de quien se dixo murió cautivo en Africa, cierto moro de la ciudad de Fez en que estaban, los hurtó, y los traxo á Portugal. Diéronles sepultura en Aljubarrota entre los sepulcros de sus antepasados: las exèquias y honras que le hicieron á la manera que entre christianos se usa y acostumbra, fueron solemnes y grandes.

CAPITULO XX.

Del concilio que se tuvo en Aranda.

En las demas provincias de España á esta sazon ninguna cosa aconteció que de contar sea, salvo lo que es mas importante, que gozaban de una grande y alegre paz; solo el reyno de Castilla no sosegaba, antes cada dia resultaban nuevos miedos y asonadas de guerra. Las diferencias contínuas de los grandes eran ordinarias: el pueblo, perdida por su exemplo la modestia y todo buen respeto, se alteraba; las villas y ciudades andaban divididas en bandos. Las fuerzas de don Fernando y doña Isabel iban en aumento, muchos se les arrimaban y seguían su partido: las del Rey don Enrique desfallecian y se disminuían por su poquedad y por tener al pueblo disgustado. Sin duda como en el cuerpo asi en la república aquella enfermedad es la mas grave que se derrama y tiene su principio de la cabeza. En Vizcaya se veían alteraciones á causa que el nuevo condestable pretendia reducir aquella gente feroz y constante al servicio del Rey don Enrique; por el contrario el conde de Treviño por estar aficionado al partido de Aragon le hacía resistencia, al qual y á su casa de tiempo antiguo temian los vizcainos mas aficion: con esto se hacian talas y robos por toda aquella tierra de suyo estéril y falta. En Toledo se levantaron nuevos alborotos. El conde de Fuensalida confiado en que el maestre de Santiago le hacía espaldas, y con intento que tenia de apoderarse de aquella ciudad, se resolvió de entrar en Toledo con gente armada para echar della á Hernando de Ribadeneyra, mariscal, y aficionado al servicio del Rey don Enrique. Este atrevimiento reprimió el pueblo con las armas, y la venida del Rey,

que avisado del peligro acudió á gran prisa para atajar el alboroto: asi las alteraciones del pueblo se sosegaron; dióse perdon á los culpados, con que los malos quedaron más animados. Despues deste caso el maestre don Juan Pacheco con deseo de quietud se partió para Peñafiel donde tenia su muger, ademas que por los muchos años que anduvo de ordinario en la corte, sospechaba (como era la verdad) que tenia á muchos cansados, enfado que queria remediar con ausentarse. En su lugar envió á su hijo don Diego, en cuya persona (como arriba queda dicho) tenia renunciado y traspasado el marquesado de Villena. Recibió el Rey al marques con tan grandes muestras de amor como si su padre le hubiera hecho señalados servicios: tenia buen parecer, la edad en su flor, y el trato y arreo era conforme á sus riquezas. De Toledo volvió á Segovia el Rey: alli se aumentó el amor y privanza con el trato y familiaridad ordinaria. Llegó esto á tanto que en persona iba cada dia á visitar al marques, que tenia su aposento en el Parral de Segovia, monasterio de Gerónimos. Tratóse con don Andres de Cabrera se reconciliase con los Pachecos, y que se pusiese en las manos del Rey, y entregase el alcázar de Segovia con los tesoros que alli tenia: en recompensa le ofrecian la villa de Moya, que está cerca de la raya de Valencia y no lexos de Cuenca, patria y natural de don Andres. Daba él de buena gana orejas al partido; pero como se entendiese esta negociacion, los de aquella villa se agraviaron y alborotaron. Pasaron en esto tan adelante, que hicieron venir en su defensa y recibieron soldados aragoneses de guarnicion, cuyo capitan Juan Fernandez de Heredia acudió del reyno de Valencia, y se apoderó de aquella villa en nombre de la princesa doña Isabel. Recibió desto pesadumbre el Rey don

Enrique. Doña Isabel en ausencia de su marido desde Tordelaguna villa en el reyno de Toledo acudió á Aranda de Duero, llamada de comun consentimiento por los moradores de aquella villa por el aborrecimiento que tenian á la Reyna doña Juana cuya era antes, por su poca honestidad, de que todo el reyno se ofendia, y el mismo Rey mas que nadie, como al que aquella mengua mas tocaba; pero hay personas que si bien se ofenden de la maldad, no tienen ánimo para reprimirla ni castigarla: tal fue la condicion deste príncipe por todo el tiempo de su vida. Tenian á esta sazon á la Reyna y á su hija doña Juana en el alcázar de Madrid á cargo del marques de Villena y en su poder. Agreda, que es una villa situada cerca del sitio en que antiguamente estuvo otro pueblo de los pelendones llamado Augustobriga, movida por el exemplo de Aranda que no lexos le cae, se entregó tambien á la Infanta doña Isabel. El sentimiento del Rey se dobló, y en particular del conde de Medinaceli, á quien tenia hecha merced de aquel pueblo. En esta misma sazon don Alonso Carrillo arzobispo de Toledo que acompañó en esta jornada á la infanta, convocó para aquella villa de Aranda un concilio provincial de los obispos sus sufragáneos. Despachó sus edictos y cartas en esta razon: acudieron los obispos y arciprestes de toda la provincia sin otro gran número de personas, asi eclesiásticas como seglares. La voz corria que se juntaban para reformar las costumbres de los eclesiásticos, muy estragadas con vicios y ignorancias por la revuelta de los tiempos: puédese sospechar que el principal intento fue afirmar con aquel color la parcialidad de Aragon, y grangear las voluntades de los que alli se hallasen. A los cinco de diciembre promulgaron quatro decretos solos, que fueron estos: «Los obispos en público siempre an-

»den con roquete. Cada qual de los sacerdotes por lo »menos diga missa tres ó cuatro veces al año. Los »eclesiásticos no asienten al servicio, ni lleven gages »de ningun señor fuera del Rey. Los beneficios cura- »dos y las dignidades no se provean á ninguno que »no sepa gramática." Apenas habian despedido el concilio, quando el Rey don Fernando llegó á Almazan y Berlanga: alli el conde de Medinaceli y Pedro de Mendoza señor de Almazan mucho le festejaron. Dende pasó á Aranda: con su presencia pretendia dar calor á sus aficionados y adelantar su partido. Fallecieron en este mismo año en Castilla el almirante don Fadrique y el maestre de Alcántara don Gomez de Cáceres y Solís, á quien sucedió (como queda dicho) don Juan de Zúñiga. En Francia finó otrosí Nicolao hijo de Juan duque de Lorena. Quedaba todavia en vida Renato su abuelo, cuyo nieto hijo de una hija suya, llamado asi mismo Renato sucedió en el ducado de Lorena por parte de su abuela materna, muger que fue del mismo Renato. Este nuevo duque de Lorena alcanzó gran renombre mas que por otra cosa, por una famosa batalla que ganó de los flamencos cerca de Nanci, ciudad de aquel su estado, en que quedó vencido y muerto Carlos duque de Borgoña que llamaron el Atrevido. Juan conde de Armeñaque despues que se huyó á España (como queda dicho) nunca entró en gracia de su Rey, ni dél se hizo confianza. Por este despecho con ayuda y gentes del duque de Borgoña hizo guerra en la Guiena, y en ella prendió la persona de Pedro de Borbon gobernador de aquel ducado por trato que tuvo con los suyos. Este insulto ofendió mucho mas al dicho Rey, mayormente que no le quiso soltar antes de ser restituido en su villa de Lectorio, de que el tiempo pasado le despojaron. El cardenal Albigense con gentes que

le dieron, recobró á Lectorio, y le echó por tierra; y al mismo conde sin embargo que se le rindió á partido, le hizo morir. Dió este caso mucho que decir, si bien los pareceres eran diferentes: todos concordaban comunmente en que tenia muy merecido aquel desastre y castigo. Sus delitos y desórdenes eran muy feos: uno en particular, y muestra de su soltura, que con bulas falsas del Papa en razon de dispensar con él se casó con su misma hermana, y della se aprovechó: torpeza vergonzosa y afrenta digna y merecedora por justo juicio de Dios de aquella su muerte desgraciada.

LIBRO VIGÉSIMOQUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

La infanta doña Isabel se reconcilia con el Rey su hermano.

No sosegaban las pasiones entre los grandes y nobles de Castilla. El partido de Aragon todavia se adelantaba en fuerzas y reputacion. El maestre de Santiago no se descuidaba en allegar riquezas, poder y vasallos, y apercebirse de los mayores reparos que pudiese; crecia con el aumento la codicia de tener mas: dolencia ordinaria y sin remedio. El miedo le aquexaba grandemente si los aragoneses viniesen á tener el mando y el gobierno, que á él sería forzoso partir mano de gran parte de su estado, como de herencia que fue de aquellos infantes de Aragon, y por el mismo caso de sus hijos. Por este recelo pretendió desbaratar el casamiento de los príncipes don Fernando y doña Isabel, y al presente intentaba lo

mismo del que tenian concertado entre don Enrique de Aragon y la princesa doña Juana. Representaba para entretener grandes dificultades. La capacidad del Rey era tan corta que no entendia estas tramas; si las entendia, disimulaba: tal era su poquedad. En particular deseaba con el alcázar de Madrid juntar el de Segovia. Parecíale, si lo alcanzaba, tendria en su poder como con grillos al Rey, y para todo lo que podia suceder, se aseguraria mucho por este camino. Este era su mayor deseo: solo y principalmente Andres de Cabrera por la privanza que tenia con el Rey, y ser persona de grande ingenio, y que no fiaba de las promesas que le hacía el maestre, bien que eran muy grandes, le hacía resistencia; de donde resultaron sospechas y se aumentaron entre ellos los disgustos. Cada qual trataba de usar de maña y derribar al contrario, como personas que eran el uno y el otro sagaces y astutos. El maestre tenia mas poder y fuerzas, Andres de Cabrera fue mas venturoso y acertado. Puso todas sus fuerzas y la mira en reconciliar á doña Isabel con el Rey don Enrique su hermano. Venia muy á propósito para esto la ausencia de su competidor; que su hijo el marques de Villena por su edad no era persona de tantas mañas y astucia. Al contrario don Andres asistia mucho con el Rey, y con servicios que le hacía conforme al tiempo, le ganaba de cada dia mas la voluntad. Sucedió que cierto dia tuvo comodidad para persuadille con muchas palabras mandase llamar á la infanta doña Isabel, y diese lugar para que le visitase: cosa que decia sería saludable para la república, y para el Rey en particular provechosa y honesta. Añadió que ninguno ignoraba dónde iban á parar los intentos del maestre, que era con la revuelta del reyno acrecentar las riquezas de su casa, codicia y ambicion in-

tolerable. «De su poca lealtad y firmeza dan muestra »claramente, aunque yo lo calle, las alteraciones »graves y largas de que él mismo ha sido causa, co»mo hombre que es compuesto de malicias y engaño. »Bien veo que el amor de la princesa impide esto, y »que parece cosa indigna despojar su inocente edad »de la herencia paterna. Verdad es esto; pero si va á »decir verdad, cómo podrémos persuadir al pueblo »desenfrenado en sus opiniones que sea vuestra hija? »Los príncipes prudentes no deben pretender en la »república cosa alguna de que los vasallos no son ca»paces. No se puede hacer fuerza á los corazones co»mo á los cuerpos; y los imperios y mando se con»servan y caen conforme á la opinion de la muche»dumbre y conforme á la fama que corre. Mas en es»to (sea lo que fuere) por ventura para dotar á la »hermana y á la hija no bastarán las riquezas gran»des deste nobilísimo reyno, repartidas conforme al »concierto que se hiciere entre ambas? Que si parece »cosa pesada diminuir la magestad del reyno y sus » fuerzas, muy mas grave será enredarle con una »guerra civil, y despeñarle en los daños perpétuos »que della resultarán. Este sin duda es el camino, ó »ningun otro hay, para escusar tantos males; en que »si hay alguna cosa contraria á los intentos particula»res, entiendo se debe disimular por el deseo de la »paz y amor de la patria. Quantos males hayan de »resultar de la discordia civil, es razon considerarlo »con tiempo, y con eficacia evitarlos." Movióse con este razonamiento el ánimo del Rey don Enrique, como persona que fue por toda la vida de una maravillosa inconstancia en sus acciones y consejos, indigno del nombre de Rey y afrenta de la silla real. Pasó adelante Andres de Cabrera, y en otras ocasiones que se le presentaron, por su buena diligen-

cia y amonestaciones persuadió al Rey hiciese llamar
á su hermana. Hecho esto, dió orden que doña Bea-
triz de Bobadilla su muger se partiese para la villa
de Aranda, y para que todo fuese mas secreto, dis-
frazada en un júmento, y trage de aldeana. Hízose
asi: habló ella con la infanta doña Isabel, y la per-
suadió que sin dar parte á nadie se fuese lo mas
presto que pudiese, á Segovia: avisóle de la aficion
que el Rey su hermano la mostraba; y que si se tro-
case, estaria en el alcázar segura para que nadie la
hiciese agravio: decia que dado que corriese qual
que peligro, en cosas grandes era forzoso aventu-
rarse: en aquella ocasion convenia usar de presteza,
que qualquiera detenimiento sería dañoso, pues mu-
chas veces en poco espacio se hacen grandes mu-
danzas. Concertado el negocio, doña Beatriz se vol-
vió á su marido: en pos della á poca distancia la prin-
cesa doña Isabel entró en el alcázar de Segovia á
veinte y ocho de diciembre, principio del año del
Señor de mil y quatrocientos y setenta y quatro. Sa- 1474
bida su venida los ánimos de todos se alteraron, asi
de los ciudadanos como de los cortesanos, unos de
una manera, otros de otra, conforme á la aficion
que cada uno tenia. El marques de Villena, por sos-
pechar algun engaño y tratado, en un caballo muy
de priesa, y con mucho miedo se fue á recoger á
Ayllon que es un pueblo por alli cerca. El Rey don
Enrique en el bosque de Balsain se entretenia en el
exercicio de la caza quando le vino esta nueva: acu-
dió luego á Segovia, y fue á visitar á su hermana.
Las muestras de alegria con que se saludaron y abra-
zaron, fueron grandes, tanto con mayor aficion que
de mucho tiempo atrás no se vieran. Gastaron mu-
cho tiempo en hablar en puridad. Por la despedida
la infanta doña Isabel encomendó sus negocios á su

hermano, y su derecho que dixo entendia ser muy claro. Respondió el Rey que miraria en lo que le decia. Desta manera se despidieron ya muy tarde. El dia siguiente cenó el Rey en el alcázar con su hermana; y el tercero la infanta salió á pasear por las calles de la ciudad en un palafren que él mismo tomó de las riendas para mas honralla. Ningun dia amaneció mas claro asi para aquellos ciudadanos, como para toda España, por la cierta esperanza que todos concibieron de una concordia muy firme, despedido el miedo que por la discordia tenian de grandes males. Aumentóse esta esperanza, y confirmóse con que el mismo Rey don Fernando de Turuégano, do estaba alerta y á la mira por ver en qué paraba esto, vino tambien á Segovia movido de la fama de lo que pasaba, y persuadido por las cartas de su muger. El dia de los Reyes don Enrique, don Fernando y doña Isabel salieron á pasear juntos por la ciudad, que fue un acompañamiento muy lucido, y espectáculo muy agradable para los ojos de todos. Despues del paseo yantaron juntos y á una mesa en las casas obispales, en que Andres de Cabrera les tenia aparejado un banquete muy regalado. Diego Enriquez del Castillo dice que comió con ellos don Rodrigo de Villandrando conde de Ribadeo en virtud de un privilegio que se dió á su padre (como arriba queda dicho) que todos los primeros dias del año se asentase y comiese á la mesa del Rey. Alzadas las mesas, hobo música y saraos, y por remate traxeron colacion de conservas varias y muy regaladas. La alegria de la fiesta se enturbió algun tanto con la indisposicion del Rey don Enrique; que le retentó un dolor de costado de tal manera que le fue forzoso irse á su palacio. Lo que sucedió acaso (como lo juzgan los mas prudentes) el vulgo inclinado siempre á lo

peor, y que en todo y con todos entra á la parte, lo echaba á que le dieron algo: opinion y sospecha que se aumentó por la poca salud que en adelante siempre tuvo, y la muerte que le sobrevino antes de pasado el año. La perpétua felicidad de aquellos príncipes don Fernando y doña Isabel y la grandeza de las cosas que hicieron, dan bastante muestra que por lo menos si hobo alguna cosa, no tuvieron ellos parte: ni es de creer diesen principio á su reynado con una tan grande maldad como sus contrarios les achacaban. Los odios encendidos que andaban, y la grande libertad que se veía en decir unos de otros mal, dieron lugar á sospechar esta y otras semejantes fábulas. Hiciéronse por la salud del Rey muchas procesiones, votos, rogativas y plegarias para aplacar á Dios, con que mejoró algun tanto por entonces de aquel accidente.

CAPITULO II.

De la muerte del maestre don Juan Pacheco.

Luego que el Rey convaleció, se comenzó á tratar de concertar aquellos príncipes y hacer capitulaciones para ello. Pedia doña Isabel que todos los estados del reyno la jurasen por heredera, pues tenia derecho para ello; si esto se hacía, que ella y su marido perpétuamente estarian á obediencia del Rey: ofrecia otrosí que por seguridad daria su hija en rehenes para que estuviese como en tercería en el alcázar de Avila y en poder de Andres de Cabrera. Por el contrario el conde de Benavente pedia con instancia que la princesa doña Juana casase con don Enrique de Aragon. Sentido de la burla que hicieron á su primo, amenazaba que si esto no se hacía, desbara-

taria el asiento que se pretendia tomar entre los dos Reyes, y pondria impedimento para que no pasase mas adelante, como el que podia mucho por andar al lado del Rey don Enrique, y agradarle mas por el mismo caso que esto pedia. Los otros grandes no eran de un parecer, ni de una misma voluntad. Los cortesanos y palaciegos parte favorecian á doña Juana, los mas se inclinaban á doña Isabel, y mas los que tenian mas cabida y mas privanza en la casa real, cosa que mucho ayudó á mejorarse su partido. Todos se gobernaban por aficion sin hacer mucha diferencia entre lealtad y deslealtad; en particular la casa de Mendoza se comenzó á inclinar á esta parte, señores muchos en número, muy poderosos en riquezas y en aliados. Por el mismo caso el arzobispo de Toledo comenzaba á divertirse, y aficionarse á la parcialidad contraria de doña Juana de quien le parecia se podian esperar mayores premios y mas ciertos. El Rey don Enrique se hallaba muy dudoso de lo que debia hacer. El maestre don Juan Pacheco con cartas que de secreto le envió, le persuadia que de noche se apoderase de la ciudad, y prendiese y pusiese en su poder á don Fernando y á doña Isabel, pues se le presentaba tan buena ocasion de tenerlos como dentro de una red metidos en el alcázar: para efectuallo le prometia su ayuda y su industria. Cosa tan grande como esta no pudo estar secreta, ni desbaratarse por fuerzas humanas el consejo divino y lo que del cielo estaba determinado: luego pues que se supo lo que se trataba, don Fernando se fue arrebatadamente á Turuégano; la infanta doña Isabel se quedó en el alcázar de Segovia, resuelta de ver en qué paraban aquellos intentos, y no dexar la posesion de aquel alcázar nobilísimo, en que tenian los tesoros y las preseas mas ricas de la casa real, y de donde entendia

tomaria principio y se abriria la puerta para comenzar á reynar: hembra de grande ánimo, de prudencia y de constància mayor que de muger y de aquella edad se podian esperar. Despues que el Rey don Enrique y don Fernando se apartaron, se tornaron á juntar por un nuevo accidente. Fue asi que el conde de Benavente alcanzó del Rey don Enrique los años pasados con la revuelta de los tiempos que le diese á Carrion, villa principal en Castilla la vieja. Hecha la merced, la fortificó con muros y con reparos. Llevaba esto mal el marques de Santillana á causa que aquella villa de tiempo antiguo estaba á su devocion por la naturaleza que la casa de Mendoza tenia en ella por los de la Vega y Cisneros, linages incorporados en el suyo. Demas desto movido por sus ruegos y lágrimas persuadió al conde de Treviño que al improviso se apoderase con gente de aquella villa. Hízolo él como lo concertaron: para socorrerle el marques de Santillana se partió de priesa de Guadalaxara con golpe de soldados. El conde de Benavente para vengar por las armas aquel agravio hizo lo mismo desde Segovia, do le tomó la nueva. Con esto, y por estar divididos los demas grandes, y acudir con sus gentes unos á una parte, otros á otra, corria peligro que sucediese algun desman señalado por qualquiera de las partes que la victoria quedase. Acudieron por diversas partes los Reyes mismos don Fernando para asistir al marques de Santillana, bien acompañado por si fuesen menester las manos, don Enrique para poner paz como lo hizo, que puestas sus estancias en medio de los dos reales contrarios y entre las dos huestes, apenas y con trabajo pudo alcanzar que dexasen las armas. El conde de Benavente se puso de todo punto en las manos del Rey. Dióle el arzobispo de Toledo en recompensa el lugar de Magan, y con tanto vino

en que abatiesen el castillo de Carrion y le echasen por tierra, que era la principal causa porque aquel pueblo estaba alterado, y la villa volvió á la corona real. Hechas las paces, el de Santillana se vió con doña Isabel en Segovia: dende se volvió á Guadalaxara, ya determinado de todo punto de tomar nuevo partido y seguir nuevas esperanzas asi él como los suyos. El Rey don Enrique despues de visitar á Valladolid, y detenerse algun tanto en Segovia, á persuasion y por consejo del maestre don Juan Pacheco para comunicar y tratar cosas muy importantes se partió para Madrid: tal era la voz. Hízole grande instancia y al fin le persuadió que tratase de casar á la princesa doña Juana con el Rey de Portugal, y que para poner esto en efecto se partiese, si bien tenia poca salud, hasta la raya de aquel reyno. Este era el color que se tomó para este viage; el mayor y mas verdadero cuidado del maestre era de apoderarse de Truxillo: grande codicia y deseo de amontonar riquezas y estados. Conformáronse los moradores con la voluntad del Rey por tener el maestre grangeada gran parte del regimiento, y seguir el pueblo lo que la nobleza queria; solo el castillo por su fortaleza les era impedimento, que el alcayde Gracian de Sesse no le queria entregar hasta tanto que le gratificasen lo que en él gastára, que era mucha parte de su hacienda, y le tomasen las cuentas. El Rey don Enrique con la tardanza, y por ser aquellos lugares mal sanos y el tiempo poco á propósito agravada la indisposicion se volvió á Madrid. El maestre algo mejor de una enfermedad que asi mismo le sobrevino, se hizo llevar á Truxillo en hombros: llegó con este intento á Santa Cruz de la Sierra, que es una aldea dos ó tres leguas á la parte de Mediodia de aquella ciudad. Trataba de persuadir al alcayde que entregase la fortaleza,

y de ganalle, quando en medio destas práticas murió de repente: la ocasion fue que se le hinchó una mexilla, y un corrimiento con que mucha sangre se le quaxó en la garganta, que le salia por la boca y por las narices. Dicen que á las postreras boqueadas ninguna otra cosa preguntaba á los que presentes tenia, y le ayudaban á bien morir, salvo si quedaba entregado el alcázar: pensamiento poco á propósito para quien se hallaba tan cercano á la muerte; bien que sin duda fue gran persona, de mucho valor, de maña y ingenio notable. Tuvieron secreta su muerte hasta tanto que el alcázar se entregó: en recompensa dieron al alcayde Gracian el lugar de San Felix en Galicia por juro de heredad; dádiva para él muy desgraciada, porque en una revuelta (no se sabe por qué causa) los vecinos de aquel pueblo le apedrearon y mataron: venganza del cielo por dexarse grangear con dádivas, como el vulgo lo decia muy inclinado á semejantes dichos y hablas, y á creer y decir de ordinario lo peor.

CAPITULO III.

Como el Rey don Fernando fue á Barcelona.

Los franceses y aragoneses tenian diferencia y contienda sobre lo de Ruysellon y Cerdania: los aragoneses pretendian recobrar aquellos sus estados; los franceses se escusaban con que los tenian empeñados por el dinero que prestó su Rey al Aragones, y el que gastaron en el sueldo de los soldados con que ayudaron en la guerra de Barcelona, y aun no estaba pagado. No se conformaron, y asi las armas que se dexaron por causa de las treguas que concertaron, las tornaban á tomar, y á mover la guerra. El temor

de los nuestros no era menor que la esperanza, por ser la guerra contra las riquezas de Francia, y contra aquel Rey muy poderoso, sin estar sosegadas las pasiones de Castilla; de que asi mismo resultaban muchas y grandes dificultades. Procuróse componer estas diferencias, y con este intento se enviaron embaxadores á París para tratar de concierto, personas de gran cuenta. Estos fueron don Juan Folch conde de Cardona y Hugon de Rocaberti Castellan de Amposta: para que tuviesen mas autoridad, llevaron grande acompañamiento y repuesto. Pretendian dar razon por donde no parecia se debiese pagar el dinero que pedian, lo uno que los socorros de Francia para la guerra de Barcelona ni se enviaron á tiempo, ni fueron de provecho; lo otro que contra las capitulaciones del concierto Juan Duque de Lorena fue ayudado con gentes de Francia. Volvíanse los embaxadores sin concluir cosa alguna: detuviéronlos en Leon contra el derecho de las gentes y las leyes divinas y humanas. Por quedar estos señores arrestados en Francia, y como en rehenes, los aragoneses no se atrevian por el peligro que sus personas corrian, á hacer grande resistencia, magüer que por el mismo tiempo al principio del verano quinientos caballos franceses debaxo de la conducta de Juan Alonso señor de Aluda entraron en son de guerra por la parte de Ruysellon, y juntándose con las demas guarniciones y gentes francesas, se pusieron sobre la ciudad de Elna, cuya parte mas baxa desampararon á la hora los ciudadanos por ser flaca. El Rey de Aragon en Barcelona tenia cortes á los catalanes: alli se apercebia para la guerra, bien que se hallaba en lo postrero de su larga edad y doliente de quartanas. Tenia sus fuerzas gastadas: determinó buscar socorros de fuera; envióle el Rey don Fernando de Nápoles

su sobrino por el mar quinientos hombres de á caballo, pequeña ayuda para guerra tan larga. Don Fernando su hijo por el mes de junio se apoderó de Tordesillas, que es una buena villa en Castilla la vieja: los vecinos le llamaron para valerse de sus fuerzas contra Pedro Mendavia alcayde de Castro Nuño, que hacía mal y daño por los pueblos y campos comarcanos con una compañía de salteadores, de los que en gran número andaban por todo el reyno desmandados. Hecho esto, y vuelto á Segovia, do quedó su muger, avisado del peligro y poca salud de su padre determinó irse á ver con él, como lo hizo. Púsose en camino á dos de julio: de pasada visitó en Alcalá al arzobispo de Toledo que estaba alli retirado: pretendia con aquella cortesía quitalle el disgusto que tenia grande, y ganalle si pudiese. Desde alli pasó á Guadalaxara para visitar al tanto al marques de Santillana, y obligalle mas con esto. Llegó por sus jornadas á Zaragoza y Barcelona, do halló á su padre, viejo de mucha prudencia, y que nunca reposaba. Sucedieron á la misma sazon muy fuera de tiempo alteraciones en el reyno de Valencia. Fue asi que Segorve y Exerica, dos pueblos principales en aquella comarca, tomaron las armas y se alborotaron á un mismo tiempo. La porfía fue igual, los intentos contrarios: los de Exerica para librarse del señorío de Francisco Sarsuela, que pretendian les tenia hechos grandes agravios y demasías; los de Segorve por conservarse contra la voluntad del Rey en la obediencia de don Enrique de Aragon. Fueron estas alteraciones mas largas que grandes, sin que en ellas sucediese cosa memorable mas de que al fin se hizo lo que el Rey quiso, y era razon, que Segorve quedó confiscada, y Exerica volvió á cuya antes era. Don Fernando en Barcelona consultaba con su padre

sobre la guerra de Ruysellon quando le vino aviso de Castilla que el maestre de Santiago don Juan Pacheco era pasado desta vida á quatro de octubre. Por su muerte andaba mayor alboroto que nunca entre los grandes: muchos señores pretendian aquel maestrazgo, la diligencia era igual y la ambicion, los caminos diversos y el color que para su pretension cada qual alegaba. Él de Alburquerque, el de Benavente, el de Santillana, el de Medina Sidonia confiaban mas en sus riquezas que en alguna otra cosa. Por votos de los caballeros fueron nombrados dos, cada qual en uno de los principales conventos de la orden, donde los caballeros, unos en una parte, otros en otra se juntaron. En el de Leon fue elegido don Alonso de Cárdenas comendador mayor que era de Leon; en Uclés nombraron á don Rodrigo Manrique conde de Paredes. El marques de Villena por tener el favor del Rey y ser sus fuerzas muy grandes pretendia despojar los dos, y alegaba que el Pontífice en vida de su padre le hizo gracia de aquella dignidad; pero como quier que no presentase bulas ni testimonio alguno de la voluntad del Papa, los mas sospechaban era invencion á propósito de tener tiempo para usar de mayor diligencia y ganar del Papa aquella dignidad. Andaba en su pretension con poco recato: iba camino del Villarejo de Salvanés para hablar con el conde de Osorno comendador mayor de Castilla: echáronle mano, y lleváronle preso á Fuentidueña. Fue grande esta afrenta y resolucion: con que el Rey don Enrique irritado, y por no parecer que el conde de Osorno obedeceria á sus mandatos, determinó acudir á las armas, y dado que andaba con poca salud, se puso con gente sobre Fuentidueña. Acudiéronle los prelados de Toledo y de Burgos, el de Benavente, el condestable y el de Santillana

sin otros señores, todos deseosos de servir á su Rey, y alterados contra un hecho tan atroz. Erales muy pesada la tardanza por irse agravando la enfermedad del Rey, y ser el tiempo poco á propósito. Acordaron valerse de un engaño contra otro: esto fue que Lope Vazquez de Acuña hermano del arzobispo de Toledo, á quien no menos pesaba que á los demas del agravio que se hizo al marques de Villena, con muestra que queria tener habla con la muger del conde de Osorno, la prendió á ella y á un hijo suyo, y los llevó á la ciudad de Huete: con esta maña, vencido el ánimo de su marido, puso al de Villena en libertad. Desta manera se desbarataron los intentos del conde de Osorno, que por aquel camino y prision pretendia ganar la gracia de don Fernando, y con su ayuda quitar el maestrazgo de Santiago á todos los demas, mayormente que la princesa doña Juana se tenia en Escalona, apartada de su madre por su poca honestidad, y en poder del dicho marques de Villena. Sabidas todas estas cosas en Barcelona, el Rey don Fernando dexó el cuidado de la guerra á su padre que pretendia luego marchar la vuelta de Ampurias, y él se volvió á Zaragoza con intento, si las cosas de Castilla diesen lugar, juntar alli cortes de los aragoneses para efecto de allegar dinero de que tenian grande falta; tanto mas que de cada dia acudian nuevas compañías de franceses, y estaban ya juntos sobre Elna novecientos caballos y diez mil infantes, con que el cerco de aquella ciudad se apretó de suerte que por falta de mantenimientos y de todo lo necesario los cercados se rindieron un lunes á cinco de diciembre á partido que la guarnicion de soldados y los capitanes saliesen libres, sin embargo que durante el cerco tuvieron entre sí mas diferencias que ánimo para contra los ene-

migos. Con la pérdida de Elna tenian gran miedo no se perdiese tambien Perpiñan por caelle muy cerca, y estar rodeada aquella villa por todas partes de guarniciones de enemigos, ademas que el mismo castillo de Perpiñan estaba en poder de franceses: por todo esto se recelaban que no se podria mantener largo tiempo. Fue este año memorable, particularmente en Sicilia, por el estrago grande que en las ciudades y pueblos se hizo de los judíos. La muchedumbre del pueblo sin saberse la causa como furiosos tomaban las armas, sin tener cuenta ni respeto á los mandatos y autoridad del virrey don Lope de Urrea, ni aun enfrenallos la justicia que hizo de algunos de los culpados: mataron muchos de aquella gente miserable, y les saquearon y robaron sus casas. Los moros de Granada á este tiempo tenian sosiego, ni trataban los nuestros de hacelles guerra por la grande revuelta y alteracion en que las cosas se hallaban. En Navarra andaban alborotos entre los biamonteses, que seguían el partido de la princesa doña Leonor, y los agramonteses de muy antiguo aficionados al servicio del Rey de Aragon. El pueblo seguía el exemplo de los principales en semejantes locuras, y en hacerse unos á otros desaguisados.

CAPITULO IV.

De la muerte del Rey don Enrique.

Agravábase de cada día la dolencia del Rey don Enrique, que de algun tiempo atrás le traía trabajado; y con el movimiento de aquel viage que hizo, y los cuidados pesados y desabridos se hizo mortal. Ordenaron los médicos que volviese á Madrid: confiaban que con aquellos ayres mejoraria; ni la bon-

dad del cielo muy saludable de que goza aquella villa, ni muchos remedios que le aplicaron, fueron parte para que afloxase el dolor del costado, antes se embraveció de manera que perdída la esperanza, y recebidos los Sacramentos como buen christiano, á once de diciembre dia domingo á la segunda hora de la noche rindió con reposo el alma al fin del año quarenta y cinco de su edad. Reynó veinte años, quatro meses, veinte y dos dias. No otorgó algun testamento; solo hizo escribir algunas cosas á Juan de Oviedo su secretario, de quien mucho se fiaba. Nombró por executores de lo que ordenaba, al cardenal de España y al marques de Villena. Preguntado por fray Pedro de Mazuelos prior de San Gerónimo de Madrid, que le confesó en aquel trance, á quién dexaba y nombraba por sucesor, dixo que á la princesa doña Juana, que dexó encomendada á los dos executores de su testamento, y junto con ellos al de Santillana, al de Benavente, al condestable y al duque de Arévalo, de quien mas que de otros hacía confianza. Su cuerpo por la larga dolencia estaba tan flaco que sin embalsamalle le depositaron en San Gerónimo de Madrid. El enterramiento y honras que le hicieron, no fueron muy grandes, ni tampoco muy pequeñas: despues en cumplimiento de lo que él mismo mandó á la hora de su muerte, le sepultaron en la iglesia de Guadalupe junto al sepulcro de su madre. Fue este príncipe señalado en ninguna cosa mas que en la manera torpe de su vida, en su descuido y floxedad, faltas con que desdoró mucho su reynado. No dexó hijo alguno varon, y fue en la línea y alcuña de los varones que decendieron del Rey don Enrique el bastardo, el postrero como en el tiempo y cuento asi bien en la fama: punto asaz de advertir, y que hace maravillar sea la inconstancia de las cosas tan

grande como se vee, y su mudanza tal que no solo mueren los hombres sino tambien se acaba el vigor y fuerza de los linages, y mas en la sucesion de los príncipes en que convenia mas continuarse. Cada uno de los particulares estamos sugetos á esto: las propiedades y virtud asi mismo de las plantas, yerbas y animales en comun tienen sus nacimientos y aumentos, y en fin se envegecen y faltan. Tuvo el Rey don Enrique, tronco y principio deste linage, el natural muy vivo, y el ánimo tan grande que suplia la falta del nacimiento. Don Juan su hijo fue persona de menos ventura, y de industria y ánimo no tan grande ni valeroso. Don Enrique su nieto tuvo el entendimiento encendido, y altos pensamientos, el corazon capaz del cielo y de la tierra: la falta de salud y lo poco que vivió, no le dexaron mostrar mucho tiempo el valor que su aventajado natural y su virtud prometian. El ingenio de don Juan el Segundo deste nombre era mas á propósito para letras y erudicion que para el gobierno. Finalmente en su hijo don Enrique, cuyas obras y vida y muerte acabamos de relatar, desfalleció de todo punto la grandeza y loa de sus antepasados, y todo lo afeó con su poco orden y traza: ocasion para que la industria y virtud se abriese por otra parte camino para el reyno de Castilla y aun casi de toda España, con que entró en ella una nueva sucesion y línea de grandes y señalados príncipes. Del derecho en que fundaron su pretension, por entonces se dudó; el provecho que adelante su valor acarreó, fue sin duda muy grande y aventajado.

CAPITULO V.

Como alzaron á don Fernando y doña Isabel por Reyes de Castilla.

Con la muerte del Rey don Enrique todas las cosas en Castilla se trocaron: la mayor parte acudió á doña Isabel hermana del difunto; algunos, y no pocos, perseveraron en el servicio de doña Juana la princesa, en especial el marques de Villena y el duque de Arévalo le acudieron con sus deudos y aliados como los primeros y principales entre los que quedaron nombrados para el amparo de aquella señora. Persuadíanse que ella tendria el nombre de Reyna, y ellos la mano en todo, y se apoderarian del gobierno; el marido sería el que les pareciese mas á propósito para sus intentos particulares, que era su principal cuidado. Seguían á estos dos grandes todos los pueblos y comarca que hay desde Toledo hasta Murcia, y juntamente la mayor parte de la nobleza de Galicia hasta tomar las armas contra el arzobispo de Santiago don Alonso de Acevedo y de Fonseca, porque en esto no se conformaba con los demas, antes andaba muy declarado por la parte contraria. En la plaza de Segovia en un tablado que se levantó de madera, los que se hallaron en aquella ciudad, en público juraron á doña Isabel que presente estaba, por Reyna, puesta la mano como es de costumbre sobre los Evangelios. Hecho esto, levantaron los estandartes en su nombre con un faraute que en alta voz dixo: Castilla, Castilla por el Rey don Fernando y la Reyna doña Isabel. El pueblo con grande alarido y aplauso repetia las mismas palabras. Acudieron todos á besalle la mano, y hacelle homenage: asi como estaba con vestidos reales puesta en un palafren la llevaron á la

iglesia mayor para dar gracias á Dios por aquel beneficio, y rogar fuese servido continuallo y llevar adelante lo comenzado. Halláronse entonces muy pocos titulados en Segovia, y ningunos grandes. Los primeros que muy de priesa acudieron para dar muestra de su lealtad y aficion, fueron el cardenal de España y el conde de Benavente don Rodrigo Alonso Pimentel: poco despues el arzobispo de Toledo, el marques de Santillana, don García Alvarez de Toledo duque de Alba, el condestable, el almirante y el duque de Alburquerque: otros enviaron sus procuradores para que en su nombre hiciesen los homenages y jurasen á la Reyna doña Isabel. No pareció se hiciese el pleyto homenage por entonces á su marido el Rey don Fernando hasta tanto que personalmente jurase, como su muger la Reyna lo hizo, el pro del reyno y guardalles como es de costumbre sus franquezas y privilegios. Hallábase á la sazon en Zaragoza ocupado en las cortes de Aragon, y con intento de allegar dinero para la guerra de Ruysellon. Esto iba á la larga: asi sabida la muerte del Rey don Enrique, sin dilacion se partió para Castilla por entender que ninguna cosa hay mas segura en revueltas y mudanzas semejantes que la presteza. Dexó en su lugar para presidir en las cortes á doña Juana su hermana, que tenian concertada con don Fernando Rey de Nápoles viudo de su primera muger. Los señores de Castilla no se podian grangear sino á poder de grandes dádivas y mercedes, por estar acostumbrados á vender sus servicios y lealtad lo mas caro que podian. Luego que el Rey llegó á Almazan, le envió el conde de Medinaceli don Luis de la Cerda á representar por medio de Francisco de Barbastro que el reyno de Navarra pertenecia á doña Ana su muger como á hija que era de don Carlos príncipe de Viana legítima asi por casarse despues el prín-

cipe con su madre, como por dispensacion del Papa, de todo lo qual presentaba escrituras; si verdaderas, ó falsas, no se sabe: de qualquiera manera era grande su determinacion, y el negocio y pretension en que entraba, pedia mayores fuerzas que las suyas. Decia que si el Rey don Fernando no le ayudaba para alcanzar aquel reyno, no le faltaria ayuda de otra parte; que era en suma amenazar con la guerra de Francia: demasía fuera de sazon. Despedido pues el que vino con esta embaxada sin respuesta, continuó el Rey su camino: llegado á Turuégano, alli se entretuvo hasta tanto que en la ciudad de Segovia le aparejasen el recebimiento necesario. Hizo su entrada un dia despues de año nuevo de mil y quatrocien- 1475.
tos y setenta y cinco. En aquel dia puesto todo á puntos, fue recebido en la ciudad con todas las demostraciones de alegria: todos los estados le hicieron sus homenages y besaron la mano como á su Rey. Sobre la manera que se debia tener en el gobierno, hobo alguna diferencia y debate: los criados de la Reyna decian que no podia ni debia entremeterse el Rey don Fernando en el gobierno, ni aun intitularse Rey de Castilla; de lo qual demas de las capitulaciones matrimoniales traían algunos exemplos tomados del reyno de Nápoles, donde en tiempo de las dos Reynas por nombre Juanas sus maridos no tomaron apellido de Reyes, antes se contentaron con el casamiento y con la honra que á cada qual daba la Reyna su muger: hicieron grandes letrados informaciones y alegaron sobre el caso. Los aragoneses por el contrario pretendian que por no quedar ningun hijo varon del Rey don Enrique el reyno volvia á don Juan Rey de Aragon como al mayor del linage; pero esto que en Francia conforme á las costumbres de aquel reyno se guardaba, fácilmente lo rechazaban con muchos exem-

plos asi antiguos como modernos de Ormesinda, de Odisinda, de doña Sancha, de doña Urraca, y de doña Berenguela, que mostraban claramente como muchas hembras los tiempos pasados heredaron el reyno de Castilla. Desistieron pues desta empresa, y entre marido y muger se concertaron estas capitulaciones: Que en los privilegios, escrituras, leyes y moneda el nombre de don Fernando se pusiese primero, y despues el de doña Isabel; al contrario en el escudo y en las armas las de Castilla estuviesen á man derecha en mas principal lugar que las de Aragon: en esto se tenia consideracion á la preeminencia del reyno, en lo primero á la de marido. Que los castillos se tuviesen en nombre de doña Isabel, y que los contadores y tesoreros le hiciesen en su nombre juramento de administrar bien las rentas reales. Las provisiones de los obispados y beneficios rezasen en nombre de ambos, pero que se diesen á voluntad de la Reyna y á personas en doctrina aventajadas. Quando se hallasen juntos, de consuno administrasen justicia á los de cerca y á los de lexos; quando en diversas partes, cada qual administrase justicia en su nombre en el lugar en que se hallase. Los pleytos de las demas ciudades y provincias determinase el que tuviese cerca de sí los oydores del consejo, orden que asi mismo se guardase en la eleccion de los corregidores. Mostró sentimiento don Fernando que sus vasallos en lugar de obedecer le quisiesen dar leyes, todavia le pareció disimular: consideraba que con un poco de sufrimiento y disimulacion él se arraygaria en el gobierno y todo estaria en su mano. Juntamente la Reyna doña Isabel, como princesa muy discreta, se dice que aplacó la pesadumbre que su marido tenia con un razonamiento que le hizo á este propósito deste tenor: «La diferencia que se ha levantado sobre el derecho

»del reyno, no menos que á vos me ha desgustado. »Qué necesidad hay de deslindar los derechos entre »aquellos cuyos cuerpos, ánimos y haciendas el amor »muy casto, y el vínculo del santo matrimonio tiene »atados? Sea á las otras mugeres lícito tener alguna »cosa propia y apartada de sus maridos: á quien yo »he entregado mi alma, por ventura será razon ser »escasa en franquear con él mismo la autoridad, ri»quezas y ceptro? qué fuera esto sino cometer delito »múy grave contra el amor que se deben los casados? »Sería yo muy necia, si á vos solo no estimase en mas »que á todos los reynos. Donde yo fuere Reyna vos »sereis Rey, quiero decir gobernador de todo sin lí»mite ni excepcion alguna. Esta es nuestra determi»nacion, y será para siempre: oxalá tan bien recibi»da como en mi pecho asentada. Alguna cosa era justo »disimular por el tiempo, y mostrar hacíamos caso de »los letrados que con sus estudios tienen ganada re»putacion de prudentes; mas si por esta porfia los cor»tesanos y señores pensaren haberse adelantado para »tener alguna parte en el gobierno, ellos en breve se »hallarán muy burlados: si no fuere con vuestra vo»luntad, no alcanzarán cosa alguna, sean honras, »cargos ó gobiernos. Verdad es que dos cosas en este »negocio han sucedido á propósito, la primera que se »ha mirado con esto por nuestra hija y asegurado su »sucesion; la qual, si vuestro derecho fuera cierto, »quedaba excluida de la herencia paterna, cosa fuera »de razon, y que á nos mismos diera pena: queda »otrosí proveído para siempre que los pueblos de Cas»tilla sean gobernados en paz; que dar las honras del »reyno y los castillos, las rentas y los cargos á estra»ños, ni vos lo querreis, ni se podria hacer sin alte»racion y desabrimiento de los naturales: que si esto »mismo no os da contento, vuestra soy, de mí y de

»mis cosas haced lo que fuere vuestra voluntad y mer»ced. Esta es la suma de mi deseo y determinada vo»luntad." Aplacado con estas palabras el Rey don Fernando volvió su pensamiento al remedio del reyno, que por la alteracion de los tiempos pasados y el peligro evidente que corria de nuevas revueltas, se hallaba grandemente trabajado.

CAPITULO VI.

Como el Rey de Portugal tomó la proteccion de doña Juana su sobrina.

Parecia que el marques de Villena en un mismo tiempo se burlaba del Rey don Fernando y de don Alonso Rey de Portugal, pues juntamente traía sus inteligencias con los dos. Era de no menor ingenio que su padre, y todos se persuadian que se inclinaria á la parte de que mayor esperanza tuviese de acrecentar su estado y riquezas de su casa, conforme al humor que entonces corria, y aun siempre corre, sin respeto alguno de lo que las gentes dirian, ni de lo que por la fama se publicaria. Del Rey don Fernando pretendia que despojados los dos competidores en el maestrazgo con achaque que las elecciones no fueran válidas, él fuese legítimamente entronizado y nombrado por maestre de Santiago. Era esta demanda pesada, que persona de quien no tenian bastante seguridad, creciese tanto en poder y riquezas, y que juntase con lo demas aquella dignidad tan rica y de tanta renta: sin embargo le dió buena respuesta; que es prudencia conformarse con el tiempo. Prometióle que si pusiese á doña Juana en tercería para casalla conforme á su calidad, vendria y le ayudaria en lo que pedia: á esto replicó él que en ninguna manera lo

haria, ni quebrantaria la fé y palabra que dió al Rey don Enrique de mirar por su hija. Junto con esto envió personas de quien hacía confianza, para persuadir al Rey de Portugal tomase á su cargo la proteccion de su sobrina, pues por ser el pariente mas cercano le pertenecia á él en primer lugar, y como tal queria se encargase del gobierno de Castilla. Reprehendia sus miedos, sus recatos y demasiada blandura: protestábale y amonestábale por todo lo que hay en el cielo, no desamparase aquella doncella inocente y sobrina suya, pues era Rey tan poderoso y tan rico. Que en Castilla hallaria muchos aficionados á aquel partido asi bien del pueblo como de la nobleza, los quales presentada la ocasion se mostrarian en mayor número de lo que podia pensar; que mas les faltaba caudillo que voluntad para seguir aquel camino. Hallábase el de Portugal en Estremoz á la raya de su reyno al tiempo que falleció el Rey don Enrique. Hizo consulta sobre este negocio, y sobre lo que el de Villena representaba. Los pareceres fueron diferentes: los mas juzgaban se debia abrir la guerra, y sin dilacion romper con las armas por las tierras de Castilla: hombres habladores, feroces, atrevidos, ni buenos para la guerra ni para la paz. Hacían fieros, y alegaban que tenian grandes tesoros allegados con la larga paz, huestes de á pie y de á caballo, y grandes armadas por la mar. El principal autor deste consejo, y atizador de la guerra desgraciada, era don Juan príncipe de Portugal, el qual conforme al natural atrevimiento que da la juventud, se arrojaba mas que los otros; solo don Fernando duque de Berganza, como al que su larga edad hacía mas recatado y mas prudente (lo que otros atribuían á miedo ó amor que tenia á doña Isabel por el parentesco y ser nieta de su hermano) sentia lo contrario, que no se debian ligeramente tomar las

armas: que el de Villena y sus aliados eran los mismos que poco antes alzaron por Rey al infante don Alonso contra don Enrique su hermano, y juntamente sentenciaron que doña Juana era hija bastarda; lo qual con qué cara ahora, con qué nueva razon lo mudan, sino por ser personas que se venderian al que diese mas, y que volverian las proas adonde mayor esperanza se les representase? Qué castillos daban por seguridad que no se mudarian con la misma ligereza que de presente se mudaban, si don Fernando les prometiese cosas mas grandes? En qué manera podrian desarraygar la opinion que el pueblo tenia concebida en sus corazones que doña Juana era ilegítima? cosa que el mismo Rey don Alonso confirmó quando pidió por muger á doña Isabel, y no quiso aceptar en manera alguna el casamiento que le ofrecian de doña Juana. «Mintiendo sin duda, y haciendo fieros, »y gloriándose de las fuerzas que no tienen, hinchan »á los otros con el viento de vanas esperanzas, y ellos »mismos estan hinchados. Los perros quanto mas me»drosos, ladran mas, y los pequeños arroyos muchas »veces hacen mas ruido con su corriente que los rios »muy caudalosos. Afirman que los señores y las ciu»dades seguirian su opinion, de quien sabemos cierto »que con la misma lealtad con que sirvieron al Rey »don Enrique, abrazarán el partido de doña Isabel. »Oxalá pudiera yo poner delante de vuestros ojos el »estado en que las cosas estan: oxalá como los cuer»pos, asi se pudieran ver los corazones, entendiéra»des el poco caso que se debe hacer de las vanas pro»mesas del marques de Villena.” Bien advertian las personas mas prudentes que todo esto era verdad; todavia prevaleció el parecer de los mas: desorden muy perjudicial que en la consulta no se pesen los votos, sino se cuenten de ordinario, y se esté por los mas

votos, aun quando los Reyes estan presentes, por cuyo parecer todos pasan y en cuyo poder está todo. Verdad es que primero que se declarasen, Lope de Alburquerque que enviaron para mirar el estado en que todo se hallaba, llevó firmas de muchos señores de Castilla que prometian al Rey de Portugal que á la sazon era ido á Ebora, y le daban la fee, si casaba con doña Juana, que á su tiempo no le faltarian. Para encaminar estas trazas venia muy á cuenta el desabrimiento del arzobispo de Toledo, que con color que residiera muchos años en la corte (enfado que á los grandes personages hace perder el respeto y que la gente se canse dellos) y con muestra que queria descansar, se salió de Segovia á veinte de febrero. Este era el color, la verdad que claramente se tenia por agraviado de los nuevos Reyes: querellábase le entretenian con falsas esperanzas sin hacelle alguna recompensa de sus servicios y de su patrimonio que tenia consumido, y hechos grandes gastos para dar de su mano el reyno á aquellos príncipes ingratos: sobre todo llevaba mal la privanza del cardenal, que iba en aumento de suerte que los Reyes todos sus secretos comunicaban con él, y por él se gobernaban. Procuraron aplacalle, pero todo fue en vano: amenazaba haria entender á sus contrarios lo que era agraviar al arzobispo de Toledo, y mostraria quán grandes fuesen sus fuerzas contra los que le enojasen. Tampoco fueron los ruegos de efecto mezclados con amenazas de su hermano don Pedro de Acuña conde de Buendia, en que le protestaba no empeciese á sí y á sus deudos, y por esperanzas dudosas no se despeñase en peligros tan claros; antes como él que de suyo era soberbio de condicion, suelto de lengua, mas se irritaba con las amonestaciones que le hacian, mayormente que un Hernando de Alarcon que por ser de

semejante condicion tenia mas cabida con él que otro alguno, como le andaba siempre á las orejas, con sus palabras henchia su pecho cada dia de mayor pasion y saña.

CAPITULO VII.

Como el Rey de Portugal se llamó Rey de Castilla.

La partida del arzobispo y su desabrimiento tan grande alteró á los nuevos Reyes y los puso en cuidado: temian, si se declaraba por la parte contraria, no revolviese el reyno conforme lo tenia de costumbre, por ser persona de condicion ardiente, de ánimo desasosegado, demas de su mucho poder y riquezas. Esto les despertó para que con tanto mayor cuidado buscasen ayudas de todas partes asi del reyno como de fuera: sobre todo procuraron sosegar á los grandes y ganallos. El primero que reduxeron á su servicio, fue don Enrique de Aragon con restituille sus estados de Segorve y de Ampurias, y dalle perdon de todo lo pasado: camino con que quedó otrosí muy ganado el de Benavente su primo. Fue esto tanto mas facil de efectuar que tenia él perdida la esperanza de que aquel casamiento que tenian concertado, pasase adelante y se efectuase, á causa que á doña Juana desde Escalona la llevaron á Truxillo para casalla con el Rey de Portugal, al qual pretendia el marques de Villena contraponelle á las fuerzas de Aragon, á la sazon divididas por la guerra de Francia y las alteraciones de Navarra. La villa de Perpiñan se hallaba muy apretada con el largo cerco que le tenian puesto, tanto que por estar muy trabajada, y no tener alguna esperanza de ser socorrida se rindió á los catorce de marzo á partido que se diese libertad á los embaxadores que detuvieron en Francia (como queda dicho) y á los ve-

cinos de aquella villa de irse ó quedarse como fuese su voluntad: concertaron otrosí treguas por seis meses entre la una nacion y la otra. Envió el Rey don Fernando al de Francia para pedir paces, y que con ciertas condiciones restituyese lo de Ruysellon, cierta embaxada. El Rey de Francia dió muy buena respuesta, y prometió grandes cosas, si venia en que su hija casase con el delphin de Francia: prometia en tal caso que le ayudaria con tanta gente y dinero cada un año quanto fuese menester para sosegar las alteraciones de Castilla y apoderarse del reyno, en particular que se concertaria sobre el principado de Ruysellon, estaria á justicia y pasaria por lo que los jueces árbitros ordenasen; para tratar esto envió por su embaxador desde Francia á un caballero llamado Guillelmo Garro. Los Reyes don Fernando y doña Isabel daban de buena gana oidos á estos tratos, si bien el Rey de Aragon recibia gran pesadumbre, y los acusaba por sus cartas que moviesen sin dalle á él parte cosas tan grandes: sobre todo le congoxaba que el arzobispo de Toledo estuviese desabrido; temia por ser hombre voluntario, y su condicion vehemente, no intentase de nuevo á poner en Castilla Rey de su mano, y dar la corona como fuese su voluntad. Venia este consejo tarde por estar las voluntades muy estragadas, y mostrarse ya el Portugues á la raya del reyno con un grueso campo, en que se contaban cinco mil caballos y catorce mil infantes, todos bien armados y con grande confianza de salir con la victoria. Perdída pues la esperanza de concertarse, lo que se seguía, y era forzoso, los nuevos Reyes acudieron á las armas. Andres de Cabrera lo que hasta entonces dilatára para que el servicio fuese mas agradable quanto mas necesario, y las mercedes mayores, les entregó los tesoros reales, ayuda de grande momento para la guerra

que se levantaba. En recompensa le hicieron merced de la villa de Moya pueblo principal, aunque pequeño, á la raya de Valencia con título de marques: diéronle otrosí en el reyno de Toledo la villa de Chinchon con nombre de conde, y por añadidura la tenencia de los alcázares de Segovia para él y sus herederos y sucesores; que fueron todos premios debidos á sus servicios, y á su lealtad y constancia, ca si va á decir verdad, gran parte fue don Andres para que don Fernando y doña Isabel alcanzasen el reyno y se conservasen en él. Partidos los Reyes de Segovia con intento de apercebirse para la guerra, pusieron en su obediencia á Medina del Campo, mercado á que los mercaderes concurren, y en sus tratos y ferias que alli se hacen, la mas señalada y de las ricas de España, y por el mismo caso á propósito para juntar dinero de entre los mercaderes. El de Alba con deseo de señalarse en servir á los nuevos Reyes, luego que llegaron, les entregó el castillo de aquella villa que se llama la Mota de Medina, y la tenia en su poder. Hacíase la masa de las gentes en Valladolid: fueron allá los nuevos Reyes; cada dia les venian nuevas compañías de á pie y de á caballo, con que se formó un exército ni muy pequeño, ni muy grande. Repartieron los Reyes entre sí el cuidado, de suerte que don Fernando quedó en Castilla la vieja, cuya gente les era mas aficionada y la tenian de su parte, doña Isabel pasó los puertos para intentar si podria sosegar al arzobispo de Toledo; mas él no quiso verse con ella, antes por evitar esto desde Alcalá se fue á Brihuega, pueblo pequeño, pero fuerte por el sitio y por sus muros, alegaba para hacer esto que por una carta que tomó, constaba trataban de matalle: asi mismo el condestable Pero Hernandez de Velasco que envió la Reyna para el mismo efecto, no pudo con él acabar cosa

alguna. Todavia este viage de la Reyna fue de provecho, porque aseguró la ciudad de Toledo con guarnicion que puso en ella conforme á lo que el negocio y tiempo pedia, y con hacer salir fuera al conde de Cifuentes y á Juan de Ribera, parciales y aliados del arzobispo de Toledo. No entró la Reyna en Madrid por estar el alcázar por el marques de Villena. Concluidas estas cosas, volvió á Segovia para acuñar y hacer moneda toda la plata y oro que se halló en el tesoro real asi labrado como por labrar. En el mismo tiempo el Rey don Fernando aseguró la ciudad de Salamanca, bien que con su venida saquearon las casas de los ciudadanos de la parcialidad contraria, que eran en gran número. Zamora al tanto con la misma facilidad le abrió luego que llegó las puertas: entrególe primero Francisco de Valdés una torre que tenian sobre la puente con guarnicion de soldados, principio para allanar los demas; el alcázar principal no le quiso entregar su alcayde Alonso de Valencia por el deudo que tenia con el marques de Villena: usar de fuerza pareció cosa larga. Tampoco no quiso el Rey ir á Toro, ciudad que está cerca de Zamora, por no asegurarse de la voluntad de Juan de Ulloa ciudadano principal, y que se mostraba aficionado á los portugueses no tanto por su voluntad, como por miedo del castigo que merecia la muerte que dió á un oydor del consejo real, y otros muchos y feos casos de que le cargaban. Vueltos que fueron los Reyes á Valladolid, la ciudad de Alcaráz se puso en su obediencia: los ciudadanos por no ser del marques de Villena tomaron las armas y pusieron cerco á la fortaleza; acudieron á los ciudadanos el conde de Paredes y don Alonso de Fonseca señor de Coca con el obispo de Avila, que era del mismo nombre. El de Villena por el contrario, sabido lo que pasaba, vino con gente en socorro del alcázar; mas como no se

sintiese con bastantes fuerzas, desistió de aquella su pretension de hacer alzar el cerco y recobrar la ciudad. Esta pérdida le encendió tanto mas en deseo de persuadir al de Portugal que apresurase su venida, con cartas que le escribió en este propósito. Decíale que en tal ocasion mas necesaria era la execucion que el consejo: que toda dilacion empeceria grandemente: que con sola su ayuda, aunque los demas se estuviesen quedos y afloxasen, vencerian á los contrarios. El agravio que juzgaba le hacían, le aguijoneaba para desear que luego se acudiese á las armas y á las manos. Hallábase el Rey de Portugal á la frontera de Badajoz por el mes de mayo: en el mismo tiempo, es á saber á los diez y ocho de aquel mes dia jueves le nació en Lisboa un nieto, que de su nombre se llamó don Alonso. Vivió poco tiempo, y asi no vino á heredar el reyno, dado que le juraron por príncipe y heredero de Portugal, aun en caso que su padre el príncipe don Juan falleciese antes que su abuelo. Por el nacimiento deste niño en esta sazon algunos de los portugueses pronosticaban que la empresa sería próspera, y que del cielo estaba determinado gozase del reyno de Castilla, como hombres que eran livianos los que esto decian, y vanos, y que creían demasiado á sus esperanzas mal fundadas. Estaba en Badajoz el conde de Feria con gente, y era muy aficionado al Rey don Fernando: demas que se apoderó de un lugar de aquella comarca que se llama Xerez, que quitó á los contrarios. Debieran los portugueses echar á man derecha, y romper por el Andalucía, en que tenian de su parte á Carmona, á Ecija y á Córdova, para que ganada Sevilla, ninguna cosa les quedase por las espaldas que les pudiese dar cuidado; torcieron el camino á man izquierda, en que grandemente erraron, y por tierra de Alburquerque y por Estremadura lle-

garon á Plasencia, ciudad pequeña y que goza de muy alegre cielo, si bien el ayre y sitio por su puesto es algo mal sano. En aquella ciudad se desposó el Rey de Portugal con doña Juana; y dado que no se efectuó el matrimonio, por pretender antes de hacerlo alcanzar del Pontífice dispensacion del parentesco, que era muy estrecho, coronáronlos por Reyes, y alzaron los estandartes de Castilla en su nombre como es de costumbre. En esta sazon y en medio destos regocijos nombró aquel Rey á Lope de Alburquerque y le dió título de conde de Penamacor, recompensa debida á sus servicios y trabajos que pasó en grangear las voluntades de los señores de Castilla. Pusieron otrosí por escrito los derechos en que fundaban la pretension de doña Juana, y enviaron traslados y copias á todas partes, bien largos, y en que iban palabras afrentosas y picantes claramente contra los Reyes sus contrarios. Sucedieron estas cosas á los postreros del mes de mayo: consultaron asi mismo cómo se haría la guerra, y sobre qué parte primeramente debian cargar.

CAPITULO VIII.

Que el Rey de Portugal tomó á Zamora.

La llama de la guerra á un mismo tiempo se emprendió en muchos lugares: la fuerza y porfia era muy grande y estrema como entre los que debatian sobre un reyno tan poderoso. Villena con las villas que le estaban sugetas, comenzó á ser trabajada por gentes del reyno de Valencia. Por esta causa y á persuasion del conde de Paredes, tomadas las armas de comun acuerdo, los naturales de aquella ciudad se pasaron al servicio del Rey don Fernando: para hacerlo sacaron por condicion que perpétuamente quedasen incor-

porados en la corona real. Al maestre de Calatrava quitaron á Ciudadreal, de que se habia apoderado sin tener otro derecho mas del que pueden dar las armas. En el Andalucía y en Galicia hacían unos contra otros correrías, y robaban la tierra en gran perjuicio mayormente de los labradores y gente del campo. Pedro Alvarado se apoderó de la ciudad de Tuy en nombre del Rey de Portugal; al contrario los ciudadanos de Burgos acometieron y apretaron con cerco á Iñigo de Zúñiga alcayde de aquella fortaleza y al obispo don Luis de Acuña, que seguían el partido de Portugal. Estaba suspenso aquel Rey y muy dudoso, sin resolverse á qué parte debia primeramente acudir: unos le llamaban á una parte, otros le convidaban á otra, conforme á la necesidad y aprieto en que cada qual se hallaba. Los señores acudian escasamente con lo que largamente prometieran, es á saber dineros, soldados, mantenimientos. Los pueblos aborrecian aquella guerra como desgraciada y mala, y por ella á los portugueses; y aun ellos comenzaban á flaquear, en especial por ver que el Rey don Fernando que apenas tenia quinientos de á caballo al principio y al tiempo que los portugueses rompieron por las tierras de Castilla, ya le seguía un muy bueno y grueso exército, en que se contaban diez mil de á caballo, y treinta mil de á pie. Cerca de Tordesillas pasaron alarde, do tenian asentados sus reales, todos con un deseo encendido de hacer el deber y venir á las manos. El Rey de Portugal resuelto en lo que debia hacer, pasó primero á Arévalo, villa que tenia su voz. Desde alli fue á Toro, llamado de Juan de Ulloa, con esperanza de apoderarse como lo hizo de aquella ciudad, y tambien de Zamora que cae cerca. Movióle á intentar esto ser aquella comarca muy á propósito para proveerse de mantenimientos, ca estan aquellas ciudades á la

raya de Portugal. Al contrario el Rey don Fernando, alterado por este daño, sin dilacion marchó con su gente sin parar hasta hacer sus estancias cerca de Toro donde estaba el enemigo. Pretendia socorrer el castillo de aquella ciudad que todavia se tenia por él. No vinieron á las manos, ni aquella ida fue de algun efecto, solo el Rey don Fernando desafió por un rey de armas á los portugueses á la batalla. Ellos bien que son hombres valerosos y arriscados, estuvieron muy dudosos: parecíales que si salian al campo, correrian peligro muy cierto por ser menos en número, que no pasaban de cinco mil de á caballo, y veinte mil de á pie, aunque era la fuerza y lo mejor de Portugal, demas de las ayudas y gentes de Castilla que seguian este partido: si rehusaban la pelea, perdian reputacion, y el corage de los soldados se debilitaria, y su brio que es en la guerra tan importante. Para acudir á todo el de Portugal, como príncipe recatado, por una parte se escusó de la pelea con decir que tenia derramadas sus gentes, por otra parte para no mostrar flaqueza se ofreció de hacer campo de persona á persona con el Rey su contrario, todo á propósito de entretener y acreditarse; que nunca llegan á efecto con diversas ocasiones desafios y rieptos semejantes, y asi no se pasó adelante de las palabras. Con esto el Rey don Fernando despues que tuvo en aquel lugar sus estancias por espacio de tres dias, visto que ningun provecho sacaba de entretenerse pues no podia dar socorro al castillo que al fin se rindió, y mas que padecia falta de dinero para pagar los soldados, y de mantenimientos para entretenerlos por tener el enemigo tomados los pasos y alzadas las vituallas, dió la vuelta á Medina del Campo. En las cortes que se tenian en aquella villa, de comun acuerdo los tres brazos del reyno le concedieron para los gastos de la

guerra prestada la mitad del oro y de la plata de las iglesias, á tal que se obligase á la pagar enteramente luego que el reyno se sosegase: con esta ayuda partió para poner cerco sobre el castillo de Burgos. Muchas cosas se dixeron sobre la retirada que el Rey don Fernando hizo de Toro: los mas decian que fue de miedo, y lo echaban á que sus cosas empeoraban, por lo menos fue ocasion al arzobispo de Toledo para de todo punto declararse; y aunque era de mucha edad, pasados los montes se fue con quinientos de á caballo á juntar con el Rey de Portugal. No queria que acabada la guerra, le culpasen de haber desamparado aquel partido, cuyo protector principal se mostrára. Hizo esto con tanta resolucion que no tuvo cuenta con las lágrimas del conde su hermano, ni de sus hijos don Lope que era adelantado de Cazorla, y don Alonso por respeto del tio promovido en obispo de Pamplona, Fernando y Pedro de Acuña hermanos de los mismos: todos sentian mucho que su tio temerariamente se fuese á meter en peligro tan claro. Llegado el arzobispo, fue de parecer asi él como el duque de Arévalo, que el Rey de Portugal con mil y quinientos de á caballo y buen número de infantes fuese en persona á socorrer el castillo de Burgos que cercado le tenian. Hízolo asi, y de camino rindió el castillo de Baltanas, que está entre Pisuerga y Duero asentado en lugares ásperos y montuosos, y al conde de Benavente que alli halló, envió preso á Peñafiel: con esto el Portugues sea por parecelle habia ganado bastante reputacion, sea por no tener fuerzas bastantes para contrastar y dar la batalla á don Fernando, alegre y rico con grandes presas que hizo, de repente dió la vuelta sin pasar adelante en la pretension que llevaba de dar socorro al castillo de Burgos. Quedáronse doña Juana en Zamora, y doña Isabel en Valla-

dolid: la primera fuera del nombre poco prestaba; doña Isabel como princesa de ánimo varonil y presto, sabido el peligro de su marido y lo que los portugueses pretendian, con las gentes que pudo de presto recoger, pasó á Palencia, resuelta si fuese menester de acudir luego á lo de Burgos. Todo esto, y el cuidado de la gente que andaba á la mira de lo en que paraban cosas tan grandes, se sosegó con la vuelta que sin pensar dieron los portugueses. Los Reyes de Castilla y de Aragon enviaron á Roma sus embaxadores, personas de gran cuenta, los quales por el mes de julio en consistorio relataron sus comisiones, y dieron la obediencia en nombre de sus príncipes: oficio debido, pero que hicieron dilatar hasta entonces las grandes alteraciones y guerras civiles de aquellos reynos. El Pontífice respondió benignamente á estas embaxadas, ca estaba muy aficionado á los aragoneses á causa que Leonardo su sobrino hijo de su hermana, prefecto que era de Roma, casó con hija bastarda de don Fernando Rey de Nápoles. Esta acogida tan graciosa del Pontífice dió pesadumbre á los embaxadores de Portugal. Alegaban y decian que antes que se determinase aquella diferencia y se oyesen las partes, era justo que el Papa estuviese neutral y á la mira; si ya no queria interponer su autoridad para componer aquellos debates, que no se mostrase parte. Por esta causa declaró el Pontífice lo que en semejantes casos se suele hacer, que aceptaba aquellos embaxadores, y recebia la obediencia que por parte de Castilla le daban, sin perjuicio de ningun otro príncipe y de qualquier derecho que otro pudiese pretender en contrario. El principal entre los embaxadores de Aragon era Luis Dezpuch maestre de Montesa, persona muy conocida en todo el mundo por la fama de su esfuerzo y prudencia que mostró, en particular en las guerras

de Italia en que se halló en tiempo del Rey don Alonso de Aragon y de Nápoles. Convidáronle con el vireynado de Sicilia, vacó por muerte de don Lope de Urrea, que finó por el mes de setiembre y se gobernó en aquel cargo con mucha loa. No quiso el maestre aceptar en manera alguna aquel gobierno por estar determinado de recogerse en algun monasterio, y partir mano bien asi de las cosas de la guerra como de todo lo al, y alli acabar lo que le quedaba de la vida en servicio de Dios y aparejarse para la partida. En el castillo de Albalate á la ribera de Segre á diez y nueve de noviembre falleció asi mismo don Juan de Aragon arzobispo de Zaragoza hijo del Rey de Aragon, y de parte de su madre persona noble: prelado de grande autoridad y que tuvo gruesas rentas. Fue este año muy señalado en todo el mundo por el jubileo universal que publicó en Roma el Pontífice Sixto por una nueva constitucion, en que ordenó que cada veinte y cinco años se celebrase y otorgase á todos los que visitasen aquellos santos lugares, como quier que de antes se ganase de cincuenta en cincuenta años. Muchos acudieron á Roma para ganar esta gracia, entre los demas don Fernando Rey de Nápoles con la edad mas devoto (al parecer) y religioso que solia ser los años pasados.

CAPITULO IX.

Como el Rey don Fernando recobró á Zamora.

Al fin deste año el Rey de Aragon tuvo cortes á los aragoneses en Zaragoza: viejo de mucha prudencia y sagacidad, las fuerzas del cuerpo eran flacas, el ánimo muy grande. Poníale en cuidado la guerra que hacía al Rey de Portugal, y no menos la de Francia,

porque un capitan de ciertas compañías de franceses llamado Rodrigo Trahiguero sin respeto de las treguas que tenian asentadas, por la parte de Ruysellon hizo entrada en tierras de Cataluña, y tomado un pueblo llamado San Lorenzo, puso espanto en toda la provincia y comarca, en tanto grado que lo que no se suele hacer sino en estremos peligros, mandaron en Cataluña por edictos que todos los que fuesen de edad se alistasen y acudiesen á la guerra. En Castilla el partido de Portugal y las armas prevalecian: la esperanza que les daban de que en Francia se apercebian nuevas gentes en su ayuda, como lo tenian asentado, los alentaba. Avisaban que para acudir mas fácilmente el Ingles y el Frances, que hasta entonces tuvieron grandes guerras, en una puente que hicieron en la comarca de Amiens, se hablaron y concertaron paces en que comprehendian los duques de Bretaña y de Borgoña. Fue esto en sazon que el de Borgoña entregó al Rey de Francia el condestable de Francia Luis de Lucemburg, que andaba huido en Flandes: estraña resolucion, si bien el condestable tenia merecida la muerte que le dieron, por su inconstancia, y por estar acostumbrado á no guardar la fé mas de quanto era á propósito para sus intentos, con que parecia burlarse de todos; esto dicen los mas, otros afirman que padeció sin razon. Los que tienen mucho poder, riquezas y mando, de unos son envidiados (que la prosperidad cria de ordinario mas enemigos que la injuria) otros los defienden: asi pasan las cosas, y tales son las opiniones de los hombres. Para acudir á estas guerras no eran bastantes las fuerzas de Aragon por estar consumidas con los gastos de una guerra tan larga, y ser la provincia no muy grande. Determinó pues el Rey de Aragon usár de maña, y por el mes de noviembre concertó treguas con los

franceses por lo de Aragon, y por espacio de siete meses. Para la guerra de Portugal procuró tener habla con el arzobispo de Toledo: escribióle con este intento una carta muy comedida. Decíale que muy bien sabía quán grandes eran los servicios que habia hecho á la casa de Aragon: que le pesaba mucho no se le hobiese acudido como era razon: todavia si olvidados por un poco los enojos se quisiese ver con él que en todo se daria corte y se enmendarian los yerros á su voluntad. No quiso el arzobispo aceptar los ruegos del Rey, por ser hombre voluntario, y estar determinado de morir en la demanda, ó salir con la empresa: su corage llegaba á que muchas veces se desmandaba en palabras hasta amenazar y decir: Yo hice Reyna á doña Isabel: yo la haré volver á la rueca. Los Reyes de Castilla no hacían mucho caso de su enojo ni de sus fieros: recelábanse que si él volvia, el cardenal de España que tanto les ayudaba, se podria desabrir, mayormente que ellos de cada dia crecian en poder y fuerzas, y su partido se mejoraba. Y aun en este tiempo el marques de Villena y el maestre de Calatrava de Castilla la vieja se partieron para Almagro con intento, segun se entendia, de pasar á Baeza, cuyo castillo tenian cercado sus contrarios. Con esta ocasion los de Ocaña se alborotaron, villa que se tenia por el marques: desde Toledo el conde de Cifuentes y Juan de Ribera con las gentes que llevaron en favor de los alzados, echaron la guarnicion del marques, y quedó la villa por el conde de Paredes maestre que se llamaba de Santiago. El Rey don Fernando desde Burgos secretamente acudió á Zamora por aviso de Francisco de Valdés, alcayde que era de las torres y le prometia darle entrada en la ciudad: hízose asi, y el Rey luego se apoderó de la ciudad. Restaba de combatir el castillo, que sin embargo se

tenia por Portugal: púsosele sitio con resolucion de no desistir antes de tomarle. Tratóse á esta sazon que el Rey de Aragon y don Fernando su hijo se viesen, y que se hallase á la habla la princesa doña Leonor: todo á propósito de sosegar las alteraciones de Navarra, que resultaban de las parcialidades y bandos que andaban entre biamonteses y agramonteses, y se aumentaban por tener muger el gobierno. Asi mismo les ponian en cuidado los socorros que les avisaban venian de Francia á los portugueses debaxo la conducta de un capitan valeroso llamado Ivon: sospechaban que por la parte de Navarra pretendia entrar en Castilla y juntarse con los contrarios. De Vizcaya que les caía mas cerca, la aspereza de la tierra y falta de vituallas, y tambien el esfuerzo de los naturales aseguraban que los franceses no acometerian á romper por aquella parte. Estaba el Rey don Fernando ocupado en lo de Zamora, quando el castillo de Burgos, perdída toda la esperanza de poderse entretener, por el esfuerzo de don Alonso de Aragon y su buena maña (que poco antes llegára de Aragon con cincuenta hombres de armas escogidos) por principio del año mil y 1476
quatrocientos y setenta y seis se rindió á la Reyna doña Isabel, que avisada del concierto acudió á la hora para este efecto desde Valladolid. Fue de grande importancia para todo echar con esto de todo punto los portugueses de aquella ciudad real, y de su fortaleza. Quedó por alcayde Diego de Ribera, persona á quien la Reyna tenia buena voluntad porque fue ayo de su hermano el infante don Alonso. A la misma sazon falleció en Madrid á diez y siete de enero la Reyna doña Juana, muger que fue del Rey don Enrique, y madre de la que se llamaba Reyna doña Juana, quien dice que el año pasado á trece de junio. Su cuerpo enterraron en San Francisco en un túmulo

de mármol blanco, que se vee con su letrero junto al altar mayor. Para este efecto quitaron de allí los huesos de Rodrigo Gonzalez de Clavijo, persona que los años pasados fue con una embaxada al gran Tamorlan. Vuelto labró á su costa la capilla mayor de aquel templo para su entierro: asi se truecan las cosas, y es ordinario que á los mas flacos, aun despues de muertos, no falta quien les haga agravio. Muchas cosas se dixeron de la muerte de esta Reyna y del achaque de que murió: su poco recato dió ocasion á las hablillas que se inventaron. Entre los coronistas los mas dicen que secretamente y con engaño le hizo dar yerbas su hermano el Rey de Portugal (1). Alonso Palentino se inclina á esto, y añade corrió la fama que falleció de parto: tal es la inclinacion natural que tiene el vulgo de echar las cosas á la peor parte y mas infame.

CAPITULO X.

De la batalla de Toro.

Quedóse el príncipe don Juan en Portugal para tener cuenta con el gobierno: el brio que le ocasionaba su edad y su condicion era grande. Avisado pues de lo que en Castilla pasaba, y como el partido de los suyos se empeoraba á causa que los grandes de aquel reyno ayudaban poco, hizo nuevas levas y juntas de gentes; recogió hasta dos mil de á caballo y ocho mil infantes, los mas número, mal armados y poco á propósito y de poco provecho contra el mucho poder de los contrarios: con estas gentes acordó de acudir á su padre. Pasada la

(1) Zorita lib. 19, cap. 62.

puente de Ledesma, acometió de camino á tomar un pueblo llamado San Felices: no pudo forzarle ni rendirle. Llegó á Toro á nueve dias del mes de febrero, do halló á su padre con tres mil y quinientos de á caballo, y veinte mil peones alojados y repartidos en los invernaderos de los lugares comarcanos. La gente que venia de nuevo, como juntada de priesa daba mas muestra de ánimo y brio que esperanza de que podrian mucho ayudar. El Rey don Fernando estaba sobre el castillo de Zamora con menor número de gente, ca tenia solamente dos mil y quinientos caballos, dos tantos infantes: hizo llamamiento de gentes de todas partes por estar muy cierto que los portugueses no pararian antes de hacer alzar el cerco, ó venir á batalla. El de Aragon por sus cartas y mensageros avisaba que en todas maneras se escusase, y amonestaba al Rey que por el fervor de su mocedad se guardase de aventurarlo todo y ponerlo al trance de una jornada: á qué propósito poner en peligro tan grande el reyno de que estaba apoderado? á qué propósito despeñar las esperanzas muy bien fundadas por tan pequeño interés, aunque la victoria estuviera muy cierta? que enfrenase el brio de su edad con el consejo y con la razon, y obedeciese á las amonestaciones de su padre, á quien la larga experiencia hacía mas recatado. Acompañaban al Rey don Fernando el cardenal de España, el duque de Alba, el almirante con su tio el conde de Alba de Liste, el marques de Astorga y el conde de Lemos: todos á porfia procuraban señalarse en su servicio. Sin estos en Alahejos alojaban con buen número de gente don Enrique de Aragon primo del Rey, y don Alonso hermano del mismo, y con ellos el conde de Treviño, todos prestos para acudir á Zamora que cerca está.

Hasta la misma Reyna doña Isabel para desde mas cerca dar el calor y ayuda mayor que pudiese, de Burgos se volvió para Tordesillas. El de Portugal puesto que se hallaba acrecentado de nuevo con las gentes que su hijo le traxo, como sabía bien que las fuerzas no eran conformes al número, se hallaba suspenso sin saber que acuerdo tomase, si debia socorrer al castillo, si sería mejor escusar aquel peligro: vacilaba con estos pensamientos; en fin se resolvió en lo que era mas honroso, que era socorrer el castillo, á lo menos dar muestra de quererlo hacer. En la parte de Castilla la vieja que los antiguos llamaron los Vaceos, hay dos ciudades asentadas á la ribera del rio Duero, sus nombres son Toro y Zamora. Muchos han dudado qué apellidos antiguamente tuvieron en tiempo de los romanos: los mas concuerdan en que Toro se llamó Sarabis, y Zamora Sentica, cuyo parecer no me desagrada. Son los campos fértiles, la tierra fresca y abundante: en el cielo saludable de que gozan, no reconocen ventaja á ciudad alguna de España; el número de los moradores no es grande, y aunque su asiento es llano, son fuertes por sus muros y castillos. Zamora es cathedral: en esto se aventaja á Toro, que es de su diócesi; en lo demas en policía, número de gente y riquezas entre las dos hay muy poca diferencia: báñalas el rio por la parte de Mediodia con sendas puentes con que se pasa. Salió pues el Rey de Portugal de Toro: dió muestra de ir por camino derecho á verse con el enemigo, mas como mudado de repente el parecer pasó la puente, y por aquella parte fue á poner sus reales junto al monasterio de San Francisco que está enfrente de Zamora de la otra parte del rio. A la entrada de la puente por donde desde la ciudad se podia pasar á sus estancias, contrapuso y plantó su artillería: desta

manera ni podia impedir la batería del castillo, ni daba lugar á la pelea. En altercar de palabras, en demandas y respuestas se pasaron trece dias sin hacer efecto alguno: despues desto un viernes primero de marzo, antes de amanecer, recogido el bagage, dió la vuelta. Para que el enemigo no le siguiese en aquella retirada, rompió primero una parte de la puente: don Fernando avisado de lo que su contrario pretendia, se determinó ir en pos dél con toda su gente. Adobado el puente, en que se gastó mucho tiempo, á la hora dió orden á Alvaro de Mendoza que con trecientos caballos ligeros picase la retaguardia de los enemigos y los entretuviese. Desta manera, y por ir el de Portugal poco á poco á causa del carruage, tuvo tiempo el Rey don Fernando de alcanzar á los contrarios como legua y media de Toro, pasada cierta estrechura que en el camino se hace y se remata en una llanura bien grande. Era muy tarde y el sol iba á ponerse. Todavia el enemigo no pudo escusar la pelea por estar don Fernando tan cerca, y á causa de la estrechura de la puente que les era forzoso pasar. Revolvió pues sus haces, puso sus gentes en ordenanza: ayudaba el lugar, la ciudad cerca y el socorro por el mismo caso en la mano y si fuesen vencidos segura la acogida, ademas de la nóche, que por estar cercana les podia en tal caso mucho servir. Todo esto daba ánimo á los portugueses, y por el contrario ponia en cuidado al Rey don Fernando: los mas prudentes de entre los suyos esquivaban la batalla. Luis de Tovar encendido en deseo de pelear en voz alta: «O hemos de »dexar el reyno (dice) ó venir á las manos. Con »la reputacion y con la fama mas que con las fuer»zas, se ganan los señorios: á qué propósito llega»mos hasta aqui sino para pelear? qué otra cosa da-

»rá á entender el escusar la batalla, sino que tu-
»vimos miedo? Buen ánimo, señor; no hay que
»dudar: apenas habrémos venido á las manos, quan-
»do verémos desbaratarse los enemigos, que estan
»medrosos y turbados, si bien por fuerza y por no
»poderlo escusar se aparejan para la batalla." Esto
dixo: juntamente consultados los grandes y los capitanes, fueron de aquel parecer. Dióse la señal de acometer: la gente de á caballo que llevaba don Alvaro, se adelantaron los primeros y cerraron. Recibiólos don Juan príncipe de Portugal, que tenia en la avanguardia ochocientos hombres de armas y entre ellos mezclados arcabuceros, cuya carga el esquadron de Alvaro de Mendoza no pudo sufrir, antes se desbarataron y pusieron en huida. Los dos Reyes iban cada qual en el cuerpo de su batalla: alli cargó lo mas recio y la mayor furia de la pelea, que duró algun tanto y estuvo un rato en peso sin declararse la victoria por ninguna de las partes. Combatian no á manera de batalla: no guardaban sus ordenanzas, antes como en rebate y de tropel cada uno peleaba con el que podia. Sobre el estandarte del Rey de Portugal hobo grande debate: Pero Vaca de Sotomayor le tomó por fuerza al alferez que le llevaba, llamado Duarte de Almeyda; acudieron soldados de ambas partes que le hicieron pedazos. El mesmo Almeyda quedó preso, otros dicen muerto: sus armas en lugar del estandarte pusieron despues por memoria en la iglesia mayor de Toledo para memoria desta victoria, que son las que hoy se veen colgadas en la capilla de los Reyes nuevos. Por conclusion los portugueses se pusieron en huida, y el mismo Rey con algunos pocos se recogió á los montes sin parar hasta que llegó á Castronuño: no quedó rastro ni nuevas dél, y asi entendieron que era muerto

entre los demas. No pudieron los vencedores seguir el alcance por las tinieblas y escuridad de la noche: don Enrique conde de Alba de Liste llegó en seguimiento de los que huian hasta la puente de Toro; á la vuelta fue preso por cierta banda de los enemigos, que con don Juan príncipe de Portugal sin ser desbaratados se estuvieron en un altozano en ordenanza hasta muy tarde. No pareció al Rey don Fernando, que hizo alto en otro ribazo alli cerca, de acometerlos, por andar los suyos esparcidos por todo el campo, y estar ocupados en recoger los despojos: asi á vista los unos de los otros se estuvieron en el mismo lugar algunas horas; los portugueses guardaron mas tiempo su puesto, que fue algun alivio para el revés y para la afrenta recebida. Los historiadores portugueses encarecen mucho este caso, y afirman que la victoria quedó por el príncipe don Juan: asi venzan los enemigos del nombre christiano. Don Fernando se volvió á Zamora, y despues de su partida los portugueses se fueron á Toro. Hallóse en esta batalla el arzobispo de Toledo, que no se apartó del lado del príncipe don Juan. La matanza fue pequeña respecto de la victoria, y aun el número de los cautivos no fue grande; la presa mayor, ca saquearon en gran parte el bagage de los portugueses. Despues desta victoria pasó el Rey don Fernando á Medina del Campo: alli á instancia del condestable que tenia su hija desposada con el conde de Ureña, le perdonó y recibió en su gracia á él y á su hermano el maestre de Calatrava, si bien no del todo acababan de allanarse, antes asi ellos como otros muchos señores estaban á la mira de lo en que las cosas paraban, resueltos de seguir el partido que fuese mas á cuenta de sus particulares.

CAPITULO XI.

Que el Rey de Portugal se volvió á su tierra.

En muchos lugares á un mismo tiempo andaba la guerra y se hacía sin quedar parte alguna del todo libre destos males, de que resultaba como suele acontecer muchedumbre de malhechores, y gran libertad en las maldades, en particular los de Fuenteovejuna una noche del mes de abril se apellidaron para dar la muerte á Fernan Perez de Guzman comendador mayor de Calatrava (1): estraño caso, que se le empleó bien por sus tyranías y agravios que hacía á la gente por sí y por medio de los soldados que tenia alli por orden de su maestre, y el pueblo por el Rey de Portugal. La constancia del pueblo fue tal que magüer atormentaron muchos, y entre ellos mozos y mugeres, no les pudieron hacer confesar mas que de Fuenteovejuna cometió el caso, y no mas. Por toda la provincia andaban soldados descarriados, por las ciudades, pueblos y campos hacían muertes y robos, ensuciábanlo todo con fuerzas y deshonestidades, prestos para qualquier mal. Los jueces prestaban poco, y eran poca parte para atajar estos daños. Esto fue causa que entre las ciudades (como diximos arriba que se hizo los tiempos pasados) se renovasen las hermandades viejas á propósito de castigar los insultos, y se ordenasen otras nuevas: para esto tenian soldados pagados con dineros que para este efecto se recogian. El inventor deste saludable consejo fue Alonso de Quintanilla tesorero mayor del Rey, persona prudente y

(1) Coron. de Calatrava, cap. 37.

de valor. Ordenáronse muy buenas leyes para el gobierno destas hermandades, que se continuaron en su vigor por espacio de veinte años, quando vencidos los enemigos de fuera y sosegadas las discordias de dentro, acabó la gente de sosegarse. Esto fue adelante: al presente la mayor fuerza de la guerra acudió á lo postrero de Vizcaya. En aquella parte que vulgarmente se llama Guipúzcoa, en lo postrero de España está una fortaleza contrapuesta á las fronteras de Francia, inexpugnable por el sitio que tiene, y por estar rodeada de mar: llámase Fuente-Rabía: está muy fortificada de reparos á propósito de impedir las entradas de los franceses, que muchas veces trabajan aquella comarca con sus robos y correrías. Este pueblo acometieron primeramente las gentes de Francia con intento que las fuerzas del Rey don Fernando al tiempo que se puso sobre el castillo de Zamora, con este ardid y astucia se divirtiesen á otra parte. Apretaron el cerco, y con la artillería (de que son grandes maestros los franceses asi de su fundicion como de jugarla) abatieron gran parte de los adarves, con lo qual y con henchir los fosos de las piedras que de las ruinas cayeron, quedó la batería muy llana, y la entrada muy facil por ser pocos los de dentro, y esos con las contínuas velas y trabajos muy cansados. Visto esto, don Diego Sarmiento conde de Salinas, á cuyo cuidado estaba aquella guerra, se metió en aquel castillo para con su peligro (como lo hizo) dar ánimo á los cercados, gente que por la aspereza de los lugares ellos al tanto son de corazones fuertes, y los cuerpos muy sufridores de trabajos. Animados con tal ayuda hicieron una salida en que pasados los reparos de los enemigos, les quemaron y desbarataron todas sus máquinas. Con

este tan buen principio y con nuevas gentes que les acudieron, se determinaron pelear en campo y aventurarse: el daño que hicieron no fue menor que el que recibieron, ni bastó para que el cerco se desbaratase. Esto en Vizcaya. Por otra parte el alcázar de Madrid se tenia por el marques de Villena, y era de grande momento para aquella parcialidad: sitiáronle los moradores de aquella villa. Pedro Arias y Pedro de Toledo hombres principales en aquel pueblo apellidaron la gente, y para que tuviesen mas fuerza, la Reyna por una parte les envió gente de ayuda, y por otra les acudió el marques de Santillana. Por el mismo tiempo tenian puesto cerco sobre Truxillo y sobre Baeza en nombre del Rey don Fernando, ciudades la una del Andalucía y la otra de Estremadura. En el marquesado de Villena, Chinchilla y Almansa llamaron gente de Valencia, y se alzaron contra el marques, que fuera un daño notable, si salieran con su intento; pero él por entonces se dió tan buena maña, que los sosegó y reduxo á su servicio. Todo lo demas sucedia á los aragoneses prósperamente, y á los portugueses al contrario. El castillo de Zamora se rindió al Rey don Fernando á diez y nueve de marzo con toda la artillería, municiones y pertrechos de guerra: ayudó mucho para salir con esto la venida de don Alonso de Aragon, por la mucha experiencia y destreza que tenia en empresas semejantes. Esta pérdida nueva quitó el ánimo á los portugueses en tanto grado que el príncipe don Juan por miedo del peligro llevó á Portugal con quatrocientos caballos de guarda á la princesa doña Juana, causa que era de la guerra. Con otros tantos caballos partió el arzobispo de Toledo para su arzobispado: la voz era de sosegar algunos caballeros y señores que por alli andaban al-

borotados y trataban de reconciliarse con el Rey don Fernando; la verdad, que se retiraba cansado y harto de la guerra, y por no tener esperanza de salir con la demanda. El Rey don Fernando pasó adelante en su empresa: puso cerco sobre Cantalapiedra, que es un castillo en tierra de Segovia, en que los portugueses tenian buen número de valientes soldados. Desistió empero del cerco, y hizo treguas por espacio de medio año á condicion que restituyesen al conde de Benavente tres pueblos suyos, Villalva, Mayorga y Portillo, que él entregára los dias pasados como en rehenes por alcanzar libertad y que le soltasen. Don Rodrigo Manrique conde de Paredes se nombraba maestre de Santiago, y se apoderára de la villa de Uclés cabeza de aquella orden: tenia asi mismo sitiado el castillo que se tenia por el marques de Villena. Acudieron él y el arzobispo de Toledo en socorro de los cercados: no pudieron hacer efecto, antes fueron rechazados con afrenta y peligro por el esfuerzo asi del mismo don Rodrigo, como de don Jorge Manrique su hijo, mozo de prendas, y que en esta guerra dió grandes muestras de su valor. Vivió poco, que fue causa de no poder por mucho tiempo exercitar ni manifestar al mundo sus virtudes, y la luz de su ingenio, que fue muy señalado como se referirá en otro lugar. Desta manera se hacía la guerra por tierra en tantos y tan diferentes lugares: tampoco por el mar sosegaban; Andres Sunier con algunas galeras aragonesas andaba haciendo daño por las riberas de Portugal. Con tantas adversidades se enflaquecieron los ánimos asi del Rey de Portugal como de los grandes de Castilla de su valía. No ignoraban quán grandes fuerzas perdieran en las desgracias pasadas junto con la aficion de la gente, que era muy menor

que antes. Estos revéses fuerón causa á los de Castilla de aborrecer aquella milicia desgraciada, y de que la mayor parte dellos tratase de reducirse á mejor partido. El primero el duque de Arévalo por medio de Rodrigo de Mendoza, á quien dió en recompensa deste trabajo la villa de Pinto en tierra de Toledo, se reconcilió y hizo sus homenages á la Reyna doña Isabel en Madrigal. Con esto en lugar del castigo que tenia merecido, le fueron hechas grandes mercedes, en particular ultra de confirmarle lo que antes tenia, hicieron que don Juan de Zúñiga hijo del duque quedase con el maestrazgo de Alcántara sobre que traía pleyto con don Alonso de Monroy clavero de aquella orden. Luego despues hizo lo mismo doña Beatriz Pacheco condesa de Medellin como muger mas recatada que su hermano el marques de Villena, bien que en esto no tuvo mucha constancia. A la misma sazon á quatro del mes de mayo se concertó casamiento entre don Fernando nieto del Rey de Nápoles; y doña Isabel hija del Rey don Fernando de Castilla: señalaron por dote para la doncella doscientos mil escudos que prometió el Rey de Nápoles, y ciento y cincuenta mil que le prometió su padre en caso que tuviese hijo y heredero varon. La principal causa de dar orejas á este concierto fue una gran suma de dineros que ofrecieron al Rey don Fernando, cosa de grande importancia para todo lo que restaba, por la gran mengua que dél tenian y estar consumidos los tesoros reales. Todo esto movió al Rey de Portugal y la fama destas trazas y ayudas, que suele de ordinario aumentarse, para que perdída la esperanza de la victoria, se resolviese de desamparár á Castilla y dar la vuelta á su reyno. Remedió el daño pasado de comenzar la guerra con otro que

fue desamparar la empresa, si bien llevaba intento de buscar socorros de fuera, y procurar que gente de Francia viniese hacer guerra en España, pues sus fuerzas no eran bastantes, y los señores sus parciales poco le podian ó querian ayudar. Antes que se resolviese en su partida, movió tratos de paz: ofrecia de poner todas estas diferencias en las manos del Rey de Aragon y del arzobispo de Toledo: venia este partido y acuerdo muy tarde á tiempo que la guerra la tenian casi del todo acabada. Dexó en Toro al conde de Marialva con guarnicion de soldados; y él triste y avergonzado por tantas adversidades se partió para Portugal á trece de junio. Hiciéronle compañía algunos caballeros de Castilla resueltos de continuar en su devocion y servicio mas por no tener esperanza de alcanzar perdon del vencedor, que por voluntad que tuviesen al Portugues, ni esperanza de mejorar por aquel camino su partido.

CAPITULO XII.

El Rey de Portugal se partió para Francia.

Con la ida del Rey de Portugal y su salida de Castilla sus cosas se fueron mas empeorando. En lo de Ruysellon y Cerdania andaban los franceses alterados sin respeto de la confederacion y treguas que tenian asentadas. Pasaron tan adelante que forzaron á que se les rindiese Salsas, que es un castillo muy fuerte contrapuesto á Narbona, como baluarte de España contra los intentos y fuerzas de Francia: pusieron otrosí cerco en el principado de Ampurias, sobre un pueblo llamado Lebia. Allegóse á esto otra grande incomodidad de que fueron causa los mismos naturales, y fue que los soldados de Luis Mudarra

que sirvieron muy bien en el cerco de Perpiñan, se amotinaron no con voluntad de hacer daño, sino porque no les daban las pagas que les debian de muchos meses. Apoderáronse de muchos lugares, y comenzaron por su parte á hacer guerra como si enemigos fueran; en lo qual se temia otro peligro, no se concertasen con los franceses y se aviniesen con ellos. No se pudo esta tempestad sosegar antes que los que se hallaban por la parte del Rey en la ciudad de Lérida, con prendas y bastante caucion que les dieron, los aseguraron que en breve les sería pagado todo lo que les debian. Con esto se sosegaron aquellos soldados; pero no podian impedir las correrías de franceses por tener gastadas las fuerzas y el Rey de Aragon hallarse muy lexos, es á saber en Navarra; ca las revueltas de aquellas parcialidades no afloxaban en manera alguna: llevaban en estas reyertas lo mejor los biamonteses por estar apoderados de Pamplona cabeza del reyno, y tener cercada á Estella. Favorecia este bando el Rey don Fernando, de que mucho se sentia su padre, y era menester proveer que no se abriese entrada por aquella parte á los franceses, y se despertase y revolviese otra nueva tempestad. Persuadíase aquella gente que la princesa doña Leonor y su padre el Rey de Aragon traían tratos para entregar el reyno de Navarra al Rey don Fernando, y excluir á Francisco Phebo, hijo (como se ha dicho) de Gaston conde de Fox, y nieto de la misma infanta doña Leonor. Para sosegar estas alteraciones, y por el peligro que corria Fuente-Rabía, pasó el Rey don Fernando á Vizcaya: para acudir á lo de Fuente-Rabía pretendia juntar socorros, y una armada de que dió cargo á don Ladron de Guevara persona de mucha nobleza; para asentar lo de Navarra envió á suplicar á su padre se allegase á la ciudad de

Victoria, que deseaba verse con él. Habíase quedado la Reyna doña Isabel en Tordesillas, villa puesta á la ribera de Duero y á propósito para impedir las correrías que hacían los portugueses de Toro. Hallábase alli don Alonso de Aragon su cuñado con trecientos hombres de á caballo: pretendia le restituyesen el maestrazgo de Calatrava, que le quitaron los años pasados. No tenia mucha esperanza de salir con esta pretension, por no querer los Reyes desabrir á los dos hermanos Girones á quien poco antes perdonáran. Cansado pues don Alonso, con tardanza tan larga, aunque era entrado en edad, se casó con Leonor de Soto, dama de la Reyna, de quien andaba enamorado: para hacello alcanzó dispensacion del Papa del voto de castidad, con que como maestre de aquella orden estaba ligado. Para el sosiego de Castilla era esto muy á propósito por cesar con tanto aquella su pretension tan fuera de sazon: al Rey de Aragon su padre dió tal pesadumbre que le quitó á Ribagorza y á Villahermosa, y las dió en su lugar á don Juan hijo bastardo del mismo don Alonso: estados que pretendia ser suyos don Jayme de Aragon, como pertenecientes á su padre don Jayme y á su abuelo don Alonso duque de Gandía. No tenia esperanza que le harian justicia y razon: como se adelantase á valerse de las armas sobre el caso, perdió la pretension con la vida que en castigo del desacato le quitaron: tal fue el pago que se dió á los servicios de sus antepasados. Los ciudadanos de Segovia se alborotaron á la misma sazon, y con las armas acudieron á cercar el alcázar en que tenian la hija de los Reyes la princesa doña Isabel, y aun corria fama que le habian tomado. El movedor deste alboroto fue Alonso Maldonado por el desabrimiento que tenia con don Andres de Cabrera que le quitó la tenencia de aque

alcázar. Ayudábanle para esto don Juan Arias obispo de aquella ciudad, y un ciudadano principal llamado Luis de Mesa. Acudió con presteza la Reyna doña Isabel no mas por el cuidado en que le ponia su hija, que por no perder aquella fuerza tan importante: con su venida todo se sosegó; algunos de los alborotadores huyeron, de otros se hizo justicia. Sucedió esto por el mes de agosto, en el qual mes el Rey de Aragon como se hobiese hasta entonces detenido por un pie que tenia malo, al fin llegó á Victoria. Ningun dia tuvo aquel viejo mas alegre en su vida: parecíale no le quedaba que desear mas, pues llegára á ver á su hijo Rey de Castilla, de donde él fuera antes echado con deshonra y afrenta, y despojado de todos sus bienes. «Santos (dixo) bienaventurados, no permitais que dia tan alegre como este y tan sereno le escurezca algun nublado ó algun desastre le enturbie; y porque la prosperidad quando encumbra suele volver atrás y mudarse, otorgadme, si yo he cometido algun pecado y le quereis castigar, que en particular yo sienta esta mudanza, y no padezcan ni los vasallos ni mis hijos muy amados alguna calamidad." Dichas estas palabras con muchas lágrimas que le bañaban el rostro, juntamente abrazó á su hijo y le dió paz. Dióle en todo el primer lugar: no consintió que le besase la mano, si bien él acometió á hacello como era razon, antes le llevó á su mano derecha, y le acompañó hasta su posada; en todo esto se tuvo respeto á la dignidad, preeminencia y magestad de Castilla. Hallóse presente la infanta doña Leonor, gran parte deste agradable espectáculo y de la comun alegria y fiesta. Consultaron entre sí sobre las cosas del gobierno y que á todos tocaban; y aun escriben que el Rey de Aragon estuvo determinado de renunciar en su hijo la

corona de Aragon. Hacen esto verisímil su larga edad, y el deseo que tenia de descansar; dicen empero que desistió deste propósito por no estar las cosas de Castilla de todo punto sosegadas; en especial que Colora, general que era de una armada francesa, despues que acometió las marinas de Vizcaya y las de Galicia, era pasado á Portugal con intento de llevar en aquella flota al Rey de Portugal á Francia, que en Lisboa donde estaba, se aprestaba de todo lo que era necesario para aquel viage. Quando todo estuvo á punto, se embarcó: pasó primero en Africa para dar calor á aquella conquista y afirmar aquellas plazas que alli tenia. Iban con él dos hermanos del duque de Berganza, el conde de Penamacor su gran privado y el prior de Ocrato. Acompañóle otrosí Juan Pimentel hermano del conde de Benavente: llevaba dos mil y quinientos soldados para dexallos de guarnicion en Tanger y en Arzilla. En Ceuta se tornó á hacer á la vela: llegó á Colibre por el mes de setiembre, puerto que se tenia por Francia; dende fue á Perpiñan y á Narbona, que le recibieron con aparato real. Con su venida se avivó la guerra de Ruysellon por entrambas las partes: los de Aragon recobraron la villa de San Lorenzo, los franceses hicieron muchos daños, quemas y robos en la comarca de Ampurias. Lo que era peor, los naturales andaban entre sí alborotados y divididos en bandos: asi no podian acudir á hacer resistencia á los enemigos estraños. En el mismo tiempo el Rey de Aragon desde Victoria dió la vuelta á Tudela pueblo de Navarra, ca tenia muy gran deseo de sosegar los alborotos de aquella nacion. Doña Juana su hija quedó por gobernadora de Cataluña en ausencia de su padre. Por conocer las pocas fuerzas que tenia, deseaba escusar la guerra: enviáronse embaxadores de una y de otra

parte para pedir satisfaccion de los daños y restitucion de lo que tomaron. No tuvo efecto lo que pedian, solo concertaron que las treguas que antes tenian puestas, pasasen adelante. El Rey de Portugal llegado que fue á Francia, como queda dicho, enderezó por tierra su camino á Turon do el Rey de Francia á la sazon residia. Recibiéronle solemnemente y regaláronle con mucho cuidado. Despues en dia señalado, hechas sus cortesías entre los dos Reyes el de Portugal, se dice habló en esta sustancia: «Soy forzado á ser cargoso antes de hacer algun servicio, »cosa que para mi es muy pesada. Porque dado que »en el tiempo de nuestra prosperidad diversas veces »dimos muestras de ánimo agradecido, sabemos y »confesamos que nuestras obras fueron menores que »la deuda, y no iguales á nuestra voluntad. Esto se »quedará á parte, que no está bien á los miserables »y caidos hacer alarde de sus cosas. Yo no tengo al»guna enemiga con el Rey de Sicilia en particular, »ni perseguimos la nacion aragonesa, sino sus mal»dades, sino sus latrocinios. El haber quitado á doña »Juana mi esposa y sobrina el estado y riquezas de »su padre, afrenta é indignidad para vengarse con las »armas de todas las naciones, esto me puso en ne»cesidad de dar principio á esta guerra desgraciada. »Asi lo ha querido Dios y los Santos del cielo, que »muchas veces acostumbran á trocar los principios »tristes en un alegre remate. Todo está puesto en »vuestras manos, vos solo podeis remediar y aplacar »nuestro dolor justo y razonable, y de camino satis»faceros de vuestros daños, y dar el fin que se desea »á la guerra de Ruysellon y de Vizcaya, demas de »librar por esta via de la garganta de aquel tyrano muy »codicioso el reyno de Navarra. Por ventura cui»dais faltarán ó razones para apoderarse de aquel es-

»tado al que el reyno y dote ageno acometió y tomó
»con las armas sin otro mejor derecho, ó poder para
»usurpar aquel reyno tan pequeño y cercado de las
»tierras de Castilla y de Aragon? engáñase quien
»piensa que á la ambicion se puede poner término
»alguno. Bien sabemos que Francia tiene abundancia
»de oro y de gente muy escogida: las fuerzas de
»toda España aunque se junten en uno, nunca le fue-
»ron iguales; ademas que nuestro partido no está del
»todo desamparado y caido, dado que hemos tomado
»tan gran trabajo para implorar vuestra ayuda. Las
»fuerzas de Portugal quedan enteras, en Castilla mu-
»chos aficionados, algunos al descubierto, los mas de
»secreto, y que con la ocasion y quando las cosas me-
»joráren, se declararán. Solo deseamos que con vuestra
»ayuda y en vuestro nombre se prosiga la guerra que
»ya está comenzada. Ninguna vanidad hay en nues-
»tras palabras: fuera de que dar ayuda á los Reyes
»afligidos, acudir al remedio de los males públicos,
»anteponer el deber y lo que es honesto y justo, á
»qualquiera interés aunque ninguno hobiese, quanto
»mas que le hay muy grande, á quién pertenece
»todo esto sino á los grandes príncipes y soberanos?"
Oyó el Frances estas razones con buen talante: respondió en pocas palabras que tendria cuenta con lo que le representaba, y que procuraria no pareciese acudió en vano á pedir su ayuda. Las obras no correspondieron á las palabras, antes en París para donde se partieron, y el Rey de Portugal hizo de nuevo instancia, se escusó con dos guerras á que le era forzoso acudir. Era asi que el duque de Borgoña y el Rey de Inglaterra con mayor ímpetu que antes volvian á tomar las armas: demas desto decia que por ser aquel casamiento inválido á causa del deudo que tenia con su esposa, no le parecia se podia ha-

cer la guerra lícitamente para llevalle adelante, escusas con que quedó burlada la pretension del Rey de Portugal, dado que se fue á ver con el duque de Borgoña por ser su primo y su confederado: pretendia ser medianero, y procurar hiciese la paz con Francia; no tuvo esto mejor suceso que lo demas. Desto y de las nuevas guerras que en Francia se emprendieron, resultó otra nueva comodidad para Castilla, que los franceses que sitiaban á Fuente-Rabía, avisados de lo que pasaba, concertaron treguas con los de Vizcaya primero de poco tiempo y solamente por tierra, despues á instancia del cardenal de España mas largas y sin aquella limitacion.

CAPITULO XIII.

Que la ciudad de Toro se tomó á los portugueses.

Los Reyes padre é hijo despues que partieron de Victoria, de nuevo se tornaron á juntar á dos de octubre en Tudela para ver si podrian sosegar las alteraciones de Navarra. Era dificultosa esta empresa á causa que (mal pecado) cada una de las partes tenia sus aficionados y valedores dentro y fuera del reyno, hasta en los mismos palacios de aquellos príncipes andaban aquellas pasiones. Acudieron á la junta el conde de Lerin y el condestable Pedro Peralta cabezas que eran de aquellas parcialidades: prometieron de ponerse á sí y á los suyos en las manos de los Reyes, y que tendrian por bien lo que ellos determinasen. Sobre esta razon hicieron pleyto homenage; y para mayor seguridad los biamonteses pusieron á Pamplona como en tercería en poder del Rey don Fernando, los contrarios otrosí entregaron otros castillos al Rey de Aragon. Hallóse presente don Alonso

Carrillo hermano del conde de Buendia y sobrino del arzobispo de Toledo, que era obispo de Pamplona. Hicieron un compromiso con término de diez y seis meses para nombrar jueces árbitros y componer aquellos debates. Tuvo gran sentimiento destas práticas madama Madalena muger que fue de Gaston el mas mozo conde de Fox: con el cuidado de madre sospechaba que algun engaño y trama se urdia á propósito de excluir á su hijo de la herencia de su padre. Para sosegalla le enviaron por embaxador á Berenguel de Sos dean de Barcelona, que le declarase las causas y capitulaciones de aquella concordia, y le dixese debia tener buen ánimo y esperar de los Reyes padre é hijo todo favor y proteccion: advertíanle del mayor peligro que le podria correr de Francia; por tanto no se dexase engañar, ni juntase sus fuerzas con aquella nacion para acometer á España: que si bien el Frances era su hermano, pero que con el Rey de Aragon y con sus hijos tenia mas trabado deudo y alianza. Residia aquella señora á la sazon en Pau ciudad de Bearne: respondió á esta embaxada que agradecia mucho el amor que le mostraban, que nunca ella dudára de aquella voluntad: que el Rey su hermano nunca trató de hacer liga con ella, ni ella haria por donde pareciese estar olvidada del parentesco que tenia con ambas las partes; y que por lo que á ella tocaba y estuviese en su mano, mas aina sería causa de la paz que de la guerra. Ocupábanse los Reyes en apaciguar el reyno de Navarra quando se ofreció causa de otra nueva alegria: esto fue que á cinco de octubre se firmaron en aquel mismo lugar las condiciones del casamiento que ya tenian concertado entre don Fernando Rey de Nápoles y doña Juana hija del Rey de Aragon. Celebráronse los desposorios en Cervera pueblo de Cataluña, cuyo gobierno

la desposada tenia: así en adelante la llamaron Reyna de Nápoles. Quedó desembarazada aquella casa real para estas nuevas bodas con la partida de doña Beatriz hija del Rey de Nápoles, que él envió en una armada á Mathias Rey de Hungría con quien en ausencia la desposáran. Fue esta señora de mucha bondad y honestidad, pero mañera: ni deste matrimonio tuvo hijos, ni del Rey Ladislao, con quien casó segunda vez; y él algunos años adelante sucedió en lugar del dicho Mathías, aunque no se le igualó en el esfuerzo, ni en sus cosas fue tan concertado. No estaba entretanto ociosa la Reyna doña Isabel, antes la ciudad de Toro fue entrada de noche por las gentes y soldados de Castilla debaxo la conducta de don Alonso de Fonseca obispo de Avila, y de don Fadrique hijo que era de don Rodrigo Manrique conde de Paredes. Un pastor llamado Bartholomé les dió aviso, y mostró que pódian escalar cierta parte del muro que se llamaba las barrancas de Duero, y por estar fortificada de un barranco tenia menos guarda. Hízose asi, y juntamente sitiaron el alcázar: con la nueva la Reyna á toda priesa acudió desde Segovia, do se hallaba ocupada en apacigüar el alboroto pasado y sosegar los ciudadanos; con su venida doña María muger de Juan de Ulloa, perdída la esperanza de poderse tener, rindió aquella fuerza á diez y nueve de octubre. El conde de Marialva su yerno, y capitan de aquella tierra por los portuguéses, desamparado otro castillo cerca de Toro por nombre Villalfonso, con la poca gente que le güardaba, á grandes jornadas se recogió á Portugal por caminos y senderos extraordinarios. Fue todo esto de grande importancia. Quedaba Castro Nuño, desde donde Pedro de Mendavia hacía grandes robos y correrías en gran daño de aquella comarca: hombre de un ánimo

ardiente y muy exercitado en las armas. Por esta causa luego que la ciudad de Toro se tomó, acudieron los del Rey y se pusieron sobre este castillo. Plantaron la artillería y los demas pertrechos para batir que llevaron con trabajo de algunos dias: tomaron este trabajo de buena gana por la esperanza que tenian que tomada aquella fuerza, toda aquella comarca quedaria en paz. Por otra parte se movian tratos para reducir al de Villena y al arzobispo de Toledo: el marques se mostraba mas blando, y parecia se sugetaria al servicio del Rey don Fernando, pero con algunas condiciones; sobre todo queria le restituyesen á Villena, y mas de veinte villas que por aquella comarca le quitáran: el arzobispo se mostraba mas duro, puesto que el Rey de Aragon no cesaba de amonestar que procurasen ganar persona tan principal con qualquier partido, aunque fuese desaventajado: que se acordasen de las mudanzas de la fortuna, que á veces suele de lo mas alto volver atrás, y aun despeñarse: que se tuviese consideracion á los grandes servicios que antes hizo, y por ellos perdonasen las ofensas que de nuevo cometiera; mirasen que con solo ganalle quedaria por el suelo el partido de Portugal. Aun no estaba este negocio sazonado, dado que se iba madurando. Comenzaron por el marques de Villena: prometieron de le perdonar y restituille todo su estado á tal que rindiese los alcázares de Madrid y de Truxillo que todavia se tenian por él: lo mismo ofrecieron al arzobispo de Toledo; don Lope de Acuña su sobrino entregó á los Reyes la ciudad de Huete, que con título de duque le dió el Rey don Enrique en aquellos tiempos estragados y revueltos. Por el mismo tiempo dos grandes príncipes fueron violentamente muertos, es á saber los duques el de Borgoña y el de Milán. Galeazo du-

que de Milán en la iglesia de San Estevan de aquella ciudad oía missa por ser la festividad de aquel Santo: en aquel tiempo y lugar le dieron muerte algunos que estaban conjurados contra él con intento de vengar sus particulares agravios y la mucha soltura de aquel príncipe en materia de deshonestidad. El duque de Borgoña llamado Carlos el Atrevido fue muerto en batalla en sazon que tenia puesto sitio sobre Nanci ciudad de Lorena ya la segunda vez, si bien el tiempo no era á propósito, y el invierno era muy áspero, y los suyos desgustados. Por todo esto el Rey de Portugal, que á la sazon se fue á ver con él como queda apuntado, le persuadia desistiese de aquella empresa: no prestó su diligencia; asi á cinco de enero fue desbaratado y muerto por Renato duque de Lorena y por los esguízaros, cuyo nombre desta gente desde entonces ha sido muy conocido y su esfuerzo señalado. Ayudóles mucho para la victoria Nicolao Campobasso que servia al Borgoñon, y con trato doble daba avisos á los contrarios, y en lo mas recio de la batalla con los italianos que tenia, desamparó á su señor. Una sola hija que quedó deste príncipe llamada María, casó adelante con Maxîmiliano duque de Austria. ¡Quán grandes guerras resultarán deste casamiento para España! El Rey Luis de Francia por la muerte del duque luego se apoderó del ducado de Borgoña y restituyó á su corona á San Quintin y á Perona con otros pueblos que estan á la ribera del rio Soma, y el de Borgoña los tenia en empeño; sobre todo lo qual se movieron grandes diferencias y guerras primero con la casa de Borgoña, y despues con España, sin que se haya recobrado lo que entonces les tomaron. Tuvo Maxîmiliano en madama María su muger tres hijos, que fueron don Philipe, doña Margarita y Francisco. Falleció la duquesa al quarto año despues que casó;

el achaque fue una mortal caida que dió de un caballo por estar preñada. El duque Galeazo dexó un hijo por nombre Juan Galeazo, que casó con Isabel nieta de don Fernando Rey de Nápoles, aunque él era de poca edad y no bastante para el gobierno de aquel estado. Demas desto dexó dos hijas, que se llamó la una Blanca María, con quien Maxîmiliano ya Emperador casó la segunda vez, pero no dexó deste casamiento sucesion alguna: la otra hija del duque Galeazo se llamó Ana.

CAPITULO XIV.

De otros castillos que se recobraron en Castilla.

La Reyna doña Isabel con mucha prudencia apaciguó un nuevo debate que fuera de sazon se levantó sobre el maestrazgo de Santiago con esta ocasion: don Rodrigo Manrique conde de Paredes y maestre que se llamaba de Santiago, falleció en Uclés por el mes de noviembre: caballero que fue muy noble y muy principal, y que ganó los años pasados de los moros la villa de Huescar en el reyno de Granada, con que se hizo muy nombrado. Su cuerpo sepultaron en aquel pueblo, do falleció, en la capilla mayor con enterramiento y honras que le hicieron muy principales. Su hijo don Jorge Manrique en unas trovas muy elegantes, en que hay virtudes poéticas, y ricos esmaltes de ingenio y sentencias graves, á manera de endecha lloró la muerte de su padre. Don Alonso de Cárdenas con ocasion de la muerte de su competidor se determinó ir á Uclés con gente y soldados resuelto de usar de fuerza, si los trece, á cuyo cuidado incumbia la eleccion, no le diesen aquella dignidad. Otros muchos señores pretendian lo mismo, quién con buenos

medios, quién con malos: cosa peligrosa y que podria parar en alguna revuelta. Por este recelo, ó con codicia de haber para sí un estado tan grande, en la ciudad de Toro los Reyes consultaron entre sí lo que en aquel caso debian hacer: usar de fuerza era cosa larga, y ni muy segura ni muy justificada; determinaron ayudarse de maña. El Rey se quedó en Toro, la Reyna se enderezó para Ocaña y Uclés con tanta priesa, que segun lo refiere Hernando de Pulgar, en solos tres dias desde Valladolid llegó á Uclés. En aquella villa trató con los caballeros que para mayor concordia se fuesen con ella á Ocaña, que por ser el pueblo mayor y mas fuerte podrian con mas seguridad resolverse en lo que les pareciese mas acertado y cumplidero: que á ninguno pareceria novedad, pues muchas veces semejantes juntas el tiempo pasado se hicieron alli en el palacio del Maestre. Vinieron en esto los caballeros: la Reyna por medio de don Alonso de Fonseca obispo de Avila y de su secretario Hernando Alvarez de Toledo les amonestó que para escusar alborotos viniesen en que aquella orden y dignidad con consentimiento del Pontífice por cierto tiempo se diese en administracion al Rey don Fernando su marido; que para sosegar las voluntades de los caballeros y apaciguallo todo no era menester ni bastaria menos autoridad y fuerzas que las suyas. Tuvieron los caballeros su acuerdo sobre esto, y en fin se resolvieron de venir en lo que la Reyna pedia, muchos por ganar con esto su gracia, los mas á fin que sus contrarios no saliesen con lo que pretendian: abuso grande, pero ordinario en semejantes elecciones. Este fue el principio de enflaquecer el poder y fuerzas de aquella caballería, y exemplo que en breve pasó á las órdenes de Calatrava y de Alcántara, dado que poco despues los Reyes concedieron á don Alonso de Cár-

denas que fuese maestre de Santiago con cargo de cierta pension para la guerra de los moros, no sin gran pesadumbre de los otros señores, que se agraviaban fuese este caballero antepuesto á los demas, sin tener mas méritos que los otros, ni mejor derecho, ni ser de tanta nobleza, como ellos decian. El Rey don Fernando asentadas las cosas de Castilla la vieja, y puestas treguas con los contrarios, se fue á Ocaña en sazon que comenzaba el año de nuestra salvacion de mil y quatrocientos y setenta y siete; en el qual 1477.
tiempo tornó de nuevo á dar perdon y recebir en su gracia al conde de Ureña don Juan Tellez Giron, que parecia reducirse al servicio del Rey con entera voluntad. Desde Ocaña fue junto con la Reyna á visitar á Toledo, donde por voto que los Reyes hicieran si vencian al de Portugal, mandaron edificar el muy sumptuoso monasterio de Franciscos, que hoy se vee en aquella ciudad con nombre de San Juan de los Reyes, en las casas de Alonso Alvarez de Toledo contador mayor que fue de los Reyes pasados. De Toledo pasaron á Madrid: alli se tuvo aviso que diversas compañías de portugueses trabajaban las tierras de Badajoz y de Ciudadrodrigo con grande daño y molestia de los naturales. Para remedio y hacer resistencia á aquella gente, enviado que hobo delante á don Gomez de Figueroa conde de Feria, trató con la Reyna que repartidos los negocios entre los dos, ella acudiese (como lo hizo) á las fronteras de Portugal á dar calor en la defensa de aquella tierra. El Rey don Fernando se detuvo algunos dias en Madrid con esperanza que tenia de ganar al arzobispo de Toledo; al qual aunque le ofrecieron poco antes y dieron perdon, su feroz ánimo no le dexaba reposar. No quiso verse con el Rey; tan grande era su contumacia: asi el Rey á veinte y quatro de marzo dia lunes se partió para Castilla la

vieja con deseo de apaciguar los navarros; que de nuevo se tornaban á alterar aquellas parcialidades, y los agramonteses poco antes se apoderaron de Estella, y la princesa doña Leonor pretendia volvella á recobrar con sus fuerzas y las de Castilla. Al mismo tiempo un nuevo miedo puso á los Reyes en mucho cuidado, y fue que Albohacen Rey de Granada sin respeto de las treguas que se continuaban de algunos años atrás, rompió de repente por el reyno de Murcia con quatro mil de á caballo y hasta treinta mil de á pie. Causó aquel acometimiento mucho espanto, en especial por estar los fieles seguros y descuidados. Tanto fue el miedo mayor, que á seis de abril dia de Pascua de Resurreccion tomó por fuerza en aquella comarca un pequeño lugar llamado Ciesa, que quemó y derribó pasados á cuchillo los moradores. Demas desto hizo grandes presas de ganado mayor y menor: con que los moros dieron la vuelta á su tierra sin recebir algun daño, dado que Pedro Faxardo adelantado de Murcia salió á la defensa. El interés y daño no era de tanta consideracion quanto el peligro y molestia que sin estar apaciguados los alborotos de dentro se ofreciese ocasion de nueva guerra, y necesidad de vengar aquel agravio. Deseaban para todo abreviar con lo de Castilla. Los dos castillos que todavia se tenian por los portugueses, el de Cantalapiedra y el de Castronuño, fueron de nuevo cercados y combatidos con toda la fuerza posible sin cesar hasta que se rindieron, primero Cantalapiedra á veinte y ocho de mayo, porque Castronuño por el esfuerzo de su capitan Mendavia se tuvo mas tiempo; pero al fin hizo lo mismo. Era tan grande el desgusto de los naturales por los daños que de aquel castillo recibieron, que acudieron, y porque no fuese en algun tiempo acogida de ladrones por ser de sitio muy fuerte, le

abatieron por tierra. A los soldados destos dos castillos se dió licencia conforme á lo capitulado para que libremente y con su bagage se fuesen á Portugal; demas desto á Mendavia le contaron siete mil florines: capitan en lo demas esforzado, y que en particular ganó y merece gran renombre por haber defendido aquel castillo tanto tiempo contra el poder y voluntad de Reyes tan poderosos. La Reyna ponia no menor diligencia en sugetar á Truxillo, cuyo alcázar se tenia por el marques de Villena. Avisaron á Pedro de Baeza, que tenia alli por alcayde, rindiese aquella fuerza: respondió al principio que no lo haria, si no fuese á tal que al marques su señor restituyesen á Villena con las otras villas de aquel estado, segun que tenian antes concertado; en que dió muestra de persona de mucha constancia y valor. La Reyna no rehusaba poner aquellos pueblos en tercería en poder de quien el alcayde nombrase, para que pasados seis meses se entregasen al marques de Villena; mas él por sospechar algun engaño se entretenia, y no venia en hacer la entrega: finalmente por contentar á la Reyna el mismo marques de Villena entró en el alcázar, y apenas pudo acabar con él hiciese la entrega que pedia la Reyna. Grande fue el desgusto que desta resolucion y mandato recibió el alcayde: no miraba su particular, sino por el deseo que tenia del pro y autoridad de su señor. Llegó á tanto, que hecha la entrega, se despidió del marques y de su servicio enfadado de su mal término: quexábase que ni se movia por lo que á él le tocaba, ni tenia cuidado de la vida y libertad de los suyos; esto decia porque con la priesa no se acordó de capitular que al dicho alcayde y á sus soldados no se les hiciese daño. Deseaba el Rey don Fernando por una parte ir al Andalucía para donde la Reyna doña Isabel le llamaba, por otra visitar á doña Juana su

hermana antes que se embarcase para Italia: las cosas de Navarra le entretenian, y no le daban lugar para alzar dellas la mano. Hízose á la vela aquella señora por el mes de agosto en la playa de Barcelona en una armada en que vinieron para llevalla don Alonso su antenado, y don Pedro de Guevara marques del Basto y otras personas principales: tocaron á Génova, en que fue muy festejada; últimamente aportó á Nápoles: alli celebraron las bodas con toda suerte de juegos, convites, regocijos y galas á porfia asi bien los ciudadanos, como los cortesanos. En Sigüenza fundó un colegio de trece colegiales, y un monasterio de Gerónimos, título de San Anton, Juan Lopez de Medinaceli arcediano de Almazan y canónigo de Toledo, criado que fue del cardenal Pedro Gonzalez de Mendoza prelado á la sazon de Sevilla y de Sigüenza.

CAPITULO XV.

Como el Andalucía se apaciguó.

Las demas partes de Castilla apenas sosegaban: las alteraciones del Andalucía todavia continuaban á causa que los señores cada qual por su parte se apoderaban de ciudades y castillos, y conforme á las fuerzas que tenia, robaba la gente y parece se burlaban de la magestad real. El duque de Medina Sidonia tenia á Sevilla, el marques de Cadiz á Xerez, don Alonso de Aguilar estaba apoderado de Córdova. El color que tomaban, era afirmarse contra los intentos de sus contrarios, y hacer resistencia á los portugueses por caelles aquel reyno cerca. Lo que á la verdad pretendian, era acrecentar sus estados con los despojos y daños de la provincia: cosa que ordinaria-

mente acaece quando los temporales andan revueltos, que se disminuyen las riquezas públicas, y crecen las particulares. Resultaba asi mismo otro daño, que dentro de aquellas ciudades andaba la gente dividida en parcialidades: en la ciudad de Sevilla unos seguían al duque de Medina Sidonia, otros al marques de Cadiz; en Córdova traían bandos don Alonso de Aguilar y el conde de Cabra, muy grandes y muy pesados. La Reyna doña Isabel, aunque muchos se lo desaconsejaban por no tener bastante gente para si fuese necesario usar de fuerza, acudió primero á Sevilla: alli se apoderó del castillo de Triana y de las ataranzanas que tenia el duque de Medina Sidonia, con mayor ánimo y esfuerzo que de muger se esperaba. El Rey don Fernando desamparadas las cosas de Navarra, y en alguna manera asentadas las de Castilla la vieja, nombró por gobernador de Galicia á Pedro de Villandrando conde de Ribadeo: de lo demas de Castilla á su hermano don Alonso de Aragon y al condestable. Hecho esto, se resolvió de ir en persona al Andalucía para dar en todo el orden que convenia. De camino en Nuestra Señora de Guadalupe hizo sus votos y devociones: dió otrosí orden al duque de Alba y al conde de Benavente fuesen en su compañía, ca se recelaba dellos y tenia aviso que entre sí y con otros grandes trataban de poner sus alianzas. Llegó á Sevilla á trece de septiembre: alli halló que se sentia mal del marques de Cadiz, y se decia que se inclinaba á dar favor á los portugueses, y con este intento á los ojos de los Reyes tenia puesta guarnicion en Alcalá de Guadayra. Tratóse de ganalle y sosegalle: para hacello de noche tuvo á solas habla con el Rey. Tratóse que entregase las fortalezas que tomára: dixo que no lo podria hacer si no fuese que el duque de Medina entregase al tanto á Nebrixa y

á Utrera, y otros castillos; que sin esto despojalle á él de sus fuerzas no serviria sino para que el poder y riquezas de su contrario se aumentasen. Pareció pedia razon, y asi el uno y el otro entregaron sus castillos al Rey, y á su exemplo fácilmente vinieron en lo mismo los otros señores y grandes, especial que á la misma sazon con el Rey de Granada, en quien aquellos señores ponian gran parte de su confianza, se concertaron de nuevo treguas por industria de don Diego de Córdova conde de Cabra, persona señalada en lealtad, y que con aquel Rey bárbaro tenia mucha familiaridad y trato. Desta manera se hallaban las cosas del Andalucía no lexos de asentarse del todo. Las de Navarra se empeoraban sin alguna esperanza de reparo, á causa de las parcialidades antiguas que nunca sosegaban. La princesa doña Leonor hacía instancia por remedio, y avisaba que ya casi eran pasados los diez y seis meses señalados en el compromiso que se hizo para concertar todas aquellas diferencias, al tiempo que los Reyes se juntaron en Tudela: juntamente protestaba que pues ni en su padre, ni en su hermano hallaba ayuda bastante, que acudiria al socorro de otra parte; culpa de que quedarian cargados los que á hacello la necesitaban: que si no prevenian y se adelantaban, todo aquel reyno se hallaba á punto de perderse. Las cuitas, quando son estremas, hacen que los miserables hablen con libertad; sin embargo las orejas parecia estar sordas á sus peticiones tan justificadas, por hallarse los Reyes lexos, y á causa de las grandes dificultades que los tenian enredados. Al de Aragon, fuera de la guerra de Ruysellon, ponian en cuidado las cosas de Cerdeña y de Sicilia. Era virrey de Sicilia don Ramon Folch conde de Cardona, que fue en compañía de la Reyna doña Juana á Nápoles, y

de allí pasó á su cargo al tiempo que por muerte de don Juan de Cabrera que falleció de poca edad, su condado de Módica, herencia de sus antepasados, recayó en su hermana doña Ana: muchos pretendian aquel estado, unos la excluían de aquella herencia, otros se querian casar con ella. El Rey de Aragon por ser de importancia que tomase marido á propósito, por sus muchas riquezas y estado, estuvo determinado de casalla con don Alonso de Aragon hijo bastardo de su hijo el Rey don Fernando. No tuvo esto efecto, antes adelante don Fadrique hijo y heredero del almirante de Castilla se la ganó á todos, y por medio deste casamiento juntó con su casa y metió en ella aquel principal condado. En Cerdeña comenzó á alborotarse Leonardo de Alagon marques de Oristan: nunca del todo sosegára, y de nuevo alegaba agravios que el virrey Nicolás Carroz de Arborea le habia hecho sin respeto de las condiciones y del asiento antes tomado. Ni la flaca y larga edad del Rey de Aragon, ni tan grandes cuidados eran parte para quebrantalle, antes como desde una atalaya proveía á todas partes. Fue puesta acusacion al marques de Oristan, y por sentencia que se dió en Barcelona á los quince de octubre, le privaron de aquel estado. Demas desto para ayuda se envió una nave con soldados: socorro ni grande ni fuerte para aquella guerra; asi duró muchos dias. Al Rey don Fernando despues que apaciguó el Andalucía, todavia le ponia en cuidado lo de Portugal: la esperanza y el temor le aquexaban. De una parte se alegraba que el Rey de Portugal, si bien era vuelto por el mar á su reyno con dispensacion que el Pontífice Sixto últimamente le dió para casar con doña Juana, pero no traía algunos socorros de fuera. Por otra le congoxaba que el arzobispo de Toledo, segun se

decia, le tornaba á llamar: temia no hobiese de secreto alguna zalagarda y trato. Verdad es que aquel prelado por su larga edad no tenia mucha advertencia en lo que hacía, en especial, la ira enemiga de consejo, y la ambicion enfermedad desapoderada, le hacían despeñarse y le cegaban los ojos para que no advirtiese quán pocas fuerzas tenia el Rey de Portugal. Decíase dél por fama, y era asi, que perdída toda esperanza de ser socorrido, despechado de noche se partió de París para ir en romería á Roma y á Jerusalem, y meterse frayle en aquellas partes mas por el desgusto que tenia, que de entera voluntad. Prosiguió su viage algunos dias: desde el camino de tres criados que solos llevaba, á uno dellos envió con una llave para que abriese un escritorio que dexó en París: hallaron en él dos cartas, la una para el Rey de Francia, en que le daba cuenta de su intento; en la otra amonestaba á su hijo que sin esperar mas se coronase por Rey: que no tuviese algun cuidado dél, pues de los Santos y de los hombres se hallaba desamparado: que confiaba en Dios le perdonaria sus pecados, y para adelante se aplacaria y tomaria en cuenta de penitencia aquel su trabajo y afrenta; que era todo lo que podia desear. Su hijo, leida esta carta, magüer que con sollozos y lágrimas, en fin se coronó por Rey á once de noviembre, cinco dias, y no mas, antes que su padre á deshora llegase á Cascais. Fue asi que el Rey de Francia á toda diligencia envió tras él personas que le hicieron volver. Venido, le aconsejó que mudado parecer, volviese á su tierra, como lo hizo: venia triste y flaco extraordinariamente. Su hijo le salió á recebir con muestra de grande alegría, y á la hora le restituyó el reyno y la corona. Este suceso tuvo aquel viage del Rey de Portugal y sus intentos, cuyos im-

petus al principio fueron muy bravos, por conclusion quedaron burlados. El año siguiente, que se contaba mil y quatrocientos y setenta y ocho, fue 1478.
señalado y alegre porque en él á veinte y tres de enero en Flandes de madama María heredera de Carlos el Atrevido, muger que era de Maxîmiliano duque de Austria, nació don Philipe que adelante fue dichoso por los grandes estados que alcanzó y por la sucesion que dexó, dado que poco le duró la prosperidad á causa de su muerte que le arrebató en la flor de su juventud. Poco despues por el mes de abril sucedió en Florencia, ciudad á la sazon libre, que en el templo de Santa Librada ciertos ciudadanos conjurados contra los dos hermanos Médicis por entender querian tyranizar aquella ciudad, al uno llamado Julian de Médicis mataron; el otro llamado Lorenzo de Médicis se salvó dentro de la sacristía de aquella iglesia. Alteráronse los ciudadanos por este hecho, y acudieron á las armas. Prendieron á Salviato arzobispo de Pisa, sabidor y participante de aquella conjuracion, en el palacio de la Señoría, donde acudió para desde alli mover al pueblo á que defendiesen su libertad: llevaba el rostro turbado, echáronle mano, y sabido lo que pasaba, le ahorcaron de una ventana; que fue un espectáculo cruel y de poca piedad por ser la persona que era. El cardenal de San Jorge que se hallaba en Florencia, y se decia favorecia á los conjurados, corrió gran peligro de que con el mismo ímpetu le maltratasen. Valióle el miedo que tuvieron del Papa su tio, y el respeto que mostraron á su dignidad. De que resultó una nueva guerra, con que por algun tiempo fueron trabajados los florentines por las armas y fuerzas del Papa y de Nápoles. Quedaron los de Florencia descomulgados por la muerte del arzobispo. Hizo

instancia el Rey de Francia por la absolucion: alcanzó lo que pedia del Papa, mas por miedo que de grado, á causa que en una junta que se hacía en Orliens, trataba de restituir y poner en uso la Pragmática Sancion en gran perjuicio de la Sede Apostólica. Finalmente se les dió la absolucion, y se concertaron las paces sin que por entonces se tocase en la libertad de aquella ciudad.

CAPITULO XVI.

Nació el príncipe don Juan hijo del Rey don Fernando.

La guerra se hacía en Cerdeña cruel, sangrienta y dudosa, las fuerzas de aquella isla divididas en dos partes iguales, los revoltosos peleaban con mas corage que los del Rey, como los que aventuraban en ello la vida y la libertad. La esperanza de la victoria consistia en las fuerzas y socorro de fuera: los ginoveses, á los quales corria obligacion de ayudar al marques de Oristan por las antiguas alianzas que tenia con ellos, se detuvieron á causa de ciertas treguas que se concertaron en Nápoles entre aquellas dos naciones, aragoneses y ginoveses Por el contrario desde Aragon y desde Sicilia acudieron nuevos socorros á los reales, tanto que el mismo conde de Cardona virrey que era de Sicilia, se embarcó en una armada para acudir al peligro. Hobo algunos encuentros y escaramuzas en muchas partes: últimamente se juntaron los campos de una parte y de otra cerca de un castillo llamado Machômera; alli se dió la batalla, en que el marques quedó muerto y su campo desbaratado. Su hijo llamado Artal como quier que pretendiese huir por la mar en una barca que halló á la ribera,

cayó en manos de dos galeras aragonesas, y preso, le llevó á España Villamarin general de la armada. Fue puesto él en el castillo de Xátiva, y sus estados quedaron confiscados con todos sus pueblos, que los tenia muchos y grandes en Cerdeña y tambien en tierra firme. En particular los marquesados de Oristan y de Gociano se aplicaron para que estuviesen siempre en la corona real, y desde entonces se comenzaron á poner en las provisiones reales entre los otros títulos y nombres de los principados reales. Dióse esta batalla á diez y nueve de mayo. La victoria no solo de presente fue alegre, sino para adelante causa que todo se asegurase: con que aquella isla, sobre la qual tantas veces y con tanta porfia con los de fuera y con los de dentro se debatiera, de todo punto quedó sugeta al señorío de Aragon. El Rey don Fernando sin embargo que no tenia de todo punto asentadas las cosas del Andalucía, y que su muger quedada preñada, fue forzado dar la vuelta al reyno de Toledo por dos causas: la primera para reducir al arzobispo de Toledo, y acabar con él no hiciese entrar de nuevo al Rey de Portugal en el reyno, como se rugía que lo trataba; la segunda para dar calor á las hermandades que para castigar los robos y muertes (como queda dicho) los años pasados se ordenaron entre las ciudades y pueblos. El exercicio de las hermandades afloxaba, y la gente se cansaba por el mucho dinero que era menester para el sueldo de los soldados, que se repartia por los vecinos sin exceptuar á los hidalgos. Graveza mala de llevar, pero de que resultaba gran provecho para la gente, ca no solo por esta via se reprimian las maldades, sino tambien en ocasion acudian al Rey con sus fuerzas y gentes en las guerras que se ofrecian. Por esta causa se tuvieron cortes generales en Madrid, en que de comun consentimiento

y acuerdo se confirmaron las dichas hermandades por otros tres años. Con el arzobispo de Toledo no sucedió tan bien, dado que se puso diligencia en quitalle la sospecha que tenia de que se tratára de matalle. Despedidas las cortes, el Rey don Fernando dió la vuelta á Sevilla: la Reyna doña Isabel le hacía instancia por estar en dias de parir. Alli vinieron embaxadores de parte del Rey de Granada para pedir tornase á conceder las treguas que antes entre las dos naciones se concertaron: la respuesta fue que no se podrian hacer, si demas de la obediencia y homenage no pechasen el tributo que antiguamente se acostumbraba. Despachó el Rey sus embaxadores á Granada para tratar este punto: respondió aquel Rey bárbaro que los Reyes que pagaban aquel tributo, muchos años antes eran muertos; que de presente en las casas de la moneda de la ciudad de Granada no acuñaban oro ni plata, sino en su lugar forjaban lanzas, saetas y alfanges. Ofendióse el Rey don Fernando con respuesta tan soberbia: no obstante esto, forzado de la necesidad otorgó las treguas que le pedian, que es gran cordura acomodarse con el tiempo. En tanto que estas cosas se trataban, á la Reyna sobrevinieron sus dolores de parto, de que nació un niño que llamaron el príncipe don Juan, á veinte y ocho de junio domingo una hora antes de medio dia, que heredára los estados de sus padres y abuelos si por lo que Dios fue servido, no le arrebatára la muerte cruel y desgraciada en la flor de su edad, como se relatará adelante: bautizóle el cardenal don Pero Gonzalez árzobispo de aquella ciudad. El Rey de Aragon aunque cansado no solo de negocios sino de vivir, con el grande vigor que siempre tuvo, pedia le enviase este niño para que se criase á la manera y conforme á las costumbres de Aragon; ademas que por su larga experiencia se

recelaba que si le entregaban á alguno para que le criase (lo que sucedió los años pasados) no fuese ocasion que en su nombre se revolviesen las cosas en Castilla. Tenia el mismo Rey de Aragon otro debate muy grande sobre la iglesia de Zaragoza. Pretendia por estar vaca por la muerte de don Juan de Aragon se diese á don Alonso su nieto, al qual su hijo el Rey don Fernando en Cervera pueblo de Cataluña hobo de una muger fuera de matrimonio. Ofrecíanse dos dificultades, la una que no era legítimo, y por esta fácilmente pasaba el Pontífice Sixto; la segunda su pequeña edad, que no tenia mas que seis años, en ninguna manera la queria suplir. Entre las demandas y respuestas que andaban sobre el caso, por el mucho tiempo que aquel arzobispado vacaba, le coló el Papa al cardenal Ausias Dezpuch: entendia que el Rey lo llevaria bien, atento los grandes servicios de su deudo el maestre de Montesa; no fue así, antes mostró sentirse en tanto grado que se apoderó de los bienes y rentas del cardenal, y maltrató á sus deudos. Con esto, y por la instancia que el Rey de Nápoles hizo por tener gran cabida con el Pontífice, el de Aragon salió últimamente con lo que pretendia, que aquella iglesia se diese á don Alonso su nieto con título de administracion perpétua: exemplo malo, y principio de una perjudicial novedad. La importunidad del Rey venció la constancia del Pontífice: daño que siempre se tachará, y siempre resultará, por querer los príncipes meter tanto la mano en los derechos de la iglesia, en especial que en aquel tiempo tenian introducida una costumbre, que ningun obispo fuese en España elegido sino á suplicacion de los Reyes y por su nombramiento: ocasion con que poco despues resultó otra contienda sobre la iglesia de Tarazona. Por muerte del cardenal Andres Ferrer la dió el Pontífice

á uno llamado Andres Martinez: hizo resistencia el Rey don Fernando con intento que revocada aquella eleccion, se diese aquel obispado al cardenal de España, como últimamente se hizo. Acabóse este pleyto con otra reyerta semejante: el Pontífice Sixto confirió quatro años adelante el obispado de Cuenca que vacaba, á Raphael Galeoto pariente suyo: opúsose el Rey don Fernando, y en fin acabó que se diese aquella iglesia de Cuenca á don fray Alonso de Burgos su confesor que ya era obispo de Córdova. Juntamente se expidió una bula en que concedió el Papa á los Reyes de Castilla para siempre que en los obispados fuesen elegidos los que ellos nombrasen y pidiesen, como tambien quatro años antes deste en que vamos, á instancia del Rey don Enrique él mismo otorgó otra bula en que mandó no se diesen de alli adelante á estrangeros expectativas para los beneficios de aquel reyno, pleyto sobre que de atrás hobo grandes reyertas: Diego de Saldaña embaxador de aquel Rey fue el que alcanzó esta gracia, segun que consta por la misma bula, cuyo traslado no me pareció poner aqui. Fue este caballero persona muy principal: pasóse á Portugal con la pretensa princesa doña Juana, cuyo mayordomo mayor fue, y dél hay hoy descendientes en aquel reyno, fidalgos principales. Don fray Alonso de Burgos, de Cuenca trasladado últimamente al obispado de Palencia, edificó en Valladolid el monasterio muy célebre de San Pablo de su orden de Santo Domingo, si bien en tiempo del Rey don Alonso el Sabio, y mas adelante con ayuda de su nuera la Reyna doña María señora de Molina se comenzó. La iglesia sin duda que hoy tiene, la fabricó los años pasados el cardenal Juan de Turrecremata, hijo que fue de aquel convento y casa.

CAPITULO XVII.

El santo oficio de la inquisicion se instituyó en Castilla.

Mejor suerte y mas venturosa para España fue el establecimiento que por este tiempo se hizo en Castilla de un nuevo y santo tribunal de jueces severos y graves á propósito de inquirir y castigar la herética pravedad y apostasía, diversos de los obispos á cuyo cargo y autoridad incumbia antiguamente este oficio. Para esto les dieron poder y comision los Pontífices romanos, y se dió orden que los príncipes con su favor y brazo los ayudasen. Llamáronse estos jueces inquisidores, por el oficio que exercitaban de pesquisar y inquirir: costumbre ya muy recebida en otras provincias, como en Italia, Francia, Alemania y en el mismo reyno de Aragon. No quiso Castilla que en adelante ninguna nacion se le aventajase en el deseo que siempre tuvo de castigar excesos tan enormes y malos. Hállase memoria antes desto de algunos inquisidores que exercian este oficio, á lo menos á tiempo; pero no con la manera y fuerza que los que despues se siguieron. El principal autor y instrumento deste acuerdo muy saludable fue el cardenal de España, por ver que á causa de la grande libertad de los años pasados, y por andar moros y judíos mezclados con los christianos en todo género de conversacion y trato, muchas cosas andaban en el reyno estragadas. Era forzoso con aquella libertad que algunos christianos quedasen inficionados: muchos mas, dexada la religion christiana que de su voluntad abrazáran convertidos del judaismo, de nuevo apostataban y se tornaban á su antigua supersticion, daño que en Sevilla mas que en otra parte, prevaleció; asi en aquella ciu-

dad primeramente se hicieron pesquisas secretas y penaron gravemente á los que hallaron culpados. Si los delitos eran de mayor cantía, despues de estar largo tiempo presos, y despues de atormentados los quemaban; si ligeros, penaban á los culpados con afrenta perpétua de toda su familia. A no pocos confiscaron sus bienes, y los condenaron á carcel perpétua: á los mas echaban un Sambenito, que es una manera de escapulario de color amarillo con una cruz roxa á manera de aspa, para que entre los demas anduviesen señalados, y fuese aviso que espantase y escarmentase por la grandeza del castigo y de la afrenta; traza que la experiencia ha mostrado ser muy saludable, magüer que al principio pareció muy pesada á los naturales. Lo que sobre todo estrañaban, era que los hijos pagasen por los delitos de los padres: que no se supiese ni manifestase el que acusaba, ni le confrontasen con el reo, ni hobiese publicacion de testigos; todo contrario á lo que de antiguo se acostumbraba en los otros tribunales. Demas desto les parecia cosa nueva que semejantes pecados se castigasen con pena de muerte, y lo mas grave, que por aquellas pesquisas secretas les quitaban la libertad de oir y hablar entre sí, por tener en las ciudades, pueblos y aldeas personas á propósito para dar aviso de lo que pasaba: cosa que algunos tenian en figura de una servidumbre gravísima y á par de muerte. Desta manera entonces hobo pareceres diferentes: algunos sentian que á los tales delinqüentes no se debia dar pena de muerte; pero fuera desto confesaban era justo fuesen castigados con qualquier otro género de pena. Entre otros fue deste parecer Hernando de Pulgar (1), persona

(1) En sus Claros varon.

de agudo y elegante ingenio, cuya historia anda impresa de las cosas y vida del Rey don Fernando: otros, cuyo parecer era mejor y mas acertado, juzgaban que no eran dignos de la vida los que se atrevian á violar la religion, y mudar las ceremonias santísimas de los padres; antes que debian ser castigados, demas de dalles la muerte, con perdimiento de bienes y con infamia sin tener cuenta con sus hijos, ca está muy bien proveido por las leyes que en algunos casos pase á los hijos la pena de sus padres, para que aquel amor de los hijos los haga á todos mas recatados: que con ser secreto el juicio se evitan muchas calumnias, cautelas y fraudes, ademas de no ser castigados sino los que confiesan su delito, ó manifiestamente estan dél convencidos: que á las veces las costumbres antiguas de la iglesia se mudan conforme á lo que los tiempos demandan; que pues la libertad es mayor en el pecar, es justo sea mayor la severidad del castigo. El suceso mostró ser esto verdad y el provecho que fue mas aventajado de lo que se pudiera esperar. Para que estos jueces no usasen mal del gran poder que les daban, ni cohechasen el pueblo, ó hiciesen agravios, se ordenaron al principio muy buenas leyes y instrucciones: el tiempo y la experiencia mayor de las cosas ha hecho que se añadan muchas mas. Lo que hace mas al caso, es que para este oficio se buscan personas maduras en la edad, muy enteras y muy santas, escogidas de toda la provincia, como aquellas en cuyas manos se ponen las haciendas, fama y vida de todos los naturales. Por entonces fue nombrado por inquisidor general fray Thomás de Torquemada de la orden de Santo Domingo, persona muy prudente y docta, y que tenia mucha cabida con los Reyes por ser su confesor, y prior del monasterio de su orden de Segovia. Al principio tuvo solamente autoridad en

el reyno de Castilla: quatro años adelante se estendió al de Aragon, ca removieron del oficio de que alli usaban á la manera antigua, los inquisidores fray Christóval Gualbes, y el maestro Ortes de la misma orden de los Predicadores. El dicho inquisidor mayor al principio enviaba sus comisarios á diversos lugares conforme á las ocasiones que se presentaban, sin que por entonces tuviesen algun tribunal determinado: los años adelante el inquisidor mayor con cinco personas del supremo consejo en la corte, do estan los demas tribunales supremos, trata los negocios mas graves tocantes á la religion; las causas de menos momento y los negocios en primera instancia estan á cargo de cada dos ó tres inquisidores repartidos por diversas ciudades. Los pueblos en que residen los inquisidores en esta sazon y al presente, son estos: Toledo, Cuenca, Murcia, Valladolid, Santiago, Logroño, Sevilla, Córdova, Granada, Ellerena; y en la corona de Aragon, Valencia, Zaragoza, Barcelona. Publicó el dicho inquisidor mayor edictos en que ofrecia perdon á todos los que de su voluntad se presentasen: con esta esperanza dicen se reconciliaron hasta diez y siete mil personas entre hombres y mugeres de todas edades y estados; dos mil personas fueron quemadas, sin otro mayor número de los que se huyeron á las provincias comarcanas. Deste principio el negocio ha llegado á tanta autoridad y poder que ninguno hay de mayor espanto en todo el mundo para los malos, ni de mayor provecho para toda la christiandad: remedio muy á propósito contra los males que se aparejaban, y con que las demas provincias poco despues se alteraron; dado del cielo, que sin duda no bastára consejo ni prudencia de hombres para prevenir y acudir á peligros tan grandes como se han experimentado y se padecen en otras partes.

CAPITULO XVIII.

De la muerte del Rey don Juan de Aragon.

Partieron de Sevilla los Reyes don Fernando y doña Isabel. Antes de la partida dexaron mandado al duque de Medina y al marques de Cadiz que no pudiesen entrar en aquella ciudad: con tanto quitadas las cabezas de las parcialidades, todo quedó apaciguado. Por otra parte Lope Vasco portugues de nacion se apoderó en nombre del Rey don Fernando del castillo de Mora, cuyo alcayde era: está situada esta fuerza en Portugal á la raya de Castilla. Hecho esto, dió aviso para que le enviasen socorro. Tenia el Rey don Fernando gran deseo de hacer en persona guerra á Portugal por parecelle que con esto ganaba reputacion, pues mostraba en ello tener tantas fuerzas y ánimo que no solo defendia su reyno sino acometia las tierras de sus contrarios: intento que ni al Rey de Aragon su padre, ni á los mas prudentes pareció bien; porque á qué propósito sin gran esperanza poner á riesgo su persona? á qué fin aventurar su estado, de que tenia pacífica posesion, y ponello todo al trance de una batalla? Encargó pues el cuidado de aquella guerra al maestre de Santiago don Alonso de Cárdenas: dióle mil y quinientos caballos y quince mil infantes, esto por el mes de agosto. El ruido fue mayor que el provecho, mayormente que don Juan príncipe de Portugal recobró á Mora, con que todos aquellos intentos se desbarataron. Importaba mas confirmar en su servicio á Truxillo: á esta causa despues per Córdova los Reyes pasaron allá. En este tiempo en Francia en un pueblo llamado Laudo en la comarca de Cahors, á once de setiembre por medio de embaxadores que se enviaron sobre el caso, se concertó

casamiento entre don Fadrique hijo segundo del Rey de Nápoles y madama Ana hija de Amadeo duque de Saboya. El Rey de Francia á la desposada por ser hija de su hermana señaló en dote un estado principal en Francia, y entretanto que no se le daba, y hasta que el Rey de Aragon pagase el dinero sobre que tenian diferencias, ofreció de dalle en prendas lo de Ruysellon y Cerdania. Dió este negocio gran desabrimiento á los Reyes padre y hijo: sobre todo se ofendieron del Rey de Nápoles, que sin respeto de ser tan parientes parecia hacer mas caso de la amistad de Francia que de la de España, y sentian mucho aceptase, aunque se los ofreciesen, aquellos estados sobre que ellos traían pleyto y guerra, mayormente que el tiempo de las treguas que tenian con el Rey de Francia, espiraba, y corria peligro no volviesen á las armas en sazon muy poco á propósito para la una nacion y la otra. El Frances ocupado en apoderarse de Flandes parecia no hacer caso de todo lo demas. En Castilla aun no estaban del todo las cosas apaciguadas á causa que el Rey de Portugal se apercebia de nuevo para la guerra, y la condesa de Medellin doña Beatriz Pacheco muger de ánimo varonil juntamente con el clavero de Alcántara Alonso de Monroy andaban alborotados. Por esto Juan de Gamboa gobernador de Fuente-Rabía, y el arcediano de Almazan por mandado del Rey don Fernando trataron con los embaxadores de Francia que vinieron á Bayona, de asentar una nueva confederacion. Diéronse tan buena maña en ello, y apretaron el tratado de suerte que á diez de octubre concertaron que las treguas se mudasen en paces con las mismas condiciones que antes de aquella guerra de tiempo antiguo hobo entre aquellas dos casas reales: comprehendieron tambien en las paces al Rey de Aragon; lo qual qué otra cosa era

sino hacer burla dél, pues no le restituían el estado sobre que era el debate? Asentaron empero que se nombrasen por cada parte dos jueces para componer esta diferencia y las demas que quedasen por determinar. El alegria que toda Castilla recibió por esta causa, se aumentó con otras dos ocasiones: la una fue que don Enrique conde de Alba de Liste y tio del Rey vino á Truxillo puesto en libertad de la prision en que le tenian desde la batalla de Toro; la otra que el arzobispo de Toledo forzado de la necesidad, ca le tenian embargadas todas sus rentas y tomados los mas de sus lugares, se reduxo últimamente al servicio del Rey don Fernando, y para mas seguridad entregó todos sus castillos, que se tuviesen por el Rey. Achacábanle que de nuevo traía inteligencias con el Rey de Portugal, y que le atizaba para que entrase en Castilla (1); todavia el arcediano de Toledo llamado Tello de Buendia, hombre docto y grave, y que adelante murió obispo de Córdova, enviado para descargar al arzobispo su amo, con su buena diligencia alcanzó de los Reyes que le diesen perdon, quier fuese verdadero, quier falso aquel cargo. Demas desto en Roma el Pontífice Sixto revocó la dispensacion que dió al Rey de Portugal para casar con su sobrina doña Juana, en que al parecer de algunos se tuvo mas cuenta con dar gusto al Rey de Nápoles que hacía sobre esto grande instancia, que con la constancia y autoridad pontifical: asi por el mes de diciembre envió un breve á España en este propósito. Para dar orden en todo, y sobre todo para asentar las paces con Francia trataban los Reyes padre y hijo de tener habla entre sí, y á este fin ir á Molina y á Daroca, quando al Rey de

(1) Hern. de Pulgar, en sus Claros varones.

Aragon sobrevino en Barcelona una dolencia de que murió un martes á diez y nueve de enero, principio
1479. del año de nuestra salvacion de mil y quatrocientos y setenta y nueve: su cuerpo enterraron en Poblete. Su pobreza era tal que para el gasto del enterramiento fue menester empeñar las alhajas de la casa real. Vivió ochenta y un años, siete meses y veinte dias: tuvo siempre el cuerpo recio y á propósito para los trabajos de la guerra y de la caza, el ánimo vivo y despierto, y que por la grandeza y variedad de las cosas que hizo, junto con los muchos años que reynó, se puede igualar con los grandes Reyes; verdad es que afeó lo postrero de su edad con el apetito que tenia mas que fuerzas para la deshonestidad, ca puso los ojos y su aficion en una moza de buen parecer llamada Francisca Rosa, que trató el tiempo pasado de casarla con don Jayme de Aragon, aquel de quien se dixo que hizo justiciar en Barcelona. En su testamento que tenia hecho diez años antes deste, dió orden se hiciesen muchas obras pías, muestra de su christiandad, en particular que se edificasen dos templos y monasterios de la orden de San Gerónimo, que son al presente muy señalados en santidad y devocion, el uno de Santa Engracia en Zaragoza, que está pegado con el muro de la ciudad, el otro en Cataluña, su advocacion de Santa María de Belpuche; su hijo cumplió enteramente lo que en esta parte dexó ordenado. Mandó otrosí que heredasen el reyno de Aragon los nietos del Rey don Fernando su hijo, aunque fuesen de parte de hija, en caso que no tuviese hijo varon. Item que los tales nietos fuesen preferidos á las hijas del mismo: ordenacion bien estraña. Asi ruedan, y muchas veces por voluntad de los Reyes se mudan y truecan los derechos de reynar y de la sucesion real.

CAPITULO XIX.

De doña Leonor Reyna de Navarra.

Por la muerte del Rey de Aragon (como era necesario, y como él lo dexó proveido en su testamento) se dividieron sus estados: lo de Aragon quedó por el Rey don Fernando, la princesa doña Leonor por parte de su madre heredó el reyno de Navarra. Estaba viuda de siete años antes, y por el mismo caso sugeta á contínuas y muy grandes desgracias: aquella gente andaba como furiosa, dividida en sus antiguas parcialidades, que parece era castigo y pena de la muerte impía dada á don Nicolás obispo de Pamplona, y no castigada como fuera justo; llevaban lo mejor los biamonteses, contrarios á la nueva Reyna. Demas de la culpa ya dicha castigaba Dios á aquella familia y generacion destos príncipes, y congoxaba sus ánimos en venganza de las injustas muertes que se dieron á don Carlos príncipe de Viana y á doña Blanca su hermana, sin dexar reposar á los culpados, ni quedar alguno que no fuese castigado. El reynado de doña Leonor fue muy breve, que aun no duró mes entero. En hijos y sucesion fue mas afortunada que en su vida: tuvo quatro hijos, Gaston el mayor, Juan, Pedro, Jacobo; cinco hijas, María Juana, Margarita, Catharina y Leonor: de todos y en particular de cada uno se dirá alguna cosa como príncipes de quien se deducen los linages de muchas y grandes casas. Gaston murió como queda dicho: dexó dos hijos, que fueron Francisco Phebo y Catharina, Reyes el uno en pos del otro de Navarra. Juan fue señor de Narbona, ciudad que su padre compró con dineros: tuvo por hijos á Gaston y á doña Germana; Gaston murió en la de Ravena en

que era general por el Rey Luis Doceno de Francia, doña Germana casó con el Rey don Fernando el Cathólico, viudo de su primer matrimonio. Pedro se dió á las letras y á los exercicios de la piedad, y el Pontífice Sixto le hizo cardenal. Jacobo se exercitó con grande ánimo en la guerra sin casarse en toda la vida, bien que tuvo algunos hijos fuera de matrimonio; ni muy señalados, ni tampoco de poca cuenta. María la hija mayor casó con Guillermo marques de Monferrat. Juana con el conde de Armeñac, llamado Juan. Con Francisco duque de Bretaña casó Margarita, y deste matrimonio quedaron dos hijas llamadas Ana y Isabel: Ana como heredera de su padre juntó aquel estado con la casa de Francia, porque casó con Carlos Octavo, y muerto este, con Luis Doceno, Reyes que fueron de Francia. Catharina, quarta hija de doña Leonor, casó con Gaston de Fox conde de Candalla: parió dos hijos, y una hija que se llamó Ana y casó con el Rey Ladislao de Hungría. Leonor la menor de las hijas desta nueva Reyna falleció doncella en edad de casar. La cepa de toda esta generacion, que fue esta Reyna doña Leonor, por tener el cuerpo quebrantado con los trabajos, y el corazon aquexado con las penas, falleció á doce de febrero en Tudela do comenzó á reynar. Mandó en su testamento que en Tafalla de su hacienda se edificase una iglesia de Franciscos, y que alli fuese enterrado su cuerpo y trasladados los huesos de la Reyna doña Blanca su madre que depositaron los años pasados en la iglesia de Nuestra Señora de Nieva, pueblo en Castilla la vieja no lexos de Segovia. Fue tanta su pobreza, por estar consumidas las rentas reales á causa de los alborotos y parcialidades, que por falta de dineros era forzada para sustentar su casa á vender las joyas de su persona. Su-

cedióle en el reyno su nieto Francisco en edad de solos once años: por su estremada hermosura le llamaron Phebo por sobrenombre. Encargáronse del gobierno hasta tanto que fuese de edad conveniente, madama Madalena su madre y el cardenal su tio llamado Pedro: cargo que exercitaron prudentemente segun los tiempos tan estragados. Tuvo la Reyna difunta poca ayuda en sus trabajos del Rey de Castilla su hermano: por esto no le nombró en su testamento; antes por su mandado, y por ser ellos de nacion franceses comenzaron los gobernadores á inclinarse á la parte de Francia: cosa muy perjudicial para ellos, y ocasion que en breve perdiesen aquel su antiguo reyno. Esto era la que se hacía en Navarra. En Castilla andaban algunas opiniones nuevas en materia de religion. Fue asi que Pedro Oxômense lector que era de theología en Salamanca, hombre de ingenio atrevido y malo, publicó un libro lleno de muchas mentiras que no será necesario relatar aquí por menudo, basta saber que principalmente se enderezaba contra la magestad de la iglesia romana, y el sacramento de la confesion: por una parte decia que el Sumo Pontífice en sus decretos y determinaciones puede errar, por otra porfiaba que los sacerdotes no tenian poder para perdonar los pecados, y que la confesion no era institucion de Christo, sino remedio inventado por los hombres, aunque provechoso para enfrenar la maldad y la libertad de pecar. Para reprimir este atrevimiento el arzobispo de Toledo por mandado del Papa Sixto juntó en Alcalá, donde era su ordinaria residencia, personas muy doctas, con cuya consulta condenó aquellas opiniones, y puso pena de descomunion á su autor, si no las dexaba y retrataba: pronuncióse esta sentencia á veinte y quatro de mayo, y poco despues

el Pontífice Sixto la confirmó en una bula suya. Escribió contra el dicho Pedro un libro asaz grande Juan Prexano, theólogo señalado en aquella edad, y adelante obispo de Ciudadrodrigo: su estilo es grosero, conforme al tiempo, el ingenio agudo y escolástico. Haciase la guerra sobre el estado de Villena, ca el marques porque no cumplian con él, acudió á las armas, y en sazon que la gente del Rey se puso sobre Chinchilla, el marques de Villena vino á dalle socorro, y con su venida forzó á los contrarios á alzar el cerco. Demas desto de los dos capitanes principales que hacían la guerra por el Rey, Pero Ruyz de Alarcon fue desbaratado cerca del Alverca por Pedro de Baeza, y don Jorge Manrique en una nueva refriega que tuvo con el mismo Pedro de Baeza cerca de Cañavete, salió herido, de que poco despues murió: gran lástima que tal ingenio faltase en lo mejor de su edad. El marques de Villena quedaba por el mismo caso cargado de haber tomado las armas contra la gente del Rey: él se escusaba con las insolencias de aquellos capitanes que le forzaron á defenderse; alegaba otrosí que no tenia otros nuevos tratos ni con el Rey de Portugal, ni con el arzobispo de Toledo. Estas escusas, sea verdaderas, sea aparentes, últimamente le valieron para que no fuese mas maltratado, ni se procediese con mas aspereza contra él. Sucedió en esta guerra un caso extraordinario y digno que se sepa. Los del Rey hicieron ahorcar á seis de los muchos prisioneros que tenian: en venganza desto Juan Berrío capitan por el marques mandó que se hiciese otro tanto con los cautivos que tomára de los contrarios. Echaron suerte entre todos para se executar: tenian presos dos hermanos, el uno que tenia muger y hijos, el otro mancebo, cuyos nombres no se saben, el caso es muy cierto;

cupo la triste suerte al casado, y executárase si no fuera por la instancia del otro hermano que se ofreció en su lugar para ser puesto en el palo, como al fin se hizo despues de muchas lágrimas y porfia que hobo entre los dos, con grande lástima de todos los que se hallaron presentes á un tan triste y tan cruel espectáculo.

CAPITULO XX.

De las paces que se hicieron entre Castilla y Portugal.

A los Reyes don Fernando y doña Isabel vino nueva de la muerte del Rey don Juan, y de la herencia que por el mismo caso les venia de la corona de Aragon en sazon que en Estremadura se ocupaban en apaciguar los alborotos que en aquella tierra causaban la condesa de Medellin doña Beatriz Pacheco y el clavero de Alcántara don Alonso de Monroy. La condesa era de ánimo mas que de muger, pues tuvo preso algunos años á su mismo hijo don Juan Portocarrero, y por remate le echó de su casa; que fue la causa para tomar las armas, ca temia no la forzasen por justicia á restituir á su hijo aquel condado como herencia de su padre, sobre lo qual le tenia puesta demanda: pretendia otrosí no le quitasen la ciudad de Mérida, en que tenia puesta guarnicion de soldados. El clavero sentia mucho que le hobiesen injustamente, como él se quexaba, quitado el maestrazgo de su orden por dárselo á don Juan de Zúñiga. Con este color se apoderaba con las armas de muchos lugares de aquella orden. Demas desto trataban los Reyes de apercebirse para la guerra de Portugal, que se temia sería mas brava que antes. Pero

como quier que todos se hallasen cansados, y entendiesen quán miserable cosa sea la guerra civil, que hace á los hombres furiosos, y al vencedor por gratificar á los que le ayudan, pone en necesidad de hacer muchos desaguisados contra su voluntad, acordaron de mover tratos de paz; de que tanto mayor deseo tenian los portugueses que junto al Albufera dos leguas de Mérida quedaron rotos en una batalla señalada que les dió el maestre de Santiago á los veinte y quatro de febrero. El destrozo fue tan grande que pocos pudieron salvarse en Mérida, que como se ha dicho se tenia por la condesa de Medellin. En esta batalla el maestre se mostró muy prudente y esforzado; con él otros capitanes, entre los demas Diego de Vera, que mató al alferez real y le tomó el estandarte. El premio al maestre quitalle la pension de tres cuentos que le pusieron quando los Reyes le dieron el maestrazgo: á Diego de Vera y á otros capitanes diferentes mercedes. Con esta ocasion doña Beatriz, tia que era de la Reyna doña Isabel de parte de madre, y duquesa de Viseo, viuda y tambien suegra de don Juan príncipe de Portugal, señora por todo esto de grande autoridad, y prudencia no menor, tomó la mano para concertar estas diferencias entre Portugal y Castilla. Era cosa muy larga para el Rey don Fernando esperar el remate en que estas práticas paraban, por el deseo que tenia de ir á tomar posesion del reyno de su padre, en que resultaban novedades en tanto grado que para enfrenar el orgullo de los navarros, que en aquel reyno se habian apoderado de algunos castillos mal apercebidos, y no dexaban de hacer robos y cabalgadas en la tierra, los aragoneses convocaron cortes sin dar al nuevo Rey dello parte: resolucion que si bien no se tiene por ilícita conforme á los fueros de Aragon,

era muy pesada, y convenia atajalla. Todo esto le puso en necesidad de remitir á la Reyna el cuidado de tratar y concluir las paces con su tia. Para este efecto se acordó entre las dos habla en la villa de Alcántara. Esto concertado, él se fue á Guadalupe para de camino visitar aquella santa casa, y hacer en ella sus votos y plegarias. Desde allí por Santolalla, villa no lexos de Toledo, y por Hariza y Calatayud entró en Aragon. En Zaragoza hizo su entrada á veinte y ocho de junio con toda solemnidad y grande aplauso de la ciudad y concurso del pueblo que le salió al encuentro. Iba á su lado Luis Naia, el principal y cabeza de los jurados: el Rey quitado el luto, á caballo debaxo de un pálio, vestido de brocado y con un sombrero muy rico. El pueblo á voces pedia á Dios fuese su reynado dichoso y de muchos años. Ocupóse en aquella ciudad en hacer justicia y dar grata audiencia á todos los que se tenian por agraviados. Poco despues pasó á Barcelona. Allí trató de recobrar lo de Ruysellon y de Cerdania, si bien por entonces no tuvo efecto: no estaba aun el negocio sazonado, dado que no andaba muy lexos de madurarse; solo por entonces se nombraron los quatro jueces para concertar todas las diferencias que resultaban entre el Rey de Francia y el de Aragon, conforme al acuerdo que en Bayona se tomó. De Barcelona dió el Rey vuelta á Valencia: allí fue recebido con las mismas muestras de alegria que en los otros estados. En aquella ciudad atendió á sosegar ciertos alborotos nuevos que se levantaron á causa que don Ximeno de Urrea vizconde de Biota con mano armada al improviso prendió á don Jayme de Pallas vizconde de Chelva, y con él á su muger: el achaque era que le pertenecian á él los pueblos de Chelva y de Manzanera que su contrario poseía. El que

pudiera seguir su justicia, por acudir á las armas y usar de fuerza perdió su pretension, como era justo. Lo primero por mandado del Rey dexaron las armas: despues á cabo de tres años que duró el pleyto, los jueces movidos por el atrevimiento de don Ximeno dieron contra él la setencia, y adjudicaron aquellos pueblos á su contrario don Jayme de Pallas. En el mismo tiempo la Reyna doña Isabel y doña Beatriz su tia se juntaron en Alcántara. Gastáronse dias en demandas y respuestas. Por conclusion pusieron por escrito estas capitulaciones: Que el Rey de Portugal no se intitulase Rey de Castilla, ni traxese en sus escudos las armas de aquel reyno; lo mismo hiciese el Rey don Fernando en lo tocante al reyno de Portugal: que la pretensa princesa doña Juana casase con el príncipe don Juan hijo del Rey don Fernando luego que él tuviese edad bastante: que si el príncipe llegado á los años de discrecion no viniese en aquel casamiento, pagasen en tal caso sus padres á doña Juana cien mil ducados: que todavia ella tuviese libertad, si le pareciese mucha la tardanza y no quisiese aguardar, de meterse monja: item que con don Alonso nieto del Rey de Portugal y su heredero casase doña Isabel hija de los Reyes de Castilla: á los nobles de Castilla no se les diese acogida en Portugal por ser ocasion de revueltas y alteraciones: de la navegacion y descubrimiento y conquista de las riberas de Africa á la parte del mar Océano, acordaron quedase para siempre por los Reyes de Portugal, sin que nadie les pusiese en ello impedimento: últimamente para seguridad que todas estas capitulaciones se cumplirian, la misma doña Juana y doña Isabel hija del Rey don Fernando, y don Alonso nieto del Rey de Portugal fuesen puestos como en rehenes para que la duquesa misma doña

Beatriz los tuviese en su poder en el castillo de Mora; demas desto el Rey de Portugal á la raya de Castilla diese en prendas de que guardaria lo concertado, otros quatro castillos. Desta manera se dexaron las armas, y cesó la guerra que duró tanto tiempo en gran daño de las dos naciones, mayor de la portuguesa. Los regocijos y procesiones que por estas paces el mes de octubre se hicieron en toda España, fueron extraordinarios. La una nacion y la otra, que antes se hallaban temerosas y cuidadosas del suceso y remate de aquella guerra, trocaban el temor en alegria, y concebian en sus ánimos mejor esperanza para adelante. Todos alababan mucho la prudencia y valor de la duquesa de Viseo doña Beatriz. El mismo Rey don Fernando desde Valencia, do le tomó esta alegre nueva, acudió á Toledo al fin deste año. Doña Isabel su muger Reyna mas esclarecida que antes, y de mayor crédito por las paces que hizo tan á ventaja suya, le aguardaba en aquella ciudad. Allí se dobló aquella alegria á causa que la Reyna doña Isabel parió á seis de noviembre una hija que se llamó doña Juana, la qual tenia determinado el cielo heredase finalmente los reynos de sus padres y de sus abuelos. Poco despues desto la pretensa princesa doña Juana vista la burla que della se hizo, bien que con muestra de querella honrar, se metió monja en Santa Clara de Coimbra: manera de vida que si bien la tomó forzada de la necesidad, perseveró en ella muchos años en mucha virtud hasta lo postrero de su vida, enfadada de la inconstancia y variedad de las cosas que por ella pasaron. Sin embargo los infantes doña Isabel y don Alonso (segun que dexaron acordado) fueron entregados á doña Beatriz para seguridad que las demás condiciones se cumplirian. Juntamente la condesa de Medellin y el clavero de Al-

cántara de su voluntad se reduxeron á mejor partido. Lo mismo hicieron otros nobles de Castilla que eran la principal fuerza del partido de Portugal. El marques de Villena otrosí mudadas algunas condiciones de las que antes le ofrecieran, volvió otra vez en la gracia de los Reyes, que fue por principio del año
1480. mil y quatrocientos y ochenta. En virtud del nuevo asiento el marques se quedó con los estados de Escalona y Belmonte: Villena y Almansa con las demas villas de aquel estado quedaron por los Reyes. Pasó por esto el marques por entender fuera poco acierto trabajar en lo que no podia alcanzar, y por pretender recobrar lo perdido poner á riesgo lo que le quedaba. Desta manera se enflaquecieron las fuerzas y poder del de Villena: por el mismo caso la concordia tuvo mas seguridad. Renato duque de Anjou, príncipe señalado asi por sus adversidades como por su larga vida, falleció en Francia por el mes de enero. Hasta el fin de su vida se intituló Rey de Aragon, de Sicilia y de Jerusalem, apellidos de solo título, vanos y sin fruto alguno, ni esperanza de recobrallos. Nombró por su heredero universal en su testamento á Carlos su sobrino hijo de Carlos su hermano: á Renato duque de Lorena nieto suyo de parte de madre dexó el ducado de Bari, estado principal que él mismo poseia en Francia.

CAPITULO XXI.

Que el Rey de Portugal falleció.

Tuviéronse en Toledo cortes generales de Castilla: concurrieron á ellas muchas gentes, los votos fueron libres, y muchas las quexas. Los pueblos pretendian que los nobles robaban las haciendas de los pobres, y

que su avaricia tenia los tesoros reales consumidos, las rentas públicas enagenadas, de que resultaba necesidad de intentar cada dia nuevas imposiciones en grave perjuicio de los que las pagaban. Tratóse de remedio: nombráronse jueces que oidas las partes pronunciaron que las donaciones hechas imprudentemente por el Rey don Enrique, ó ganadas como por fuerza por la revuelta de los tiempos no fuesen válidas. El atrevimiento de los nobles y sus demasías con todo esto no se podian refrenar, ni hacer que los magistrados y leyes tuviesen autoridad, por estar todo muy estragado; solamente por el mes de mayo todos los tres brazos juraron á don Juan hijo de los Reyes por príncipe y heredero de sus padres y de sus estados para despues de sus dias, todo á propósito de ganar mas autoridad y asegurar mas el reyno. Parecia que con aquel nuevo vínculo del juramento sosegarian las voluntades dudosas de los naturales en su servicio. Desta manera asentadas las cosas de Castilla la nueva pasaron los Reyes á Medina del Campo y á Valladolid: hiciéronse en aquellas partes algunos castigos señalados de personas nobles por delitos que cometieron, con que otros quedaron escarmentados. Los gallegos por ser gente feroz todavia no sosegaban, antes las ciudades de Lugo, Orense, Mondoñedo y tambien Bivero y la Coruña no querian obedecer ni allanarse á los Reyes. Despacharon á Hernando de Acuña, y un jurista llamado García de Chinchilla para quietar aquellos movimientos. Estos con una junta que hicieron de aquella gente en Santiago, y con justiciar al mariscal Pedro Pardo y otros hidalgos revoltosos pusieron en todos grande espanto. Desta manera la autoridad de los Reyes quedó en aquella provincia en su punto, y las leyes y magistrados despues de mucho tiempo cobraron las fuer-

zas que antiguamente tenian, sin embargo que el Rey don Fernando se hallaba ausente, y era ido á Cataluña, que es lo postrero de España, con esta ocasion. El gran Turco Mahomete soberbio por las muchas victorias que ganára, combatia la isla de Rhodas, que era un fortísimo baluarte por aquella parte de todo el imperio de los christianos: teníala cercada por mar y por tierra: gastó en esto en balde tres meses á causa que aquellos caballeros se defendieron valerosamente, y que el Rey de Nápoles les envió dos naves cargadas de municiones, vituallas y soldados. Con este socorro los turcos, perdída la esperanza de salir con la empresa, alzado el cerco parte dellos por mar se fueron á la Bellona ciudad de Macedonia, puesta sobre el golfo de Venecia enfrente de la Pulla provincia del reyno de Nápoles. Con esta armada el Basa llamado Acomates pasó en Italia, y tomó por fuerza la ciudad de Otranto á trece de agosto: el estrago fue grande; no perdonaron aquellos bárbaros á ninguna persona, fuese soldado, ó de otra calidad. Desde allí hacían correrías por toda la Pulla, y todo lo ponian á fuego y á sangre: lo demas de Italia por el mismo caso estaba con gran miedo, y aun las naciones estrañas no se aseguraban. Este recelo movió á los Reyes christianos á juntar sus fuerzas para acudir á apagar aquel fuego; en particular el Rey don Fernando envió á Gonzalo Beteta por su embaxador al Papa Sixto que á la sazon parecia estar algo desabrido y desgustado con el Rey, de que se vieron muchas muestras; y de nuevo se confirmó esta sospecha á causa que sin dar al Rey parte nombró al arzobispo de Toledo, sin embargo de su condicion, por su legado en España. El comun peligro que todos corrian, pudo mas que los particulares desgustos para que tratasen de poner remedio en aquel daño. Con este intento de nuevo envió otrosí

á don Juan Melguerite obispo de Girona desde Barcelona, por el mes de febrero del año mil y quatro- 1481.
cientos y ochenta y uno, á los príncipes de Italia para hacer liga con ellos. Junto con esto el Rey en Barcelona para acudir con sus fuerzas hizo juntar una armada de treinta y cinco baxeles entre mayores y menores: lo mismo hizo el Rey de Portugal, que armó para este efecto veinte naves. Iban estos socorros muy despacio: asi don Alonso duque de Calabria con las fuerzas do Italia que juntó, aunque con dificultad, en fin apretó á aquellos bárbaros con un cerco que puso á aquella ciudad. Pudiera durar mucho tiempo la guerra y el cerco, y tener grandes dificultades, si no sobreviniera nueva de la muerte del gran Turco Mahomete, que falleció en Nicomedia de Bithynia á tres de mayo. Los turcos con este aviso el quinto mes despues que el cerco se puso, rindieron la ciudad á partido que los dexasen ir libres. Quedóse el duque de Calabria con parte de aquella gente, que serian hasta mil y quinientos turcos, para ayudarse dellos contra florentines. Decíase comunmente que se les empleaba bien este daño, por ser ellos los que hicieron venir aquella gente á Italia; si bien muchos sospechaban era invencion de don Alonso á propósito de cargar á sus enemigos el odio que contra él de entretener esta gente resultaba. Por la muerte de Mahomete se levantaron en Constantinopla grandes alteraciones: unos querian por Emperador á Bayazete hijo mayor del difunto, otros á Gemes su hermano con color que su padre le hobo ya que era Emperador. Llegó el negocio á las armas y á las manos. Bayazete venció á su hermano junto á Prusia ciudad de Bithynia, y le forzó á huirse primero á Egypto y despues á Rhodas. Los caballeros de Rhodas, recebido que lo hobieron y tratado muy bien, entre muchos

príncipes que le pidieron, le enviaron como en presente al Rey de Francia. Los socorros de Aragon y de Portugal fueron de poco efecto á causa que nuestras armadas llegaron á aquellas riberas despues que Otranto se rindió. Desta tardanza, demas de caer aquellas partes tan lexos de España, fueron ocasion otras ocupaciones en que aquellos dos Reyes se hallaban embarazados; el Rey don Fernando en las cortes de Aragon que se tenian en Calatayud, adonde la Reyna doña Isabel por mandado de su marido traxó á su hijo el príncipe don Juan: quedó encomendado el gobierno de Castilla al almirante don Alonso Enriquez y al condestable Pero Hernandez de Velasco. Lo que pretendian los Reyes, era que los aragoneses le jurasen por príncipe y heredero de aquel reyno, como lo hicieron á veinte y nueve de mayo: lo mismo se hizo poco despues en Barcelona por lo que tocaba al principado de Cataluña. Demas desta ocupacion un nuevo cuidado sobrevino al Rey don Fernando de parte del reyno de Navarra. Fue asi que dos tios del nuevo Rey, es á saber el cardenal Pedro y Jacobo su hermano vinieron á Zaragoza: alli habida audiencia, en una larga plática que tuvieron, pusieron delante los ojos al Rey las miserias de aquella nacion: que los alborotados estaban apoderados de las ciudades y pueblos, los biamonteses de Pamplona, los contrarios de Estella, Sangüesa y Olite: que al Rey de Navarra no le quedaba mas que el nombre, sin autoridad, ni fuerzas. Para movelle á compasion de aquellos daños alegaban el deudo muy estrecho y flaqueza de aquel príncipe mozo. Quexáronse de don Luis conde de Lerin, que como hombre que era bullicioso y atrevido, no cesaba de hacer muertes, quemas y robos en sus contrarios, y por engaño diera la muerte á Pedro de Navarra, y á Philipe su hijo mariscales de Navarra: que

por la muerte del condestable Pedro de Peralta se apoderó por fuerza de aquel oficio, y con él hacía mayores desaguisados; por tanto le suplicaban acorriese á aquel reyno miserable, y le librase de la boca de aquella codicia y furia infernal: que Troylo Carrillo yerno de Pedro de Peralta, y heredero de su casa por via de su muger, no tenia bastantes fuerzas para resistir al atrevimiento de su contrario el conde de Lerin, que solo en comun y en particular podia mas que todo el resto. Oyó esta embaxada el Rey don Fernando: prometió tendria cuidado de las cosas del Rey Francisco, y para muestra desta su voluntad envió con estos príncipes personas á propósito para que de su parte avisasen á los alborotados que se templasen, y prestasen el vasallage debido á su Rey. Hízose en Tafalla una junta y cortes de aquel reyno: los embaxadores representaron á los presentes lo que les fue mandado; respondieron los navarros que si el Rey no habia tenido libre entrada en el reyno, no era por culpa de todos, sino de algunos pocos que alteraban el reyno: que si él viniese, los pueblos no faltarian en ninguna cosa de las que deben hacer buenos vasallos. Esta respuesta dió contento, y asi se trató con el Rey don Fernando que el Rey Francisco viniese á Pamplona. Pareció debia venir guarnecido de soldados para que en aquella revuelta de tiempos alguno no se le atreviese. Esto se trataba en los mismos dias que al Rey de Portugal sobrevino la muerte en Sintra: á veinte y ocho de agosto falleció en el mismo aposento en que nació; su cuerpo llevaron á Aljubarrota. Sucedióle en su reyno y estado su hijo don Juan Segundo deste nombre: por la grandeza de su ánimo y gloria de sus hazañas tuvo renombre de Grande. Este príncipe por toda su vida tuvo grande enemiga con los Reyes de Castilla como tambien su padre: el pa-

dre procedió mas al descubierto y á la llana, el hijo mas astutamente, y por tanto con mayor rabia descargó la saña sobre algunos señores de su reyno que sospechaba favorecian el partido de Castilla, como luego se dirá. Por lo demas en la clemencia, piedad, severidad contra los malhechores, en agudeza de ingenio, presta y tenaz memoria igualó á los demas Reyes de su tiempo, y aun se aventajó á muchos dellos. Suya fue aquella sentencia: «El reyno ó halla á los »príncipes prudentes, ó los hace:" por el perpétuo trato que tienen con hombres de grandes ingenios, aventajados en todo género de saber, quales son muchos de los que andan en los palacios reales, ademas que los que tratan con los príncipes, usan de palabras muy estudiadas á propósito de salir con lo que pretenden y dar muestra de lo que saben.

CAPITULO XXII.

De la muerte de tres príncipes.

En tres años contínuos fallecieron continuadamente otros tantos príncipes: en Marsella al fin deste año falleció Carlos duque de Anjou; dexó por su heredero al Rey de Francia. Quántos torbellinos y tempestades se levantarán contra Italia por esta causa? por la muerte deste príncipe al cierto se juntaron con el reyno de Francia dos estados muy principales, el de Anjou y el de la Provenza, sin otras pretensiones que turbaron el mundo. El año luego siguiente de mil y quatrocientos y ochenta y dos á primero de julio falleció don Alonso Carrillo y de Acuña arzobispo de Toledo: bien que de larga edad, siempre de ingenio muy despierto y á propósito no solo para el gobierno sino para las cosas de la guerra: retiróse los años postre-

ros forzado de la necesidad, y por desabrimiento mas que de su propia voluntad. Sepultáronle en la capilla mayor de la iglesia de San Francisco, monasterio que él mismo á su costa edificó en Alcalá de Henares, donde pasó lo postrero de su edad en mejores exercicios (1). Erigió otrosí la iglesia de Sant Iuste parrochîal de aquella villa en colegial, siete dignidades, doce canónigos, siete racioneros. Fue muy dado al alchîmia, y murió pobre; todavia se dice dexó cantidad de dinero llegado para reparar la escuela de Alcalá, de que se ayudó despues el cardenal fray Francisco Ximenez para lo mucho que alli hizo los años adelante. A mano izquierda del sepulcro del arzobispo sepultaron asi mismo el cuerpo de Troylo su hijo; mas el cardenal don fray Francisco Ximenez por ser cosa fea que hobiese memoria tan pública de la incontinencia de aquel prelado, hizo que el dicho sepulcro se quitase de alli, y le pasasen al capítulo de los frayles. Deste Troylo y de su hijo don Alonso, que fue condestable de Navarra, descienden los marqueses de Falces, señores conocidos en aquel reyno: su apellido de Peralta. Sucedió en la iglesia de Toledo y en aquel arzobispado el cardenal de España, gran competidor de don Alonso Carrillo, y que acompañó á los Reyes en el viage de Aragon. Sus padres Iñigo Lopez de Mendoza marques de Santillana y doña Cathalina de Figueroa: sus hermanos Diego Hurtado de Mendoza primer duque del Infantado, Lorenzo y Iñigo, condes el primero de Coruña, el otro de Tendilla, y otros. Fue este prelado gran personage no mas por la nobleza de sus antepasados que por sus

(1) Alvar Gomez en la vida del carden. fr. Francisco Ximenez, fol. 93. Hernan. de Pulgar en sus Claros varones.

grandes partes y virtudes: con aquella dignidad le quisieron pagar sus servicios y la voluntad que siempre tuvo de ayudar al público; á don Iñigo Manrique obispo de Jaen trasladaron en lugar del cardenal al arzobispo de Sevilla. En Navarra despues de una nueva alegria se siguió un trabajo y revés muy grande; que asi se aguan los contentos y se destemplan. El Rey Francisco desde Francia (ca se entretuvo alli por las revueltas grandes y largas de Navarra) últimamente, como tenian concertado, en compañía de su madre y de sus tios, y de muchos nobles que de Francia y de Navarra le acompañaban, llegó á Pamplona. Recibiéronle los naturales con grande aplauso y solemnidad, y en la iglesia mayor de aquella ciudad, se coronó por Rey y se alzaron los pendones reales por él á tres dias de noviembre. Estaba en la flor de su edad, era de quince años, su belleza por el cabo, de muy buenas inclinaciones. Lo primero que hizo, fue mandar sopena de muerte que ninguno se llamase de alli adelante ni biamontes, ni agramontes, apellidos de bandos odiosos y perjudiciales en aquel reyno. A don Luis conde de Lerin hizo condestable, como antes se lo llamaba, y juntamente le hizo merced de Lárraga y otros pueblos; deseaba con esto ganalla por ser hombre poderoso y grangear los de su valía: acuerdo muy avisado, vencer con beneficios á los rebeldes. Visitó el reyno, castigó los malhechores, estableció y dió orden que los magistrados fuesen obedecidos. Trataban de casalle para tener sucesion. El Rey don Fernando pretendia desposalle con su hija doña Juana: el de Francia era de parecer que casase con la otra doña Juana de Portugal, bien que ya era monja profesa. Queria por esta via con las armas de Francia recobrar en dote el reyno de Castilla: á esto se inclinaba mas madama Madalena madre deste Rey,

muger ambiciosa y inclinada á las cosas de Francia. Por esto y por recelo de alguna fuerza ó engaño persuadió á su hijo que pasase los montes, do tenia grande estado: apenas era llegado, quando en la ciudad de Pau, ó de San Pablo, en Bearne á treinta de enero año de nuestra salvacion de mil y quatrocientos y 1483.
ochenta y tres le sobrevino una dolencia, y della la muerte, envidiosa, triste y fuera de sazon. Desta manera cayó por tierra la flor de aquella mocedad, como derribada con un torbellino de vientos, al tiempo que se comenzaba á abrir y mostrar al mundo su hermosura: su cuerpo enterraron en Lescar ciudad asi mismo de Bearne. Sucedióle en el reyno su hermana Catharina como era razon. Con su casamiento poco adelante pasó aquel reyno á los franceses, que no les duró, ni dél gozaron mucho tiempo: de que resultaron forzosamente alborotos, intentos descaminados de aquella gente, y en fin tiempos aciagos, como se puede entender por heredar aquel reyno una moza de poca edad, cuya madre era francesa de nacion y por el mismo caso poco aficionada á las cosas de España.

CAPITULO XXIII.

De una conjuracion que se hizo contra el Rey de Portugal.

En Portugal el Rey don Juan castigaba algunos de sus grandes que se conjuraron entre sí para dalle la muerte, y con la sangre de algunos se satisfacia de aquella celada que contra él tenian parada, á que el mismo Rey dió ocasion por ser de condicion áspera, y por su rigor en hacer justicia, y sobre todo por la soltura en el hablar. Esto tenia ofendido á los gran-

des: sobre todo los desgustaba que contra lo que antiguamente se acostumbraba, los alguaciles del Rey con el favor y alas que les daba, y porque asi se lo mandaba, se atrevian en sus estados contra su voluntad á prender y castigar á los malhechores. Consultaron entre sí lo que debian hacer, y por la poca esperanza que tenian de ser por bien desagraviados, se resolvieron en defender si fuese menester con las armas la libertad y privilegios que sus antepasados por sus servicios ganaron y dexaron á sus sucesores. Las principales cabezas en estos tratos eran los duques don Fernando de Berganza, y don Diego de Viseo por su nobleza, que eran de sangre real, y por sus estados los mas poderosos de aquel reyno. Juntábanse con ellos otros muchos como fueron el marques de Montemayor, el conde de Haro, los hermanos del duque de Berganza, don García de Meneses arzobispo de Ebora, y su hermano don Fernando: item don Lope de Alburquerque conde de Penamacor. La ocasion con que se descubrió esta conjuracion fue esta. Hacíanse cortes de aquel reyno en la ciudad de Ebora: ordenáronse algunas cosas muy buenas, y en particular que los señores no pudiesen libremente agraviar ni maltratar al pueblo, ni tuviesen ellos mas fuerza que las leyes y la razon. Quexábase el duque de Berganza que por este camino los desaforaban, y quebrantaban los privilegios y autoridad concedidos á sus antepasados: ofreciase á mostrar esto por escrituras bastantes, otorgadas por los Reyes en favor de los duques de Berganza. Buscaba por su orden estos papeles Lope Figueredo su contador mayor: halló á vueltas otros por donde constaba de algunos tratos que el duque traia con el Rey de Castilla en gran perjuicio de aquel reyno. Llevólos él con toda puridad y mostrólos al Rey; él enterado de la verdad le mandó

dexar traslado, y volver los originales donde los halló. Aconteció que la Reyna á la primavera del año mil y quatrocientos y ochenta y tres estaba en Almerin doliente de parto. 1483. Viniéronla á visitar su hermano el duque de Visco y su cuñado el duque de Berganza: acogiólos el Rey muy bien, y regalólos con mucho cuidado. Deseaba sin rompimiento remediar el daño: un dia despues de oir missa habló en secreto con el de Berganza en esta sustancia: «Duque primo, yo os juro por la missa que hemos oido, y por »el sagrado altar delante del qual estamos, que os »trato verdad en lo que os quiero decir: yo tengo »muy averiguados los tratos que en nuestro deservicio habeis traido con el Rey de Castilla, afrentosos »para vos, y muy fuera de lo que yo esperaba. Apenas acabo de creer lo que sé muy cierto, que con »hecho tan feo hayais amancillado vuestra casa, trocado en deslealtad los servicios pasados: con quánta »pena os digo esto! sea lo que fuere, yo estoy determinado de borrallo perpétuamente de la memoria, »y haceros mas crecidas mercedes, y honraros mas »que antes, con tal que os emendeis y querais estar »de nuestra parte. Dios fue servido que yo tuviese la »corona, y vos despues de mí el lugar mas preeminente en estado y autoridad, y riquezas poco menos »que de Rey, demas del casamiento en que me igualais, pues estamos casados con dos hermanas. Quién »romperá tan grandes ataduras de amistad? ó de »quién podreis esperar mayores mercedes y mas colmadas? El dolor sin falta os ha cegado; pero si en »nuestro nuevo reynado usamos de alguna demasía, »si nuestros jueces han hecho algun desaguisado, »fuera razon que con vuestra paciencia diérades exemplo á los otros: yo tambien avisado de buena gana »emendaré lo pasado; que para el bien y en pro del

»reyno fuera justo que me ayudárades no solo con »consejo sino con las armas; lo que os torno á en»cargar hagais con aquella aficion y lealtad que es»tais obligado." Alteróse el duque con las razones del Rey. Suplicóle no diese oidos ni crédito á los malsines, gente que quiere ganar gracia con hallar en otros faltas: que no amancillaria su casa con semejante deslealtad: que las mercedes eran mayores que los agravios: nunca Dios permitiese que él hiciese maldad tan grande, cosa que ni aun por el pensamiento le pasaba; todo lo qual afirmaba con grandes sacramentos: con esto se puso fin á la plática. El Rey se fue á Santaren, los duques á sus estados, los ánimos en ninguna manera mudados. Entretanto que esto pasaba, fray Hernando de Talavera prior de Prado, monasterio que es de Gerónimos junto á Valladolid, y confesor de los Reyes de Castilla, por su mandado fue á Portugal para confirmar de nuevo las avenencias puestas, y tratar que los infantes que pusieron en rehenes fuesen vueltos á sus padres, como se hizo; solamente mudaron en las capitulaciones de antes y concertaron que con el príncipe de Portugal don Alonso casase doña Juana la hija menor del Rey don Fernando, por ser los dos de una edad: con esto la infanta doña Isabel por fin del mes de mayo volvió á Castilla á poder de sus padres, y el príncipe don Alonso al de los suyos. Acompañóle el duque de Berganza para muestra de su voluntad hasta Ebora, en que la corte se hallaba: alli fue preso, ca se tenia aviso que por medio de Pedro Iusarte de nuevo volvia á los tratos de antes que tenia con el Rey don Fernando. Descubriólo Gaspar Iusarte hermano de Pedro Iusarte, y en premio deste aviso y oficio fueron adelante ambos honrados y galardonados, en particular á Pedro se hizo merced de un pueblo llamado

Arroyuelo. Pusieron acusacion al de Berganza, y oidos sus descargos, por no parecer bastantes le sentenciaron á muerte, como quien cometió delito contra la magestad. La sentencia se executó á veinte y dos de junio: aviso para los demas que pocas veces las novedades paran en bien, antes son perjudiciales, y mas para los mismos que les dieron principio; juntamente con el duque justiciaron otros seis hidalgos que hallaron culpados en aquel tratado. El condestable de Portugal con otros se salieron de aquel reyno, y los hermanos del duque de Berganza con presteza se ausentaron: asi mismo la duquesa doña Isabel luego que le vino la triste nueva de la prision de su marido, envió á Castilla sus tres hijos Philipe, Diego y Dionysio por no asegurarse que les valdria su inocencia si venian á las manos del Rey sañudo y airado. Destos don Philipe falleció en Castilla sin casarse, don Diego volvió á Portugal con perdon que adelante se le dió, don Dionysio casó en Castilla con hija heredera del conde de Lemos. Al duque de Viseo valió su poca edad; solo el Rey otro dia despues de justiciado el de Berganza le avisó y reprehendió de palabra sin pasar adelante. Ni el castigo del un duque, ni la clemencia que con el otro se usó, fueron parte para que los conjurados amaynasen y desistiesen de sus intentos; antes de secreto se quexaban de tiempos tan miserables, que eran tratados como esclavos, y por estar algunos pocos apoderados de todo, no se hacía caso alguno de los demas: que el duque de Berganza por no poder disimular con aquellas insolencias pagó con la cabeza; lo que con él hicieron, quién los aseguraria que no se executase con los que quedaban? «Hasta quándo señores sufrirémos cosas tan pesadas? »Si no ganamos por la mano, y no prevenimos tan »malos intentos, todos juntamente pereceremos. Por

»qué no vengamos aquella muerte con matar, y con »la sangre del tyrano hacemos las exêquias y honras »de aquel príncipe inocente y bueno?" Acordaron que se hiciese asi, y que muerto el Rey pondrian en su lugar al duque de Viseo: intento atrevido, porfia pertinaz, miserable remate. Esperaban solamente coyuntura para executar lo concertado; mas antes que lo pudiesen hacer toda la conjuracion fue descubierta por esta manera. Tenia Diego Tinoco una hermana amiga del arzobispo de Ebora: esta muger, sabido lo que pasaba, y el peligro que corria el Rey, lo descubrió á su hermano, y él al Rey en hábito de frayle Francisco, con que fue á Setubal á hablalle y dalle el aviso para que fuese mas secreto: lo mismo le avisó Vasco Coutiño, cuyo hermano llamado Gutierre Coutiño era cómplice en la prática; en premio, pasado el peligro, le hizo merced del condado de Barba y de Estremoz. Salió el Rey un dia de aquella villa con intencion de visitar una iglesia muy devota que estaba alli cerca: iban en su compañía los conjurados, alegres por parecelles que en tantos dias no habian sido descubiertos, determinados al salir el Rey de la iglesia acometelle y matalle; quiso su ventura que su camarero llamado Faria le avisó á la oreja del riesgo que le amenazaba. Habló á los conjurados cortesmente, con que ellos reprimieron algun tanto su rabia; sin embargo, como no se tuviese por seguro, se entró en otro templo que se dice de Nuestra Señora la Antigua, y está en el arrabal de aquella villa ácia el mar. Hizo esto disimuladamente por entretenerse hasta tanto que le acudiese mayor número de cortesanos: para esto de propósito alargaba la plática que tenia con Vasco Coutiño. Pesábales á los conjurados de aquella tardanza: temian que si perdian aquella ocasion, alguno de tantos como eran

participantes por ventura los descubriria, y querria ganar gracias á costa de los otros. Quando esto sucedió era viernes veinte y siete de agosto. El Rey libre de aquel peligro envió con otro achaque á llamar al duque de Viseo, que se hallaba con la duquesa su mádre en Palmela á la mira de en qué paraba lo que tenian los conjurados tramado: el peligro á que se ponia en obedecer á aquel mandato era grande; pero en fin se resolvió, confiado en que ninguno le habria faltado, á ir al llamado del Rey. Engañóle su pensamiento: luego que llegó, y entró en el aposento del Rey, en presencia de algunos pocos que alli se hallaron, él mismo le dió de puñaladas. Díxole solamente estas palabras: «Andad, decid al duque de Berganza el fin en que ha parado la tela que dexó comenzada.» Era el duque de Viseo como de treinta años quando acabó desta manera. Los astrólogos por el aspecto de las estrellas le tenian pronosticado que sería Rey: gente vanísima, cuyas mentiras bien que muchas, y conocidas de todos, en todas las naciones han siempre corrido y correrán. Su estado todo fue luego dado á don Emanuel su hermano, salvo que mudado el apellido le llamaron duque de Beja. El cielo le tenia aparejado el reyno de Portugal, lo qual dió á entender y pronosticó como decian una esfera que traía acaso en su escudo por divisa y blason: á su ayo Diego de Silva en premio de sus servicios hizo él mismo adelante merced de Portalegre con título de conde. Los demas conjurados unos fueron presos, como el arzobispo de Ebora y don Fernando su hermano y Gutierre Coutiño, los mas en Castilla vivieron desterrados, pobres y miserables. Por el mismo tiempo el Rey Luis Onceno de Francia falleció en un bosque en que se entretenia junto á la ciudad de Turon, á treinta dias de agosto: dexó en su

testamento mandado que lo de Ruysellon y Cerdania se restituyese á cuyo solia ser. Sucedióle su hijo Carlos Octavo en edad de trece años, enfermizo, de muy poca salud, y mal talle. Su padre le hizo criar en Amboesa, sin dar lugar á que le hablasen, ni conversasen fuera de unos pocos criados que le señaló (1). El retiramiento fue tal que aun no quiso estudiase gramática: decia que bastaba supiese en latin estas tres palabras solas: el que no sabe fingir no sabe reynar. Pero nuestro cuento ha pasado en el tiempo muy adelante: será forzoso volver á relatar las cosas de Castilla, y tomar el agua de un poco mas atrás.

LIBRO VIGÉSIMOQUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Del principio de la guerra de Granada.

Principio de una nueva narracion, y fin deseado de toda esta obra será la famosa guerra de Granada, la qual debaxo la conducta y por mandado de los Reyes don Fernando y doña Isabel se continuó por espacio de diez años, llena de varios y maravillosos trances, y en cuyo discurso se dieron batallas muy bravas: su remate últimamente alegre y dichoso para España y para todo el orbe christiano, pues por esta manera cayó por tierra de todo punto el reyno de los moros que en aquellas partes se conservó por mas de setecientos años: grande mengua y afrenta de nuestra

---

(1) Emil. al fin del lib. 10 de su histor.

nacion. Llegamos á vista de tierra despues de una larga y dificultosa navegacion: queremos caladas las velas tomar puerto, y con un nuevo aliento y fuerzas de nuestro ingenio poner fin á este trabajo: el socorro y ayuda del cielo y de los Santos confiamos que como hasta aqui no nos faltará. El reyno de Granada está puesto entre el de Murcia y el Andalucía, parte de la antigua Bética y de la provincia Carthaginense. Tiene en ruedo setecientas millas, que hacen casi docientas leguas, y es mas largo que ancho. Desde Ronda hasta Huescar se cuentan sesenta leguas por el largo: por el ancho desde Cambil hasta Almuñecar solas veinte y cinco. Sus aledaños á la parte de Levante el reyno de Murcia, por la parte de Mediodia le baña el mar Mediterráneo, por las demas partes del Poniente y del Septentrion le ciñen las otras tierras de la Andalucía. Goza de cielo muy alegre y suelo muy apacible. Sus campos son muy fértiles y abundantes en todo género de frutos y esquilmos tanto como los mejores de España. La tierra doblada por la mayor parte: los mismos montes empero por las muchas aguas con que se riegan, son á propósito para ser cultivados y criar toda suerte de árboles, por donde perpétuamente estan verdes y muy frescos. De aqui resulta ser el ayre templado en invierno y en verano, cosa muy saludable para los cuerpos, mayormente en la ciudad de Granada cabeza del reyno, una de las mas nobles, abastadas y mas grandes de toda España; de cuyo nombre toda la provincia se llama el reyno de Granada, y la ciudad se llamó asi de una cueva que llega hasta una aldea llamada Alfahar, en que hay fama que antiguamente los naturales se exercitaban en el arte de Nigromancia. Gar en lengua arábiga es lo mismo que cueva, y cierto número de soldados que vinieron en compañia de Tarif á la conquista de Espa-

ña, naturales de una ciudad de la Suria llamada Nata, acabada aquella guerra desgraciada, hicieron su asiento en aquella parte. De Gar y de Nata se forjó el nombre de Granada, como lo sienten y dicen personas de prudencia y erudicion: otros traen otras etymologías deste nombre, en que no hay para que gastar tiempo, ni ser pesados con referir diversas opiniones y derivaciones de vocablos, mayormente inciertas. Averíguase al cierto que en aquel reyno á la sazon que se comenzó esta guerra, y quando últimamente quedaron vencidos los moros y sugetos, se contaban catorce ciudades, y noventa y siete villas. Las mas principales ciudades, fuera de la ya dicha, eran Almería, Málaga y Guadix, Plinio la llamó Acci: todas tres tienen iglesias cathedrales y buen número de ciudadanos. Muchas causas se ofrecian para emprender esta guerra: el odio comun contra aquella gente, la diversidad en la religion, y haberse fundado aquel reyno en España á sinrazon, y conservado por largo tiempo con vergüenza y afrenta de los christianos, muchos y grandes agravios de la una y de la otra parte como suele acontecer entre reynos comarcanos. La flaqueza de nuestros Reyes fue causa que las reliquias de aquella gente, aunque reducidas á un rincon de España, se conservaron tanto tiempo por estar dividida España en muchos principados, poco unidos entre sí á propósito de destruir los enemigos de christianos. Es asi de ordinario que tanto sentimos los daños públicos, y no mas, quanto se mezclan con nuestros particulares. El amor de la religion poco mueve quando punza el deseo de vengar otras injurias, ó la codicia de acrecentar el estado. Si alguna vez como era justo se concertaban para destruir los moros, impedian las fuerzas de Africa que cae cerca, de do tenian cierta esperanza de socorros; ademas que mu-

chas veces innumerables gentes, pasado el mar, á manera de rio arrebatado se derramaron y rompieron por España con espanto de todos los christianos. Esta fue la causa que el imperio de aquella gente, que ellos fundaron en menos de tres años, se conservó tanto tiempo: asi fue la voluntad de Dios, que castigó con este daño los pecados de nuestra nacion. Quien tiene el cielo ofendido qué maravilla que su trabajo é intentos salgan vanos? y al contrario todo sucede prósperamente quando tenemos á Dios y á los Santos aplacados. Asi se vió en este tiempo. Ordenado que se hobo el santo oficio de la inquisicion en España, y luego que los magistrados cobraron la debida fuerza y autoridad, sin la qual á la sazon estaban, para castigar los insultos, robos y muertes, al momento resplandeció una nueva luz, y con el favor divino las fuerzas de nuestra nacion fueron bastantes para desarraygar y abatir el poder de los moros. Estas eran las causas antiguas que justificaron esta guerra, á las quales se añadió una nueva insolencia. Esto fue que la villa de Zahara asentada entre Ronda y Medina Sidonia, pueblo bien fuerte, estaba en poder de christianos desde que el infante don Fernando abuelo del Rey don Fernando la ganó de los moros como arriba queda declarado. Hernando de Saavedra que tenia cuidado de aquella plaza, por no recelarse de cosa semejante no se hallaba bastantemente apercebido de soldados, almacen y vituallas: falta de proveedores, aprovechamiento de capitanes acarrean estos daños. Vino este descuido á noticia del Rey moro Albohacen: acudió con gente de los suyos, y de noche al improviso escaló aquel pueblo á veinte y siete
de diciembre principio del año mil y quatrocientos y 1481
ochenta y uno; ayudábale la noche, que era muy tempestuosa de lluvias y vientos. Los moradores ate-

morizados sin saber á qué parte acudir, fueron muertos todos los que se atrevieron á hacer resistencia con las armas; los demas á manera de ganados los llevaron delante los vencedores á Granada sin tener compasion á viejos, niños ni mugeres de qualquier estado y calidad que fuesen. El pueblo quedó por los moros; y ellos le fortificaron muy bien: á los nuestros pareció que este daño era grande, y tal la afrenta, que no se debia disimular: algunos asi mismo se alegraban por verse puestos en necesidad de vengar las injurias pasadas y la presente, y destruir aquella gente malvada. Los Reyes don Fernando y doña Isabel desde Medina del Campo, do tuvieron aviso de lo que pasaba, mandaron á los que tenian cargo de las fronteras, y á las ciudades comarcanas que se apercibiesen para la guerra, y que no afloxasen en el cuidado y vigilancia: que el daño recebido les debia hacer mas recatados, y avisar que los moros en ninguna cosa guardan la fé y la palabra. Verdad es que ellos se escusaban con la costumbre que tenian durante el tiempo de las treguas, de hacer los unos y los otros cabalgadas y correrías, y aun se tomaban lugares con tal que la batería no pasase de tres dias, y que no asentasen ni fortificasen cerca del pueblo que batian, sus reales. Desta misma licencia y color se aprovecharon los moros al principio del año siguien-
1482. te mil y quatrocientos y ochenta y dos para acometer á Castellar y á Olbera, mas no los pudieron tomar. Los nuestros movidos destos daños tan ordinarios se determinaron á vengallos: juntaron en Sevilla buen número de gente y todo lo al que era necesario; consultaban entre sí por qué parte sería bueno hacer entrada en tierra de moros quando les vino aviso que la villa de Alhama tenia pequeña guarnicion y flaca, y las centinelas poco cuidado; que sería á propósito

acometer á tomalla. Diego de Merlo asistente de Sevilla, y que tenia el cargo de la guerra, trató esto con el marques de Cadiz don Rodrigo Ponce: acordaron de acudir á toda priesa de noche y por caminos extraordinarios. Llevaban dos mil y quinientos de á caballo y quatro mil peones: llegaron en tres dias á un valle rodeado por todas partes de recuestos y collados mas altos. Alli los capitanes avisaron á los soldados que venian cansados del camino, que Alhama no distaba mas que media legua, que era justo de buena gana llevasen el trabajo restante para vengarse de los moros, perpétuos enemigos de christianos; demas desto les avisaron de la presa y saco. Trecientos escogidos y pláticos entre todos los soldados se adelantaron: estos llegado que hubieron muy de noche, como vieron que nadie se rebullía en el castillo, puestas sus escalas subieron á la muralla; el primero se llamaba Juan de Ortega, y despues dél otro Juan natural de Toledo, y Martin Galindo, todos tres soldados muy denodados y animosos. Mataron las centinelas que hallaron dormidas, y degollados algunos otros abrieron la puerta del castillo que sale al campo, por la qual entraron los demas soldados. Los del pueblo, espantados con aquel sobresalto, acuden á las armas, hicieron reparos y palizadas para que del castillo no les pudiesen entrar el pueblo, que luego al reir del alba probaron los nuestros á ganar. No pudieron salir con su intento, antes Sancho de Avila alcayde de Carmona, y Martin de Rojas alcayde de Arcos como quier que fuesen los primeros al arremeter, pagaron su osadía con las vidas: en la misma puerta del castillo cayeron muertos por los tiros, flechas, dardos y piedras que les arrojaron. El negocio no sufria tardanza. Está aquel lugar distante de Granada solamente ocho leguas: corrian peligro que toda la reputa-

cion ganada con la toma del castillo la perdiesen si luego no se apoderaban del pueblo. La dificultad por entrambas partes era grande: algunos pretendian que sería bien abatir y quemar el castillo, y con esto volver atrás; los mas atrevidos y arriscados, gente acostumbrada á poner su vida á riesgo por la esperanza de la victoria y codicia de la ganancia, eran de contrario parecer, que no se alzase la mano hasta salir con la empresa: asi se hizo; á un mismo tiempo acometieron á entrar por diversas partes. Algunos de fuera escalaron el muro: acudió contra ellos la fuerza de los moros de la villa, que dió lugar á los que estaban dentro del castillo de entrar el pueblo por aquella parte. Peleóse valientemente por las calles: los fieles se aventajaban en el esfuerzo, el número de los moros era mayor; y dado que era gente flaca, por la mayor parte mercaderes, y el regalo de los baños (que los hay en aquella villa muy buenos) les tenia debilitadas las fuerzas, todavia la misma desesperacion, arma muy fuerte en el peligro, los hacía muy animosos. Duró la pelea hasta la noche quando contra la obstinacion de los enemigos prevaleció la constancia de los nuestros: los que se recogieron á la mezquita que fueron muchos en número, parte degollaron, y los demas tomaron por esclavos. Desta manera la pérdida de Zahara se recompensó, y del agravio se tomó la debida satisfaccion: mas perdieron los moros que ganaron, y su insulto se rebatió con hacerles mayor daño. Estos fueron los primeros principios de aquella larga guerra y sangrienta. Sobre la toma de Alhama anda un romance en lengua vulgar, que en aquel tiempo fue muy loado, y en este en que los ingenios estan mas limados, no se tiene por grosero, antes por elegante y de buena tonada. Ganóse Alhama á postrero de febrero. Esta pérdida puso grande espan-

to en los moros, y á los fieles en grande cuidado. Los moros por ver los contrarios llegaron tan cerca de la ciudad de Granada, se recelaban de mayores daños, y temian no fuese venido el fin de aquel principado y reyno. Congoxábanles algunas señales vistas en el cielo y un viejo adevino luego que los moros tomaron á Zahara, refieren dixo en Granada á gritos: «Las ruinas deste pueblo (oxalá yo mienta) caerán »sobre nuestras cabezas. El ánimo me da que el fin »de nuestro señorío en España es ya llegado." Todo esto fue causa que con mayor diligencia hiciesen gente por toda aquella provincia: el mismo Rey Albohacen apresuradamente acudió la vuelta de Alhama con tres mil de á caballo que llevaba, y como cincuenta mil de á pie. Atemorizaba á los nuestros este exército tan grande: las cosas las tenian tan adelante que no podian sin daño y mengua desistir de aquella empresa, ni volver atrás. Despacharon mensageros á todas partes á pedir y requerir les socorriesen, y en el entretanto ni de noche ni de dia no cesaban de fortificar aquella plaza, y reparar las partes de la muralla que ó de nuevo quedaron maltratadas por la batería pasada, ó de antes eran flacas. Dióles la vida que los enemigos por la priesa no traxeron artillería ni los demas ingenios á propósito de batir: asi toda su porfia salió en vano, ca los nuestros desde la muralla se defendian valientemente, tiraban dardos, saetas, piedras y todo lo demas que les venia á las manos. El mayor debate fue cerca del rio que por alli pasa: los del lugar á causa que no tenian dentro fuentes ni cisternas, eran forzados á salir al rio á proveerse de agua; los moros al contrario pretendian sacarle de madre y echarle por otra parte con que (no sin dificultad y sangre de muchos que les hirieron y mataron) últimamente salieron.

La gente del Andalucía movida por el riesgo que los suyos corrian, acudieron al socorro; en particular desde Córdova mil caballos y tres mil infantes debaxo la conducta de don Alonso de Aguilar. Tenian los enemigos tomados los pasos y atajados los caminos: asi fueron forzados á volver atrás. La esperanza quedaba en don Enrique de Guzman duque de Medina Sidonia, bien que flaca á causa que demas de las enemistades particulares que tenia con el marques de Cadiz, de nuevo le irritáran con intentar cosa tan grande como era aquella sin darle parte. El amor de la patria prevaleció en su noble ánimo, y la grandeza del peligro comun hizo que se uniesen los que antes andaban discordes y desgustados. Determinó pues de ir á socorrer á los cercados: sacó el estandarte de Sevilla, y juntóse con otros señores, en especial con don Rodrigo Giron maestre de Calatrava y don Diego Pacheco marques de Villena. Llevaban cinco mil de á caballo, y como quarenta mil infantes que de todas partes les acudieron en gran número por el gran deseo que tenian de pelear contra los moros enemigos de Dios. El Rey don Fernando el mismo dia que tuvo aviso de la toma de Alhama y del riesgo de los nuestros, de Medina del Campo, dexado orden que la Reyna fuese en pos dél, se partió para allá á grandes jornadas. Escribió á los grandes que en su ausencia no innovasen ni entrasen en tierra de moros, que era necesario llevar mayores fuerzas y mayor número de gente: el negocio le tenian tan adelante que no podian seguir este orden, mayormente que en la tardanza corrian gran peligro los cercados por la gran falta de agua que padecian; fue este acuerdo que tomaron saludable y acertado. Los bárbaros no esperaron á que los nuestros llegasen, antes sin venir á las manos alzaron el cerco: los cercados, idos los enemigos, salieron á

recebir á los que le venian de socorro. Saludáronse y abrazáronse con lágrimas que por la alegria les saltaban. El marques de Cadiz fue el primero á abrazar al duque de Medina Sidonia: dixéronse palabras muy corteses, con que se sosegaron las diferencias que por muchos años traían entre sí aquellas dos casas. Dichoso principio de que algunos pronosticaban, que conforme á él sería el remate próspero y alegre de toda la guerra; sin embargo faltó poco para no enturbiarse aquella alegria por un debate que se levantó entre los soldados. La gente que vino de socorro, queria tener parte en los despojos que se ganaron en aquel pueblo: decian era justo participasen del fruto de la victoria los que se pusieron á tanto riesgo para socorrer á los cercados. De las palabras llegáran á las manos, si el duque avisado del peligro no amansára los ánimos de los suyos con pocas palabras que les dixo: «Quédense (dixo) soldados con los des»pojos aquellos á quien la fortuna los dió: nos por »la honra y por la salud comun hemos trabajado. »Este sea el fruto de presente, que para adelante, »pues se ha de proseguir la guerra, yo os aseguro »serán vuestras con vuestro esfuerzo y valor todas »las riquezas de los moros y del reyno de Granada." Con estas palabras se sosegó la riña: dexaron nueva guarnicion en el pueblo de soldados, y con tanto las demas gantes volvieron atrás. No faltó el Moro á la ocasion que se le presentaba, antes volvió luego al cerco con mayor corage que antes, ansi mismo diversas bandas de moros entraron á robar por los campos comarcanos del Andalucía. La parte mas alta de Alhama por su sitio y ser la subida agria fue ocasion de descuidarse en guardalla: los contrarios convidados desta ocasion una noche á veinte de abril al amanecer la subieron. Despertaron los christianos: acu-

dieron al peligro, pelearon valientemente, y cargaron sobre los contrarios con tal furia que algunos de los bárbaros perdieron las vidas, otros por las salvar se echaron de los adarves abaxo: desta manera escaparon los nuestros deste gran peligro. Los que mas se señalaron en esta refriega y rebate, fueron dos ciudadanos de Sevilla llamados el uno Pedro Pineda, y el otro Alonso Ponce.

CAPITULO II.

Como el Rey Albohacen fue echado de Granada.

Al mismo tiempo que Alhama estaba cercada, y los moros la batian con todas sus fuerzas, en Córdova los Reyes luego que llegaron, comenzaron á tratar de la manera cómo se debia hacer aquella guerra. Los mas recatados eran de parecer que desamparasen á Alhama por estar rodeada de enemigos y los socorros lexos, ademas que de ordinario el suceso de la guerra es dudoso y sus trances variables. La Reyna con ánimo varonil juzgó la debian defender: hacíasele de mal desamparar aquella plaza por ser la primera que en su tiempo se ganó de moros; qué otra cosa sería hacerlo, sino dar muestra de miedo muy feo, con que los enemigos se animarian, y al contrario los nuestros perderian el brio? Este parecer prevaleció, y aun para ganar mayor reputacion acordaron de tomar una nueva empresa, y si bien en esto los pareceres tambien eran diferentes, siguieron el de Diego de Merlo, de quien el Rey hacía mucho caso, y fue poner cerco sobre Loxa, ciudad muy fuerte en aquella comarca, y que no cae muy lexos de Alhama. Dióse orden que la masa del exército se hiciese en Ecija: juntáronse cinco mil de á caballo y

ocho mil infantes: número pequeño para intento tan grande. Con parte destas gentes, ya partidos los moros, llegó el Rey á Alhama á veinte y nueve de abril, guarnecióla de nuevos soldados, y por su general á don Luis Portocarrero señor de Palma, guerrero de fama y de cuenta en aquel tiempo. Luego despues desto, talado que hobo la vega de Granada, sin recebir daño alguno se volvió á Córdova para dar orden en las demas cosas que eran necesarias para la guerra, mayormente que la Reyna estaba cercana al parto, y queria hallarse presente. Parió dos criaturas á veinte y nueve de julio, la una en tiempo que se llamó doña María, la otra por nacer antes de tiempo no vivió. El vulgo tomó desto ocasion para hablar diversamente, y hacer pronósticos sobre aquella guerra, unos de una manera y otros de otra, como á cada qual se le antojaba. El temor que muchos tenian, se aumentó por una tristeza extraordinaria que se veía en los que llevaban los estandartes reales á la iglesia mayor para que alli los bendixesen: otros se burlaban de todo esto como de cosas vanas y que suceden acaso. El dia siguiente el Rey partió para Ecija acompañado de muchos señores: casi ninguna persona de cuenta habia que no desease ayudar en aquella empresa. Conforme á lo que tenian acordado y pretendian, fueron sobre Loxa. Llegados á aquella ciudad, asentaron sus estancias, y las barrearon junto á los arrabales entre los olivares por la parte que pasa el rio Xenil tan conocido y acanalado que apenas se puede vadear, y por sus riberas que son muy altas: el lugar era estrecho y no á propósito para estenderse la caballería, y por estar los ciudadanos apoderados de la puente con dificultad podian pasar de la otra parte del rio. Está alli cerca un ribazo ó cuesta llamada de Albohacen, de que por ser á pro-

pósito para impedir las salidas de los enemigos, y por enseñorear la ciudad, se dió cuidado al maestre de Calatrava y á los marqueses de Villena y de Cadiz que se apoderasen della, y allí hiciesen sus estancias. Dentro de la ciudad tenian hasta tres mil de á caballo con un valiente capitan llamado Alatar: estos hicieron diversas salidas, en especial un sábado animados con nuevas compañías que les acudian, y con la esperanza que en breve serian socorridos por el mismo Rey moro que desde Granada venia con gente, divididos en dos esquadrones acometieron el cuerpo de guardia que tenian los nuestros en aquel ribazo; con el sobresalto las guardas dieron las espaldas, los demas que alli alojaban salieron á pelear, pero sin orden de batalla y sin dexar alguna guarnicion en los reales. Vino esto á noticia de los contrarios: asi el uno de los esquadrones casi sin poner mano á las armas se apoderó dellos, que fue ocasion de gran miedo y espanto para los que peleaban. Volvieron á la defensa de sus estancias, y tornaron á pelear con grande ánimo: apretábanlos los enemigos por frente y por las espaldas, que fue causa de perderse los nuestros; murió en la pelea el maestre de Calatrava con dos saetas, la una le acertó debaxo del brazo, cuya herida fue mortal. Su muerte causó gran compasion por ser personage tan grande, y estar en la flor de su edad, que no pasaba de veinte y quatro años: otros muchos fueron muertos con él, los demas se salvaron por los pies. El Rey alterado por este revés como era justo, y entendiendo, aunque tarde, ser verdad lo que su hermano el duque de Villahermosa le tenia avisado que los reales se asentaron mal, y que no tenia fuerzas bastantes para empresa tan grande, juntamente con la nueva que le vino que el campo enemigo marchaba, el dia siguiente recogido el bagage volvió atrás

sin parar hasta que llegó á la peña de los Enamorados, que está de Loxa distante siete leguas: ayudó mucho para que no recibiesen grande daño, que se retiraron en ordenanza. A los moros, que no cesaban de picar en la retaguardia, hizo rostro el marques de Cadiz con los suyos: el denuedo y la carga fue tal que por no poderla los moros sufrir se recogieron á la ciudad. Este fue el suceso desta empresa mal trazada. No faltaron rumores de gente que publicaba que por asechanzas que su misma gente puso al Rey don Fernando, le fue forzoso dexado el cerco retirarse; mas él en cartas que despachó á todas partes, se escusaba de la retirada por el pequeño número de soldados que tenia, en especial que muchos desamparaban las banderas, con que las compañías quedaban muy flacas, por ser gente allegadiza, y enviada de las comunidades, y que no tiraba sueldo del Rey: cosa á que la necesidad de los tiempos y falta de dinero forzaba, por lo demas sugeta á grandes inconvenientes como aconteció entonces. De pequeños principios suelen resultar grandes tropiezos y daños: asi los moros ensoberbecidos por lo que sucedió, volvieron á poner cerco sobre Alhama no con menor resolucion que antes, ni con menor corage. El Rey don Fernando movido del peligro de los cercados acudió en persona á catorce de agosto, y con su ida les proveyó de vituallas para nueve meses, señaló otrosí para la tenencia de aquella plaza á don Luis Osorio, que si bien era electo obispo de Jaen, sabía mucho de la guerra y era persona de grande ánimo. Demas desto para que la reputacion fuese mayor, de nuevo dió la tala á la vega de Granada, y en ella quemó y robó todos aquellos campos. Salieron de Granada seiscientos moros de á caballo para hacer resistencia: el conde de Cabra y el comendador ma-

vor de Calatrava les hicieron rostro, mataron buen número, y forzaron á los demas á recogerse á la ciudad; grandes daños para los moros; y sobre todos el mayor y mas perjudicial la discordia y bandos que tenian entre sí, por la qual causa gran número de los ciudadanos de Granada tomadas las armas forzaron á Albohacen que se saliese de Granada. Achacábanle que tyranizaba la gente, y que por su mal orden y locura dió causa para que se emprendiese aquella guerra tan brava: pusieron en su lugar á su mismo hijo Mahomad Boabdil, llamado vulgarmente el Rey Chiquito; otros le llaman Hali Muley Alcadurbil: por el Rey Albohacen quedaron todavia Málaga y Baza con otras ciudades. Desta manera aquella nacion se dividió en dos parcialidades, que no les daban menos trabajo, ni los tenian puestos en menor aprieto que los enemigos de fuera: estado miserable y revuelto, como se puede pensar, quando dos se llaman Reyes, y mas en una provincia pequeña. Lo que hace maravillar, es que dado que andaban tan revueltos, ninguna de las partes llamó á los fieles en su socorro; antes consta, que en lo mas recio de aquella guerra civil hicieron diversas entradas y cabalgadas en tierra de christianos, y aun tomaron la villa de Cañete que está asentada á la frontera de aquel reyno: muestra en aquella ocasion de ánimo muy grande y resolucion notable.

CAPITULO III.

De la rota que los moros dieron á los christianos en los montes de Málaga.

Los Reyes por cosas que sobrevinieron, fueron forzados á desistir por un poco de tiempo de la guer-

ra de los moros y dar la vuelta al reyno de Toledo. Por su ausencia encargaron la frontera de Ecija á don Pedro Manrique, al qual poco antes de conde de Treviño intitularon duque de Najara: á don Alonso de Cárdenas maestre de Santiago dexaron por frontero de Jaen; á don Juan de Silva conde de Cifuentes encomendaron el gobierno de Sevilla por muerte de Diego de Merlo que falleció en aquel cargo á este tiempo. Compuestas las cosas en esta forma, se fueron á Castilla: llegaron á Madrid á la boca del invierno. En aquella villa se tuvieron cortes á propósito de reformar con nuevas leyes las hermandades que se ordenaron los años pasados (como queda dicho) para que no usasen mal del poder y de la mano que tenian; querian otrosí que ayudasen para los gastos de la guerra. Acordaron de acudir para ayuda de la guerra de los moros, y se ofrecieron á proveer diez y seis mil bestias de carga para las vituallas y el bagage de los soldados. Fuera desto el Pontífice Sixto mandó contribuir á las iglesias con cien mil ducados por una vez: concedió asi mismo la Cruzada á todos los que á su costa fuesen á la guerra, por lo menos ayudasen con ciertos maravedís para los gastos, lo qual se tornó á conceder el tercer año adelante; y deste principio, que se continuó adelante, ya todos los años se recoge por este medio gran dinero para los gastos reales: camino que inventaron en aquella sazon personas de ingenio, y que por semejantes arbitrios pretenden adelantarse y ganar la gracia de los príncipes y ayudar á sus necesidades: demas desto tomaron de los cambios y de otros particulares gran suma de dineros prestada. Los aragoneses no querian recebir por virrey á don Ramon Folch conde de Cardona que el Rey tenia señalado para este cargo: decian era contra sus fueros poner en el

gobierno de su reyno hombre estrangero. Hobo demandas y respuestas, mas al fin el Rey temporizó con ellos: y nombró por virrey á su hijo don Alonso de Aragon arzobispo de Zaragoza. Las cosas de Portugal asi mismo y las de Navarra ponian en mayor cuidado á los Reyes: recelábanse no se revolviese y armase tan fuera de sazon alguna guerra por aquellas partes. El Rey de Portugal trataba de casar á doña Juana su prima, hija de don Enrique Rey de Castilla, con el Rey de Navarra don Francisco Phebo, que á esta sazon aun no era muerto: los de Navarra se inclinaban á la parte de Francia. Para ganar al Rey de Portugal los Rey y Reyna le despacharon á Lope Datouguia portugues de nacion, y á don Juan de Ortega obispo de Coria: al reyno de Navarra fue Rodrigo Maldonado en sazon que ya aquel Rey mozo era muerto, para tratar que la Reyna doña Cathalina sucesora de su hermano casase con el príncipe don Juan hijo del Rey don Fernando. Llevó orden que con todos los medios posibles grangease á todos los que le pareciese ser á propósito, mayormente que se valiese de la parcialidad de los biamonteses, en cuyo poder estaba la ciudad de Pamplona y la mayor parte del reyno; que los Reyes mas tenian el nombre de sello que autoridad alguna para mandar, si bien tenian puesto por virrey á monsieur de Abena de nacion frances, persona de gran prudencia y grande experiencia de negocios. Madama Madalena madre de la Reyna dió muestras de alegrarse mucho con la embaxada de Castilla, quier fuesen verdaderas, quier fingidas: la respuesta fue que ningun partido se le podia ofrecer mejor; que por su parte no habria dificultad ninguna en efectuar aquel casamiento. En Galicia el condestable y el conde de Benavente y los aliados de ambos andaban alborotados: cada qual de las partes pretendia

apoderarse de los castillos de los obispos para desde alli hacer mal y daño á los contrarios. El Rey don Fernando por atajar estos inconvenientes y bullicios mandó á don Hernando de Acuña, su gobernador en aquellas partes, que ganando por la mano, se apoderase de aquellas fuerzas. Resultó que como tuviese el gobernador puesto cerco sobre el castillo de la ciudad de Lugo, don Pedro de Osorio conde de Lemos acudió con gentes en ayuda de su hermano que era obispo de aquella ciudad: ocasion de nueva guerra, que puso en necesidad al Rey don Fernando de salir de Madrid á los once de febrero del año mil y qua- 1483.
trocientos y ochenta y tres: no paró hasta llegar á Galicia; queria con su presencia dar asiento en todas las cosas. En el mismo viage le vino nueva de la muerte del conde de Lemos: dexó por su heredero á don Rodrigo su nieto, el qual su hijo don Alonso hobo fuera de matrimonio; su abuelo con dispensacion del Pontífice le legitimó, y puso durante su vida en posesion de aquel estado. Resultaron desto nuevos debates á causa que doña Juana hija del dicho conde difunto, y casada con don Luis hijo del conde de Benavente pretendia para sí aquel condado. Andaban alborotados sobre el caso, hasta venir á las manos: el Rey llegado á Galicia para sosegallos les mandó que dexadas las armas, cada uno siguiese su derecho por la via de justicia, con apercebimiento de maltratar al que no se allanase, si bien se inclinaba mas á la parte que poseía, es á saber al nieto del difunto. Andaba ocupado en estos negocios en sazon que los moros cerca de Málaga hicieron grande estrago en los nuestros, que fue el desman mayor que sucedió en toda aquella guerra. Pedro Enriquez adelantado del Andalucía, recobrado que hobo con la ayuda del marques de Cadiz á Cañete villa de su estado, pro-

curó de reparalla, y deseaba vengarse de los moros: por otra parte don Alonso de Aguilar y el maestre de Santiago con un buen esquadron de los suyos, animados por algunas cosas que hicieron á su gusto, se determinaron entrar en tierra de moros. Asi mismo don Juan de Silva conde de Cifuentes, asistente de Sevilla, acometió á ganar á Zahara con la gente de á caballo de aquella ciudad. Esta su pretension no tuvo efecto; despertólos empero para que con ocasion de la gente que junta tenian, se concertasen todos estos capitanes, divididos en tres esquadrones, de hacer entrada en los campos de Málaga, tierra muy rica por los ingenios y trato de la seda. Cuidaban por esta causa sería la presa y cabalgada muy grande: el interés los punzaba, y mas á los soldados que tienen el robo por sueldo y la codicia por adalid; el suceso fue conforme á los intentos que llevaban, y el remate muy triste. Hay cerca de Málaga unos montes que llaman Axarquia, fragosos y ásperos por las peñas y matorrales que tienen: por aquella parte hicieron su entrada: talaron los campos, robaron gentes y ganados, pusieron fuego á las alquerías y á las aldeas sin perdonar á cosa alguna, con tanto ánimo y denuedo que algunos de nuestra gente de á caballo con el fervor de su mocedad no pararon hasta dar vista y llegar á las mismas puertas de Málaga: atrevimiento no solo temerario, sino loco, con que irritados los ciudadanos de Málaga, y juntamente los que moraban en aquellas montañas, gente endurecida por la aspereza de los lugares, y embravecida por el daño, se apellidaron, y se derramaron y los cercaron por todas partes. Quisieran los fieles retirarse, si les dieran lugar. Dos caminos se ofrecian para volver atrás: el mas llano por la ribera del mar era mas largo, y por el castillo de Málaga que está por aquella parte,

y los esteros que por allí háce el mar, peligróso; el otro por do vinieron era mas corto, pero fragoso á causa de los bosques y montañas que se traban unas de otras, en especial hay dos montes que de tal manera se cierran y encadenan, que hacen en medio un valle muy hondo, con un rio que pasa por medio y los divide en dos partes. Abaxaron los nuestros á aquel valle llenos de miedo, y embarazados con la presa que llevaban, quando por una parte se vieron acometer por los moros que les venian á las espaldas, y por otra parte oyeron grande alarido de gente que les tenia atajado el paso, causa de mayor espanto: ademas del cansancio con que venian por el camino de dos dias y falta de comer, no podian pasar adelante, ni les era licito volver atrás. Hirieron los moros y mataron muchos de nuestra gente con saetas y pelotas de arcabuces que les tiraban, como los que estaban muy exercitados en la puntería y tirar al blanco. Venida la noche, fue mayor el miedo por la escuridad que todo lo hace mas espantable, y por la gritería contínua que los enemigos daban. Entonces el maestre: « Hasta quando (dixo) soldados nos dexarémos degollar como reses mudas? Con el hierro, » y con el esfuerzo hemos de abrir camino: procurad » á lo menos de vender caro las vidas y no morir sin » vengaros." Dichas estas palabras comenzó á subir la cuesta: llegaron con dificultad á lo mas alto; allí fue la pelea mas brava, y la matanza en especial de los nuestros muy grande: entre otros murieron personas muy señaladas por su linage y hazañas. Al de Cadiz ciertas guias que halló, encaminaron por senderos extraordinarios, y le pusieron en salvo por otra parte. El esquadron del conde de Cifuentes que era el postrero, recibió mayor daño: el mismo y su hermano Pedro de Silva fueron presos y llevados á

Granada. Parecia que todos pasmaban, y que tenian entorpecidos los miembros sin podellos menear: de dos mil y setecientos de á caballo que llevaban, fueron muertos ochocientos, y entre ellos tres hermanos del marques de Cadiz, es á saber Diego, Lope y Beltran sin otros deudos suyos. El número de los cautivos fue casi doblado: entre ellos quatrocientos de lo mas noble de España. Algunos pocos con el maestre se salvaron por los desiertos y matorrales, que con afan llegaron á Antequera: otros cada qual segun le guiaba la esperanza ó temor, fueron á parar á diversas partes. Sucedió este desastre señalado á veinte y uno de marzo dia de San Benito, que por entonces de alegre se mudó en triste y desgraciado para España: la mengua se igualó al daño. El caudillo de los moros llamado Abohardil hermano del Rey Albohacen, y gobernador de Málaga, con el buen suceso desta empresa ganó gran crédito y reputacion de esforzado y prudente entre los de su nacion, y aun para con los christianos.

CAPITULO IV.

Que el Rey Mahomad Boabdil fue preso.

Los ánimos de los christianos en breve se conhortaron de la gran tristeza y lloro que les causó aquel desastre, por otro mayor daño que hicieron en los moros, con que su atrevimiento se enfrenó. Peleaban entre sí los dos Reyes moros Albohacen y Boabdil con grande pertinacia y porfia; solamente concordaban en el odio implacable y deseo que tenian de hacer mal á los christianos. Ponian la esperanza de aventajarse contra la parcialidad contraria en perseguir y hacer daño á los nuestros, y por esta via ganar las voluntades y favor del pueblo. Por esto y

por la victoria susodicha que ganó su padre, Boabdil en competencia se resolvió de acometer por otra parte las tierras de christianos. Juntó un buen número de gente de á caballo y de á pie asi de los suyos como de la parcialidad contraria: hizo entrada por la parte de Ecija; llevaba intento y esperanza de apoderarse de Lucena, villa mas grande y rica que fuerte. Dióle este consejo Alatar su suegro: persona que de muy baxo suelo tanto que fue mercero (á lo menos esto significa su nombre) por su gran esfuerzo pasó por todos los grados de la milicia, y llegó á aquella honra de tener por yerno al Rey, ademas de las muy grandes riquezas que habia llegado; y estaba acostumbrado á hacer presas en tierras de christianos, en particular en la campiña de Lucena. Diego Fernandez de Córdova alcayde de los Donceles, que era señor de aquel pueblo junto con otros lugares que por alli tenia, luego que supo lo que los moros pretendian, advirtió á su tio el conde de Cabra del peligro que corria. A causa del estrago pasado quedaba muy poca gente de á caballo por aquella comarca, fuera de que los moradores de Lucena estaban amedrentados, y los muros no eran bastantes para resistir á los bárbaros. Llegaron los moros á veinte y uno de abril. El alcayde recogió los moradores á la parte mas alta del lugar. Fortificó otrosí con pertrechos, guarneció con soldados, que llegó hasta docientos de á caballo y ochocientos de á pie de los lugares comarcanos, lo mas baxo de la villa por entender que los moros acometerian por aquella parte. Fue mucho el esfuerzo de los soldados, tanto que los enemigos perdieron la esperanza de ganar la villa; mas por alguna gente que perdieron en el combate, y otros que les hirieron, en venganza volvieron su rabia contra los olivares. Demas desto Amete Aben-

cerrage con trecientos de á caballo dió la tala á la campiña de Montilla. Tenia este con el alcayde de Lucena Diego de Córdova conocimiento y familiaridad á causa que los años pasados los Abencerrages echados de Granada estuvieron en Córdova mucho tiempo. Hecho pues lo que le encomendaron, vuelto á Lucena convidó al alcayde para tener habla con él con intento debaxo de color de amistad de ponelle asechanzas y engañalle. Un engaño fue burlado con otro: dió esperanza el alcayde de rendir el pueblo, con que entretuvo al enemigo hasta tanto que llegase el conde de Cabra. Como el bárbaro supo que se acercaba, alzados sus reales, comenzó á retirarse la vuelta de su tierra con la presa que era muy grande. Los cercados avisados de lo que pasaba, salieron de la villa: acometieron á la retaguardia para impedilles el camino y entretenellos. Entretanto como llegase el conde de Cabra, se determinó cargar á los enemigos, que iban turbados con el miedo, revueltos entre sí y sin ordenanza. Apenas los venideros creerán esto, que con ser los moros diez tantos en número, no pudieron sufrir la primera vista de los contrarios. Dios les quitó el entendimiento; y la fama, como de ordinario acontece, de que el número de los nuestros era mucho mayor, los hizo atemorizar. Está un arroyo legua y media de Lucena en el mismo camino real de Loxa, las riberas frescas con muchos fresnos, sauces y tarays, y á la sazon por las lluvias del verano llevaba mucha agua: la gente de á pie pasado el arroyo se pusieron en huida sin otro ningun cuidado mas de llevar la presa adelante; la gente de á caballo, aunque atemorizada por la misma causa, hizo rostro. El Rey bárbaro procuró animallos, díxoles: «Dónde vais soldados? qué »furor os ha cegado los entendimientos? por ventura

»estais olvidados que estos son los mismos que poco »há fueron vencidos por menor número de los nues»tros? tendreis pues vos y ellos en esta pelea los »ánimos que suelen tener los vencedores y vencidos. »Mirad por la honra, por vos mismos y por lo que »dirá la fama: pensais que á las manos entorpecidas »pondrán en salvo los pies?" Poco aprovecharon estas palabras. Marcharon á priesa los christianos: acometió por el un costado don Alonso de Aguilar, que desde Antequera con quarenta de á caballo y algunos pocos peones mezclados acudió á la fama del peligro. Los bárbaros sea que sospechasen que el número era mayor, ó (lo que yo mas creo) por habellos amedrentado Dios, dieron las espaldas y se pusieron en huida. El Rey se apeó de un caballo blanco en que iba aquel dia: procuró esconderse entre los árboles y matas de aquel arroyo con deseo de escapar si pudiese: halláronle alli tres peones, y él mismo porque no le matasen, dió aviso de quién era; asi le prendieron, y el alcayde que seguía el alcance le mandó llevar á Lucena. El estrago que hicieron los nuestros hasta la noche en los que huían, fue tal que mataron mas de mil de á caballo y entre ellos al mismo Alatar viejo de noventa años, y como quatro mil peones parte quedaron muertos, parte presos: juntamente les quitaron la presa. Con el aviso desta victoria los Reyes que á la sazon se hallaban en Madrid, acordaron partir entre sí los negocios, que eran muy grandes. La Reyna doña Isabel fue á la raya de Navarra para apresurar lo del casamiento de su hijo, por el gran deseo que tenian de impedir á los franceses la entrada en España y la posesion del reyno de Navarra: el Rey don Fernando se partió al Andalucía para cuidar de la guerra. Salió de Madrid á veinte y ocho de abril: llegado á Córdova,

se trató de hacer la guerra con mayores fuerzas y apercebimientos que antes, en especial que los moros por la prision del Rey Chiquito se tornaron á unir debaxo de su Rey Albohacen, que volvió al señorío de Granada, dado que muchos de los ciudadanos (aunque sin cabeza) todavia perseveraban en su primera aficion: personas á quien ofendia la vejez, crueldad y avaricia de aquel Rey. Juntaron los nuestros á toda diligencia seis mil de á caballo y hasta quarenta mil infantes: con este exército volvieron á la guerra: iba por su caudillo el mismo Rey don Fernando; hizo destruir los arrabales de Illora, y tomó por fuerza y echó por el suelo á Tajara pueblo cerca de Granada, en cuya batería don Enrique Enriquez tio del Rey y mayordomo de la casa real fue herido, y para curalle le enviaron á Albama. Despues desto llegaron á la vega de Granada, en que hicieron grande destrozo: quemaron y talaron todo lo que hallaban, y para mayor seguridad de los gastadores asentaron los reales en un puesto fuerte, desde donde los enviaban guarnecidos de soldados y con escolta hacer daño en los campos comarcanos con tanto menor peligro suyo y mayor perjuicio de los enemigos. El Rey Albohacen por no fiarse de los ciudadanos no se atrevió á salir de la ciudad, solo algunos pocos soldados se mostraban por los campos con intento de prender á los que se desmandasen, y pelear á su ventaja. Envió otrosí aquel Rey desde Granada sus embaxadores: prometia si le entregaban á Boabdil su hijo, que daria en trueque al conde de Cifuentes y otros nueve de los mas principales cautivos que tenia: otras condiciones ofrecia para hacer confederacion, pero insolentes y demasiadas; era de su natural feroz, y ensoberbeciale mas la victoria que poco antes ganára. El Rey don

Fernando rechazó las condiciones, ca decia no ser venido para recebir leyes, sino para dallas, y que no habia que tratar de paz en tanto que no dexaba las armas. Los nuestros eran aficionados á Boabdil: el favor y la misericordia tienen á las veces ímpetus vehementes; el marques de Cadiz y otros no cesaban de persuadir al Rey que le pusiese en libertad: que por este medio sustentase los bandos y parcialidades entre aquella gente, cosa muy perjudicial para ellos y muy á propósito para nuestros intentos. Acabadas pues las talas, y puesta guarnicion en Alhama, y por cabeza don Iñigo Lopez de Mendoza conde de Tendilla con orden no solo de defender el pueblo sino tambien de hacer salidas y robar las tierras comarcanas, el Rey don Fernando volvió á Córdova. Alli por su mandado traxeron al Rey preso del castillo de Porcuna, pueblo que los antiguos llamaron Obulco: como él se vió en presencia del Rey, hincó la rodilla y pidióle la mano para besalla. Abrazóle el Rey y hablóle con mucha cortesía: parecióle era justo tenelle respeto y honralle como á Rey, dado que fuese bárbaro y su prisionero. Trataron de concertarse: finalmente se hizo con estas condiciones: Que Boabdil diese en rehenes á su hijo mayor con otros doce hijos de los mas principales moros para seguridad que no faltaria en la devocion, obediencia y homenage del Rey de Castilla: mandáronle otrosí que pagase cada un año doce mil escudos de tributo, y viniese á las cortes del reyno quando fuese avisado; demas desto que por espacio de cinco años pusiese en libertad quatrocientos esclavos christianos. Con esto le otorgaron libertad y licencia de quedarse en su secta y le enviaron á su tierra. El Rey don Fernando puestas nuevas guarniciones por aquellas partes, y señalado Luis Fernan-

dez Portocarrero para que en lugar del maestre de Santiago tuviese el gobierno de Ecija y cargo de aquella frontera, se partió de Córdova, para do la Reyna le esperaba. En la misma sazon mil y quinientos moros de á caballo y quatro mil de á pie debaxo la conducta de Bexir gobernador de Málaga rompieron por la campiña de Utrera; mas fueron rechazados por el esfuerzo de Portocarrero y del marques de Cadiz que les salieron al encuentro, y los desbarataron cerca de Guadalete con grande estrago que en ellos hicieron. Para memoria de aquel servicio se despachó un privilegio en que se concedió á los marqueses de Cadiz para siempre jamás que todos los años hobiesen el vestido que los Reyes vistiesen el dia de Nuestra Señora de setiembre: premio muy debido á sus hazañas y lealtad, mayormente que dentro del mismo mes no solo desbarató á los moros (como queda dicho) sino tambien recobró á Zahara que la tomó de sobresalto. Fueron los Reyes don Fernando y doña Isabel á la ciudad de Victoria: tenian poca esperanza de efectuar aquel casamiento que pretendian. Madama Madalena á persuasion del Rey de Francia su hermano se escusaba con la edad de los novios que era muy desigual, ca el príncipe era niño y su hija casadera: decia que semejantes casamientos pocas veces salen acertados. En aquella ciudad el conde de Cabra y el alcayde de los Donceles por mandado de los Reyes fueron recebidos solemnemente, y para mas honrallos en compañía del cardenal de Toledo don Pero Gonzalez de Mendoza les salieron al encuentro toda la nobleza y todos los prelados, honra que muy bien se les empleaba. En particular hicieron merced al conde de Cabra de cien mil maravedís de juro por toda su vida: concediéronle otrosí que á sus armas antiguas añadiese y

pintase en su escudo la cabeza de un Rey coronado, y al derredor por orlo nueve banderas en señal de otras tantas que ganó de los moros quando de sobre Lucena se retiraban: todo á propósito de gratificar aquel servicio, y despertar á otros á emprender cosas grandes por la patria y por la religion. Cayóse con las aguas del invierno de repente gran parte de la muralla de Albama: los soldados por miedo trataban de desamparar aquella plaza. El conde de Tendilla con prudente y presto consejo hizo tender un lienzo en toda aquella abertura pintado de tal manera que parecia no faltar cosa alguna: con esto antes que el enemigo advirtiese el engaño y fuese avisado de lo que pasaba, tuvieron lugar de reparar lo caido y asegurarse. Hizo otrosí por la grande falta de dinero para pagar y entretener los soldados moneda de cartones, de una parte de su firma, y por la otra el valor de cada qual de las monedas, con promesa de trocallas con buena moneda y legal, pasado aquel aprieto y necesidad: traza notable y usada de grandes personages. Este año á quince de noviembre dió el Papa el capelo al obispo de Girona don Juan de Melguerite embaxador por su Rey en aquella corte. Escribió de los Reyes de España una breve historia que intituló Paralipómena: pocos meses gozó de aquella dignidad; yace sepultado en Roma en Nuestra Señora del Pópulo.

CAPITULO V.

De las cosas de Navarra.

Los navarros no sosegaban: demas de las parcialidades antiguas al presente por el poco caso que hacía la gente de los que gobernaban, los odios tenian me-

nos enfrenados y reprimidos, sin que se pudiese entre ellos asentar una paz firme y duradera; muchas veces se dexaron las armas, y muchas las tornaron á tomar. Estaban las cosas de tal manera trabajadas que apenas se pudieran reparar con una larga paz, quando se emprendió de otra parte una nueva guerra. Juan vizconde de Narbona tio de la Reyna doña Cathalina pretendia aquel reyno con achaque que quando murió la Reyna doña Leonor su madre, él debia suceder como pariente mas cercano que los nietos, ademas que no podia muger heredar aquella corona: concluía que contra derecho y justicia aquella señora tomó la posesion de aquel reyno. Esto decia y alegaba: la verdadera causa del daño era el poco caso que hacía de la Reyna por ser muger y por su poca edad; que de otra suerte, qué derecho podia pretender, pues constaba que muchas veces los nietos se preferian á los hijos menores, y aquel reyno recayó en hembras diversas veces? La mudanza de los príncipes y sus muertes dan ocasion á semejantes pretensiones; y la insaciable codicia de reynar no se mueve por alguna razon, ni se enfrena. No tenia esperanza de alcanzar por bien y por via de justicia su pretension: con las armas hizo que todo el condado de Fox le reconociese por señor, castillos y pueblos, parte de su voluntad, parte por fuerza. Los mas favorecian sus intentos por la memoria que tenian de los señores pasados, y por el miedo y odio de sugetarse por medio del casamiento de la Reyna á algun señor estrangero. Para sosegar estos bullicios tenian necesidad de mayores fuerzas, y las cosas pedian algun varon que las gobernase. Pareció apresurar el casamiento de la Reyna, sobre que resultaron nuevas dificultades. Madama Madalena su madre se inclinaba á la casar en Francia: los navarros pretendian tener por

costumbre que se tratase y determinase en los estados y cortes del reyno del casamiento de sus Reyes: que los matrimonios que sin dalles parte ó contra su voluntad se efectuaban, siempre salieron desgraciados; en particular los moradores de Tudela protestaron que si de otra forma se hiciese, se entregarian al Rey don Fernando, el qual á la sazon en Tarazona tenia cortes de Aragon por principio del año mil y 1484.
quatrocientos y ochenta y quatro, sin que haya sucedido cosa memorable sino que los catalanes al principio rehusaron de hallarse en ellas: alegaban que conforme á sus fueros no era lícito llamallos fuera de su provincia, pero al fin se conformaron con la voluntad del Rey. En el entretanto doña Cathalina Reyna de Navarra se casó con Juan de Labrit hijo de Alano persona muy noble, y que tenia grandes estados en Francia, es á saber lo de Perigueux, lo de Limoges, lo de Dreux, sin otros pueblos y señoríos: deste casamiento resultaron nuevas alteraciones en Navarra. El Rey don Fernando con intento de aprovecharse del temporal turbio para ensanchar su estado, y vengar la poca cuenta que dél se tuvo (al contrario de lo que antes hizo) él se quedó en aquella comarca, y envió á la Reyna á la Andalucía para aprestar lo necesario para continuar la guerra de los moros. Las cosas no daban lugar á descuidarse, ca tenian aviso que todavia el poder de Albohacen iba en aumento, y que tenia debaxo de su obediencia casi toda aquella nacion: que su hijo apenas dentro de la ciudad de Almería, que la tenia por suya, y con poca gente que se le arrimaba, conservaba el nombre de Rey. La principal causa desta mudanza era que aquella gente le aborrecia como renegado, por lo menos aficionado á los christianos. Los predicadores que su padre envió por todas partes, no cesaban de malde-

cille, y declaralle al pueblo por blasfemo y descomulgado. De nuestra parte las gentes de Córdova, y de Sevilla en número de mas de diez mil hombres por el mes de abril por toda la campiña de Málaga talaron las mieses que estaban ya para segarse, con que pusieron grande espanto; y con los grandes daños que hicieron, se satisficieron en el mismo lugar del que se recibió el año pasado. Sobre todo pretendian y confiaban que los moros cansados con tantos males en fin se vendrian á sugetar, pues de Africa no les venia socorro ninguno, á lo menos de importancia, sea por estar aquella gente embarazada en sus guerras, sea porque los nuestros con sus armadas como señores que eran del mar, no daban lugar á los contrarios de rebullirse. Esto dió ocasion y avilenteza á los ginoveses para que debaxo de la conducta de un cosario llamado Iordieto Doria trabajasen las riberas de Cataluña y de Valencia, que se hallaban sin armada: robaron, quemaron y mataron todo lo que hallaban. Fueron los ginoveses antiguamente competidores por el mar de los catalanes, y al presente les dió lugar para desmandarse cierta discordia que resultó en aquella ciudad, y la poca autoridad que por esta causa aquella república tenia. Fue asi que á Pedro Fregoso duque de aquella señoría echó de la ciudad y despojó de su dignidad Paulo Fregoso arzobispo de Génova y cardenal, sin tener consideracion al parentesco que los dos tenian: cargábale que llamaba á los duques de Milán para entregalles aquella ciudad. Erales al pueblo muy pesado que los milaneses, malos antes de sufrir, volviesen á gobernallos; ademas que por haber gustado una vez la libertad no podian llevar el señorio de ninguno, puesto que fuese muy blando, ni sabian templarse en sus pasiones. Lo que resultó fue que se aparejó á costa de aquel reyno en Valen-

cia una nueva armada, y por su capitan Matheo Escrivá, á propósito de reprimir el orgullo de los cosarios y defender nuestras riberas. Demas desto las cosas eclesiásticas andaban tambien revueltas en aquellos estados y corona: para todo era necesaria la presencia del Rey don Fernando. El caso pasó desta manera: por la muerte del maestre de Montesa Luis Dezpuch, persona en aquella era de gran fama, prudencia y valor bien asi como qualquier otro de los muy nombrados, los caballeros de aquella orden pusieron en su lugar á don Philipe Boil. Alegaba contra esta eleccion el Rey don Fernando que el Sumo Pontífice le concediera una bula en que disponia que sin su voluntad no pudiese ser elegido de nuevo ningun maestre: las voluntades de los Reyes son vehementes, asi fue necesario que depuesto el nuevo electo, sucediese en su lugar don Philipe de Aragon sobrino del Rey, hijo de don Carlos príncipe de Viana, que aunque señalado por arzobispo de Palermo, se contentó de trocar aquella dignidad con el maestrazgo de Montesa. Demas desto el Pontífice Sixto por la muerte de don Iñigo Manrique arzobispo de Sevilla dió aquella iglesia al cardenal Rodrigo de Borgia, cosa que sintió mucho el Rey don Fernando, hasta mandar prender á Pero Luis duque de Gandía hijo que era de aquel cardenal: torcedor con que al fin alcanzó que revocada la primera gracia, don Diego de Mendoza obispo que era de Palencia, fuese hecho arzobispo de Sevilla por contemplacion de su hermano el conde de Tendilla y de su tio el cardenal de España. Por esta eleccion don Alonso de Burgos que era obispo de Cuenca, pasó al obispado de Palencia, á Cuenca don Alonso de Fonseca obispo de Avila: el obispado de Avila se dió á fray Hernando de Talavera prior en Valladolid de Nuestra Señora de Prado; desta manera

en España los Reyes pretendian fundar el derecho de nombrar los prelados de las iglesias. La revuelta que andaba en Italia, fue causa que en muchas cosas se disimulase con los príncipes; y aun en esta misma sazon se emprendió entre los venecianos y neapolitanos una nueva guerra. La ocasion fue ligera, la alteracion grande por acudir los demas príncipes de Italia, unos á una parte, otros á otra. El principio y causa desta guerra fue que los venecianos pretendian maltratar á Hércules duque de Ferrara, y los de Nápoles acudieron á su defensa por estar casado con una hija de don Fernando Rey de Nápoles. En lo mas recio desta guerra falleció el Papa Sixto á doce de agosto. Sucedióle el cardenal Juan Bautista Cibo, natural de Génova, con nombre que tomó de Inocencio Octavo. En el mismo tiempo pasó otrosí desta vida don Iñigo Dávalos hijo del condestable don Ruy Lopez Dávalos. Tuvo este caballero gran cabida con los Reyes de Nápoles: alcanzó grandes riquezas, y fue muy señalado bien asi como qualquier otro en las armas. De su muger Antonela hija de Bernardo conde de Aquino y marques de Pescara dexó muchos hijos: el mayor se llamó don Alonso y le sucedió en el marquesado, demas dél á Martin, Rodrigo, y Iñigo que fue marques del Vasto: fuera destos á Emundo y una hija llamada doña Costanza, personas de quien descienden muchos príncipes de Italia. En especial don Fernando marques de Pescara hijo de don Alonso con sus muchas hazañas que obró en tiempo de nuestros padres, y con su valor hinchó á Italia y á todo el mundo de su fama, ca fue grande caudillo en la guerra, y se pudo comparar con muchos de los antiguos. Iñigo Dávalos fue padre de don Alonso marques del Vasto, que ganó asi mismo gran fama por su esfuerzo, y por morir su primo sin hijos heredó aquel esta-

do, y junto con el suyo le dexó á sus descendientes con tal condicion que alternativamente el uno de los sucesores se llamase marques de Pescara y el siguiente marques del Vasto, y que esto se guardase perpétuamente, como vemos que hasta hoy se guarda.

CAPITULO VI.

Que Abohardil se alzó con el reyno de Granada.

A esta misma sazon los soldados de Andalucía y los capitanes asi de su voluntad como por mandado de la Reyna trataban con mucho calor de hacer guerra á los moros. Persuadíanse que pues los principios procedian prósperamente y casi sin tropiezo, que lo demas sucederia como deseaban. Con este intento no cesaban de espiar los intentos de los enemigos, sus pretensiones y caminos, sin afloxar ni descuidarse en cosa alguna, ni dexar á los enemigos alguna parte segura. No descansaban de dia ni de noche ni en invierno ni en verano; antes ordinariamente hacían correrías, y todo mal y daño en todos los lugares que podian. Tratábase en Córdova de hacer una nueva jornada, y consultaban por qué parte sería mejor acometer. Y dado que el maestre de Santiago era de contrario parecer, los mas se conformaron con el marques de Cadiz que debian acometer á Alora, que es un pueblo puesto casi en medio del camino que hay desde Antequera á Málaga: un rio pequeño que pasa junto á él, algunos piensan que los antiguos le llamaron Saduca; era esta villa mas fuerte por su sitio, ca está por la mayor parte asentada sobre peñas, que por las murallas ó otra fortificacion. Estaba el exército con esta resolucion á punto de marchar quando el Rey don

Fernando que partió de Tarazona á postrero de mayo, continuado su camino, sobrevino para hallarse en persona en aquella guerra por ser su presencia de tan grande importancia para todo. Parecióle bien el acuerdo que los suyos tomaron, si bien para mayor disimulacion y desmentir á los contrarios que no entendiesen su intento, dió muestra de ir de nuevo á guarnecer á Alhama de gente. Como llegó á Antequera, torció el camiuo y dió al improviso con todas sus gentes sobre Alora: fue grande el miedo de los moradores y la turbacion. Púsose sitio: combatieron las puertas y murallas de aquel lugar, y con la artillería abatieron parte de los adarves con tanto mayor espanto de los moros que no estaban acostumbrados á cosa semejante; rindiéronse á partido que los dexasen ir libres y llevar todas sus alhajas. La toma deste pueblo fue á veinte y uno de junio: la alegria y provecho mas colmado á causa que ningunos de los nuestros fueron muertos, y que los moros se pudieran entretener mucho tiempo; que no les podian quitar el agua del rio por ir cogido entre peñas, y por estar la gente acostumbrada á sustentarse con poco, y usar de la comida y de la bebida mas para sustentar la vida que para regalo y deleyte: venciéronse estas dificultades mas con ayuda del cielo que por industria humana. Acometieron otros pueblos comarcanos, y por el demasiado brio cerca de un lugar llamado Cazarabonela, do vinieron á las manos con cierto número de enemigos, en un rebate mataron á don Gutierre de Sotomayor conde de Benalcázar en la flor de su edad (y que tenia por muger una dueña parienta del Rey) con una saeta enerbolada que le tiraron. Despues desto dexaron en Alhama trecientos caballeros de Calatrava por cuenta de Garci Lopez de Padilla maestre de aquella orden,

al que eligieron en lugar de Rodrigo Tellez Giron, y por su muerte, con gravámen que se encargase de la defensa de aquel pueblo. El Rey con la demas gente pasó hasta dar vista á Granada: alli asentó sus reales en un lugar fuerte; tenia seis mil de á caballo, los infantes apenas eran diez mil. En la ciudad se decia tenian setenta mil combatientes, gran número y que no se puede creer: siempre es mas lo que se dice en estas cosas que la verdad; la misma mentira empero da á entender que la muchedumbre era grande. Sin embargo el Rey don Fernando talado que hobo toda aquella vega y puesto grande espanto á toda la morisma, gastados en esto cincuenta dias, volvió con su exército sano y salvo, y alegre por los despojos de los moros que llevaba á tierra de christianos. Para la defensa de Alora dexó á Luis Fernandez Portocarrero, y por general de las armadas y del mar nombró á don Alvaro de Mendoza conde de Castro, persona de grande esfuerzo y prudencia. Pretendia con esto que de Africa no pudiese venir socorro á los moros; que por pequeños descuidos se suelen perder empresas muy grandes. Pasados los calores del estío, volvieron á la guerra con el mismo denuedo que antes: batieron un castillo cerca de Málaga llamado Septenil, fuerte y enriscado. Sucedió lo mismo que en Alora, que espantados los de dentro con el ruido y estruendo de la artillería, rindieron la plaza, con libertad que se les dió para irse donde quisiesen con el dinero que les dieron por el trigo y los bastimentos que alli dexaban, conforme á lo que ciertas personas señaladas juzgaron que podia todo valer. Tras esto se enderezaron los nuestros la vuelta de Ronda, ciudad puesta entre montes muy altos y ásperos, y por esta causa, aunque pequeña, inaccesible y fuerte, en especial que la ma-

yor parte está rodeada del rio que por allí corre, y lo restante de peñascos enriscados. Los moradores de aquella ciudad eran diferentes en el trage y vivienda de los demas: moros muy feroces y arriscados, y para todo lo que sucediese, guarnecidos de soldados y de armas, bastecidos de vituallas, tanto que á los lugares comarcanos que son de la misma aspereza, proveían ellos de todo lo necesario para su defensa y guarnicion. Todo esto ponia en los fieles mayor deseo de acometer aquella ciudad por entender que quitado aquel baluarte, todo lo demas hasta Málaga quedaria muy llano. Llegaron á vista de los muros y de aquel sitio tan bravo: dieron el gasto á los olivares y huertas, que las hay por allí muy buenas. No continuaron estos buenos principios; la falta del dinero para hacer las pagas les forzó á no detenerse mucho en aquel lugar: daño que muchas veces impide y desbarata grandes empresas. Enviada la gente á los invernaderos, el Rey y la Reyna se partieron para Sevilla: llegaron á aquella ciudad á dos del mes de octubre, alegres por los buenos sucesos y por la esperanza que tenian de dar fin á aquella empresa qual todos deseaban: era tan grande este deseo que
1485. en medio del invierno por el mes de enero año de mil y quatrocientos y ochenta y cinco tornaron á la guerra. El invencible ánimo del Rey no sabía sosegar: tenia esperanza de tomar la ciudad de Loxa de rebato y de noche; mas desistió desta empresa por las muchas aguas y temporales del invierno que forzaron á los nuestros á volver atrás, ademas que un soldado muy plático llamado Juan de Ortega les avisó no solo ser temeridad sino locura intentar cosa semejante. Cada dia acudian nuevas compañías de Castilla y señores: entre otros el condestable Pero Fernandez de Velasco, el duque de Alburquerque don Beltran de la

Cueva, Pedro de Mendoza adelantado de Cazorla, don Juan de Zúniga maestre de Alcántara, cada qual con su particular banda de gente; acudieron otrosí el maestre de Santiago y el duque de Najara que se hallaron en las empresas pasadas. Con estos socorros llegaron á nueve mil de á caballo y veinte mil infantes. Pareció, pues el exército era tal, volver á la guerra con mayor denuedo y resolucion que antes. Al mismo tiempo los ciudadanos de Almería tomaron las armas contra su Rey Boabdil: aborreciale aquella gente como á renegado, y decian que por su cobardía sucedieran los males pasados. Acometieron el palacio, y en él mataron un hermano de Boabdil, y prendieron á su madre, principal causa y atizadora de aquella discordia tan perjudicial que entre padre y hijo antes se levantó: el mismo Rey moro por estar á la sazon ausente de aquella ciudad, luego que le avisaron de aquel desastre, perdída toda esperanza de prevalecer, con algunos pocos que le acompañaron, se fue á Córdova. Por otra parte los moradores de Ronda que eran pocos, y menos que ser solian, tenian cobrado gran miedo: un moro llamado Juzeph Xerife dió desto aviso al marques de Cadiz; pareció sería conveniente acudir en primer lugar á aquella empresa, bien que primero acometieron otros lugares como fue Cohin, que caia cerca de Alora, el qual pueblo tomaron por fuerza, y le echaron por tierra porque á causa de ser muy ancho el circuito de los muros era dificultoso ponelle en defensa: murió en la batería Pedro Ruiz de Alarcon, que en esta guerra dió muestra como antes en la de Villena de esfuerzo singular, y acabó grandes hazañas. Ganaron otrosí á Cartama, pueblo que conserva su apellido antiguo solamente mudada una letra, ca en tiempo de romanos se llamaba Cartima, y dél toma nombre

todo aquel valle en que este pueblo está, que se llama el valle de Cartama: rindióse á Pedro de Mendoza, y dióse el cargo de defendellé al maestre de Santiago á pedimento del mismo. Hecho esto, con todo el exército pasaron á Málaga, do residia Abohardil hermano de Albohacen, en quien y en su valor halló que en aquella sazon tenian los moros puesta su esperanza, por la grande reputacion que ganó quando en el Axarquia (que asi se llaman los montes de Málaga) destrozó como se dixo gran número de christianos. Poco efecto se hizo en aquella parte, fuera de cierta escaramuza de menor cuenta; dieron pues la vuelta por el mismo camino que fueron, y revolvieron sobre Ronda. Para cercar la ciudad por todas partes dividieron las gentes en cinco reales ó estancias. El mismo Rey con la mayor parte del exército se puso en frente del castillo. Atajaron con gente de guarda, que llaman atajadores, todos los caminos para que no les pudiesen entrar socorro ni provision de parte alguna. Lo que hizo mucho al caso, que se hallaban pocos dentro á causa que parte de los ciudadanos eran idos á hacer correrías por los campos comarcanos del Andalucía. Por esta ocasion los moros movidos del grande riesgo en que se veían, y de los sollozos y lágrimas de las mugeres, y atemorizados por la diligencia de los christianos que de dia ni de noche no reposaban, se hobieron de rendir á veinte y tres dias de mayo á partido: entre otras cosas y condiciones á los mas principales ciudadanos dieron ciertas tierras y posesiones en Sevilla, de Gonzalo Pizon y de otros, cuyos bienes tenian los inquisidores por sus deméritos confiscados. Hecho esto, pusieron guarnicion en aquella ciudad. Rindiéronse al tanto otros pueblos por aquella serranía, entre ellos los mas principales fueron Cazarabonela, y

Marbella que está cerca del mar. Era grande el espanto que habia entrado en los moros: en sus Reyes tenian poca ayuda, el uno andaba huido, y Albohacen por su vejez, enfermedad y poca vista poco les podia prestar. Forzados deste peligro se determinaron de nombrar por su Rey á Muley Abohardil que residia en Málaga, hombre de gran corazon y prudencia. La nacion de los moros es mudable y desleal, y no se refrena ni por beneficios ni por miedo, ni aun tiene respeto á las leyes y derecho natural, asi el Moro luego aceptó la corona que le ofrecian. Partióse para Granada con este intento. Llegó mas soberbio que antes, por matar de camino noventa hombres de á caballo de los contrarios: salieron estos de Albama á robar, y llegados hasta la sierra Nevada, estaban alojados con mucho descuido, que fue causa de su perdicion. Hizo pues su entrada en Granada á manera de triumpho: los ciudadanos luego que llegó, con gran voluntad y grandes gritos le apellidaron y alzaron por Rey. Albohacen al principio desta revuelta se partió para Almuñecar do tenia sus tesoros: alli su cruel hermano le hizo matar no por otro delito mas de por tener nombre y corona de Rey, y por la aficion que todavia le tenian algunos, los que aborrecian la deslealtad del tyrano y su ambicion, y por compasion de aquel viejo trataban de acudille. Para librarse deste peligro y cuidado cometió aquel parricidio, en que se mostró no menos cruel que desleal.

CAPITULO VII.

Que nació la infanta doña Chatalina hija del Rey don Fernando.

Quedó el Moro muy ufano despues que, muerto

su mismo hermano, se hobo alzado con su reyno. La fama del caso se estendió por todas partes: el poder y mando alcanzado por malos medios y con crueldad suele ser poco durable, y semejantes maldades pocas veces pasan sin castigo. Los christianos quanto era mayor la esperanza que tenian de echar por tierra las fuerzas de aquel estado, tanto se encendian mas en deseo de salir con ello. Recelábanse que con la mudanza del caudillo los enemigos no recobrasen nuevos brios, y la guerra por esta causa se hiciese mas dificultosa. Acordó el Rey don Fernando para acudir á todo esto emprender una nueva jornada, y hacer prueba del ánimo que los suyos tenian y de sus fuerzas: los mas eran de contrario parecer, y pretendian convenia dexar descansar á los soldados por estar aquexados con tan contínuos trabajos. Todas las dificultades venció la constancia del Rey, y el exemplo del esfuerzo que daba á todos en no escusar él mismo ningun afan ni riesgo, antes era el primero que salia á la pelea, y el primero que acudia á la fortificacion de los reales: es asi que á los hombres desagrada comunmente que les manden de palabra, y todos obedecen fácilmente al caudillo que con el exemplo les va delante. Ordenó que la masa de las gentes se hiciese en Alcalá la Real por estar aquel pueblo cerca de la frontera: él mismo se partió para allá desde Córdova á primero de setiembre, si bien los calores eran grandes por ser aquella region mas cálida que lo demas de España. El conde de Cabra encendido en deseo de acometer alguna grande hazaña, movido asi de su esfuerzo como de las muchas cosas en que los otros señores se señaláran, hizo instancia de ser el primero á entrar en tierra de moros, como lo hizo, con las gentes de su regimiento y banderas de su cargo, que eran setecientos caballos y

hasta tres mil infantes. Diósele orden que llevase en su compañía á Martin Alonso de Montemayor, y que se pusiese sobre Moclin, que es un pueblo cerca de Granada fuerte por su sitio y murallas: prometió el Rey para asegurallos que les acudiria con todo el exército. El conde de dia y de noche apresuró su camino por tomar de sobresalto al nuevo Rey Abohardil, de quien tenia aviso que tenia sus alojamientos alli cerca con mil y quinientos de á caballo y mayor número de gente de á pie. No se le encubrió este intento al enemigo, antes avisado dél, pasó sus gentes á un collado, y al amanecer entre ciertos caminos ásperos y estrechos dió sobre los christianos con tal furia que murieron en el rebate los mejores soldados y la mayor parte del peonage. El conde entre los demas perdió á don Gonzalo su hermano, y él mismo, recebidas algunas heridas, con algunos de á caballo se fue huyendo ácia do entendia hallaria á Garci Lopez de Padilla maestre de Calatrava, que iba en pos de los que se adelantaron. El Rey don Fernando luego que supo el estrago de los suyos, por la tristeza estuvo algun tiempo retirado; despues sosegada la pasion: «Por la imprudencia (dice) del conde y de»masiada confianza de los demas se ha recebido este »revés, pero yo pretendo con presteza satisfacerme »y recompensalle aventajadamente: con vuestro es»fuerzo, soldados, tomaré venganza de la muerte de »nuestros ciudadanos y soldados, varones esforzados »mas que venturosos." Caían junto á la frontera de los enemigos por la parte de Jaen dos castillos y pueblos, el uno llamado Cambil y el otro Albahar; el rio Frio pasa por enmedio de ambos, que aunque lleva poca agua, especial en aquel tiempo del año, por ser las riberas muy estrechas con dificultad se puede vadear. Sobre estos dos pueblos se puso toda

la gente con intento de tomallos. Albahar que está de la otra parte del rio, tiene un padrastro ó montecillo que se levanta á manera de pyrámide: sobre aquel montecillo por mandado del Rey, bien que con grande trabajo, se plantó la artillería. Puso esto tanto espanto á los cercados que sin dilacion rindieron los castillos y pueblos á veinte y tres de setiembre, el mismo dia en que en tiempo del Rey don Pedro los moros se apoderaron de aquellas plazas como ciento y veinte años antes deste tiempo. El Rey don Fernando ganadas tantas victorias, y tomados tantos lugares y los mas sin derramar sangre, comenzó á ser mas temido y nombrado: no se hablaba de otra cosa en todas partes. Envió á invernar el exército, y con tanto él y la Reyna se partieron para Alcalá de Henares. En este viage en Linares á las haldas de Sierramorena, falleció don Alonso de Aragon duque de Villahermosa, y hermano del Rey don Fernando, caudillo esclarecido en aquel tiempo tanto como el que mas, como quier que se halló en muchas guerras. Su cuerpo fue primero depositado en Baeza, despues le trasladaron á Poblete entierro de sus antepasados. Dexó muchos hijos: en María Iunques fuera de matrimonio tuvo á don Juan conde de Ribagorza y á doña Leonor: de otras concubinas á don Alonso, que fue los años adelante obispo de Tortosa y despues arzobispo de Tarragona; tambien á don Fernando y á don Enrique. Fuera destos de su legítima muger tuvo á don Alonso y á doña Marina: la hija casó con Roberto príncipe de Salerno, y deste matrimonio nació don Fernando, que fue el postrer príncipe de Salerno, y por su mal orden vivió en trabajos, desgracias y destierro hasta nuestra edad; don Alonso fue duque de Villahermosa, cepa de que descienden aquellos duques de Villahermosa

y condes de Ribagorza. En Toledó á los que dexada la religion christiana que recibieron, se tornaban á la secta judáica, castigaban los inquisidores con mucho rigor y severidad; verdad es que á otro mayor número desta gente, porque se reduxeron, pidieron misericordia y confesaron sus culpas, les fue otorgado perdon: estos se llaman hoy los de la gracia. Tratamos los hechos de España sin salir della; á las veces empero es forzoso por la trabazon que las cosas tienen entre sí y para cumplir con lo que se pretende en esta obra, tocar asi mismo algunas de fuera. Abrasábanse los señores napolitanos con una guerra que levantaron contra don Fernando su Rey, conjurándose y haciendo liga entre sí con intento de vengar los agravios muy graves y ordinarios que pretendian les hacía: ayudábalos el Pontífice Inocencio y animábalos, si bien mas los favoreció con el nombre que con fuerzas, á causa de su vejez y de otros cuidados que dél cargaban. Las cabezas de la conjuracion eran tres príncipes, el de Salerno llamado Antonelo, y el de Besiñano que se llamaba Gerónimo, y el de Altamura por nombre Pirro Baucio: demas destos Pedro de Guevara marques del Vasto y otros sin embargo de estar muy obligados por las muchas mercedes que recibieron del Rey. Llegó á tanto que por la fama cargaban asi mismo á don Fadrique hijo del Rey de que con esperanza de suceder en el reyno favorecia de secreto á los parciales: cosa que si fue verdad ó mentira, aun entonces no se pudo averiguar. La principal causa del odio que se levantó contra el Rey, era don Alonso su hijo duque de Calabria por sus malas costumbres y soltura tan grande en todo que igualmente en deshonestidad y crueldad mucho se señalaba. El Rey por su grande prudencia y mucha experiencia de cosas determinó

sosegar aquellas alteraciones mas con maña que con fuerzas: asi á instancia del Pontífice, que veía las cosas no sucedian prósperamente, y de Pedro cardenal de Fox, el qual con este intento se partió para Roma al llamado del Papa para terciar en el caso, fue dado perdon general á los alborotados. Desde España otrosí el Rey don Fernando envió para sosegar aquellas alteraciones por su embaxador al conde de Tendilla, que para asegurar á los barones en nombre de su Rey y debaxo de su palabra real con pleyto homenage que hizo, recibió en su salvaguarda y debaxo de su amparo aquellos señores alborotados á tal que dexadas las armas se reduxesen á la obediencia. Mas el Rey de Nápoles luego que calmó la tempestad, hizo poco caso de aquellas promesas, su larga edad le inclinaba á creer lo peor, su condicion executiva á vengarse de los que se le atrevian, confiado para todo lo que le podia suceder, en las muchas riquezas que le dexó su padre y él mismo con el mucho tiempo de su reynado las aumentó mucho mas. Determinado pues (despues de tomado el asiento) de castigar á sus contrarios, con ocasion de ciertas bodas que se celebraron en Castelnovo, hizo prender al conde de Sarno, que era uno de los parciales, con algunos otros que todos pagaron con las cabezas. Otros muchos en diversos tiempos y en diversas coyunturas y ocasiones, entre ellos los príncipes de Altamura y de Besiñano, le vinieron á las manos: á estos hizo morir en prision. El Rey de Castilla don Fernando no dexaba de agraviarse por sus embaxadores, y protestar que no permitiria que ninguno hiciese burla de su palabra y de su fé: menudeaban las quexas, mas ninguna cosa bastaba para doblegar el ánimo obstinado del Rey de Nápoles olvidado de la inconstancia de las cosas, y muy descuidado de lo que sucedió

adelante; que á la verdad la muerte destos señores y el odio que resultó por esta causa en los naturales, abrian las zanjas y echaban los cimientos de su daño, y de perder aquel reyno, como se vió algunos años adelante. Volvamos la pluma atrás. En Alcalá de Henares la Reyna doña Isabel á diez y seis de diciembre parió una hija, que se llamó doña Cathalina, muy conocida por casar con dos hermanos hijos del Rey de Inglaterra, y por las desgracias que últimamente le sobrevinieron, y duraron siempre asi á ella como por esta ocasion á toda la nacion inglesa. Quán grandes olas de desventuras padecerá solo por la torpe deshonestidad de su marido y su deslealtad? Padecerá y llevará la pena de la culpa agena: tal fue la voluntad de Dios; las discordias de aquella nacion y las maldades abrieron camino para males tan grandes. Fue asi que presos y muertos Eduardo y Ricardo, legítimos herederos de aquella corona, Ricardo tio de aquellos mozos se apoderó violentamente del reyno: los medios y remates de su reynado fueron conformes á estos principios, su gobierno tyránico. Por esta causa Enrique conde de Richêmonda que primero estuvo preso en Bretaña, despues puesto en libertad venció al tyrano en batalla y le quitó la vida: con que él mismo se quedó en su lugar con el reyno que adquirió por este medio. Hijo deste Enrique fue Enrique Octavo, Rey de Inglaterra, muy conocido por sus desórdenes. El repudio que dió á la dicha doña Cathalina su muger, y juntamente el apartarse como se apartó de la religion cathólica de sus antepasados, ademas de sus grandes torpezas, hicieron que su nombre y su memoria para siempre sea aborrecible y detestable.

CAPITULO VIII.

De las alteraciones de Aragon.

En Aragon hobo algunas ligeras alteraciones: los alborotos que en Cataluña se levantaron fueron mayores, con mayor porfia y de mayor riesgo. La prudencia del Rey don Fernando y su mucha autoridad hizo que todo se allanase. La ciudad de Zaragoza está asentada en un llano á la ribera del rio Ebro, en hermosura de edificios; muchedumbre de ciudadanos, riquezas, arreos, gala y anchura igual ó casi á qualquiera otra de España, guarnecida de armas, soldados y murallas, acostumbrada á un gobierno muy templado, y porende muy leal para con sus Reyes, si no le quebrantan sus fueros y sus libertades que le dexaron sus antepasados; ca por guardar su libertad hallamos haberse muchas veces alborotado con un increible corage y furor encendido. Estan aquellos ciudadanos recatados por lo que han visto en otros, y por entender que de pequeños principios muchas veces resultan grandes tropiezos y accidentes muy pesados, como aconteció en este tiempo. Juan de Burgos alguacil del Rey (como es esta suerte de gente insolente) dixo ciertas palabras descomedidas á Pedro Cerdan cabeza de los jurados y del senado: acudieron otros y prendieron al alguacil. Puéstale acusacion, y sustanciado su proceso, por sentencia le ahorcaron, sin tener respeto al desacato que en aquello se cometia contra la magastad real. Tenia el Rey á punto su gente para hacer entrada en el reyno de Granada (como queda dicho que la hizo al principio deste año) quando avisado de lo que pasaba, mandó Juan Hernandez de Heredia gobernador de la ge-

neral gobernacion del reyno que castigase aquel atrevimiento con severidad y rigor en los que hallase culpados. Sin embargo á los embaxadores que vinieron de parte de la ciudad sobre el caso, despidió con palabras blandas: díxoles que mandaba no se les hiciese algun agravio, como príncipe que era astuto y sagaz y de un ingenio muy hondo para disimular y fingir todo lo que le parecia á su propósito. No pudieron prender á la cabeza de los jurados, que le amparó el justicia de Aragon que conforme á sus fueros y leyes tiene en esta parte suprema y mayor autoridad: hicieron justicia los ministros del Rey de Martin Pertusa que era y tenia el segundo lugar entre los jurados, y fue el que mas se señaló en hacer se diese la muerte al alguacil real. La execucion fue presta y sin tardanza, sacáronle á justiciar con las cartas del Rey, que llevaban en una lanza para efecto de reprimir el pueblo que se alborotaba, y queria en su defensa tomar las armas: el castigo de uno puso escarmiento en los demas, y los hizo advertir que los ímpetus de los Reyes son bravos y grandes sus fuerzas. Con esto se sosegó esta revuelta; mas poco despues se revolvió aquella ciudad y alteró por una maldad mas grave que la pasada. Hacía oficio de inquisidor en aquella ciudad Pedro Arbue, y conforme á lo que hallaba, castigaba á los culpados. Ciertos hombres homicianos de mala raza con color de volver por la libertad, ó aquexados de su mala conciencia y por temer de ser castigados, se resolvieron entre sí de dar la muerte al dicho inquisidor. Pensaron primero matalle de noche en su cama: no pudieron salir con esto á causa que las ventanas por do pretendian forzar el aposento tenian muy buenas rejas de hierro que no pudieron arrancar. Acordaron executar su rabia en la iglesia mayor á la hora de los maytines en que acos-

tumbraba á hallarse (1). Un miércoles catorce de setiembre (quién quita deste número un dia, quién le añade de cuyas opiniones nos hace apartar la razon del cómputo eclesiástico) como pues estuviese de rodillas delante el altar mayor junto á la reja, le dieron de puñaladas. El primero que le hirió en la cerviz, fue Vidal Duranso, gascon, uno de los sacomanos, que con rostro muy fiero y encendido y palabras descompuestas le acometió: acudiéronle los otros con sus golpes hasta acaballe: no falleció hasta la noche siguiente del jueves á los quince, en el qual espacio no se ocupó en otra cosa sino en alabanzas de Dios. Hiciéronle muy solemnes honras y enterramiento: su cuerpo sepultaron en el mismo lugar en que le dieron las heridas. Díxose que su sangre derramada hervia por todo aquel tiempo, si ya no fue que los ojos se engañaron y se les antojaba á los que miraban. Poco despues por mandado de la ciudad fue puesta una lámpara sobre su sepulcro, honra que no se suele hacer sino con los Santos canonizados: asi el Emperador Carlos Quinto procuró adelante que se hiciese con autoridad del Papa Paulo III y que se le celebrase fiesta á los quince de setiembre, como hoy se hace todos los años; todo á propósito que la virtud y méritos de aquel notable varon fuesen honrados como era justo. Los que le mataron, hombres perdidos y malos, dentro de un año todos con diversas ocasiones sin faltar uno perecieron; que fue justo juicio de Dios, y muestra de su venganza de que aquellos malos hombres no pudieron escapar, magüer que no ca-

(1) Zurit. lib. 20. c. 65. dice que murió jueves a 14: no puede ser. Geron. Blancas que le hicieron á los 15 y fino a los 17. La fiesta que es a los 15, muestra que murió aquel dia, que fue jueves.

yeron en manos de jueces ni fueron por ellos justiciados: ademas que la conciencia de los malos tiene dentro de sí no sé qué verdugos, ó ella misma es el verdugo que quita á los hombres el entendimiento. Resultó que en adelante para seguridad de los inquisidores les fue concedido que morasen dentro del alcázar que se llama del Aljaferia. Esto en el reyno de Aragon. En el principado de Cataluña, y particularmente en la comarca de Ampurias, los vasallos que vulgarmente llamaban pageses, eran maltratados de sus señores poco menos que si fueran esclavos: desafuero que no se podia sufrir entre christianos. Las imposiciones que los moros al tiempo que eran señores mandaban pechar á los christianos, que eran muy graves en demasía, hacían aquellos señores que se las pagasen á ellos: valíanse para esto y alegaban la costumbre inmemorial. Sentíase mal comunmente de lo que en aquella provincia pasaba. Las historias catalanas no declaran qué imposiciones eran estas; tampoco es razon adevinar; solamente dicen que por ser muy graves las llaman los Malos Usos, y que ninguno se podia exîmir si no compraban la libertad á dineros como si fueran esclavos. Por esta causa muchas veces los naturales tomadas las armas intentaban ó librarse de aquella servidumbre, ó con la muerte poner fin á miserias tan grandes. Los ímpetus que nacen de la fuerza y necesidad, son muy bravos; por el contrario la muchedumbre sin fuerzas y sin cabeza comunmente tiene poca eficacia en sus intentos, presto se cansa y amayna. Acudieron á pedir justicia á los Reyes, primero á don Alonso que fue tambien Rey de Nápoles, despues á don Juan su hermano, y últimamente á don Carlos príncipe de Viana: todos mandaron que aquellas imposiciones se moderasen en cierta forma. No bastaba (mal pecado) su autoridad y mandado

para refrenar el atrevimiento y codicia de la nobleza, que estaba determinada á defender con las armas lo que sus antepasados les ganaron y dexaron por juro de heredad; era menester para allanallos las fuerzas y autoridad del Rey don Fernando: él visto que se continuaban ya algunos años los alborotos de aquella gente, con la ventura que tuvo en lo demas, su prudencia y buena maña ló sosegó todo, y con el buen orden que dió en aquellos debates. Hallábase en Alcalá de Henares en este tiempo. Desde alli pasó con la Reyna su muger á Segovia y á Medina del Campo: en este viage visitó en Alba á don García de Toledo que ya se llamaba duque de Alba por merced del Rey, y por su edad se retiró á aquella su villa: en su lugar para que sirviese en la guerra de Granada, quedó don Fadrique su hijo. Pretendia el Rey en esto fuera de honralle reconcilialle, como lo hizo, con el condestable Pero Fernandez de Velasco, al qual y á don Alonso de Fonseca, que ya era arzobispo de Santiago, pensaba dexar para el gobierno de Castilla, resuelto de volver en persona á la guerra de Granada. Con esta determinacion pasó á Nuestra Señora de Guadalupe. Alli á veinte y ocho de abril pronunció sentencia en el negocio de los pageses y en favor suyo, en que declaró ser aquella servidumbre muy pesada para christianos, y que no se usaba en ninguna nacion: por tanto mandaba que se revocase y se mudase en otra cosa mas llevadera. Esto fue, que cada qual de los vasallos pagase á su señor cada un año sesenta sueldos barceloneses, tributo aunque muy grave, pero que aceptó aquella gente de muy buena gana, tanto mas que les dieron libertad de poder franquearse, y redemir esta carga con pagar de una vez á razon de veinte por uno. Desta manera despues de largas alteraciones que en aquella parte de España

largamente continuaron, todo se sosegó. En Portugal con la muerte de aquellos señores conjurados (de que arriba se habló) las cosas se hallaban en sosiego, y el Rey ocupado en ennoblecer su reyno; en particular Azamor, que es una ciudad de la Mauritania Tingitana, puesta á la ribera del Océano Atlántico al salir de la boca del estrecho de Cadiz á mano izquierda, plaza que algunos piensan los antiguos llamaron Thymiaterium, como quier que los años pasados fuese tributaria á los Reyes de Portugal, de nuevo hizo juramento de estar á su devocion y obediencia, y en señal de homenage pecharia y enviaria á Portugal por parias cada un año diez mil alosas, cierto género de pescado de que hay alli mucha abundancia: reconocimiento muy honroso para aquella nacion y para sus príncipes, pues no solo por las armas y esfuerzo pudieron los años pasados mantenerse en libertad y fundar aquel reyno, á que no tenian derecho muy claro, sino que de presente se adelantaron á sugetar naciones y ciudades apartadas, y se abrieron camino para alcanzar mayor gloria y mayores riquezas que antes.

CAPITULO IX.

Que muchos pueblos se ganaron de moros.

Iban las cosas de los moros de caida: trabajábanlos no menos las discordias de dentro que el miedo de fuera. En la misma ciudad de Granada Boabdil, llamado por la gente de su parcialidad, se apoderó del Albaycin, y con su llegada vinieron á las manos en las mismas calles de la ciudad unos ciudadanos contra otros con grande corage y rabia. Todavia quando los nuestros les hacian guerra, se concerta-

ban entre sí, y acudian á la defensa: el miedo de mayor peligro los hacía apaciguarse; pasada la tempestad, luego volvian á sus acostumbrados debates y á las puñadas. Estaban las cosas en este término quando un alfaqui llamado Mozer, hombre tenido por Santo, como por divina inspiracion andaba dando voces por las calles y plazas. «Hasta quándo (decia) loqueareis? hasta quándo sereis frenéticos? que es locura »mas grave. Será justo que por ayudar á las codicias »de otros y á la ambicion os mostreis olvidados de »vos mismos, de vuestras mugeres, hijos y patria? »Cosa es pesada decillo, pero si no lo oís de mí, qué »remedio tendrán nuestros males? por qué no volveis vuestros ánimos á lo que es razon? y si no os »mueve la infamia, á lo menos muévaos el riesgo en »que todo está. Por ventura teneis por legítimos es»tos Reyes que apoderados del reyno malvadamente »no son parte para remediar estos males, y fuera del »nombre vano de Reyes ni tienen valor ni fuerza? »por ventura la sombra destos vos amparará? si no »sacudís de presto esta cobardía, yo os anuncio que »está muy cerca vuestra perdicion." Movíase el pueblo con estas palabras: los mismos que no quisieran las dixera, juzgaban que decia verdad. A instancia pues asi deste alfaqui como de otros de la misma calidad que acudieron á concertar los Reyes, se hizo entre ellos avenencia con estas condiciones: Que el tio se quedase con Granada y con Almería y con Málaga, y todo lo demas fuese de Boabdil su sobrino; el qual yo entiendo que se tenia en esta sazon en el Albaycin, dado que las historias lo callan por el gran descuido de los que las escribieron. Lo que principalmente se pretendia en esta confederacion, era que por quanto el Rey Chiquito tenia confederacion con el Rey don Fernando, quedasen á su cargo y en su

poder todas aquellas plazas sobre que se entendia los nuestros darian primeramente. Entendieron este artificio los christianos. Juntadas de todas partes sus gentes, acordaron de ir sobre Loxa con mayor esperanza de ganalla que antes, y mayor deseo de vengar el daño pasado. Boabdil sea forzado de la necesidad de conservar su reputacion entre los suyos, ó con intento de mudar partido, con quinientos de á caballo salió de aquella ciudad para impedir el paso á los nuestros que iban por caminos fragosos; pero no obstante estas dificultades llegaron á los arrabales, do tuvieron una escaramuza con los moros, y con muerte de algunos dellos forzaron á los demas á retirarse dentro de la ciudad. Para cerrar mas el cerco asentaron sus reales en tres partes: demas desto rompieron la puente de la ciudad para que los enemigos no pudiesen hacer salidas; y por dos puentes que fabricaron de madera, podian los christianos libremente pasar de la una y de la otra parte del rio con toda comodidad. Plantaron la artillería, con que derribaron parte de la muralla: aparejábanse para dar el asalto y entrar por la batería la ciudad; quando los cercados el noveno dia despues que el cerco se puso, se rindieron á partido de salir libres, y sacar y llevar consigo todo lo que pudiesen de sus bienes y preseas. Salió Boabdil á los reales, y puestos los hinojos en tierra protestó tuvo siempre el mismo ánimo, que no era razon le cargasen por lo sucedido de desleal, y pensasen hacía de voluntad lo que era necesidad y fuerza: aceptáronse estas escusas, y fuéle dado perdon, especial que aunque fuera culpado, era muy á propósito disimular con él para fomentar las discordias que entre los moros andaban. Hecho esto, el Rey don Fernando fortificó aquella ciudad. Dió el cargo de guardalla á Alvaro de Luna señor de Fuentidueña,

nieto que era del condestable don Alvaro de Luna: con que pasó á combatir otros pueblos. En algunos pocos hicieron resistencia los moros, mas en vano, y los mas se rendian sin dificultad: entre los otros tomó á Illora á veinte y ocho de junio, y consiguientemente á Zagra, á Baños y á Moclin. Fue mucho lo que se obró, á causa que algunos destos pueblos eran tan fuertes por su sitio y murallas que se pudieran entretener largo tiempo, y estaban á la vista de Granada ó muy cerca della, de donde podian ser socorridos; pero el miedo era mayor que las causas de temer. Illora se encargó á Gonzalo Fernandez de Córdova hermano de don Alonso de Aguilar: destos principios tan flacos quán grande y señalado capitan en breve será en Italia? Solian los ciudadanos de Granada llamar á Illora el ojo derecho, y á Moclin el escudo de aquella ciudad; y asi con la pérdida destos lugares casi de todo punto perdieron la esperanza de poderse valer, mayormente que los vencedores pusieron fuego en la vega de Granada y la corrieron: los lloros, muertes y estragos por todas partes eran sin cuento. Todavia Abohardil envió parte de su caballería á la puente de los Pinos, muy conocida por los muchos daños que en nuestra gente hicieron los moros en aquel lugar los años pasados, y esto para que impidiesen á los fieles el paso del rio Xenil: quedóse él mismo en la ciudad por recelo no sucediese alguna novedad dentro della. No pudieron impedir los moros el paso de aquel rio, solamente con gran vocería (á su costumbre) cargaron sobre el postrer esquadron de los que quedaban por pasar, en que iba por capitan don Iñigo de Mendoza duque del Infantado. Defendiéronse los nuestros valientemente, mas como estuviesen rodeados de gran morisma, que eran no menos que mil de á caballo y diez mil de á pie,

y se hallasen muy apretados, fueron ayudados de los demas esquadrones que acudieron á socorrellos. Retiráronse con tanto los moros, y como los nuestros les fuesen picando por las espaldas, de nuevo se encendió la pelea en los olivares de la ciudad. En esta refriega don Juan de Aragon conde de Ribagorza se señaló de muy valiente, y fue gran parte para que la victoria se ganase: acudia á todas partes con su caballo y armas resplandecientes, que era ocasion de que todos los contrarios le pretendiesen herir; libróle Dios, si bien le mataron el caballo, y por lo mucho que hizo aquel dia, pareció á todos igualar en el esfuerzo y valor á su padre. Estaba ya el estío muy adelante, quando el Rey don Fernando, puestas guarniciones en las plazas que se tomaron, nombró por gobernador para las cosas de la guerra y de la paz á don Fadrique su primo, hijo del duque de Alba, para quitar la competencia que los señores del Andalucía tuvieran entre sí, y el agravio que formáran, si qualquiera dellos fuera antepuesto á los demas. Los gallegos á esta sazon se alteraban á causa que el conde de Lemos sin embargo de lo que el Rey le tenia mandado, y contra su voluntad se apoderó de Ponferrada villa muy fuerte en aquella comarca, y echó della la guarnicion que la tenia por el Rey. Esto forzó á los Reyes, dexadas las cosas del Andalucía, de acudir á sosegar estos bullicios. Hízose asi: luego qu alli llegaron, los vecinos de aquella villa les abrieron las puertas. Los soldados se escusaban con el conde, que les dió á entender lo hecho era orden del Rey y su voluntad: aceptóse su escusa, y juntamente al conde fue dado perdon porque acudió en persona, y se puso en manos del Rey; solo le penó en quitalle aquel pueblo y algunos otros que quedaron por la corona real. Desta manera á un mismo

tiempo los moros eran combatidos con gran fuerza, y los señores por lo que al conde pasó, quedaron escarmentados, y comenzaron á allanarse para no hacer como lo tenian de costumbre, fuerzas, robos ni agravios. Sobre todo los Reyes despues de cumplidas sus devociones en la ciudad y iglesia del apóstol Santiago, vueltos á Salamanca en que se detuvieron
1487. algunos dias, al principio del año mil y quatrocientos y ochenta y siete acordaron de poner en Galicia una nueva audiencia con sus oydores y presidente, y suprema autoridad, á propósito de reprimir aquella gente de suyo presta á las manos y mover bullicios sin hacer caso de las leyes ni de los jueces ordinarios. En este medio don Fadrique hijo del duque de Albardia en gran deseo de mostrarse y ganar reputacion, acometer alguna hazaña señalada. Gran número de christianos que tenian encerrados en las mazmorras en el castillo de Málaga, daban intencion que si los fieles sobreviniesen, quebrantarian las prisiones, y les darian entrada en aquella plaza: seiscientos de á caballo que envió para este efecto, por ir los rios muy crecidos á causa de las contínuas aguas no pudieron pasar adelante, ni salir con lo que pretendian. Dentro de la ciudad de Granada andaba no menos debate que antes entre los dos Reyes moros, tanto que Abohardil con soldados que hizo venir de Guadix y Baza, acometió el Albaycin y le entró: acudió Boabdil al peligro y rebate con los suyos, y forzó al enemigo á retirarse. Pelearon con gran fuerza en la plaza de la mezquita mayor: ensangrentóse la ciudad malamente, murieron muchos de la una y de la otra parte; llegó á esta sazon el Rey don Fernando desde Salamanca, y entró en Córdova á dos de marzo. Desde alli sabido el aprieto en que se hallaba aquel Rey su confederado, le envió gente de socorro con el ca-

pitan Hernando Alvarez de Gadea alcayde de Colomera: con esta ayuda cobró tanto ánimo que no cesaba no solo de defender su partido sino tambien de acometer al enemigo con gran ventaja suya y espanto de los contrarios, y no menos estrago de los ciudadanos que pagaban á su costa la locura de aquellos dos Reyes con la pasion desatinados y sandios.

CAPITULO X.

La ciudad de Málaga se ganó.

Tratábase en Córdova, y consultábase sobre la manera que se debia tener en hacer la guerra á los moros. Los pareceres eran diferentes: unos decian que fuesen sobre Baza, otros que sobre Guadix. El Rey se resolvió de marchar la vuelta de Málaga por ser aquella ciudad á propósito para venir á los moros socorros de Africa, como les venian, á causa que el mar es angosto, y el paso estrecho por aquella parte. Con esta resolucion sin dar á entender lo que pensaba hacer, salió de Córdova á siete de abril: llevaba doce mil de á caballo y quarenta mil infantes. Llegados que fueron á tierra de moros, el Rey descubrió lo que pretendia: dixo en pocas palabras á los soldados que los llevaba á do tenian la victoria cierta, á causa que hallarian los enemigos desanimados por la discordia que tenian entre sí y por el miedo, y las fuerzas que les quedaban las tenian repartidas en muchas guarniciones. Que si con la alegria acostumbrada y su buen talante se diesen priesa, sin duda saldrian con aquella empresa muy honrosa para todos y de aventajado interés; lo qual hecho, y sugetada con esta traza gran parte de aquella provincia, de-

nas de los otros pueblos y ciudades que ya les pagaban tributos y les reconocian homenage, qué le quedaria al enemigo últimamente fuera del nombre de Rey? que por sí mismo caería, aunque ninguno le hiciese fuerza; y con todo eso la gloria de dar fin á cosa tan grande se atribuiría á los que se hallasen en la conclusion y remate. Mirasen quánto era el aplauso y quán gran concurso de gente acudian á animallos para aquella jornada; y era asi, que por do quiera que iban, hombres, niños, mugeres les salian al encuentro de todas partes por aquellos campos, y les echaban mil bendiciones: llamábanlos amparo de España, vengadores de las injurias hechas á la religion christiana y de los ultrages: que en sus manos derechas y en su valor llevaban puesta la salud comun y la libertad de todos: que Dios les diese bueno y dichoso viage, y muy presto la victoria deseada de sus enemigos. Hacían sus votos y plegarias á los Santos para tenellos propicios, y á ellos convidaban á porfia, y cada uno les hacía instancia que tomasen dél lo que les fuese necesario; al contrario la modestia de los soldados era tan grande, que ni querian ser cargosos ni detenerse, ni apartarse de las banderas para recebir refresco ni regalo. Sabida pues la voluntad del Rey y su determinacion con mayor esfuerzo y alegria respondieron que los llevase á la parte que fuese su voluntad y merced, que por su mandado y debaxo de su conducta no esquivarian de acometer qualquier peligro y afan. Comenzó á marchar el exército: pareció que debian primero combatir á Velez, que es un buen pueblo cerca de Málaga: con esta resolucion hicieron sus estancias junto al rio que por alli pasa. Salieron á escaramuzar los del pueblo, y dieron sobre los gallegos, gente aunque endurecida con los trabajos y poco regalo de su tierra, pero no acostum-

brada á pelear en ordenanza, sino repartidos por diversas partes y de tropel como sucedia juntarse; asi fueron maltratados: acudieron otros á su defensa, con que los del pueblo mal su grado se retiraron dentro de las murallas. Ganaron los arrabales, y plantaron la artillería para batir los adarves: acudieron los aldeanos del contorno para dar socorro á los cercados: mas fue el ruido que el provecho. Abohardil luego que supo en Granada el intento de los christianos, determinó socorrer aquella ciudad, en cuyo peligro consideraba se ponia á riesgo todo su estado: con esta resolucion envió á Roduan Vanegas gobernador de Granada y capitan valeroso para que fuese delante, y con él algunas banderas de soldados á la ligera, y espaldas de trecientos de á caballo; prometióles que dentro de pocos dias iria él mismo en persona y los seguiría. Hízose asi. Pretendia Roduan de noche sin ser sentido dar sobre los nuestros y enclavar la artillería: no pudo salir con su intento. Acudió el Rey moro, y asentó sus reales en cierta fragura que hay cerca de aquella villa; tenia veinte mil hombres de á caballo, y de á pie otros tantos. Todavia su exército ni era tan grande ni tan fuerte como el contrario; confiaba empero se podria sustentar con la fortaleza del lugar en que se puso: no le valió su traza á causa que los christianos cargaron sobre él, y le entraron los reales y saquearon el bagage. El rebato fue tal que todos los moros se pusieron en huida, cada qual como pensó ó pudo salvarse: lo que fue peor, que como vieron á este Rey vencido, los que le eran aficionados le desampararon, y porque volvia sin su exército, los de Granada cerraron las puertas al miserable y desgraciado. Hecho esto, alzaron por Rey de comun consentimiento y dieron la obediencia á Boabdil su competidor; que á los que huyen todos

les faltan. Los de Velez, perdida toda esperanza de poderse defender, por medio de Roduan y á su persuasion (ca tenia familiaridad con el conde de Cifuentes desde el tiempo que estuvo preso en Granada) se rindieron á veinte y siete de abril á partido y con condicion que tuviesen libertad de irse do les pluguiese, y llevar consigo sus bienes. Luego que los nuestros quedaron apoderados de aquella plaza sin derramar sangre ni perder gente, un pueblo llamado Bentome que cae alli cerca, á exemplo de Velez se entregó y recibió dentro guarnicion de soldados: el gobierno y guarda deste pueblo se entregó á Pedro Navarro, hombre que de baxo suelo y marinero que fue, salió capitan señalado, mayormente los años adelante. Con esto los de Málaga cobraron gran miedo: dudaban de poder entretenerse mucho tiempo á causa que no tenian esperanza, á lo menos muy poca, de que les viniese socorro; asi el alcayde y gobernador llamado Abenconnixa salió de la ciudad á tratar de rendirse por intervencion de Juan de Robles, que estuvo mucho tiempo cautivo en Málaga. Tuvieron noticia destos tratos y práticas cierto número de soldados berberiscos que alli tenian de guarnicion para defender aquella ciudad: temian no les entregasen á los enemigos, y juntamente indignados de que sin dalles parte se tratase de cosa semejante, acometieron el castillo principal que está sobre aquella ciudad, y se llama el Alcazaba, y se apoderaron dél: echaron fuera y degollaron los soldados que tenia de guarnicion, y entre ellos un hermano del mismo Abenconnixa. Tras esto acuden á las murallas, cierran las puertas para que nadie de los ciudadanos pudiese tener habla con los christianos: si alguno se desmandaba pagaba con la vida; castigo con que pretendian escarmentar á los demas. Perdida pues esta

esperanza el Rey hizo traer tiros mas gruesos de Antequera, y con ellos adelantó sus reales y los puso á quince de mayo á vista de Málaga. Está aquella ciudad asentada en un llano sino es por la parte que se levanta un recuesto en que estan edificados dos castillos: el mas baxo se llama Alcazaba, y el que está en lo mas alto se llama Gebalfaro: la ciudad es pequeña de circuito, pero muy hermosa y conforme á su grandeza llena de gente. Tiene puerto y atarazanas por la parte que es bañada del mar: por las espaldas se levantan ciertos montes y collados plantados de viñas y de huertas, en que los ciudadanos tienen muchas casas de placer. Del un castillo al otro van dos muros tirados con que se juntan entre sí, y se pasa del uno al otro. La campiña es hermosa, el cielo alegre, la vista del mar muy ancha, y en aquel tiempo era rica y muy noble por el comercio y contratacion de Africa y de Levante. Hallábanse en los reales del Rey y en su compañía el maestre de Santiago, el almirante de Castilla, el de Villena, el de Benavente, el maestre de Alcántara, y don Andrés de Cabrera marques de Moya: demas destos casi todos los señores del Andalucía, y muy buenos socorros que acudieron de aragoneses. Pareció cercar aquella ciudad de mar á mar con foso, con trincheas y albarradas, y poner golpe de gente en el collado en que está el castillo menor: hízose lo uno y lo otro; dióse cuidado de los que pusieron en el collado, al marques de Cadiz. La Reyna otrosí vino al cerco, y en su compañía el cardenal don Pero Gonzalez de Mendoza, y fray Hernando de Talavera por su buena y santa vida de frayle de San Gerónimo (como queda dicho) promovido en obispo de Avila. Antes que se acabasen los fosos y valladar salieron algunas veces á escaramuzar los moros, al contrario los chris-

tianos asi mismo acometian las murallas. En uno destos rebates fue muerto Juan de Ortega, soldado que se señaló mucho en esta guerra asi bien en la toma del castillo de Alhama como en muchas otras empresas memorables. A veinte y nueve de mayo salieron tres mil moros de la ciudad con intento de acometer las estancias del marques de Cadiz: mataron las escuchas, rompieron el primer cuerpo de guarda, y hecho esto entraron en los reales. El marques de Cadiz, sin perder el ánimo por aquel sobresalto, con su gente puesta en ordenanza salió al encuentro á los enemigos: la pelea fue brava: muchos de los fieles cayeron muertos, el mismo marques quedó herido; el estrago de los enemigos fue mayor, si bien los mas escaparon por tener la acogida cerca. Sucedió que en la ciudad por la gran cuita en que se veían puestos, algunos se resolvieron de matar al Rey, en particular un moro tenido por santo entre aquella gente para salir con este dañado intento se dexó prender: pidió le llevasen al Rey. Fue Dios servido que á la sazon reposaba: mandó la Reyna le llevasen á la tienda del marques de Moya: el moro por el arreo y riquezas que veía, se persuadió que era aquella la tienda real. Puso mano á un alfange que por poca advertencia no le quitaron, y con él se fue denodado, feroz y con aspecto y rostro espantable para don Alvaro de Portugal, que acaso estaba hablando con la marquesa doña Beatriz de Bovadilla: Don Alvaro, abaxado el cuerpo, huyó el golpe; el moro fue preso y muerto por la gente que acudió al ruido. Desta manera por merced de Dios se evitó este peligro. Aumentóse el número de la gente con la venida del duque de Medina Sidonia: asi mismo desde Flandes Maximiliano duque de Austria, que poco despues fue César y Rey de romanos, envió dos naves gruesas

cargadas de todos los pertrechos y municiones de guerra, y por capitan á don Ladron de Guevara. El número de los enemigos asi mismo se acrecentó á causa que algunos moros por los reparos que caían junto al mar, se metieron en la ciudad para socorrer á los cercados. Apretábalos la hambre, y con todo esto los berberiscos no se doblegaban á querer partido: los ciudadanos, cuyo asi riesgo comó miedo era mayor, se inclinaban á rendirse. Uno dellos persona en autoridad y riquezas de los mas principales, llamado Dordux, salió á los reales á tratar de conciertos: respondió el Rey que en ningun partido vendria si no fuese que entregasen la ciudad á su voluntad. Esto en público; mas de secreto y en puridad prometió á Dordux que si terciaba bien y lealmente, daria libertad á él y á todos sus parientes sin que recibiesen algun mal, demas de las mercedes que le haria muy grandes. Dió el moro la palabra de hacello asi: llevó consigo gente del Rey, y dióles entrada en el castillo y puso el estandarte real en lo mas alto de la torre del homenage. El espanto de los ciudadanos por esta causa y de los africanos fue grande, bien que mezclado con alguna esperanza: persuadíanse los mas que lo que se asentára con Dordux, guardarian los vencedores con los otros; con esta persuasion enfardelaban, resueltos de partirse. Engañóles su pensamiento: acudieron los nuestros, y les quitaron todos sus bienes junto con la libertad: lo mismo se executó con los soldados que tenian de guarnicion en los castillos, y por semejante yerro para irse se salieron al mar; en particular los africanos con su capitan Zegri fueron presos. Los que de los christianos se pasáran á los moros, que eran muchos, pagaron con las vidas: á los judíos que despues de bautizados apostataron de la religion christiana, quemaron: á los demas asi judíos

como moros naturales de aquella ciudad se les hizo gracia que se librasen por un pequeño rescate y talla. La toma de aquella nobilísima ciudad sucedió á los diez y ocho de agosto: hiciéronse alegrias en toda España por esta victoria, procesiones y rogativas para dar gracias por tanta merced á Dios Nuestro Señor. Averiguóse que aquella ciudad en tiempo de los godos tuvo obispo propio, y asi con bula que para ello se ganó del Pontífice Inocencio, le fue restituida aquella dignidad. Enturbióse algun tanto esta alegria con un aviso que vino de Levante que el gran Turco Bayazete con una gruesa armada que tenia junta, pretendia baxar á Sicilia para divertir las fuerzas de España y hacer que afloxasen en la guerra de Granada, y aun se rugía que para este efecto y quedar desembarazado hizo paces con el gran Soldan de Egypto.

CAPITULO XI.

En Aragon se asentó la hermandad entre las ciudades.

Los moros de Granada se hallaban apretados y á punto de perderse por la guerra que les hacía el Rey don Fernando. Los portugueses por el contrario con las navegaciones que hacian, y flotas que enviaban cada un año, se abrian camino para las provincias de Levante: empresa grande, á que dió principio como arriba queda dicho el infante don Enrique, que hizo los años pasados descubrir las marinas exteriores de Africa. Continuóse esto los años siguientes sin cesar de llevallo siempre adelante; pero como quier que el provecho no respondiese á tan grandes trabajos y gastos, trataban de pasar á las ricas provincias de la India con intento de encaminar á su tierra las riquezas de

aquellas partes, de que era grande la fama; y el cielo con mano liberal repartió mas copiosamente de sus bienes con aquellas gentes que con otras, todo género de drogas y especias, piedras preciosas, perlas, oro, marfil, plata sin otras cosas, que mas la ambicion de los hombres que la necesidad ha hecho estimar en mucho. Nunca se refieren las cosas puntualmente como pasan: siempre la fama las acrecienta y pone mucho de su casa. Decíase que tenian bosques de árboles muy grandes y en estremo altos de canela, cañafistola y clavos, grande abundancia de pimienta y gengibre, animales de formas estrañas, y hombres de costumbres y rostros extraordinarios. Parecia á las personas prudentes cosa de grande locura acometer y pretender con las fuerzas de Portugal que eran muy pequeñas, de pasar á aquellas regiones y gentes puestas en lo postrero del mundo por tan grande espacio de tierra y de mar; vencia empero todas estas dificultades la codicia de tener y el deseo de ganar honra. Con esta resolucion los años pasados el Rey de Portugal envió á Bartholomé Diaz piloto muy experimentado para que fuese al cabo de Buena Esperanza, en que ácia la parte de Mediodia muy adelante de la equinoccial adelgazándose las riberas por la parte de Poniente y por la otra de Levante, se remata la grande provincia de Africa, tercera parte del mundo. Este pues pasado aquel cabo, llegó hasta un rio que llamaron el rio del Infante: fue este grande acometimiento y porfia extraordinaria. Fray Antonio, de la orden de San Francisco, iba en compañía de Bartholomé Diaz, y era persona diligente, sagaz y atrevida. Este desde alli por tierra, considerada gran parte de la Africa y de la Asia, llegó á Jerusalem; últimamente él por tierra, y Bartholomé Diaz por el mar, vueltos á Portugal, dieron aviso al Rey y á los portugueses de lo

que vieron por los ojos: animados pues con tan buen principio cobraron mayor ánimo para llevar al cabo lo comenzado. Para mejor executar esto escogieron dos personas de grande ánimo y experiencia, y sobre todo muy diestros y exercitados en la lengua arábiga, para que pasasen adelante; el uno se llamaba Pedro Covillan, y el otro Alonso Payva. Por escusar el gran gasto que se hiciera si los enviáran por el mar con armada, les ordenaron que por la tierra fuesen á ver y atalayar las partes mas interiores de Africa y de Asia. Con este orden salieron de Lisboa á los quince de mayo, pasaron á Nápoles, tocaron á Rhodas, visitaron á Jerusalem, dieron vuelta á Alexandría, y llegaron al Cayro, ciudad la mas principal de Egypto. Alli se apartaron, Pedro Covillan para Ormuz, que es una isla á la boca del seno Pérsico; dende pasó á Calicut: Alonso de Payva tomó cuidado de mirar y calar las partes interiores de Ethiopia, en que le sobrevino la muerte. Por esta causa y por cartas que vinieron de su Rey á Pedro Covillan en que le mandaba no volviese á su tierra antes de tomar noticia de todas aquellas provincias, pasó á Ethiopia. Pagáronse de sus costumbres y su ingenio Alexandro, al qual vulgarmente llaman Preste Juan, y Nahu y David sus succesores; no le dexaron por ende partir, antes le casaron, heredaron y dieron con que se sustentase. Visto que no podia volver, desde alli envió por escrito al Rey de Portugal una informacion de todo lo que vió y halló. Avisaba que Calicut era una plaza y mercado el mas rico y famoso de todo el Oriente, los naturales de color bazo y de membrillo, poco valientes, y de costumbres muy extravagantes. Que de la cinta arriba andaban desnudos, vestidos solo de la cintura abaxo, los mas con mucho oro y seda, y los brazos cargados de perlas, de los hombros fiada una cimi-

tarra, con que peleaban: lo que mas espanta, que una muger casaba y casa con muchos maridos, por la qual causa como quier que nadie conozca su padre, ni sepa con certidumbre quién le engendró, los hijos no heredan, sino los sobrinos hijos de hermanas. Avisaba otrosí que en Ethiopia hay muchas naciones muy estendidas, todas de color negro, y que tienen nombre de christianos, la antigua religion en gran parte estragada y mezclada con ceremonias de judíos y errores de heregías. Todas obedecen á un Rey muy poderoso, que tiene grandes exércitos de á pie y de á caballo, y siempre se aloja en los pabellones y reales. Que cuidaba se podria reducir aquella gente, si con embaxadas que se enviasen de la una á la otra parte, se asentase con aquellos Reyes alguna confederacion; pero lo mas desto sucedió los años siguientes. Volvamos con nuestro cuento al Rey don Fernando. Despues de tomada Málaga, ya que pretendia pasar adelante, las alteraciones de Aragon le forzaron á ir allá para atajar grandes insultos, robos y muertes que se hacían. Particularmente en Valencia don Philipe de Aragon maestre de Montesa, vuelto de la guerra de Granada, mató á Juan de Valterra mozo de grande nobleza, y que era su competidor en los amores de doña Leonor marquesa de Cotron hija de Antonio Centellas. Desta muerte resultaron grandes alborotos en aquella ciudad. Para acudir á todo esto los Reyes don Fernando y doña Isabel partieron de Córdova. Por sus jornadas llegaron á Zaragoza á los nueve de noviembre. En aquella ciudad se mudó la manera de nombrar los oficiales y magistrados: antiguamente lo hacía el regimiento y el comun del pueblo, de que resultaban debates. Ellos mismos pidieron les quitasen aquella autoridad, y la tomase el Rey en sí, á propósito de evitar los alborotos que sobre los nombra-

mientos se levantaban: demas desto á exemplo de Castilla se ordenaron ciertas hermandades entre las ciudades que acudiesen cada qual por su parte con dineros para la paga de ciento y cincuenta de á caballo que anduviesen por toda la tierra, y reprimiesen por temor, y castigasen con severidad los insultos y maldades. Sacóse otrosí por condicion que el capitan y superior de toda esta hermandad le nombrase el Rey; pero que fuese uno de tres ciudadanos de Zaragoza que señalase el senado y regimiento. Diéronles asi mismo ordenanzas para que se gobernasen, en razon que no usasen mal de aquel poder que se les daba. Esto se efectuó por principio del año siguiente
1488. de mil y quatrocientos y ochenta y ocho en los mismos dias que un embaxador del Rey de Nápoles llamado Leonardo Tocco, griego de nacion, y del linage de los Emperadores griegos (al qual los turcos quitaron un gran estado y forzaron á huirse á Italia) vino á tratar del casamiento que los años pasados se concertó entre don Fernando príncipe de Cápua y nieto del Rey de Nápoles, y la infanta doña Isabel hija del Rey don Fernando. Esta demanda no hobo lugar, ni se efectuó el casamiento á causa que el Rey pensaba casar su hija con el Rey de Francia, ó con el príncipe de Portugal para que fuese (como se persuadian) un vínculo perpétuo de concordia entre aquellas naciones; bien que ofrecieron en su lugar á la infanta doña María, con tal que desistiesen aquellos príncipes del primer concierto, y los primeros desposorios se diesen por ningunos. De Zaragoza pasaron los Reyes á Valencia: sobrevino sin pensallo Alano padre de Juan de Labrit Rey de Navarra. El deseño y intento era que el Rey les ayudase para defender su estado del Rey de Francia que les tomára gran parte dél pasados los montes, y para sosegar á los navarros de aquende

que andaban alborotados. En particular los biamonteses estaban apoderados de gran parte de Navarra sin dar lugar á los Reyes que pudiesen entrar en su reyno, si bien tres años antes tomaron asiento con el conde de Lerin, por el qual á él y á sus deudos y aliados fueron dados los cargos y pueblos que tuvieron sus antepasados, y aun le añadieron de nuevo otros muchos para ganalle; pero la deslealtad y ambicion no se doblega por ningunas mercedes. Demas desto pretendia que el Rey amparase á Francisco duque de Bretaña, con cuya hija llamada Ana por no tener hijo varon muchos deseaban casar; en especial Carlos Octavo Rey de Francia le hacía guerra por esta causa: de parte del duque estaba el dicho monsieur de Labrit, y el duque de Orliens. A Maxîmiliano que ya era César y Rey de romanos, tenian preso con guardas que le pusieron: los de Brujas ciudad de Flandes con grande atrevimiento le acometieron y prendieron dentro de su mismo palacio. Ponia esto en nuevo cuidado, porque aquel príncipe era amigo de los españoles, y el dicho Labrit que venia á dar aviso de todo esto, su confederado. Por conclusion á instancia de Alano, que no rehusaba qualesquier condiciones que le pusiesen, se hizo entre el Rey y él alianza y liga contra todos los príncipes, excepto solo el Rey de Francia: no era seguro que Alano y su hijo se le mostrasen contrarios al descubierto por tener su estado todo parte sugeto, parte comarcano á la corona de Francia; todo era disimulacion, la intencion verdadera de valerse de las fuerzas de España contra Francia. Púsose por condicion entre otras que se hiciese una armada, y se levantase gente en las marinas de Vizcaya, que se envió finalmente á Bretaña debaxo de la conducta y regimiento de Miguel Juan Gralla maestresala del Rey, de nacion catalan. Otorgáronse

las escrituras de toda esta confederacion y capitulaciones á veinte y uno de marzo, cuyo traslado no me pareció poner aqui.

CAPITULO XII.

Que volvieron á la guerra de los moros.

Comenzaron los Reyes á tener cortes del reyno de Valencia en aquella ciudad que se acabaron en la ciudad de Oribuela: pretendian por este camino castigar los insultos y maldades que se hacían en aquella provincia no con menor libertad que en Aragon. Sosegadas estas alteraciones, el Rey don Fernando se apresuraba para pasar por el reyno de Murcia que caía cerca de tierra de moros. Hacíanse nuevos aparejos para proseguir aquella guerra hasta tomar aquel reyno, donde Abohardil con grande dificultad sustentaba el nombre de Rey, si bien se hallaba con mayores fuerzas que su sobrino, por tener debaxo su jurisdiccion á Guadix, Almería y Baza, con toda la Serranía de Granada que llega hasta el mar, de que podia recoger mayores intereses á causa que la guerra por ser la tierra tan fragosa no habia llegado á aquellos lugares, demas de los grandes provechos que se sacaban del artificio de la seda, que era y es la mas fina de toda España. Allegábase que los naturales andaban desabridos con Boabdil: teníanle por cobarde y enemigo de su secta; decian era moro de solo nombre, y de corazon christiano. Demas desto Abohardil ganára reputacion y crédito con una entrada que por bosques y lugares ásperos hizo en la campiña de Alcalá la Real: la presa y cabalgada fue grande que llevó á Guadix, de ganados mayores y menores, por estar la gente descuidada, y no pen-

sar en cosa semejante á causa que todo lo que caía por alli de moros, se tenia por Boabdil amigo y confederado: atrevimiento de que muy en breve se satisfizo Juan de Benavides, á cuyo cargo quedó aquella frontera: quemó los campos de Almería y hizo otros muchos daños. Los apercebimientos para la guerra no se hacían con el calor que quisiera el Rey don Fernando, por quanto la tierra del Andalucía estuvo trabajada con peste este año y el pasado; por lo demas muy deseosos todos de hacer el postrer esfuerzo y concluir con guerra tan larga. Por este respeto mandó que acudiesen todas las gentes á la ciudad de Murcia, do él quedaba, con resolucion de combatir á Vera, que es una villa á la ribera del mar, y se entiende que es la que Pomponio Mela llamó Vergi, ó Antonino Varea. No hobo dificultad alguna en tomarla: los moradores sin dilacion por estar sin esperanza de poderse defender se rindieron á diez de junio, y á su exemplo hizo lo mismo Muxacra llamada de los antiguos Murgis; y tambien los dos lugares llamados Velez el Blanco y el Roxo, con otros muchos castillos y pueblos que no estaban bien fortificados, ni tenian guarnicion bastante: tan grande era el miedo que cobraron, y el peligro en que los enemigos se veían, que desanimados, y porque no les destruyesen los campos, se rendian sin dificultad. Deseaba el Rey pasar sobre la ciudad de Almería que está por alli cerca: impedia la entrada un castillo por su sitio inexpugnable llamado Taberna, que para fortificalle mas y poner nueva guarnicion de soldados el Rey mas viejo acudió desde Guadix con mil de á caballo y veinte mil de á pie. Pretendia juntamente con aquella gente ponerse en los bosques, y dar sobre los que de los christianos se desmandasen, determinado de escusar la batalla como el que sabía que

sus fuerzas no eran bastantes á causa que su exército era gente allegadiza y no tenia exercicio en las armas. Como los bárbaros rehusasen la batalla, los nuestros con mayor ánimo enviaban de ordinario esquadrones de gente para destrozar y talar los campos. El mayor daño cargó en la campiña de Almería, y despues en los campos de Baza, tierra que por ser de regadío es de mucho provecho y fertilidad. Las acequias con que se reparten las aguas por aquellos llanos, embarazaron á los nuestros, y fueron en esta entrada ocasion que recibiesen no pequeño daño: muchos fueron muertos por los moros que acudieron, y entre otros don Philipe de Aragon maestre de Montesa, mozo feroz y brioso por su edad y por su nobleza. El Rey don Fernando por este revés y por otros encuentros se hallaba con poca gente: puso por entonces guarniciones en lugares á propósito, y con tanto se fue primero á Huescar, pueblo que está cerca de Baza; despues por la ribera abaxo del rio Segura pasó á Murcia, desde allí á Toledo con intento de pasar á Castilla la vieja, ca le forzaban ir allá ocasiones que se ofrecian. Con su partida el Rey moro cargó sobre los pueblos que le tomaron, y los reduxo todos á su obediencia parte con promesas, parte con amenazas. En este comedio los moradores de Gausin, que era un pueblo muy fuerte cerca de Ronda, cansados del señorío de christianos, ó por su acostumbrada ligereza y poca lealtad, se conjuraron entre sí para matar los soldados, como lo hicieron, los que tenian de guarnicion, y que andaban por el pueblo descuidados de cosa semejante. No les duró mucho la alegria deste hecho: los moros comarcanos para mostrar que no tenian parte en aquel insulto, y por temor de ser castigados, se apellidaron para tomar emienda de aquel caso, y cercaron á Gausin; acudieron con nue-

vas gentes desde Sevilla el marques de Cadiz y el conde de Cifuentes, y recobrado que hobieron aquella plaza, á todos los moradores en venganza del aleve pasaron á cuchillo, ó los dieron por esclavos. Llegó á Valladolid el Rey don Fernando un sábado á seis de setiembre: alli se le ofreció una nueva ocasion para recobrar la ciudad de Plasencia, que la poquedad de los Reyes pasados la enagenó y puso en poder de la casa de Zúñiga. Fue asi que por muerte de don Alvaro de Zúñiga que falleció en aquella sazon, sucedió en aquel estado un nieto suyo del mismo nombre, hijo de su mayorazgo que falleció en vida de su padre. Pretendia tener mejor derecho Diego de Zúñiga tio del sucesor por estar en grado mas cercano al defunto. Los deudos y aliados estaban repartidos y divididos entre los dos. Con esto tuvieron ocasion los Carvajales que eran el bando contrario y muy seguidos en aquella ciudad, para apoderarse della con las armas: no pudieron hacer lo mismo del castillo, que se le defendieron los soldados que le guardaban. Acudió luego el Rey don Fernando con muestra de apaciguar aquellos alborotos: apoderóse de todo, por causa que el nuevo duque don Alvaro se le rindió, y contento con la villa de Bejar y lo demas de aquel estado, partió mano de aquella ciudad, si bien el Rey don Juan el Segundo á trueco de la villa de Ledesma la dió á don Pedro de Zúñiga bisabuelo deste don Alvaro. Desto resultó gran miedo á los demas señores: receläbanse les sería forzoso restituir al Rey, por tener mas poder y prudencia, lo que por las revueltas de los tiempos como por fuerza les dieron los Reyes pasados. En Aragon otrosí resultaron nuevos alborotos: la ocasion, que los señores pretendian desharatar la hermandad que poco antes se puso entre las ciudades, como cosa pesada y que los enfrenaba, y

que era muy contraria á sus particulares intereses y pretensiones. No pararon hasta tanto que los años adelante en unas cortes que se tuvieron en Tarazona, alcanzaron que aquella hermandad se deshiciese por espacio de diez años. Para librar á Maximiliano de la prision en que le tenian los de Brujas, los Reyes despacharon á Flandes por sus embaxadores á Juan de Fonseca y á Alvaro Arronio. Gobernáronse ellos prudentemente; en fin concluyeron aquel negocio como se deseaba, y Maximiliano se apaciguó con sus vasallos. Pretendia él por estar viudo de madama María su primera muger, señora propietaria de aquellos estados, de casar con doña Isabel infanta de Castilla. En esto no vinieron sus padres por estar prometida al príncipe de Portugal, si bien dieron intencion que una de las hermanas de la infanta doña Isabel podia casar con Philipe su hijo y heredero luego que tuviese edad para ello. Con este deseño de casarle en España su abuelo el Emperador Federico en aquella sazon le dió título de archiduque de Austria, como quier que los señores de aquel estado antes deste tiempo solamente se intitulasen duques. En Roma hacian oficio de embaxadores por los Reyes cathólicos acerca del Papa el doctor Medina, y el protonotario Bernardino de Carvajal, poco despues obispo de Astorga en lugar de don Garcia de Toledo, y adelante el dicho Bernardino fue cardenal y obispo de Osma, de Badajoz, de Cartagena, de Sigüenza y de Plasencia sucesivamente. Mandaron los Reyes á estos embaxadores que por quanto Maximiliano Rey de romanos envió sus embaxadores al Papa fuera de lo que se acostumbraba, como algunos pretendian, por ser vivo el Emperador su padre, que les diesen el primer lugar solamente en caso que los embaxadores de Francia hiciesen lo mismo: que advirtiesen no los dexa-

sen asentar en medio de los de Francia y ellos, sino que si los de Francia precedian, ellos al tanto tomasen mejor lugar. Ayudó mucho para poner en libertad á Maximiliano el recelo que los de Brujas tuvieron de la armada que el señor de Labrit aparejaba en las marinas de Vizcaya como quedó concertado. Pasó á Bretaña la armada: la pérdida y daño que alli se recibió fue grande: el duque de Orliens y sus confederados quedaron desbaratados por las gentes del Rey de Francia en una batalla que se dió junto á San Albin; el duque y Juan Gralla que era capitan de los españoles, vinieron en poder de los vencedores, desbaratada y destrozada gran parte de la gente que llevaban, como se dirá algo mas adelante.

CAPITULO XIII.

Tres ciudades se ganaron de los moros.

En un mismo tiempo y sazon la corona de Castilla se aumentaba con nuevas riquezas y estados, y los turcos enemigos continuos y grandes de christianos ponian gran temor por el gran poder que tenian por mar y por tierra. Al fin deste año falleció don Garci Lopez de Padilla maestre de Calatrava: el letrero de su sepulcro que está en la capilla mayor de la iglesia de aquella villa, señala el año pasado. Por su muerte, como quier que muchos pretendiesen aquella dignidad, el Rey don Fernando por bula del Pontífice Inocencio la tomó para sí en administracion, y la incorporó en su corona con todas sus rentas y estado: principio que pasó adelante á los demas maestrazgos por la misma orden y traza, con que se aumentó el poder de los Reyes; pero la autoridad de aquellas órdenes y fuerzas se enflaquecieron á causa que los premios que se acostumbraban

dar á los soldados esforzados y que servian en la guerra, mudadas las cosas, se dan por la mayor parte á los que siguen la corte. Las revueltas y pretensiones que resultaban en las elecciones de los maestres y los tesoros reales que estaban gastados, dieron ocasion á esto. Verdad es que ordinariamente de buenos principios las cosas con el tiempo desdicen algun tanto; y do quiera hay lisongeros que dan color á todo lo que se hace. Mejor será pasar por esto, aunque quién podrá dexar de sentir que las riquezas que los antepasados dieron para hacer la guerra á los enemigos de christianos se derramen y gasten en otros usos diferentes? quán gran parte de la tierra y del mar se pudiera con ellas conquistar? De Levante venian nuevas que el gran Turco Bayazete juntaba grandes gentes de á caballo y de á pie, y que tenia cubierto y quaxado el mar con una gruesa armada: recelábanse no volviese sus fuerzas contra las tierras de christianos, y era asi que no le faltaba voluntad de estender su imperio ácia el Poniente, y vengar el sentimiento que tenia por no le entregar (como él lo pretendia) á Gemes su hermano. Lo que le detenia, era el Soldan de Egypto, al qual pesaba mucho que el poder y mando de los turcos creciese tanto; volvió pues sus fuerzas contra el Soldan. Solas once galeotas de cosarios, apartados de la demas armada, fueron sobre la isla de Malta, y toda casi la pusieron á saco y la robaron hasta los mismos arrabales de la ciudad. Esta isla por tener dos puertos es capaz de qualquiera armada por grande que sea. Divide estos dos puertos una punta de tierra que llaman de Santelmo: pareció sería bien edificar alli un fuerte y castillo á propósito de impedir que los enemigos con sus armadas no se apoderasen de aquella isla, y desde alli acometiesen á nuestras riberas, como lo

comenzaban á hacer. De Sicilia fue una armada contra estos cosarios; pero llegó tarde el socorro en sazon que el enemigo era ya partido con la presa. De España al tanto enviaron una nueva armada, por general Fernando de Acuña que iba de nuevo á ser virrey de Sicilia. Pretendian con esto no solo defender nuestras riberas sino acometer asi mismo las de Africa. Demas desto el Rey don Fernando puso confederacion y hizo de nuevo liga con los Reyes de Inglaterra y casa de Austria contra las fuerzas del Rey de Francia. Todas estas práticas se enderezaban para apoderarse por las armas del reyno de Nápoles: con que los señores neapolitanos que andaban desterrados de su tierra, unos convidaban al Rey don Fernando, otros al Frances, en quien hacian mas fundamento por ser mayores sus fuerzas, y mayor el odio contra los de Aragon. Pasó esto tan adelante, que al principio del año siguiente que se contaba de nuestra salvacion mil y quatrocientos y ochen- 1489.
ta y nueve, fueron desde España mil caballos, y dos mil infantes en socorro de Bretaña contra el poder y intentos del Rey de Francia, y en defensa de madama Ana que por muerte de su padre el duque habia heredado aquel estado. Iba por capitan desta gente don Pedro Sarmiento conde de Salinas: atendíase á esto como quier que la guerra de los moros de Granada ponia en mayor cuidado; y quanto mayor era la esperanza y mas de cerca se mostraba de deshacer aquel reyno, tanto crecia mas el fervor y el ánimo. Asi los Reyes partieron de Medina del Campo á veinte y siete de marzo para el Andalucía con intento de volver á las armas y á la guerra. Hacíase la masa del exército en Jaen. Llegados alli los Reyes, despues de pasar por Córdova, hicieron alarde de la gente: hallaron que eran doce mil de á caballo, y

cincuenta mil infantes, los mas escogidos y animosos soldados de todo el reyno. Un buen golpe de gente vino de sola Vizcaya y los lugares comarcanos: provincia que por ser gobernada con mucha blandura es muy leal á sus Reyes, y por tener los cuerpos endurecidos por la aspereza y falta de la tierra es muy á propósito para los trabajos de la guerra. Pareció ir con esta gente sobre Baza: en la entrada para que no les hiciese algun embarazo, se apoderaron de un pueblo llamado Cujar, aunque pequeño, pero de sitio muy fuerte. Hecho esto, por principio del mes de junio se pusieron nuestras gentes sobre Baza, cuyo sitio despues que el Rey don Fernando le consideró bien, con pocas palabras animó á los soldados y los mandó apercebirse para el combate. Esta ciudad está asentada en la ladera de un collado por do y la llanura que está debaxo dél, pasa un rio pequeño, las otras partes tiene rodeadas de otros recuestos: teníanla guarnecida de hombres y armas, bastecida de almacen y de trigo para quince meses. El sitio no daba lugar para arrimarse á la muralla con mantas ni con otros pertrechos de guerra: salieron de la ciudad los soldados de guarnicion, con que se trabó una escaramuza muy brava en el llano. Cada qual de las partes peleaba con grande ánimo: los nuestros á causa de las acequias por do va el agua encañada, y fosos encubiertos, andaban embarazados, y no se podian aprovechar del enemigo; acudiéronles nuevas compañías de refresco de los reales con que cobraron ánimo, y forzaron á los enemigos á retirarse dentro de la ciudad con mayor daño del que hicieron, por ser mucho menos en número, que no pasaban de mil de á caballo y dos mil peones. Desta manera otras muchas veces con los moros que salian á pelear, se hicieron delante de los reales otras escaramuzas.

Los nuestros talaban los sembrados y las huertas con gran sentimiento de los ciudadanos. Murió en estas refriegas don Juan de Luna hijo de don Pedro de Luna señor de Illueca, mozo de poca edad y muy privado del Rey, y por sus buenas prendas entre todos señalado, como lo testifica Pedro Martyr Anglería, hombre natural de Milán, que estuvo mucho tiempo en España (1), y como testigo de vista compuso comentarios desta guerra. Los christianos, tantos á tantos, no eran iguales á los moros en las escaramuzas y rebates por estar aquella gente acostumbrada á retirarse y volver las espaldas, y luego con una increible presteza revolver sobre los contrarios, herir en ellos y matallos: ayudábales el lugar en que eran pláticos, y la manera del pelear; los christianos eran mas en número, y se aventajaban en el esfuerzo. Desta manera el cerco se alargaba mucho tiempo, tanto que el Rey congoxado de la tardanza pensaba si sería bien desistir de aquella empresa, pues no se hacía nada, si esperar el remate, que muchas veces sin embargo de dificultades semejantes le habia sucedido prósperamente. Lo que mayor espanto le ponia, eran las muchas enfermedades y muertes de los suyos á causa de ser el tiempo caluroso, y los manjares de que se sustentaban, no muy sanos; demas que la infeccion de la peste que anduvo los años pasados, no quedaba de todo punto apagada. El marques de Cadiz, al qual por aquellos dias se dió título de duque, era de parecer que se alzase el cerco: decia que no era justo comprar con el riesgo de tan grande exército aquella pequeña ciudad: «Es asi que quando los premios y lo que se intere-

(1) Zurita libr. 20. cap. 81.

»sa, es igual al peligro, si la empresa sucede bien, »el provecho es mayor, y si mal, menór la pena y »desconsuelo. Si el cerco durase hasta el invierno, »quando los rios van crecidos, cómo se podrán re- »tirar? Forzosa cosa será que todos perezcamos, si »no miramos con tiempo lo que conviene. Pone es- »panto solo el pensallo, y el decillo es atrevimien- »to: parece, señor, que haceis poco caso de vues- »tra salud, con la qual todos vivimos y vencemos." Todos entendian que el de Cadiz tenia razon; sin embargo venció la constancia del Rey, y Dios que en las dificultades acudia á su buen ánimo. Resolviéronse pues de llevar adelante lo comenzado, y para apretar mas el cerco rodear todas las murallas con un foso y con su valladar, y nueve castillos que levantaron á trechos, y en ellos gente de guarda, á propósito todo que los enemigos no pudiesen de sobresalto hacer alguna salida: las demas gentes se repartieron por los lugares y puestos que parecian mas convenientes, en particular el de Cadiz con quatro mil de á caballo se encargó de guardar la artillería. Desta manera no podian entrar en la ciudad socorros de fuera, si bien tenia mucha abundancia de vituallas; al contrario en los reales padecian falta de trigo para sustentarse, y de dinero para socorrer y hacer las pagas á los soldados, puesto que de cada dia sobrevenian nuevas compañías. Por el mes de octubre llegaron los duques don Pedro Manrique de Najara, y don Fadrique de Alba vestido de luto por su padre que falleció poco antes: el almirante don Fadrique asi mismo acudió, y el marques de Astorga; pocos dias despues llegó la Reyna con la infanta doña Isabel su hija, y en su compañía el cardenal de Toledo y otros prelados. La venida de la Reyna (como yo pienso) fue causa que los cercados perdie-

sen el ánimo y el brio por entender se tomaba el cerco muy de propósito. Trocóse pues de repente el gobernador de la ciudad llamado Hacen el Viejo, que tenia tambien cuidado de la guerra. Por una plática que con él tuvo Gutierre de Cárdenas comendador mayor de Leon, dado que se pudiera entretener mucho tiempo, se inclinó á concertarse: comunicó el negocio con su Rey que estaba en Guadix; acordaron de rendir la ciudad muy fuera de lo que los christianos cuidaban. Concluidas las capitulaciones y concierto, que fue á quatro de diciembre, el dia siguiente el Rey y la Reyna con mucha fiesta á manera de triumpho entraron en aquella ciudad: la guarda y gobierno della encomendaron á Diego de Mendoza adelantado de Cazorla y hermano del cardenal de España. Puso esto mucho espanto á los comarcanos, y fue ocasion que muchos lugares de su voluntad se rindieron; y para mas seguridad dieron rehenes, y proveyeron de trigo y de todo lo necesario en abundancia: entre estos lugares los principales fueron Taberna y Seron. Lo que es mas, Guadix y Almería, ciudades que cada una dellas pudiera sufrir un muy largo cerco, cosa maravillosa, sin probar á defenderse se entregaron: el mismo Rey Abohardil vino en ello, que junto á Almería, donde acudió el campo, salió á verse con el Rey don Fernando que le recibió muy bien y le hizo grande fiesta. Demas desto dos castillos fortísimos cerca el uno del otro y ambos puestos sobre el mar se ganaron, el uno llamado Almuñecar en que solian estar los tesoros de los Reyes moros y su recámara, el otro fue Salobreña que los antiguos llamaron Selambina, puesto en los pueblos llamados Bástulos sobre el mar Ibérico en un sitio muy áspero y muy fortificado, á propósito de tener como tenian los moros alli guardados los hijos

y hermanos de los Reyes á manera de çarcel. La tenencia deste castillo se encomendó á Francisco Ramirez natural de Madrid, general que era de la artillería: caudillo que se señaló de muy esforzado asi bien en esta guerra como en la de Portugal: señalóse otrosí y aventajóse entre los demas en el cerco de Baza Martin Galindo ciudadano de Ecija, que pretendia en esfuerzo y valor semejar á su padre Juan Fernandez Galindo caudillo de fama, y uno de los mas valientes soldados de su tiempo. Concluidas cosas tan grandes, en Guadix se hizo alarde del exército á postrero de diciembre, entrante el año de nues-
1490. tra salvacion de mil y quatrocientos y noventa. Hallaron conforme á las listas que faltaban veinte mil hombres, los tres mil muertos á manos de los moros, los demas de enfermedad. No pocos por la aspereza del invierno se helaron de puro frio, género de muerte muy desgraciado: los mas que murieron desta manera era gente baxa, forrageros y mochilleros, asi fue menor el daño.

CAPÍTULO XIV.

Que don Alonso príncipe de Portugal casó con la infanta doña Isabel.

El fin y destruicion de aquella gente bárbara, y de aquel reyno que contra razon se fundó en España, se llegaba muy cerca. Apretábalos el Rey don Fernando sin faltar punto á la buena ocasion que el cielo le presentaba, como príncipe animoso, diligente, astuto y recatado, feroz en la guerra, y despues de la victoria manso y tratable. Por medio de Gutierre de Cárdenas comendador mayor de Leon, que sirvió muy bien y con mucho esfuerzo en esta guerra, se

tomó asiento y se hicieron las capitulaciones con aquel Rey bárbaro, humillado y caido. En virtud del concierto le hizo merced de la villa de Fandarax que está en la sierra de Granada, con otras alquerías, aldeas y posesiones por alli que rentaban hasta en cantidad de diez mil ducados con que se pudiese sustentar: pequeña recompensa y consuelo de la pérdida de un reyno; tanto menos digno era de tenelle compasion por dar (como dió) principio á su reynado por la muerte cruel de su mismo hermano. A los moros de nuevo conquistados se concedió que poseyesen sus heredades como antes; pero que no morasen dentro de las ciudades, sino en los arrabales, á propósito que no se pudiesen fortificar ni alborotarse: para lo mismo les quitaron tambien toda suerte de armas. Publicáronse estas capitulaciones y concierto en Guadix. Los Reyes por fin de diciembre se partieron de alli, y por Ecija fueron á Sevilla. Por todo el camino los pueblos los salian á recebir, y los miraban como á príncipes venidos del cielo; y ellos con haber concluido en tan breve tiempo cosas tan grandes representaban en sus rostros y aspecto mayor magestad que humana. Los príncipes estrangeros, movidos por la fama de hechos tan grandes, les enviaban sus embaxadores á dar el parabien, y á porfia todos pretendian su amistad. Sobre todos el Rey de Portugal, cosa tratada de antes, pretendia para el príncipe don Alonso su hijo á la infanta doña Isabel hija mayor de los Reyes, como prenda muy cierta de una paz perpétua que resultaria por aquel medio entre aquellas dos coronas. Envió para este efecto á Fernando Silveyra justicia de Portugal, y á Juan Texeda su chânciller mayor; por cuya instancia en Sevilla á diez y ocho de abril se concertó este casamiento que á todos venia bien y á cuento,

mayormente que la esperanza de efectuar el casamiento de Francia faltaba á causa que aquel Rey queria casarse con madama Ana duquesa de Bretaña. Las alegrias que se hicieron en el un reyno y en el otro por estos desposorios, fueron grandes, menores en Portugal por ocasion que el mes siguiente falleció en Avero la infanta doña Juana hermana de aquel Rey, sin casar por no querer ella, bien que muchos la pretendieron y ella tenia partes muy aventajadas: la hermosura de su alma fue mayor y sus virtudes muy señaladas, de que se cuentan cosas muy grandes. Tampoco la alegria de Castilla les duró mucho, si bien la doncella desde Constantina partió á Portugal á once de noviembre. En su compañía el cardenal de España y don Luis Osorio obispo de Jaen, los maestres de Santiago y de Alcántara, los condes, el de Feria don Gomez de Figueroa, y el de Benavente don Alonso Pimentel con otra mucha nobleza, todo á propósito de representar magestad; que parece aquellas dos naciones andaban á porfia sobre quál se aventajaria en arreo, libreas y galas. A la ribera del rio Caya que corre entre Badajoz y Yelves, se hizo la entrega de la novia á los señores portugueses que salieron para recebilla y acompañalla; el principal el duque don Emanuel que sucedió adelante en aquel casamiento y en el reyno: asi lo tenia el cielo determinado. Acudieron el Rey de Portugal y su hijo á Estremoz pueblo de aquel reyno: para mas honrar la esposa la hicieron sentar en medio, y el suegro á la mano izquierda. Alli se hicieron los desposorios á veinte y quatro de noviembre que fue miércoles, y el dia siguiente se velaron por mano del arzobispo de Braga que es la principal dignidad de Portugal. Los regocijos y alegrias de la boda por espacio de medio año se continua-

ron en Ebora y en Santaren, do fueron los príncipes. No hay gozo puro ni duradero entre los mortales, segun se vió en este caso: todos estos regocijos se trocaron en lloro y en duelo por un desastre no pensado. Salió el Rey en aquella villa una tarde á la ribera del rio Tajo: el príncipe don Alonso que iba en su compañía, quiso con Juan de Meneses correr en sus caballos á la par; en la carrera su caballo que era muy brioso, tropezó, y con su caida maltrató al príncipe de manera que en breve espiró. Quan grande haya sido el llanto de sus padres, de su esposa, y de todo el reyno, no hay para que decillo: quexábanse con lágrimas muy verdaderas que tantas esperanzas y tantos regocijos en un dia y un momento se trocasen en contrario. Su cuerpo sepultaron entre los sepulcros de sus antepasados. Las honras se le hicieron á la costumbre de la tierra muy grandes: acompañaron su cuerpo el Rey y toda la nobleza enlutados. La princesa doña Isabel sin gozar apenas del principio de su desposorio, y que en tan breve tiempo se via desposada, casada y viuda, en una litera cubierta y cerrada se volvió á sus padres y á Castilla. Desta manera las cosas de yuso, y los gozos en breve tiempo se revuelven, y truecan los temporales. La tristeza que cargó, del Rey su suegro, fue tal que della le sobrevino una enfermedad lenta de que quatro años adelante falleció. Fundó en Lisboa poco antes de su muerte el hospital real, que es un principal edificio, y él mismo se halló á echar la primera piedra, y debaxo della se pusieron ciertas medallas de oro como se acostumbra en señal de perpetuidad. No dexó hijo legítimo; solo quedó don Jorge habido en una dama llamada doña Ana de Mendoza, el qual bien que muy niño, procuró y hizo quedase nombrado por maestre de Avis y de Santia-

go en Portugal. Por su muerte comenzó en aquel reyno una nueva línea de Reyes: don Emanuel primo del Rey muerto, y hijo de don Fernando duque de Viseo como pariente mas cercano sin contradicion sucedió en aquella corona. Hijo deste Rey fue el Rey don Juan el Tercero, nieto el príncipe don Juan, que por morir muy mozo no llegó á heredar el reyno: asi sucedió en él á su abuelo el Rey don Sebastian hijo deste príncipe; el qual por su muerte, que los moros le dieron en Africa, dexó el reyno de Portugal primero al cardenal don Enrique su tio mayor, y despues dél á don Philipe Segundo Rey de Castilla sobrino tambien del cardenal, y nieto del Rey don Emanuel por parte de su madre la Emperatriz doña Isabel: tal fue la voluntad de Dios, á quien ninguna cosa es dificultosa; todo lo que le aplace se hace y cumple. Dexado esto para que otros lo relaten con mayor cuidado y á la larga, volvamos con nuestro cuento á la guerra de Granada.

CAPITULO XV.

Que los nuestros talaron la vega de Granada.

Deseaba el Rey don Fernando concluir la guerra de los moros que traía en buenos términos. Una dificultad muy grande impedia sus intentos: esta era que demas de la fortaleza de la ciudad de Granada, guarnecida, municionada y bastecida asaz, tenia empeñada su palabra en que prometió los años pasados al Rey Boabdil que él y todos los suyos no recibirian agravio ni daño alguno. Ofreciase una muy buena ocasion para sin contravenir al concierto sugetar aquella ciudad: esto fue que los ciudadanos sin tener

cuenta con el peligro que de fuera les corria, tomadas las armas (como muchas veces lo acostumbraban) cercaron á su Rey dentro del Albaycin, y le apretaron tanto que muy poca esperanza le quedaba no solo de conservar el reyno que sin obediencia no era nada, sino de la vida y de la libertad. El pueblo se mostraba tan indignado que bramaba y amenazaba de no desistir hasta dalle la muerte. No era razon desamparar en aquel peligro aquel príncipe confederado, mayormente que él mismo pedia le socorriesen. Esto en sazon que de Levante se representaban nuevos temores: el Gran Soldan de Egypto amenazaba que si el Rey don Fernando no desistia de perseguir, como comenzára á los moros que eran de su misma secta, él en venganza desto haria morir todos los christianos sus vasallos en Egypto y en la Suria. El guardian de San Francisco de Jerusalem llamado fray Antonio Millan, que envió en este mensage, de camino se vió con el Rey de Nápoles: vino á España, declaró su embaxada, y aun el mismo Rey de Nápoles le dió cartas en la misma razon: príncipe (como se entendia) mas aficionado á los moros de lo que era honesto y lícito á christianos. La suma era que pues ningun agravio recibiera de los moros, no debia tampoco hacer ni intentar cosa de que resultasen mayores males: que si bien aquella gente era de otra secta, no sería razon maltratalla sin alguna justa causa. El Rey don Fernando ni se espantó por las amenazas del bárbaro, ni le plugó el consejo del Rey de Nápoles, dado que acabada la guerra envió por su embaxador á Pedro Martyr para que diese razon al Soldan de todo lo que en aquella conquista pasó, y con palabras comedidas le aplacase. Al Rey de Nápoles en particular ya que se aprestaba para comenzar esta nueva jornada y romper, escribió cartas en que le avisaba de

las causas que tuvo para emprender aquella guerra: decíale que era justo deshacer aquel reyno, que antiguamente se fundó contra derecho, y de nuevo nunca cesaba de hacer grandes insultos y agravios á sus vasallos: que le ponia en cuidado el riesgo que corrian los christianos de aquellas partes; todavia cuidaba que aquellos bárbaros, sabida la verdad, templarian el sentimiento, y por el deseo de vengarse no querian perder las rentas muy gruesas y tributos que aquella nacion les pechaba. El guardian por su oficio de embaxador, y por el crédito de santidad que tenia, no solo no fue mal visto, antes muy regalado, y con mucha honra que se le hizo, y dones que le presentaron, le enviaron contento. Junto con esto el Rey don Fernando envió á avisar á los ciudadanos de Granada que si, dexadas las armas, quisiesen entregarse, serían tratados de la misma manera que los demas que se le habian rendido. Movió este aviso á ambas las parcialidades para que sosegados los odios tratasen de lo que á todos tocaba, tanto mas que el Rey moro sabía muy bien que el Rey don Fernando, aunque de palabra se mostraba por él, todavia mas querria pretender para sí, y que no desistiria hasta tanto que se viese apoderado de aquella ciudad. Los alfaquíes y otras personas tenidas por venerables entre aquella gente no dexaban de exhortar ya los unos, ya los otros á la paz, rogallos y amonestallos lo que les convenia, es á saber que hora pretendiesen volver á las armas, hora concertarse con los christianos, un solo reparo les quedaba que era tener ellos paz entre sí: si la discordia iba adelante, los unos y los otros se perderian: con esta diligencia se tomó cierto acuerdo y se hizo cierto asiento entre los moros. Los fieles sin embargo entraron en la vega de Granada á robar y talar debaxo la conducta del Rey; que la Reyna se quedó en

Moclin. Destruyeron y quemaron los sembrados con gran sentimiento de los ciudadanos, que temian no los tomasen por la hambre y necesidad. El príncipe don Juan acompañó en esta jornada á su padre, que para mas animalle le armó caballero en aquella sazon. Volvieron á Córdova con la presa contentos de la gran cuita en que los moros quedaban, y con la esperanza que ellos cobraron de concluir con aquella empresa. El cuidado de la frontera quedó encomendado al marques de Villena en recompensa de que en aquella jornada perdió á don Alonso su hermano y de una lanzada, que por librar como príncipe valeroso, y que tenia gran experiencia en las armas, á uno de los suyos rodeado de moros le dieron, de que el brazo derecho le quedó manco. Apenas los moros se vieron libres deste miedo, quando debaxo de la conducta de Boabdil ya declarado por enemigo de christianos acometieron el castillo de Albendin, en que los nuestros poco antes dexaron puesta guarnicion, y tomado, le echaron por tierra. Este atrevimiento vengó el Rey con una nueva entrada que hizo para destrozar el panizo y el mijo, semillas tardías en que solamente los de Granada tenian puesta la esperanza para sustentar la vida el año siguiente. Esta tala se hizo el mes de setiembre por espacio de quince dias. Por otra parte los moros de Guadix se alborotaron, y tomadas las armas pretendian matar á los que quedaron en el castillo de guarnicion. Salieron sus intentos vanos: acudió muy á tiempo el marques de Villena, daba muestra de ir contra Fandarax que estaba alzado contra Abohardil, pero revolvió sobre Guadix con buen número de gente de á pie y de á caballo. Entró dentro y con color de querer hacer alarde de los moros, los sacó fuera de la ciudad y les cerró las puertas con que de presente y para adelante se remedió aquel peligro.

Tornó otra vez el Rey don Fernando al fin deste año á dar la tala y destruir los campos de Granada; al contrario Boabdil tenia puesto cerco sobre Salobreña, que le defendió Francisco Ramirez con gran esfuerzo y diligencia; entendíase otrosí queria el Rey don Fernando acudir á dar socorro: asi el Moro fue forzado á alzar el cerco y volverse á Granada. Demas desto porque los vasallos de Abohardil andaban alborotados y no le querian obedecer, el Rey don Fernando, conforme á lo capitulado, de grado vino en que se pasase en Africa con muchas riquezas y tesoros que le dió en recompensa de lo que dexaba.

CAPITULO XVI.

Del cerco de Granada.

Pasaron los Reyes el invierno en Sevilla: llegada la primavera, volvieron á la guerra. La Reyna con sus hijos se quedó en Alcalá la Real para acudir á todo y proveer de lo necesario, y en breve (como lo hizo) pasar adelante, y ser participante de la honra y del peligro de aquella empresa: acudieron los grandes; los concejos y comunidades de las ciudades enviaron compañías de soldados á su sueldo, con que y las demas gentes el Rey don Fernando en tres dias llegó á vista de Granada un sábado á veinte y tres de
1491. abril año de nuestra salvacion de mil y quatrocientos y noventa y uno. Asentó su campo y sus reales á los ojos de Guetar, que es una aldea legua y media de Granada: desde alli envió al marques de Villena con tres mil de á caballo para correr los montes que alli cerca estan; prometióle de seguille él mismo con la fuerza del exército para socorrelle, si los moros de aquellos montes gente endurecida en las armas, ó los

de la ciudad por las espaldas le apretasen. Cumplió la promesa: adelantóse hasta llegar á Padul, y rechazó los moros que salieron de la ciudad para cargar el esquadron del marques; con tanto el marques pudo executar fácilmente el orden que llevaba sin tropiezo; quemó nueve aldeas de moros, y cargado de mucha presa se volvió para el Rey. Pareció que conforme aquel principio sería lo demas. Acordaron de pasar juntos adelante, y hacer la tala en lo mas adentro de la sierra. Hízose asi: todo sucedió prósperamente; dieron sacomano, quemaron y abatieron otras quince aldeas. Demas desto buen golpe de moros de á pie y de á caballo, que por ciertos senderos en lugares estrechos y á propósito pretendian atajar el paso á los nuestros, fueron desbaratados y echados de alli. La presa fue muy grande por estar aquella gente rica á causa que de las guerras pasadas no les habia cabido parte, ni de sus daños; y por ser la tierra á propósito para proveer á la ciudad de bastimentos era forzoso procurar no lo pudiesen hacer. Concluidas estas cosas sin recebir algun daño y sin sangre, dentro de tres dias volvieron los soldados alegres al lugar de do salieron: en aquel puesto fortificaron sus reales con foso y trinchea por entonces. Pasaron alarde diez mil de á caballo y quarenta mil infantes, la flor de España, juntada con grande cuidado, gente de mucho esfuerzo y valor. En la ciudad asi mismo se hallaba gran número de gente de á pie y de á caballo, soldados de grande experiencia en las armas, todos los que escapáran de las guerras pasadas. La muchedumbre de los ciudadanos poco podian prestar, gente que comunmente bravean y se muestran feroces en tiempo de paz, mas en el peligro, y á las puñadas cobardes. La ciudad de Granada por su sitio, grandeza, fortificacion, murallas y baluartes parecia

ser inexpugnable. Por la parte de Poniente se estiende una vega como de quince leguas de ruedo, muy apacible, y muy fértil asi de sí misma, como por la mucha sangre que en ella se derramára por espacio de muchos años, que la engrasaba á fuer de letame; y por regarse con treinta y seis fuentes que brotan de aquellos montes cercanos, mas fresca y provechosa de lo que fácilmente se podria encarecer. Por la parte de Levante se empina la sierra de Elvira, en que antiguamente estuvo asentada la ciudad de Illiberris, como lo da á entender el mismo nombre de Elvira: la sierra Nevada cae á la banda de Mediodia, que con sus cordilleras trabadas entre sí llega hasta el mar Mediterráneo; sus laderas y haldas no son muy ásperas, y asi estan muy cultivadas y pobladas de gentes y casas. La ciudad está asentada parte en llano y parte sobre dos collados, entre los quales pasa el rio Darro, que al salir de la ciudad se mezcla y dexa su agua y su nombre en Xenil, rio que corre por medio de la vega y la baña por el largo. Las murallas son muy fuertes con mil y treinta torres á trechos, muy de ver por su muchedumbre y buena estofa. Antiguamente tenia siete puertas, al presente doce. No se puede sitiar por todas partes por ser muy ancha y los lugares muy desiguales. Por la parte de la vega, que es lo llano de la ciudad y por do la subida es muy facil, está fortificada con torres y baluartes. En aquella parte está la iglesia mayor, mezquita en tiempo de moros de fábrica grosera, al presente de obra muy prima, edificada en el mismo sitio. Por su magestad y grandeza muy venerada de los pueblos comarcanos: señalada é ilustre no tanto por sus riquezas, quanto por el gran número y bondad de los ministros que tiene. Cerca deste templo está la plaza de Bivarrambla y mercado, ancho docientos pies y tres tanto mas largo:

los edificios que la cercan tirados á cordel, las tiendas y oficinas cosa muy hermosa de ver, la calle del Zacatin, la Alcaycería. De dos castillos que tiene la ciudad, el mas principal está entre Levante y Mediodia, cercado de su propia muralla y puesto sobre los demas edificios: llámase el Alhambra, que quiere decir roxa, del color que la tierra por allí tiene, y es tan grande que parece una ciudad. Allí la casa real y monasterio de San Francisco, sepultura del marques don Iñigo de Mendoza primer alcayde y general. Las zanjas deste castillo abrió el Rey Mahomad llamado Mir: prosiguieron la obra los Reyes siguientes: acabóla de todo punto el Rey Juzeph por sobrenombre Bulhagix, como se entiende por una letra que se lee en arábigo sobre la puerta de aquel castillo en una piedra de mármol, que dice se acabó aquella obra en tiempo de aquel Rey año de los moros setecientos y quarenta y siete, conforme á nuestra cuenta el año del Señor de mil y trecientos y quarenta y seis. Este mismo Rey hizo la muralla del Albaycin, que está enfrente deste castillo. El gasto fue tal que por no parecer á la gente bastaban sus rentas y tesoros, corrió fama que se ayudó del arte del alchîmia para proveerse de oro y plata. Entre estos dos castillos del Alhambra y del Albaycin está puesto lo demas de la ciudad el arrabal de la Churra y calle de los Gomeles por la parte de la Alhambra: por la opuesta la calle de Elvira y la ladera de Zenete: de mala traza lo mas, las calles angostas y torcidas, por la poca curiosidad y primor que tenian los moros en edificar. Fuera de la ciudad el hospital real y San Gerónimo, sumptuoso sepulcro del gran capitan Gonzalo Fernandez. Refieren tenia sesenta mil casas, número descomunal que apenas se puede creer. Lo que pone mas maravilla, es lo que los embaxadores de don Jayme el Segundo Rey de

ser inexpugnable. Por la parte de Poniente se estiende una vega como de quince leguas de ruedo, muy apacible, y muy fértil asi de sí misma, como por la mucha sangre que en ella se derramára por espacio de muchos años, que la engrasaba á fuer de letame; y por regarse con treinta y seis fuentes que brotan de aquellos montes cercanos, mas fresca y provechosa de lo que fácilmente se podria encarecer. Por la parte de Levante se empina la sierra de Elvira, en que antiguamente estuvo asentada la ciudad de Illiberris, como lo da á entender el mismo nombre de Elvira: la sierra Nevada cae á la banda de Mediodia, que con sus cordilleras trabadas entre sí llega hasta el mar Mediterráneo; sus laderas y haldas no son muy ásperas, y asi estan muy cultivadas y pobladas de gentes y casas. La ciudad está asentada parte en llano y parte sobre dos collados, entre los quales pasa el rio Darro, que al salir de la ciudad se mezcla y dexa su agua y su nombre en Xenil, rio que corre por medio de la vega y la baña por el largo. Las murallas son muy fuertes con mil y treinta torres á trechos, muy de ver por su muchedumbre y buena estofa. Antiguamente tenia siete puertas, al presente doce. No se puede sitiar por todas partes por ser muy ancha y los lugares muy desiguales. Por la parte de la vega, que es lo llano de la ciudad y por do la subida es muy facil, está fortificada con torres y baluartes. En aquella parte está la iglesia mayor, mezquita en tiempo de moros de fábrica grosera, al presente de obra muy prima, edificada en el mismo sitio. Por su magestad y grandeza muy venerada de los pueblos comarcanos: señalada é ilustre no tanto por sus riquezas, quanto por el gran número y bondad de los ministros que tiene. Cerca deste templo está la plaza de Bivarrambla y mercado, ancho docientos pies y tres tanto mas largo:

los edificios que la cercan tirados á cordel, las tiendas y oficinas cosa muy hermosa de ver, la calle del Zacatin, la Alcaycería. De dos castillos que tiene la ciudad, el mas principal está entre Levante y Mediodia, cercado de su propia muralla y puesto sobre los demas edificios: llámase el Alhambra, que quiere decir roxa, del color que la tierra por alli tiene, y es tan grande que parece una ciudad. Alli la casa real y monasterio de San Francisco, sepultura del marques don Iñigo de Mendoza primer alcayde y general. Las zanjas deste castillo abrió el Rey Mahomad llamado Mir: prosiguieron la obra los Reyes siguientes: acabóla de todo punto el Rey Juzeph por sobrenombre Bulhagix, como se entiende por una letra que se lee en arábigo sobre la puerta de aquel castillo en una piedra de mármol, que dice se acabó aquella obra en tiempo de aquel Rey año de los moros setecientos y quarenta y siete, conforme á nuestra cuenta el año del Señor de mil y trecientos y quarenta y seis. Este mismo Rey hizo la muralla del Albaycin, que está enfrente deste castillo. El gasto fue tal que por no parecer á la gente bastaban sus rentas y tesoros, corrió fama que se ayudó del arte del alchîmia para proveerse de oro y plata. Entre estos dos castillos del Alhambra y del Albaycin está puesto lo demas de la ciudad el arrabal de la Churra y calle de los Gomeles por la parte de la Alhambra: por la opuesta la calle de Elvira y la ladera de Zenete: de mala traza lo mas, las calles angostas y torcidas, por la poca curiosidad y primor que tenian los moros en edificar. Fuera de la ciudad el hospital real y San Gerónimo, sumptuoso sepulcro del gran capitan Gonzalo Fernandez. Refieren tenia sesenta mil casas, número descomunal que apenas se puede creer. Lo que pone mas maravilla, es lo que los embaxadores de don Jayme el Segundo Rey de

Aragon se halla certificaron al Pontífice Clemente Quinto en el concilio de Viena, es á saber que de docientas mil almas que á la sazon moraban en Granada, apenas se hallaban quinientos que fuesen hijos y nietos de moros; en particular decian tenia cincuenta mil renegados, y treinta mil cautivos christianos. De presente sin duda hay en aquella ciudad veinte y tres parrochîas y colaciones. Del número de vecinos por la grande variedad no hay que tratar, mayormente que en esto siempre la gente se alarga. Tambien es cierto que en tiempo de los Reyes moros las rentas reales que se recogian de aquella ciudad y de todo el reyno, llegaban á setecientos mil ducados, gran suma para aquel tiempo, pero creible á causa de los tributos é imposiciones intolerables. Todos pagaban al Rey la setena parte de lo que cogian y de sus ganados. Del moro que moria sin hijos, el Rey era su heredero: del que los dexaba, entraba á la parte de la herencia, y llevaba tanto como qualquiera dellos. Este era el estado y disposicion en que se hallaban las cosas de Granada. El cerco entendian iria á la larga: asi la Reyna con sus hijos vino á los reales, ca el Rey don Fernando venia resuelto de poner el postrer esfuezo y no desistir de la empresa hasta sugetar aquella ciudad. Con este intento hacia de ordinario talar los campos á fin que los de la ciudad no tuviesen como se proveer de vitualla; y en el lugar en que asentaron los reales, hizo edificar una villa fuerte, que hasta hoy se llama de Santa Fé. La presteza con que la obra se hizo, fue grande, y todo se acabó muy en breve. Dentro de las murallas tenian sus tiendas y alojamientos repartidos por su orden, sus quarteles con sus calles y plazas á cierta distancia con una traza admirable. En el mismo tiempo diversas bandas de gente que se enviaban á robar, muchas ve-

ces escaramuzaban con los moros que salian contra ellos de la ciudad. En una refriega pasaron tan adelante que ganaron á los moros la artillería, prendieron á muchos, y forzaron á los demas á meterse en la ciudad. El denuedo de los christianos fue tal que se arriscaron á llegar á la muralla de mas cerca que antes solian, y apoderarse de dos torres que servian á los contrarios de atalayas y de baluartes por tener en ellas puesta gente de guarnicion. El alegria que por estos sucesos recibieron los del Rey, se hobiera de destemplar por un accidente no pensado. Fue asi que á diez de julio de noche en la tienda del Rey se emprendió fuego, que puso á todos en gran turbacion por el miedo que tenian de mayor mal. Los alojamientos por la mayor parte eran de enramadas, que por estar secas corrian peligro de quemarse: la Reyna acaso se descuidó en dexar una candela sin apagar, asi en la tienda del Rey como las que le caian cerca, comenzaron de tal manera á abrasarse que no se podia remediar. El Rey sospechó no fuese algun engaño y ardid de los enemigos que se querian aprovechar de aquella ocasion: en los ánimos sospechosos aun lo imposible parece facil. Salió en público desnudo embrazada una rodela y su espada. Para prevenir que los moros con tan buena ocasion no acometiesen los reales, el marques de Cadiz se adelantó con parte de la caballería, y estuvo toda la noche alerta en un puesto por do los moros habian forzosamente de pasar. La turbacion y ruido fue mayor que el peligro y que el daño: asi el dia siguiente volvieron á las talas; los dias adelante asi mismo diversas compañías fueron á los montes á robar. No dexaban reposar á los enemigos, ni les quedaba cosa segura, si bien en todas partes se defendian valientemente irritados con la desesperacion, que es muy fuerte arma. La cuita de

los moros por todo esto era grande, tanto que cansados con tantos males, y visto que nunca afloxaban, se inclinaron á tratar de partido. Bulcacin Mulch gobernador y alcayde de la ciudad salió á los reales á tratar de los conciertos y capitular. Señaló el Rey para platicar sobre ello á Gonzalo Fernandez de Córdova que despues fue gran capitan, y á Hernando de Zafra su secretario. Ventilado el negocio algunos dias, finalmente fueron de acuerdo, y pusieron por escrito estas capitulaciones, que se juraron por ambas partes á veinte y cinco de noviembre: dentro de sesenta dias los moros entreguen los dos castillos, las torres y puertas de la ciudad: hagan homenage al Rey don Fernando, y juren de estar á su obediencia y guardalle toda lealtad: á todos los christianos cautivos pongan en libertad sin algun rescate: entre tanto que estas condiciones se cumplen, den en rehenes dentro de doce dias quinientos hijos de los ciudadanos moros mas principales: quédense con sus heredades, armas y caballos, entreguen solamente la artillería: tengan sus mezquitas, y libertad de exercitar las ceremonias de su ley: sean gobernados conforme á sus leyes, y para esto se les señalarán de su misma nacion personas, con cuya asistencia y por cuyo consejo los gobernadores puestos dé parte del Rey harán justicia á los moros: los tributos de presente por espacio de tres años se quiten en gran parte, y para adelante no se impongan mayores de lo que acostumbraban de pagar á sus Reyes: los que quisieren pasar á Africa, puedan vender sus bienes, y sin fraude ni engaño se les hayan de dar para el pasage naves en los puertos que ellos mismos nombraren: concertaron otrosí que á Boabdil restituyesen su hijo y los demas rehenes que el tiempo pasado dió al Rey, pues entregada la ciudad y cumplido todo lo al del asiento, no era necesaria

otra prenda ni seguridad: en cumplimiento los traxeron del castillo de Moclin en que los tenian, para se los entregar. Hobo la iglesia de Pamplona á los doce de setiembre César Borgia por muerte de don Alonso Carrillo su prelado.

CAPITULO XVII.

De un alboroto que se levantó en la ciudad.

Concertóse la entrega de Granada con las capitulaciones que acabamos de contar; lo qual todo puso en cuentos de desbaratarse cierta ocasion que avino, ni muy ligera ni muy grande. El vulgo, y mas de los moros, es de muy poca fé y lealtad, mudable, amigo de alborotos, enemigo de la paz y del sosiego, finalmente poco basta para alteralle. Un cierto moro, cuyo nombre no se refiere, como si estuviera frenético y fuera de sí, con palabras alborotadas no cesaba de persuadir al pueblo que tomase las armas. Decia que debaxo de capa de amistad y de mirar por ellos les tramaban traycion, engaño y asechanzas: que Boabdil y los principales de la ciudad solo tenian nombre de moros, que de corazon favorecian á los contrarios. «Yugo de perpétua »esclavonía es el que ponen sobre vos y sobre vuestros cuellos: mirad bien lo que haceis, catad que »os engañan y se burlan de vos. Que si es cosa pesada sufrir las miserias, cuitas y peligros presentes, »mayor mengua será por no sufrir un poco de tiempo los trabajos trocar los menores y breves males »con los que han de durar para siempre y son mas »pesados. Mas qué seguridad dan que nos guardarán »lo que prometen y la palabra? No trato de los bienes que con la misma vanidad dicen nos los dexa-

»rán, como si los nuevos ciudadanos se hobiesen de »sustentar de otras heredades. Por ventura ignorais »quánta sed tienen de vuestra sangre? dexarán de »vengar los padres y parientes que en gran parte han »perdido en el discurso destas guerras? No quiero »tratar de lo pasado: un año há que nos tienen cer- »cados, y si nos han aquexado, ellos no han sufrido »menores daños. Muchas veces han quedado tendi- »dos en el campo, y no menos han estado ellos cer- »cados dentro de sus estancias que nos en la ciudad, »y aun para defenderse han tenido necesidad de edi- »ficar un nuevo pueblo. Serían insensibles y de pie- »dra si entregada la ciudad no hiciesen las exêquias »de sus muertos con derramar vuestra sangre, de que »estan muy sedientos á manera de fieras muy bravas. »La verdad es que no somos hombres, y si lo somos, »suframonos un poco, que Dios nos ayudará, y nues- »tro profeta Mahoma. Las profecías antiguas y las es- »trellas nos favorecen, pero si mostramos esfuerzo; »que contra los cobardes las piedras se levantan. Si »decís que hay falta de mantenimiento, con repar- »tille por tasa, y hacer cala y cata de lo que los par- »ticulares tienen escondido, nos podemos entretener »muchos dias; y acabadas todas las vituallas, qué »inconveniente hay que nos sustentemos de los cuer- »pos y carne de la gente flaca que no son á propósi- »to para pelear? Direis sería cosa nueva, grande y »espantable maldad. Respondo que si no tuviésemos »exemplo de los antiguos, que se valieron desto en »semejante peligro, yo juzgaría sería muy bueno »dar principio y abrir camino para que nuestros des- »cendientes en otro tal aprieto nos imitasen. Mi re- »solucion es que si no podemos evitar ni escusar la »muerte, escusemos siquiera los tormentos y afren- »tas que nos amenazan. Yo á lo menos no veré to-

»mar, saquear y poner á fuego y á sangre mi patria, »ser arrebatadas las madres, las doncellas, los niños »para ser esclavos y para otras deshonestidades; que »si os contenta esto mismo, sed hombres, tomad »las armas, desbaratad este mal concierto. No de»beis usar de recato, ni dilacion, donde el detener»se es mas perjudicial que el resolverse y arrojarse." Predicaba estas cosas con ojos encendidos, con rostro espantable y á gritos por las calles y plazas: con que amotinó veinte mil hombres, que tomaron las armas y andaban como locos y rabiosos: no se sabía la causa del daño, ni lo que pretendian, que hacía mas dificultoso el remedio. Boabdil, llamado el Rey Chiquito, por no tener ya autoridad ninguna, y temer en tan gran revuelta no le perdiesen el respeto, se estuvo dentro del Alhambra. La muchedumbre y canalla tiene las acometidas primeras muy bravas, mas luego se sosiega, mayormente que estaba sin cabeza y sin fuerzas, y sus intentos porende desvariados: así el dia siguiente algun tanto sosegada aquella tempestad pasó al Albaicin, do tenia la gente aficionada. Juntó los que pudo y hablóles desta manera: «Por vuestro respeto, no por el »mio (como algunos con poca vergüenza han sospe»chado) he venido á amonestaros lo que vos está bien, »de que es bastante prueba que con tener en mi po»der el castillo de la Alhambra, no quise llamar al »enemigo y entregaros en sus manos, magüer que »me lo teníades bien merecido. Ni aun antes de ahora »en tanto que con vuestras fuerzas os defendíades, »ó esperábades socorro de otra parte, ni en tanto »que en la ciudad duró la provision, os persuadí que »tratásedes de paz. Bien confieso haber en muchas »cosas errado, en fiarme del enemigo y en alzarme »con el reyno contra mi padre, pecados que los ten-

»go bien pagados. Perdída toda la esperanza, hice »asiento con el enemigo, si no aventajado, á lo »menos conforme al tiempo y necesario. No puedo »entender qué alegan estos hombres locos y sandios »para desbaratar la paz que está muy bien asentada. »Si de alguna parte hay remedio, yo seré el prime»ro á quebrantar lo concertado; pero si todo nos »falta, las fuerzas, las ayudas, la provision y casi »el mismo juicio, á qué propósito con locura, ó age»na si os descontenta, ó vuestra si venís en este dis»late, quereis despeñaros en vuestra perdicion? De »dos inconvenientes, quando ambos no se pueden es»cusar, que se abrace el menor aconsejan los sabios, »quales yo me persuadiria sois los que presentes es»tais, si el alboroto pasado no me hiciera trocar pa»recer. Todo lo que teneis, es del vencedor: la ne»cesidad aprieta; lo que dexan debeis de pensar es »gracia, y os lo hallais. No trato si los enemigos »guardarán la palabra, yo confieso que muchas veces »la han quebrantado: el hacer confianza es causa que »los hombres guarden fidelidad, especial que para »seguridad podemos pedir nos den en rehenes casti»llos ó personas principales; que con el deseo que »el enemigo tiene de concluir la guerra, no repa»rará en nada." Con este razonamiento los ánimos alterados del pueblo se sosegaron: muchas veces asi los remedios de semejantes alteraciones, como las causas son fáciles. Qué se haya hecho del moro que amotinó el pueblo, no se dice: puédese entender que huyó. Consta que el Rey Chiquito avisado por el peligro pasado, y por miedo que entre tanto que los dias que tenian concertados para entregar la ciudad, se pasasen, podrian de nuevo resultar revoluciones y novedades, sin dilacion envió una carta al Rey don Fernando con un presente de dos caballos

castizos, una cimitarra y algunos jaeces: avisábale de lo que pasára en la ciudad, del alboroto del pueblo, que convenia usar de presteza para atajar novedades; viniese aina, pues pequeña tardanza muchas veces suele ser causa de grandes alteraciones: finalmente que muy en buen hora, pues asi era la voluntad de Dios, el dia siguiente le entregaria el Alhambra y el reyno como á vencedor de su mano misma; que no dexase de venir como se lo suplicaba.

CAPITULO XVIII.

Que Granada se ganó.

Esta carta llegó á los reales el dia de año nuevo, la qual como el Rey don Fernando leyese, bien se puede entender quánto fue el contento que recibió. Ordenó que para el dia siguiente (que es el que en Granada se hace la fiesta de la toma de aquella ciudad) todas las cosas se pusiesen en orden. El mismo, dexado el luto que traía por la muerte de su yerno don Alonso príncipe de Portugal, vestido de sus vestiduras reales y paños ricos se encaminó para el castillo y la ciudad con sus gentes en ordenanza, y armados como para pelear, muy lucida compañia, y para ver. Seguíanse poco despues la Reyna y sus hijos: los grandes arreados de brocados y sedas de gran valor. Con esta pompa y repuesto al tiempo que llegaba el Rey cerca del alcázar, Boabdil el Rey Chiquito le salió al encuentro acompañado de cincuenta de á caballo. Dió muestra de quererse apear para besar la mano real del vencedor: no se lo consintió el Rey. Entonces puestos los ojos en tierra, y con rostro poco alegre: «Tuyos (dice) somos Rey invencible: esta »ciudad y reyno te entregamos, confiados usarás con

»nosotros de clemencia y de templanza." Dichas estas palabras, le puso en las manos las llaves del castillo. El Rey las dió á la Reyna y la Reyna al príncipe su hijo: dél las tomó don Iñigo de Mendoza conde de Tendilla, que tenia el Rey señalado para la tenencia de aquel castillo y por capitan general en aquel reyno, y á don Pedro de Granada por alguacil mayor de la ciudad, y á don Alonso su hijo por general de la armada de la mar. Entró pues con buen golpe de gente de á caballo en el castillo: seguíale un buen acompañamiento de señores y de eclesiásticos; entre estos los que mas se señalaban, eran los prelados de Toledo y de Sevilla, el maestre de Santiago, el duque de Cadiz, fray Hernando de Talavera, de obispo de Avila electo por arzobispo de aquella ciudad, el qual hecha oracion como es de costumbre en accion de gracias, juntamente puso el guion que llevaba delante de sí el cardenal de Toledo como primado, en lo mas alto de la torre principal y del homenage, á los lados dos estandartes, el real y el de Santiago: siguióse un grande alarido, y voces de alegria, que daban los soldados y la gente principal. El Rey puestos los hinojos con grande humildad dió gracias á Dios por quedar en España desarraygado el imperio y nombre de aquella gente malvada, y levantada la bandera de la Cruz en aquella ciudad, en que por tanto tiempo prevaleció la impiedad con muy hondas raices y fuerza: suplicábale que con su gracia llevase adelante aquella merced, y fuese durable y perpétua. Acabada la oracion, acudieron los grandes y señores á dalle el parabien del nuevo reyno, é hincada la rodilla, por su orden le besaron la mano: lo mismo hicieron con la Reyna y con el príncipe su hijo. Acabado este auto, despues de yantar se volvieron con el mismo orden á los reales por junto á la puerta mas cercana de la ciudad. Dieron al Rey Chi-

quito el valle de Purchena, que poco antes se ganó en el reyno de Murcia de los moros, y señaláronle rentas con que pasase, si bien no mucho despues se pasó á Africa; que los que se vieron Reyes, no tienen fuerzas ni paciencia bastante para llevar vida de particular. Quinientos cautivos christianos, segun que tenian concertado, fueron sin rescate puestos en libertad: estos en procesion luego el otro dia despues de missa se presentaron con toda humildad al Rey. Daban gracias á los soldados por aquel bien que les vino por su medio: alababan lo mucho que hicieron por el bien de España, por ganar prez y honra, y por el servicio de Dios; llamábanlos reparadores, padres y vengadores de la patria. No pareció entrar en la ciudad antes de estar para mayor seguridad apoderados de las puertas, torres, baluartes y castillos; lo qual todo hecho, el quarto dia adelante por el mismo orden que la primera vez, entraron en la ciudad. En los templos que para ello tenian aderezados, cantaron hymnos en accion de gracias: capitanes y soldados á porfia engrandecian la magestad de Dios por las victorias que les dió unas sobre otras, y los triumphos que ganaron de los enemigos de christianos. Los Reyes don Fernando y doña Isabel con los arreos de sus personas, que eran muy ricos, y por estar en lo mejor de su edad, y dexar concluida aquella guerra, y ganado aquel nuevo reyno, representaban mayor magestad que antes. Señalábanse entre todos, y entre sí eran iguales: mirábanlos como si fueran mas que hombres, y como dados del cielo para la salud de España. A la verdad ellos fueron los que pusieron en su punto la justicia, antes de su tiempo estragada y caida. Publicaron leyes muy buenas para el gobierno de los pueblos y para sentenciar los pleytos. Volvieron por la religion y por la fé, fundaron la paz pública, sosega-

das las discordias y alborotos asi de dentro como de fuera. Ensancharon su señorío no solamente en España, sino tambien en el mismo tiempo se estendieron hasta lo postrero del mundo. Lo que es mucho de alabar, repartieron los premios y dignidades, que los hay muy grandes y ricos en España, no conforme á la nobleza de los antepasados, ni por favor de qualquier que fuese, sino conforme á los méritos que cada uno tenia; con que despertaron los ingenios de sus vasallos para darse á la virtud y á las letras. De todo esto quanto provecho haya resultado, no hay para que decillo; la cosa por sí misma y los efectos lo declaran. Si va á decir verdad, en qué parte del mundo se hallarán sacerdotes y obispos ni mas eruditos, ni mas santos? dónde jueces de mayor prudencia y rectitud? Es asi que antes destos tiempos pocos se pueden contar de los españoles señalados en ciencia: de aqui adelante quién podrá declarar quán grande haya sido el número de los que en España se han aventajado en toda suerte de letras y erudicion? Eran el uno y el otro de mediana estatura, de miembros bien proporcionados, sus rostros de buen parecer, la magestad en el andar y en todos los movimientos igual, el aspecto agradable y grave, el color blanco, aunque tiraba algun tanto á moreno. En particular el Rey tenia el color tostado por los trabajos de la guerra, el cabello castaño y largo, la barba afeytada á fuer del tiempo, las cejas anchas, la cabeza calva, la boca pequeña, los labios colorados, menudos los dientes y ralos, las espaldas anchas, el cuello derecho, la voz aguda, la habla presta, el ingenio claro, el juicio grave y acertado, la condicion suave y cortés y clemente con los que iban á negociar. Fue diestro para las cosas de la guerra, para el gobierno sin par: tan amigo de los negocios que parecia con el trabajo descansaba. El

cuerpo no con deleytes regalado, sino con el vestido honesto y comida templada acostumbrado y á propósito para sufrir los trabajos. Hacía mal á un caballo con mucha destreza: quando mas mozo se deleytaba en jugar á los dados y naypes: la edad mas adelante solia exercitarse en cetrería, y deleytábase mucho en los vuelos de las garzas. La Reyna era de buen rostro, los cabellos rubios, los ojos zarcos, no usaba de algunos afeytes, la gravedad, mesura y modestia de su rostro singular. Fue muy dada á la devocion, y aficionada á las letras: tenia amor á su marido, pero mezclado con celos y sospechas. Alcanzó alguna noticia de la lengua latina, ayuda de que careció el Rey don Fernando por no aprender letras en su pequeña edad; gustaba empero de leer historias y hablar con hombres letrados. El mismo dia que nació el Rey don Fernando (1), segun que algunos lo refieren, en Nápoles cierto frayle Carmelita tenido por hombre de santa vida dixo al Rey don Alonso su tio: «Hoy en »el reyno de Aragon ha nacido un infante de tu li»nage: el cielo le promete nuevos imperios, grandes »riquezas y ventura: será muy devoto, aficionado á »lo bueno, y defensor excelente de la christiandad." Entre tantas virtudes casi era forzoso, conforme á la fragilidad de los hombres, tuviese algunas faltas. El avaricia de que le tachan, se puede escusar con la falta que tenia de dineros y estar enagenadas las rentas reales. Al rigor y severidad en castigar de que asi mismo le cargan, dieron ocasion los tiempos y las costumbres tan estragadas. Los escritores estraños le achacan de hombre astuto, y que á veces faltaba en la palabra, si le venia mas á cuento. No quiero tratar si esto fue

(1) Marin. Síc ulo, libr. 9.

verdad, si invencion en odio de nuestra nacion: solo advierto que la malicia de los hombres acostumbra á las virtudes verdaderas poner nombre de los vicios que le son semejables, como tambien al contrario engañan y son alabados los vicios que semejan á las virtudes; ademas que se acomodaba al tiempo, al lenguage, al trato y mañas que entonces se usaban. Emparentó con los mayores príncipes de todo el orbe christiano, con los Reyes de Portugal y Inglaterra, y duques de Austria. Tenia deudo con otros muchos, ca era tio de madama Ana duquesa de Bretaña, hermano de su abuela materna, primo hermano de don Fernando Rey de Nápoles, tio mayor de doña Cathalina Reyna de Navarra, hermano asi mismo de su abuela. En esto cargan sobre todo lo al al Rey don Fernando, que sin tener respeto al parentesco, solo por la demasiada codicia de ensanchar sus estados, los años adelante echó á esta señora y á su marido del reyno que heredaron de sus antepasados y les forzó á retirarse á Francia: otros le escusan con color de religion, y con la voluntad del Sumo Pontífice que asi lo mandó, de que todavia resultaron grandes y largas alteraciones. Enrique Labrit hijo destos señores pretendió recobrar el reyno de sus padres con mayor porfía que ventura: tuvo en madama Margarita hermana que era del Rey Francisco de Francia, una hija y heredera de sus estados llamada Juana que casó con Antonio Borbon duque de Vandoma, madre de aquel Enrique que casó con madama Margarita hermana de tres Reyes de Francia, Francisco el Segundo, Carlos y Enrique; y por ser el pariente mas cercano por línea de varon, y por faltar todos sus cuñados sin sucesion quedó por sucesor de aquella corona, sin embargo que abrazó desde su tierna edad las nuevas heregías desamparada la religion verdadera de sus antepasados, y que los

señores y pueblos de Francia pretendian no podia poseer aquella corona persona manchada con opiniones semejantes, y que en su lugar se debia nombrar otro sucesor: pleyto que ya el Papa le ha determinado. Nos llegados al puerto y puesto fin á este trabajo, calarémos las velas, y harémos fin á esta escritura en este lugar. Concluyo con decir que con la entrada de los Reyes en Granada, y quedar apoderados de aquella ciudad, los moros por voluntad de Dios dichosamente y para siempre se sugetaron en aquella parte de España al señorío de los christianos, que fue el año de nuestra salvacion de mil y quatrocientos y noventa 1492.
y dos á seis de enero, dia viernes: conforme á la cuenta de los árabes el año ochocientos y noventa y siete de la Egira, á ocho del mes que ellos llaman Rahib Haraba. El qual dia como quier que para todos los christianos por costumbre antigua es muy alegre y solemne por ser fiesta de los Reyes y de la Epiphanía, asi bien por esta nueva victoria no menos fue saludable, dichoso y alegre para toda España, que para los moros aciago; pues con desarraygar en él y derribar la impiedad, la mengua pasada de nuestra nacion y sus daños se repararon, y no pequeña parte de España se allegó á lo demas del pueblo christiano, y recibió el gobierno y leyes que le fueron dadas: alegria grande de que participaron asi mismo las demas naciones de la christiandad. En particular se escribieron en esta razon cartas al Pontífice Inocencio y á los Reyes, y despacharon embaxadores que les diesen aquellas nuevas tan alegres, y avisasen que la guerra de los moros quedaba acabada, muertos y sugetados los enemigos de Christo, puesto el yugo á Granada, ciudad antiguamente edificada y soberbia con los despojos de christianos. Por conclusion, que toda España con esta victoria quedaba por Christo Nuestro Señor, cuya era

antes. Las ciudades y provincias asi las comarcanas como las que caían lexos, festejaban esta nueva con regocijos, fuegos y invenciones. Asi hombres como mugeres de qualquiera edad ó calidad que fuesen, acudian en procesiones á los templos, y postrados delante los altares daban gracias á Dios por merced tan señalada. Estaba Roma alegre por las paces que tres dias antes se asentáran entre el Pontífice y los Reyes de Nápoles, quando llegó de España primer dia de febrero Juan de Estrada embaxador del Rey don Fernando, y con la nueva de aquella victoria colmó y aumentó la alegria pasada. Para muestra de contento y para reconocer aquella merced por de quien era, el Papa, cardenales y pueblo romano ordenaron y hicieron una solemne procesion á la iglesia de Santiago de los españoles. Alli se celebraron los oficios, y en un sermon á propósito del tiempo alabó el predicador y engrandeció como era justo á los Reyes y toda la nacion de España, sus proezas, su valor y sus victorias notables.

LIBRO VIGÉSIMOSEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

Que los judíos fueron echados de España.

Concluida la guerra de Granada con tanta honra y provecho de toda España, y echado por tierra el señorío de los moros á cabo de tantos años que en ella duraba; los Reyes don Fernando y doña Isabel volvieron su pensamiento á nuevas empresas, mayores y mas gloriosas que las pasadas. Valerosos príncipes y grandes, pues ni de dia ni de noche sabían reposar,

ni pensaban sino cómo pasarian adelante, y por el camino que habian tomado, llevarian al cabo sus intentos muy santos, que todos se enderezaban á la gloria de Dios y al ensalzamiento de la religion christiana; y no era razon que con la paz tan deseada de España su valor y grandeza de ánimo reposasen, ni que sus nobles soldados, que por causa de las guerras pasadas tenian muchos y muy señalados, con los deleytes y el ocio, fruto muy ordinario de la abundancia y prosperidad, se marchitasen; antes que pues en sus tierras no quedaba en qué mostrar su esfuerzo, los empleasen lexos dellas, y los enviasen á conquistar gentes y reynos estraños, como sucedió al presente: camino y traza por donde el nombre y valor de España conocido de pocos, y apretado dentro de los angostos términos de España, en breve pasó tan adelante que con gran gloria suya se derramó no solo por Italia y por Francia y Berbería, sino llegó hasta los últimos fines de la tierra; de manera que de Levante á Poniente no quedó parte alguna do no hayan puesto los tropheos y blasones de sus victorias y esfuerzo. Grande balumba de cosas se nos pone delante, y mayor peso que tan pequeñas fuerzas puedan llevar: inmenso piélago y hondura que con dificultad podrán apear aun los grandes ingenios. Por lo qual estaba resuelto, como se dixo en la prefacion latina desta obra, de hacer punto en la guerra de Granada y no pasar adelante, pues es justo que cada uno se mida con el trabajo que emprende, y haga balanzo de sus fuerzas, fuera de otras dificultades que se ofrecian y en el mismo lugar se apuntaron. Pero deste parecer me hicieron apartar algun tanto personas doctas y graves, las quales pretendian que esta obra sin lo de adelante quedaba imperfecta y falta de lo que naturalmente mas se deseaba saber, que

son las cosas modernas, sin hacer mucho caso de las antiguas: ademas que las cosas que sucedieron poco adelante por ser tan gloriosas y grandes, y la puerta que se abrió para la grandeza y imperio de que hoy goza España, darian á esta obra el mas noble remate que se pudiese desear; lustre de muy grande importancia, que á imitacion de los que escriben y representan comedias, el acto postrero se aventaje á lo demas, para que el lector con aquel postre y dexo quede con mayor gusto y agrado, y toda la obra mas hermosa. Razones eran estas de mucho peso. Qué era justo que yo hiciese? ó qué partido debia seguir y qué traza? Resolvíme en condescender algun tanto, y para acudir á todo continuar esta historia algunos pocos años adelante, en que acontecieron las cosas mas grandes y dignas de memoria que jamás los españoles acometieron y acabaron; ni aun sé yo que alguna otra nacion en el mundo en tan breve espacio pasase tan adelante, ni ensanchase tanto los términos de su imperio. Pero antes que pongamos la mano á cosas tan grandes, es bien que el lector se acuerde de lo que arriba queda apuntado, es á saber que Francisco duque de Bretaña casó con Margarita hija de doña Leonor Reyna que fue de Navarra, y por el mismo caso sobrina del Rey don Fernando. Deste matrimonio quedaron dos hijas, sus nombres de la mayor Ana y de la menor Isabel, y ningun hijo varon. Por esta causa muchos príncipes pretendian casar con estas doncellas, mayormente con la mayor. Entre los demas Carlos Octavo Rey de Francia se aventajaba por tener mas fuerzas y caer mas cerca de Bretaña, fuera de otras alianzas y correspondencia que con aquel estado tenia como moviente de su corona, sin embargo que de años antes se concertára con Margarita hija del Rey de romanos, y que el mismo Ma-

ximiliano por estar viudo de María su primera muger pretendia para sí este casamiento, y aun le tuvo concertado. Al Frances ni faltaban mañas ni fuerzas, y con ocasion que algunos señores de su reyno, en particular Luis duque de Orliens su cuñado, casado con Juana su hermana menor, por ciertos disgustos se recogió á Bretaña por ser aquel duque su primo hermano hijo de Margarita hermana de Carlos padre del de Orliens, determinó tomar las armas contra el duque, y por medio de aquel torcedor traello á lo que deseaba. El Breton en este aprieto acudió á Inglaterra y Alemania para que le valiesen, y en particular hizo recurso á España: para esto Alano de Labrit padre del Rey de Navarra con intencion que se le dió de aquel casamiento tan pretendido, los años pasados se vió en Valencia con el Rey don Fernando, y dél alcanzó enviase en su compañía una buena armada que se juntó en San Sebastian, y por su capitan á Miguel Juan Gralla su maestresala. Hobo diversos encuentros que no son de nuestro propósito: finalmente junto á San Albin se vino á batalla, en que los bretones quedaron vencidos, y presos el general de la armada española y el duque de Orliens, y Juan Chalon príncipe de Oranges que asistia al duque de Bretaña por ser su sobrino hijo de Catharina su hermana. Dióse esta batalla, que fue en aquel tiempo muy famosa, por el mes de agosto del año que se contaba mil y quatrocientos y ochenta y ocho. Des- 1488.
pues se tomó asiento con el Frances, que soltó los presos, aunque no en un mismo tiempo ni por la misma ocasion; y el Breton se obligó de no casar sus hijas sin su consentimiento: condicion que él cumplió porque sin disponer dellas falleció luego el año siguiente. Dexó por tutor de sus hijas, y gobernador de aquel estado al mariscal de Bretaña, persona afi-

cionada al casamiento de monsieur de Labrit, como lo tenian concertado aun antes del asiento que se tomó con Francia. Pero el conde de Dunois y el chânciller de Bretaña le eran de todo punto contrarios, y mas el príncipe de Oranges, que como deudo tan cercano se apoderó de la duquesa y su hermana. Acudieron por socorros el mariscal á Inglaterra, y el de Oranges al Rey de romanos y á España. Vinieron gentes de todas partes, y en particular de España por mar envió el Rey don Fernando mil hombres de armas y ginetes de socorro debaxo la conducta y gobierno de don Pedro Gomez Sarmiento conde de Salinas, que desembarcó con su gente en Bretaña al principio del
490. año mil y quatrocientos y noventa. Este socorro fue de poco efecto, por sospechas que nacieron entre los naturales y los españoles, demas que la duquesa se inclinaba á casar con el Rey de romanos, y aun se trató y concertó el casamiento. Por esto el mismo Labrit, perdída la esperanza de casar con aquella señora, ó de que un hijo suyo (que tambien lo pretendia) casase con la hermana menor que falleció por este mismo tiempo, y con promesa que le hicieron de nombralle por condestable de Francia, resuelto de mudar partido entregó á Nantes cabeza de aquel ducado, plaza que tenia en su poder, al Frances. El Rey don Fernando otrosí hizo salir su gente de Bretaña por lo poco que alli hacían, y con esperanza que se le dió de restituille lo de Ruysellon y Cerdania, conforme á lo que el Rey Luis Onceno de Francia dexó dispuesto en su testamento movido de su conciencia y á persuasion de fray Francisco de Paula fundador de los Mínimos, al qual hiciera venir desde lo postrero de Italia, de do era natural, con esperanza que por su medio recobraria la salud que le faltó mucho tiempo, á lo postrero de su vida; y per-

suadido de sus razones antes de su muerte enviára al obispo de Lombes y al conde de Dunois para que hiciesen la entrega de Perpiñan; mas como el Rey falleciese á la sazon, los que gobernaban el reyno, les mandaron dar la vuelta sin efectuar el orden que llevaban. Con la salida de los españoles el Frances tuvo comodidad de apoderarse de la mayor parte de aquel estado, y Ana, madama de Borbon, su hermana mayor, que todo lo gobernaba á su voluntad, tuvo orden y se dió tan buena maña, que el Rey su hermano, dexada Margarita su esposa con color de su poca edad, finalmente casó con la duquesa de Bretaña. Con este matrimonio las fuerzas y poder de Francia se adelantaron, y sosegadas las alteraciones de aquel reyno, los franceses tuvieron comodidad de acometer lo de Italia. En España los Reyes don Fernando y doña Isabel luego que se vieron desembarazados de la guerra de los moros, acordaron de echar de todo su reyno á los judíos. Con esta resolucion en Granada, do estaban, por el mes de marzo del año mil y qua- 1492.
trocientos y noventa y dos hicieron pregonar un edicto en que se mandaba á todos los de aquella nacion que dentro de quatro meses desembarazasen y saliesen de todos sus estados y señoríos, con licencia que se les daba de vender en aquel medio tiempo sus bienes, ó llevallos consigo. Luego el mes siguiente de abril fray Thomás de Torquemada primer inquisidor general por otro edicto y mandato vedó á todos los fieles, pasado aquel tiempo, el trato y conversacion con los judíos, sin que á ninguno fuese lícito de alli adelante dalles mantenimiento, ni otra cosa necesaria so graves penas al que hiciese lo contrario, que fue causa de que una muchedumbre innumerable desta nacion se embarcase en diversos puertos; unos pasaron á Africa, otros á Italia y muchos tambien á las provincias de

Levante, do sus descendientes hasta el dia de hoy conservan el lenguage castellano, y usan dél en el trato comun. Gran número desta gente se quedó en Portugal con licencia del Rey don Juan el Segundo, que les dió con condicion que cada uno dellos pagase ocho escudos de oro por el hospedage, y que dentro de cierto tiempo que se les sañaló, saliesen de aquel reyno con apercebimiento que pasado el dicho término serían dados por esclavos, como muchos dellos lo fueron dados adelante, y despues por el Rey don Manuel les fue restituida su libertad luego al principio de su reynado. El número de los judíos que salieron de Castilla y Aragon no se sabe: los mas autores dicen que fueron hasta en número de ciento y setenta mil casas, y no falta quien diga que llegaron á ochocientas mil almas: gran muchedumbre sin duda, y que dió ocasion á muchos de reprehender esta resolucion que tomó el Rey don Fernando en echar de sus tierras gente tan provechosa y hacendada, y que sabe todas las veredas de llegar dinero; por lo menos el provecho de las provincias adonde pasaron fue grande, por llevar consigo gran parte de las riquezas de España, como oro, pedrería y otras prescas de mucho valor y estima. Verdad es que muchos dellos por no privarse de la patria, y por no vender en aquella ocasion sus bienes á menos precio, se bautizaron, algunos con llaneza, otros por acomodarse con el tiempo y valerse de la máscara de la religion christiana; los quales en breve descubrieron lo que eran, y volvieron á sus mañas como gente que son compuesta de falsedad y de engaño.

CAPITULO II.

De la eleccion del Papa Alexandro Sexto.

En este medio falleció en Roma el Papa Inocencio Octavo á veinte y cinco de julio. Juntáronse luego el dia siguiente los cardenales para nombrar sucesor, divididos en dos parcialidades: la una seguía al cardenal de San Pedro Julian de la Rovere sobrino de Sixto Quarto, el qual se inclinaba á acúdir con sus votos á don Jorge de Costa cardenal de Portugal; de la otra parte eran cabezas los cardenales Ascanio Esforcia hermano del duque de Milán, y don Rodrigo de Borgia vicecanciller, personas poderosas y ricas, aunque el de Borgia tenia mas que dar; y finalmente sea con buenos medios, sea con malos salió con el pontificado y en él se llamó Alexandro Sexto. Ayudóle mucho el cardenal Ascanio: asi en recompensa (segun se entendió) de lo mucho que trabajó en grangear las voluntades del cónclave, le dió luego el oficio de vicecancelario, y en el primer consistorio que tuvo, dió su capelo á don Juan de Borgia su sobrino arzobispo de Monreal. Muchas cosas siniestras se dixeron deste Pontífice: puédese sospechar que algunas fueron verdaderas, otras impuestas; y que por el odio que como á estrangero le tenian, por lo menos que sus faltas no fueron tan graves como las encarecen (1). Lo cierto es que fue natural de Valencia: sus padres se llamaron Jofre Lenzo y Isabel Borgia. Luego que se supo la eleccion de su tio el Papa Calixto, se partió á toda priesa para Roma con cierta esperanza que llevaba del capelo. Hecho car-

---

(1) Esto es de Onufrio y de Garibay l. 19 c. 1: mas Zurita libr. 16. c. 32. llama al padre deste Papa Jofre de Borgia.

denal, en una moza romana llamada Zanocia, ó Vanocia, hobo quatro hijos, á Pedro Luis el mayor, á César, á Juan y á Jofre, y una hija por nombre Lucrecia. Era tan rico que compró el ducado de Gandía, y le puso en cabeza de Pedro Luis su hijo mayor, que falleció antes que su padre subiese al pontificado, y en su lugar puso á Juan su tercero hijo, al qual dió por muger á doña María Enriquez hija de don Enrique Enriquez mayordomo mayor de los Reyes cathólicos y de doña María de Luna su muger, de quien nació el duque don Juan padre de don Francisco de Borgia varon santo, pues renunciado el estado que heredó de su padre y abuelo, le vimos primero religioso, y despues prepósito general de nuestra compañía; que fue una de las cosas notables de nuestra edad. La creacion de Alexandro se hizo á once dias de agosto; y á los veinte y siete del mismo se coronó. En el mismo dia confirmó la ereccion hecha pocos dias antes de la iglesia de Valencia en metrópoli, y juntamente nombró por arzobispo de aquella iglesia á don César su hijo segundo que ya era obispo de Pamplona; y el año siguiente en las témporas de setiembre salió nombrado cardenal, con probanza de muchos testigos que juraron no era hijo del Papa, sino de Dominico Ariñano marido que era de Zanocia: probanza que pasó por Rota y por el consistorio, sin que casi persona se atreviese á hacer contradicion: tal era el poco miramiento de aquel tiempo. El hijo menor de todos se llamó Jofre, á quien por ciertos conciertos que el Papa tuvo con don Alonso el Segundo Rey de Nápoles, en lo postrero de Calabria hicieron príncipe de Esquilache. Lucrecia casó primero con el señor de Pésaro por nombre Juan Esforcia, despues con Luis Alonso de Aragon hijo bastardo del dicho don Alonso Rey de

Nápoles; y muerto este á manos de César su cuñado; que renunciado el capelo se llamaba el duque Valentin, últimamente casó con Alonso de este hijo mayor de Hércules duque de Ferrara. En el pontificado de Alexandro se dió el capelo á catorce españoles: entre los demas fue uno don Bernardino de Carvajal obispo que fue de diversas iglesias de Castilla como se dixo de suso sucesivamente, y á la sazon embaxador de Roma por don Fernando Rey de España. Su promocion fue agradable asi por sus buenas partes de ingenio asaz despierto, como por la memoria del cardenal de Santangel su tio don Juan de Carvajal, que fue notable prelado. Destos principios quán grandes inconvenientes se seguirán! Lo de Navarra andaba muy alterado por dos causas: la primera que Juan vizconde de Narbona tio de la Reyna de Navarra pretendia tener derecho á aquella corona, fundado en que su hermano mayor Gaston de Fox falleció en vida de su madre doña Leonor Reyna que era propietaria de Navarra; decia que por su muerte debia él ser antepuesto á los nietos que era grado mas apartado, pleyto tantas veces ventilado. Por otra parte el conde de Lerin condestable de Navarra con los de su valía traía desasosegado aquel reyno, en que estaba apoderado de la ciudad de Pamplona y poco adelante tomó la villa de Olite, sin otras plazas que tenia á su mano. Acudieron de todas partes al Rey don Fernando como á príncipe á quien tanto tocaban las cosas de aquel reyno, para alegar cada qual de las partes de su derecho y valerse de las fuerzas del Rey de España. En lo del vizconde el Rey declaró que asistiria á aquellos Reyes, y no permitiria se les hiciese fuerza ni agravio, como á los que tenian su derecho mas fundado. Con esta respuesta el de Narbona acudió por una parte á

las armas, y en el condado de Fox se apoderó de algunos lugares, por otra seguia su pleyto en el parlamento de París; pero finalmente se vino á concierto; y desistió por algun tiempo de aquella demanda. Quanto á lo del conde de Lerin, el mismo Rey don Fernando interpuso su autoridad, y en cierto asiento que se tomó con aquellos Reyes, entre otras condiciones se puso una que el conde restituyese las plazas que tenia usurpadas, y nombradamente la villa de Olite, y juntamente saliese de Navarra desterrado por toda su vida junto con don Luis y don Fernando sus hijos. Para facilitar este acuerdo se le dió en recompensa la villa de Huescar en el reyno de Granada con título de marques, sin otras ventajas y vasallos que para adelante le prometieron: concierto que se trató el año siguiente, y se executó tres años adelante. Volvamos á lo que queda atrás.

CAPITULO III.

Del descubrimiento de las Indias Occidentales.

La empresa mas memorable, de mayor honra y provecho que jamás sucedió en España, fue el descubrimiento de las Indias Occidentales; las quales con razon por su grandeza llaman el nuevo mundo: cosa maravillosa, y que de tantos siglos estaba reservada para esta edad. La ocasion y principio desta nueva navegacion y descubrimiento fue en esta manera. Cierta nave desde la costa de Africa, do andaba ocupada en los tratos de aquellas partes, arrebatada con un recio temporal aportó á ciertas tierras no conocidas. Pasados algunos dias, y sosegada la tempestad, como diese la vuelta, muertos de hambre y mal pasar casi todos los pasageros, y marineros, el maestre

con tres ó quatro compañeros últimamente llegó á la isla de la Madera. Hallábase acaso en aquella isla Christóval Colon ginoves de nacion, que estaba casado en Portugal y era muy exercitado en el arte de navegar, persona de gran corazon y altos pensamientos. Este albergó en su posada al maestre de aquel navío, y como falleciese en breve, dexó en poder de Colon los memoriales y avisos que traía de toda aquella navegacion. Con esta ocasion hora haya sido la verdadera, ó sea por la astrología en que era exercitado, ó como otros dicen, por aviso que le dió un cierto Marco Polo médico florentin, él se resolvió en que de la otra parte del mundo descubierto y de sus términos ácia do se pone el sol, habia tierras muy grandes y espaciosas. Este pensamiento suyo comunicó primero con el Rey de Portugal, despues con Enrique Seteno Rey de Inglaterra; pero como al uno y al otro pareciesen sueños lo que decia, con todo esto no desistió de su empresa; antes se fue á la corte del Rey de España don Fernando. Alli como no le diesen mas oidos que los demas, con sufrimiento que tuvo de siete años, últimamente alcanzó al mismo tiempo que el reyno de Granada se acababa de conquistar, que á costa del Rey le armasen tres navíos con que hiciese prueba si salia verdadero lo que prometia. Es cosa notable que con solos diez y siete mil ducados que por estar los Reyes tan gastados tomaron prestados, se emprendió una cosa tan grande, y que habia de ser de tanto interés. Hízose pues Colon á la vela á tres de agosto de Palos de Moguer do se aprestaron las naves, y vencidas las olas del mar Atlántico, primero aportó á las islas Canarias, desde alli tomando la derrota del Poniente, á cabo de muchos dias y de grandes dificultades que pasó, descubrió ciertas islas que llamó las islas del Príncipe. Re-

paró por aquellas partes algunos dias, y dexados en un castillo que hizo allí, algunos compañeros de los suyos, y por capitan á Diego de Arana, dió la vuelta con las nuevas y muestras de las riquezas que dexaba descubiertas, y fue muy bien recebido en España. Prosiguió en descubrir con nuevas navegaciones que hizo los años siguientes, otras muchas islas; entre las otras las mas principales y mayores fueron la Española y la Cuba. Demas desto costeó gran parte de la tierra firme, que corre entre el polo Antártico y el polo Artico desde el estrecho de Magallanes hasta el cabo de Bacallao, con marinas y riberas que se estienden por espacio de mas de cinco mil leguas. Verdad es que las dichas marinas con una grande ensenada que hacen, como á la mitad de todas ellas se ciñen de tal manera, que desde el puerto del Nombre de Dios que está en nuestro mar, hasta Panamá puerto del mar opuesto que llaman del Sur, apenas hay distancia y camino de diez y ocho leguas; y bien que las riberas del uno y del otro mar ácia la parte del Septentrion por grande espacio con diligencia increible de los nuestros han sido descubiertas, hasta ahora no se ha podido entender bastantemente si la India Occidental se continúa con la Oriental, ó si mas arriba del Catayo puerto de la China, y mas arriba del Japon, isla que algunos llamaron Cipangri, haya algun estrecho de mar con que se aparten la una de la otra. Falleció Colon el año de nuestra salvacion mil y quinientos y seis: varon digno de inmortal renombre. Fue hecho almirante de las Indias y duque de Veraguas: merced debida á sus grandes méritos y servicios. Continuaron otros estas navegaciones asi en vida de Colon como principalmente despues dél muerto, y á su exemplo descubrieron al Poniente diversas islas y riberas. Entre estos Americo Vespu-

cio de nacion florentin por mandado del Rey de Portugal don Manuel el año de mil y quinientos primeramente descubrió todo el Brasil, parte sin duda del nuevo mundo y de aquella tierra firme. Despues de corridas casi todas las riberas ácia nuestro mar del Norte con diversas navegaciones que se emprendieron por personas diferentes, entre ellas Vasco Nuñez Balboa natural de Badajoz, varon de gran corazon, fue el primero que descubrió el estrecho que hay de tierra, á causa de aquella grande ensenada que hace el mar desde el puerto del Nombre de Dios hasta Panamá, y halló el mar del Sur el año de mil y quinientos y trece para grande honra y provecho de nuestra España. Resultó de las navegaciones de Colon y de Americo cierta diferencia entre Castilla y Portugal á causa que el Portugues pretendia pertenecelle por concesion de los Pontífices, y en particular de Eugenio Quarto, todo el descubrimiento del nuevo mundo. El Rey de Castilla en contra alegaba una bula de Alexandro Sexto, en que el año de mil y quatrocientos y noventa y tres le concedió que tirada con la imaginacion una línea de polo á polo, cien leguas mas adelante de las islas Hesperides que hoy se llaman del cabo Verde, todo lo que desde aquella línea se descubriese ácia el Poniente fuese suyo, y que al Portugues quedase todo lo demas. La qual concesion poco despues modificó con otra nueva bula, en que mandó que la dicha línea de la demarcacion se señalase otras trecientas y setenta leguas mas adelante ácia el Poniente, y esto para efecto que el Brasil de nuevo descubierto se comprehendiese dentro de la conquista de Portugal. Gerónimo Osorio obispo de Silves en la vida del Rey don Manuel afirma que la dicha línea se señaló por la imaginacion treinta y seis grados al Poniente mas adelante del meridiano de Lis-

boa. Lo cierto es que deste asiento que tomaron, resultó otra nueva contienda, porque los castellanos pretendian que las islas Malucas, de donde viene la especería, se comprehendian en la mitad del mundo que les fue consignado en aquel repartimiento. Los portugueses niegan todo esto, y por los eclipses de la luna que es el solo camino que hay para medir la longitud de la tierra, dicen estar observado que la boca del rio Indo dista de Lisboa por espacio de noventa grados y no mas, desde do hasta el meridiano, que se señala con la imaginacion por lo postrero de las Malucas, hay quarenta y dos grados. A la qual suma, si añadimos los treinta y seis grados mas adelante de Lisboa principio de la consquista de Portugal, aun no vendrémos á cerrar con los ciento y ochenta grados que tiene la mitad deste grande globo y mundo; cuya longitud se divide en trecientos y sesenta grados. Y consta que Fernando de Magallanes de nacion portugues por quexa que tuvo de su Rey de no le haber recompensado bastantemente los servicios hechos en la India Oriental en que estuvo largo tiempo, despues de la muerte del Rey don Fernando el Cathólico persuadió al Rey don Carlos su nieto, que siguiendo la derrota entre Poniente y Mediodia, se podria pasar á las Malucas por diferente camino. Ofreció su industria para executar este aviso, y con cinco naves que le dieron, se hizo á la vela desde Sevilla año de nuestra salvacion de mil y quinientos y diez y nueve. Aportó primero á las Canarias: desde alli á vista del Brasil, costeadas todas aquellas riberas, halló un estrecho de mar cincuenta y tres grados mas adelante de la equinoccial, el qual de su nombre llamaron el estrecho de Magallanes. A la entrada de aquel estrecho una de las naves dió en ciertos riscos y se abrió: otra cansada de aquella

tan larga y tan pesada navegacion de noche alzó las velas y dió la vuelta á Sevilla. Con las otras tres naves pasó el estrecho, y despues de muchos dias en una isla que descubrieron, llamada Zubu, fue muerto alevosamente por los bárbaros con algunos otros de sus compañeros. Los demas por falta de marineros y xarcias, puesto fuego á la una de las tres naves, con las otras dos últimamente aportaron á las Malucas. Hicieron su carga en la isla de Tidor para muestra de las riquezas que alli hallaron, y porque la una de las dos naves hacía agua, se perdió. La otra sola que quedaba, por diferente camino que habia traido, pasado el cabo de Buena Esperanza, llegó á Sevilla tres años despues que de alli partiera. La nave se llamaba Victoria, el maestre Juan Sebastian Cano vizcayno de nacion ó guipuzcoano, natural de un pueblo llamado Guetaria; que por su grande constancia y dicha nunca oida de haber rodeado todo el mundo, merece que su nombre quede inmortalizado. Probaron otros los años siguientes una, segunda y tercera vez á hacer aquella navegacion; pero porque el provecho no era conforme al trabajo, últimamente desistieron della, especial que el Rey don Juan de Portugal prestó al Emperador don Carlos trecientos y cincuenta mil ducados con condicion que asi él como sus descendientes se apartasen de aquella demanda hasta en tanto que hobiesen restituido aquel emprestido. En este tiempo del todo se ha sosegado esta contienda por haber toda España reducídose debaxo del poder y mando de un Monarchâ y señor universal. Pasado aquel estrecho de tierra que diximos ácia el mar del Sur, á la mano derecha está situada la nueva España con su ciudad de México, asentada á la sazon en una laguna y cabeza de aquellas provincias. Donde y en las provincias comarcanas era muy

poderoso y muy gran señor de muchos y de muy grandes reynos el Emperador Motezuma, al qual Hernan Cortés el año de mil y quinientos y veinte prendió dentro de su mismo palacio: notable resolucion. Y muerto que fue por los suyos con una piedra que acaso le tiraron á una ventana á que se asomó para apaciguallos, sugetó aquellas muy anchas provincias al Emperador don Carlos: para sí ganó inmortal renombre, á sus descendientes los marqueses del Valle dexó en aquellas partes de México aquel muy rico estado. A mano izquierda del estrecho y de Panamá Francisco Pizarro el año mil y quinientos y veinte y cinco descubrió el Perú, y seis años adelante con prision y muerte que dió á Atabalipa señor de aquellas tierras, le sugetó; que es la mas rica provincia de minas de oro y de plata de quantas se han descubierto, en tanto grado que todo el menage de las casas hasta las ollas y las calderas eran destos ricos metales. El despojo que fue muy grande, y la presa dividió Pizarro con Diego de Almagro su principal compañero en aquella conquista y con los demas no como fuera razon; y sin embargo á cada uno de los soldados ordinarios cupieron nueve mil ducados, que fue la mayor presa y botin que jamás se ganó: los soldados eran como trecientos, que en una batalla vencieron á mas de cien mil indios. De la abundancia nació la soberbia y demasías, ca Hernando Pizarro hermano de Francisco Pizarro por entender que Almagro públicamente se quexaba del agravio, y trataba de vengarse, le dió la muerte. Un hijo de Almagro habido fuera de matrimonio en una india por nombre don Diego acometió en Lima las casas en que Francisco Pizarro posaba; y dentro dellas le mató en venganza de su padre. Fue este atrevimiento muy grande, Por vengalle se juntaron el

gobernador Christóval Vaca de Castro y Gonzalo Pizarro otro hermano de Francisco, y con sus gentes vencieron en batalla y dieron la muerte al dicho don Diego. Con esta victoria y por sus muchas riquezas quedó Gonzalo Pizarro tan ufano, que pretendió hacerse señor de aquella tierra. Acudió desde España por mandado del Emperador primero Blasco Nuñez Vela con nombre de virrey, al qual prendieron y mataron en el Perú los mismos españoles. Despues el licenciado Pedro de la Gasca, dado que era clérigo de profesion y del consejo de la general inquisicion, sosegó aquellos movimientos mas por maña que con fuerzas: castigó é hizo morir á Gonzalo Pizarro y las demas cabezas principales de aquellas revueltas. Hecho esto, volvió á España, donde fue obispo primero de Palencia, y despues de Sigüenza hasta lo postrero de su edad que fue muy larga. Hernando Pizarro, que solo de los tres hermanos quedaba vivo, estuvo mucho tiempo preso en España, ca antes que su hermano se levantase, vino para dar razon de la muerte de Almagro, primera ocasion de aquellas revueltas. Por esta manera castigó Dios la muerte dada contra razon al Emperador Atabalipa, sin dexar ninguno de sus enemigos que no fuese castigado, y las riquezas mal ganadas perecieron juntamente con sus dueños. Las costumbres de todas estas gentes que descubrieron en aquellas partes, eran estrañas, y todas las mas cosas muy extraordinarias. Los animales, las aves que se crian de muchas raleas y muy vistosos colores: los peces, los árboles, las yerbas todo estraño y de lo de acá diferente. No tenian letras: notable mengua. No usaban de moneda ni de peso. No sabian fabricar naves con sus xarcias, velas y gobernalle: solo navegaban en barcas como artesas, cavadas en un solo madero, que llaman ellos canoas. Para el vestido y arreo no tenian lino, lana, ni

seda: sus telas y ropa de algodon, que se da muy bien en la tierra sin teñillo de diferentes colores. Carecian del uso del hierro, de las armas y herramientas que dél se forjan: de trigo y de molinos para moler su maiz, que es el grano de que se sustentan. Faltábales aceyte y vino de uvas, si bien las producia de suyo la tierra; y ellos usaban de otros brebages de diversas maneras para sus borracheras á que son muy dados. Del sebo y de la cera no sabían hacer candelas para alumbrarse. Ningunas bestias de carga ni para cabalgar, no carros ni literas. Sacrificaban hombres cautivados en guerra y esclavos en número tan grande que se tiene por cierto en sola la ciudad de México pasaban de veinte mil por año, cuya carne comian sin asco ninguno. Casaban con muchas mugeres, y sin escrúpulo usaban del pecado nefando: tan sucios y deshonestos eran. Su trage muy diferente, y por la mayor parte desnudo (1). Gran bien les hizo Dios y gracia en traellos á poder de christianos, y para que los buscasen y conquistasen, repartir con ellos con larga mano el oro y la plata en tanta abundancia: cebo para codiciosos; sobre todo dalles su conocimiento para que dexada la vida de salvages viviesen christianamente: mas merced fue sugetallos, que si continuáran en su libertad. Adelante se desubrió el Chile ácia el mar del Sur y polo Antártico, do hallaron indios belicosos y malos de sugetar, y ácia nuestro mar, pasado el Brasil y el rio de la Plata, el Paraguay y el Tucuman que se estiende hasta el estrecho de Magallanes. Las Philipinas, islas no lexos de la China, con diversas ocasiones se descubrieron, y llamaron asi del nombre de don Philipe Segundo Rey de España. La de Luzon

(1) Plin. 16. cap. 1. A muchos perdona la fortuna por su mal.

que es la cabeza, con su ciudad Manila conquistó el adelantado Miguel Lopez de Legaspi á diez y ocho de mayo año de mil y quinientos y setenta y dos. Ultimamente el año mil y quinientos y noventa y ocho de México salió un buen número de soldados y su general el adelantado don Juan de Oñate á la conquista del nuevo México. Cae esta provincia ácia nuestro polo en la altura de mas de treinta grados: la tierra fértil, la gente mas política que lo demas de las Indias, las casas de tres, quatro y siete sobrados. Teniase della noticia desde el tiempo de Hernan Cortés, y diversas veces acometieron á conquistalla, pero esta fue la de mas consideracion. Del suceso della y todo el efecto que se hizo, que para tanto ruido fue corto, el capitan Gaspar de Villagra que se halló presente, escribió un libro en metro castellano. De la conquista toda de las Indias han resultado provechos y daños. Por lo menos las fuerzas flaquean por la mucha gente que sale, y por estar tan derramadas: el sustento que la tierra nos daba, y no mal con sus frutos, ya todos los años le esperamos en gran parte de los vientos y de las olas del mar: el príncipe mas necesidades que antes, por acudir forzosamente á tantas partes: la gente muelle por el mucho regalo en comidas y trages.

CAPITULO IV.

De la restitucion que se hizo de Ruysellon.

Ardia Carlos Octavo Rey de Francia en un vivo deseo de acometer la conquista del reyno de Nápoles, para lo qual pretendia tener derecho muy fundado, sin otras causas diferentes que á ello le movian. No le faltaban gentes ni riquezas para llevar al cabo una empresa tan grande; solo se recelaba por una parte

del Rey de romanos, que le tenia malamente agraviado con quitalle su esposa la duquesa de Bretaña, y dexar á su hija Margarita con quien estaba concertado. Por otra temia al Rey don Fernando no le acometiese por la parte de España en defensa de los Reyes de Nápoles, que eran de la casa de Aragon. Por esta causa le pareció en primer lugar de hacer confederacion con el dicho Rey de España, y para este efecto se trataba muy de veras por comisarios que de una y otra parte se nombraron, de restituir los estados de Ruysellon y Cerdania que tenia en su poder el Frances por empeño que se hizo los años pasados. Apretábase muy mucho este tratado, tanto que los Reyes don Fernando y doña Isabel para estar mas cerca y procurar la conclusion de cosa que tanto deseaban, con dexar á don Iñigo Lopez de Mendoza conde de Tendilla por alcayde del Alhambra, y capitan general de aquel nuevo reyno, por principio del mes de junio partieron de Granada la vuelta de Aragon. Llevaban en su compañía sus hijos el príncipe y las infantas. Entraron en aquel reyno por la parte de Borgia para donde tenian concertada la junta de la hermandad. De alli pasaron á Zaragoza, donde dieron orden que los jurados y otros oficiales del regimiento fuesen puestos en aquellos oficios no por eleccion de los ciudadanos, como antes se acostumbraba, sino por nombramiento del Rey, orden que no duró mucho tiempo. Llegaron á Barcelona por el mes de octubre. Alli sucedió un caso atroz: tenia costumbre el Rey don Fernando de dar audiencia pública por lo menos un dia en la semana. Sucedió que un viernes á siete de diciembre se entretuvo en ella mas de lo acostumbrado. Al salir de la audiencia un hombre llamado Juan Canamares catalan de nacion natural de Remensa sin ser sentido se llegó al Rey, y con la es-

pada desnuda le tiró un golpe para matalle, del qual quedó herido debaxo de la oreja. Fue grande la turbacion de la ciudad: prendieron al malhechor por saber si alguno se lo habia aconsejado. Averiguóse que estaba loco, y que acometió aquel caso por haber soñado que muerto el Rey, le sucederia en la corona; sin embargo le atenacearon vivo y despues de muerto le quemaron. Tenia el Rey grande deseo de concluir el asiento que se trataba con Francia. Juntáronse los comisarios diversas veces, que eran los principales por Francia Luis de Amboesa obispo de Albi, y por España el secretario Juan de Coloma. Tratóse de las condiciones primero en Figueras en los confines del Ampurdan y Ruysellon, despues en la ciudad de Narbona: alli últimamente á diez y ocho del mes de enero del año mil y quatrocientos y noventa y tres se 1493.
asentó amistad entre España y Francia, y della excluian á todos los demas príncipes, excepto solo el Pontífice Romano. Las condiciones fueron que el Rey don Fernando no pudiese casar sus hijas con ningun príncipe sin consentimiento del Rey de Francia, y que con esto el Frances le restituyese lo de Ruysellon y Cerdania; sin embargo en la execucion hobo algunas dificultades, y se entretuvieron algunos meses antes que se efectuase. Restaba solamente al Frances concertarse con el Rey de romanos Maximiliano de Austria, que aunque con dificultad al fin se hizo con restituille á su hija Margarita, que todavia se la entretenian en Francia, y el condado de Artoes dote de aquella señora, y con seguridad que le dieron de volvelle el condado de Borgoña y lo demas del ducado que por fuerza y contra razon le tenian usurpado: cosa muchas veces tratada y concertada; pero que nunca se cumplió de todo punto. Concertóse esta paz en sazon que el Emperador Federico se hallaba muy

al cabo, de una pierna que se le encanceró y al fin fue menester cortársela, de que en breve murió á diez y nueve del mes de agosto. Por su muerte le sucedió en el imperio y en los demas estados su hijo Maxîmiliano que ya era Rey de romanos. Luis Esforcia duque de Bari, tio de Juan Galeazo duque de Milán, con increible tyranía é inhumanidad por apoderarse del estado de su sobrino trataba con el nuevo César que casase con Blanca María hermana del dicho duque Juan Galeazo, con tal que le diese para él y sus sucesores la investidura de Milán y de todo aquel estado: ambicion ciega y perjudicial que fue ocasion de revolver á toda Italia. Por esta investidura y por el dote se obligó Luis Esforcia, y lo que mas es, hizo obligar al duque su sobrino contra quien se enderezaba toda esta trama, de dar quatrocientos mil ducados al Emperador Maxîmiliano. El color que se tomó para cosa tan exôrbitante fue que ni Francisco Esforcia, ni Galeazo su hijo fueron por los Emperadores investidos de aquel estado, y por tanto como vaco le daba al dicho Ludovico. Entreteníase en este tiempo el Rey don Fernando en las partes de Aragon y Cataluña hasta tanto que como ténian asentado le restituyeron por el mes de setiembre lo de Ruysellon y Cerdania, y las gentes francesas que tenian de guarnicion salieron de aquellos estados: resolucion que dió á muchos que decir, y que los historiadores estrangeros, y particularmente los franceses, nunca acaban de reprehender que aquel Rey por esperanza incierta se desposeyese de aquellos estados: muchos cargan al obispo de Albi que se dexó cohechar con el oro de España.

CAPITULO V.

Que los tres maestrazgos militares se incorporaron en la corona real de Castilla.

Por el mismo tiempo que el Rey don Fernando recobró lo de Ruysellon, en la otra parte opuesta y mas distante de España se apoderó de la isla de Cadiz con su puerto, que es uno de los mas señalados del mundo. El Rey don Enrique el Quarto los años pasados con la facilidad que tenia en hacer mercedes, la habia dado con título de marques á don Juan Ponce de Leon conde de Arcos; por cuya muerte, que sucedió algunos meses despues de la toma de Granada, quitaron aquella isla á don Rodrigo Ponce su nieto que le sucedió en sus estados, y volvió á la corona real, si bien en recompensa le dieron la villa de Casares en Africa, y que en lugar de conde de alli adelante se intitulase duque de Arcos. Asi mismo la isla de Palma que es una de las Canarias, ganó Alonso de Lugo que enviaron los Reyes á aquella conquista. Pero la cosa de mayor consideracion que en este año sucedió, fue apoderarse el Rey de los maestrazgos de las tres órdenes militares de Castilla. Eran los maestres exêmptos de la juridicion real: tenian tanto poder y parte en el reyno á causa de sus muchas riquezas y aliados, que se hacian temer de los mismos Reyes. Por esto el Papa Inocencio Octavo concedió al Rey cathólico don Fernando que tuviese en administracion aquellos maestrazgos. Ganóse esta bula por el mismo tiempo que don García de Padilla maestre de Calatrava pasó desta vida, que fue el fin del año mil y quatrocientos y ochenta y siete, y porque en el presente falleció el maestre de Santiago don Alonso de Cárdenas, tomó asi mismo posesion de

aquel maestrazgo; y por concluir luego el año siguiente se negoció y acabó con el maestre de Alcántara don Juan de Zúñiga que renunciase en favor del Rey, y permutase aquella dignidad con el arzobispado de Sevilla. Con esto el Rey quedó maestre de aquellas tres órdenes por todo el tiempo de su vida; y aun el Papa Alexandro le dió por compañera y con derecho de suceder en esta administracion á la Reyna doña Isabel. Ultimamente el Papa Adriano los años adelante por contemplacion del Rey don Carlos su discípulo le concedió á él y á sus sucesores autoridad de presentar los obispos de España que antes se proveian á suplicacion de los Reyes: asi mismo sin limitacion de tiempo les concedió perpétuamente la dicha administracion de los maestrazgos que fue una notable resolucion. A este maestre postrero de Alcántara que fue despues cardenal, dedicó su diccionario el maestro Antonio de Nebrixa, varon de inmortal renombre, y digno que quede su memoria en las historias de España asi por el principio que dió á todo lo que en su tiempo de la lengua latina se supo en España, como por los muchos libros que escribió llenos de erudicion y doctrina. Entre otros dexó escritas en latin dos guerras, la de Granada y la de Navarra que sucedió algunos años adelante, si bien en las dichas historias usó de mas diligencia y verdad que elegancia. Al mismo tiempo que fallecieron el marques de Cadiz y el maestre de Santiago, murieron don Enrique de Guzman duque de Medina Sidonia, y don Pedro Enriquez adelantado del Andalucía. Al duque sucedió su hijo don Juan: poco antes al condestable Pero Hernandez de Velasco habia sucedido su hijo Bernardino de Velasco, que casó con doña Juana de Aragon hija bastarda del Rey don Fernando.

CAPITULO VI.

Del principio de la guerra de Nápoles.

Ninguna cosa por estos tiempos sucedió mas notable, ni que en mayor confusion pusiese las cosas de Italia y aun de toda la Europa, que la guerra muy famosa de Nápoles, que emprendió Carlos Octavo Rey de Francia con los preparamentos que arriba quedan apuntados; de la qual será bien declarémos de raíz por qué vias se haya encaminado. El Papa Urbano Sexto desde Hungría hizo pasar en Italia con gentes á Carlos príncipe de Durazo contra Juana Reyna de Nápoles que habia favorecido la eleccion de Clemente Séptimo su competidor, con que en gran manera se perturbó la paz de la iglesia. Ella para su defensa llamó desde Francia á Ludovico duque de Anjou hijo menor de Juan Rey de Francia. Para esto le adoptó por hijo para que le sucediese en aquel estado. Hijo deste Ludovico fue otro de su mismo nombre que hizo guerra con Ladislao Rey de Nápoles hijo del sobredicho Carlos; pero no con mayor ventura que su padre, ca el uno y el otro fueron en aquella guerra desgraciados. El nieto que asi mismo se llamó Ludovico, fue llamado por el Papa Martino Quinto contra Juana la mas moza, hermana de Ladislao, y Reyna de Nápoles. Este Ludovico echó de aquel reyno á don Alonso Rey de Aragon, al qual la dicha Juana habia primero adoptado por hijo, y despues arrepentida de lo hecho revocado aquella adopcion. A Ludovico por fallecer sin hijos sucedió Renato su hermano, con quien el Rey don Alonso por largo tiempo tuvo guerra con mejor ventura que la pasada, tanto que forzó á su contrario á que se volviese en Francia. Hi-

jo deste Renato fue Juan duque de Lorena, el que despues que en la guerra de los barones revolvió grandemente el reyno de Nápoles y puso en grande aprieto al Rey Fernando de Nápoles, adelante en la guerra de Cataluña fue capitan de los catalanes alzados contra el Rey de Aragon don Juan, y por su muerte que sucedió en Barcelona, como queda dicho, vino á suceder en los estados de Renato Carlos sobrino suyo hijo de su hermano. Carlos en su testamento nombró por su heredero á Ludovico Onceno Rey de Francia, por parecelle que Renato duque de Lorena sobrino suyo, y nieto de parte de madre de Renato duque de Anjou, no tenia bastantes fuerzas contra los aragoneses y su poder. Este fue el primer principio de la guerra de Nápoles. Allegóse otra segunda causa, y fue que por la muerte de Galeazo Esforcia duque de Milán, que le mataron sus vasallos los años pasados, Luis Esforcia su hermano se apoderó del gobierno de aquel estado con color que Juan Galeazo hijo del muerto por su pequeña edad no era bastante para gobernar. Estaba casado Luis Esforcia con Beatriz hermana de Hércules duque de Ferrara. Item don Alonso duque de Calabria hijo del Rey de Nápoles tenia por muger á Hipólita hermana del susodicho Luis Esforcia; del qual matrimonio nacieron don Fernando y doña Isabel: don Fernando fue Rey de Nápoles despues de su abuelo y padre: doña Isabel casó con Juan Galeazo verdadero duque de Milán. Esta señora por ver á su marido desposeido, dado que ya tenia dos hijos en ella, por sus cartas persuadió á su padre que fuese parte para que quitado aquel estado al tyrano, su marido tomase la posesion de aquel señorío de sus antepasados. Luis Esforcia vista la tempestad que desde Nápoles se le armaba, por sus embaxadores y cartas convidó á Carlos Octavo Rey de Francia para que to-

mase aquella empresa del reyno que decia pertenecelle de derecho. Ayudaba á esto Estéphano de Vers gran privado de aquel Rey, que le hizo senescal de Belcayre, y Guillen Brissoneto obispo de San Maló: allegábanseles muchos barones de Nápoles, que desterrados de su patria por la crueldad de Fernando Rey de Nápoles buscaban algun remedio para volver á sus casas y estados. Eran los principales Antonelo y Bernardino de Sanseverino, príncipes de Salerno y de Bisiñano. Fue asi, como lo testifica Philipe de Comines, que aunque aquellos señores fueron bien vistos y recogidos en Francia, el tratamiento no fue tal que no pasasen muchas necesidades y menguas, por donde fueron forzados á hacer tambien recurso á España para suplicar al Rey don Fernando tomase aquella empresa por ser su derecho mas cierto á causa de la bastardía de los que poseían aquel reyno de Nápoles; pero el Rey por entender que aquellos barones pretendian solamente sus particulares, y que acudirian con sus fuerzas al que primero llegase, no quiso por entonces embarazarse en aquella guerra: solo pretendia con buenos medios y sin rompimiento divertir al Frances de aquella conquista; mas teníanla tan adelante que con gran dificultad se pudiera volver atrás. Acudieron de una y de otra parte á buscar valedores é ayudas. El Frances y el de Milán para ofender se confederaron con todos los demas potentados de Italia, fuera de los florentines que al principio estuvieron de parte de los aragoneses, y los venecianos que conforme á su costumbre quisieron mas estarse á la mira que mostrarse por ninguna de las partes. Asi mismo el Pontífice Alexandro, si bien al principio se mostró averso de aquellos Reyes de Nápoles, últimamente con intencion que se le dió, y concierto que se hizo poco adelante de heredar á sus hijos en aquel

reyno, y acudir al mismo Papa con cierta pension cada un año, acordó mudar partido, y mostrarse por los que le tenian tan obligado. Por otra parte los Reyes de Nápoles no se descuidaban en aprestarse para la defensa, y solicitar á todos los que podian para que los valiesen en aquel peligro; en particular con un embaxador que enviaron á España, hicieron instancia con el Rey cathólico para que se declarase contra Francia. Alegaban para movelle el deudo grande, que era ser primo hermano, y juntamente cuñado del Rey de Nápoles don Fernando. Proponíanle el peligro que corria lo de Sicilia si los franceses se viesen señores de Nápoles. Todo esto no bastó para que el Rey cathólico rompiese con Francia; solo se determinó de enviar al Papa á Garcilaso de la Vega para aseguralle en la proteccion y buena voluntad que mostraba á los Reyes de Nápoles, y á don Alonso de Silva hermano del conde de Cifuentes y clavero de Calatrava despachó para Francia con intento de divertir aquel Rey del propósito que tenia, y avisalle que si otra cosa hiciese, él no podia desamparar á sus deudos y aliados. Todo esto pasó al principio del
494. año de nuestra salvacion de mil y quatrocientos y noventa y quatro, quando los Reyes don Fernando y doña Isabel, que hasta entonces se habian entretenido en Aragon, de Zaragoza do estaban partieron para Tordesillas, y desde alli pasaron á Valladolid y á Medina del Campo: alli les llegó aviso que el Rey don Fernando de Nápoles era pasado desta vida. Falleció á veinte y cinco de enero cargado de años y cuidadoso del remate de aquella guerra: desgraciado por una parte á causa del peligro en que dexaba sus cosas ocasionado principalmente de su áspera condicion, por otra parte dichoso por no haber visto echado por tierra aquel su reyno poco antes muy florido y

muy rico. Sucedióle don Alonso su hijo en ninguna cosa mas agradable á sus vasallos que lo fue su padre. Coronóle el cardenal Juan de Borgia, al qual el Papa su tio para este efecto envió por su legado á Nápoles. Asi mismo el Papa este año concedió por su bula á los Reyes de Castilla perpétuamente las tercias no solo de Castilla y de Leon sino tambien del nuevo reyno de Granada con condicion que se gastasen en la guerra contra los moros. En Tordesillas á siete del mes de junio se tomó asiento sobre la diferencia que tenian Castilla y Portugal en sus navegaciones de las Indias, de tal manera que la conquista y descubrimiento de los castellanos comenzase treinta y seis grados mas adelante de Lisboa ácia el Poniente: desde alli todo el medio mundo ácia Levante perteneciese á Portugal, como queda arriba tocado. Asi mismo en la conquista de Africa sobre que tenian tambien diferencia, se dió traza por este tiempo que la conquista del reyno de Fez perteneciese á Portugal, y á Castilla la del reyno de Tremecen; si bien no se señaló la línea por do se dividiesen, que fue ocasion de nuevos debates.

CAPITULO VII.

Que el Rey de Francia se apoderó del reyno de Nápoles.

Juntaba el Rey de Francia todas sus fuerzas resuelto de pasar en persona á Italia: haciase la masa del exército en Leon de Francia. Acudió alli desde Ostia, do por miedo del Papa estaba retirado, el cardenal de San Pedro para dar calor á aquella empresa. Por el contrario don Alonso de Silva conforme al orden que llevaba, hizo de parte de su Rey

sus protestaciones para que nó pasasen adelante, sin embargo el Frances, dexando por gobernador de Francia á Pedro duque de Borbon su cuñado, partió con toda su gente de aquella ciudad un martes á veinte y dos de julio: llevaba en su compañía toda la nobleza de Francia. El exército era de hasta veinte mil infantes y cinco mil caballos: para pagar esta gente tomó dineros prestados de los señores, demas de ciento y y cincuenta mil francos que recibió de un cambio ginoves: pequeña suma para gastos, é intentos tan grandes. Acometió el Rey don Alonso á alterar el estado de Génova con una gruesa armada que envió para este efecto, y por almirante á su hermano don Fadrique: por tierra despachó á su hijo el duque de Calabria para que hiciese la guerra en las tierras de Milán. Todo le sucedió al revés, porque don Fadrique no hizo cosa de momento, y al de Calabria no dexaron pasar de la Rómaña las gentes de Francia y de Milán que acudieron á estorballe el paso. El Rey de Francia no paró hasta que por sus jornadas pasó los Alpes, y llegó á la ciudad de Aste á nueve de setiembre, principio del estado de Milán, y sugeta al duque de Orliens, que entre los demas iba á aquella empresa, y pretendia tener derecho muy cierto á todo aquel estado. Andaba el embaxador de España don Alonso en aquella corte muy desfavorecido y mal mirado, tanto que en Viena de Francia le mandaron despedir; pero él pasaba por todo con gran disimulacion como persona que era muy sagaz, puesto que pasaron tan adelante que en la ciudad de Aste no le dieron aposento, y le fue forzado salirse de aquella corté, y partirse para Génova, desde do trató con Luis Esforcia, que ya comenzaba á estar arrepentido de lo hecho, que se confederase con el Rey cathólico con intencion que le dió de que

una de las infantas casaria con su hijo mayor, atento que no podian casar con otros príncipes por el asiento que se puso con Francia. Cebóse Luis Esforcia tanto con esta plática que desde entonces se resolvió en mudar partido, dado que acudió á Aste para festejar al Rey de Francia, y le dió cantidad de dinero para el sueldo de la gente de guerra. Con tanto y con dexar en Aste al duque de Orliens, que pretendia aprovecharse de aquella buena ocasion para apoderarse del estado de Milán, el Rey pasó con su gente á Pavía: alli visitó al duque Juan Galeazo que se hallaba muy al cabo de una grave enfermedad, y era su primo hermano: porque las madres de los dos eran hermanas, hijas de Luis duque de Saboya. Partido el Rey la via de Placencia, falleció el duque á veinte y uno de octubre con claras señales del veneno que le dieron; cosa que, fuese verdad ó mentira, aumentó en gran manera el odio que tenian contra su tio. Todos condenaban y maldecian un caso tan atroz, pues no contento con habelle quitado el estado le despojó de la vida con tanta crueldad. Llegó el Rey de Francia á Placencia el mismo dia que murió el duque, y en su compañía el mismo Luis Esforcia; mas sabida la muerte de su sobrino, á la hora dió la vuelta á Milán. Alli públicamente y sin ningun empacho tomó el nombre é insignias de duque de aquella ciudad, sin embargo que su sobrino dexaba un hijo de cinco años llamado Francisco Esforcia, y otras dos hijas, y la muger preñada. Quán poderosa es y perjudicial la desenfrenada codicia de mandar! todo lo atropella sin tener temor de Dios, ni vergüenza de las gentes, en tanto grado que el mismo dia escribió al Rey don Alonso sobre la muerte de su sobrino, en que le avisaba que la nobleza y pueblo de Milán le habian forzado á

llamarse duque: entendia le daria esta nueva contento, pues sabía con quánta voluntad acudiria á las cosas suyas y de aquel reyno. De Placencia pasó el Rey á Toscana: acudíanle de todas partes embaxadores, en particular los venecianos le enviaron los suyos para ofrecelle toda buena amistad; y el Papa le envió por su legado al cardenal de Sena que llegó hasta Pisa, pero el Rey no le quiso ver. Los florentines despacharon á Pedro de Médicis para el mismo efecto, el qual como sin guardar la comision que llevaba, concertase de entregar al Frances á Sarazana, Sarazanela y á Piedra Santa, fuerzas que tenia aquella señoría en el Apenino, y los castillos de Pisa y de Liorna, con otras cargas muy graves; fue tan grande la indignacion del pueblo que le desterraron á él y á sus hermanos el cardenal Juan de Médicis y Julian con tan grande furia que pusieron á saco sus casas, y les confiscaron sus bienes que eran muy grandes. Llegó el Rey á Pisa, donde se detuvo algunos dias, y á instancia de los ciudadanos dió libertad á aquella ciudad, y la sacó de la sugecion de florentines en que la tenian de muchos años atrás. En Florencia hizo su entrada el mismo dia que Pico Mirandula falleció en ella en edad de treinta y quatro años: persona de raro ingenio y excelente erudicion, por donde le dieron renombre de Fenix. Concertóse el Rey con los florentines en que acabada aquella guerra les restituiria sus fortalezas, y que ellos por contemplacion suya perdonarian á Pedro de Médicis y á sus hermanos, y para el gasto de la guerra contribuirian con ciento y veinte mil florines. Estaba á la sazon Roma muy alborotada, los cardenales poco conformes, la nobleza dividida porque Próspero y Fabricio Colona seguían el partido de Francia, y Virginio Ursino el de Nápoles, y los

coloneses junto con el cardenal Ascanio Esforcia se habian los dias pasados apoderado de la ciudad de Ostia, por donde tenian á Roma puesta en grande aprieto y falta de bastimentos, que no le podian entrar por el mar. Todos tenian entendido que el Papa se concertaria con el Rey de Francia, ó que pretendia salirse de Roma: por esto el pueblo comenzó á alterarse, y el Papa fue forzado en consistorio á desengañar los cardenales y caballeros romanos con decilles que su intento era favorecer la justicia, y si el Rey de Francia porfiase á entrar con el exército en Roma, hacelle rostro y defendérselo hasta morir en la demanda. Todas sus razones eran de poco momento para animar la gente, que tenian atemorizada las nuevas que cada dia venian de la llegada del Rey, y de los pueblos de la iglesia de que los franceses contínuamente se apoderaban. El mismo Pontífice visto que no era parte para defender la entrada á enemigo tan poderoso ni con sus fuerzas, ni con las de Nápoles, dado que don Fernando duque de Calabria estaba á la sazon aposentado en el Burgo con buen número de gente, despedido el duque porque no le fuese hecho algun agravio, se retiró al castillo de Santangel. Finalmente el Rey con toda su gente entró en Roma postrero de diciembre, principio del año mil y quatrocientos y noventa y cinco 1495.
con grandes demostraciones que todo aquel pueblo y aun algunos de los cardenales hicieron de alegria y contentamiento. Aposentóse en el palacio de San Marcos. En esta sazon el cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza falleció en Guadalaxara á once dias del mes de enero en edad de sesenta y siete años y tres meses: persona de mucha nobleza y partes aventajadas, y que todo el tiempo que vivió, tuvo gran mano en el gobierno del Reyno.

En vida edificó un colegio en Valladolid: en su testamento mandó se fundase á sus expensas un hospital en Toledo y le nombró por su heredero; el título de ambas fábricas, de Santa Cruz. Vacó por su fin la iglesia de Toledo. Quisiérala el Rey para don Alonso su hijo arzobispo de Zaragoza: la Reyna no vino en ello, ofrecióla al doctor Pedro de Oropesa, del su consejo, persona de virtud muy aventajada, natural de Torralva aldea de Oropesa; no aceptó por mucha instancia que sobre ello le hicieron (1). Finalmente se dió á fray Francisco Ximenez de Cisneros, frayle menor, de virtud muy conocida y de altos pensamientos: su natural Tordelaguna, sus padres pobres; estudió derechos, adelante fue capellan mayor, y provisor de Sigüenza por el cardenal de España. Tomó el hábito de San Francisco en San Juan de los Reyes en Toledo: vivió tiempo en el Castañar y en la Sazeda, monasterios Recoletos de aquella orden. Quando le nombraron por arzobispo era confesor de la Reyna: algunos años adelante le dieron el capelo y le hicieron cardenal. En Roma se trataba de concierto entre el Papa y el Rey de Francia: intervinieron personas de autoridad, por cuyo medio se concertó que el cardenal de Valencia fuese en compañía del Rey con título de legado, y que le entregase el hermano del gran Turco, y que se pusiesen en su poder los castillos de Civita vieja, Terracina y Espoleto para que durante aquella guerra se tuviesen por él. Con esto se obligó el Rey, fenecida aquella guerra, de hacer restituir la ciudad de Ostia á la iglesia, y que antes de su partida daria en persona la obediencia al Papa, como lo hizo

---

(1) Alvar Gomez lib. 1. de la vida del carden. Ximenez.

pocos dias adelante en el palacio de San Pedro. Ayudó mucho á facilitar estos conciertos el capelo que se dió entonces á Brissoneto obispo de San Maló. Hecho esto, el Rey partió de Roma á veinte y ocho dias de enero la via de Nápoles, donde tenia aviso que la ciudad del Aguila y otros muchos lugares sin ponerse en resistencia, ni esperar los enemigos, se le habian rendido y alzado por él banderas. El Rey don Fernando avisado de lo que pasaba, y particularmente del poco respeto que se tuvo al Papa, determinó declararse: para este efecto desde Ocaña, do estaba fin del año pasado, despachó á Antonio de Fonseca y Juan de Albion para requerir al Frances que desistiese de hacer guerra á Roma y á las tierras de la iglesia, pues sabía que en el asiento que se tomó el año pasado, exceptuaron la persona del Papa y sus cosas. Juntamente despachó al conde de Trivento para que fuese general del armada que tenia aprestada en Alicante: por otra parte enviaba á Gonzalo Fernandez de Córdova con quinientas lanzas para que hiciese la guerra por tierra. Los embaxadores llegaron á Roma el mismo dia que partió el Rey de Francia: sin detenerse le siguieron, y como le hallaron en el campo á caballo, le presentaron las cartas que llevaban de creencia, y le protestaron no pasase adelante sin satisfacer primero á la iglesia. Turbóse el Rey con esta embaxada: respondió que llegado á Velitre les daria audiencia. En aquel lugar declararon mas por estenso su embaxada: la suma era quexarse de los agravios y desacatos hechos al Papa; y en quanto á la empresa del reyno protestalle no pasase adelante sin que primero por términos de justicia se declarase á quién pertenecia. Hobo demandas y quexas de una y otra parte: por conclusion el Rey se resolvió, y dió por respuesta

que tenia las cosas tan adelante que no se podia volver atrás: que conquistado aquel reyno, holgaria se viese por términos de justicia el derecho de cada qual. Entonces Antonio de Fonseca replicó: «Pues »vuestra magestad asi lo quiere, y sin dar lugar á la »razon determina proceder por via de fuerza, Dios »nuestro Señor que está en el cielo, y suele volver »por la inocencia, será el juez desta causa: por lo »menos el Rey mi señor, con hacer esto ha cumpli»do con lo que debe, y de aqui adelante quedará li»bre para disponer de sí y de sus cosas, y acudir con »sus fuerzas donde y como le pareciere." Esto dixo, y juntamente en presencia del Rey y de su consejo rasgó la escritura de la concordia que se concertára últimamente: grande osadía, y que faltó poco para que no pusiesen en él las manos; pero en fin los dexaron volver á Roma. Fue esta embaxada de grande efecto; porque el Papa se animó con ella, y se determinó de no pasar por el concierto hecho con el Frances; y la noche siguiente el cardenal de Valencia se salió disfrazado de Velitre, aunque no tomó el camino de Roma porque no se entendiese huía con orden del Papa, sino fuese á Espoleto ciudad de la iglesia muy fuerte.

CAPITULO VIII.

Que el Rey de Francia entró en Nápoles.

Al mismo tiempo que el Frances estaba en Roma, don Alonso Rey de Nápoles, perdída la esperanza de poderse defender, trataba de renunciar aquella corona que aun no habia tenido un año entero. Juntó para esto los grandes de su reyno y los principales de su consejo; juntos les habló en esta manera: «Bien

»veis, amigos y parientes, el aprieto en que estan »las cosas: el enemigo poderoso y bravo á las puer»tas, en los nuestros poca seguridad; no se dan mas »priesa á entrar los franceses, que los del reyno á »rendirse y alzar por ellos las banderas. Los socor»ros de fuera estan lexos; y los que eran mas obli»gados á valernos, muestran cuidar menos de nues»tra afrenta. No pretendo quexarme de nadie, ni »mostrar en esta parte flaqueza: mis pecados son, »bien lo veo, y es justo que lo laste quien lo hizo. »La vida no está en poder y en mano de los hom»bres: Dios es el que alarga y acorta sus plazos como »es servido. Con lo que yo puedo satisfacer, es con »esta corona que quito de mi cabeza, como indigno »de traella, y la paso á la del duque mi hijo de las »esperanzas y valor que todos sabeis: trueque de mu»cha ganancia, pues en lugar de un viejo y enfer»mo os doy un Rey mozo, valiente, y que tiene »fuerzas y ánimo para poner el pecho al trabajo. Mu»cho quisiera que las cosas estuvieran en estado con »que pudiera mostrar al mundo quán poco caso hago »de sus grandezas. Esto fuera muestra de valor; y »no lo será de menor prudencia rendirme á la nece»sidad, cuyas fuerzas son muy grandes, pues no to»das veces el sabio piloto debe contrastar á las olas »y al viento, antes caladas las velas dexar pasar la »tormenta. Finalmente esta es mi determinada reso»lucion; y pues no puedo ayudar en este aprieto, »quiero aunque lo siento á par de muerte salirme »desterrado de mi cara patria siquiera por no ver los »trabajos de mi casa y de mi reyno. Por ventura con »este sacrificio que yo hago de mí mismo, se apla»cará Dios, y alzará la mano del castigo, y los hom»bres movidos á compasion acudirán con mayor vo»luntad á nuestra defensa. No será menester enco-

»mendar á los que presentes estais, ni á los ausen-»tes, que guardeis la lealtad acostumbrada al nuevo »Rey; ni á él que tenga cuidado con sus súbditos, »y con remunerar vuestros servicios, que confieso »han sido muchos y muy grandes." Hízose este auto de renun iacion á los veinte y tres de enero en el castillo del Ovo, do se recogió para este efecto el Rey don Alonso. Desde alli con su recámara que era muy rica, se embarcó para Sicilia, determinado de pasar en Mazara, ciudad que era de la Reyna doña Juana su madrasta, lo restante de su vida en hábito clerical. Escribió á los príncipes en razon de lo que hizo, y en particular al Rey don Fernando decia que su edad y poca salud le habian forzado á tomar aquella resolucion, y el escrúpulo de la conciencia por voto que tenia hecho de partir mano del gobierno y dexar la corona. La verdad era que por ser muy aborrecido de los suyos, y su hijo muy bien quisto, entendió con aquella traza reparar algun tanto el peligro. Vivió poco tiempo, aun no año entero, despues desto ocupado en exercicios virtuosos. Su cuerpo está enterrado en la iglesia y capilla mayor de Mecina al lado del Evangelio con un letrero en dos versos latinos muy agudos, que hacen este sentido:

DE ALONSO HUYES MIENTRAS LAS ARMAS MUEVE, MATAS AL DESARMADO. QUE PREZ? QUE LOA, MUERTE, DE MUERTE TAL? Ó GRANDE ALEVE.

El nuevo Rey luego que se encargó del gobierno, salió en paseo por toda la ciudad, y para grangear mas las voluntades mandó soltar gran número de presos asi de la nobleza como del pueblo: solo quedaron presos Juan Bautista Marzano, hijo de Marino Marzano príncipe de Rosano y duque de Sessa, y el

conde del Pópulo que estaban en prision desde que se acabó la guerra de los barones, y eran enemigos mortales de la casa de Aragon. Con esto salió de Nápoles para volver á su exército que quedó en San German á los confines del reyno, por donde parte término con las tierras de la iglesia. Dexó en el gobierno de Nápoles á don Fadrique su tio príncipe de Altamura. Llegó el Rey de Francia con su exército á ponerse sobre San German: por esto al pueblo fue forzoso rendirse, y al nuevo Rey retirarse á Cápua, ciudad que tenian puesta en defensa, pero con la misma facilidad se dió luego al Frances por trato de Trivulcio capitan de fama, natural de Milán, el qual á la sazon desamparó el partido de Nápoles, y se pasó al de Francia, y aun fue ocasion que Virginio Ursino y el conde de Pitillano otros dos caudillos principales fuesen presos por los franceses dentro de Nola. Estando el Rey de Francia en Cápua, murió el hermano del gran Turco, otros dicen que en Nápoles, para donde partió en breve, y con la misma facilidad sin hallar resistencia alguna entró en aquella nobilísima ciudad un domingo á veinte y dos de febrero. El nuevo Rey don Fernando antes que llegasen los franceses, desamparada la ciudad y las demas fuerzas que en ella tenia, se recogió á Castelnovo, do ya estaba la Reyna viuda doña Juana y su hija, y don Fadrique su tio con otros señores. De allí por no asegurarse bastantemente se pasó al castillo del Ovo, aunque estrecho, muy fuerte por estar asentado en un peñasco rodeado de mar por todas partes. Pretendia recogerse con los suyos en las galeras que allí tenia, con intento de pasar á la isla de Iscla, y de allí si fuese necesario, encaminarse á Sicilia, como lo hizo, con esperanza que las cosas en breve tomarian otro camino, dado que los

franceses procedian tan prósperamente que en menos de quince dias desde los primeros confines del reyno hasta la postrera punta de Italia todo se puso debaxo de su obediencia; hasta los mismos castillos de Nápoles dentro de pocos dias asi mismo se rindieron por traycion de los que á su cargo los tenian. Tambien se ganó el castillo de Gaeta por combate, fuerza que es y era de las principales de aquel reyno. Yo dudo que empresa tan grande se haya jamás acabado en tan poco tiempo. Solo quedaban por el Rey don Fernando algunos lugares en Calabria: reparo de poco momento, porque como el Rey se entretenia en Iscla sin podelles enviar socorro, cada dia se le iban rindiendo al enemigo. El mismo riesgo corria Rijoles, que al fin se entregó, si bien está á vista de Mecina, y alli se tenia la armada de España, pero sin orden de lo que se debia hacer.

CAPITULO IX.

De la liga que se hizo contra el Rey de Francia.

Luego que casi todo lo de Nápoles quedó por los franceses, los demas príncipes asi de Italia, como de fuera della comenzaron á considerar y comunicar entre sí quán pesado sería el señorío de aquella nacion, si se arraygase en Italia. El Rey don Fernando de España era el que corria mayor riesgo por lo de Sicilia, ca tenia aviso que concluido lo de Nápoles, pretendian pasar allá los franceses á instancia principalmente del príncipe de Salerno, uno de los foragidos, y el mayor enemigo de la casa de Aragon. Para prevenirse deseaba que los demas príncipes se ligasen y juntasen sus fuerzas contra Francia. Para este efecto los meses pasados envió á Lorenzo

Suarez de Figueroa á Venecia á mover esta prática con aquella señoría; y de nuevo al duque de Milán despachó otro caballero por nombre Juan Deza con orden de dar á aquel príncipe intencion no solo de casar una de las infantas con su hijo, sino de hacelle Rey de Lombardía: cosas á que él daba orejas de buena gana. Trataba asi mismo que el Emperador y el Ingles entrasen en la liga, con quien de veras pretendia emparentar, y en especial el tratado que de dias antes se traía, de casar á trueque el príncipe don Juan y la infanta doña Juana con el archiduque don Philipe y Margarita su hermana, se apretó de tal manera que en fin se concluyeron los conciertos por medio de Francisco de Rojas que para este efecto pasó á Flandes. Para el gasto de la guerra en Castilla y en Aragon se procuraba allegar dinero. En Aragon se juntaron cortes para esto, en que pretendió el Rey presidiese la infanta doña Cathalina, pero no salió con ello, y hobo de venir el Rey en persona á hacello. Fue tanta la diligencia que en fin se hizo la liga en Venecia, donde concurrieron los embaxadores de los príncipes por fin de marzo, entre el Papa, el Emperador y Rey de España con la señoría de Venecia y duque de Milán. Concertóse que esta liga, que llamaron santísima, durase por espacio de veinte y cinco años; y que entre todos se juntase un exército de treinta y quatro mil de á caballo y veinte y ocho mil infantes, repartidos conforme á la posibilidad de cada una de las partes. La voz era para defender la iglesia y cada qual sus estados; el intento para echar á los franceses de Italia. Adelantóse este negocio con tanto secreto que el mismo embaxador de Francia Philipe de Comines señor de Argenton, persona de gran prudencia y experiencia, que se hallaba en Venecia, no supo nada, y quedó

de tal manera espantado que dándole la razon de lo hecho el duque de Venecia Augustin Barbadico, como fuera de sí le preguntó si el Rey su señor podria volver seguro á Francia. Mucho se trocaron las cosas despues desto, mayormente que los neapolitanos se arrepentian de lo hecho á causa de los malos tratamientos y agravios que de ordinario recebian de franceses, cuyas demasías por todas partes eran grandes. Asi mismo el duque de Milán se via apretado por haberse el duque de Orliens apoderado de la ciudad de Novara, ademas que tenia aviso que el Frances por medio de su armada pretendia alteralle y sacar de su obediencia lo de Génova, tanto que le fue forzoso acudir con toda humildad á venecianos para que le ayudasen. El Rey de Francia avisado de lo que pasaba, porque no le atajasen el camino, determinó con toda brevedad dar la vuelta. Antes de su partida nombró por virrey de Nápoles á Gilberto duque de Mompensier príncipe de la sangre: con él dexó parte de su exército y otros capitanes de fama. Por otra parte envió á pedir al Papa la investidura de Nápoles, y que deseaba pasar por Roma para comunicar algunas cosas con su Santidad. Quanto á la investidura, respondió el Papa que estaba aparejado á hacer justicia, y dar la sentencia conforme á lo que hallase: en lo de la ida de Roma, que no podria ser sin grande escándalo por estar el pueblo muy indignado contra los franceses. Con esta respuesta que no fue nada gustosa, apresuró el Rey su partida. Salió de Nápoles á veinte de mayo: llegó en breve á Roma; no halló alli al Papa que por no asegurarse de la voluntad del Frances se retiró á Perosa. Pasó el Rey de Roma á Toscana: detúvose algunos dias en Sena, y sin tocar á Florencia llegó á Pisa. Pretendian los florentines les entregase aquella ciudad como se lo

tenia prometido. La instancia y lágrimas de los pisanos, que le suplicaban los conservase en la libertad que les dió, fueron tantas que le movieron á no determinarse. Partió de alli á Lombardía. Acudió para atajalle el camino Francisco marques de Mántua, al qual la señoría de Venecia nombrára por general de sus gentes. El Frances rehusaba por su poca gente de venir á las manos con los contrarios, y se apresuraba para juntarse con el duque de Orliens, pero no pudo escusar la batalla. Juntáronse los campos á las riberas de Tarro, rio que pasa á una legua de la ciudad de Parma. El de venecianos alojaba junto á Fornovo, aldea asentada á la raiz de los montes. El Frances se puso á la entrada de aquel valle: alli rompieron los exércitos, y se dió la batalla, que fue una de las mas famosas de Italia, en que los italianos desbarataron los primeros esquadrones de los franceses; mas como por tener la victoria por suya se embarazasen en robar el carruage y tomar la artillería, los franceses tuvieron lugar de recogerse y volver en ordenanza con tal denuedo que rompieron á los contrarios con gran matanza que en ellos hicieron. Vióse el Rey en gran peligro porque le mataron la gente de su guarda, y aunque vencedor, no pudo alcanzar de los contrarios le diesen treguas de tres dias; por donde fue forzado á cencerros atapados partirse para Aste. Ayudóle para no recebir algun daño y revés grande que aquel rio con su creciente impidió á los italianos que no le pudiesen tan presto seguir, aunque de los caballos ligeros que se adelantaron, y de la gente de la comarca, que pretendian atajalle los pasos, recibió algun daño. En la batalla murieron pasado de quatro mil italianos. El de Mántua sin dilacion se puso sobre Novara, donde tuvo al de Orliens muy apretado.

CAPITULO X.

Que el Rey don Fernando entró en Nápoles.

Apenas el Frances era salido de Nápoles, quando las cosas comenzaron á trocarse en gran manera. La armada de España estaba en el puerto de Mecina, y por su general el conde de Trivento. Acudieron allí los Reyes desposeidos don Alonso y don Fernando, y la Reyna viuda doña Juana. Gonzalo Fernandez de Córdova á causa del tiempo contrario con la gente que llevaba, se detuvo algunos dias en Mallorca y en Cerdeña; en fin aportó á Mecina á los veinte y quatro de mayo en sazon que ya el Rey don Fernando se apoderára de Rijoles con su fortaleza y otros lugares comarcanos de Calabria: provincia en que por orden del Rey de Francia quedó por gobernador Everardo Estuardo señor de Aubeni, un capitan muy valeroso y de fama. A Gonzalo Fernandez se entregaron Rijoles, Cotron y Amantia con otras plazas de aquella comarca para que conforme á lo que tenian tratado, las tuviese en nombre de su Rey hasta tanto que se le pagasen los gastos que en aquella guerra se hiciesen, y tambien para asegurar lo de Sicilia. Hobo alguna diferencia entre el nuevo Rey y Gonzalo Fernandez á causa que el Rey con todas sus fuerzas pretendia, pospuesto todo lo al, ir luego á Nápoles, para donde le convidaban aquellos ciudadanos aun desde antes que el Rey de Francia partiese de aquella ciudad. Gonzalo Fernandez no queria desamparar lo de Calabria do tenia aquellas fuerzas, y aun confiaba que todo lo demas tomaria la voz de España por la aficion que mostraban de estar debaxo el amparo del Rey cathólico. Acordaron de ir á Semenara, pueblo que tenian muy apretado los

franceses. El señor de Aubeni con su gente se puso en un sitio por do los nuestros forzosamente habian de pasar. Vinieron á las manos: fue vencido el Rey, y aun fuera muerto, ó preso, porque le mataron el caballo, si un caballero de su casa llamado Juan Andres de Altavila no le socorriera con el suyo, con que el Rey escapó, y el caballero quedó muerto en el campo: grande lealtad para tiempos tan estragados. Dióse esta batalla, que fue al cierto muy famosa, á los veinte y uno de julio. Recogiéronse los nuestros á Semenara. Desde alli el Rey se partió para Sicilia con determinacion de pasar á Nápoles antes que la nueva de aquella desgracia allá llegase. Gonzalo Fernandez, desamparado aquel pueblo por no poderse defender, se fue con sus gentes á otras partes de Calabria, donde en breve se apoderó de diversas plazas y lugares sin parar hasta que allanó toda aquella provincia. El Rey con sesenta naves que halló en el puerto de Mecina, casi sin otra gente mas que los marineros, alzó velas, y en breve llegó á vista de Nápoles: entró en la ciudad el mismo dia que se dió la batalla de Tarro, es á saber á los seis de julio. Fue grande el alegria de los neapolitanos: alzaron las banderas por su Rey. El pueblo tomó las armas, saquearon las casas de los príncipes de Salerno y Bisiñano: el de Mompensier se recogió á Castelnovo y en su compañía el de Salerno. Los de Cápua hicieron lo mismo que los de Nápoles, y todo lo de la Pulla se entregó al nuevo Rey, Salerno y otras ciudades sin número. Asi mismo con la nueva que llegó de la batalla de Tarro, Próspero y Fabricio Colona capitanes de gran nombre, y cabezas de aquella casa tan poderosa, se concertaron con el Rey de Nápoles, y dexado el partido de Francia, se pasaron al suyo. Por el contrario los ursinos se pusieron de la

parte de Francia, cuyos prisioneros eran el conde de Pitillano y Virginio Ursino. Los castillos de Nápoles todavia quedaban por los franceses: apretábanlos los contrarios; un moro que estaba dentro del monasterio de Santa Cruz, que le tenian tambien por Francia, dió aviso á don Alonso Dávalos marques de Pescara que le daria entrada en aquel monasterio: acudió el marques de noche para hacer el concierto á un portillo de la muralla, donde aquel hombre alevosamente le hirió de muerte con un pasador. Esta desgracia se tuvo por muy grande, por ser este caballero de gran valor, y general por su Rey en aquella guerra. Dexó un hijo muy pequeño que se llamó don Fernando, y adelante fue capitan muy señalado: en su lugar nombró el Rey por su general á Próspero Colona. Los castillos al fin se rindieron, y poco antes el de Mompensier y el de Salerno en la armada que alli tenian, se fueron á Salerno, ciudad que habia tornado á estar por Francia. En esta guerra de Nápoles se descubrió una nueva manera de enfermedad que se pegaba principalmente por la comunicacion deshonesta: los italianos le llamaron mal Frances: los franceses mal de Nápoles; los africanos mal de España. La verdad es que vino del nuevo mundo, do este mal de las bubas es muy ordinario; y como se hobiese desde alli derramado por Europa como lo juzgan los mas avisados, por este tiempo los soldados españoles le llevaron á Italia y á Nápoles. La isla Tenerife una de las Canarias se sugetó este año á la corona de los Reyes de España por gentes y soldados que para este efecto se enviaron. El Rey de aquella isla traido á España, de alli le enviaron á Venecia en presente á aquella señoría. A Alonso de Lugo en premio de lo que trabajó en la conquista desta isla y de Palma, se dió título de adelantado de Ca-

naria. Con esto todas aquellas islas se acabáron de conquistar y sugetar á la corona de Castilla, empresa que se comenzó muchos años antes deste tiempo.

CAPITULO XI.

De la muerte del Rey de Portugal.

Procuraba el Rey cathólico con todo cuidado que los Reyes de Portugal y de Inglaterra entrasen en la liga que los demas príncipes tenian hecha contra el Rey de Francia: escusóse el de Portugal por estar de tiempo antiguo muy aliado con Francia, y poco satisfecho del Papa por no venir como él lo procuraba en legitimar á su hijo don Jorge, habido fuera de matrimonio en una noble dueña; al qual él pretendia por este medio nombrar por su sucesor, tanto que juntamente trató con el Emperador que era su primo, renunciase en él el derecho que decia tener al reyno de Portugal, que era todo abrir la puerta para grandes revueltas. Del Ingles no solo pretendia que entrase en la liga, sino que emparentase con España por medio de una de las infantas que casase con el heredero de aquel Rey. Hízose lo uno y lo otro, pero adelante. El Rey de Portugal andaba en esta sazon muy doliente de hydropesía: con deseo de tener salud se fue al Algarve para usar de los baños, que los hay alli los mejores de Portugal. No prestó nada este remedio, antes en breve le apretó el mal y falleció en Alvor á los catorce de setiembre. Nombró en su testamento por sucesor suyo á don Manuel duque de Beja su primo hermano, hijo de don Fernando su tio; verdad es que si muriese sin hijo, sustituía en su lugar á don Jorge, al qual encomendaba diese de presente el maestrazgo de Chris-

tus, y le hiciese duque de Coimbra, y dél descienden los duques de Avero. Tuvo sin duda este príncipe de bueno y de malo. Favoreció á los hombres virtuosos y de valor: fue amigo de justicia, de agudo natural, y de muy altos pensamientos (1). Traía en la boca siempre: No merece nombre de Rey el que por otro se dexa gobernar. La mucha sangre que derramó, le hizo mal quisto con los suyos, si bien por divisa usaba de un Pelícano, ave que con su sangre dá la vida á sus pollos. Su cuerpo enterraron en la iglesia mayor de Silves: de alli le trasladaron al monasterio de la Batalla, enterramiento de aquellos Reyes. Por su muerte sin contradicion alzaron por Rey de Portugal al dicho don Manuel en Alcázar de Sal, do á la sazon se hallaba con la Reyna, sin embargo que el Emperador Maxîmiliano pretendia le debia ser preferido por causa que era el varon de mas edad entre los primeros hermanos del Rey difunto. Derecho harto aparente, que no se tenga cuenta con la cepa de que procede el que debe suceder, sino con el grado de parentesco, y con la persona quando no sucede por recta línea, sino de través y de lado; prevaleció empero el consentimiento del pueblo y las buenas partes de aquel príncipe, en què ninguno de los de su tiempo le hizo ventaja. Don Enrique Enriquez conde de Alba de Liste, que estaba por frontero de Francia, por la parte de Ruysellon por mandado de su Rey hizo entrada en Francia por tierra de Narbona: lo mismo don Pedro Manrique por la parte de Guipúzcoa. Pero fuera de robos no hicieron cosa de consideracion; solo fueron ocasion que el Frances que se entretuvo algun tiempo en Aste hasta el fin

---

(1) Duarte de Leon en la gen. destos Reyes.

del otoño, para acudir á lo de España se diese priesa en concluir el concierto que se trataba con el duque de Milán. Las condiciones fueron: que Novara se entregase al de Milán: que el Castellete de Génova se pusiese en tercería en poder del duque de Ferrara, con paso libre para la gente de Francia y ayuda para recobrar á Nápoles: demas desto al de Orliens de contado dió el duque de Milán cincuenta mil escudos. Hecho esto, el de Francia al fin del otoño con sus gentes dió la vuelta á Francia. Quexábase el Rey de Nápoles que con aquel concierto le desamparaba el duque, y desbarataba sus intentos, sin tener cuenta que era su tio: él se escusaba con la poca ayuda que los otros príncipes le daban, y con el riesgo que corria de perderse si no se concertára. Para apercebirse de socorros pretendia el de Nápoles casar con una de las hijas del Rey cathólico por tenelle mas obligado: como esto fuese á la larga, al fin se resolvió á persuasion de la Reyna viuda de casar con su hija doña Juana, sin embargo que era su tia, hermana de su padre. Por otra parte trató con venecianos que le ayudasen. Hobo en esto algunas dificultades: finalmente se resolvieron de enviar en su ayuda buen número de gente de á caballo y de á pie debaxo de la conducta del marques de Mántua demas de quince mil ducados que le dieron en dinero. En prendas deste socorro puso el Rey en poder de venecianos á Brindez, Otranto y Trana, tres ciudades de la Pulla que mucho deseaba aquella señoría para que sirviesen de escalas de la contratacion de Levante: todas eran tramas y principios de otras nuevas tempestades. Por otra parte el Rey don Fernando en España se apercebia para la guerra que tenia rompida por Ruysellon. Tocaba esta empresa á la corona de Aragon, y por esta causa juntó cortes de los arago-

neses el año pasado en Tarazona. Alli visto lo que importaba llevar adelante lo comenzado, acordaron de servir á su Rey para esta guerra por tiempo de tres años con docientos hombres de armas y trecientos ginetes repartidos en siete compañías, y que el Rey nombrase los capitanes: con esto el Rey vino en que los oficios del reyno se proveyesen por las matrículas como antes se acostumbraba. Despues desto en Tortosa se tuvieron cortes de los catalanes, que se continuaron hasta principio del año siguiente de mil
1496. y quatrocientos y noventa y seis. La pretension era la misma, y el efecto semejante, tanto mas que lo de Ruysellon es parte de aquel principado. Haciase juntamente instancia que los matrimonios con la casa de Austria se efectuasen á causa que el archiduque no venia bien en ellos, y como mozo andaba desasosegado, y se mostraba poco obediente á su padre.

CAPITULO XII.

Que los franceses fueron echados del reyno de Nápoles.

La guerra se continuaba en el reyno de Nápoles, y puesto que los franceses eran pocos, todavia tenian algunas fuerzas de importancia. Gaeta tenia cercada el nuevo Rey. En Calabria Gonzalo Fernandez andaba muy pujante, y de cada dia se apoderaba de castillos y de lugares, y traía muy apretado el partido de Francia. Sin embargo los señores de Persi y de Aubeni se concertaron que el de Aubeni quedase en Calabria para hacer rostro á los españoles, y el de Persi con parte de la gente se fuese al principado para juntarse con el de Mompensier y hacer la guerra por aquella parte. Hizolo asi, y de camino se le rindieron

muchos lugares: junto á Eboli desbarató quatro mil neapolitanos, que por orden del Rey le salieron al encuentro debaxo la conducta del conde de Matalon. Con esta victoria ganaron los franceses tanta reputacion que quedaron señores del campo sin hallar quien les hiciese rostro. Para juntar dineros acórdaron de pasar á la Pulla y cobrar la aduana de los ganados, que es una de las mas gruesas rentas de aquel reyno. Tenia el Rey á la sazon divididas sus gentes en diversas partes, y él estaba en Benevento, de donde por impedir aquel daño pasó hasta Fogia. Acudiéronle el marques de Mántua con las gentes de venecianos. Fabricio con seiscientos suizos que tenia en Troya, pretendia hacer lo mismo: atajáronles los franceses el camino, y matáronlos casi todos; con que cobraron tanta avilanteza, que llegados delante de Fogia presentaron al Rey la batalla. Rehusóla él por no tener junta sú gente, dado que salió á escaramuzar con los contrarios, en que hobo prisioneros y muertos de ambas partes. Los franceses pasaron adelante por cobrar el aduana: parte cobraron ellos, parte el Rey, y otra se perdió que no se pudo cobrar. Era de grande importancia rebatir por esta parte el orgullo de los franceses. Gonzalo Fernandez traía en buenos términos lo de Calabria, tanto que tenia en su poder casi toda aquella provincia hasta la misma ciudad de Cosencia, y el castillo de aquella ciudad muy apretado: el señor de Aubeni en lo postrero de la baxa Calabria arrinconado sin ser parte para hacer resistencia; sin embargo avisó el Rey á Gonzalo Fernandez que pospuesto todo lo demas, se viniese á juntar con él por lo que importaba acudir á la cabeza de la guerra. Determinó hacello así: dexó en su lugar al cardenal don Luis de Aragon primo hermano del Rey: su padre fue don Enrique de Aragon, hijo natural de

don Fernando el Primero Rey de Nápoles. Acudieron los villanos de la tierra para atajalle el paso, cosa que era facil por la fragura de aquella tierra; mas como quier que los españoles venian acostumbrados á pelear con los moros de las Alpuxarras en lugares semejantes, cerraron con los villanos y hicieron en ellos gran matanza junto á un lugar de Calabria llamado Murán. Allí se supo que muchos barones de la parte Angevina alojaban cerca de allí en otro lugar llamado Layno con intento que tenian de dar socorro al castillo de Cosencia. Caminó toda la noche con su gente, y al amanecer se puso sobre el lugar: entróle por combate con muerte de gran parte de aquella nobleza; otros fueron presos que envió por mar al Rey, los principales el conde de Nicastro y Honorato de Sanseverino hermano del príncipe de Bisiñano. Pusieron cerco los franceses sobre Xercelo, diez millas de Benevento: acudió el Rey, y puso cerco sobre Frangito que tenia guarnicion francesa. Vino el campo frances al socorro á tiempo que los del Rey entraron la villa y la quemaron por no detenerse en el saco. Estuvieron los dos campos á vista el uno del otro en dos cerros con un valle de por medio, que ninguna de las partes se atrevió á pasalle. Iban de caida las fuerzas de los franceses, y sin embargo el Rey, habido su consejo, se resolvió en no dar la batalla sino muy á ventaja suya, y para esto dar lugar á que llegase Gonzalo Fernandez con su gente: él se apresuró, y si bien el de Mompensier salió para impedille el paso, no fue parte para ello. Andaba el Rey en seguimiento del campo frances que ya rehusaba la batalla. Metiéronse los enemigos en Atela (por otro nombre Aversa) pueblo principal, y que era del príncipe de Melfi: no pudo el Rey impedir que los franceses no se apoderasen de aquella plaza; púsose todavia con

su gente sobre ella. Allí le halló Gonzalo Fernandez, y se juntó con él el mismo dia de San Juan. Luego que llegó, miró la disposicion de aquel sitio, y visto que lo hobo bien todo, primero de julio con su gente acometió la guarnicion que el enemigo tenia en defensa de los molinos de que se mantenian los cercados: hízolo con tal denuedo que echados los suizos de allí, les rompió y desbarató los molinos. Fue tan grande la reputacion que con esto ganó, ademas de las victorias pasadas, que los mismos italianos le comenzaron á dár renombre de gran Capitan; y así fue que los demas caudillos, llegado él, no parecian sus iguales sino sus inferiores, y él como general de todos. Hobo en este cerco diversos encuentros; y los príncipes de Salerno y Bisiñano con los demas de su valía juntaban en sus tierras gente de á pie y de á caballo para esforzar su partido. Prestaron poco todas estas diligencias: el cerco se apretó de manera que el de Mompensier y Virginio Ursino y el de Persi acordaron de rendirse á partido. Las condiciones fueron que si dentro de treinta dias no les viniese socorro de Francia, sacarian sus gentes del reyno con sus bienes, armas y caballos, y rendirian todas las demas tierras, excepto Gaeta, Benosa y Taranto que se reservaban, ademas de los lugares que tenian en su poder el señor de Aubeni y el duque de Monte: con esto se obligaba el Rey á dalles paso seguro por tierra y por mar. Todo esto se concertó por el mes de julio, y adelante se executó como lo concertaron. En las escrituras que otorgaron, es cosa notable que llaman á Gonzalo Fernandez y le dan el título ya dicho de gran Capitan. Sin embargo pocos de los franceses llegaron á su tierra: el mismo señor de Mompensier falleció en Puzol de su enfermedad; y aun con Virginio Ursino no se guardó lo capitulado, antes por

orden del Papa fue preso con Juan Jordan su hijo y otros señores italianos. Mucho le pesó al Rey de no cumplir su palabra y lo que tenia jurado de ponellos en libertad; no se atrevió empero á desobedecer al Papa que con tanta resolucion se lo mandaba, cuyo sobrino el cardenal don Juan de Borgia obispo de Melfi, diferente del otro del mismo nombre que queda ya nombrado, se halló en esta guerra por su legado, y el duque de Gandía vino por capitan de las gentes del Papa. Las cosas de Calabria con la partida del gran Capitan se habian empeorado: por tanto otro dia despues que se tomó el asiento con los franceses se partió la vuelta de Calabria. Con su llegada de tal suerte apretó á los contrarios que ya estaban enseñoreados de lo mas de aquella provincia, que el señor de Aubeni fue forzado á pasar por el concierto que se tomó sobre Aversa, y dexado el reyno, volverse á Francia con reputacion de valiente caudillo, pero poco venturoso por el gran contrario que tuvo en el gran Capitan. Al mismo tiempo que las cosas de Nápoles se mejoraban, en España pasó desta vida mediado el mes de agosto la Reyna doña Isabel madre de la Reyna de España: su cuerpo depositaron en Arévalo, do pasó lo postrero de su edad turbado el entendimiento; de alli los años adelante le trasladaron á la Cartuja de Burgos, templo en que su marido el Rey de Castilla don Juan el Segundo estaba sepultado. Su nieta la infanta doña Juana á veinte y dos del mismo mes en una armada que tenian aprestada en Laredo, partió para casarse, como tenian concertado, con Philipe archiduque de Austria. Acompañóla la Reyna su madre hasta el puerto: el Almirante don Fadrique Enriquez hasta Flandes donde fue muy festejada. Asi mismo en este año dió el Pontífice al Rey don Fernando de España sobrenombre de

Cathólico, segun y como Pio Segundo los años antes dió título de Christianísimo á Luis Onceno Rey de Francia; esto es que como antes se acostumbrase á escribir en los breves pontificios: al Rey de Castilla ilustre, se comenzó á decir: al Rey de las Españas Cathólico. Fue grande el sentimiento que por esta causa mostraron los portugueses: alegábase por su parte en contrario que aquellos Reyes poseían buena parte de España, y que el Rey don Fernando no era señor de toda ella: debate que se continuó hasta nuestra edad todo el tiempo que hobo propios Reyes de Portugal. Mayor debió ser el desabrimiento de Francia, si es verdad lo que Philipe de Comines dice que se trató de dalle el apellido de Christianísimo: todo se hace creible por la grandeza de las cosas que este príncipe llevó al cabo.

CAPITULO XIII.

De las cosas de Portugal.

Luego que el Rey don Manuel tomó la posesion del reyno de Portugal, juntó cortes de todos los estados en Montemor no lexos de Ebora para dar orden en muchas cosas tocantes al buen gobierno. Alli vino don Jorge hijo del Rey difunto, que andaba á la sazon en catorce años: hízole compañía su ayo don Diego de Almeyda prior de San Juan. Recibióle muy amorosamente el Rey con lágrimas que derramó muchas por la memoria de cuyo hijo era: ofrecióle que le tendria en lugar de hijo, y le trataria como á tal. Despachó luego embaxadores á los Reyes de Castilla para avisalles de su coronacion, y al Papa Alexandro para dalle como es de costumbre la obediencia. Tenian con el nuevo Rey gran cabida su ayo, que se lla-

maba don Diego de Silva; y un su hermano de leche por nombre don Juan Manuel, hijo que era de don Juan obispo de la Guardia, y de Justa Rodriguez ama de leche deste Rey. A don Diego hizo conde de Portalegre en gratificacion de sus servicios; á don Juan recibió por su camarero mayor, cuya privanza fue adelante tan grande que ninguno se le igualaba. Publicóse un edicto por el qual puso en libertad á los judíos que su predecesor, como queda apuntado, habia dado contra razon por esclavos: juntamente se acudió á las cosas de Africa con gentes y municiones. Los portugueses poseían en aquellas partes á Ceuta, que está en el estrecho y la ganó el Rey don Juan el Primero, y á Tanger y Arcilla plazas mas al Poniente, y que á las riberas del mar Océano quitó á los moros el Rey don Alonso tio del Rey don Manuel. El capitan de Arcilla don Juan de Meneses porque ciertos casares comarcanos no acudian con el tributo acostumbrado, junto con el capitan de Tanger salió contra ellos. Encontráronse sin pensar con Barraxa y Almanderino dos caudillos moros, con cuyo esquadron si bien traían mucho mayor número de gente, pelearon con tanto valor que los vencieron y destrozaron: fue esta victoria muy alegre y principio de otras mayores. Todo esto sucedió antes que se acabasen las cortes de Montemor. No se pudo pasar adelante en los negocios, que restaban muchos y muy graves, á causa que picaba la peste por aquellas partes, tanto que el Rey fue forzado salirse de alli al principio deste año; y por carnestolendas se fue á Setubal á verse con sus dos hermanas viudas la Reyna doña Leonor, y doña Isabel duquesa de Berganza. Alli se trató muy de veras que don Alvaro hermano del duque de Berganza y los hijos del dicho duque que andaban desterrados en Castilla, sin hallarse culpa alguna contra ellos en

lo que culparon al duque, volviesen á Portugal, y les fuesen restituidos sus bienes y estados. Hacía sobre esto instancia el Rey don Fernando de España, las hermanas con lágrimas lo suplicaban al nuevo Rey, y en especial la duquesa como mas lastimada por las desgracias tan grandes de su casa. Sobre todos la duquesa de Viseo doña Beatriz le importunaba con lágrimas como á Rey, y como madre se lo mandaba. «No pienses (decia) que te ha Dios hecho Rey para »tí solo, sino para tu madre, para tus hermanas y »parientes, finalmente para todos aquellos que tienen »puestas en tí sus esperanzas: á todos es razon quepa »parte de tu prosperidad. Todos tenemos derecho á »desfrutar el árbol de nuestra casa, que de otra ma»nera si esto nos falta y nuestra esperanza nos miente, »dónde iremos? á cuya ayuda nos acogerémos y am»paro? será bien des ocasion á los tuyos con tu se»quedad para que nos pese de verte puesto en tan alto »lugar? Quando eras particular quexábamonos de »nuestro desastre solamente, ahora demas de nuestra »desgracia nos podrémos agraviar de la injuria que á »tu madre, y á todos tus deudos haces; por donde, »si tienes cuenta con lo que es razon, y con lo que »debes á la que te engendró y crió, y te acuerdas del »mucho amor que siempre te he mostrado, vuelve á »la madre su hija, sus hijos á la hermana, y los nie»tos á la abuela, finalmente haz que yo toda sea vuelta »á mí misma, y que todos mis miembros tan destro»zados y apartados se junten en uno; y ten por el »mayor fruto de tu reynado poder hacer esta mara»villa en tu casa." Habia dificultad en esto por no dar muestra que tan presto mudaba lo establecido por su antecesor, y temia de ofender á los que tenian en su poder los bienes de los desterrados; pero en fin venció la piedad y los justos ruegos de sus deudos y ma-

dre: á los que fueron desposeidos, recompensó con otras mercedes de manera que ninguno quedase quexoso. Tratábase de casar al Rey, que tenia quando heredó la corona edad de veinte y seis años. Ningun partido se ofrecia mas aventajado que el de Castilla: venian aquellos Reyes bien en ello; no le querian empero dar por esposa la hija mayor, la segunda era ida á Flandes, y juntamente doña Cathalina la tenian concertada en Inglaterra. Ofrecíanle á la infanta doña María: él tenia por agravio que ningun otro príncipe le fuese antepuesto, ademas que se pagó mucho de la infanta doña Isabel el tiempo que estuvo en Portugal. Andaban las práticas deste casamiento, y con esta ocasion el Rey cathólico le pedia que entrase en la liga contra el Rey de Francia; la infanta que echase los moros y los judíos de Portugal, que no queria por esposo á quien daba favor y acogida á gente tan mala. A la demanda del Rey se escusó con la amistad que tenia Portugal con Francia de tiempo muy antiguo: bien venia en ligarse para la defensa de España, mas no queria ofender ni empacharse en querellas estrañas. Lo que la infanta pedia, puesto que tenia algunas dificultades y muchos lo contradecian, al fin por ser cosa tan justificada se hizo por un edicto que á los postreros deste año se publicó, en que se mandaba á los moros y judíos que dentro de cierto tiempo saliesen de aquel reyno so pena que pasado el plazo que les señalaban, serían dados por esclavos. Los moros sin contraste se pasaron en Africa: en lo de los judíos hobo mayor dificultad, porque el Rey poco despues acordó que les quitasen los hijos de catorce años abaxo, y que los bautizasen por fuerza: resolucion extraordinaria, y que no concordaba con las leyes y costumbres christianas. Quieres tú hacer á los hombres por fuerza christianos? pretendes quitalles la li-

bertad que Dios les dió? no es razon; y tampoco que para esto quiten los hijos á sus padres. Sin embargo los malos tratamientos que hicieron á los demas, fueron de tal suerte, que era lo mismo que forzallos; y aun asi se tiene comunmente que la conversion de los judíos de Portugal tuvo mucho de violenta, y los efectos lo han mostrado. Fue grande el número de los judíos que en esta coyuntura se bautizó, algunos se ayudaron de la necesidad para hacer lo que era razon, otros disimularon, y adelante dieron muestra de lo que en sus pechos tenian encubierto. Alcanzóse otrosí del Papa que los comendadores de las tres órdenes de Portugal que de nuevo profesasen en aquellas órdenes, no fuesen obligados á guardar castidad, salvo la conyugal, que era dalles licencia para casarse. Grandes ocasiones hobo para hacer esta mudanza tan grande; todavia no faltó quien la murmurase como sucede en todas las cosas nuevas, y no hay duda sino que con esto se abrió puerta para que las rentas de aquellas órdenes se gastasen muy diferentemente de lo que antes desto se acostumbraba, y aquellos caballeros en lugar de las armas se diesen á deleytes y ociosidad, que fueron daños notables.

CAPITULO XIV.

De la muerte del Rey don Fernando de Nápoles.

Las cosas de Italia aun no acababan de sosegar. El Ingles con el parentesco que tenia concertado con España, se resolvió de entrar en la liga contra Francia. El Emperador pasaba adelante, y publicaba de querer pasar en Italia y dar orden en las cosas de Lombardía y de Toscana. Con esto el duque de Milán se inclinó al tanto á dexar el partido de Francia, par-

ticularmente que por este tiempo falleció el delphin de Francia niño de muy pocos años, y por la poca salud de aquel Rey se temia que aquella corona recayese en el duque de Orliens su mayor contrario: por esto no queria desasirse de los otros príncipes. En el reyno de Nápoles los venecianos poseían su parte en la Pulla. El gran Capitan tenia por el Rey cathólico á Rijoles y la Amantia y otras fuerzas de la Calabria: los angevinos sin embargo del concierto quedaban apoderados de algunas plazas. Para allanallo todo el Rey de Nápoles envió á don César de Aragon hermano no legítimo de su padre á Taranto; y al duque de Urbino que le ayudó en esta guerra, mandó reparar en el Abruzo, desde donde, allanada en breve casi toda aquella parte, se fue á Roma con Próspero Colona. Lo de Gaeta por ser fuerza tan grande los tenia en mayor cuidado, porque dado que el conde de Trivento y galeras de venecianos la apretaban por mar, no hacían mucho efecto: tratábase de sitialla por tierra, quando al Rey don Fernando en Soma sobrevino la enfermedad de cámaras de que falleció en Nápoles, do le llevaron, á siete de octubre. Qué le aprovechó su edad? qué los contentos? qué tantas victorias ganadas? todo lo desbarató la muerte que le sobrevino muy fuera de sazon. Por su fin don Fadrique su tio desde Castellon, do supo lo que pasaba, acudió á Nápoles, y el mismo dia que falleció su sobrino el Rey, alzaron por él los estandartes reales, y él se concertó con los príncipes de Salerno y Bisiñano y los condes de Lauria y Melito, que eran los mayores enemigos de la casa de Aragon. A muchos príncipes se levantaron los pensamientos, y en particular por parte del Rey cathólico en Roma y en Nápoles se hicieron diligencias para fundar su derecho y llevalle adelante, que por entonces no prestaron nada, ca el Papa y los

otros potentados mas querian tener por vecino un Rey de pocas fuerzas que el poder de España; y el gran Capitan que pudiera acudir á esto, todavia se hallaba ocupado en el cerco que tenia sobre el castillo de Cosencia, que pensaba rendir en breve y con esto asegurar todo lo de aquella provincia; verdad es que dentro de pocos dias allanado lo de Calabria, y rendida aquella fortaleza, pasó á Nola, y dexadas alli sus gentes, fue á visitar las Reynas y consolallas de la muerte del Rey. Púsose el nuevo Rey sobre Gaeta con toda su gente: sucedió que el señor de Aubeni, que por tierra iba la via de Roma, llegó alli en sazon que los de dentro se hallaban muy apretados; entró pues, é hizo que se rindiesen á partido. Saliéronse los franceses en un galeon y dos naves cargadas de los despojos y plata de las iglesias: la una nave con tormenta se perdió, la otra junto á Tarracina dió al través; que se tuvo por castigo de Dios. Por otra parte el César como tenian acordado pasados los Alpes entró en Lombardía con mil de á caballo y con cinco mil infantes. Juntósele con su gente el duque de Milán: llamó desde Aste á los duques de Saboya y marques de Monferrat como feudatarios del imperio: su reputacion era tan poca, que no le quisieron acudir; lo mismo el duque de Ferrara, que le tenia obligado por lo de Módena y Regio, ciudades y feudos del imperio. Lo que pretendia el César era defender lo de Génova, que no se apoderase de aquel estado el Frances, como lo intentó por medio de una armada que envió allá para este efecto, y con inteligencias que tenia con el cardenal de San Pedro y algunos otros naturales, esperaba llevar al cabo aquel desiño. Demas desto quando el Frances pasó por Pisa, de camino que iba á Nápoles, puso aquella ciudad en libertad, sacándola del señorío de florentines que la tenian de tiempo atrás

en su poder. Para defender esta libertad los pisanos acudieron á valerse de los otros príncipes de Italia, y en especial de venecianos que fueron los que mas se señalaron en su defensa. El duque de Milán deseaba grandemente enseñorearse de aquella ciudad, y quitar aquella presa á los venecianos. Para esto persuadió cautelosamente al César que ayudase á los pisanos, é hiciese la guerra á florentines: con este intento el César en persona sitió á Liorna; el cerco no fue de efecto alguno, y al fin se hobo de levantar. Andaba muy vario en sus deliberaciones, y fiábase poco de los príncipes que le llamaron: por esto trataba de veras de dar la vuelta para Alemaña con menos reputacion de lo que se esperaba. Tuvo sobre el caso junta en Pavía en que se hallaron el duque de Milán y el cardenal Bernardino de Carvajal, que en Lombardía era legado del Papa para adelantar las cosas de la liga. Este prelado persuadió al César se entretuviese algun tiempo, y acudiese á lo de Génova que corria gran peligro por el esfuerzo que hacía el Rey de Francia para apoderarse della, quando vino nueva que lo desbarató todo, é hizo que el Emperador apresurase su partida, es á saber que los Reyes de España y de Francia tenian entre sí concertadas treguas, que entendian era principio para concordarse del todo. El caso pasó en esta manera: al mismo tiempo que la guerra de Nápoles se hacía con mas fervor, en España tenian recelos de guerra á causa de diversas entradas y correrías que se continuaban á hacer en Francia por la parte de Ruysellon; y por los grandes apercebimientos que en Francia se hacían, temian no quisiese aquel Rey satisfacerse de tantos agravios. Por esta causa el Rey cathólico se acercó por aquellas fronteras, y por algun tiempo estuvo en Girona acompañado de muy buena gente que tenia alli juntada de

todas partes; pero como el otoño se pasase, y él estuviese deseoso de volver á Castilla y á Burgos, donde tenia dado orden fuese la Reyna para celebrar las bodas del príncipe, despedida la mayor parte de la gente, dió la vuelta. El Rey de Francia avisado de lo que pasaba, hizo con gran presteza juntar un exército de pasados diez y ocho mil combatientes. Carlos de Albonio señor de Santander tenia á su cargo aquellas fronteras por el duque de Borbon gobernador de Lenguadoc: asi con esta gente rompió por lo de Ruysellon, y un viernes siete de octubre se puso sobre Salsas llave de aquel condado, bien que mal pertrechada, porque aunque tenia muchos y buenos soldados, la cerca era vieja y muy delgada; que fue ocasion que el dia siguiente la villa fue entrada por combate, y el castillo rendido á partido con muerte de muchos de los de dentro. Acudió el conde don Enrique Enriquez con la gente que pudo llevar: reparó en Ribasaltas á una legua de Salsas á tiempo que el daño estaba hecho. Siguió al enemigo, que desamparó el lugar por no poder dexalle en defensa, y se retiró á la sierra que está sobre Salsas con intencion de no venir á las manos. Estuvieron los campos algunos dias á una legua el uno del otro: moviéronse tratos de concierto, y al fin se asentaron treguas por aquella parte que durasen hasta diez y siete dias de enero del año luego siguiente de mil y quatrocientos y noventa y siete. Resultó gran sospecha deste concierto en los príncipes confederados, que se recelaban que el Rey cathólico los queria desamparar y tomar consejo á parte; y fue ocasion que el Emperador alzase mano de lo de Italia, y diese en breve vuelta á Alemaña sin dexar hecho efecto que fuese de consideracion.

CAPITULO XV.

De la muerte del duque de Gandía.

Despues que por orden del Papa prendieron en Nápoles sobre concierto á Virginio Ursino y á su hijo, hecho de muy mala sonada, el Papa movió guerra á las tierras y estados de aquel linage de los Ursinos, que eran muy grandes. Nombró por capitanes de sus gentes á los duques de Gandía y de Urbino y á Fabricio Colona, que al principio se apoderaron de algunos lugares, y últimamente se pusieron sobre la fortaleza de Brachano. Carlo Ursino y Vitelocio con dinero que truxeron de Francia, levantaron buen número de gente de á pie y de á caballo: acudieron al socorro de aquella fuerza con trecientos hombres de armas, quatrocientos caballos ligeros, y dos mil y quinientos infantes; para divertir á los contrarios pusiéronse sobre Vasano villa de la iglesia. Los enemigos dado que no eran tantos en número, alzado su campo fueron en busca de los ursinos. Trabóse la batalla, que fue á veinte y quatro de enero, en que al principio la gente de la iglesia forzaron á los contrarios á retirarse, y subir un montecillo para mejorarse de lugar. Fabricio Colona con parte de la gente acordó subir por el otro lado para dar en los enemigos por las espaldas. Los ursinos antes que llegase á do pretendia, revolvieron sobre la demas gente del Papa con tal denuedo que ligeramente los desbarataron y pusieron en huida. El duque de Gandía salió herido en el rostro y el de Urbino fue preso. Con esta victoria los ursinos recobraron los lugares que les habian tomado, y el Papa fue forzado recebillos en su gracia y concertarse con ellos. Tuvo en este concierto gran parte el gran Capitan, en que se

gobernó de tal suerte que los ursinos quedaron muy obligados al Rey cathólico. Vino en esta sazon el gran Capitan á Roma con su gente para ayudar al Papa en esta guerra, si bien la de Nápoles no quedaba de todo punto acabada. Hecho el concierto con los ursinos, á ruegos del Pontífice fue á cercar á Ostia, fuerza que todavia se tenia por Francia debaxo del gobierno de Menaut de Guerri, por donde Roma padecia grande falta de bastimentos, no de otra manera que si estuviera cercada y tuviera los enemigos á las puertas. La empresa era dificultosa, pero los españoles se dieron tan buena maña que dentro de ocho dias la tomaron á escala vista; sin embargo el capitan frances fue recebido á merced y tratado con mucha humanidad. Ayudó mucho en este cerco la buena industria de Garcilasso embaxador que era por el Rey cathólico en corte romana. Tenia el gran Capitan deseo de dar presto la vuelta para acabar de ganar ciertas fuerzas que se tenian en el reyno por el cardenal de San Pedro muy parcial de Francia. Al despedirse como quier que en el discurso de la plática el Papa dixese que sus Reyes le tenian muchos cargos, y que no respondian á lo que era razon, que nadie los conocia como él; le respondió con grande libertad que creía bien los conocia, pues era su natural, pero en lo que decia que no les tenia cargo, parecia notoria ingratitud, pues sabía muy bien que con su favor se sustentaba en aquel grado sin embargo de la libertad de su persona y de toda su casa: que le suplicaba atendiese á reformar todo esto antes que el Rey su señor por escrúpulo de que con su sombra se escandalizase la iglesia, fuese forzado á desamparalle: tráxole á la memoria otras cosas particulares y cargos á que el Papa no supo responder. A la verdad la disolucion era tan grande que dió liber-

tad á un hombre de capa y espada para perdelle el respeto, y forzó á los príncipes, en particular á los Reyes de Castilla y de Portugal, á hacelle instancia sobre lo mismo con diversos embaxadores que sobre esto le enviaron. Ninguna diligencia bastó, tanto que poco despues en un consistorio en que se trató de dar la investidura del reyno de Nápoles á don Fadrique, juntamente propuso de dar en cierta forma al duque de Gandía la ciudad de Benevento, patrimonio de la iglesia en aquel reyno; ademas que tenia concertado de hacer suelta del tributo con que aquellos Reyes acudian á la iglesia cada un año, por cien mil ducados que aquel Rey ofrecia de dar en cierto estado al dicho duque. Contradixo lo de Benevento el embaxador Garcilasso, con protesto que hizo que no se lo permitiria el Rey su señor. Ninguna cosa bastára para enfrenalle si no desbaratára todas sus tramas la muerte que en breve sobrevino al duque de Gandía muy desgraciada. Una noche catorce de junio venian de un jardin en que cenaron el duque y los cardenales de Valencia y de Borgia. Apartóse el duque solo con un lacayo que envió despues por unas armas: á la vuelta el lacayo no halló á su señor, ni en todo otro dia se pudo saber algun rastro dél mas de que en la via del Pópulo hallaron la mula en que iba. Hiciéronse mas diligencias, y un barquero dixo que á media noche vió que en una mula dos hombres á los lados y otro á las ancas llevaban cierta persona, y que llegados á la postrera puente do él estaba, le echaron en el rio; y el que iba á las ancas preguntó si se iba á fondo: respondieron los otros que sí, y con tanto se fueron. Buscaron el lugar que señaló el barquero: hallaron el cuerpo con nueve heridas, con sus vestidos y joyas sin que le faltase nada. Nunca se pudo averiguar quién fuese el mata-

dor: unos decian que los ursinos le hicieron matar por estar muy agraviados del Papa, otros que el cardenal Ascanio; la voz comun del pueblo fue que su hermano el cardenal de Valencia don César cometió aquel caso tan atroz por estar muy sentido que siendo menor que él, se le hubiese antepuesto en el ducado de Gandía. La verdad quién la podrá averiguar? quién enfrenar el vulgo que no hable? el odio que al Papa tenian, entiendo yo fue la causa que en lo que le tocaba, siempre se dixese y creyese lo peor. Dexó el duque un hijo que se llamó don Juan como su padre, y le sucedió en aquel estado de Gandía.

CAPITULO XVI.

Del casamiento del príncipe don Juan.

En la misma armada que llevó á Flandes á la infanta doña Juana, vino á España, aunque despues de algunas dilaciones, la princesa Margarita hermana del archiduque para casar á trueque como tenian acordado con el príncipe don Juan: aportó al puerto de Santander por el mes de marzo. Saliéronla á recebir el Rey y el príncipe con grande acompañamiento: viéronse en Reynosa, do los desposados se tomaron las manos. Veláronse en Burgos principio del mes de abril con las mayores fiestas y regocijos que jamás se vieron en España: velólos el arzobispo de Toledo; los padrinos fueron el almirante don Fadrique y su madre doña María de Velasco. No quiso la Reyna que se hiciese alguna mudanza en la casa de la princesa, sino que tuviese sus mismos criados que traía, y se sirviese á su voluntad. Tratábase de concierto entre los Reyes de España y de Francia: para este efecto fue á Francia Hernan duque de Estrada, y para que allí hiciese oficio de embaxador.

La paz no se podia concluir tan en breve: acordaron principio deste año en Leon de Francia que se asentasen treguas generales, que comenzasen en España á cinco dias del mes de marzo, y para los otros príncipes de la liga á veinte y cinco de abril; y que para todos durasen hasta primero de noviembre. Esta fue la causa que el gran Capitan se apresurase para dar la vuelta de Roma á Nápoles por apoderarse de aquellas fuerzas del cardenal de San Pedro antes que comenzase á correr la tregua, y por ella fuesen forzados á sobreseer en las armas. No lo pudo efectuar como lo deseaba é hiciera si no fuera por cierto motin de sus soldados. Proseguíase el tratado de la paz. Habíase propuesto diversas veces por parte de Francia que pues era cosa averiguada que el Rey don Fadrique por la bastardía de su padre no tenia algun derecho al reyno de Nápoles, era forzoso que aquel reyno perteneciese á uno de los dos Reyes, es á saber de Francia ó de España, que sería bien se concertasen entre sí. Daba á esto oidos el Rey cathólico, y venia de buena gana en que se comprometiese la diferencia en el César, con seguridad que pasarian por lo que él determinase. Al Frances no contentaba este partido por tener como él decia su derecho por muy claro; pero ofrecia al Rey cathólico que si le dexase aquel reyno libre, le daria recompensa en dinero ó de otra manera, hasta ofrecer de dalle el reyno de Navarra: del qual el Rey cathólico y de sus príncipes tenia poca satisfaccion por estar muy avenidos con Francia el señor de Labrit y los otros señores de la casa de Fox. Altercábase sobre este negocio en Medina del Campo, do vinieron á verse con el Rey y resolver esto los embaxadores de Francia. Pasaron tan adelante en este tratado que ofrecian de parte de su Rey la provincia de Calabria, á tal que

si conquistado lo demas, su Rey la quisiese para si, cumpliese con dar al Rey cathólico lo de Navarra, y mas treinta mil ducados cada un año por lo que mas valía y rentaba Calabria que Navarra: todavia el Rey cathólico se inclinaba mas á que se escusase la guerra, y que el Rey don Fadrique se quedase con el reyno con dar al Frances dinero por los gastos hechos y cierto tributo cada un año; ofrecia otrosí que el duque de Calabria casaria con la hija del duque de Borbon sobrina del Frances, que era camino para dexar aquella demanda muy honrosamente. Con esto se despidieron los embaxadores, y sin embargo porque pasadas las treguas se entendia que volverian á las armas, el Rey cathólico trataba de asegurarse por la parte de Navarra por do se mostraban asonadas de guerra: pretendia que aquellos Reyes le diesen seguridades de homenage y castillos, y nombró por general de aquella frontera á su condestable don Bernardino de Velasco. El mismo recelo tenian por la parte de Ruysellon. Avino que en cierta revuelta que se levantó en Perpiñan entre los vecinos de aquella villa y los soldados, el general don Enrique por salir á despartillos fue herido con una piedra que tiraron de un terrado, de que murió. Por esta causa fue puesto por general de aquella frontera el duque de Alba, y aun se dió orden á la armada de España que acudiese á aquellas marinas, cuyo capitan era don Iñigo Manrique. Estos apercibimientos se hacian por la parte de España. En Italia el Rey don Fadrique no se descuidaba, ca en primer lugar procuraba ganar al duque de Milán; y porque estaba viudo de Hipólyta su muger que falleció el año pasado, para mas asegurallc ofreció de casalle con Carlota su hija habida en su primera muger hija del duque de Saboya; y para el hijo mayor

del duque ofrecia á doña Isabel de Aragon su hija y de la Reyna doña Isabel su segunda muger hija del príncipe de Altamura: partidos honestos que al fin no se efectuaron por la grande caida que en breve dieron aquellas dos casas. Por otra parte hacía instancia con el Papa para que le diese la investidura del reyno, con lo que parecia aseguraba del todo su derecho; y para esto hacía muchas comodidades á los Borgias, que era el camino para salir con lo que deseaba: pretension que en fin alcanzó, y el cardenal de Valencia poco despues fue enviado para coronar á don Fadrique, como se hizo con solemnidad y fiestas muy extraordinarias, en fin como en tiempo de paz y en ciudad tan populosa, noble y rica como es Nápoles, y que en esto echó el resto. Coronóse por mano del legado: asistió el arzobispo de Cosencia, mostróse el Rey muy liberal con los que le habian servido. Acabada la missa mandó publicar por duque de Trageto y conde de Fundi á Próspero Colona, y á Fabricio Colona por duque de Tallacozo: al gran Gonzalo de Córdova hizo duque de Monte de Santangel; y á don Iñigo hermano del marques de Pescara que mataron, marques del Vasto, sin otros títulos que dió á barones y caballeros del reyno. El príncipe de Salerno Antonelo de Sanseverino no se halló en esta festividad, sin embargo del perdon pasado y que se hizo llamamiento general de los barones del reyno: todo se endereza-ba á nuevo rompimiento, porque demas deste exceso se entendia que fortalecia sus castillos y se pertrechaba de municiones y de armas.

CAPITULO XVII.

Que los portugueses pasaron á la India Oriental.

En el mismo tiempo que las otras provincias de

Europa, y particularmente Italia, estaban trabajadas con los males que de presente padecian, y mas por las sospechas que de mayores daños amenazaban; Portugal que es la postrera de las tierras ácia donde el sol se pone, con la grande y larga paz de que gozaba y con ella de toda prosperidad y abundancia, trataba de ensanchar por otras partes muy apartadas su imperio, y llevar la luz del Evangelio á lo postrero del mundo y á la misma India Oriental: empresa que al principio pareció temeraria, y adelante fue de gran gloria, y no menos interés para todo Portugal. Don Enrique hermano del Rey don Duarte fue el primero que entró en esta imaginacion, y con armadas que enviaba por la parte de Mediodia, acometió á descubrir nuevas tierras é islas por las costas de Africa. Atajóle la muerte los pasos, que le sobrevino el año que se contaba de nuestra salvacion de mil y quatrocientos y sesenta, en edad de sesenta y siete años. Ilustre príncipe y de renombre inmortal asi por las demas virtudes, y la castidad que guardó sin ensucialla por toda la vida, como principalmente por el principio que dió á cosas tan grandes. Desistió desta empresa el Rey don Alonso su sobrino no tanto de su voluntad, quanto por las muchas guerras y desgraciadas con que estuvo embarazado. Su hijo el Rey don Juan el Segundo, como era príncipe de pensamientos muy altos, vuelto á esta demanda con armadas que envió diversas veces descubrió gran parte de las costas de Africa y de Ethiopia, sin parar hasta llegar de la otra parte de la equinoccial, y averiguar que todas aquellas marinas se remataban en un cabo ó promontorio, que los marineros llamaron de las Tormentas por las muchas que en aquellas costas y mares muy altos se levantan, y él le llamó de Buena Esperanza, como hoy dia se llama, por la

que cobró de pasar con sus armadas por aquella parte á las costas de Asia y de la India, y por aquel camino participar de sus grandes riquezas. Para mejor informarse envió por tierra á Pedro Covillan y Alonso Payva, como en su lugar queda dicho, para que calasen los secretos de aquellas tierras, y traxesen relacion verdadera de aquellas costas de Asia y Africa por la parte de Levante. Murió en la demanda el Payva: Covillan andado que hobo todas aquellas marinas, dió vuelta ácia el Cayro, y sabida la muerte de su compañero, determinó de pasar á las tierras del Preste Juan. Desde alli envió á su Rey entera relacion y de todo lo que dexaba averiguado. De Ethiopia ni pudo volver á Portugal, que no le dexaron, ni tuvo comodidad de enviar mas aviso. Asi le tuvieron por muerto hasta que adelante se supo la verdad. En este medio falleció el Rey don Juan: su sucesor el Rey don Manuel se inclinaba á llevar adelante esta empresa. Tratóse el negocio en su consejo: los pareceres fueron varios. Quien de todo punto condenaba aquellas navegaciones tan peligrosas y tan largas, encarecia los peligros que eran ciertos, los intereses pequeños, y la esperanza muy incierta: que harto mar tenian descubierto, y que sería mejor abrir y labrar los baldíos de Portugal, y no permitir que con semejantes ocasiones se hiciese la gente holgazana. Quien al contrario decia que debian pasar adelante, pues ni hasta entonces tenian de que arrepentirse de lo hecho como lo daba á entender el aumento de las rentas reales por el trato de Africa: que siempre las cosas grandes tienen al principio dificultades que las vence el generoso corazon, y el pusilánime queda en ellas atollado: el temor y recato demasiado nunca hicieron cosa honrosa; á los valientes ayuda Dios, á los cobardes todo se les deshace entre las manos. Algunos eran

de parecer que se continuase la conquista y descubrimiento de Africa, y que no pasasen adelante, pues lo razonable tiene término, la codicia desordenada con ninguna cosa se harta hasta tanto que despeña en su perdicion al que le da lugar y por ella se gobierna: que para las fuerzas de Portugal bastaban algunos millares de leguas que tenian las costas de Africa. Entre esta diversidad de pareceres prevaleció el que era de mas honra y reputacion. Resuelto pues el Rey de seguir aquella empresa mandó aprestar quatro naves, y por general nombró á Vasco de Gama hombre de gran corazon; y bien le fue menester para abrir el viage mas largo y mas dificultoso que jamás se intentó en el mundo. Iban en su compañía su hermano Paulo de Gama y Nicolas Coello sin otros hombres de cuenta. Entre marineros y soldados todos no pasaban de ciento y sesenta. Bendixeron el estandarte real en una iglesia de Nuestra Señora que estaba á la marina, fundacion del infante don Enrique, donde despues edificó el Rey don Manuel el monasterio muy nombrado de Belen. Desde alli con acompañamiento muy grande de gente, que los lloraban no de otra manera que si los lleváran á enterrar, se hicieron á la vela este año á los nueve de julio. Tomaron la derrota de las Canarias, y de alli pasaron á las islas de cabo Verde que los antiguos llamaron Hesperides. Pasadas estas islas, y la de Santiago que es la principal de ellas, volvieron las proas á Levante por un golfo muy grande, en que por las grandes tormentas y altos mares pasaron tres meses antes que descubriesen tierra, hasta que diez grados de la otra parte de la equinoccial descubrieron un rio muy fresco y de grandes arboledas, do surgieron para hacer agua y tomar refresco. La gente era negra, el cabello corto y encres-

pado. Contrataron con ella por señas porque nadie entendia su lengua, y con cosillas de rescate que les dieron, proveyeron sus naves de fruta de la tierra y de carne que lo traían los naturales. Pusieron al golfo nombre de Santa Elena, y el rio llamaron de Santiago. Pasaron adelante con intento de doblar el cabo de Buena Esperanza, pero cargó tanto el tiempo que diversas veces se tuvieron por perdidos. Aqui fue bien menester el valor del capitan, porque le protestaron sus compañeros volviese atrás y no quisiese locamente pelear con el cielo y con el mar, ni llevallos á que todos se perdiesen: no bastaron ruegos ni lágrimas para doblegalle. Concertáronse de dalle la muerte: avisóle su hermano; prendió á los maestres, y él mismo tomó cargo de gobernar su navío. Con esta porfia llegó á lo postrero del cabo que comenzaron á doblar á veinte de noviembre quando en aquellas partes era primavera. Como cincuenta leguas mas adelante está un golfo que llaman de San Blas, y en medio dél una isla pequeña que hallaron llena de lobos marinos. Abordaron á ella para hacer agua. Los moradores de aquella parte eran semejantes á los de la otra costa de Africa que mira al Poniente: andan desnudos, traen sus miembros en unas vaynas de palo. La tierra tiene elefantes y bueyes, de que se sirven como de bestias de carga; ciertas aves que llaman sotilicarios, grandes como gansos, sin plumas y con las alas como de murciégalo, de que no se sirven para volar sino para correr con gran velocidad. Pasaron adelante, y aunque despacio por las corrientes contrarias, llegaron á una tierra que se llama Zanguebar, y ellos por el dia en que alli abordaron, llamaron aquel golfo de Navidad; y á un rio grande que por aquellas riberas descarga en el mar, llamaron rio de los Reyes porque tal dia salieron á to-

mar en él agua. Continuaban las corrientes y las maretas del mar: por esto se engolfaron tanto que sin tocar á Zofala, que es el lugar de mas consideracion de aquellas riberas por las minas de oro que tiene, de la otra parte descubrieron una tierra donde los moradores no eran tan negros como los pasados, y andaban mas arreados y en su trato mostraban ser mas humanos y mansos: en los brazos traían axorcas de cobre y los varones puñales con las empuñaduras de estaño. La lengua no se entendia, mas de que entre los demas vino uno que en arábigo les dixo que no lexos de alli habia naves semejantes á las que traían los nuestros, y en ellas negociaban hombres blancos. Entendieron por esto que la India caía cerca: dieron gracias á Dios, y en memoria de nueva tan alegre al rio que por alli se mete en el mar, llamaron el rio de Buenas Señales. Levantaron en aquella ribera una columna con título del Archângel San Raphael, que dió nombre aquellas riberas, y de diez hombres condenados á muerte, que llevaban de Portugal para este efecto, dexaron alli dos para que aprendiesen la lengua, y tomasen noticia de aquella gente, de sus costumbres y riquezas. Fue grande el contento que todos recibieron por entender quán al cabo tenian su viage, dado que el alegria se aguó con los muchos que cayeron enfermos: hinchábanseles las encías de que no pocos murieron. Unos atribuían esto á ser la tierra mal sana, otros á los manjares salados, de que tanto tiempo se sustentaron. Un mes se detuvieron en aquella costa con harto peligro y trabajo. Desde alli pasaron á Mozambique, que es una ciudad asentada en una de quatro islas muy pegadas á la tierra firme, quince grados de la otra parte de la equinoccial y veinte mas adelante de la punta postrera del cabo de Buena Esperanza: es tierra de mucho trato por el buen puerto que tiene. Los

moradóres eran moros, de color bazo, vestidos ricamente de seda y oro, en las cabezas turbantes de lienzo muy grandes, de los hombros colgaban sus cimitarras, y en los brazos sus escudos: con este trage vinieron en sus barcas á reconocer nuestras naves. Fueron bien recebidos y tratados: supieron dellos que aquella ciudad era sugeta al Rey de Quiloa por nombre Abrahem, que está mas adelante en aquel parage, y que alli tenia puesto un gobernador que en arábigo llaman Xeque, y él se decia Zacoeya; con el qual con presentes que le dieron, pusieron su amistad, y él les dió dos pilotos que los encaminasen á la India. Al principio los naturales entendieron que los nuestros eran moros de Poniente, que fue la causa del buen tratamiento que les hicieron: despues sabido que eran christianos, pretendieron hacelles el mal que pudiesen; los mismos pilotos se les huyeron á nado. Descargaron ellos su artillería contra la ciudad, con que mataron algunos de los que en la ribera andaban. El miedo de la gente fue grande por no estar acostumbrados á aquellos truenos y relámpagos. Humillóse el gobernador, y ofreció toda satisfaccion: contentáronse ellos y su capitan con que les diese un piloto; este con la misma deslealtad que los otros, pretendió entregar á los nuestros en poder del Rey de Quiloa: decíales que los moradores de aquella ciudad eran christianos de los Abisinos, y que en ella se podrian proveer de todo lo necesario. Ayudóles Dios, porque cargó el tiempo y no pudieron tomalla, que á ser de otra suerte correrian peligro por ser aquella ciudad poderosa, y estar aquel Rey indignado por las nuevas que tenia de lo que pasó en Mozambique. El piloto moro sin embargo no desistió de su intento, antes les persuadió fuesen á Mombaza ciudad puesta en un peñasco, rodeada casi por todas partes de un seno de

mar que forma un puerto muy bueno. Saliéronles al encuentro gentes de la ciudad, con los quales trató el piloto la traycion que traía pensada. Saliera con su intento, si no fuera que al entrar en el puerto Vasco de Gama por temor no diese su nao en ciertos baxíos que hay alli cerca, mandó de repente calar las belas y echar áncoras. El piloto por su mala conciencia temió que era descubierto: echóse en el mar para salvarse, y lo mismo hicieron algunos de la tierra que todavia quedaban en las naves, que en esta sazon eran tres, ca la quarta que traía los bastimentos, por estar ya consumidos y faltar marineros, la habian antes desto pegado fuego. Dieron los nuestros gracias á Dios por les haber librado de un peligro tan manifiesto: proveyóles su Magestad de guia en esta manera. Partidos de alli tomaron dos baxeles de moros, y en ellos trece cautivos, que los demas se echaron al mar; destos supieron que caía cerca Melinde, ciudad casi puesta debaxo de la equínoccial, cuyo Rey era muy humano y muy cortés con los estrangeros. Determinaron ir allá, y hallaron ser verdad lo que los cautivos dixeron. Holgó mucho el Rey con su venida: no pudo por su vejez y enfermedad ir á las naves en persona; envió á su hijo que hizo á los portugueses gran fiesta y dellos fue festejado. Dióles guia para la India y el capitan le hizo presente de los trece cautivos moros: cosa que dió á aquel principe mucho contento. Proveyéronse de lo necesario, y despidiéronse con promesa de volver por alli, porque queria enviar sus embaxadores para trabar amistad con el Rey don Manuel. Era ya pasada la pascua de Resurreccion: tomaron la derrota de Calicut que dista de Melinde casi setecientas leguas, que navegaron en veinte y un dias. Descubrieron la tierra deseada á veinte de mayo, y poco despues echaron anclas á

media legua de Calicut. No tiene aquella ciudad puerto, y el tiempo no era nada á propósito, porque en aquella sazon comenzaba en aquellas partes el invierno, que es una de las grandes maravillas del mundo, y en que el entendimiento humano se agota. Dividen la provincia de Malabar, do está Calicut, unos montes muy empinados que se rematan en el cabo de Comorin, dicho antiguamente el promontorio Cori. La una y la otra parte estan en la misma altura, y entrambas ácia nuestro polo; y sin embargo desta parte de los montes por el mes de mayo comienzan las lluvias y el invierno, quando de la otra parte se abrasan con los calores del verano y del estío: cosa maravillosa y grande. Quién podrá dar razon desta diversidad? quién apear el abismo de la sabiduría divina? Todos los entendimientos quedarán cortos en este punto y en esta dificultad.

CAPITULO XVIII.

De lo que Vasco de Gama hizo en Calicut.

Antes que declaremos lo que á Vasco de Gama pasó en Calicut, será bien poner delante los ojos la grandeza de aquellas provincias y tierras tan estendidas de Asia. La India tiene por aledaños por la parte del Poniente las provincias de Arachôsia y Gredosia con las Paropomissadas. Acia el Levante llega hasta los confines del gran reyno de la China. Al Septentrion tiene el monte Imao, que es parte del monte Caucaso. Por la parte de Mediodia la bañan las aguas del Océano. Divídelas en dos partes, en la de aquende y allende, el muy nombrado rio Ganges. Verdad es que los nuestros llaman India sola la tierra que abrazan por una parte el rio Indo, y por otra el rio

Ganges. Los naturales llaman toda esta tierra Indestan. En medio destos dos rios corren unas cordilleras de montes, que se rematan en el cabo de Comorin. Muchas naciones son las que estan derramadas por estas marinas: las principales Cambaya, que se estiende desde la boca del rio Indo; y tras ella hasta el dicho cabo de Comorin se tienden por muchas leguas los malabares. En medio destas dos naciones está en una isleta la famosa ciudad de Goa en el reyno de Decan: cércanla por frente el mar, por los dos lados y por las espaldas el rio con sus dos brazos. Hay entre los malabares quatro calidades ó grados de gente: los nobles, que llaman Caymales: los sacerdotes, que son los Brachmanes, y tienen grande autoridad: los soldados llaman Naydes; y el pueblo, que son los labradores y oficiales: los mercaderes comunmente son estrangeros. De la cintura arriba andan desnudos, lo demas cubren con paños de seda ó algodon, y sus cimitarras que traen afiadas del hombro derecho y colgadas. Los ritos y costumbres de esta gente son estrañas: basta decir para conocer lo demas que las mugeres se casan con quantos hombres quieren; por esto los hijos no heredan á los padres por no tener certidumbre cuyos son, sino los hijos de las hermanas. Estan divididos los malabares en muchos Reyes: el principal, y á quien los demas reconocen como á señor, y por esta causa le llaman Zamorin que es tanto como Emperador, es el Rey de Calicut, ciudad rica y grande, y que está casi en medio de aquella nacion no lexos del mar. Las casas no estan contínuas, sino muy apartadas, con huertas y arboledas que cada qual tiene: solas las casas del Rey y los templos son de piedra, las demas de madera, baxas y cubiertas de hojas de palma; que no se permite á los particulares, quier sean nobles, quier plebeyos, levantar edificios mas sump-

tuosos. En este estado se hallaban las cosas de Calicut, tales eran sus costumbres, quando Vasco de Gama aportó á aquellas partes: acudieron luego muchas barcas por ver gente tan estraña. Gama echó en tierra uno de los desterrados que llevaba. Fue grande el concurso de la gente que le cercó por todas partes. Habia entre los demas dos mercaderes moros de Tunez: estos por el trage como entendiesen que era español, el uno por nombre Monzayda en lengua española le preguntó de qué parte de España fuese: respondió de Portugal. Llevóle á su casa, y informado de todo se fue á ver con el capitan. Alli le declaró como en el tiempo que el Rey don Juan de Portugal enviaba á Tunez para proveerse de armas, él le sirvió con mucha lealtad. Juntamente le dixo lo que quiso saber de aquella tierra, y le ofreció serviria de buena gana en lo que se le ofreciese. El dia siguiente envió Gama con Monzayda dos embaxadores para avisar al Rey de su venida, que sin su licencia no queria desembarcar: si se la daba, le llevaria las letras que le traía de su Rey y cosas de importancia que comunicalle. Estaba el Rey á la sazon en Pandarane, un pueblo á dos millas de la ciudad. Alli recibió muy bien á los embaxadores, respondió que oiria de buena gana á su capitan: que entretanto por quanto el lugar do surgió era en aquella sazon poco seguro, llegase las naves al abrigo de Pandarane. Hízose asi, y pasados algunos dias, le envió el gobernador de la ciudad, que es como alcalde, y le llaman Catual, para que le hiciese compañía hasta su palacio. Dexó Gama en su lugar á su hermano, al qual y á Nicolas Coello avisó que pues no podia escusar de verse con aquel Rey dado que el riesgo era grande, si sucediese algun desman á su persona, pospuesto todo lo demas, alzadas las velas, se volviesen á Portugal para

dar aviso al Rey de su viage; y sin embargo para todo lo que pudiese suceder, le tuviesen siempre á la marina los esquifes aprestados. Llevó consigo doce compañeros lo mas en orden que pudo. No usaban en aquella sazon en la India de caballos ni jumentos: lleváronle desde la ribera en hombros gente señalada para esto hasta la casa real. Luego que llegó, le recibieron algunos de los caymales para honralle mas, y con ellos el principal de los brachmanes vestido de lienzo blanco. Este tomó á Gama por la mano, y le metió por gran número de salas; la puerta de cada una de ellas tenia diez guardas. Llegaron á un aposento muy grande que tenia el suelo cubierto de alhombras de seda verde, y en las paredes colgaduras de seda y oro labradas: al rededor tenia ciertas gradas á manera de theatro, que era el asiento de los grandes. El Rey en un estrado, vestido de una ropa de algodon blanca sembrada de rosas de oro, en la cabeza un bonete de tela de oro á manera de mitra, los brazos y piernas desnudos á la costumbre de la tierra, pero con axorcas de oro. En los dedos de pies y manos muchos anillos, y en todo sembradas y engastadas piedras y perlas de gran valor. El color del Rey era bazo, el cuerpo grande, y el semblante que representaba magestad. Gama luego que saludó al Rey, y le mandó asentar á él y á sus compañeros, le habló en esta manera: «El Rey de Portugal don Manuel, príncipe muy excelente y de pensamientos »muy altos, con el deseo que tiene de saber muchas »y grandes cosas, y trabar amistad con los príncipes »que en valor y grandeza se aventajan, movido por »la fama que de la grandeza deste reyno y en particular de vuestra magestad vuela por todas partes, des»de lo último de las tierras do el sol se pone me ha »enviado para saludaros de su parte y asentar entre

»los dos amistad. No hay cosa mas eficaz para unir »las voluntades que la semejanza en el valor, mayor»mente en los Reyes cuya dignidad mucho se allega »á la grandeza de Dios, y quanto ellos son mayores »tanto deben estender sus voluntades á mas partes. »Séanos de provecho haber sido los primeros á preten»der esta alianza, pues es cosa muy natural y mas de »los nobles corazones no dexarse vencer en amor y »cortesía, y responder á la voluntad de los que se »adelantaron en mostralla. Lo qual yo no dudo sino »que será de mucho provecho para todos, por la co»municacion de dos naciones tan distantes. Por lo me»nos será cosa muy honrosa quando en todo el mundo »se sepa que de tierras tan estrañas venimos á preten»der con la vuestra tener comunicacion y trato." Esto dicho, presentó las cartas que traía escritas en las lenguas arábiga y portuguesa, junto con los presentes que llevaba. Holgó mucho aquel Rey con esta embaxada. Dixo que le placía tener trato y alianza con su hermano el Rey don Manuel. Preguntó muchas cosas de la navegacion que habian traido, y de las cosas de Portugal. Con esto mandó aposentar muy bien al capitan y á todos sus compañeros. Los mercaderes moros sabido lo que pasaba, se juntaron, y con el temor grande no les quitasen los portugueses sus ganancias, ademas del odio que tiene aquella gente á todos los christianos, acudieron al Rey y á sus cortesanos para con mentiras y invenciones ponellos mal con los portugueses: decian que eran cosarios, enemigos del género humano, que si aquella gente tuviese entrada en Calicut, á ellos les sería forzoso ir á buscar otras partes donde vivir y contratar. Que mirasen si les estaba á cuenta por unos pocos ladrones perder amigos tan antiguos como ellos eran, y que les traían con sus tratos tan grandes intereses. Son los

malabares gente facil, de poca constancia y verdad. Persuadidos por los moros acordaron de buscar traza para dar la muerte á los portugueses. Avisó Monzayda al capitan de lo que se tramaba. Recogióse lo mas ocultamente que pudo, aunque no sin dificultad y peligro á las naves. Alargóse al mar, y desde alli con un indio escribió al Rey grandes quexas, principalmente contra el Catual; que con falsas muestras de amor sabía que trataba de hacelle todo el mal que pudiese. Juntamente le suplicó le mandase restituir ciertos portugueses y mercadurías que quedaban en tierra. Respondió el Rey con buenas palabras sin cumplir lo que se le pedia. Gama determinado de usar de fuerza, tomó la primera nave que por alli llegaba; y en ella cautivó seis hombres principales con algunos criados. Envió el Rey por habellos los portugueses y mercadurías con sus cartas en respuesta de las que Gama le traxo; y sin embargo el capitan no quiso restituir los malabares, porque le parecian muy á propósito para llevallos por muestra á Portugal para que mas en particular informasen de las cosas de aquellas partes.

CAPITULO XIX.

Como Vasco de Gama volvió á Portugal.

Antes que Vasco de Gama alzase las velas para dar la vuelta á Portugal, Monzayda se recogió á sus naves por miedo no le costase la vida la conversacion que con los portugueses tuvo. Dexó su hacienda en Calicut, ca por la priesa no la pudo recoger, y en Portugal se bautizó y pasó la vida como buen christiano. No pudo el Rey satisfacerse de Gama á causa que por ser invierno tenia su armada sacada á tierra. Verdad es que con setenta barcas que pudieron varar

y armar, acometieron las naves; pero con un recio temporal que cargó, las barcas se desbarataron, y los nuestros que por faltalles viento iban muy despacio, tuvieron lugar de alexarse hasta perder de vista á Calicut, y llegar á unas islas pequeñas que por alli estan. Encontraron con ocho fustas de un cosario llamado Timoya, tomaron una y desbarataron las demas. De alli pasaron á otra isla que se llama Anchediva, para rehacer las naves y reparallas lo mejor que pudiesen. Dista esta isla como setenta leguas de Calicut, y de tierra firme no dista mas de una legua; que fue ocasion para que muchos de la tierra pasasen á ver las naves. Entre los demas vino uno que saludó á Gama en italiano. Este les avisó que alli cerca caía la ciudad de Goa, y que el señor della que se llamaba Zabaio, con quien él tenia mucha cabida, holgaría de conocellos y les haria toda amistad. Preguntóle Gama de dónde era: dixo que italiano, y que navegando la vuelta de Grecia, cayó en poder de cosarios, y de mano en mano le fue forzoso servir aquel príncipe moro. Gama por el semblante, y porque las respuestas todas veces no concertaban, con sospecha que era espía, le puso á qüestion de tormento. Entonces confesó la verdad, que era judío y natural de Polonia, y que el Zabaio su señor le envió para espiar aquella armada: que con la suya pretendia acometellos. Gama con este aviso, lo mas presto que pudo, partió de alli para seguir su viage. Llevó consigo el judío, que en Portugal se bautizó, y se llamó Gaspar, y sirvió al Rey don Manuel en cosas de importancia. La navegacion iba despacio por falta de viento: en fin hicieron tanto que pudieron doblar el primer cabo de Africa que se llama de Guardafuy, no lexos de la boca del mar Bermejo. Llegaron á la ciudad de Magadaxo que está alli cerca; por saber que

los moradores eran moros, no quisieron alli parar mas de quanto con la artillería maltrataron los edificios, y echaron á fondo algunos baxeles que vieron en aquel puerto. Pasados de alli encontraron con ocho velas de moros que desbarataron con mucha facilidad. En Melinde fueron de aquel Rey recebidos con mucho amor. Proveyéronse de lo necesario, y como tenian tratado llevaron consigo un embaxador que aquel príncipe envió á Portugal para asentar amistad con el Rey don Manuel. La nave en que Paulo de Gama iba por capitan, por estar muy maltratada, fuera de que tenian falta de marineros y xarcias, acordaron de pegalle fuego, y que Paulo de Gama se pasase á la Capitana. Siguieron su viage. Descubrieron la isla de Zanzibar de muchas frescuras y arboledas de todo género de drogas, distante de la costa de Africa seis leguas, y que cae entre Melinde y Quiloa cerca de Mombaza. En Mozambique levantaron una columna de las que para este efecto llevaban. Tocaron en la bahía de San Blas para hacer agua y leña. Doblaron el cabo de Buena Esperanza á los veinte y seis de abril. Finalmente pasaron las islas de cabo Verde, y de alli con un gran rodeo á las Terceras, donde falleció Paulo de Gama de una enfermedad que muchos dias atrás le traía trabajado. Llegaron á Lisboa por el mes de setiembre, pasados dos años despues que de alli partieron. Grande fue el alegria que recibió el Rey con su venida, grande el contento de toda la ciudad. No se hartaban de oir cosas tan nuevas, peligros y tempestades tan grandes como pasaron, ni de ver las muestras que traían de las mercadurías y riquezas de Levante. Los hombres otrosí que venian con ellos de aquellas partes, causaban no menos maravilla por sus gestos, lengua y trages tan estraños. Parecian Gama y sus compañeros como venidos del cie-

lo, y mayores que los demas hombres, dado que de quatro naves que partieron volvieron solas las dos; y de la gente que en ellas fue, poco mas de la tercera parte. Todo no bastó para que muchos no deseasen continuar aquel viage, y con la esperanza de honra y provecho poner el pecho á todas aquellas dificultades que en empresa tan larga y trabajosa se representaban.

CAPITULO XX.

De la navegacion que hoy se hace á la India Oriental.

De la manera que queda dicho, hizo esta navegacion Vasco de Gama, que fue la mas señalada del mundo sea por su largura, sea por las dificultades y peligros que en ella hobo, tanto mayores que por no saber entonces ni la derrota que debian tomar, ni el tiempo de las mociones de aquellos anchísimos mares, fueron casi á ciegas y á tiento. El tiempo y la experiencia ha facilitado mucho aquella navegacion, de suerte que quanto á la sazon para comenzalla, y quanto á la derrota que siguen, se han mudado muchas cosas, que quiero en suma poner aqui para que el curioso lector tenga alguna noticia de cosa tan grande. Ante todas cosas será bien poner delante los ojos y pintar todas aquellas marinas muy estendidas y grandes. Pasada la boca del estrecho de Cadiz á mano izquierda corre la costa de Africa por gran número de leguas desta parte y de la otra de la línea equinoccial. Lo primero el monte Atlas muy famoso con sus cordilleras muy altas corta de Levante á Poniente gran parte de Africa, y hace su primera punta y cabo en el mar Océano. Mas adelante está el cabo que los portugueses llamaron Non por estar antiguamente persuadidos que

el que le pasaba, no volvia. Luego el cabo del Boyador en altura de veinte y ocho grados enfrente de la isla de Palma, que es una de las Canarias. Son todos estos tres cabos puntas del ya dicho monte Atlas. Síguese en la misma costa el cabo Blanco, en altura de veinte y un grados: tras él está la isla pequeña de Argin que da nombre á todo aquel golfo, ca le llaman golfo de Argin. Desde alli se pasa á cabo Verde y á sus islas, que son diez en número, la principal tiene nombre de Santiago: los antiguos las llamaron Hesperides, si bien algunos pretenden que debaxo deste nombre antiguamente se comprehendian todas las islas que se han nuevamente descubierto, y estan á la banda de Poniente. Está cabo Verde en altura de diez y seis grados, y antes dél entra en el mar el rio Sanaga, y pasado el cabo, otro al qual por sus muchas aguas llamaron el rio Grande. Sospechan (lo cierto no se sabe) que son dos brazos de un mismo rio, y añaden que es el rio Nigir; celebrado de los antiguos porque nace de las mismas fuentes del Nilo. Por lo menos tienen estos rios sus crecientes al mismo tiempo que el Nilo, y como él crian crocodilos y caballos marinos. Pasado el rio Grande, que tiene de altura once grados, se empina en ocho grados la sierra Leona, asi dicha por los muchos truenos, relámpagos y fuegos que en ella se veen, por su altura; y porque los naturales salen á sus labores de noche con luces (como se toca en otra parte) parece que todo arde en vivas llamas. Quieren que este monte sea el que Ptolemeo llamó Carro de los dioses, dado que él le demarca en elevacion de cinco grados solamente. Debaxo de la equinoccial está la isla de Santo Thomé no lexos de la ribera de tierra firme, y de Portugal algo mas de mil leguas: los ayres son mal sanos, el provecho por los azúcares que en ella se

dan, mucho. A seis grados de la otra parte de la línea cae la mina, asi dicha por el oro muy acendrado que della se saca. Mas adelante está el rio de Santiago, y el golfo de Santa Elena donde Gama abordó para hacer agua. Otros particulares rios y cabos, y islas hay, como es forzoso en tan grande distancia; pero los susodichos son los de mas cuenta y mas nombre. El cabo de Buena Esperanza, que es la postrera punta de Africa, y está distante de Portugal como dos mil leguas, se mete ácia el otro polo por espacio de treinta y cinco grados. Este cabo doblado, corren aquellas riberas muy estendidas, con cabos que hacen, y rios diferentes que tienen. El de San Blas y el de Navidad, y el rio de Buenas Señales, son los principales hasta dar en Zofala, que es una de las mas notables poblaciones de aquellas marinas por las minas de oro que tiene. Algunos se persuaden que Zofala sea Tharsis (1), donde como lo dice la divina Escritura Salomon por el mar Roxo enviaba sus flotas para traer oro y otras riquezas; y aun los naturales afirman que asi lo tienen en sus libros y memorias: otros quieren que sea el promontorio Prasio de Ptolemeo, que él pone quince grados pasada la línea; Zofala está mas de veinte. Adelante de Zofala á mano derecha cae la gran isla de San Lorenzo, que los naturales llaman Madagascar, y á mano izquierda está Mozambique, puerto de gran trato, en quince grados de altura; el qual pasado, casi en iguales distancias estan Quiloa y Mombaza con la isla de Zanzibar y Melinde casi debaxo la línea. Magadaxo está desta parte cinco grados, y en diez grados el cabo postrero de Africa ácia la boca del mar Roxo, al qual hoy llaman Guardafuy, y Ptolemeo le

(1) 3. Reg. 10. 2. Par. 9.

llama Aromata; junto al qual está la isla de Zocotora que se halló poblada de christianos, aunque muy esteril y falta de toda comodidad. Algunos piensan que es la que Ptolemeo llama Dioscorides. Poco distante está la boca del mar Roxo, ó sino Arábico: dentro della por la parte de Africa cae el puerto de Ercoco del reyno de Barnagaso, y sugeto al Preste Juan. Fuera en la costa de Arabia está Aden, fuerza muy grande, y casi la llave de aquel golfo. Entre el seno Arábico y Pérsico Arabia la feliz, y en medio del lomo por donde la baña el mar Océano tiene el promontório Siagro, que hoy llaman el cabo de Escafallar, ó Fartaque; y la postrera punta ácia la boca del sino Pérsico, es el cabo Rosalgate, que fue antiguamente el promontorio Corodamo. A la boca del sino Pérsico por la parte de dentro está la isla de Ormuz, pequeña y de suyo esteril, pero por el trato que es grande, muy rica: tiene veinte y seis grados de altura. Casi en la misma elevacion mas ácia el Levante á la boca del rio Indo está la isla y fortaleza de Diu, muy conocida por el valor con que los portugueses la han defendido primero de los Soldanes de Egypto, y despues de las fuerzas del gran Turco. Pasado Diu, y Bazain que cae alli cerca, las riberas revuelven muy ácia Mediodia hasta que se rematan en el cabo de Comórin, ó promóntorio de Cori, en cuyo lado occidental estan la ciudad de Goa en altura de diez y seis grados, y en doce Calicut. Entre las dos cae la ciudad de Cananor, y junto al cabo Cochin y Coulan, ciudades todas del Malabar, y do está el trato mas principal de toda la especería. Desde el cabo de Buena Esperanza hasta Goa cuentan los que navegan mil y docientas y quarenta leguas. Enfrente del Malabar estan las islas de Maldivar, asi dichas del nombre de la principal dellas que asi se llama: son en número

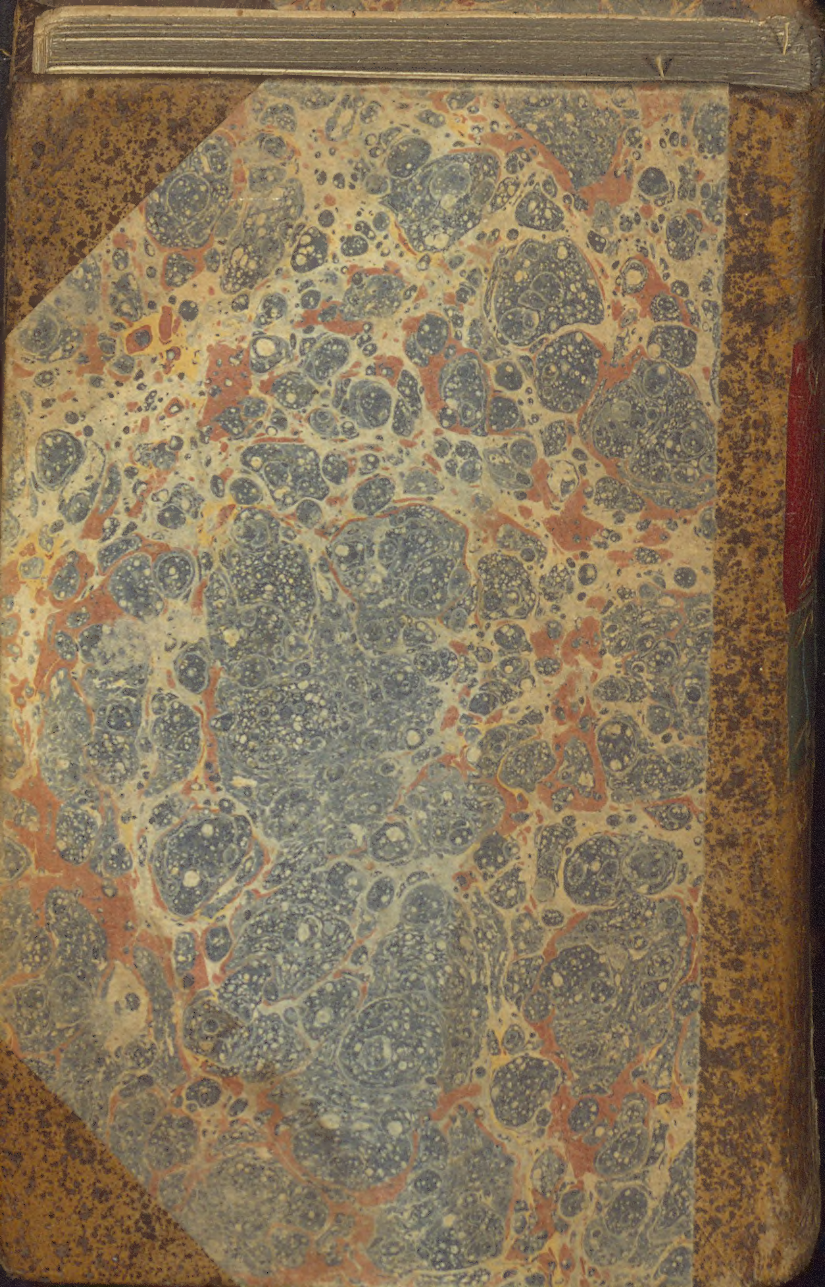
pasadas de mil, pequeñas, y á las veces tan pegadas entre sí que apenas se puede navegar por aquellas estrechuras. La cosa mas principal que tienen, es la palma que lleva los cocos, árbol tan provechoso que dél se sustentan y visten. Por el lado de Levante tiene el cabo de Comorin casi pegada la rica isla de Zeylan, de do viene el golpe mayor de la canela. Síguense los reynos de Narsinga y del Pegú, y en medio dellos el de Bengala, que da nombre á aquella ensenada de mar y golfo, que es muy grande. Remátase en la ciudad de Malaca, que tiene muy cerca la isla de Somatra puesta debaxo la equinoccial. Los mas entre gente docta tienen que Somatra es la Trapobana de Ptolemeo, y Malaca la Aurea Chêrsoneso del mismo (1), sin faltar quien tenga por cierto que Malaca es la antigua Ophir, donde Salomon enviaba sus armadas para traer oro y plata, y aun los del reyno del Pegú, que cae por aquellas partes, se tienen por descendientes de los judíos que Salomon envió condenados para beneficiar las minas de Ophir; que si hoy alli no se hallan estos metales, hallábanse antiguamente, como lo dan á entender el nombre de Aurea Chersonesus. Gastaban tres años las naves de Salomon en ida y vuelta, como lo dice la Escritura (2) en particular de la navegacion de Tharsis, á causa de ir tierra á tierra sin engolfarse por no estar aun descubierto el uso del aguja del marcar, con que los navegantes se alargan mucho al mar y las navegaciones se han facilitado mucho. Desde Malaca á man derecha, la vuelta de Levante, se navega á las islas Malucas, que las principales son cinco, y dellas se traen los clavos, cosa

(1) 3. Reg. 9. 2. Par 8 y 9. Maffeo. l. 16. de su hist.
(2) 3. Reg. 10. vers. 22.

de grande ganancia; en lo demas son estériles y faltas de todo lo necesario para la vida: asi repartió sus bienes la naturaleza. A mano izquierda ácia nuestro polo van al grande y rico reyno de la China, y á la isla de Macan, estancia que tienen los portugueses á la entrada de aquel reyno por no dexallos entrar dentro de la China. Ponen desde Goa á la China mil y trecientas leguas, las ochocientas hasta Malaca, y desde alli á Macan otras quinientas. Desde Macan ácia el Norte llegan á lo postrero de lo que los portugueses tienen descubierto, que es Japon, distante del puerto de la China como trecientas leguas. Divídese Japon en tres islas principales; sin otras muchas pequeñas que tiene junto á las tres: corre entre Poniente y Norte de los treinta grados de altura á los quarenta de largo docientas leguas, y por lo mas ancho no pasa de ochenta. Tiene muchos Reyes y reynos, y es gente de valor en las armas, y de ingenio asaz para las letras. La navegacion de Portugal á la India se hace desta manera. Parten de Lisboa por el mes de marzo, ó á principio de abril; llegan á la isla de la Madera que está distante ciento y cincuenta leguas, y dende á las Canarias que estan trecientas. Pasan de alli al cabo Blanco, y á las islas de cabo Verde. Desde alli dexan la costa de Africa, y por los contínuos vientos que á la sazon corren de Mediodia, siguen á orza la derrota entre Poniente y Mediodia hasta llegar á las veces á vista del Brasil, donde si los vientos no les dan lugar á tomar el cabo de San Agustin, que está diez grados de la otra parte de la línea, se vuelven sin poder por aquel año continuar su navegacion. Si le pasan, dan la vuelta para doblar el cabo de Buena Esperanza, y siguen la derrota entre Mediodia y Levante. Para escusar las tormentas ordinarias que en aquel cabo se levantan, suben hasta quarenta grados

ácia el otro Polo. Con esto doblan el cabo, y tocan en Zofala ó Mozambique, do si la navegacion no es muy próspera, se quedan á invernar; de otra manera pasan aquel golfo y la línea hasta llegar en pocos dias á Goa. Tiénese por muy próspera la navegacion que se acaba en cinco ó seis meses, ca de ordinario pasa de año entero. De Goa para Malaca y las demas partes mas orientales navegan á sus tiempos determinados. Para volver á España esperan las mociones del fin del mes de diciembre quando de ordinario corren Dolestes ó solanos, muy á propósito para la vuelta. Doblan el cabo por el mes de marzo ó abril. Pasan por la isla de Santa Elena, que parece proveyó la naturaleza como una venta en mares tan anchos para refresco de los que navegan, por las frútas, caza y pescado que hallan, sin que haya en ella quien more, ni la cultive por ser tan estrecha que de traviesa no tiene mas de quatro leguas, y estar tan adentro en el mar. Desde alli por las islas Terceras llegan finalmente las naves á Lisboa de ordinario por los meses de agosto y de setiembre.

FIN DEL TOMO QUINTO.





colorchecker CLASSIC
calibrite
mm